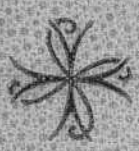




QILVERIO



CRONWELL

SU VIDA Y SU CARACTER

POR

ARTURO PATERSON

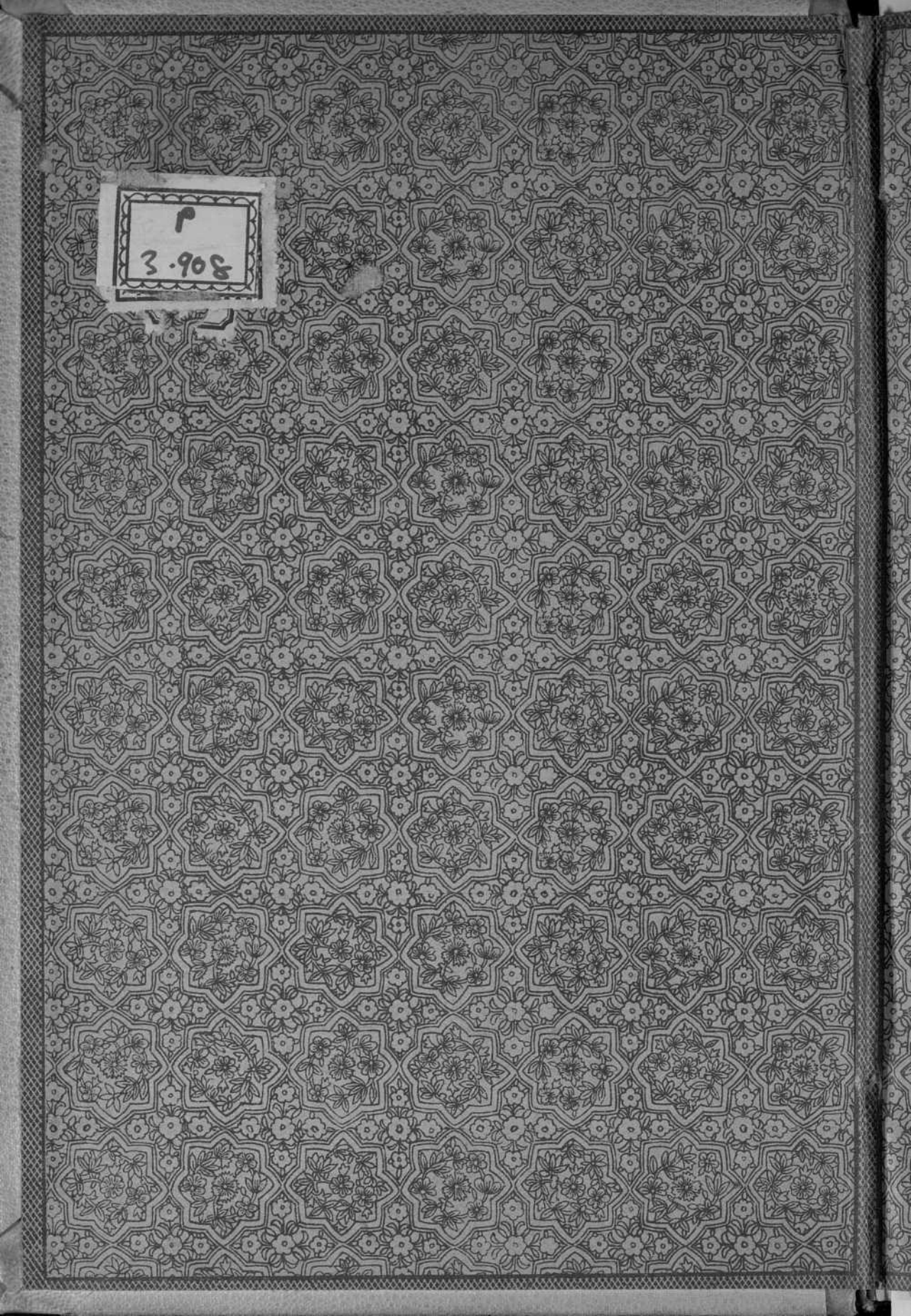


EDICIÓN
ILUSTRADA



2
49

P
3.908



B. P. de Soria



61098196
D-2 18249

Adora Martinez
26/10/66
OLIVERIO CROMWELL

98196

D-2
18249

17
5095

C^o



B: 3206

17
776

OLIVERIO CROMWELL

SU VIDA Y SU CARACTER

OBRA ESCRITA EN INGLÉS

POR ARTURO PATERSON

Precedida de un estudio histórico del reinado de Carlos I de Inglaterra
hasta el principio de la Guerra Civil

POR EL DOCTOR ALFREDO STERN

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE BERNA

EDICION ILUSTRADA

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309 Y 311

1901



ES PROPIEDAD

PRÓLOGO DE LOS EDITORES

Una de las épocas más interesantes de la historia de Inglaterra es indudablemente la de la revolución que estalló en el reinado de Carlos I y que de tan trascendentales consecuencias fué para aquella nación, y en aquella época se destaca, llenándola casi por completo, la figura de Cromwell, en quien se sintetizaron las aspiraciones del pueblo inglés y que fué por algunos años árbitro de los destinos de aquel Estado, como jefe del poder supremo de la república, con el título de Protector de Inglaterra, Escocia é Irlanda.

La importancia de aquel período histórico y la trascendencia de aquella revolución, así como la circunstancia de ser uno y otra ménos conocidos en sus detalles de lo que merecen, nos han movido á incluir entre las obras de nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL la que recientemente ha publicado en Londres el reputado historiógrafo Arturo Paterson, *Oliverio Cromwell. Su vida y su carácter*, que hoy ofrecemos á nuestros suscriptores y que ha sido apreciada como la más completa de cuantas hasta ahora se han escrito sobre aquel ilustre orador, guerrero y político, cuya historia es, por decirlo así, la historia de la revolución de Inglaterra.

Mas teniendo en cuenta la índole especial del libro de Paterson y considerando que, de presentarlo aisladamente, pudieran los sucesos que en él se narran aparecer tal vez poco claros para los lectores no familiarizados con los antecedentes históricos de los mismos, hemos creído oportuno incluir en el presente libro, á modo de introducción, el estudio histórico del reinado de Carlos I de Inglaterra hasta el principio de la guerra civil, que forma parte de la importante obra *La Revolución de Inglaterra*, del sabio historiador alemán Alfredo Stern, y cuyo conocimiento se hace necesario para la mejor comprensión del período en que brilla como astro de primera magnitud Oliverio Cromwell.

LOS EDITORES.



EL REINADO DE CARLOS I

HASTA EL PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL

POR EL DR. ALFREDO STERN

I. — INTRODUCCIÓN Y PROGRESOS DE LA REFORMA DE INGLATERRA HASTA LA MUERTE DE JACOBO I

La revolución que ocurrió en Inglaterra en el siglo xvii ha sido comparada frecuentemente con la mayor que se verificó en Francia á fines del siglo xviii, y en realidad, fijándose en su curso exterior, ambos sucesos tienen más de un punto de semejanza. Después que una y otra nación hubieron llegado á la cumbre de su poder militar y literario, se siguen en ambos países varios años de impotencia y mal gobierno, que producen la explosión del movimiento revolucionario, siendo ineficaces todas las tentativas para sofocarlo. El partido exaltado alcanza la victoria sobre el moderado, y en los dos pueblos se forma proceso á un rey, se le ejecuta y queda derribada la monarquía.

Así en Francia como en Inglaterra se levanta sobre las ruinas del antiguo orden de cosas un poder militar que sabe apoyarse en un valiente ejército que se ha formado, no se sabe cómo, en medio del desorden reinante, y al frente del cual se pone un hombre que ha salido de la obscuridad y que une á un gran genio militar la penetración de un hombre de Estado. Uno y otro calman la agitación interior y hacen temible en todo el mundo, por medio de guerras de invasión, el nombre de la nación á cuyo frente se hallan. Si bien el fin de estos dos hijos de la revolución es muy distinto, en cambio la conclusión de ambas revoluciones es idéntica; terminan con el regreso de la raza real perseguida, que en uno y otro punto nada ha olvidado y nada ha aprendido durante su destierro, y que después de un corto reinado debe abandonar de nuevo el lugar que ocupa.

Aunque, como hemos visto, en su evolución exterior son ambas revoluciones análogas, no es necesario profundizar mucho para penetrar la índole distinta de su modo de ser. Los fines de la revolución francesa fueron, ante todo, políticos y sociales, y los de la revolución inglesa fueron políticos y religiosos. Ciertas exigencias políticas — como limitación de los derechos de la monarquía, revisión parlamentaria de los gastos de la nación, cooperación del Parlamento á la

formación de las leyes, protección de la libertad personal, establecimiento de una administración de justicia independiente — fueron comunes á ambos pueblos; pero así como la revolución francesa no pensó nunca en producir un trastorno en el terreno religioso, tampoco la inglesa pensó en derribar el antiguo edificio de la sociedad. La proclamación de la diosa Razón fué un hecho tan pasajero como la existencia de los *niveladores*; pues si las masas francesas no estaban poseídas del entusiasmo que impulsaba á los campeones del puritanismo, en cambio los ingleses estaban muy lejos de las ideas niveladoras de los discípulos de Rousseau.

De ahí proceden las demás diferencias entre ambos sucesos. La revolución que se inició á orillas del Sena se extiende más allá del país de su nacimiento para convertirse en europea, y auxiliada por el espíritu de investigación que se había apoderado de la literatura de los pueblos occidentales en los últimos años, encuentra en la mayor parte de ellos un terreno fértil, pues todos sufren todavía más ó menos el peso de los restos de aquel feudalismo al cual se ha declarado la guerra en Francia. De palabra y por escrito los franceses hacen propaganda en favor de sus «ideas» y se dirigen á todas las naciones con la declaración de los derechos del hombre; y cuando estos agradables discursos se ven interrumpidos por el rumor de las armas, cuando llega el inevitable choque con los Estados representantes del antiguo régimen, éstos, obligados por una derrota tras otra, entran en el camino de las reformas para dar fuerza á sus pueblos, hasta que el esfuerzo unido de todos consigue sacudir el yugo del hombre que amenaza convertirse en déspota universal.

En cambio, la acción directa de la revolución inglesa se limita en sus efectos inmediatos á su país, pues prescindiendo de sus conexiones con un movimiento religioso universal parecido al del siglo XVIII, no ejerce influencia alguna en el modo de ser y de pensar de las demás naciones. Este drama conmueve sólo el imperio de las islas británicas, y los que en él desempeñan algún papel no tienen la audacia de pretender que obran en defensa de la raza humana. Las teorías de Henry Vane y John Milton no encuentran eco al otro lado del canal, y la caída de la monarquía en Inglaterra no es precursora de la caída de ningún gobierno del continente, pues las guerras extranjeras en que el advenedizo revolucionario muestra la pujanza del Estado á cuyo frente se halla, no las utiliza para la propaganda del espíritu de la revolución.

En el cuadro de la historia universal, la revolución inglesa ocupa un lugar inferior al de la francesa, ya que ni remueve el fondo del pueblo inglés, ni produce una perturbación del orden establecido, según sucedió en Francia, ni ataca el modo de ser de los demás Estados, pues no tiene que preparar una transformación completa de la política reinante y del estado social. Sin embargo, ese acontecimiento ha sido uno de los que han llamado más la atención de las generaciones posteriores, y lo merece por ser la tentativa más violenta que ha hecho un pueblo, muy conservador en el fondo, para romper con su pasado.

El último suceso notable de la historia de Inglaterra antes de la Revolución fué la introducción de la Reforma, hasta la cual se debe retroceder si se quieren



El rey Enrique VIII de Inglaterra
Cuadro de Juan Holbein, propiedad del conde de Yarborough

encontrar las raíces de la primera. Los progresos de la Reforma en Inglaterra fueron muy distintos del curso que siguió en la mayor parte de los demás países. Enrique VIII se emancipó en verdad de la autoridad del Papa, pero dando

una nueva cabeza á la Iglesia en su propia persona. Suprimió los conventos y se apoderó de gran parte de los bienes del clero, pero no quiso que se modificase nada en los dogmas ni en el culto católico; así es que quien se negaba á prestar el *juramento de supremacía* era condenado á muerte, lo mismo que el que reprobaba la confesión auricular, la misa ó el celibato de los clérigos. Este orden de cosas no podía continuar, y así fué que á la muerte de Enrique VIII debió decidirse si las tendencias reformadoras alcanzaban la victoria ó si el catolicismo volvía á conquistar el terreno perdido. A los tutores de Eduardo VI, especialmente al duque de Somerset, se debió el que se verificase lo primero. Las leyes draconianas contra los herejes cayeron en desuso; se permitió á los curas que se casasen; se desterraron las imágenes de las iglesias; se suprimieron los oficios de difuntos y la confesión auricular, y se administró la santa cena bajo las dos especies y usando la lengua del país. Una nueva liturgia, un *libro de las preces comunes* (*Common Prayer Book*) en inglés, regulaban y simplificaban el servicio divino, aunque se conservaron muchas ceremonias del ritual antiguo. Se entregó al clero para su uso la *Explicación del Nuevo Testamento*, por Erasmo, libro de homilías lleno del espíritu reformador. Además cuando Somerset, por los malos resultados de su política interior y exterior, se vió obligado á ceder el sitio á un hombre de talento, el partido católico vió defraudadas las esperanzas que había puesto en este suceso, pues el conde de Warwick, bajo el nombre de duque de Northumberland, continuó las reformas empezadas con la aprobación del joven monarca y apoyado por los doctos protestantes que en su fuga habían encontrado asilo en Inglaterra. La más ligera modificación introducida en el *Common Prayer Book* fué castigada severamente. Para la redacción de los artículos de la fe recibió la Iglesia una norma de la que no debía separarse y en cuya composición influyeron mucho los dogmas de Calvino. Así se reformó el dogma, aunque en el rito se conservaron restos del antiguo. Al frente de la nueva religión figuraba la supremacía real, y bajo su autoridad el episcopado, los patronatos, los beneficios y los diezmos.

Desde este punto de vista triunfó la Reforma; pero aún no se había apoderado de las masas, porque se había introducido de arriba abajo, hiriendo antiguas costumbres é intereses, muchas veces con el empleo de la violencia y otras respondiendo á intereses particulares. Millares de personas deseaban que se restablecieran las imágenes de los santos ante las cuales se habían arrodillado en otro tiempo, y los que habían sido arrendatarios de algún convento tenían motivos, con harta frecuencia, para quejarse de las exigencias de los nuevos propietarios de los bienes del clero que se habían desamortizado.

Cuando la muerte de Eduardo VI abrió las puertas del trono á la hija primogénita de Enrique VIII, retoñaron las esperanzas de los católicos, esperanzas que fueron cumplidas durante el reinado de María Tudor. La esposa de Felipe II de España se creyó obligada por sus creencias á colocar de nuevo al pueblo inglés bajo el dominio espiritual de la Iglesia católica, y se dejó empu-

jar con facilidad á una reacción religiosa, que si bien al principio se contentó con suprimir todas las modificaciones introducidas durante el reinado de Eduardo VI, después hizo que se reconociera de nuevo la supremacía del Papa, y por último se dedicó á perseguir con violencia á los herejes. Entonces la Reforma sufrió verdaderamente su bautismo de fuego en Inglaterra. Cuando se encendieron las hogueras para los apóstoles de la Iglesia reformada nació una tendencia hacia las nuevas ideas en el seno del pueblo; los burgueses y el hombre del pueblo se conmovieron con la historia de los mártires y se acostumbraron á mirar con horror unas creencias en nombre de las cuales se cometían tales iniquidades. La nobleza y los hidalgos temieron verse obligados á restituir los bienes eclesiásticos de que se habían apoderado, y el Parlamento, que hasta entonces había apoyado á la reina, empezó á mostrarse recalcitrante. La derrota que María sufrió en su política exterior concluyó con la poca popularidad que le quedaba, y cuando murió odiada y aislada, le quedó el nombre de la *sangrienta* que le habían dado los protestantes.

Tal era la situación cuando subió al trono Isabel, hija de Ana Bolena y de aquel Enrique VIII que había negado la obediencia á Roma. Aunque la nueva reina no



Medalla con el retrato de María Tudor. Tamaño original

tenía profundas creencias religiosas, desde su juventud había sido inclinada á los principios protestantes; y colocada entre dos partidos enemigos que se observaban con desconfianza, trató de establecer unas leyes religiosas que permitiesen la reconciliación de los dos partidos, teniendo al Parlamento en su favor en esta tentativa. El *bill de supremacía* no dió de nuevo al monarca el título de «cabeza de la Iglesia,» pero le concedió todos los derechos de la jefatura sobre la Iglesia y el clero, la suprema jurisdicción eclesiástica, el derecho de visitar la iglesia, de ordenar reformas y de castigar la enseñanza del error ó los abusos. El *bill de uniformidad* introdujo otra vez el uso del *Common Prayer Book*, aunque modificándolo de modo que pudiesen aceptarlo los católicos; y siendo ella el jefe supremo del protestantismo, conservó en su capilla el crucifijo y procuró disminuir los casamientos de los pastores.

Con los *treinta y nueve artículos de la fe* recibió su coronamiento el edificio

de la Iglesia anglicana establecida, y sus miembros en toda la nación se vieron obligados de buen ó mal grado á sujetarse á ellos, pues además del juramento de supremacía que pastores y empleados se veían obligados á prestar, estaba prohibido el uso de cualquier ritual que se apartase de la liturgia aprobada, y el rehusar asistir al servicio divino de la Iglesia nacional era castigado con penas severas.

La gran mayoría del pueblo fué simpática á esta nueva forma, pero acá y allá se presentaron algunos elementos díscolos que querían emanciparse. Los católicos y los puritanos fueron los que se mostraron más agraviados por los progresos del anglicanismo; mas para los miembros de la Iglesia católica era peligroso pronunciarse en público contra él, pues que se castigaba con severidad al que reconocía aún en el Padre Santo de Roma la cabeza de la Iglesia. Las comunicaciones entre los curas ingleses y la curia romana eran consideradas como crímenes; el oír misa, el confesarse, la invocación á los santos, podían ser perseguidos aun cuando se hubiesen refugiado estas prácticas en la obscuridad de las capillas privadas y de las casas particulares. Sin embargo, la principal derrota la sufrieron los partidarios del catolicismo cuando á los ojos de la mayoría de los ingleses y del monarca el nombre de papista fué sinónimo de enemigo de la patria, y cuando el gobierno de Isabel, en el curso del tiempo, fué el baluarte principal del protestantismo y el blanco de las iras de los que le combatían.

Aunque el Papa excomulgó á la hija de Ana Bolena; aunque María Estuardo, mientras estuvo con vida, fué una vecina peligrosa para Isabel, y aunque se tramaron complots contra su gobierno y atentados contra su vida, y Felipe II envió su armada contra la isla hereje, con todo ello sólo se logró que el fanatismo religioso y político entrara también en el campo protestante y que el brazo de la ley hiriese indistintamente á culpables é inocentes sólo con que se creyera que eran partidarios del papado. El inglés que encontraba la justificación de sus actos en sus creencias, consideraba como culpable de alta traición al inglés que esperaba en el tesoro de las buenas obras. El gobierno que ayudaba á los Países Bajos contra Alejandro Farnesio, dificultaba en su propio país á los correligionarios de dicho Farnesio su manera de reverenciar á Dios.

El juramento de supremacía se hizo más extenso y se acentuó más; se castigó severamente la falta de asistencia á la iglesia y se declaró una guerra á muerte á todos los sacerdotes católicos, jesuítas y misioneros, considerándolos como enemigos del Estado. Si bien respecto de los católicos laicos se suavizaron alguna vez las leyes, en cambio á los curas católicos se les hacía sentir todo su rigor, y más de uno tuvo que subir al cadalso, aunque no pudo probarsele que bajo el manto de la religión se ocultase un traidor al Estado. Estos procedimientos, si bien no concluyeron con el catolicismo, hicieron que el abismo que mediaba entre el catolicismo y el anglicanismo se hiciera infranqueable; una parte de la nación, aunque muy corta, por efecto de las persecuciones y denun-

cias no pertenecía á la Iglesia establecida; y teniendo en más sus creencias que su conveniencia, los católicos no conformistas se sostuvieron en su resolución.

No fueron ellos los únicos que rechazaron el confundirse dentro de una sola Iglesia, contrariando los designios de Isabel; también se negaron los *puritanos*, los cuales se habían dado este nombre para manifestar su deseo de devolver á la Iglesia su pureza primitiva. Desde el extranjero, adonde les había obligado á huir la reina María, regresaron á su patria imbuídos en las ideas de Calvino y sus secuaces, y se encontraron con que el régimen democrático de la Iglesia y la sencillez del rito, que eran sus ideales, no podían amalgamarse con el anglicanismo. Para ellos, que

consideraban la Biblia como única autoridad en materia de religión, la supremacía real era un ataque á sus creencias, y pretendiendo que la jerarquía de la Iglesia católica era obra del diablo, no podían transigir con el episcopado. En varias ceremonias, en las repetidas genuflexiones, en los trajes que revestían los pastores en sus funciones, en el uso del símbolo de la cruz en los bautizos, en los accesorios artísticos del servicio divino, sólo veían reminiscencias de aquella «Babilonia» papal, que ellos combatían sin tregua porque obraba sobre los senti-

dos y separaba á los hombres de la contemplación puramente espiritual de la Divinidad. Gran número de puritanos se dirigieron á Escocia, donde después de una lucha tenaz se había establecido una Iglesia que tenía muchos puntos de contacto con la de Ginebra. Constituída con el mismo impaciente deseo que la de Inglaterra de encerrar en sí toda la nación, supo, sin embargo, la Iglesia escocesa huir de conceder una supremacía espiritual al jefe del Estado, aunque le exigían auxilio y protección en el ejercicio de su jurisdicción y que persiguiera á las diversas sectas. Su rito era muy sencillo y sin ornato, y su constitución repugnaba una aristocracia parecida á la de los obispos. Lo que caracterizaba especialmente esta constitución era el Instituto de los presbiterianos, compuesto de los laicos más ancianos que, votados por el municipio, en el con-



Medalla de la coronación de Isabel de Inglaterra
(Mitad del tamaño natural)

sejo parroquial, en el presbiterio y en los sínodos provinciales y generales estaba al lado de los eclesiásticos para conservar la unidad de las verdaderas creencias y estimular su celo mutuamente.

Otro grupo de puritanos fué más allá aún. Estando tan poco satisfechos de la Iglesia nacional presbiteriana de Escocia, como de la Iglesia episcopal establecida de Inglaterra, comprendieron la necesidad de una Iglesia que sirviese igualmente para todos. Su tendencia fué la separación, aunque uniendo á los que pensaban del mismo modo en comunidades libres, independientes unas de otras y animadas por la idea de que todos los creyentes podían ejercer el sacerdocio. El primer propagador de esta idea fué Roberto Browne, en cuyo modo de pensar se nota la influencia de los anabaptistas holandeses, y aunque luego para librarse de tenaces persecuciones se retractó de lo que antes había defendido apasionadamente de palabra y por escrito, sus discípulos, cuyo número á fines del siglo se calculaba en más de veinte mil, se apellidaron brownistas.

En estas primeras manifestaciones del puritanismo inglés pueden ya percibirse los gérmenes de los dos partidos que durante la revolución se disputaron el campo: los presbiterianos y los independientes.

La reina Isabel apeló á todos los recursos para paralizar el crecimiento de la corriente puritana; pero, á pesar de que poseía grandes medios de coerción, el número de los no conformistas aumentó de día en día. Sujetó á los escritores puritanos á una severa censura, separó de sus cátedras á varios profesores, quitó los beneficios á varios curas; mas, con todo, continuó el movimiento ascendente. Circularon por el país folletos anónimos en los cuales se decía que la Iglesia del Estado era el reinado del Anticristo, se formaron muchos presbiterios á estilo de los escoceses, y conventículos secretos substituyeron á las comunidades separatistas que se habían prohibido. También los puritanos tuvieron sus mártires, siendo los brownistas los que más sufrieron el yugo del Estado, ya que contra ellos no se emplearon sólo las multas y la prisión, sino que algunos fueron entregados al verdugo, y otros tuvieron que abandonar su patria refugiándose en los Países Bajos para reunirse allí con sus correligionarios en pequeñas congregaciones toleradas por las autoridades.

Aunque la reina Isabel no consiguió que todos sus súbditos se conformaran con la solución que había dado á la cuestión religiosa, no puede negarse que al final de su reinado la lucha religiosa había disminuído.

El ardiente odio del pueblo contra los papistas se calmó á medida que la política europea se apartaba de las sangrientas guerras de religión, dirigiéndose á fines más pacíficos. Muchos de los puritanos estaban dispuestos á someterse con tal que se les hicieran algunas concesiones respecto de las ceremonias; y en la literatura puritana de aquel tiempo, los primeros escritores expresaban el deseo de olvidar diferencias exteriores y con espíritu de tolerancia por ambas partes buscar un terreno común en que entenderse.



ISABEL DE INGLATERRA

Copia de un retrato pintado por Franz Forbus de Aelteren (1540-1580)



En otro terreno, en cambio, parecía aumentar la oposición que se manifestó ya á principios del reinado de Isabel. La reina había tenido más de un conflicto con el Parlamento, acentuándose allí la oposición puritana. El puritanismo inglés anduvo desde un principio mezclado con una gran dosis de independencia política, siguiendo en esto las huellas de sus compañeros de Escocia, de Francia y de los Países Bajos, que habían declarado la guerra á príncipes tiranos, y de sus maestros, que habían defendido en la cátedra y en la prensa la tesis de que era legítimo sublevarse contra la tiranía que impedía el uso legítimo del libre albedrío. Los ataques contra las prácticas y la constitución de la Iglesia existente fueron al mismo tiempo ataques contra la regia prerrogativa. Poner límites á ésta y combatir sus abusos en discursos enérgicos, apelando á los privilegios del Parlamento, fué la obra de hombres que consideraban las relaciones entre los súbditos y el soberano desde el punto de vista que se les había enseñado en la escuela de Ginebra.

La reina, por su parte, procuraba defender su posición, usando y abusando del derecho de crear nuevos distritos electorales é influyendo directamente en las elecciones; además se oponía á la libertad de los debates y tuvo algún tiempo en la prisión á los oradores más audaces.

Algunas veces prescindió de la cooperación del Parlamento, contentándose con publicar decretos y ordenanzas cuya validez en derecho era dudosa. Pero aunque procuró paralizar la acción del Parlamento en defensa de sus derechos y le impuso su voluntad, se guardó de mostrarse demasiado rígida y querer modificar los fundamentos de la constitución del país. Satisfecha de poseer un poder extraordinario, no intentó probar si aquel poder era ilimitado, y si aprovechó las formas constitucionales para llevar á cabo sus planes, nunca pasó por su imaginación la idea de infringirlas. Al final de su vida dió un gran ejemplo de circunspección cuando se comprometió, en la cuestión del monopolio, á sujetarse á los deseos del Parlamento.

Un pueblo, en su conjunto, se deja llevar por la fuerza de los sentimientos del momento y no por el cálculo. Si á su frente ve un gran personaje que se acredita de tal en los acontecimientos extraordinarios, le apoya en sus principales fines y se acostumbra á conservar su imagen querida en sus inolvidables y enérgicos rasgos; así se regocija con tener el presente asegurado sin cuidarse del porvenir; perdona todos los agravios del gobierno porque está convencido de que éste sólo quiere su bien, y se quita á sí mismo el derecho de crítica porque tiene confianza absoluta en el que le dirige.

De todas estas ventajas gozó Isabel, pues simbolizó las ideas de independencia religiosa y nacional que ocupaban el primer lugar entre las aspiraciones de la masa del pueblo. En favor de estas ideas había sostenido una gloriosa lucha en la cual había expuesto su propia vida más de una vez. El espectáculo que dió cuando se presentó arrogante amazona en el campamento de Tilbury animando á unos y á otros con palabras de fuego no podía olvidarse. En su nombre se

hallaba reunido todo lo grande que floreció entonces en Inglaterra: los triunfos marciales y los progresos de las artes y de las ciencias. Los católicos ingleses tenían motivos para estar orgullosos de las heroicas empresas de Drake y de Raleigh, y el sectario puritano, á quien en castigo de su tenacidad se le cortó una mano, se quitaba con la otra el sombrero y gritaba: «¡Dios salve á la reina!»

En el informe de un embajador francés se leía lo siguiente: «El gobierno se halla completamente en manos de la reina...; el pueblo encuentra su dominio tan suave y soportable, que llena todos sus deseos.» «No debe esperarse ningún cambio en la Iglesia ó en el Estado, decía otro embajador, en los últimos años de su reinado; pues no sólo es querida, sino aclamada de sus súbditos.»

Pero más influencia tienen en la historia las ideas que la voluntad de uno solo, por fuerte que sea, y así era de temer que fuerzas en apariencia reconciliadas se viesan obligadas, por una necesidad interna, á romper los lazos que las unían para disputarse el poder en lucha abierta.

De un lado estaba la monarquía, que como las de los grandes Estados del continente había sabido colocarse á gran altura. El primer Tudor había encontrado á los grandes barones muy débiles á consecuencia de la guerra de las dos rosas, que duró diez años, y por lo tanto, dispuestos á someterse sin contradicción á los deseos del rey. El haberse separado de Roma había convertido al monarca en sucesor del Papa, y así las dos instituciones, la Iglesia y el Estado, que tantas veces habían luchado entre sí, se hallaban en una sola mano, gobernando el rey de un modo absoluto en el campo eclesiástico lo mismo que si fuera sobre un cuerpo de empleados.

Los más altos dignatarios de la Iglesia eran nombrados á su capricho y del mismo modo podían ser relevados. Las dos cámaras de la *Convocación* religiosa se reunían bajo su presidencia; sus decisiones no eran valederas si no contaban con su aprobación, y el *High Comission Court* ó consejo supremo de la Iglesia, que gozaba de los más amplios poderes, se constituía según su inapelable voluntad.

También podía el rey ejercer esta autoridad excepcional sin cortapisas en la administración laica, ya que muchos se veían obligados á contener su espíritu de independenciamiento por haber prestado el *juramento de supremacía*. Además se arrogó el exclusivo derecho de iniciativa en la proposición de leyes eclesiásticas, y como consecuencia natural de todo ello, mostró la tendencia de derribar las barreras que limitaban su poder en otros sentidos, y como había sucedido en muchos países del otro lado del canal, quiso organizar la constitución del Estado como la de la Iglesia, completando así el edificio del absolutismo.

De otro lado estaba el pueblo, en cuyas ideas se notaba un cambio lento, pero continuo, que el gobierno nacional é instruído de los Tudores había ayudado á desarrollar. El pabellón inglés flotaba en todos los mares, y los buques de la Gran Bretaña ponían á contribución las riquezas de todas las partes del mundo; en las ciudades reinaba la prosperidad y los comerciantes é industriales se enriquecían; los hidalgos campesinos aumentaban sus propiedades con la rui-



na de los grandes barones y con la desamortización de los bienes de los conventos, y los campesinos libres encontraban buenos mercados para la venta de los productos de sus campos. De aquí surgió una nueva clase media, acostumbrada á la actividad de la vida pública, por su participación en el *selfgovernment* de los condados y en los municipios, orgullosa del fruto de su trabajo y convencida del valor de una instrucción regular que con la propagación de la Biblia había tomado un marcado tinte religioso.

En estas capas sociales se apoyaba el puritanismo y de ellas salieron sus representantes que reflejaban la confianza que en su propio y creciente poder tenía la pequeña nobleza de los campos y de las ciudades. Cuanto más limitada veían su independencia los pares eclesiásticos ó laicos, tanto más crecía á sus ojos la importancia de la Cámara de los Comunes. Estos hombres que tomaban parte en la administración, en el jurado, en la defensa de los municipios y de los asociados, era natural que no sólo se opusieran á las tendencias del absolutismo, sino que intentaran extender la esfera de acción del Parlamento.

Los Tudores supieron poner de acuerdo su sistema político interior con las necesidades sociales de la época, y así, con raras excepciones, en su política exterior contaron con las simpatías del pueblo; y si bien se notaba cierta tirantez en la marcha de la administración del Estado, pudo todavía suspenderse el rompimiento.

Pero cuando la raza extranjera de los Estuardos tomó las riendas del Estado, el peligro de una catástrofe se hizo extremo, porque el monarca quiso tener las mismas atribuciones como jefe del Estado que tenía como cabeza de la Iglesia establecida, y porque en las cuestiones europeas se apartó de aquellas tradiciones que eran consideradas como sagradas por la nación. Así los elementos enemigos suyos se unieron en el campo contrario y con ellos se fundó la oposición política y religiosa de los puritanos en una acción común. Rencores antiguos medio apaciguados se despertaron con violencia, y el rey y el Parlamento cogieron las armas para dirimir la cuestión. Este choque fué preparado por el reinado de Jacobo I.

El heredero de la reina Isabel, cuyos derechos á la sucesión de la corona consignó ella misma en su lecho de muerte, en 1603, tenía en su figura muy poco de la majestad real. Al contemplar su aire pesado, su cabeza grande, sus ojos saltones y su baboso hablar, nadie habría podido creer que era hijo de María Estuardo. Esta, poco tiempo después de su casamiento con Darnley, presencié la terrible escena del asesinato de Rizzio, y la impresión que sufrió no pudo menos de influir en la conformación del hijo que llevaba en su seno. Sin embargo, eran rumores infundados los que suponían que Jacobo no podía sufrir a vista de una espada desenvainada y que llevaba los vestidos forrados de algodón para que protegieran á su dueño contra los puñales; en cambio no puede negarse que durante toda su vida le faltó el valor moral que distingue al verdadero hombre de gobierno. Por esto no tuvo en la resolución de los asuntos de

Estado la seguridad y soltura de acción que mostraba Isabel. Huía de los trabajos serios y se decidía difícilmente á tomar grandes resoluciones, procurando alcanzar sus fines por medios indirectos; pues fiado en su superioridad intelectual, estaba seguro anticipadamente de triunfar de todas las dificultades. Estaba convencido, de que él, como rey y por el mero hecho de su alta dignidad, se hallaba en posesión de altas cualidades que debía á la gracia divina; y en efecto, podía jactarse de ciertas dotes en que fundaba su presunción. Era muy cáustico, poseía una memoria excelente, y su saber, especialmente en el terreno teológico, no era despreciable; descubría con gran sutileza los propósitos de sus adversarios; examinaba una cuestión por todos sus lados, y cuando otros permanecían aún en la obscuridad, encontraba la solución verdadera. No obstante, aun en estos casos se complacía más en palabras valientes que en hechos audaces, en aplazar los asuntos que en tomar acuerdos de importancia. Si aquella sabiduría salomónica que, según él, la Providencia había derramado sobre el trono de los reyes no causaba el efecto deseado ó encontraba contradicción, entonces su ira no conocía límites y rebosaba en insultos ó inectivas, y si se veía obligado á retirarlos lo hacía sin dignidad, como sin dignidad había atacado. «Cuando quiere hablar el lenguaje de un rey, dice un observador extranjero, su tono es el de un tirano, y cuando quiere descender de sus alturas se hace vulgar.»

La parte puritana del pueblo inglés nada tenía que esperar del nuevo rey. Orgullosos de sus profundos conocimientos en las cuestiones teológicas que entonces se discutían, se determinó á combatir á los puritanos como monarca y como sabio. En su reino de Escocia había sentido el peso del sistema puritano, y ya había empezado á oponerle el sistema del episcopado. En su camino hacia Londres se le había entregado una exposición de varios pastores puritanos, en la cual pedían reformas en el ceremonial del culto, en la constitución de la Iglesia y en el modo de proveer los curatos. Análogas peticiones le dirigieron los puritanos laicos. La contestación del rey fué llamarles á una conferencia en el palacio de Hampton Court, en enero de 1604, en donde tuvo efecto un certamen entre los principales sostenedores del puritanismo y los altos dignatarios de la Iglesia establecida. La discusión duró varios días, tomando parte en ella con gran entusiasmo el rey Jacobo, lo cual hizo exclamar á uno de los presentes: «S. M. está inspirado por el espíritu de Dios.» A pesar de que por una parte parecía estar dispuesto á hacer pequeñas concesiones, afirmó y sostuvo que el separarse en lo más pequeño de los preceptos de la Iglesia era digno de castigo, y la palabra «presbiteriano» le ponía fuera de sí, pues se acordaba de los de su país natal. «Un presbiteriano escocés, decía, está tan acorde con la monarquía como Dios con el diablo. En este sistema, cualquiera, Pedro, Juan ó Diego, deliberando juntos, se creen con derecho á criticarme á mí, á mi consejo y todas nuestras resoluciones cuando y como les dé la gana.»

En su modo de comprender los derechos de los príncipes, la idea de un clero subordinado y dependiente le era muy agradable, y eso lo encontró en el episco-

pado de la Iglesia anglicana. De aquí que creyera que la monarquía y el episcopado debían sostenerse ó caer juntos, y durante largos años usó la frase: «Sin obispos no hay monarca.»

En vano pidieron los municipios durante el Parlamento de 1604 que se hiciesen algunas concesiones á los amigos de la reforma, á pesar de que esta petición sólo era en beneficio de la paz, pues la mayor parte de ellos pertenecían á la Iglesia establecida. La independencia que mostraban los puritanos, su oposición á la completa unión de Escocia é Inglaterra, el lenguaje que usaban, franco, si bien moderado, habían irritado tanto al rey, que no podía contenerse de reprenderles con el tono de un maestro de escuela. ¡Qué impresión debía causar á tales hombres el oír frases como las siguientes: «Durante mi reinado en Escocia se me ha considerado, no sólo como un rey, sino como un consejero; aquí mañana y tarde se anda poniendo faltas á lo que propongo. Allí parecía bueno todo lo que de mí procedía; aquí todo se encuentra digno de censura.... En muchas cosas habéis obrado inconsideradamente. Desearía que emplearais más discreción en el uso de vuestra libertad!»

Para la convocación religiosa de que hemos hablado, y que se reunía al mismo tiempo que el Parlamento, eran superfluas estas exhortaciones. Los cánones aprobados que se extendían á todo el clero que se hallaba allí reunido, obligaban bajo pena de excomunión á la observancia del ritual en uso. Los excomulgados podían ser reducidos á prisión hasta que abjurasen sus errores; y no era una aquiescencia silenciosa la que se exigía, sino que era preciso firmar una declaración en la que se reconocía la supremacía del rey y la conformidad del libro de rezos comunes y de los treinta y nueve artículos de la fe con la palabra de Dios.

Los nuevos cánones se utilizaron para una persecución violenta contra los curas puritanos, perdiendo más de trescientos sus beneficios por no haberse querido someter, y las exposiciones para que se les colocase de nuevo fueron declaradas dignas de castigo. En las universidades se obligó á prestar un nuevo juramento para disminuir la infiltración del puritanismo. No obstante, al cabo de algunos años cedió el primitivo rigor; pues habiendo recaído el arzobispado de Canterbury en Jorge Abbot, hombre de ideas conciliadoras que en algunos puntos concordaban con las de los perseguidos, puso término á las intrigas de los exaltados clérigos de la Iglesia establecida. Pero si los puritanos no estaban aún seguros del porvenir, pues que no podían contar con una prolongada indulgencia de las autoridades, en cambio su causa ganaba grandes simpatías en el seno del pueblo.

El nuevo rey al subir al trono prometió á sus súbditos católicos mejorar su situación, y con el propósito de aumentar sus partidarios les dió á entender que se suavizarían los castigos impuestos á los que rehusaban asistir al servicio divino de la Iglesia establecida. En realidad las multas cayeron en desuso y uno de los principales miembros del partido católico fué nombrado individuo del consejo secreto; pero el haberse descubierto algunas conspiraciones en las que al pa-

recer se hallaban complicados varios católicos y el temor de la influencia de los jesuitas hicieron que el rey se detuviera en el camino emprendido. Transigió todavía con los laicos; pero á los jesuitas y á los alumnos de los seminarios, que ejercían un influjo secreto sobre sus correligionarios, se les obligó á abandonar



El rey Jacobo I. (Copia de un grabado de la época.)

el reino dentro de un breve plazo. La consecuencia de estas medidas fué que en cierto número de cabezas fanáticas germinaran planes de venganza que dieron por resultado la llamada *conjuración de la pólvora*.

Algunos hombres nada escrupulosos, y para los cuales el fin justificaba los medios, se unieron con el propósito de aprovechar la primera ocasión para destruir al Rey, á los Lores y á los Comunes. Las circunstancias de haberse resuci-

tado las antiguas leyes criminales, de aplicarse de vez en cuando con bárbaro rigor ó de poner en prisión á los recalcitrantes para asegurar el pago de las multas exigidas, sólo sirvieron para confirmarlos en sus criminales proyectos. El día en que el Parlamento debía reunirse de nuevo, esto es, el 5 de noviembre de 1605, se acercaba; en una bodega situada en el mismo edificio del Parlamento se introdujeron veinte barricas de pólvora escondidas debajo de leña, y después se aprontaron sumas de dinero, se compraron armas y se hicieron todos los preparativos para hacer estallar una insurrección. En el último momento, uno de los conjurados, lleno de angustia por la vida de un pariente suyo que era individuo de la Cámara alta, reveló el secreto, y á consecuencia de sus revelaciones en la noche del 4 de noviembre se hicieron pesquisas en aquella bodega y se encontró allí á Guy Fawkes, soldado que acababa de regresar de Flandes y en cuyo valor y serenidad se fundaban grandes esperanzas. Descubierto el complot en todos sus detalles, los culpables, ó bien fueron muertos en su fuga, ó llevados á los tribunales, y á consecuencia de esta loca tentativa la suerte de los católicos ingleses se hizo más pesada, se reavivaron en el pueblo las preocupaciones de tiempos anteriores y se vieron de nuevo las ejecuciones de algunos sacerdotes, mientras que el tesoro real se enriquecía con las multas y la incautación de los bienes de los disidentes.

Estos mezquinos medios no bastaron, sin embargo, para llenar las arcas reales, pues Jacobo, desde los primeros años de su reinado, tuvo que luchar con dificultades económicas. Era un mal administrador, cuyo modo de derrochar formaba un contraste desagradable con la economía de Isabel. Su corte gastaba cuantiosas sumas; gran número de favoritos se enriquecían con sus dones, y por otra parte, una revolución que había estallado en Irlanda amenazaba absorber buena parte del tesoro real. Ya anteriormente los gastos de un año habían ascendido á 500.000 libras esterlinas, mucho más de lo que necesitó nunca Isabel en tiempo de paz. Los ingresos regulares de la Corona no podían cubrir este déficit, y el Parlamento no se mostraba dispuesto á proteger la administración de la Hacienda real, que en tan mal estado se hallaba, por lo cual la Corona pensó en un medio para aumentar sus ingresos, que al ponerlo en práctica debía renovar ciertas controversias constitucionales que estaban adormecidas.

Desde los tiempos de Enrique VII se había establecido la regla de que ciertos tributos que se cobraban á la introducción y la exportación de las mercancías fuesen cedidos al monarca al empezar su reinado, entendiéndose que era para toda su vida; en ellos tenía la administración de la Corona una sólida base financiera, y en los reinados de María é Isabel se habían acrecentado aumentando algunas tarifas sin pedir el consentimiento previo del Parlamento. Jacobo I no puso reparo en aumentar administrativamente los derechos de aduanas, y cuando algunos de los comerciantes á quienes esta medida afectaba se negaron á pagar las sumas que se les exigían, la *Court of Echequer*, el tribunal del Tesoro, falló en favor de la Corona, reconociendo así que el considerar el rey como pre-

rrogativa suya el establecer impuestos sobre la importación y exportación de las mercancías, estaba de acuerdo con las leyes del país. Apoyado el gobierno en esta sentencia, y de común acuerdo con los principales representantes del comercio, procedió á una reforma de los aranceles de aduanas, de la cual se prometía una disminución considerable del déficit anual; pero como, á pesar de todo, el déficit subía aún á 180.000 libras, se presentó una proposición al Parlamento en el año 1610 para que en compensación del abandono de ciertos privilegios procedentes de la Edad media, que nada producían al rey y en cambio eran muy gravosos para el pueblo, se le concedieran de una vez 600.000 libras para el pago de las deudas y gastos extraordinarios, y además se le aumentasen sus ingresos en 200.000 libras anuales. Los Comunes, aunque estaban dispuestos á acordar al rey los medios conducentes para atender á sus necesidades más precisas, no se conformaban con dotarle tan pródigamente que en lo sucesivo pudiese prescindir de su intervención, y si bien habían dejado pasar anteriormente sin protesta los cambios introducidos en los aranceles de aduanas, entonces procedieron á examinar con detención la sentencia del tribunal y además los Estatutos anteriores y casos precedentes que pudiesen justificar tal ampliación de la regia prerrogativa. El celo que mostraron en sus investigaciones se explica perfectamente si se atiende á que públicamente se predicaba el poder sin límites del monarca, y Jacobo I parecía estar convencido de que tal poder tenía, apoyado en que los cánones de la Convocación de 1606 habían proclamado el principio de la obediencia absoluta en todos los casos. Un *Diccionario de Derecho*, publicado en 1607 y dedicado al arzobispo de Bancroft, afirmaba que el rey era «absoluto y estaba por encima de las leyes,» y le concedía el derecho, prescindiendo de su juramento al recibir la corona, de «modificar algunas leyes ó abolirlas.»

Casi siempre fué el alto clero el que sostuvo esta teoría, y sus tribunales tendieron constantemente á extender su competencia, en pugna con los juristas de profesión, atrayéndose con ello más y más la malquerencia de los puritanos.

El rey, para conseguir sus fines, retrocedió paso á paso, mandando suprimir aquel Diccionario y levantando la prohibición de discutir la cuestión de los aranceles de aduanas; así es que se estaba próximo á la conclusión de un compromiso, faltando sólo que el rey diese una contestación favorable al memorial de agravios que se le había presentado y que se refería principalmente á asuntos eclesiásticos.

Cuando el Parlamento se reunió de nuevo para la legislatura de invierno, las esperanzas de una transacción se habían desvanecido. El rey temía alcanzar poco y los Comunes temían dar demasiado, y si el primero deseaba no contraer compromiso alguno, los otros creían que los individuos de la Cámara baja, «los representantes del país,» tenían una autoridad superior á la de los «Lores.» No pudiendo llegar á una avenencia, el día 9 de febrero de 1611 fué disuelto el Parlamento.

Por el espacio de cuatro años trató Jacobo de gobernar sin Parlamento, y

aunque los derechos de aduanas se aumentaron considerablemente y la enajenación de bienes de la Corona y la venta de títulos de nobleza produjeron mayores ingresos, una disposición decretando un empréstito forzoso no dió resultado alguno, por lo que crecieron de tal modo las dificultades de la administración, que, por fin, en el año 1614, fué imprescindible el proceder á nuevas elecciones, saliendo de ellas la oposición con mayores fuerzas que en las anteriores. Se negaron, pues, los Comunes á conceder crédito alguno sin que antes se diese una contestación favorable al memorial de agravios del país, y especialmente sin que se aboliese por medio de una ley el aumento de los derechos de aduanas. La negativa de los Pares á acceder á los deseos de la Cámara baja causó muy mala impresión, sobre todo porque uno de los pares, eclesiástico, se permitió palabras ofensivas contra los Comunes. El rey intervino en la contienda de ambas Cámaras; pero como los Comunes en vez de ceder se hicieron más tenaces, resolvió disolver otra vez el Parlamento, que contaba apenas dos meses de existencia. Irritado á lo sumo, mandó encerrar en la Torre á cuatro de los jefes de la oposición, deteniéndoles allí algún tiempo, é hizo quemar delante del consejo reunido los documentos referentes á la conferencia entre los Lores y los Comunes.

Se había verificado el rompimiento. Sin que por ambas partes se tuviese conciencia clara de ello, la lucha había empezado. Tratábase de decidir en quién debía descansar el peso del gobierno, si en el rey, que creía tan criminal dudar del poder absoluto de la monarquía como de «la omnipotencia de Dios,» ó en aquellos que se consideraban «representantes» del país y que en esta representación fundaban su poder.

Al principio quedó dueña del campo la omnipotencia monárquica, y durante siete años trabajó con los mismos medios que sin contemplación había usado antes; pero después encontró en algunos puntos una resistencia inesperada. La persona que conocía más á fondo el derecho común, sir Eduardo Coke, salvó el honor de su clase con la energía con que rechazó todos los ataques de la prerrogativa regia á la administración de justicia, en castigo de lo cual fué relevado de su empleo de juez superior en la *Court of Kings Bench*, tribunal supremo. Condados enteros se negaron á entregar al tesoro real los donativos voluntarios (*benevolences*) que se les exigían, y no se dejaron intimidar por las amenazas del gobierno.

En la corte, no obstante, en nada se notaba que los tiempos fueran malos. Allí se encontraba reunida una sociedad brillante dispuesta á divertirse en fastuosas cacerías, opíparos banquetes y alegres mascaradas, y que ocultaba apenas bajo un exterior seductor el ardor de pasiones desenfrenadas. La corte de Isabel no había sido ningún modelo de moral; pero los que rodeaban á su sucesor habían caído en un abismo de depravación; los embajadores extranjeros no se atrevían á relatar delante de oídos castos las cosas que pasaban ante su vista, y procesos escandalosos daban publicidad á secretos de la alta sociedad que

hacían recordar los peores tiempos de los más corrompidos príncipes italianos.

El rey no podía sincerarse de la acusación de que en medio de este círculo corrompido rebajaba su dignidad. Acostumbrado siempre á conceder gran intervención en los negocios al favorito que sabía aprovecharse de sus debilidades, buscaba el medio de elevar y proteger al que había escogido. Durante mucho tiempo lo fué un escocés, Roberto Carr; le hizo conde de Somerset; le casó con la esposa del conde de Essex, cuyo primer matrimonio fué anulado con el apoyo del rey por motivos fútiles, y cuando se probó que esta noble pareja había tomado parte en un envenenamiento, el rey les salvó la vida. Después ocupó el lugar de Somerset Jorge Williers, á quien concedió la dignidad de duque de Buckingham. Poseía este favorito algunas cualidades, pero no hacía uso de ellas, ocupado siempre en galantes aventuras y enamorado de su belleza, de sus ricos trajes y de sus adornos afeminados. Su inesperada suerte le hizo altivo y presuntuoso, quiso que sus parientes tomasen parte en su triunfo y consideraba la administración del Estado como cosa suya. El que tenía una pena, el que deseaba mejorar de posición, el que quería que se despacharan sus asuntos, tenía que dirigirse á él, y aunque no era codicioso por naturaleza, acostumbró á la generalidad de los solicitantes á no presentarse con las manos vacías. La multitud de parásitos que le rodeaban seguía con alegría su ejemplo; así es que en aquella corte parecía que todo era venal, que todo podía comprarse: el derecho y el honor, los empleos y las dignidades, la protección de los hombres y los favores de las mujeres. Se sabía la suma necesaria para obtener un nombramiento de par, y los principales señores se dejaban corromper por los monopolizadores, «los barones feudales de la época,» á los cuales suministraban patentes y privilegios de comercio.

Así se presentaba el gobierno á los ojos del pueblo, que cada vez simpatizaba más con las ideas puritanas, á pesar de que el tribunal eclesiástico pronunciaba penas severas contra los puritanos, y un pastor que se insubordinó fué sometido á la tortura. Esto no podía impedir que millares de personas serias y austeras vieran con desagrado la situación del Estado y de la Iglesia, tan distinta de lo que creían ellos que debía ser.

Por el mismo tiempo la política exterior del gobierno tomó un rumbo que disgustó profundamente á la gran mayoría de la nación que miraba los negocios extranjeros con los mismos ojos que sus padres, que habían visto la destrucción de la grande Armada y se habían apoderado de los galeones de Felipe II. Vefan en España el enemigo hereditario de su nación y el campeón de la propaganda católica, y precisamente con ella había entrado Jacobo en negociaciones de las cuales desconfiaban las masas. Se pretendía que el heredero del trono inglés, el príncipe Carlos, se casase con una infanta española, y el rey Jacobo apoyaba este enlace, porque esperaba salir de sus apuros pecuniarios con el dote de la infanta, y hallándose dispuesto para conseguirlo á hacer algunas concesiones á los católicos ingleses.



Mucho más allá iban los propósitos del embajador español, D. Diego Sarmiento de Acuña, posteriormente conde de Gondomar, quien teniendo en sus manos todos los hilos de este asunto, esperaba dar, aprovechando ésta ocasión, una estocada mortal á todo el protestantismo. Sus verdaderos fines no consistían en obtener la tolerancia para sus correligionarios, sino en dar á Inglaterra un príncipe católico y quitar á la herejía su más firme apoyo. Ningún personaje era tan odiado en el país como el astuto y generoso diplomático, y por desgracia todo lo que se murmuraba de sus tenebrosas intrigas caía sobre el rey, su protector. Los más negros presentimientos parecieron confirmarse cuando, en 1618, uno de los héroes del tiempo de Isabel, sir Walter Raleigh, fué sacrificado al rencor del español.

En estas circunstancias se recibió la noticia de haber estallado la revolución de Bohemia, que fué la señal del comienzo de la gran guerra de Alemania, viéndose invitado en seguida Jacobo á tomar una resolución respecto de los sucesos del continente. Su hija Isabel era esposa del elector palatino Federico, el cual se apoderó del trono de Bohemia, sublevándose contra el emperador. Sostenerle era reconocer el derecho de sublevarse y al mismo tiempo romper con España, que no debía estar dispuesta á sacrificar los intereses de la casa de Habsburgo. Durante largo tiempo el rey de Inglaterra desempeñó el papel ingrato de mediador; y cuando la seguridad del Palatinado se vió amenazada, se contentó con permitir que sir Horacio Vere fuera al auxilio de Federico con un cuerpo de voluntarios ingleses. Pero cuando el marqués de Spínola se puso en movimiento desde los Países Bajos y la invasión del Electorado por los españoles fué un hecho, no le quedó más recurso al rey, que tan orgulloso estaba de su «habilidad,» que convocar un Parlamento y entenderse con él, si quería salvar la herencia de los vástagos de su hija.

Antes de que el Parlamento se reuniera, en 30 de enero de 1621, llegó la noticia de la batalla de Weissenburgo, cuya pérdida obligó á Federico é Isabel á huir de Bohemia. La exaltación del pueblo inglés no conocía límites, y por medio de pasquines se excitaba á la guerra contra los españoles y al embajador español se le avisaba que se guardara del puñal de los puritanos. En el Parlamento reinaba gran entusiasmo guerrero y protestante; pero aunque los Comunes votaron en seguida dos subsidios (unas 150.000 libras), suspendieron el tomar ninguna otra resolución hasta que pudiesen examinar con detención el camino que el gobierno quería seguir en la política interior y exterior, lo cual produjo un nuevo choque.

En los últimos años habían tomado tantas creces los abusos de la administración, que la Cámara baja encontró tela suficiente para sus críticas; el monopolio establecido había producido la misma queja que en tiempo de Isabel, pues la concesión arbitraria de privilegios para el ejercicio de una industria ó la venta de mercancías era un gran perjuicio, porque impedía la competencia y era al mismo tiempo fuente de corrupción y engaño. Los Comunes no sólo pidieron la

supresión de gran número de patentes, sino que se determinaron á volver á la antigua costumbre de acudir á la barra de la Cámara de los Lores como acusadores de determinadas personas, declararon la guerra á la venta de favores que tanto había florecido bajo el patronato de Buckingham y se arrogaron el derecho de pedir cuenta de su conducta á los más altos funcionarios del Estado. El célebre lord canceller Francisco Bacon sucumbió ante sus ataques, pues fué acusado de vender sus fallos por dinero; y aunque esto no pudo probarse, como se demostró que antes de resolver los asuntos recibía ricos presentes de los interesados, fué declarado culpable. El rey disminuyó las multas que se le impusieron y el tiempo de prisión, pero no pudo impedir que se le quitaran para siempre todas sus dignidades.

La Cámara baja se encarnizaba tanto más con las faltas de la política interior cuanto menos le gustaba la marcha de la política exterior. Indudablemente en este asunto el rey veía más claro que los individuos de la oposición parlamentaria, pues sabía que no era á España, que estaba necesitada de paz, á quien tenía que temer en primera línea, sino al emperador y á la liga, y que una guerra contra ellos era una empresa arriesgada; pero confiaba con recobrar el Palatinado por medio de la diplomacia, negociándolo con la corte de Viena mediante el apoyo de la corte de España. Se equivocaba, sin embargo, respecto del verdadero carácter de los acontecimientos del continente, que no permitían una política de habilidades y medias tintas, ya que no era la suerte del Palatinado la que iba á decidirse, sino la del protestantismo.

Procuraba el rey sobre todo ocultar sus planes á aquellos de quienes exigía grandes cantidades de dinero para llevarlos á cabo, pues entre él y el Parlamento faltaba la confianza necesaria para obrar con energía en el exterior. Quería que las altas cuestiones de la política fueran un libro cerrado para el Parlamento, mientras que éste pedía un programa fijo, en vez de las generalidades que se le exponían.

Poseídos los Comunes de este espíritu, se reunieron de nuevo pasadas las vacaciones de verano, á fines de 1621. Los debates tomaron en seguida un carácter agresivo, á pesar de que no se deseaba un rompimiento con el rey. El tema del casamiento español y de las intrigas del embajador de España estaba en labios de todos; así los Comunes dirigieron una petición al rey por boca de uno de sus jefes de fracción para que se pusiera á la cabeza del mundo protestante, casase al príncipe de Gales con una correligionaria suya y dejara de contemporizar con los católicos renuentes. El rey, excitado por Gondomar, replicó al orador que la Cámara no tenía para qué ocuparse en los «secretos de Estado,» pues que estaban muy por encima de la «comprensión» de sus miembros, los cuales con esta pretensión atacaban las regias «prerrogativas.» La discusión sobre la política exterior se convirtió entonces en discusión sobre la libertad de la palabra. Varios miembros del Parlamento fueron encarcelados por ciertas declaraciones hechas en el curso de los debates; pero los Comunes creyeron que lo que

habían soportado de una Isabel no podían sufrirlo de un Jacobo, y consignaron una solemne protesta en las actas de la Cámara, en la que declaraban que ellos solos eran los que debían juzgar si uno de sus miembros había abusado de la libertad de la palabra. El rey contestó disolviendo el Parlamento, y antes de tomar esta resolución, el 30 de diciembre, se dirigió á Whitehall y rasgó del libro de actas la hoja que contenía la protesta en presencia del Consejo y de los jueces. Además algunos individuos del Parlamento que habían excitado especialmente su ira fueron reducidos á prisión.

De nuevo se vió obligado el gobierno á cubrir sus gastos por medios extra-legales. Una parte de sus recursos le servían para proteger al palatino Federico que se hallaba muy apurado, aunque su causa no parecía completamente perdida. Sir Horacio Vere ocupaba varias de las principales plazas fuertes; Mansfeld y Cristián de Brunswick combatían por él, y á su lado llevaba al margrave de Baden. Pero lo poco con que Jacobo podía contribuir no era más que una gota de agua en un fuego ardiente: las victorias de Tilly y de Córdova dispersaron las tropas auxiliares de Federico, y las plazas palatinas que aún estaban en su poder tuvieron que abrir sus puertas á los españoles. En vista de tales sucesos, acogió aún Jacobo con más efusión la idea de que era posible reconquistar el Palatinado sin grandes sacrificios, por medio de una alianza de familia, presunción que tendieron á confirmar el príncipe Carlos y su mentor Buckingham por medio de una extraña aventura. En 1623, disfrazados, con barbas postizas y llevando nombres falsos, se pusieron en camino para España á fin de conquistar á la infanta dueña de sus pensamientos y producir una reconciliación general, como se ve en las comedias. Tal empresa no fué más que un golpe de teatro mal discurrido, y los dos viajeros encargados del desempeño no se hallaron ni una sola vez dentro de su papel. El gobierno español no quería perjudicar los intereses de la Iglesia ni ponerse en pugna con el emperador y la liga, y además tuvo muchas exigencias: promesa de no hacer uso, y si fuera posible suprimir las leyes que oprimían á los católicos ingleses, concesión de una capilla para la infanta, pero con carácter público, y que los hijos de ésta fueran en sus primeros años educados en la religión católica. El príncipe lo aceptó todo y el rey Jacobo juró los artículos públicos y los secretos; mas en cambio el pueblo inglés miraba con temor el porvenir y mostraba más y más su rencor puritano contra todo lo que se llamaba papista.

Sin embargo, en corto tiempo cambió el aspecto de las cosas, pues los españoles, que habían pedido mucho, no querían conceder nada por no ponerse en pugna con los potentados católicos de Alemania en la cuestión del Palatinado. El medio que propusieron de que el hijo del elector fuese educado en la religión católica, se casase con una hija del emperador y que á su mayor edad se le entregase su herencia, no podía satisfacer ni á Jacobo ni á su yerno Federico, y por último en Madrid se negaron á dejar ir la infanta á Inglaterra porque desconfiaban de las promesas inglesas. Antes ya de que se rompiesen las negociaciones,

Carlos y Buckingham habían abandonado á España, siendo recibidos en su patria con grandes demostraciones de alegría por parte del pueblo, que parecía haberse quitado un peso de encima, pues sólo se figuraba que ambos querían romper con España y no presumía que poco antes se habían comprometido ambos en alto grado con ella. Durante algún tiempo hubo aún vacilaciones; pero cuando se vió que nada podía esperarse de Madrid, Jacobo se dejó guiar por su hijo y por su favorito Buckingham, en los cuales se había despertado un gran calor bélico.

La guerra, sin embargo, no podía hacerse sin el apoyo completo de la nación, y aunque el último Parlamento había sido disuelto por haber querido examinar la política exterior seguida por el monarca, se convocó otro, en 1624, para que diese su aprobación á la nueva marcha que se había emprendido en los negocios extranjeros. Sin exigir explicaciones por lo anteriormente ocurrido, y satisfecho del cambio, concedió el Parlamento subsidios por la cantidad de 300.000 libras para la defensa del país, para proteger los Países Bajos y demás aliados y para el armamento de la marina, debiendo verificarse el pago, después de rotas las negociaciones con España, á un tesorero nombrado por el Parlamento. Por la forma en que se distribuían los subsidios ya se veía cómo deseaba el Parlamento que se hiciera la guerra; esto es, con gran actividad por mar contra España, acudiendo con una división en ayuda de los Países Bajos. El mezclarse en una formidable guerra en el continente no era del gusto de los hombres del Parlamento; en primer lugar, porque los gastos debían ser inmensos, y además por no parecerles necesario, pues que tenían en poco el poder del emperador y de la liga.

El gobierno por su parte juzgaba la situación de una manera más acertada y deseaba constituir, con ayuda de los subsidios ingleses, una gran liga continental para dar actividad á la guerra en Alemania, admitiendo en esta alianza á príncipes católicos. Si bien se había roto con España, quedaba Francia, cuyo apoyo esperaba poder obtener, pues habiéndose deshecho el matrimonio del príncipe de Gales con la infanta, podía su enlace con la hija de Enrique IV ser el cimiento de una nueva alianza.

Estos planes, sin embargo, no podían obtener el aplauso del país y de sus representantes. Una gran alianza en el continente echaba sobre el pueblo inglés una responsabilidad con la cual no quería cargar; además la unión con una casa católica amenazaba producir un cambio en aquellas leyes intolerantes que la mayoría consideraba como el baluarte de la independencia nacional y de la religión del país. No obstante, dejaron al gobierno que siguiera trabajando en sus proyectos durante la suspensión de las sesiones, pues confiaban en la palabra del rey de que daría cuenta en la próxima legislatura del uso del subsidio que se le había concedido hasta entonces, y que no contraería nuevos compromisos sin obtener la aprobación del Parlamento.

Entretanto se presentó ocasión, en la política interior, de que el Parlamen-



to mostrase otra vez su preponderancia. A la cabeza de los altos funcionarios que deseaban una alianza con España se hallaba el lord tesorero, conde de Middlessex, cuyo espíritu económico había querido muchas veces poner trabas á la prodigalidad de Buckingham, y además consideraba muy peligrosos para la Hacienda los planes guerreros de este hombre de Estado y del príncipe de Gales. Trataron, pues, de quitarle su empleo, y como en el ejercicio de su cargo se había mostrado tan poco íntegro como Bacon, la queja que contra él presentaron los Comunes ante los Lores no dejaba de tener fundamento, y en su consecuencia Middlessex perdió todas sus dignidades, fué declarado incapacitado de ejercer nunca un cargo en el servicio del Estado ó de aceptar un sitio en el Parlamento, y se le condenó á pagar una multa de 500.000 libras, dejando á elección del rey que lo tuviera preso ó bien que lo desterrara para siempre de la corte. Buckingham se mostró muy satisfecho del resultado del proceso; pero el rey le dijo: «Eres un loco. Has inventado un látigo con el cual algún día te pegarán.»

Esta victoria aumentó la confianza que el Parlamento tenía en sí mismo, el cual aprovechó la ocasión para presentar al rey las quejas del país. Entre ellas representaban el principal papel, como anteriormente, las que se referían á la situación de la Iglesia. El rey vió entonces cuánto había cedido ya y se determinó á no hacer ninguna otra concesión; presentóse, pues, el 28 de mayo en el Parlamento, y expresó su modo de pensar en tales términos, que los Comunes determinaron hacer constar sus palabras en el acta. Al día siguiente se suspendieron las sesiones y después se prorrogó varias veces la fecha de la nueva reunión del Parlamento.

Durante un año pudo obrar el gobierno sin sujetar sus actos al examen parlamentario, por lo cual trató de aprovechar el tiempo ante todo para determinar su política exterior, recibiendo Buckingham, á pesar de cierta repugnancia del rey, amplias facultades. La guerra con España se hizo inminente, mientras que los Países Bajos recibían la seguridad del apoyo de Inglaterra; se entró en tratos con Dinamarca y Suecia para concluir una alianza, y en Francia se ganó un amigo, aunque algo voluntarioso, verificándose los esponsales del príncipe de Gales con la hermana de Luis XIII.

Pero la dificultad estribaba en si el país aprobaría todos los pasos dados por Buckingham, que se empeñó en llevar á cabo sus planes sin estar seguro del apoyo de la opinión pública, y á la verdad que el éxito de los que se realizaron no fué muy brillante. De los doce mil hombres que se llevó Mansfeld de Inglaterra, perecieron la mayor parte en Holanda, y el tratado con Francia era de tal naturaleza, que su publicación hubiera dado lugar á una fuerte oposición. El príncipe Carlos había prometido en el Parlamento que su casamiento con una católica no favorecería en nada á los disidentes ingleses, contra los cuales estaban aún en vigor severas leyes, y el Parlamento estaba muy lejos de desear que se suprimieran, pues que muchas veces había reclamado su ejecución.

Sin embargo, la princesa Enriqueta María no quiso pisar el suelo inglés sin

mejorar la suerte de sus correligionarios; así es que en un documento firmado por el rey, el príncipe de Gales y uno de los secretarios de Estado, se concedió á los católicos de Inglaterra mayor libertad religiosa aún que la que se había estipulado antes en el tratado hispano-inglés. Se prohibió que fueran castigados con penas corporales ó pecuniarias á causa de su confesión, ni por negarse á prestar juramentos que fueran contra su religión, á excepción del de obediencia al rey que debían prestar como buenos súbditos.

Antes de que el gobierno se viera obligado á explicar su política al país, murió Jacobo el 27 de marzo de 1625.

Los veintidós años de su reinado dejaron profundas huellas. Habían dado una fuerza considerable al puritanismo, fuerza que se hacía patente en muchas manifestaciones de la vida pública, empezando por una lucha contra la administración del Estado que sólo fué interrumpida por cortas treguas; habían acumulado en el seno de la nación agravios políticos y religiosos, y en el exterior habían dejado sin solución un gran número de problemas.

La administración desacreditada, la hacienda agotada, derrotas en vez de triunfos, manejos en contradicción con solemnes promesas, tal fué la herencia que recibió el rey Carlos I al subir al poder.

II. — PRINCIPIO DEL REINADO DE CARLOS I Y SUS TRES PRIMEROS PARLAMENTOS

Cuando Carlos I subió al trono tenía veinticinco años, y lo que de él se sabía era propio para ganarle las simpatías de su pueblo. El débil niño se había convertido en un hombre de bella apariencia, experto en todos los ejercicios corporales y que de su infancia enfermiza sólo conservaba cierta timidez ó reserva que contribuía á hacerle aún más interesante. Era serio, noble, moderado, de gran valor personal, inclinado á las artes y á las ciencias, inteligente en administración, y tenía la facilidad de comprender en seguida los asuntos más complicados, todo lo cual hacía esperar que fuese ornamento del trono. No tenía la ciencia ni la facilidad de elocución de su padre, pero en cambio ni era pedante como Jacobo ni había heredado sus groseras inclinaciones.

Tenía cierta experiencia en los negocios, y la manera como los había conducido á su regreso de España había sido recibida con aplauso por el pueblo. Pero adolecía de un defecto que amenazaba echar á perder sus buenas cualidades, y era una gran inclinación á las intrigas y á las restricciones secretas de promesas hechas públicamente. Su falta de fijeza en palabras y hechos era tanto más temible, cuanto que no quería reconocerla, y en todo caso la tenía por muy disculpable, teniendo puesta una confianza sin límites en esta arma de dos filos de que ya se había valido en sus negociaciones con España, y con su habilidad en servirse de ella creía poder prescindir de los consejos que se le daban y proceder según su propia voluntad.

Buckingham comprendió perfectamente la manera de adularlo. Su imaginación inventaba planes sobre planes, sabía encontrar nuevas soluciones y mantenía así al rey en la ilusión de que todos sus deseos eran fáciles de realizar. De aquí provino la extraordinaria influencia que el locuaz, disoluto y derrochador favorito ejerció sobre un monarca serio, virtuoso y ordenado. Sus aventuras en España les habían hecho amigos, y desde entonces creía el duque que todo le era permitido, tomándose en presencia del monarca ciertas libertades que producían escándalo; pero era suficientemente astuto por hacer ver al rey que guardaba con él mayores atenciones que con los demás.

En un principio se ocuparon ambos exclusivamente en los asuntos de la guerra. Se puso á la escuadra en estado de combatir, se enviaron recursos al rey de Dinamarca y se invitó á los Estados libres de Holanda á que tomaran parte en la lucha. También habían pensado en que Francia representara un papel en esta colosal empresa; pero el rey Luis XIII se negó á acceder á los deseos de Buckingham con tanta mayor energía, cuanto que su frívolo carácter le disgustaba. Buckingham aprovechó su estancia en París para hacer una declaración de amor en la mejor forma á la joven esposa del monarca.

Todos estos pasos habían costado grandes sumas de dinero y mucho más de lo que el Parlamento había concedido, y era imposible juzgar lo que se hubiera necesitado para la realización de todo el programa. Carlos resolvió, pues, reunir un nuevo Parlamento, no dudando un solo momento de que éste tendría en él la más ciega confianza.

La asamblea que abrió el 18 de junio de 1625 estaba inspirada en los más



Carlos I de Inglaterra

Copia de un grabado de la época, según el retrato original hecho por Wan-Dyck

leales sentimientos, pero también estaba decidida á recordar al gobierno las promesas que últimamente había hecho de que Inglaterra no contraería obligaciones que excedieran de los subsidios concedidos, sin embargo de lo cual se encontraba envuelta en una serie de compromisos, sin que una sola vez se hubiesen puesto en conocimiento de las Cámaras. El rey había prometido que se mantendrían en vigor las leyes contra los católicos disidentes, pero se temía que Carlos no cumpliera lo que había prometido cuando príncipe. En ambos asuntos se mostró claramente su desconfianza, pues se limitaron á acordar dos subsidios, sumando en junto unas 140.000 libras, cuando los compromisos del gobierno ascendían á siete veces dicha cantidad, y determinaron que los derechos de aduanas se concedieran al rey sólo por un año, en vez de ser la concesión



vitalicia como antes, pareciendo que querían resucitar otra vez la cuestión de la legitimidad de las nuevas tarifas. Y por cierto no ayudó á apaciguar los ánimos el que un partidario de la política del gobierno dijese á sus colegas que las sumas que se le habían negado se las proporcionarían «de otra manera.»

A consecuencia de una enfermedad que reinaba en Londres, análoga á la peste, trasladóse el Parlamento á Oxford, pues Buckingham no quería que se disolviera sin obligarle antes á que cediera á sus deseos; pero precisamente contra él dirigió la oposición sus más fuertes ataques en su nuevo punto de reunión, pues se llevó muy á mal que algunos sacerdotes católicos hubiesen sido dispensados de acatar las leyes vigentes, que se pusieran buques ingleses á disposición del monarca francés que por aquel tiempo atacaba á los hugonotes de la Rochela, y que no pudiese examinarse la manera como se había gastado el dinero que se había concedido al gobierno. En vano trató Buckingham de justificar su conducta; pues aunque sacrificó á los católicos y se escudó en sus nobles propósitos, sus palabras no encontraron crédito, porque no se tenía confianza en un primer ministro que dirigía los asuntos del Estado á su capricho, sin pedir el parecer de las personas competentes y obrando con la misma ligereza y abandono que en sus asuntos privados. «El gobierno, dijo Sir Robert Phelps, ha carecido de buenos consejeros, el poder se halla monopolizado,» y se buscaron ejemplos en la historia nacional para demostrar que el que dirigía la política era responsable de sus acciones. Mientras que en las demás naciones se consolidaba el poder discrecional de los monarcas, en Inglaterra un favorito audaz y hábil pretendía obtener el mismo fin; pero esto no podía consentirse, y así exclamaba el propio Phelps: «Somos la última monarquía que aún conserva sus primitivos derechos y su primitiva organización;» palabras que querían dar á entender que allí se trataba de una lucha en favor de la humanidad.

El ramo especial de Buckingham era la marina, y precisamente en él se habían descubierto abusos indisciplinables. El mismo comercio inglés no se veía libre de los piratas ni en las costas mismas de su patria. Así el ministro tuvo que oír las siguientes palabras: «No es bueno confiar la seguridad del reino á aquellos que no tienen cualidades suficientes para el desempeño de su cargo.» Y como parecía que no se estaba muy lejos de presentar una acusación en forma al rey, éste determinó disolver el Parlamento el 12 de agosto de 1625, con lo cual vió renovados al principio de su reinado los conflictos entre las dos instituciones constitucionales que parecían haber pactado una tregua en los últimos tiempos de su padre.

Buckingham no quiso presentarse de nuevo ante un Parlamento sin haber alcanzado grandes triunfos, pues soñaba en un mundo de brillantes victorias, para las cuales hacía sus preparativos con febril actividad. Si la escuadra inglesa regresaba cargada con rico botín español; si se realizaba la grandiosa alianza en el continente; si Francia, pacificada ya, hacía causa común con Inglaterra, podía esperar que los oradores de la oposición en los Comunes se verían reducidos al

silencio. Pero todos sus cálculos salieron fallidos. La escuadra inglesa se componía principalmente de buques mercantes que junto con sus tripulaciones habían sido requisados para el servicio del rey; las tropas que se hallaban á bordo habían sido reclutadas á la fuerza; se las pagaba mal y carecían de disciplina; en el nombramiento de los oficiales se había tenido más en cuenta la protección del



Torge Williers, duque de Buckingham

omnipotente ministro que los méritos personales, y la parte administrativa había sido encomendada á personas negligentes ó codiciosas. En tales condiciones no podían renovarse las heroicidades de Raleigh y Drake; así fué que cuando se atacó el fuerte del Puntal que defendía la entrada de la bahía de Cádiz, la mayor parte de los capitanes procuraron ponerse fuera del alcance de las balas, de modo que cuando se apoderaron del fuerte era ya demasiado tarde para intentar un golpe de mano contra Cádiz, por lo cual el comandante se contentó con hacer atracar sus buques á la costa, penetrar con sus tropas dos millas tierra adentro, yendo á la ventura, y dejar que se emborracharan con el espirituoso vino español. Al fin pudo darse por satisfecho con lograr reembarcarlas antes de que el enemigo las atacase. Los galeones españoles procedentes de la India se salvaron

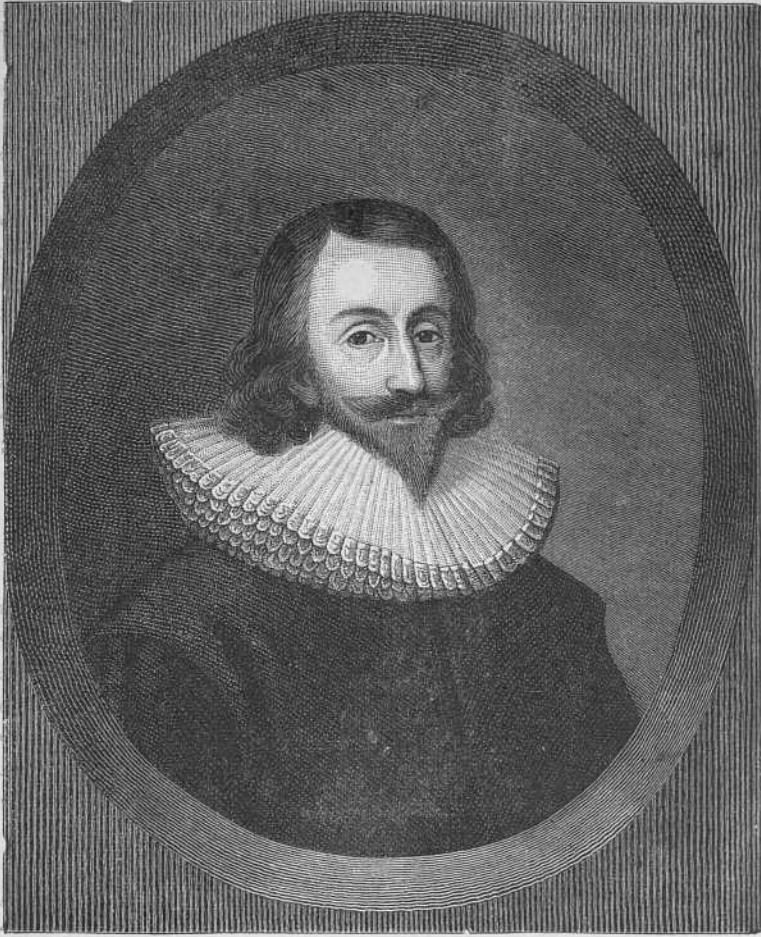
haciendo un gran rodeo, y la orgullosa armada inglesa regresó á su país con varias averías y sufriendo la tripulación la escasez de las raciones.

Entretanto, Buckingham se dirigió á la Haya para terminar sus negociaciones con los Estados generales de Holanda y Dinamarca. Al rey danés, así los Países Bajos como Inglaterra, le prometieron subsidios para facilitar su campaña en Alemania. Buckingham contaba con que este convenio merecería la aprobación de su nuevo Parlamento, y en caso de apuro creía poder disponer de las alhajas de la corona, que serían suficiente garantía para los comerciantes de Amsterdam. Incierto como era este plan, aún encontró mayores dificultades á consecuencia de las disensiones que surgieron entre Francia é Inglaterra, porque ambas no habían visto cumplidas las esperanzas que habían fundado en su acción común. Carlos I y Buckingham querían arrastrar en seguida á Francia á una guerra contra España y el emperador, y se encontraron con que en París no estaban inclinados á cumplir sus deseos. Por otra parte, Luis XIII y Richelieu habían querido que se concediera la tolerancia á los católicos ingleses, y observaron que el gobierno del otro lado del canal, para desarmar á la oposición puritana, derogó las reglas de tolerancia que había establecido al principio. Por ambas partes había además otros motivos de disgusto. La joven reina de Inglaterra estaba en desavenencia con su marido, que creía conveniente separarla de la influencia de su servidumbre francesa: los buques corsarios ingleses daban caza á los mercantes franceses cuando éstos conducían mercancías de los Países Bajos españoles, que eran consideradas como contrabando, á lo que Francia contestó declarando buena presa todos los buques ingleses que eran cogidos en sus aguas; y por último, Carlos I estuvo á punto de producir un rompimiento entre ambos países queriendo mezclarse en los asuntos interiores del vecino Estado.

Hacía algún tiempo que la Rochela, refugio de los hugonotes, se hallaba en abierta rebelión contra el gobierno, y nada había exaltado tanto los ánimos en Inglaterra como que los buques ingleses estuviesen destinados á contribuir á su conquista. Carlos I y Buckingham hubieran deseado por su parte poder desligarse de los compromisos adquiridos anteriormente respecto de este punto, y para ello se valieron de una fingida sublevación de la marinería, sublevación que ellos mismos provocaron, y no mandaron sus buques á los franceses hasta que pareció asegurada la paz con los hugonotes, y aun entonces los enviaron sin tripulación. Pero los franceses, á pesar de que el tratado que se acababa de ajustar no llegó á ejecutarse, se quedaron con ellos, y entonces Carlos I, no sólo reclamó su devolución, sino que se declaró protector de los hugonotes, pues creía que los mismos derechos que asistían á Luis XIII para proteger á los católicos pacíficos de Inglaterra tenía él para auxiliar á los reformistas rebeldes de Francia. Las reclamaciones que hizo en su favor, y que empeoraron su situación en vez de mejorarla, echaron á perder completamente los trabajos hechos para la conclusión de una alianza con Francia.

Como ha podido observarse, la situación no se había simplificado cuando el

rey abrió el nuevo Parlamento en 6 de febrero de 1626, pero esta vez el gobierno había tomado ciertas medidas para quitar sus mejores fuerzas á la oposición. Algunos de los más caracterizados enemigos de Buckingham habían sido nom-



John Eliot. Copia de un grabado de la época por W. Holl

brados jerifes, y los deberes de sus cargos les obligaban á permanecer mucho tiempo en el condado respectivo, impidiéndoles ocupar su sitio en Westminster.

No obstante, apareció de nuevo en los Comunes un diputado práctico en el parlamentarismo y que estaba decidido á atacar de un modo enérgico al hombre que dirigía los negocios y á quien hasta entonces había tratado con cierta consideración: este diputado era John Eliot. En su juventud había hecho con Buckingham un viaje al continente y había conquistado su favor, pero los lazos

de la amistad personal no eran suficientes para impedirle hacer lo que él consideraba beneficioso para el bien público. Era un noble hijo de su tiempo, y si bien se hallaba poseído de algunas de las preocupaciones de aquella época, su vibrante palabra, la caballerosa audacia con que se presentaba en la brecha y el arte de atraerse los ánimos le habían hecho uno de los principales jefes de la Cámara. Estaba poseído de un ardiente patriotismo y de la convicción de que el bien público en ninguna parte encontraría más buenos é inteligentes defensores que en los Comunes.

Eliot, en su calidad de vicealmirante de Devon, tuvo excelente ocasión de enterarse de lo mal dispuesto de la última expedición y de sus deplorables consecuencias. Había visto los soldados rotos y pidiendo limosna á su regreso, y que su estado más inspiraba temor que compasión en los ciudadanos pacíficos, y con el corazón lleno de amargura pidió que antes de concederse nuevos subsidios, se examinase el modo como se habían gastado los anteriormente concedidos.

«Nuestro honor, exclamó, ha sido sacrificado, nuestros buques se han ido á pique y nuestros soldados han sido muertos, no por medio de las armas, no por el enemigo, ni por un siniestro, sino, como ya se había anunciado proféticamente, por culpa de aquellos en quienes quieren que pongamos nuestra confianza.» La teoría de que el rey no podía cometer ningún desacierto, pero que sus consejeros eran responsables, teoría que ya se había afirmado poco antes cuando los procesos de Bacon y Middlessex, se renovó entonces contra Buckingham. Se participó al rey que los Comunes estaban poseídos del deseo «de protegerlo en el interior y hacerle temido en el exterior,» pero al mismo tiempo se sostuvo con energía el derecho de examinar la conducta de sus ministros y hacer depender la concesión de subsidios del resultado de dicho examen. Así, pues, pidieron al Consejo de la Guerra que diera explicaciones acerca de cómo se habían empleado los subsidios concedidos en 1624, y preguntaron con qué derecho se habían cobrado los de aduanas cuando no se había publicado sobre ello ningún bill.

Carlos I se declaró en contra de estas peticiones con cierta violencia, lamentándose de que «se gastara tanto tiempo en el examen de los gastos,» y añadió: «Algunos, no quiero decir todos, critican las acciones de un hombre que no es un simple servidor de la corona, sino que me es muy querido, y se han preguntado: ¿Qué podemos hacer contra el hombre que goza del favor del rey? Y buscan qué es lo que podrán hacer contra un hombre que le ha parecido al rey digno de tal honor... Lo que él ha hecho lo ha hecho por mis mandatos. Deseo, pues, que la Cámara no se crea con derecho á interrogar á cada punto á mis servidores, y menos á uno á quien tanto aprecio; y no dudo que me daréis la satisfacción de castigar á los que se hagan culpables en este punto.» Naturalmente no podía esperarse que los Comunes contestasen con la misma arrogancia; pero de todos modos continuaron en el camino emprendido por Eliot, y aunque

concedieron los subsidios, declararon que su resolución no recibiría la forma de bill hasta que se hubiesen satisfecho sus deseos.

Mientras que sus comisiones estaban ocupadas en reunir los materiales para entablar una acusación contra Buckingham, encontraron un apoyo inesperado en la Cámara de los Lores. Estos se hallaban ya ofendidos por haberse infringido sus privilegios con la prisión de uno de sus miembros, cuando se presentó entre ellos el conde de Bristol y levantó su voz contra el ministro. Bristol desempeñaba el cargo de embajador en la corte de España cuando se trataba de obtener la mano de la infanta para el príncipe de Gales, y conocía todos los detalles de aquellas negociaciones, estando al mismo tiempo irritado por la inmerecida desgracia en que había caído respecto de Carlos I y de Buckingham al romperse aquel proyectado casamiento. Para imponerle silencio se había querido tenerle alejado de la Cámara alta, y cuando ésta pidió que se le llamase, se presentó contra él una acusación de crimen de lesa majestad, fundándola en sus actos durante el desempeño de su misión diplomática. Pero el acusado se convirtió en acusador, y tales declaraciones hizo sobre las concesiones que en aquella ocasión había hecho Buckingham á los españoles, que el rey juzgó necesario presentarse ante los pares para defender al que gozaba de su confianza.

Estos hechos dieron valor á la Cámara baja para seguir el camino que había emprendido; y una diputación, de la cual, como era de suponer, formaba parte Eliot, presentó en la barra de la Cámara de los Lores todo el capítulo de cargos que se había formado contra Buckingham, quien tuvo la osadía de comparecer ante sus acusadores y burlarse de ellos. Después que sus colegas, por el espacio de dos días, estuvieron leyendo las acusaciones, Eliot se encargó de resumirlas y relacionar las unas con las otras, y aunque es innegable que en su discurso la verdad iba mezclada con el error, el convencimiento de que todos los agravios mencionados eran ciertos, daba á su palabra una energía extraordinaria. Pintó á Buckingham como un hombre que ni siquiera retrocedía ante un crimen y se atrevió á compararlo con Sejano.

Al oír tales palabras, el rey se enfureció, y según parece dijo: «Si el duque es Sejano, yo seré Tiberio.» Su contestación fué encerrar en la Torre á John Eliot y á Digges, que fueron los que presentaron la acusación ante los Lores. Por su parte los Comunes determinaron no ocuparse en negocio alguno hasta que se les devolviesen los miembros que se les había arrebatado, y cuando esto se verificó, declararon que Eliot y Digges no habían dado en sus discursos motivo alguno para que se les reprendiera. Algunos días después hicieron constar que el aumento de los derechos de aduanas era ilegal, en tanto que no estuviese aprobado por el Parlamento, y mientras Buckingham intentaba su justificación ante los Lores, determinaron suplicar al rey que despidiese al duque, «pues que debía temerse que todo el dinero que ellos pudieran ó quisieran dar, en virtud de su mala administración, se empleara en perjuicio del reino.» Nunca

se había expresado con tanta claridad el deseo de que el peso del gobierno descansara en el Parlamento; así fué que el rey perdió la paciencia, pues ya una vez había indicado que su gobierno deseaba aconsejarse del Parlamento, pero no someterse á su examen. Los Lores contestaron que esperase aún algunos días antes de tomar una resolución violenta, pero contestó: «Ni un solo minuto,» y el día 5 de junio disolvió el Parlamento.

Carlos I cometió el error de creer que la Cámara disuelta no era el intérprete de la opinión de la nación, y por el contrario supuso que podría conseguir del pueblo, sin sacrificio por su parte, lo que los elegidos del mismo pueblo, no querían concederle sin que antes contrajera compromisos muy graves; pero pronto se vió obligado á reconocer la verdad. Los derechos de aduanas, que el monarca creía poder aumentar á voluntad, siguieron ingresando en el tesoro del rey, pero la City no quiso prestar nada sobre las alhajas de la corona, que tampoco quisieron recibir como garantía los comerciantes de Amsterdam; la orden que se dirigió á los condados mandando substituir los subsidios con donativos voluntarios, fué desobedecida casi en todas partes; y en el salón de Westminster se oyeron gritos tumultuosos de «¡un Parlamento, un Parlamento; si no, no pagaremos los subsidios!» Se fundaron grandes esperanzas en un empréstito forzoso, y realmente se logró intimidar á los primeros á quienes se exigió; pero cuando los jueces se negaron á garantizar con su nombre la legitimidad de esta medida, un gran número de pares dieron al país el ejemplo de la resistencia. En varios condados los mismos comisarios del gobierno se negaron á verificar el pago, y en otros la nobleza del campo juntamente con los campesinos buscaron todos los medios para oponer dificultades á su recaudación. A pesar de todo, el rey continuó en el camino emprendido. Al hombre del pueblo se le dió á escoger entre pagar ó sujetarse al servicio militar ó al de la marina, y las personas de posición fueron citadas ante el consejo y privadas de su libertad. El joven John Hampden, noble campesino del condado de Buckingham, que ya había figurado en el último Parlamento, declaró que temía incurrir, si obedecía á la real orden, en la pena señalada en la Carta Magna contra los que á ella faltasen, esto es, de ser marcado públicamente dos veces al año. A consecuencia de sus palabras fué reducido á prisión, y como sostuviera su declaración, fué condenado á ser internado en el condado de Hamp. John Eliot, á quien se arrebató su cargo una vez disuelto el Parlamento, fué uno de los primeros que se levantó contra la arbitrariedad del gobierno, y por ello tuvo que esperar pacientemente que un nuevo Parlamento rompiera sus cadenas. Tomás Wentworth, del condado de York, que como conde de Strafford es juzgado de un modo muy distinto por la historia, estaba entonces en el mismo campo que Hampden y Eliot, y por su negativa á obedecer el mandato de pagar los subsidios fué desterrado del condado en que vivía.

Buckingham, con el dinero que había sacado del país y los buques que había exigido á las ciudades puertos de mar y á los distritos marítimos, creía que

podría ganar una gran batalla que le valiera de nuevo el favor del pueblo. Así fué que en vez de acudir al auxilio del rey de Dinamarca ó de Mannsfeld, que estaban casi perdidos, determinó libertar á los hugonotes de la Rochela, cuya situación era cada día más angustiosa.

El rompimiento con Francia no fué difícil, ya que ésta había hecho una alianza transitoria con España. El mismo Buckingham se puso al frente de la expedición que el día 12 de junio de 1627 se dirigió contra la isla de Rhé, frente á la Rochela, que se hallaba sitiada. Después de una lucha encarnizada pudo efectuarse el desembarco; pero ya entonces se manifestaron las malas cualidades de las tropas, que se presentaron en desorden y con escasa disciplina, viéndose obligado el duque á hacerse obedecer con el bastón en la mano. El fatigo-

*Caris Vobis Confanguineus
Et Amicus charissimus
Carolus I.*

Firma de Carlos I. Copia de una carta fechada en 22 de agosto de 1626 y dirigida al príncipe elector de Brandeburgo Jorge Guillermo

so bloqueo del fuerte de San Martín, el punto más importante de la isla, estaba á punto de dar buen resultado cuando varios botes franceses lograron forzar la línea inglesa y aprovisionar á los sitiados con víveres frescos; por otra parte, las enfermedades y el frío aclararon las filas de los ingleses é hicieron necesarios algunos refuerzos, difíciles de obtener dada la oposición del pueblo inglés y cuando la confusión de los engranajes de la máquina gubernativa paralizaba la acción del rey. Antes de que llegaran los anhelados auxilios, se vió atacado Buckingham por los franceses; y después de un asalto infructuoso del fuerte, se vió obligado á retirarse. La reunión de varias circunstancias misteriosas convirtió la retirada en una desastrosa derrota, y los soldados ingleses perecieron á miles á manos de los franceses ó en el mar, de modo que el duque regresó á su patria con menos de la mitad de los hombres que se llevó.

El efecto de esta desgraciada expedición en el ánimo del pueblo fué inmenso, y se exhaló en toda clase de maldiciones contra Buckingham. En todo el país creció la oposición al empréstito forzoso, y algunos de los que habían

sido presos exigieron de la sala del Kings Bench, tribunal supremo, que se cumpliera uno de los artículos del *Habeas corpus* (1), haciéndoles comparecer ante el juzgado y enterándoles de la acusación que existiera contra ellos. Hicieron cargo de su defensa cuatro de los primeros juristas, que se apoyaron en la Carta Magna, que prohíbe que nadie sea preso sino por sentencia de sus iguales ó en virtud de las leyes del país. Los jueces, por el contrario, sostuvieron que una prisión verificada por especial mandato del rey no necesitaba ir acompañada de los motivos que la habían determinado, y así los acusados fueron conducidos nuevamente á la cárcel. Pero los discursos que pronunciaron sus defensores fueron recibidos con aplausos por el público, sin que éste respetara el sitio en que se encontraba, lo cual demostraba bien el estado de los ánimos.

La excitación del pueblo tomó creces con la conducta de los soldados alojados, que querían mandar en las casas de sus patrones y hacían más odioso aún un gobierno que perturbaba la paz del hogar. En estos excesos se distinguieron principalmente los irlandeses alojados en Essex.

Carlos persistía en no seguir el camino que le indicaba el curso de los acontecimientos y rechazó la proposición de Buckingham de convocar un nuevo Parlamento. Activamente ocupado en nuevos preparativos de guerra, discurría el modo de encontrar medios que le permitieran salir de apuros sin necesidad de tener que recurrir á la reunión de una asamblea en Westminster. En el consejo secreto se propusieron varios recursos: aumento de los derechos de la cerveza y del vino, reclutamiento de caballería alemana, etc., etc., siendo examinados y rechazados sucesivamente. Por fin cedió el rey con la esperanza de que no se renovarían la acusación contra Buckingham, y mandó que se pusiera en libertad sin darles explicación alguna á los que habían sido presos también sin decirles por qué, y poco después se publicaron los edictos para la reunión del Parlamento.

Por tercera vez desde el principio del reinado de Carlos I se reunieron los Lores y los Comunes en el sitio acostumbrado en 17 de marzo de 1628, apareciendo entre ellos los jefes populares de la oposición. El discurso que pronunció el rey no podía ser más templado. Pedía al Parlamento que hiciera lo posible para salvar al reino del peligro, pues de otro modo se vería obligado á prescindir de él y á usar de otros medios que Dios había puesto en sus manos. «No toméis esto por una amenaza, añadió, pues nunca amenazo á los que no son mis iguales.» Sin fijarse en estas palabras se puso el Parlamento á la obra, estableciendo en principio cuantiosos subsidios, pero se acordó no hacer definitiva su concesión antes de que se hubiese dado satisfacción á las quejas del país, de las cuales presentó una lista interminable, en la que iban comprendidas la cuestión del aumento extraparlamentario de los derechos de aduanas, la del

(1) La ley del *Habeas corpus*, así llamada porque empieza con las palabras: *Habeas corpus ad subjiciendum*, contiene el mandato de llevar ante el tribunal competente á todos los que fueren presos, juntamente con los motivos que ocasionaren su prisión.

alojamiento obligatorio, el reclutamiento forzoso, el uso ilegal de la ley marcial en tiempo de paz, la prisión arbitraria de ciudadanos ingleses; en una palabra, todo lo que había agitado los ánimos en Inglaterra en los últimos meses, fué tratado y examinado desde el punto de vista del derecho existente y de los casos análogos ocurridos anteriormente. Lo notable de estos debates fué que John Eliot cedió el primer lugar á Thomas Wentworth. Este, no menos elocuente y apasionado que Eliot, y sostenido por el sentimiento de su propio valer, le arrebató durante algún tiempo la jefatura de la oposición en la Cámara de los Comunes. Ambos se hallaban plenamente convencidos de que el Estado padecía un mal grave, pero estaban muy discordes respecto de los medios que debían emplearse para curarlo. Eliot tenía todas sus esperanzas puestas en un Parlamento omnipotente; Wentworth confiaba en la introducción de reformas por una administración á la cual se le hubiesen hecho ver sus errores. Eliot deseaba un examen detallado de la situación de la nación y que se redactara una petición en que se hicieran constar todas las infracciones de la ley cometidas por el rey y contuviera una enérgica protesta contra ellas. Wentworth, por el contrario, deseaba impedir discusiones irritantes sobre la soberanía y los casos precedentes, y que se consignara de un modo claro y terminante en un bill que no tuviera el carácter de registro de infracciones, lo que desde entonces en adelante debía regir como ley de la nación, esperando de este modo evitar una humillación á la Corona y reservarle para casos extraordinarios el derecho de usar de facultades discrecionales.

Este último punto se desarrolló extensamente cuando se discutió la cuestión de las prisiones arbitrarias. Era indudable que varias veces habían sido presos algunos súbditos ingleses por mandato del consejo secreto sin que se diera cuenta del motivo y sin que dentro de un plazo determinado hubiesen sido sometidos á los tribunales; y si bien se reconocía que podía llegar el caso de que el bien público exigiese que el gobierno se hallara investido de facultades extraordinarias, por otra parte los sucesos recientes habían demostrado que podía abusarse de estos medios de acción, pues que ciudadanos ingleses cuyo único crimen consistía en permanecer fieles á las leyes del país habían sido reducidos á prisión y reclamado inútilmente el cumplimiento del acta del *Habeas corpus*, sin poder conseguir que se les condujera delante del tribunal para saber el motivo de su prisión y ser puestos en seguida en libertad si el tribunal no decidía otra cosa. Era, pues, preciso poner remedio á esta situación; de otro modo podía un súbdito inglés ser tenido encerrado hasta que la muerte abriera las puertas de su cárcel, si este era el gusto del rey y de su consejo privado.

En tiempos más modernos se ha resuelto el problema de proteger la libertad individual y conceder al propio tiempo al poder ejecutivo una arma de primera necesidad en los casos de peligro grave. La solución consiste en la posibilidad de suspender el *Habeas corpus* de acuerdo con el Parlamento.

Una solución análoga era la que Wentworth se proponía encontrar entonces;

pero el rey rechazó las manos que se le tendían para protegerle, pues no quiso sacrificar ni la parte más pequeña de lo que él consideraba como prerrogativas suyas, y pretendió que sin más discusión se fieran todos completamente en él, contando con el apoyo de la Cámara de los Lores, cuya mayoría estaba dispuesta á concederle, á él y no á ninguna otra autoridad, el derecho de emplear medidas extraordinarias en caso de necesidad. Pero para obtener tal prueba de confianza era preciso que antes la hubiese inspirado, y como todo lo que había sucedido no era para contribuir á inspirarla, el lenguaje de los Comunes debía resentirse de esta situación de los ánimos. Así, pues, la tentativa de reconciliación de Wentworth no obtuvo resultado alguno y sir John Eliot volvió á desempeñar la jefatura de los Comunes.

En vez de un bill se redactó una «petición de derechos» que era una recopilación de todas las infracciones de ley cometidas en los últimos tiempos y cuya repetición se deseaba impedir por medio de una promesa clara y terminante del rey. Ningún súbdito debía verse obligado á pagar una contribución que no estuviera aprobada por el Parlamento, y se prohibía que se les hiciera responsables ó se les molestara de alguna manera por su negativa; no podía ponerse preso á nadie sin que se explicasen los motivos de su prisión ante el tribunal, y se abolía el alojamiento obligatorio y la aplicación de la ley marcial.

Los Lores trataron de suavizar la petición, limitando el artículo referente á la libertad individual, y sólo después de violentos debates se pusieron de acuerdo con los Comunes, haciendo constar, sin embargo, que de ningún modo era su intención atacar en lo más leve la regia prerrogativa. El orgullo de Carlos I, como un general derrotado, se resistía á someterse á este yugo; pero las noticias procedentes del teatro de la guerra en Alemania, así como las de la Rochela, eran tan poco consoladoras, que deseó verse cuanto antes en posesión de los subsidios. Trató de dejarse á lo menos una puerta de escape abierta; y pidió un informe á los jueces del tribunal supremo, que debía serle de utilidad para el caso en que, prescindiendo de la petición, quisiera volver á las prisiones arbitrarias, y en su consecuencia dió su consentimiento, pero no en la forma usual y terminante, sino por medio de palabras vagas y que no obligaban á nada (2 de junio). Este modo desusado de contestar excitó un gran descontento, y en los Comunes empezaron otra vez los ataques contra Buckingham, á cuya influencia se atribuía la resistencia del rey, procediéndose bajo la dirección de Eliot á la formación de un memorial de agravios contra la política del primer ministro; pero el rey trató de suspenderla por medio de enérgicos mensajes. El presidente de la Cámara declaró, con lágrimas en los ojos, que tenía orden de interrumpir al que ofendiese á los servidores del monarca, lo que no hizo más que aumentar la agitación, atreviéndose uno de los oradores á decir que esperaba que Dios les daría manos y espadas para destruir á los enemigos del rey y del Estado.

Los Comunes no obraban aislados, pues los Lores les apoyaban, y en tal

situación se vió obligado el rey á ceder; así al presentársele en 7 de junio una diputación de ambas Cámaras para rogarle que aceptase la petición de derechos, pronunció desde el trono la fórmula normãnda-francesa: «Soit droit fait comme est desiré,» que eran las palabras designadas para indicar el asentimiento del monarca. Era tal el ansia con que se esperaba la resolución, que apenas se esparció la noticia se oyeron gritos de júbilo por todas partes, se tocaron las campanas y fuegos artificiales iluminaron las calles de la capital.

La gran importancia de la petición de derechos consistía en que ponía término á las violentas discusiones sobre el uso ó supresión de antiguos estatutos, costumbres y casos precedentes, y establecía una norma fija en vez de tener que recurrir á interpretaciones dudosas. No suponía un cambio en la constitución del país, sino la supresión de algunas limitaciones que los Tudores habían transmitido á los Estuardos; y con su aceptación empezó una nueva era para la lucha constitucional, ya que el campo en que hasta entonces se había verificado había reducido sus límites.

Sin embargo, no todas las antiguas cuestiones que provocaron la lucha habían hallado solución. El tenor de la petición de derechos no se refería al aumento de los derechos de aduanas, aunque consignaba el principio de que no debía pagarse ningún impuesto sin que fuese aprobado por el Parlamento; así fué que el rey creyó que lo mismo que sus antecesores podía cobrar los derechos de aduanas, cosa que negaron los Comunes mientras no se hubiese aprobado un bill sobre dicho asunto. Dirigieron éstos además sus ataques contra algunos dignatarios de la Iglesia, cuya conducta estaba en contradicción con las convicciones puritanas del Parlamento. Pero lo que más agravió al rey fué que no cesaran en sus quejas contra Buckingham. Había esperado que aceptando la petición de derechos podría proteger á su amigo, y por el contrario se le pedía que lo arrojase de su consejo, considerándolo causante de todas las dificultades en la Iglesia y en el Estado. Como tenía asegurados los subsidios desde que aprobó la petición, creyó que la mejor manera de reducir al silencio á los incómodos oradores de Westminster era prorrogar el Parlamento por algunos meses. Hecho esto, trató de aprovechar el interregno parlamentario para intentar de nuevo apoderarse de la Rochela, y como en el año anterior, quiso Buckingham desempeñar el papel de héroe de la guerra y de libertador. Estaba en Portsmouth ocupándose en los últimos preparativos y teniendo ocasión de ver repetidas veces cuán odiado era del pueblo, cuando una mañana, el 23 de agosto, al atravesar el patio de su casa después de haber almorzado, se le arrojó un hombre encima y le clavó un puñal en el pecho, exclamando: «¡Dios tenga compasión de tu alma!» La herida era mortal; el duque cayó ensangrentado al suelo, y la duquesa, que hacía tiempo se hallaba poseída de tristes presentimientos y que salía en el mismo instante á la galería, fué testigo de la horrorosa escena. El asesino fué preso en seguida por la gente que allí había y llevado á la prisión. Se llamaba Felton, había hecho con el duque la expedición á la isla de Rhé y con este

motivo le había pedido en vano que le concediese auxilios. Amargado por la negativa y reducido á la miseria, había ido arrastrando sus días hasta que tomó la resolución de vengar al país y á sí mismo del hombre que era considerado como enemigo del bien público. Caracteriza el estado de los ánimos el hecho de que el pueblo de Londres bebió á la salud del asesino y rodeó la Torre dando gritos en su favor. Allí permaneció hasta su ejecución.

Entretanto se nombró un nuevo almirante en lugar de Buckingham y la escuadra se hizo á la vela, pero esta expedición fracasó lo mismo que la anterior. La Rochela fué abandonada á su suerte y la rendición de la ciudad el 18 de octubre puso fin á su heroica resistencia.

Bajo la impresión de esos sucesos se abrió en enero de 1629 la nueva legislatura del Parlamento. Esta vez se presentó Carlos I en persona, pues aunque los cargos de Buckingham los había conferido á otras personas, la influencia avasalladora del favorito no la heredó nadie. Desde entonces el rey se convirtió en su primer ministro, dirigió la política interior y exterior, y ocupó regularmente la presidencia en el consejo privado, lo cual hacía temer que si se repetían los conflictos las consecuencias serían aún más peligrosas.

La manoseada cuestión de los derechos de aduanas fué la primera que excitó sus iras. Mientras el Parlamento estuvo suspenso, algunos comerciantes, apoyándose en sus declaraciones, se negaron á pagar los tributos exigidos y el gobierno se creyó por su parte con derecho á embargar las mercancías sujetas á pago. Cuando los comerciantes trataron de obtener el levantamiento del embargo por la vía judicial, la Cámara del Echiquier (Tribunal de la tesorería) sentenció que las mercancías permanecieran en poder de los empleados del rey hasta que se hubiese resuelto esta cuestión de derecho, agravándose el asunto por ser uno de los comerciantes, Henry Rolle, miembro de la Cámara de los Comunes. La Cámara mostró su intención de considerar lo ocurrido como un ataque contra sus privilegios, y fué necesario un mensaje muy templado del monarca, en que se indicaba que esta cuestión se resolvería constitucionalmente, para que los Comunes no pretendieran dilucidar la cuestión por sí solos; pero lo que cedieron en esto les condujo á atacar con tanta mayor energía varios otros puntos.

Al tratar de los asuntos políticos, no por eso habían olvidado los religiosos. Empapados en principios religiosos muy severos, asustados por el poder progresivo de los católicos en el continente, desconfiando de todo lo que en lo más pequeño recordaba los usos y dogmas de la Iglesia antigua, habían contemplado con creciente irritación los manejos de algunos de los miembros más influyentes del clero nacional.

Entre los pastores anglicanos se había formado una escuela rica en ciencia y profunda conocedora de los escritos de los Santos Padres, poseída de respeto hacia la dignidad episcopal que hacía descender de un origen divino y acostumbrada á usar cierto ritual con el cual pretendía ejercer influencia en la imagina-

ción de sus ovejas. Esta escuela deseaba que se adornara la casa de Dios, que se construyeran altares majestuosos, que los pastores revistieran trajes solemnes y que los creyentes se arrodillaran, faltando asimismo á los preceptos del libro de preces comunes en algunos otros puntos. Los puritanos, que ya se encontraban agraviados por estas modificaciones, notaron, con mayor contrariedad aún, que los dignatarios de la Iglesia nacional tomaban en las cuestiones dogmáticas una actitud que á ellos les parecía altamente peligrosa. Su aversión contra el sistema católico se había convertido en calvinismo. El dogma fundamental del calvinismo, la absoluta predestinación, la creencia fatalista en la predeterminación que había sostenido á los hugonotes y á los holandeses en sus luchas contra el poder enemigo, se había convertido en creencia general del pueblo inglés. Pero las opiniones menos exclusivas del arminianismo, que no levantaba ningún muro de separación entre los predestinados escogidos y los réprobos, habían encontrado asimismo un refugio en Inglaterra cuando su existencia en Holanda se hizo difícil. Los dogmas del arminianismo, que por algunos ánimos suspicaces eran considerados como un medio retroceso al catolicismo, fueron aceptados y apoyados con alegría por los representantes de la Iglesia establecida, que consideraron que eran un arma de importancia contra el puritanismo; pero empleado el arminianismo en este sentido, perdió la mayor parte de su valor, porque no se trataba de convencer á sus adversarios, sino de reducirlos al silencio. Si había vacantes en los cargos eclesiásticos ó se tenían que dar beneficios reales ó episcopales ya podía contar cualquier celoso partidario del arminianismo con ser preferido á uno de los enérgicos secuaces del calvinismo. El rey Jacobo ya se había visto obligado á poner ciertas cortapisas á los predicadores para evitar las odiosas discusiones sobre el dogma; Carlos I, con el mismo objeto y de acuerdo con los obispos, puso, antes que concluyera el año 1628, una declaración al frente de la impresión oficial de los treinta y nueve artículos de la fe. En ella se prohibía remover desde el púlpito ó en la prensa las controversias dogmáticas y se daba sólo el derecho de tratar estas cuestiones, previo permiso del rey, á la Convocación del clero.

A los motivos mencionados de descontento con la Iglesia establecida vino á agregarse la convicción de que las inclinaciones absolutistas de la monarquía eran sostenidas y aprobadas, como había acontecido ya en el reinado de Jacobo, por los individuos del alto clero. Las palabras de uno de sus campeones, Ricardo Montague, «protégeme con la espada y yo te protegeré con la pluma,» parecían ser el lema de este ejército espiritual. Guillermo Laud, siendo obispo de Saint-David, al abrirse el primer Parlamento de Carlos, había designado al monarca como «inmediato representante de Dios en la tierra,» como el poseedor de toda autoridad, en cuyas manos el Parlamento era sólo un instrumento sujeto á su voluntad. Roberto Sibhorpe se había aprovechado también de su cargo espiritual para predicar á sus oyentes que el deber del príncipe era «hacer leyes» y el de los súbditos no contrariarle en ninguna circunstancia, siem-

pre que las leyes no exigieran de ellos algo imposible ó contra Dios y la naturaleza. Roger Manwaring había sostenido repetidas veces delante del rey que era un pecado en los súbditos el no querer pagar en casos urgentes los impuestos, aunque no hubiesen sido aprobados por el Parlamento, aprovechando la ocasión para desatarse en improperios contra la oposición parlamentaria. El Parlamento, por su parte, no se había descuidado en atacar á los campeones del arminianismo y del absolutismo; pero en los casos desgraciados, el rey sabía salvarlos por medio de rápidas disposiciones ó concediéndoles su gracia. No era, pues, de extrañar que esto contribuyese á irritar los ánimos é inflamase de nuevo el ardor puritano.

Los Comunes, guiados por Eliot, llevaron, pues, su examen al terreno religioso, y sin tener idea clara del fin á que se encaminaban, pretendieron ejercer también en este terreno la soberanía. Hicieron responsables á todos los que habían introducido novedades en la Iglesia y declararon que la interpretación calvinista de los treinta y nueve artículos de la fe era la única verdadera. El Parlamento se convirtió en un Concilio. No pensaron en colocar la libertad en lugar de la opresión, pues según su creencia sólo con la opresión podían impedir las invasiones de los «papistas y jesuitas» en la Iglesia nacional y en la vida pública. En estos debates, y como adversario decidido de la constitución de la Iglesia, tomó por primera vez la palabra el representante por Huntingdon, Oliverio Cromwell, que contaba sólo veintinueve años.

La discusión de las cuestiones religiosas había irritado los ánimos hasta lo sumo cuando se vino en conocimiento de algunos sucesos que obligaron á la Cámara á fijar su atención de nuevo en los derechos de aduanas. En el tribunal de Hacienda se había formado causa contra varios comerciantes que se habían apoderado de sus mercancías, que estaban bajo secuestro, siendo involucrado en este proceso John Rolle, miembro del Parlamento. La Cámara citó á los empleados de aduanas y declaró que en su procedimiento contra Rolle veía una infracción de sus privilegios, y si bien algunos miembros intentaron hacer ver los peligros de una declaración de tal naturaleza y aconsejaron que se tuviese presente la causa principal, esto es, el haberse negado á pagar subsidios no acordados por el Parlamento, sus palabras fueron desoídas.

Tampoco el rey pudo contenerse por más tiempo y declaró que lo que habían hecho los empleados de aduanas había sido por mandato suyo y con la aprobación de su consejo privado. Un par de días después terminó la Cámara su exposición, en la que se condenaba la política eclesiástica del gobierno. Por algunos días, durante una corta suspensión de las sesiones, se hicieron tentativas inútiles para llegar á un acuerdo, y por último se presentó la crisis.

El día 2 de marzo anunció el presidente que la voluntad del rey era prolongar la suspensión hasta el 10, y nadie dudó que esto fuera el prólogo de una disolución. Los miembros de la Cámara de los Comunes encontraron de suma necesidad el hablar al país antes de separarse, apelando á su decisión para las

próximas elecciones, y John Eliot se encargó de ser el intérprete de sus compañeros. Pero cuando se levantó para hablar, el presidente John Finch se negó á concederle la palabra y se apoyó en el mandato del rey, que le obligaba á abandonar en seguida su sitio. Siguióse una escena borrascosa. Dos vigorosos individuos de la Cámara obligaron al presidente á permanecer en su asiento, mientras que otros le interceptaban el camino, y Eliot empezó á hablar pidiendo que se diera lectura de la declaración que había redactado. De nuevo suplicó el angustiado presidente que no se le hiciera incurrir en el desagrado del rey; pero todos le conjuraron á que cumplierse sus deberes y cerraron las puertas del salón. Cuando se hubo restablecido la calma, Eliot expuso su opinión y terminó refiriéndose á la declaración que había redactado. Establecióse entonces una discusión que amenazaba ser interminable, pues el presidente continuaba oponiéndose á que se verificara la votación; finalmente, ya se oía llamar á la puerta á un empleado que debía entregar un mensaje del rey y éste había enviado á buscar su guardia para obtener por la fuerza que se levantara la sesión, cuando se presentó Denzil Holles á substituir al Presidente para proceder á la votación de la proposición de Eliot. Este, que ya había perdido la confianza en que sus exhortaciones tuviesen éxito, había destruído su minuta, y Holles se vió en el caso de exponer de palabra la proposición que contenía tres resoluciones, declarando enemigo del reino y traidor á la libertad inglesa al que pretendiera introducir novedades en los asuntos religiosos, al que aconsejara el cobro de los impuestos no votados por el Parlamento ó ayudase á recaudarlos, y al que pagase voluntariamente las contribuciones no aprobadas. La asamblea en su inmensa mayoría aprobó la proposición y resolvió suspender por sí misma sus sesiones, retirándose sus miembros, poseídos de una agitación violenta. El rey, por su parte, disolvió el Parlamento en 10 de marzo, y en los Lores habló de las «víboras» que habían derramado su veneno en la otra Cámara. Respecto de sus súbditos, determinó sincerarse con una declaración, «aunque sólo era responsable ante Dios.»

Eliot y algunos de sus compañeros fueron reducidos á prisión, acusándoseles de haber insultado al rey y haber instigado á la rebelión, y los jueces, amenazados por el rey, no quisieron dejarles en libertad mediante caución si no prestaban un denigrante juramento afirmando sus buenas intenciones, cosa que á lo más se exigía de las personas de mala fama. Antes de que el tribunal pronunciara su fallo, pasó más de un año; pero por fin vino la sentencia en que se les condenaba al pago de fuertes multas y se les obligaba á permanecer en la prisión hasta que reconocieran su culpa y prometieran seguir en adelante una conducta leal. Todos supieron comprar su libertad, excepto Eliot, que continuó siendo víctima de la tiranía; pues así como había negado la competencia del tribunal, no quiso sujetarse á la decisión de los jueces. Se convirtió en mártir de una causa á la que se había entregado en cuerpo y alma, pues encerrado dentro de los sombríos muros de la Torre, entre paredes frías y húmedas, faltándole las pequeñas comodidades de la vida, sintió debilitarse su cuerpo, pero su fiero es-

píritu permaneció inquebrantable hasta su muerte, que aconteció á los cuatro años de padecimientos. La venganza del rey fué aún más allá de la muerte de aquella gran figura parlamentaria, y se opuso á que se hiciera entrega del cadáver á su hijo, que deseaba conducirlo al punto de su nacimiento, en la quinta de Cornwallis, propiedad de su familia, para sepultarlo al lado de sus antepasados. Así hacía la guerra, no sólo á los vivos, sino á los muertos.

III. — EL ABSOLUTISMO EN LA IGLESIA Y EN EL ESTADO

Carlos I se había expresado una vez delante de los miembros de la Cámara baja en la forma siguiente: «Reflexionad que depende exclusivamente de mi voluntad el convocar Parlamentos y el dejarlos tener sesiones ó disolverlos. Según los frutos que den, según sean buenos ó malos, les dejaré ó no proseguir sus tareas.» Los frutos del último Parlamento le parecieron tan amargos, que durante once años renunció á reunir uno nuevo. No se le puede acusar de querer destruir la Carta á sabiendas y desear hacer ilimitado el poder de la monarquía, como sucedía en las grandes monarquías del continente; pues, por el contrario, creía seguir las huellas de los Tudores y no obrar contra las leyes. Pero cuanto más tiempo pudo pasarse sin Parlamento, tanto más se acostumbró á la idea de considerarlo superfluo; prohibió que se le hablara en favor de una nueva convocación del Parlamento, y sólo la amarga necesidad pudo convencerle de que era hombre perdido sin el apoyo de una asamblea parlamentaria.

La reacción producida por el cambio de sistema de gobierno se hizo sentir en primer término en la política exterior. La situación económica del gobierno no le permitía continuar la lucha contra dos naciones poderosas, y los elevados planes que había concebido de una intervención activa en los acontecimientos del continente no pudieron realizarse. Primeramente, en el curso del mismo año 1629, hizo las paces con Francia, cosa que Richelieu aceptó de buen grado para poder dirigir todas sus fuerzas contra los Habsburgos, y al año siguiente se concluyó su enemistad con España, prometiendo esta potencia hacer lo posible para obtener la devolución del Palatinado, aunque hizo comprender á Carlos la dificultad de que las esperanzas de su hermana y de su sobrino obtuvieran una realización completa. No obstante, Carlos trató de conservar sus ilusiones el mayor tiempo posible y forjaba varios planes que parecían deber conducirle á la satisfacción de sus deseos, abandonándolos después uno tras otro. Sus diplomáticos estaban en tratos al mismo tiempo con el emperador y con Gustavo Adolfo, y hubo momentos en que Carlos se mostraba dispuesto á hacer causa común con España para dirigirse contra los Países Bajos y Francia, mientras que otras veces estaba á punto de concluir un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Francia. Pero ninguno de estos planes llegó á realizarse. Las vacilaciones en la política exterior dieron á comprender claramente que al rey le faltaba el terreno bajo los pies, que no podía confiarse en sus promesas de dinero y que sus proyectos eran todos vanos. El sagaz príncipe de Orange ya le dió á entender que «mientras estuviese en lucha con su pueblo» nada seguro podía esperarse de él. A la nación, que estaba ignorante de todo este tejido de negociaciones secretas, le pareció que la causa protestante había sido abandonada vergonzosamente, pues

los hugonotes habían tenido que someterse, sus correligionarios de Alemania se habían visto obligados á reclamar el auxilio de Francia y Suecia, y se veía en gran favor en la corte á los hombres afectos á España.

Entre éstos ocupaba el primer lugar el lord tesorero Weston, contra quien había pronunciado Eliot las más graves acusaciones en la última borrascosa legislatura. Le había delatado como el más aprovechado discípulo de Buckingham, «como el jefe de todos los papistas,» pues se tenían indicios para creer que secretamente pertenecía á la religión católica. A pesar de que había hecho su carrera con el apoyo de Buckingham, llevaba la administración de una manera muy distinta de la del difunto duque, procurando disminuir las antiguas deudas é impedir que se hicieran nuevos gastos inconsiderados, y por lo mismo era el defensor más acérrimo de la paz, considerando que si ésta quedaba asegurada, sería posible dar actividad al comercio inglés, procurar el bien material del pueblo, y resolver todas las dificultades económicas sin tener que recurrir al Parlamento, pues que los principales ingresos de la Corona no sufrirían baja ninguna. Los derechos de aduanas continuaban pagándose á pesar de la última disposición del Parlamento, y los que negaban la legitimidad de dicho impuesto eran condenados á prisión. El tratamiento infligido á uno de los más rebeldes comerciantes convenció á todo el mundo de que el gobierno no tenía reparo alguno en cumplir sus amenazas. El tribunal ordinario se negó á prestar su apoyo á los que no querían pagar el impuesto, y el comercio se cansó de sacrificar sus negocios á intereses políticos. Aumentaron, pues, la importación y la exportación, y en su consecuencia los derechos de aduanas tomaron gran incremento.

A pesar de todo, hubo de pensarse en un aumento de los ingresos para atender á todas las necesidades de la administración. El gobierno, tan ingenioso para esto como despreocupado, hízose odioso y temido en los más lejanos confines á consecuencia de sus exacciones; derechos feudales de la Corona olvidados de algún tiempo fueron puestos en práctica de nuevo; hombres de reconocida lealtad tuvieron que pagar severamente el haberse olvidado de ir á recibir la investidura de caballeros cuando la coronación, y grandes y pequeños propietarios se vieron despojados de su propiedad ó tuvieron que pagar una indemnización considerable porque tribunales parciales declararon que centenares de jornales de tierra que de tiempo inmemorial se consideraban como de propiedad particular, eran bienes pertenecientes al Estado.

El abuso del monopolio volvió á tomar creces, y la invasión de la administración en el ejercicio libre de la industria y del comercio produjo un descontento general.

Cada día se fué demostrando más y más que la petición de derechos que había sido hecha con intención de proteger la libertad de los ciudadanos ingleses, era insuficiente para conseguir dicho objeto. Los jueces ordinarios, cuyo nombramiento y cuya continuación en el destino que ocupaban dependían exclusivamente del beneplácito del rey, estaban por lo mismo obligados á declararse

en su favor, y además existían tribunales extraordinarios, en cuyo modo de funcionar ninguna modificación había introducido la petición de derechos. El principal de ellos era el Tribunal llamado la Cámara Estrellada, cuyo nombre era debido á la sala en que se verificaban sus vistas y que tenía el techo tachonado de estrellas.

Este tribunal estaba constituido por el consejo privado con la adición de los dos jueces superiores y representaba la autoridad suprema en lo criminal. Este tribunal extraordinario en tiempos anteriores había figurado como protector de los intereses públicos contra las exigencias de los poderosos y había sido un medio excelente para llevar adelante las reformas; pero después se convirtió en un instrumento eficaz que utilizaba el gobierno para el logro de sus aspiraciones absolutistas, faltando en él todos los requisitos y garantías de las leyes inglesas. El tribunal estaba bajo la influencia inmediata del monarca, que en la mayoría de los casos era juez y parte al mismo tiempo. Se suprimió la reunión del jurado y se abolió la apelación á una instancia superior, prescindiéndose de las fórmulas que se usaban ordinariamente.

Aunque las atribuciones de dicho tribunal eran indefinidas, entendía generalmente en todas las causas en que se trataba de resistencia á las disposiciones del Estado. Condenaba á multas que variaban desde pequeñas cantidades á grandes sumas, y á penas de cárcel desde un par de meses á prisión perpetua, á la exposición á la vergüenza pública y á la mutilación.

Después de la Cámara Estrellada, ninguno tenía un nombre tan temido como el Tribunal de la Comisión Suprema, que había sido establecido en tiempo de la reina Isabel. Sus principales atribuciones consistían en reprimir todas las infracciones del bill de supremacía y del de la uniformidad, y proceder contra todas las observaciones satíricas, los libros sediciosos y las palabras ofensivas contra las leyes. Constaba de veinte individuos laicos y eclesiásticos nombrados exclusivamente por el rey, y sus procedimientos le dieron el carácter de una inquisición protestante. Los castigos se dirigían principalmente al clero, pero tampoco los legos se hallaban fuera del alcance de su acción.

Varios individuos formaban parte al mismo tiempo de la Cámara Estrellada y de la Comisión Suprema, y una y otra se completaban en su acción.

Allí encontró Guillermo Laud campo suficiente para su actividad. Era este un hombre de pequeña estatura, activo, de planes atrevidos, y, sabio y mundano á la par, supo elevarse en poco tiempo á las primeras dignidades de la iglesia anglicana (1). Empezó á ejercer cierta influencia bajo el reinado de Jacobo, y bajo el de Carlos I fué uno de los más activos partidarios de la alianza entre el altar y el trono; pues según su opinión, las armas espirituales debían ponerse á la disposición de la monarquía omnipotente; mas, en cambio, las armas del po-

(1) La biografía más moderna de Laud se encuentra en las *Lives of the archbishops of Canterbury*, de W. G. Hook, tomo XI, Londres, 1875.

der del Estado tenían que proteger la dignidad de la Iglesia, dignidad que, según la entendía Laud, consistía principalmente en la observancia estricta de las formas exteriores. Era el jefe de aquella escuela de clérigos que, en oposición de las fórmulas abstractas y frías de los puritanos, quería obrar sobre la imaginación de los creyentes por medio de la santidad. Creía que no podía existir la salvación de las almas si no se conseguía por lo que él llamaba «la belleza de los sentidos.» La introducción del arminianismo no contribuyó á apaciguar á los partidarios de una disciplina severa. Hacía ya algunos años que Laud había presentado sus listas, en las cuales se separaba á los eclesiásticos ortodoxos de los que eran tenidos por puritanos, considerando que sólo los primeros eran dignos de ser ascendidos, mientras que debía vigilarse á los segundos. Guiado por estos principios, gobernó desde 1628, como obispo de Londres, una de las diócesis más populosas é importantes, siendo nombrado cinco años después arzobispo de Canterbury, en cuyo importante cargo se encontró con todos los medios para llevar adelante sus planes.

En los primeros años de la época parlamentaria, cuando Laud no era aún primado de Inglaterra, no pudo desplegar todo su celo, ni tampoco los tribunales de la Cámara Estrellada y de la Comisión Suprema, de los cuales era uno de los miembros más influyentes, llegaron á la cumbre de su poder; sin embargo, se presentaron algunos casos que no podían menos de causar sensación. En el año 1630 fué preso por mandato de la Comisión Suprema Alejandro Leighton, y después de permanecer largo tiempo en la prisión fué conducido ante la Cámara Estrellada. Era un escocés presbiteriano que había escrito algunos folletos violentos contra los obispos, «los servidores del Anticristo,» y contra la reina católica, y excitando al Parlamento para que se opusiera á ser disuelto. La sentencia del tribunal le condenó á pagar 10.000 libras, á ser azotado en público, á que se le marcara la cara, se le cortaran la nariz y las orejas, y finalmente, á prisión perpetua.

Cuando se hubo leído la sentencia, descubrióse Laud, y levantando las manos al cielo, dió gracias á Dios por haberle concedido aquel triunfo sobre sus enemigos. No era de esperar que Leighton pagase ni la centava parte de la multa que se le había impuesto, y por otra parte la Cámara Estrellada elevaba las multas con el exclusivo objeto de manifestar el horror que le causaba el crimen cometido. En cambio las penas corporales se cumplieron, á lo menos en parte, y cuando el Parlamento largo, diez años después, le abrió las puertas de la cárcel, salió de ella ciego y sordo. Otra de las víctimas de esta justicia bárbara fué, en 1634, el abogado Guillermo Prynne, que unía á profundos conocimientos como anticuario una vida muy ascética. Habíase dedicado al estudio de la predestinación y á combatir las orgías y el uso de los bucles, cuando creyó encontrar en los teatros de su tiempo el verdadero punto de ataque para su pluma envenenada. Era el tema favorito para muchos puritanos el considerar el teatro como fuente de pecado, y en las épocas anteriores se habían dado muchos motivos

para considerar así los espectáculos teatrales. Guillermo Prynne, en un voluminoso tomo en cuarto con el título de *La peste de los comediantes*, reunió todo



El arzobispo Guillermo Laud

De un grabado al agua fuerte de J. Watsor, según un cuadro de Van-Dyck

lo que en este sentido se había escrito. Aseguraba que el gobierno merecía re-
prensiones porque no limitaba el mal y dirigía críticas acerbas á la inclinación
que tenía la reina de asistir á las representaciones escénicas. También Prynne
fué perseguido simultáneamente por la Comisión Suprema y la Cámara Estre-
llada por indicación de Laud, como instigador á la rebelión. Su castigo consis-

tió, además de una multa exorbitante, en la pérdida de empleo y títulos, exposición á la vergüenza pública, y que se le cortaran las orejas, debiendo permanecer en la cárcel hasta que el rey le indultara (1).

Existía un alto empleado con cuya aprobación se podía contar cuando el absolutismo empleaba estos atroces medios, y era Thomas Wentworth, el ex compañero de lucha de John Eliot. Desde que había visto que sus esfuerzos para unir al rey con el Parlamento eran vanos, había cesado de representar un papel activo en la arena parlamentaria. Elevándose por encima de la estrechez de miras dogmáticas, se separó de una asamblea que aun en las cuestiones dogmáticas quería eximirse de los deberes que obligaban á todos. Despreciando la opinión pública, puso su talento al servicio de la monarquía, de cuya omnipotencia esperaba más para el bien común que del poder de los representantes elegidos por el pueblo, sintiéndose con la fuerza necesaria para conducir á la monarquía por el camino de un despotismo ilustrado; pero no previó que Inglaterra nunca soportaría por largo tiempo el despotismo, aunque fuera ilustrado, como el de Carlos I. El hombre, por cuya iniciativa se había redactado una ley para «proteger mejor la propiedad particular y la libertad personal,» no vaciló en convertirse en firme sostén de un gobierno cuyos esfuerzos se dirigían á arrebatar toda seguridad á la propiedad y á la libertad personal de los ciudadanos, haciéndose traidor á su pasado para salvar el porvenir de su país. Inmediatamente después de la prórroga del Parlamento, en el verano de 1628, fué elevado á la dignidad de par. Había recibido ya la presidencia vitalicia del Consejo del Norte, y en noviembre de 1629 entró á formar parte del Consejo privado.

En dichos cargos encontró campo suficiente para su extraordinaria actividad. El Consejo del Norte era un tribunal de provincia que tenía un poder judicial y administrativo inmenso, que se extendía por todo el país situado al Norte del río Humber. Allí dominaba Wentworth como un príncipe independiente, siendo la única fuente de derecho; pero este derecho era igual para los poderosos y los pequeños, los ricos y los pobres. Obrando á su antojo, se negaba á reconocer la autoridad del tribunal de justicia de Westminster y se presentaba más duro cuanto mayor era la resistencia que encontraba. En ninguna parte se hizo tanto para la conservación del orden público y para disminuir las necesidades públicas, pero tampoco en ninguna otra las medidas coercitivas del gobierno en el terreno económico y religioso encontraron un apoyo tan eficaz. A un servidor tan activo y fiel de la corona le estaba reservado un campo de acción más vasto, y así, á principios del año 1632, fué nombrado Wentworth regente de Irlanda (2).

(1) Respecto á los procesos de Leighton y de Prynne, se han publicado nuevos documentos en las ediciones de la *Camden Society*, 1875 y 1877.

(2) John Forster, *Thomas Wentworth, Earl of Strafford* en los *Statesmen of the commonwealth*, apoyado principalmente en los *letters and dispatches* de Strafford, 2 volúmenes, 1740. — S. Rawson Gardiner ha tratado de defender su denigrante opinión acerca de la «apostasía» de Strafford en un número de la *Quarterly Review*, abril de 1874.

Con Weston como director de hacienda, con Laud como guía de la Iglesia y con Wentworth como representante del poder del Estado, primero en el Norte y después en Irlanda, podía el rey engañarse por largo tiempo acerca de la solidez del suelo en que descansaba el edificio de su soberanía. El pueblo, en su inmensa mayoría, parecía estar contento, pues con la paz habían tomado creces la industria y el comercio, los síntomas de descontento que habían provocado las tendencias de dominación en el régimen eclesiástico y en el político habían desaparecido, y los raros conatos de resistencia eran fácilmente vencidos. La corte presentaba un aspecto brillante sin las sombras que se notaran algunos años antes durante el reinado de Jacobo (1). Aunque las costumbres y el lenguaje de la alta sociedad eran algo libres, les ponía límites el ejemplo de la real pareja, pues Carlos I podía pasar como ejemplo de esposo fiel y de padre de familia. Las desavenencias que habían turbado los primeros tiempos de su matrimonio estaban olvidadas hacía tiempo; la discreta y activa reina gozaba de bastante influencia sobre su esposo, y ambos eran protectores del teatro, de la pintura y de la música, favoreciendo las inclinaciones artísticas de los que les rodeaban. Mientras Laud y sus correligionarios mostraban el mayor celo para reconstruir catedrales y embellecer el rito, los miembros del colegio de abogados gastaban miles de libras para dar á la corte magníficas fiestas. Van Dyck y Rubens eran allí huéspedes deseados; Ben Jonson divertía á los nobles caballeros y bellas damas con sus mascaradas, é Iñigo Jones les entusiasmaba con sus magníficos edificios. Sin adivinar el abismo que tenía á sus pies, el brillante tropel de galantes caballeros y lindas damas se paseaba por aquellas preciosas salas desde cuyos muros les contemplaban las obras de Rafael y del Tiziano.

Entretanto y de un modo silencioso, el puritanismo hacía grandes progresos entre el pueblo. El comerciante y el obrero, el noble campesino y el arrendatario, después del trabajo diario cogían la Biblia y se apartaban con horror de las frivolidades de los inquietos mundanos, y muchos de ellos mostraban exteriormente por su modo de presentarse, por sus vestidos y su lenguaje, la austeridad religiosa de que se hallaban poseídos. Al concluir la semana celebraban el «Sabbath,» no por medio de diversiones ruidosas, sino con pensamientos y obras piadosas. Su poeta favorito no era Jorge Herbert, que cantaba los cristales de colores de las capillas y que encontraba una importancia alegórica en el mosaico del suelo de la iglesia, sino el sombrío Francis Quarles, que pintaba el horror del tribunal que debía separar á los escogidos de los condenados. Preveían días de prueba que querían les encontrasen preparados, y adivinaban que tendrían que sostener terribles luchas para las cuales querían apercebirse. Su valor creció por grados y su confianza religiosa vino en apoyo de sus ideas de libertad política. Las quejas contra la dureza de los poderes ilimitados se hicieron más fuer-

(1) *The Court and Times of Charles the first, illustrated by authentic and confidential letters*, 2 volúmenes, Londres, 1848

tes, y la resistencia que encontraron en algunos puntos fué aplaudida é imitada.

El gobierno por su parte hizo lo posible para excitar la resistencia. Después de haber intentado varias veces, con distintos pretextos y con buen resultado, extraer de los súbditos cantidades que el Parlamento no había concedido, encontró un nuevo medio para llenar las cajas del Estado exigiendo el «dinero para buques.»

En tiempo anterior, y en casos de peligro inminente, los reyes exigían de las ciudades marítimas y de los condados de la costa que les proporcionaran buques y medios para sostenerlos. Cuando la grande armada de Felipe II amenazó la existencia de la nación inglesa, había podido exigir Isabel este sacrificio de un pueblo lleno de patriotismo. En el año 1626 en que si bien Inglaterra no tenía que temer ninguna invasión extranjera, á lo menos se hallaba en guerra también, pidió Carlos I á los condados de la costa y á las ciudades marítimas que pusieran una escuadra á su disposición. Dos años después, y cuando se hallaba rodeado de grandes dificultades económicas, pensó que en vez de una escuadra podía pedir «dinero para buques,» y en vez de limitar su petición á los distritos marítimos hacerla extensiva á todo el país; pero este plan fué pronto abandonado, pues hecha la paz con Francia y con España, parecía imposible justificar una nueva petición de esa clase. Sin embargo, el rey necesitaba una gran marina.

Quería presentarse como rival de las poderosas marinas de Holanda y Francia, y asegurar á la bandera de Inglaterra y á las pesquerías inglesas el monopolio en los mares vecinos. Por despachos que habían sido interceptados, supo que los Países Bajos y Francia preparaban un ataque simultáneo contra la importante plaza de Dunkerque, la cual de ningún modo quería ver en manos de su poderoso vecino. Por su parte los españoles aprovecharon esta ocasión para proponerle una alianza, según la cual Carlos debía enviar una escuadra al canal y los españoles se apoderarían de una parte de las costas.

Sin embargo, tales negociaciones debían tenerse secretas y ante el mundo debía simularse que sólo se quería proteger al comercio inglés contra los piratas. Unicamente se habló de ellas cuando el rey, aconsejado por su atorney general (abogado de la Corona) William Noy, mandó en octubre de 1634 á las ciudades marítimas y á los condados de la costa que le proporcionasen cierto número de buques, así como el dinero necesario para el sostén de la escuadra. El mandato fué obedecido, aunque no sin alguna resistencia; la escuadra se hizo á la vela; pero no atacó á ningún enemigo, y los españoles declararon que no les era posible entregar los subsidios ofrecidos, por lo cual no se llevó adelante la empresa y la gran expedición militar se convirtió en humo.

Mas la prueba que había hecho el gobierno con aquella ocasión fué tan tentadora, que no supo renunciar á repetirla. El ministro de Justicia Coventry declaró que la escuadra debía ser aumentada, y que como se trataba del bien de todos, todos debían contribuir y no únicamente los habitantes de la costa. En otras circunstancias nada se hubiera opuesto á esas razones; pero en aquel caso sólo

sirvieron para hacer más evidente que se trataba de una contribución general que esta vez se disimulaba bajo el nombre de dinero para buques; contribución que después, fundándose en que al lado de la escuadra se necesitaba un ejército permanente, podía tomar otro nombre. El Lord canciller no hablaba ni una sola palabra del derecho con que se exigía dicha contribución sin el apoyo del Parlamento, y también guardó prudente silencio sobre este asunto en el segundo edicto pidiendo el dinero para buques. En este edicto, publicado el 4 de agosto de 1635, se exponía la opinión de Conventry; esto es, que las ciudades y condados del interior del país debían substituir con dinero los buques y tripulación que en cada caso se les pidieran. Se mandó á los jefes que procedieran con gran imparcialidad en el cobro, pero al mismo tiempo que obraran con prontitud y rigor. No siempre pudieron cumplir su encargo con facilidad, presentándose varias negativas aquí y allí, por lo que el rey creyó útil el apoyar con otra autoridad el nuevo mandato. De los varios miembros de los tres tribunales supremos, diez de ellos se mostraron prontos á declarar que era de la incumbencia exclusiva del monarca el juzgar cuándo el reino entero estaba en peligro, y que entonces los gastos debían repartirse entre todos. Cuando las negativas se hicieron más frecuentes, y habiendo exigido de nuevo dicha contribución, se opusieron á ella hasta hombres de la alta nobleza; el rey interrogó otra vez á los jueces y mandó publicar solemnemente sus informes que ellos mismos consideraban sólo como expresión de su modo de pensar individual.

Verdaderamente produjo tal medida su efecto, pues hasta el verano del año 1637 se habían cobrado ya más de 200.000 libras.

Pero este atentado á la Constitución del país y á la propiedad de los ciudadanos, no se cometió sin que un hombre valeroso osara combatir en pro del derecho.

John Hampden, el animoso miembro de la nobleza territorial del condado de Buckingham, se opuso por medio de las leyes, como ya lo había hecho otra vez, á las disposiciones arbitrarias del gobierno (1). Desde la disolución del Parlamento había permanecido retirado en sus tierras, ocupado en trabajos agrícolas y en aumentar el caudal de sus conocimientos. A la sombra de los frondosos árboles de su parque leía la célebre *Historia de las guerras civiles de Francia*, por Dávila, en la cual el lector inglés podía encontrar muchos puntos de semejanza entre la situación de aquel país y la del suyo, y desde su retiro había seguido siendo observador, silencioso, pero perspicaz y atento, de la conducta desenfrenada del gobierno (2). En la contribución del dinero para buques se le

(1) *Some Memorials of John Hampden, by Lord Nugent, 1831* (tercera edición 1854). Este libro contiene el conocido *Ensayo* de Macaulay. Asimismo se encuentra una biografía de Hampden en Forster, *Statesmen of the Commonwealth*.

(2) Dávila era un escritor italiano, descendiente de españoles, que había nacido en 1576 y murió en 1631. Fué paje de Catalina de Médicis; tomó después partido por Enrique IV de Francia y le sirvió en las guerras, cuya historia escribió cuando, hecha la paz, se retiró á Italia. Murió asesinado en Verona (*N. del T.*)

había señalado una cuota de veinte chelines, y por estos veinte chelines determinó emprender el largo y penoso camino de una causa judicial. Raras veces se hace más evidente que en esta ocasión la distinta manera de obrar en política de las razas latina y germánica. No se trataba de una de aquellas grandes cuestiones como las que suscitó la revolución francesa; se trataba únicamente de una pequeña suma de dinero, y la lucha que iba á emprender no era por una idea que entusiasmara, era por un derecho establecido. No se trataba de pronunciar en la tribuna un fogoso discurso á lo Mirabeau, sino de hacer una fría exposición ó defensa en un proceso. Pero en este proceso debía determinarse claramente si la monarquía inglesa era ó no omnipotente.

Hampden logró lo que hasta entonces se había procurado evitar; esto es, que su causa fuese considerada como una prueba de noble independencia. Fué llevada ante el tribunal de la Tesorería; y en la vista, sus defensores se apoyaron en las leyes antiguas y en las modernas, y dieron el valor debido á los casos ocurridos anteriormente, mientras que los representantes de la Corona se entretuvieron en hacer citas hasta del tiempo de los anglo-sajones y afirmaron el carácter absoluto de la monarquía. A cada paso se ensanchaba el campo de la lucha, y de una reclamación de agravios por veinte chelines, pasó á ser una lucha sobre la estructura íntima de la administración inglesa. El fallo definitivo que se pronunció en 1638 fué favorable á la Corona; únicamente dos jueces fueron bastante intrépidos para declararse completamente en favor de Hampden, tres se decidieron por él sólo por motivos de fórmula, y siete votaron en contra. El rey había ganado el pleito, pero su triunfo costó caro á la monarquía. Reinó gran agitación durante el proceso; el público se enteró de la entereza de las palabras de los defensores de Hampden y del desacuerdo de los jueces, y se aumentó durante el curso de la causa la resistencia á pagar el dinero para buques. Según consta en escritos de aquellos tiempos, todas las miradas estaban dirigidas hacia Hampden «como el padre de la patria y el piloto que debía conducir el buque entre los escollos durante la tempestad que amenazaba.»

Mientras que la exigencia del dinero para buques excitaba en masa á la nación inglesa, se le hacía por otra parte muy sensible el peso de la jerarquía eclesiástica. El elemento religioso representaba el principal papel en el Estado, y á su frente se hallaba el mismo hombre de estrechas miras que vigilaba con tanto celo por el cumplimiento riguroso de las formas externas del culto. Guillermo Laud, después de la muerte de Weston, había intervenido en la administración del Tesoro público, y aunque no figuraba su nombre, se ocupaba asimismo en la dirección de la política extranjera. En los asuntos de su exclusiva competencia era incansable, inspeccionando, averiguando, amonestando é imponiendo multas. Los obispos recibían directamente de él la consigna, y el clero la recibía de los obispos. La jurisdicción de la Iglesia extendía su poder cada vez más, é imponiéndose también á los legos con procedimientos inquisitoriales y onerosos castigos, se convirtió en objeto de aversión y de horror.

Los que sufrían más de tal situación eran aquellos pastores que no querían sujetarse á las órdenes que recibían de los altos poderes: el que criticaba la transformación de la mesa de comunión en altar, el que se olvidaba de doblar la rodilla cada vez que pronunciaba el nombre de Jesús, el que discutía el dogma de la predestinación, el que se oponía á que se adoraran las imágenes, esta-



John Hampden

Copia de un retrato existente en la galería del duque de San Germán en Port-Eliot

ba amenazado de que se le quitara su cargo, se le arrebatara su beneficio y se le castigara con multas ó se le encerrara en la cárcel.

Gran número de comerciantes, juristas y teólogos puritanos habían comprado varios beneficios que habían ido á parar á manos de laicos, á fin de proteger á los pastores de su partido, y al mismo tiempo para pagar misioneros y maestros de escuela correligionarios suyos. Este procedimiento fué condenado como una infracción de la ley y los beneficios fueron confiscados por la Corona. Tampoco podían hallar protección los pastores puritanos en los castillos de los no-

bles y en las casas de los ricos, porque no estaba permitido ningún servicio divino que se separase de las prescripciones de la autoridad superior.

Los puritanos soportaban con tanta mayor dificultad estas persecuciones, cuanto que les fortalecían en la sospecha de que con ellas se preparaba el triunfo del catolicismo, pues sabían que el ritual en uso se aproximaba mucho al de la Iglesia antigua, y que en el dogma había cedido grandemente el espíritu batallador del calvinismo. Notaban que en la corte había un agente del Papa correspondiendo á la presencia de un agente del rey en Roma, y estaban enterados de que se habían establecido negociaciones secretas con la curia romana mientras que hombres de gran posición social se habían dejado conducir á prestar obediencia al papado. La gran mayoría de la nación creía que el arzobispo quería volver á colocar á Inglaterra bajo el dominio del Pontífice y que tenía al rey preso en sus redes. Era un error, pues Laud renunció el capelo de cardenal y Carlos declaró que nunca se dejaría convertir en papista, pero un error que tuvo fatales consecuencias.

Los disidentes católicos habían tenido que sufrir en otro tiempo las consecuencias de haberseles mirado como aliados de los enemigos de la patria y á la sazón eran también objeto de odio por considerárseles partidarios de la tiranía. La situación había mejorado mucho con el tiempo, las antiguas leyes penales se habían dulcificado en la práctica y cesó la persecución de sus sacerdotes. Pero esto sólo era motivo para aumentar la suspicacia del puritanismo, y era de prever que cuando cambiase el papel de víctima por el de dominador, se vería inclinado á mostrar prácticamente su odio contra el catolicismo.

Pero no había llegado aún el término del período de sufrimiento para los puritanos; por el contrario, dudaban muchos de ellos de que pudieran permanecer más tiempo en su patria sin tener que sacrificar sus más caras convicciones. Ya en tiempos del rey Jacobo la emigración de los separatistas había encontrado otro punto de residencia distinto de los Países Bajos, donde sin embargo se habían formado varios municipios, entre los cuales sobresalía el de Leiden. Pero los emigrantes, acostumbrados al aire y á los trabajos del campo, se encontraban oprimidos en las estrechas calles de Holanda y en medio de la actividad comercial de los holandeses, y temían perder en las distracciones mundanas su ideal de una comunidad religiosa. Dirigieron, pues, sus miradas á las lejanas costas del Océano, donde ya tenían algunos compatriotas establecidos en la colonia de Virginia. Junto con algunos correligionarios de Inglaterra navegaron por el Océano en un mísero buque, la «Flor de Mayo,» y en otoño de 1620 dieron fondo en la bahía de Cabo Cod. El invierno se presentó riguroso; el hambre y el frío aclararon sus filas, y además no sabían lo que podían esperar de las tribus indias. Pero no por eso disminuyó su valor; construyeron sus casas con troncos de árboles, y á su conjunto le dieron el nombre de Nueva-Plimouth, en memoria del último puerto inglés que habían visto. Tardaron unos diez años antes de que la inmigración tomara incremento, y ésta fué tanto mayor

cuanto más crecía el descontento por la situación religiosa y política. En la bahía de Massachusetts, en las márgenes del río Connecticut, en New-Haven, se establecieron plantaciones más ó menos relacionadas con la madre patria. La administración comunal era democrática y su sistema religioso era análogo al de los independientes, pues no había obispado, ni ritual forzoso, ni patronatos ó beneficios. Los municipios eran independientes unos de otros; libres en la admisión de nuevos miembros y con el derecho de escoger por sí mismos sus empleados y de mantener la disciplina eclesiástica. Se consideraba, sin embargo, como deber de la generalidad el pagar contribuciones para el culto, y asimismo no juzgaron prudente suprimir completamente el poder del Estado, á fin de que éste conservara incólume la unidad del dogma religioso. El Estado debía ser una imagen del imperio de Dios, y la Biblia servir de norma general, dependiendo el



John Hampden

Escudo y firma de John Hampden

uso de los derechos políticos de que se profesaran las creencias reconocidas. Llevaban, pues, riesgo las colonias de Nueva Inglaterra de haber huído de una teocracia para caer en otra no menos insufrible; pero afortunadamente había empezado á constituirse en el país una nueva colonia cuya existencia fué de gran importancia para el desarrollo de las demás. El noble Roger Williams fué el fundador del Estado de Rhode-Island, primer Estado sin religión oficial, en el que se dejó que cada particular siguiera el culto y tuviera las creencias que quisiera, con tal que respetara las leyes civiles (1).

Guillermo Laud trató de extender su poder á lo lejos, pues le era insoportable que al otro lado del canal y al otro lado del Océano existieran ingleses que desdeñaran hacerse santos por su método, y pensaba que un día podían regresar á su patria convirtiéndose en propagadores de herejías. Exigió, pues, que los municipios de comerciantes ingleses en Delft siguieran el ritual anglicano, mandó que todos los capellanes de los regimientos se conformaran con la iglesia del Estado, amenazó á las colonias de Nueva Inglaterra con el establecimiento de los diezmos y de tribunales eclesiásticos, y puso todos los obstáculos posibles á la emigración. Pero la situación del Estado y de la Iglesia tenía que ser otra para que estas medidas dieran resultado.

En el año 1637 se verificó la vista de un nuevo proceso en la Cámara Estrellada, cuya conclusión debía irritar los sentimientos humanos, y producir una

(1) Palfrey, *History of New-England*, 1858. — Greene Arnold, *History of the State of Rhode-Island*, 1859.

violenta excitación en el pueblo. Guillermo Prynne, que aun en su prisión hacía uso de la pluma, fué llevado otra vez ante el odiado tribunal, y á su lado como coacusados comparecieron un predicador llamado Burton y un médico, John Bastwick, que como él habían atacado repetidas veces á los obispos y su conducta. Los tres fueron expuestos á la vergüenza pública el mismo día: á Burton y Bastwick les cortaron las orejas, y á Prynne le arrancaron lo poco que le habían dejado la otra vez al cortárselas. El valor de las tres víctimas fué heroico. Hablaron con gran confianza del triunfo á los miles de personas que arrojaban flores en su camino y lamentaban en alta voz sus padecimientos. Se les había condenado á prisión perpetua y les conducían entonces á la cárcel, pero ninguna de las de tierra firme parecía bastante segura, pues donde el pueblo les veía corría en tropel para saludarles. Por fin se decidieron á llevarles á Jersey, á Guernsey y á la isla Scilly, donde les tenían lejos de la vista del mundo.

Cuán grandes progresos había hecho el espíritu de oposición y lo violento de la exasperación, puede notarse perfectamente en las poesías de la juventud de John Milton. Este, hijo de un acomodado notario de Londres (nació en 9 de diciembre de 1608), se había desarrollado con gran rapidez, había sido educado con sumo cuidado y poseía conocimientos nada comunes, habiendo estudiado siete años en Cambridge. Resistióse á los deseos de su padre, que quería dedicarle á la carrera eclesiástica, y por el contrario quiso crearse una situación independiente empleando sus solas fuerzas. Buscando sus ideales en la antigüedad y poseído al mismo tiempo de fuertes sentimientos religiosos, fué poeta, uno de los últimos grandes poetas del renacimiento inglés, el más grande del puritanismo inglés. En verdad que en sus primeros ensayos no se lee nada contra el sistema reinante, pues celebra en sus cantos un prelado que Laud podía considerar como su maestro, y en su *Penseroso* admira las majestuosas columnas, los ventanales de colores, las armonías del órgano y los coros de la iglesia. Pero en el *Comus*, pieza arreglada para una festividad y llena de gracia chispeante (1624), celebró el triunfo de la casta virginidad sobre el arte de la seducción, exponiendo ante un público formado de personas pertenecientes á los círculos de la corte sus ideas puritanas sobre el mundo. Tres años después publicó el *Lycidas*, melódica lamentación pastoril, escrita en memoria de un amigo que se había ahogado y debía dedicarse á la carrera eclesiástica. En ella y bajo una fórmula alegórica se contiene una terrible acusación contra el sistema político-religioso dominante. El poeta hace aparecer á San Pedro, que se lamenta de la muerte de tal pastor, cuyo lugar hubiera preferido que ocuparan muchos otros, pues que muchos que debían apacentar las ovejas «se encerraban en los cercados sólo en beneficio de su estómago,» sólo pensaban en tomar la mayor parte en el festín de trasquilar los carneros, procurando despedir á los convidados, «é ignoraban todo lo que debía saber un buen pastor.» «Se entretienen en cantar melodías insulsas, mientras los carneros pasan hambre y mueren, sin contar los que el furioso (romano) lobo arrebató y destroza.» Pero Mil-

ton ve acercarse la época de la venganza. Ve «la poderosa máquina de doble acción,» la espada de dos filos del Apocalipsis – símbolo del Parlamento dividido en dos partes, – que está pronta á dar golpes destructores.

El poeta expresaba lo que la mayoría del pueblo llevaba en el corazón. Pero, por más que los contrarios del gobierno odiasen mucho á Guillermo Laud, les parecía aún más terrible otro enemigo, que era de todos los servidores del rey el que poseía mayor energía é inteligencia. Este era el hombre orgulloso, de ar-



John Milton, secretario que fué de Cromwell

diente mirada y frente serena, que como regente de Irlanda, y á pesar de sus padecimientos, trabajaba febrilmente, y sabía allanar y vencer por la astucia ó la fuerza todos los obstáculos que se le oponían. Wentworth encontró los asuntos en tan mal estado en la verde Erin, que hubieran asustado á una naturaleza menos activa y arrojada. Las tribus salvajes de los indígenas celtas mezcladas con las colonias inglesa y escocesa, la doble enemistad de los oprimidos y de los católicos contra los opresores y anglicanos, la propia Iglesia anglicana sin ser respetada y sin recursos, pobreza é ignorancia en las masas, orgullo y egoísmo en los grandes: tal era el caos en que el regente intentó poner orden, observando las leyes vigentes cuando podía interpretarlas según sus deseos, ó bien infringiéndolas sin escrúpulo cuando servían de medio de resistencia á su férrea

mano. Su poderosa acción se extendió á todas partes. Protegió las costas contra los ataques de los piratas; implantó la industria de la fabricación de tejidos de lienzo del Norte; fomentó la industria y el comercio; aplacó el orgullo de los poderosos, y la Iglesia recuperó lo que manos criminales le habían arrebatado. Pero para conseguir sus fines usó de todos los medios que tenía á mano, hirieron ó no los sentimientos religiosos, faltaran á las leyes ó á las promesas más categóricas. Necesitaba un ejército permanente y un tesoro lleno. Un Parlamento que nadie podía considerar como representación de Irlanda fué tan trabajado con promesas y amenazas, que por fin acordó todo lo que él deseaba. Determinó apoderarse de gran extensión de terrenos en Connaught en nombre de la Corona para entregarlos á colonos ingleses, y como un jurado tomara la defensa de los derechos de los propietarios, fué puesto en acusación á causa de su veredicto, y se le castigó; y si se encontraba con un empleado rebelde, lo sujetaba en seguida á un consejo de guerra, al que obligaba á condenarle á muerte, si bien es verdad que no hacía ejecutar la sentencia.

El objetivo de su sistema de gobernar lo exponía claramente en su correspondencia con Laud. Sabía sólo dos maneras de gobernar el mundo, «recompensa y castigo,» y únicamente reconocía dos clases de hombres: los que se dejaban comprar y aquellos á quienes debía amordazarse porque no eran venales. Lo que había conseguido en Irlanda creía que era posible también en Inglaterra. Temblar ante el nombre de Eliot ó por las palabras de Prynne le parecía la mayor «locura.» El Parlamento no le atemorizaba en lo más pequeño, pues que la experiencia adquirida en Irlanda le había enseñado la manera de hacer suyo el Parlamento. Ante todo le parecía imprescindible que el rey se creara en Inglaterra un poder militar permanente como él tenía á su disposición en Irlanda. Cuando Hampden fué condenado, dijo que dicho fallo había sido lo mejor que en toda su vida habían hecho los juristas en beneficio de la Corona. «Pero, añadió, mientras no se conceda al rey el derecho de organizar un ejército nacional en caso necesario, el poder de la Corona en Inglaterra descansa en un solo pie.» Indudablemente tenía razón, pues una monarquía que por sí sola tuviera el derecho de imponer contribuciones y de mandar un ejército permanente, era sin duda omnipotente, aunque continuara usando el nombre de gobierno parlamentario. Este hombre que en tan poco aprecio tenía á sus semejantes, aunque no contaba con el completo apoyo de Carlos I, aunque se veía combatido por varios cortesanos y siendo considerado como traidor por sus antiguos compañeros, todavía continuaba con la vista fija en sus fines: llevar á Inglaterra el despotismo que había implantado en Irlanda. Pero vinieron sucesos que conmovieron y trastornaron los fundamentos del gobierno, y dieron expansión á las fuerzas comprimidas del espíritu inglés.

IV. — LAS REVUELTAS EN ESCOCIA Y EL PARLAMENTO CORTO

El golpe inesperado contra el poder sin límites de la monarquía inglesa tuvo su origen en Escocia, reino hereditario de los Estuardos (1). El pequeño y enérgico pueblo de los escoceses contenía elementos que necesitaban una gran habilidad para manejarlos, si no se quería que se hiciesen peligrosos. Una nobleza rica y orgullosa había luchado largo tiempo con la monarquía para ver quién alcanzaba la dominación; el clero, perteneciente á la escuela de los Knox y de los Melville, calvinista acérrimo y valeroso, tenía gran influencia sobre las masas. Con el triunfo de la Reforma se había apoderado de los ánimos aquel espíritu severo y grave que se manifestó bajo la forma del presbiterianismo. La organización de la Iglesia tenía carácter democrático, pues colocaba á los laicos al lado de los pastores, y ponía al fuerte y al débil bajo el mismo yugo. Con ayuda de la nobleza, que envidiaba al clero su importancia, se constituyó una especie de episcopado en la Iglesia escocesa. Cierta número de eclesiásticos poseedores de títulos y rentas de obispos tenían algunos privilegios que, sin embargo, eran muy inferiores á los de sus colegas ingleses. Con los dos arzobispados de San Andrés y de Glasgow se habían formado dos tribunales de la Comisión Suprema que eran órganos de la jurisdicción eclesiástica. También se aceptaron cinco artículos en la asamblea religiosa de Perth, que poco después fueron ratificados por el Parlamento en Edimburgo, en virtud de los cuales se introducían en la Iglesia escocesa algunos de los usos de la inglesa. A pesar de ellos, continuó esta Iglesia conservando sus principales caracteres, sus dogmas ginebrinos, sus ritos sin adornos, sus presbiterios, sínodos y asambleas generales, en los cuales trabajaban juntos los ancianos laicos y los eclesiásticos.

El pueblo escocés no hacía ningún misterio de su aversión á las novedades introducidas, despreciaba á los obispos y se burlaba de las nuevas ceremonias. Pero tardó en encontrarse en Escocia un hombre como William Laud. Este, apenas llegó á la cumbre del poder, cuando resolvió llevar al otro lado del Tweed la igualdad de las formas exteriores y «la belleza de la santidad.» En Inglaterra había logrado dominar á sus adversarios puritanos; en Irlanda le ayudó Went-

(1) Para este capítulo y las demás noticias de los sucesos en Escocia deben tenerse presentes los trabajos históricos y de historia religiosa de origen escocés. Como una de las mejores obras de consulta, que al mismo tiempo trata de los sucesos contemporáneos en Inglaterra, debe citarse: *The Letters and Journals of Robert Baillie*, 1637-52, 3 volúmenes, editada por David Laing en 1841. Baillie era miembro del Sínodo de Westminster, del que hablaremos luego: leyéndolo se oye á uno de los jefes del partido religioso presbiteriano. Respecto de la historia general de Escocia, debe recomendarse en primer lugar á Burton: *The history of Scotland from the invasion of Agricola to the revolution of 1688*, 8 tomos, 1867. Con gran copia de datos trata asimismo de los sucesos de Escocia David Masson, en su obra *The Life of John Milton*, 1859 1880, 6 tomos.

worth á llevar á cabo sus planes, y sólo faltaba llevar el mismo plan de unidad á Escocia. Jacobo I, que conocía el espíritu de su pueblo, había advertido á los anglicanos, poseídos de celo intempestivo, que no exigieran demasiado; Carlos I, que tenía toda su confianza en Laud, le dió plenos poderes. Cuando la coronación de Carlos I ya se habían disgustado los sentimientos religiosos del pueblo escocés por la contemplación del aparatoso ritual anglicano. En el Parlamento que se reunió poco después, encontró gran oposición la sola tentativa de pedir que se autorizara al rey para cambiar los trajes eclesiásticos. Hombres pertenecientes á la alta nobleza se pusieron al frente de la oposición, y entre los miembros laicos del consejo privado escocés había no pocos partidarios acérrimos del presbiterianismo. Carlos y Laud no desesperanzaron, sin embargo; establecieron un nuevo obispado en Edimburgo, se dió mayor participación en el gobierno á los dignatarios de la Iglesia, y la jurisdicción eclesiástica se montó de un modo análogo á la inglesa. Estos sucesos produjeron gran conmoción en el pueblo; la aristocracia, temiendo por las prerrogativas políticas y por la posesión de los bienes eclesiásticos de que se había apoderado, miraba con desconfianza los nuevos obispados; la clase media temía por la obra de sus padres, y los eclesiásticos excitaban el celo de los creyentes en reuniones secretas.

Aún faltaba el complemento á la obra de Laud. Un nuevo libro de las leyes canónicas, redactado por los obispos escoceses y examinado por Laud, establecía la supremacía del rey sobre la Iglesia, le daba el derecho exclusivo de reunir asambleas generales eclesiásticas, ensanchaba los poderes del episcopado é introducía varias modificaciones en las fórmulas del servicio divino. Estos cánones fueron impuestos en 1635 á la Iglesia escocesa, sin que ella los hubiese acordado ni siquiera aconsejado. Dos años después se publicó el nuevo libro de liturgia, del que se había dicho ya anticipadamente que era una obra «papista.» En efecto, las modificaciones que separaban esta liturgia de la anglicana, en vez de ser favorables á las tendencias del puritanismo, contenían, por el contrario, cosas que debían producirle aún peor efecto. Al clero en general se le obligó bajo penas severas á hacerse con ejemplares de este nuevo libro litúrgico, y siguiendo sus prescripciones, á que modificara el servicio divino, que hasta entonces carecía de ornamentación.

El nuevo ritual debía ponerse en práctica por primera vez en Edimburgo en 23 de julio de 1637. Los altos empleados del Estado y del clero, los representantes de las órdenes de caballería y de los gremios se reunieron en la iglesia de San Gil: apenas empezó el deán á leer en alta voz las primeras palabras de la liturgia, se promovió un tumulto indescriptible. Se oyeron gritos de que no se quería aguantar la «misa» del «servicio de Baal.» Las mujeres del pueblo eran las que gritaban más y arrojaron una silla á la cabeza del obispo de Edimburgo. La revuelta se extendió á toda la capital, á todo el país. El consejo privado de Escocia no tuvo poder suficiente para reprimirla; recibió protestas de todas partes, de la alta y pequeña nobleza, de los gremios y de los eclesiásticos; y entre los obis-

pos, pocos fueron los que se atrevieron á introducir el nuevo ritual en sus cate-
drales.

Carlos I permaneció inflexible, decidido á no retroceder ni un solo paso; pero ya le habían arrebatado las riendas de la mano. Varios miembros del consejo privado hacían en silencio causa común con la oposición, la cual, por otra parte, recibió un firme apoyo en los representantes de la nobleza, de los hidalgos, de las ciudades y de los eclesiásticos, cuatro comités que se apoderaron de la administración del país, y apoyándose en el parecer de los primeros juristas trataron de justificar su proceder y pidieron que se aboliera la nueva liturgia y se procediese judicialmente contra los obispos. Como el rey, no sólo no indicaba que quisiera ceder, sino que, por el contrario, condenaba como crimen de alta traición las reuniones de los adversarios del episcopado y de la liturgia, el pueblo escocés procedió á una grandiosa manifestación, en la cual se obligó á defender hasta el último extremo el sistema presbiteriano. En una época anterior, cuando la iglesia reformada del país tuvo que luchar con los defensores del catolicismo, se había declarado de un modo solemne por medio de una profesión de fe nacional que se protegería la «verdadera religión» con dinero y sangre, y que se rechazaría con desprecio cualquiera modificación introducida «por cualquiera clase de papismo.» Este juramento, aprobado en su tiempo por el rey Jacobo, fué considerado como un «Covenant,» esto es, como una alianza de todos con todos y del conjunto con Dios. Ahora bien: como las últimas modificaciones fueron calificadas en seguida de «papistas,» se decidió renovar aquel solemne juramento, repitiendo la fórmula de 1580, que parecía hecha para las circunstancias del momento.

Poseídas de inspiración religiosa se dirigieron todas las clases, en los primeros meses del año 1638, á firmar el Covenant. Principió este acto en la ciudad de Edimburgo, circularon copias por todo el país, y sólo en muy contados puntos fueron mal recibidas.

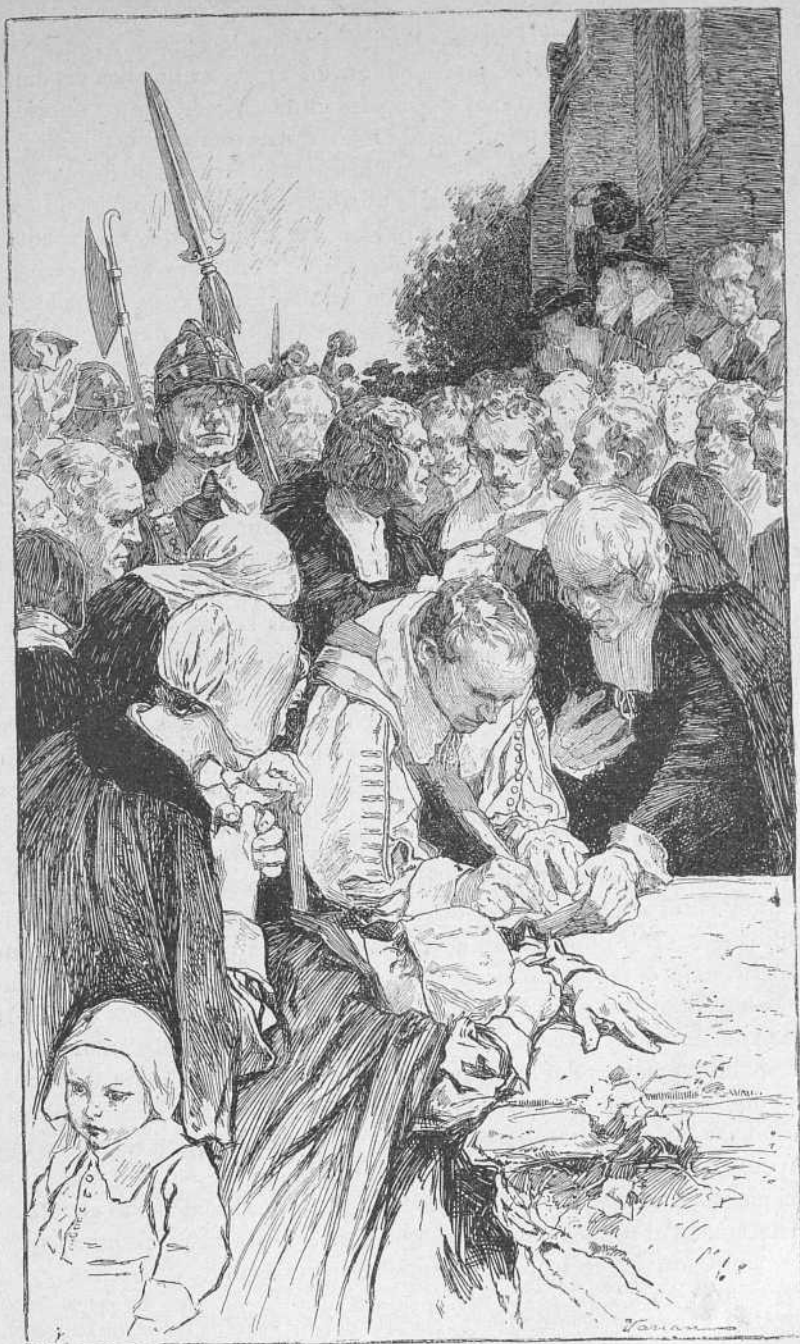
Al rey no le quedó más recurso que entrar en negociaciones que debían ser sólo aparentes. Envió, pues, al marqués de Hamilton á su reino del Norte para que calmara la agitación que dominaba en el país. Hamilton era de raza escocesa, pero había sido educado en Inglaterra; tenía grandes relaciones en la corte, era respetado por sus compatriotas, y estaba dotado de maneras tan simpáticas y de un carácter tan natural, que era el más á propósito para el papel de mediador. Pero sus fuerzas no alcanzaban á resolver el problema cuya solución se le había encargado (1). El mensaje que llevaba de parte del rey no podía satisfacer de ningún modo á los escoceses: Carlos I recordaba sus sentimientos protestantes, prometía introducir sólo con medidas prudentes el libro canónico y litúrgico,

(1) Completan la notable biografía de Hamilton por Burnet (nueva edición en 1852) los *Hamilton Papers*, publicados recientemente y que son cartas escogidas entre las del período de 1638-1650, copiadas por Samuel Rawson Gardiner en el castillo del duque de Hamilton y publicadas en 1880 en la colección de la Camden-Society.

y convenía en que se modificara la Comisión Suprema y se reuniera en tiempo determinado una asamblea eclesiástica y un Parlamento. Pero las instrucciones secretas de Hamilton eran muy distintas. «Soy de opinión, le escribe el rey, de que únicamente la fuerza puede reducir al pueblo á la obediencia. Vuestro cuidado debe ser, pues, dispersar las masas y apoderaros de los dos castillos de Edimburgo y de Stirling. Os doy plenos poderes para que halaguéis como queráis á los escoceses, haciéndoles esperar lo que les propondréis; pero no debéis consentir en la reunión del Parlamento ó de una asamblea eclesiástica hasta que abandonen el Covenant. Debéis entretenerlos mientras yo me preparo á dominarlos.» Precisamente lo que Carlos deseaba más, esto es, el abandono del Covenant, no se pudo obtener de los escoceses. Hamilton fué á Londres á buscar nuevas instrucciones; pero los resultados fueron tan poco satisfactorios como antes. Se aceptó con alegría la promesa de que se reuniría una asamblea general y el Parlamento, y se oyó con satisfacción que se limitaría el poder de los obispos y que se retiraría el libro canónico y litúrgico. Pero la tentativa de dar al Covenant una importancia menor no obtuvo resultado alguno.

El sínodo que se reunió en 21 de noviembre de 1638 bajo la presidencia del sabio Alejandro Henderson en la catedral de Glasgow tomó en seguida un carácter intransigente; se prescindió de la oposición de Hamilton y de la protesta del episcopado, y la asamblea se declaró competente para juzgar á los obispos; en consecuencia de lo cual abandonó Hamilton la sesión y declaró disuelto el sínodo como culpable de alta traición. El sínodo se negó á disolverse y se encontró apoyado en su resistencia, pues que un miembro del consejo privado, el influente conde de Argyle, estaba á su lado. Sin más contemplaciones destituyó á los obispos, suprimió el episcopado, el libro canónico y litúrgico, la Comisión Suprema y los artículos de Perth, y restableció la iglesia presbiteriana en su pureza y rigorismo. El movimiento, como sucede generalmente, fué más allá de sus primitivos fines, pues no sólo las innovaciones de Carlos I, sino hasta las de su padre, fueron suprimidas.

Nunca había visto el rey su dignidad tan rebajada, y por lo tanto ardía en deseos de hacer sentir el peso de su poder á los rebeldes escoceses. Hamilton, irritado por el fracaso de su misión, le inducía á emplear la fuerza contra los «desvergonzados rebeldes,» y Laud y Wentworth creían de toda necesidad, para estar seguros de Inglaterra, que se apagara en seguida el fuego de la rebelión en el Norte, pues que ya varios síntomas indicaban que la nación inglesa favorecía con sus simpatías la atrevida tentativa del pueblo vecino. Los preparativos de Carlos encontraron en sus súbditos una mala voluntad asaz manifiesta, y si bien los eclesiásticos dominados por Laud fueron generosos y se sacó algo de los católicos disidentes, los ricos comerciantes de la City respondieron con mucha lentitud á las peticiones del rey. La alta nobleza, á la cual se exigió que siguiendo las costumbres feudales prestara los servicios á que estaba obligada, fué á reunirse en verdad bajo las banderas del rey, pero no en el número y con el entu-



LA FIRMA DEL COVENANT EN EDIMBURGO

siasmo que era de esperar. Dos de sus miembros, los lores Saye y Brooke, declararon que sólo el Parlamento podía obligarnos á prestar auxilios en dinero, y que sólo prestarían sus servicios personales en el caso de que se tratase de la defensa del reino. El cuerpo principal de las tropas estaba constituido por las milicias de los condados del Norte, cuya disciplina y armamento dejaban mucho que desear. Los escoceses por su parte obraban con energía, habiendo establecido un gobierno provisional en Edimburgo. La juventud del país acudía bajo sus banderas; Alejandro Leslie, valiente soldado, tomó el mando, y gran número de oficiales que como él habían servido bajo las banderas de Gustavo Adolfo de Suecia, regresaron con él á su patria, se apoderaron con gran facilidad de los castillos más importantes y vencieron á los realistas en el distrito de Aberdeen. Los partidarios del Covenant dominaban todo el país y esperaban, confiados en la victoria, el ataque del rey.

Con sentimiento asistía el mundo protestante al espectáculo. Los teólogos suizos deploraban que «un rey evangélico combatiera contra sus fieles súbditos; que la cabeza atacara á su propio cuerpo en un tiempo en que Europa entera estaba entregada á la guerra, y en que los corderos de Cristo eran destrozados á más y mejor por los lobos (1).» Trataron de unir los partidos que luchaban; pero ya había decidido la cuestión la suerte de las armas. «La primera guerra de los obispos» concluyó con una derrota manifiesta del rey. Como las costas estaban bien vigiladas, las hazañas de la escuadra inglesa se redujeron á apresar un par de buques mercantes y á apoderarse de un par de islas. El ejército, compuesto de unos 23,000 hombres, se hallaba en la frontera; pero Leslie le cerraba con sus tropas el camino de Berwick á Edimburgo. Algunas correrías de los ingleses tuvieron mal éxito; en el campamento del rey crecían la confusión y la indisciplina, y los mismos cortesanos, que tanto se habían burlado de las «cabezas orejadas, rojas y peladas» de los partidarios del Covenant, empezaron á dudar del éxito de la expedición. Entretanto se habían establecido negociaciones, pues los mismos escoceses no querían llevar las cosas al extremo. En 18 de junio de 1639 se concluyó el tratado de Berwick cediendo el rey en todos los puntos principales, aunque se negó á reconocer la legalidad de los sucesos ocurridos últimamente. Prometió la reunión periódica de los sínodos y del Parlamento, éste con facultades para arreglar los asuntos políticos y religiosos. Como término más próximo de su reunión se señaló el mes de agosto. Los dos ejércitos debían ser licenciados y las conquistas hechas de una y otra parte debían ser devueltas.

Apenas se hubo concluído este tratado, cuando se presentaron nuevas complicaciones para su ejecución. Los escoceses glosaron de tal modo el acta, que disgustó mucho al rey. El monarca por su parte, si bien había aceptado sin protesta la supresión del episcopado, apenas hubo regresado á Whitehall, cuando

(1) «La Liga reformada en sus relaciones con Carlos de Inglaterra con Guillermo Laud, ar-
obispo de Canterbury, y con los partidarios del Covenant (*Crónica de la historia de Suiza*, III
1878.)

aseguró á los obispos escoceses que había cedido «por el momento» y que haría de manera de remediarlo. Les prometió asistir á las dos asambleas escocesas y esperó la ocasión de volver á recobrar lo perdido por medios pacíficos, ayudando á confirmarle en tales intenciones el curso de los debates en el sínodo y en el Parlamento escocés. Contra su voluntad se cumplieron las decisiones de Glasgow, que él había considerado como revolucionarias. En vano trató el representante del rey de obtener, en lugar de los obispos destituidos y rechazados, otro elemento jerárquico que dependiera de la Corona, pues el Parlamento quería, por el contrario, obtener derechos extensos, cuya posesión pusiera al monarca en cierto modo bajo su dependencia.

Cuanto mayor era el número de las exigencias de los escoceses, tanto más firme era la resolución del monarca de oponerse á ellas. Pensó, pues, en una segunda guerra de los obispos; pero antes de aventurarse á ella, quiso tomar consejo de sus servidores más capaces. Mandó á Wentworth que fuera á Inglaterra, y Wentworth se presentó, aunque atacado por la gota, más animoso y enérgico que nunca y completamente decidido á que se acudiese de nuevo á las armas, pero convocando antes un Parlamento inglés. Apoyado en su experiencia de Irlanda, desconociendo los sentimientos del pueblo inglés, no vió ningún peligro en que se despertara aquel poder que había estado adormecido por espacio de diez años. Tenía la costumbre de no contar con la fuerza moral y considerarla vencida si había podido dominarla por un tiempo más ó menos largo. Laud y Hamilton fueron de su opinión, y el rey dió su consentimiento, por odioso que le fuera el recuerdo de las asambleas de Westminster. Tenía buenos motivos para creer que esta vez no le faltaría el apoyo del país, pues poseía pruebas de que los escoceses se habían aliado con Francia. Una carta de los partidarios del Covenant, dirigida á Luis XIII, había caído en su poder, y precisamente entonces era muy tirante la situación entre Francia é Inglaterra. La reina madre, enemiga declarada de Richelieu, había ido á refugiarse al lado de su hija en Whitehall, fortaleciendo la facción española en la corte. Una escuadra española había buscado refugio en las costas inglesas, aunque no pudo evitar su pérdida. Por otra parte, el cardenal ministro hizo prender al sobrino de Carlos I, el joven príncipe elector del Palatinado, mientras pasaba por territorio francés, para hacerse suyo el ejército sin jefe que había sido de Bernardo de Weimar. Bajo tales circunstancias, la alianza de los partidarios del Covenant con los franceses le pareció al rey doblemente culpable. Esperaba que con este descubrimiento haría profunda impresión y lograría inclinar el Parlamento inglés á grandes sacrificios.

Para caminar, sin embargo, con completa seguridad, se previó el caso de que necesitara otro apoyo, prometiendo los individuos del consejo privado que por su parte harían todo lo posible por dársele. Se formó una lista en la que se suscribieron importantes cantidades, encabezándola el regente de Irlanda con 20.000 libras, y regresó en seguida á su gobierno, pero no ya como lord Went-

worth sino como conde de Strafford y con el título de lord-lugarteniente de Irlanda, para recoger auxilios á fin de hacer más factible la expedición. En pocas semanas consiguió su objeto; el parlamento irlandés le concedió cuatro subsidios y se declaró dispuesto á mayores sacrificios. Se puso sobre las armas un ejército de 8.000 hombres bien equipados para en caso necesario robustecer las tropas del rey. Strafford puso en juego toda su influencia, pues sabía lo que le iba en el lance. «Si nuestra obra fracasa, había escrito poco antes á uno de sus íntimos, todos seremos muy desgraciados.» Pero confiaba en el triunfo: «vergüenza para el que no tenga valor, había añadido; yo tengo demasiado.» En esta disposición de ánimo emprendió de nuevo el camino para ocupar en tiempo oportuno su sitio en la Cámara de los Lores.

En el intermedio se habían verificado las elecciones; después de un silencio de once años se vió de nuevo el país en disposición de hacer constar su voluntad, y mostró en seguida que nada había cambiado en este espacio de tiempo. La oposición se presentó con la misma fuerza, y hasta en los puntos en que el gobierno podía ejercer más influencia fué derrotado. El rey abrió, en 13 de abril de 1640, el Parlamento que es conocido en la historia con el nombre de «Parlamento corto.» A una breve alocución del monarca siguió un largo discurso del canciller, John Finch, que era el mismo que tan pobre papel había desempeñado como presidente de la última Cámara de los Comunes, y había contribuído activamente á la introducción del «dinero para buques.» El recuerdo de su pasado político le debía enajenar las simpatías de la mayor parte de sus oyentes, y asimismo lo que exponía no debía causar gran contento. La única concesión que se hacía por parte de la Corona era la declaración de que en lo sucesivo el cobro de los derechos de aduanas necesitaba ser regularizado por medio de un bill; pero por otra parte se exigía la pronta concesión de subsidios, y solo después, y no antes, se tomarían en consideración las peticiones que tuvieran por objeto el bien público, dando en garantía la palabra del «justo, devoto y bondadoso rey.» La necesidad de la guerra con los escoceses fué presentada como el objeto preferente de las discusiones. El descubrimiento de la alianza de los partidarios del Covenant con los franceses, y la lectura de la carta dirigida á Luis XIII, de la cual hacía poco se habían apoderado los agentes de rey, debían, según opinaba el gobierno, producir una profunda impresión en el ánimo de los patriotas ingleses; pero los escoceses eran considerados como aliados por los puritanos ingleses, y en Francia veían á la poderosa nación europea que luchaba contra la odiada España.

Los primeros grandes debates de la Cámara de los Comunes hicieron ver claramente al rey cuán equivocado había andado en sus juicios. Grimstone, uno de sus individuos, expuso en su discurso las distintas reclamaciones que de diversas partes del país se habían elevado acerca del «dinero para buques,» el monopolio, la Cámara Estrellada, la Comisión Suprema, etc., y declaró que el peligro que se dibujaba en el interior del reino no era menor que el que, según

el gobierno, amenazaba del exterior. Con energía expuso las infracciones de la «petición de derechos:» «la cosa pública, dijo, ha sido destrozada y estropeada de un modo ignominioso. La propiedad y la libertad han sido conculcadas. La Iglesia ha sido puesta en desorden; el Evangelio y los que le siguen son perseguidos; la nación entera está invadida por bandadas de roedores gusanos.» Nada dijo contra el rey, que según la teoría constitucional, «no puede hacer ningún entuerto;» pero habló de quien le había aconsejado y de cómo había podido suceder; y lo hizo, como buen puritano, por medio de una cita de la Biblia.

Mayor impresión aún produjo John Pym. Este hombre notable, indudablemente el más importante parlamentario de su época, era conocido hacía ya largo tiempo como uno de los jefes de la oposición (1); pero entonces obtuvo el primer lugar y lo conservó hasta su muerte. Pym había nacido en el año 1584 en el condado de Somerset. Su familia era acomodada y él adquirió una vasta instrucción en Oxford, se dedicó al estudio de las leyes, y habiendo ocupado una plaza en la tesorería, se familiarizó con los negocios económicos. Nombrado por primera vez miembro de la Cámara de los Comunes en 1614, fué reelegido



John Pym. Copia de una miniatura pintada en cobre por Finden

en los demás Parlamentos, siendo temido por el partido de la corte y muy obsequiado por sus adversarios. Cuando hablaba, todo el mundo estaba pendiente de sus labios, y si sus discursos no iban animados del fuego apasionado que había mostrado Eliot en los debates, en cambio producían efecto por la claridad de la forma y lo concreto del contenido. Preparados cuidadosamente, ricos en hechos, llenos de particularidades que interesaban, se referían casi siempre á ideas que otros habían concebido ya, pero las expresaba mucho mejor y más claramente que cualquiera otro hubiese podido hacerlo. Pym había nacido con el arte de conducir los ánimos, y sabía aprovecharse de las cualidades y de los defectos de sus semejantes para acercarse al fin que se proponía. Poseyendo grandes ideas, pero experimentado al propio tiempo en todas las pequeñas intrigas de la práctica, astuto y valiente, activo hasta lo sumo é incansable, podía considerársele como el más terrible enemigo de la política dominante y de la

(1) Véase la biografía de Pym en los *Statesmen of the Commonwealth*.

constitución de la Iglesia. Luchaba por la supremacía de la Cámara de los Comunes, sin querer dominar á los Lores ni invadir el terreno de la monarquía. Estaba convencido de la infalibilidad de los dogmas calvinistas, sin pertenecer á los puritanos rigoristas, y en medio de un trabajo excesivo encontraba aún tiempo para disfrutar de los goces de la sociedad. Sus enemigos hicieron repetidas alusiones á su vida privada en folletos y sátiras en verso. Exteriormente era hombre de finas maneras, vestía con sumo esmero, y tenía una fisonomía de rasgos muy marcados y ojos expresivos.

Pym dividió en tres clases las infracciones de la ley ocurridas: las que se referían á los privilegios del Parlamento; las que atacaban á la religión del país, y últimamente las que se dirigían contra la libertad y la propiedad de los ciudadanos. En un discurso de dos horas expresó el pensamiento de que ante todo debía procurarse satisfacer las reclamaciones del pueblo, siendo esta la mejor manera de prestar un gran servicio al rey, «pues que el que disminuye el peso favorece la progresión tanto como el que inicia el movimiento.» Se extendió principalmente acerca de los peligros del papismo, que quería que se considerase como una fuerza política, y trató de demostrar que las maniobras de los obispos conducirían indudablemente á una recatolización de Inglaterra. Con estas palabras hizo vibrar la cuerda más sensible del alma de todos los miembros puritanos, y la Cámara adoptó completamente su modo de ver, pocos días después, declarando que la deliberación sobre las reclamaciones del país debía preceder á toda discusión sobre concesión de subsidios. El rey buscó apoyo en los Lores, y si bien allí tampoco faltaban miembros de la oposición, la mayoría acordó que debía suspenderse la discusión sobre las reclamaciones é invitó á los Comunes á una conferencia en la cual debía tratarse la cuestión de los subsidios. Los Comunes protestaron contra esa infracción de sus derechos, y aunque la Cámara alta no modificó su opinión, los Comunes no cedieron ni un ápice de sus primitivos propósitos. Pasaba el tiempo; el gobierno tenía gran prisa en llegar á la posesión de los subsidios, y se decidió á hacer una concesión que le pareció muy importante. El rey hizo saber á los Comunes que estaba pronto á no exigir más el dinero para buques si se le concedían doce subsidios. La promesa era halagadora, pero fué rechazada; pues no se trataba de que la exacción del dinero para buques cesara en el porvenir, sino de declarar que desde su principio había sido una medida ilegal. Hampden, á quien este asunto interesaba más que á nadie, hizo presentar una proposición para conseguir que se rechazara la moción regia, que fué retirada por el gobierno. El rey se convenció de que no obtendría dinero sino bajo las más ignominiosas condiciones, y se sintió tanto más agraviado, cuanto que se le pidió que hiciera las paces con los escoceses; y así, disolvió el Parlamento, cuyas sesiones habían durado apenas tres semanas, el día 5 de mayo.

Una hora después de la disolución se encontraron dos miembros, Eduardo Hyde, que después fué un célebre estadista é historiador bajo el nombre de

Clarendon, y Oliver Saint John, uno de los defensores de John Hampden. Saint John era conocido por su cara sombría: aquel día, sin embargo, la tenía risueña. Interrogado sobre la causa por Hyde, que tenía el corazón oprimido por tristes presentimientos, le contestó: «Todo va bien, pero debe llegarse á mucho peor, para mejorar después,» y estas palabras no eran sino la expresión del sentimiento general. La oposición consideraba la disolución del Parlamento como una derrota para el gobierno; parecía que éste apresuraba una catástrofe y que el próximo Parlamento le encontraría completamente indefenso. Ya había asonadas en las calles de Londres. El palacio del arzobispo Guillermo Laud fué sitiado por mucha gente que gritaba y amenazaba, mientras otros se dirigían á la iglesia de San Pablo, donde la Convocación del clero contra la costumbre establecida continuó sus discusiones después de la disolución del Parlamento, y á pesar de la protesta de varios miembros, adoptó nuevos dogmas que promovieron escándalo, concediendo por último al rey una importante suma durante seis años. Además contaba el gobierno, para aumentar sus recursos, con los subsidios irlandeses, la exacción del dinero para buques y los donativos de los Lores. Otros planes



A handwritten signature in cursive script, appearing to read "J. Pym".

Escudo y firma de Jhon Pym

concebidos con el mismo objeto de conseguir un aumento en los recursos, como, por ejemplo, el de disminuir la ley de la moneda, no llegaron á realizarse.

Pero, á pesar de que apuró los medios que poseía, la situación del rey era muy embarazosa. En ningún punto tenía la confianza ni la protección del pueblo, y aunque mandó prender á algunos de los aldermen de la City, no por ello se halló ésta mejor dispuesta en su favor. La movilización de las milicias en el Norte luchaba con una gran resistencia, y el acuartelamiento y el equipo de las tropas ofrecían serias dificultades. Varios de los movilizados se mutilaban para no prestar el servicio, y muchas veces los soldados pasaban á vías de hecho contra los oficiales. Cuando Carlos I llegó á York encontró al ejército en el estado más deplorable. Le acompañaba Strafford, achacoso é irritable y que apenas podía sostenerse á caballo; mas, á pesar de ello, quiso tomar el mando en substitución del conde de Northumberland, que se hallaba enfermo. Pero en seguida recibió la noticia de que los escoceses no esperaban el ataque, sino que, por su parte, habían emprendido la marcha hacia Inglaterra.

Los covenantistas habían adquirido grandes alientos con las noticias que les llegaban del reino del Sur, pues sabían que el puritanismo inglés los consideraba como aliados. Un lord inglés se había ofrecido á traspasar la frontera,

siendo bastante atrevido para unir á la suya la firma de varios otros lores de los más conocidos. Además la actitud de la última Cámara baja les daba la esperanza de que no se les considerase como enemigos, sino que se les recibiera con los brazos abiertos como amigos. Reunieron un Parlamento por su propia voluntad, nombraron un comité permanente, dieron á Leslie el mando en jefe é hicieron todos los preparativos necesarios para entrar en campaña. En 20 de agosto cruzó el Tweed el pequeño, pero bien organizado ejército. Precedieron á las «gorras azules» muchas proclamas en las cuales se hacían constar los sentimientos fraternales de los invasores. Aquellos audaces caballeros, montados en sus pequeños caballos, aquellos fuertes montañeses con su pintoresco traje nacional, muchos de ellos armados únicamente con flechas y arcos, iban sólo, si ha de darse fe á sus proclamas, «á remediar los males que habían sufrido sus hermanos y con la esperanza de ser protegidos por ellos en la lucha que iban á emprender por la causa común.» Una parte del ejército inglés trató de impedirles, cerca de Newburn, el paso del Tyne; pero después de un ligero combate rechazaron los escoceses al enemigo, pasaron á la otra orilla y el día siguiente (29 de agosto) entraron en Newcastle. Después se extendieron por los condados del Norte y se apoderaron de Durham, Shields y de otros puntos, no haciéndoles resistencia el pueblo en ninguna parte.

El rey y Strafford habían salido de York en dirección del Norte, pero la noticia de los triunfos de los escoceses les había obligado á retroceder, y aunque dirigían la vista á todas partes, en ninguna encontraban un rayo de esperanza en su desesperada situación. El ejército estaba indisciplinado y no tenía ganas de combatir; en el país crecía la agitación de día en día, y hasta varios individuos del clero se rebelaban contra los dogmas de la última Convocación. La City, así como la compañía de las Indias orientales, se negaban á sacar al rey de sus apuros pecuniarios, y por otra parte no podía hacerse un empréstito en el extranjero. En el consejo privado hubo grandes reyertas, no pudiendo defenderse Strafford contra sus enemigos públicos y secretos. El edificio entero de la monarquía absoluta se desquiciaba; pero, á pesar de ello, el rey no quería convencerse aún de que era de última necesidad el convocar á elecciones para el Parlamento, y valiéndose de una costumbre muy anticuada, convocó los Pares del reino para York. Gran número de voces se dirigieron al rey para que, con la mayor premura, adoptase el único camino que podía conducir al bien del país. Muchos miembros de la alta nobleza, entre ellos los condes de Bedford, Hertford, Essex, Warwick, los lores Brooke, Saye, Mandeville, le entregaron una petición en la que declaraban que el único medio de salvación para Inglaterra, era la pronta reunión de un Parlamento. La City no se dejó imponer tampoco y pidió lo mismo. Pym, Hampden, Saint John y sus correligionarios atizaban el fuego. Los adversarios del gobierno celebraban reuniones secretas, trabajaban el pueblo y sin duda alguna estaban en connivencia con los escoceses.

Lo que un nuevo Parlamento significaba se había dicho bien claro: satisfacción de las reclamaciones políticas y religiosas. Debía, como decía claramente



Tomás Wentworth, conde de Strafford. Copia de un cuadro original de Van-Dyck

la petición de los Lores, «sujetar á los tribunales» á los fautores de las medidas ilegales y á los malos consejeros de la Corona y entregarlos al «castigo que hubiesen merecido.» Tal Parlamento debía convertirse en lo que había profetiza-

do John Milton, en un instrumento terrible destinado á dar golpes mortales. Pero no valía la reflexión; si el rey no quería sufrir en Inglaterra lo que le había pasado en Escocia, debía ceder. La reina misma le instaba á ello, y Strafford se inclinó ante la dura necesidad. El Parlamento fué convocado para el día 3 de noviembre.

Cuando los Pares llegaron á York, el motivo principal de su reunión había desaparecido; pero se aprovechó su presencia para entrar en tratos con los escoceses en Ripon y recoger el dinero que se necesitaba para el sostenimiento de las tropas reales (1). El municipio de Londres dió por ruego de los Lores la suma de 200.000 libras que le debía ser reintegrada por el Parlamento. Los escoceses convinieron en no avanzar más, pero conservaron á Northumberland y Durham hasta la conclusión de un tratado definitivo, y recibieron diariamente 850 libras de los condados del Norte, que también pidieron se les resarciera por el Parlamento. La época del absolutismo real había concluído; Carlos I perdió la dirección de los negocios del Estado. La preponderancia del Parlamento se dió á conocer aun antes de que se reuniese.

(1) *Notes of the treaty carried on at Ripon, taken by Sir John Burrough Garter King of Arms*, editado por John Bruce (Camden-Society, 1869).

V. — REUNIÓN DEL PARLAMENTO LARGO Y PROCESO DE STRAFFORD

El día 3 de noviembre de 1640 se dirigió el rey, sin pompa y en un sencillo bote, de Whitehall á Westminster y abrió su quinto Parlamento, que se hizo célebre con el nombre de Parlamento largo (1). Aquella memorable asamblea, que duró más que el reinado de Carlos I, que fué disuelta por Cromwell y renació después de la caída del protectorado, fué una asamblea de la cual se ha dicho que aseguró y mejoró las grandes instituciones de Inglaterra, y directa ó indirectamente dió origen á todo lo que en Europa y en América existe en punto á libertad política.

Observadores concienzudos notaron que la mayoría de los diputados mostraban gran orgullo, y que personas que antes se habían distinguido por su carácter moderado, hablaban después en tono muy distinto. En la Cámara de los Lores, hombres como los condes de Bedford, Essex, Warwick, Holland, Northumberland, el vizconde Saye y Sele, Kimbolton y Brooke, por uno ú otro motivo, eran adversarios del gobierno. En la de los Comunes se habían engrosado las filas de la oposición; sus atrevidos jefes contaban con un partido numeroso y decidido; y hombres que por pertenecer á distintos partidos habían sido hasta entonces acérrimos enemigos, se unieron para un fin común. John Pym era el general en jefe de la oposición, constituyendo su estado mayor los Hampden, los Cromwell, los Fiennes, los Haselrig, los Strode y los Holles. Los talentos más distinguidos, como Falkland, Hyde, Colepepper, que poco después ensayaron la formación de un partido moderado, lucharon al principio de la legislatura en primera fila para limitar la arbitrariedad del poder y pedir medios para combatir sus ataques. Los juristas más ilustrados, como Selden, Whitelocke y Saint John, suministraban con el mismo fin todo el arsenal de sus conocimientos, y el fogoso Henry Vane y el satírico Henry Marten trabajaban

(1) El conocido poeta Tomás May, mientras duraba aún el Parlamento largo, empezó á escribir su historia bajo el título de *History of the Parliament which began 3 nov. 1640*, y que se publicó por primera vez en 1647. Su libro estaba escrito con el espíritu de la oposición y con intención de que produjera cierto efecto en el pueblo, pero era muy moderado y de carácter objetivo. En el año 1650 publicó su *Breviary of the History of the Parliament, etc.*, menos apasionado, á consecuencia de los progresos que había hecho la revolución. Se conservan aún anotaciones de algunos miembros de la asamblea, como, por ejemplo, los *Verney-Papers*, publicados en 1845 por la Camden Society (véanse asimismo los *Letters and papers, of the Verney family*, publicados en 1853), y especialmente el diario de Sir Simond d'Ewes, gran conocedor del derecho público y de la historia de su patria. Este extenso manuscrito, por cuya publicación la Camden Society añadiría un nuevo mérito á los anteriores, permanece sin imprimir en el British Museum (Harlej. Msc. 162), aunque de él se han sacado muchos datos, especialmente John Forster en sus diferentes trabajos relativos á la historia de la revolución inglesa, y John Langton Sanford en sus eminentes *Studies and Illustrations of the great Rebellion*, Londres, 1858.

para conseguir un cambio de situación más considerable aún del que habían imaginado los adversarios más enconados del régimen político y eclesiástico existente.

De una Cámara dominada por tal espíritu, no podía esperarse que accediera al deseo del rey de que ante todo se sosegara y se alejara á los escoceses, á quienes trataba aún en su mensaje de rebeldes. Por el contrario, creía la Cámara que la presencia de los rebeldes en el territorio inglés era útil para ejercer presión sobre el gobierno, el cual, de buen ó mal grado, tendría que consentir en que se le echara en cara su falta de consideración para con los derechos del país y con los sentimientos puritanos, y se le expusieran en una serie interminable todas las infracciones que había cometido durante los últimos once años. Uno tras otro fueron levantándose los diputados para hacer públicas las quejas de sus electores, y las ciudades y el campo elevaron gran número de exposiciones en el mismo sentido. La protección concedida á los papistas, el apoyo oficial dado á los arminianos, las innovaciones en el ritual, la presunción de los prelados, la extensión de la jurisdicción eclesiástica, la exacción de impuestos no aprobados, la severidad del tribunal extraordinario, el aumento del monopolio, la infracción de los privilegios del Parlamento, nada dejó de examinarse, y cuanto más voluminoso era el registro, tanto más violento era el lenguaje de los que hablaban ante la Cámara y ante el país. Creáronse comités para probar en todos sus pormenores las infracciones; mártires como Burton y Bastwick fueron llamados para que declararan en su causa, y todos los que habían tomado parte en las ilegalidades se vieron amenazados de ser expulsados de la Cámara.

Casi todos los discursos que se pronunciaron en las primeras sesiones tuvieron un objeto común, esto es, pedir que todos los servidores de la corona que se habían convertido en consejeros y agentes del absolutismo fuesen puestos en acusación. «Separad los malhechores del lado del rey, exclamó un diputado, y se consolidará su trono.»

«Las leyes, dijo otro orador, no nos sacan de apuros, pues que no pueden hacerse otras mejores que las que se elaboraron contra los monopolizadores y en la petición de derechos contra los enemigos de la libertad, y sin embargo, como si las leyes mismas fuesen causa de ello, en estos últimos años hemos visto crecer el monopolio y ser más considerables los ataques á la libertad que en el tiempo de la conquista normanda; y si todas esas infracciones que han perturbado la paz de nuestra Israel permanecen sin castigo, no mejorará nunca nuestra situación; pues mientras duran las sesiones del Parlamento, dejan secar su veneno como víboras congeladas; pero apenas se ha disuelto el Parlamento, vuelve á liquidarse su ponzoña y se desparrama haciendo mayores estragos que antes. ¿Qué es, pues, lo que va á suceder? Lo que no puede ser curado por un parche, debe ser extirpado por un cuchillo. *Ense recidendum est, ne pars sincera trahatur.*» Al hablar así, se aludía á los altos empleados del Estado y á los dignatarios de la Iglesia, pero en primer lugar al hombre peligroso que aun en la

desgracia era de temer, al conde de Strafford, contra quien pensaba dirigir todos sus ataques John Pym. Strafford no había regresado á Irlanda, sino que había tenido el valor de permanecer en Inglaterra, y el rey, que no podía prescindir de su ayuda, le había prometido que no consentiría en que el Parlamento le causase daño alguno. Así fué que Wentworth, que veía que pronto se iba á desencadenar la tempestad contra él, pensó que quizá sería mejor salir á su encuentro que no esperarla, por lo que, accediendo á los ruegos de sus amigos de Londres, partió de su posesión del condado de York y llegó á la capital el 10 de noviembre, siendo recibido el mismo día por el rey. Al día siguiente se presentó en la Cámara de los Lores; y como se dijera que iba á presentar una acusación contra los jefes de la oposición de la Cámara baja por haberse hecho reos de alta traición aliándose con los escoceses, la oposición, comprendiendo que no debía perder un momento, presentó el mismo día en la Cámara de los Comunes una acusación contra el ministro. A petición de Pym se mandaron evacuar las antecámaras de la Cámara y se cerraron las puertas á fin de impedir que entrasen personas extrañas y que se ausentaran algunos miembros; se suspendió la discusión de los demás asuntos pendientes, y siete diputados, entre ellos Pym, Hampden y Saint John, redactaron en poco tiempo el acta de acusación, escogiéndose á Pym para que la llevara á la Cámara alta. Estaba ya anocheciendo cuando, acompañado de unos trescientos diputados, se presentó en la Cámara de los Lores y expuso así su comisión: «Milores: en nombre de los Comunes de Inglaterra acuso á Tomás, conde de Strafford y lugarteniente de Irlanda, del crimen de alta traición, habiéndoseme comisionado para pedir á vuestras señorías que se le separe del Parlamento y se le reduzca á prisión.» Strafford se hallaba en Whitehall, el palacio del rey, y al recibir la noticia del acontecimiento exclamó: «Quiero ir y mirar frente á frente á mis acusadores.» Entró en la Cámara de los Lores con su aire altanero habitual para ocupar su sitio acostumbrado; pero se le ordenó que volviera atrás, viéndose obligado á esperar en la antesala la resolución de los Lores. Se le llamó al poco rato y se le hizo arrodillar en la barra de la Cámara, poniendo entonces en su conocimiento que había sido acusado del crimen de alta traición y que los Lores habían decidido que se le detuviera preso. El oficial de la Cámara le pidió su espada y le condujo á su habitación, de donde pasó á la Torre á los pocos días.

Aunque ya se había conseguido echar mano al más poderoso servidor de la Corona, no por eso debían considerarse seguros los demás defensores de la arbitrariedad. El cabeza de la intolerante jerarquía eclesiástica, el arzobispo Laud, fué también acusado de alta traición y encerrado en la Torre; el secretario Windbank tuvo tiempo de huir á Francia, y asimismo el canciller Finch tuvo la suerte de poder escapar á la otra parte del canal; los jueces y obispos tuvieron que prestar fianzas muy altas para responder de que comparecerían en caso de acusárseles, y los miembros de la Cámara Estrellada y de la Comisión Suprema se convirtieron de perseguidores en perseguidos, mientras que las víctimas de su

bárbara justicia pasaban de la noche de los calabozos á la luz de la libertad y recibían fuertes indemnizaciones por los daños que habían sufrido. La masa del pueblo seguía con gran interés estos sucesos; la censura había perdido su fuerza, y centenares de hojas sueltas salían de las prensas haciéndose eco, en prosa política y versos sarcásticos, de las pasiones revolucionarias. La corte se hallaba completamente desarmada ante la tempestad, y el rey, al cual se habían arrebatado sus consejeros, se decidió, no sin una lucha interior, á admitir en el consejo privado á algunos Lores de la oposición y á aceptar las resoluciones que en el espacio de pocos meses y juntamente con la concesión de subsidios moderados fueron aprobadas en las dos Cámaras del Parlamento.

Una serie de estas resoluciones se refería principalmente á los asuntos políticos. El dinero para buques fué declarado contra ley, y se anuló la sentencia pronunciada en el proceso de Hampden, haciéndose constar además que el aumento de los derechos de aduanas sólo dependía del Parlamento. La independencia de los jueces debía aumentarse introduciéndose una fórmula que se prestara menos que la existente á que la arbitrariedad del rey pudiese separarlos. Se suprimieron los odiosos tribunales de la Cámara Estrellada y de la Comisión Suprema, el consejo del Norte y otros especiales. Pero lo más importante fué el bill en el cual se quitó al rey el derecho de reunir ó no el Parlamento cuando se le antojase, obligándole, por el contrario, á convocarlo á lo menos cada tres años. Aunque el monarca se opusiese á ello, aunque los Pares, los jefes de los condados y los mayores ó alcaldes de las ciudades no ordenasen las elecciones, los colonos libres y los ciudadanos tenían derecho de prepararlas ellos mismos. Por otra parte, no podría en adelante disolverse el Parlamento ni podrían prorrogarse ni suspenderse sus sesiones antes de los cincuenta días de haberlas empezado.

A Carlos I no se le escapó la importancia extraordinaria de tal resolución y se negó á darle fuerza de ley; pero su situación era tan desesperada, que en febrero de 1641, no sólo cedió en este punto, sino que algunos meses después vino en que el Parlamento que estaba funcionando no pudiese ser disuelto sin su propio consentimiento.

Los problemas políticos no hicieron olvidar los religiosos. El espíritu puritano tanto tiempo comprimido, quisquilloso, irritable y poderoso, principalmente en la Cámara baja, se manifestó con extraordinario vigor y pidió de un modo violento que fueran satisfechos sus deseos. Declaró que las últimas resoluciones adoptadas en la Convocatoria religiosa no eran valederas, pidió que se hiciera uso de las leyes contra los sacerdotes católicos, exigió que se observara rigurosamente el domingo, é hizo que se nombraran comisiones en determinados condados para destruir las modificaciones del ritual introducidas por Laud y sus colegas. Pero esto aún no bastaba, era preciso cambiar por entero la constitución de la Iglesia y hacer completa la reforma que había quedado á medio plantear. Había una parte muy importante de la literatura dedicada exclusivamente á obter

que se resolvieran las cuestiones religiosas, ocupando un primer lugar en el combate John Milton, cuyo celo batallador le había hecho abandonar la tranquilidad de su gabinete de estudio y la esfera de sus fantasías poéticas. Como muchos otros escogió para blanco de sus ataques «el derecho divino de los obispos;» y la abolición del episcopado, de sus atribuciones eclesiásticas y de sus privilegios políticos le parecía el único medio de hacer olvidar los pecados anteriores. De esas radicales ideas participaban un sinnúmero de personas, según las cuales la institución de arzobispos y obispos, de deanes y capítulos debía cesar y los bienes de las iglesias sometidas á la jerarquía eclesiástica debían destinarse á mejorar las parroquias y á difundir la instrucción en el pueblo; los cargos eclesiásticos debían proveerse de acuerdo con los municipios, y el ritual debía ser despojado de todos los accesorios destinados á obrar sobre los sentidos. Muchos que profesaban estas ideas, pensaban que la iglesia escocesa era un modelo digno de imitarse. El presbiterianismo, aceptado ya en política por varios de los jefes de la oposición, se extendió por los condados y entre la clase media de las ciudades, y Londres, adonde con los comisarios escoceses habían llegado varios predicadores del Norte que eran oídos con gusto, se convirtió en el cuartel general de la doctrina presbiteriana.

Otros amigos de la reforma no deseaban ir tan lejos como los hombres del partido de Milton; querían sí limitar la acción de los obispos, pero no suprimirlos. Según su dictamen, los obispos debían perder su asiento en la Cámara de los Lores, debían suprimirse sus facultades exclusivas de ordenar, reducirse las ricas dotaciones de los deanes y cabildos, limitarse las atribuciones de los tribunales eclesiásticos, simplificarse el culto y trabajarse más en el cuidado de las almas; pero en lo demás no debían derribarse los cimientos de la Iglesia anglicana tal como había sido establecida en tiempo de Isabel. Creyóse, por otra parte, que algunos de los dignatarios de la Iglesia aceptarían este término medio que apoyaban varios miembros del Parlamento y que una parte del clero bajo consideraba como la única solución justa.

Frente á frente de los que pedían tales modificaciones se hallaban los que deseaban la continuación del mismo estado de cosas, la mayoría de los prelados y su numerosa servidumbre, las dos universidades que tan estrechamente unidas estaban á la Iglesia del Estado, y la monarquía cuya supremacía espiritual no podía menos de perder con cualquiera modificación. Innumerables peticiones llegaban de todos los puntos á la Cámara de los Comunes, habiendo causado gran sensación la del alderman Pennington en nombre de los ciudadanos de Londres. Contenía 15.000 firmas y exigía la inmediata abolición del régimen de la Iglesia existente, «con todas sus ramas, raíces y anexidades.» Después de unos debates muy acalorados, en los que se mostró el odio que se tenía contra los obispos, se determinó, contra la voluntad de los más moderados, que la petición pasara á una comisión, la cual presentó su dictamen en 9 de marzo de 1641. En su virtud, la Cámara de los Comunes propuso hacer una «ley para que los

obispos y otros individuos del estado eclesiástico no se mezclaran en los asuntos del Estado.» Se dejaba que subsistiera aún el episcopado, pero debía cesar el poder legislativo y judicial de los obispos en la Cámara alta y la facultad jurisdiccional del clero. La Cámara de los Lores, amenazada en su antigua constitución por esta resolución, había empezado á ocuparse en la reforma de la constitución de la Iglesia, mas no quería consentir en la exclusión de los obispos ni éstos mostraban el menor deseo de ceder voluntariamente su sitio.

El proceso del conde de Strafford hizo que la atención se distrajera por algún tiempo de estos asuntos. En veintiocho artículos habían fundado los Comunes su acusación de alta traición contra el regente de Irlanda, y á Strafford se le concedieron sólo pocas semanas para que presentase por escrito á los Lores su contestación á los diferentes puntos. En 22 de marzo de 1641 empezaron los debates orales, hallándose el acusado muy tranquilo. «Te puedo decir, gracias á Dios, escribía á su mujer, que en el acta de acusación no se menciona ningún crimen capital. Por lo demás sé que en el peor caso puedo contar con el indulto del rey, de tal modo que ni siquiera perderé mis bienes y podremos aún tener días felices juntos.» La imponente sala de Westminster, en la que tantas escenas dignas de recuerdo se habían verificado ya, estaba destinada á ser el punto donde se celebrara la vista de la causa. En un estrado estaban sentados los Lores que desempeñaban el papel de jueces; para los Comunes se habían dispuesto á ambos lados asientos en forma de anfiteatro, hallándose presentes los comisarios de Escocia é Irlanda como coacusadores. El rey y la reina estaban en un palco enverjado; los caballeros y damas de la corte presenciaban el espectáculo en tribunas cerradas, y el sitio del acusado y sus defensores se hallaba frente por frente del de los trece miembros de los Comunes que debían presentar la acusación, á cuya cabeza se hallaba John Pym. Strafford se presentó vestido de negro, su cara era pálida, y dolorosos padecimientos habían debilitado su cuerpo; pero la fuerza de su voluntad, la claridad de su entendimiento, el vigor de su palabra nunca habían sido tan brillantes como en aquellos días en que durante horas y horas debía hacer frente á sus adversarios y parar sus bien dirigidos golpes. La acusación se fundaba principalmente en que había querido destruir las leyes fundamentales del reino, y para probarlo se quiso, por medio de testimonios de todas clases, hacer luz sobre su conducta en los sucesos ingleses é irlandeses y se sometieron á la crítica más severa sus palabras y sus acciones. Dióse principalmente gran importancia á que cuando se disolvió el Parlamento corto se dijo que Strafford había aconsejado al rey que hiciese uso de todos los medios que estaban en su poder para quedar libre ante Dios y los hombres de aquellas leyes, y que había ofrecido llevar el ejército irlandés á Inglaterra y servirse de él contra los rebeldes. El temor de la llegada de estas tropas había sido muy grande y aún no había desaparecido por completo, y en Irlanda mismo se había creído al regente capaz de llevar á cabo un plan que varios indicios hacían suponer tenía formado. En este punto recibió la acusación

un gran refuerzo por medio de un acta que el joven Henry Vane había encontrado entre los papeles de su padre, y era el protocolo de aquella misteriosa sesión del consejo secreto, escrito por mano del viejo Vane, del tesorero y uno de los secretarios de Estado. Su contenido, aunque algo confuso, venía en ayuda de los anteriores testimonios. Se presentó primero á los Comunes y después á los Lores en la sala de Westminster causando profunda sensación.

No obstante, quedaba aún una gran dificultad; pues si bien lo que debía entenderse por crimen de alta traición estaba bien definido en un Estatuto del tiempo de Eduardo III, en el cual se mencionaban los distintos casos, como atentado al rey, á la reina, al príncipe real, principio de una guerra contra el jefe del Estado, hacer moneda falsa, imitación del gran sello y otros crímenes dados como análogos, ninguno de ellos podía compararse con aquello de que se acusaba á Strafford, ya que la tentativa de destruir las leyes fundamentales del reino no se hallaba incluida entre ellos. Toda la sabiduría de los juristas no podía dar á este incompleto Estatuto una interpretación que se saliese de su expreso tenor, y Strafford no lo ignoraba. Las acusaciones acerca de su administración en Irlanda las había rechazado en gran parte haciendo notar la diferencia de la situación de Irlanda y la de Inglaterra. Y la acusación que había fortalecido el encuentro del importante protocolo entre los papeles de Vane trataba de rechazarla diciendo que sólo había aconsejado que se hiciera uso de los regimientos irlandeses contra los escoceses. Pero sobre todo insistió mucho en que ninguna de sus palabras ni de sus acciones podían convertirle en culpable del crimen de alta traición.

En su discurso final tan famoso y que hizo gran impresión, aun en sus mismos adversarios, exclamó: «Milores, es duro verse obligado á disculparse en virtud de una ley cuya existencia no puede asegurarse. ¡En dónde, pues, ha permanecido escondido este fuego sin dar el más ligero humo hasta que ha estallado de repente para destruirme á mí y á mis hijos! Ser castigado por una ley que no existía cuando se cometió el hecho, es muy duro. ¿Quién estará seguro si se permite esto?.. También es duro que no se haya puesto ningún aviso indicando cuándo se faltaba. Cuando alguien boga por el Támesis y destruye su bote contra un áncora, debe indemnizársele si no había alguna señal que le indicara el peligro; pero, si ésta existe, entonces aquel que navega debe pagar los perjuicios. ¿En dónde está, pues, la señal, el recuerdo que convierte mi falta en alta traición?.. Hace ya unos doscientos cuarenta años que alguien, antes que yo, fué acusado por el mismo estilo de un crimen análogo. No despertemos al león que duerme y lo hagamos para nuestra desgracia... No dejéis que á todos mis dolores se añada el de que mi causa se convierta en un precedente que forme jurisprudencia y perjudique á todo el reino.» Pym era quien debía contestarle, y por un momento tuvo que suspender su discurso y, aturdido, acogerse á sus papeles cuando se encontró con la mirada orgullosa y enemiga del hombre pálido que en otros tiempos había sido su compañero de combate; pero volvió pronto sobre

sí y desempeñó su papel con admirable habilidad. Su discurso fué de los más apasionados y grandiosos que pronunció en su vida. «¿Es crimen de alta traición, decía, entre otras cosas, recordando á sus oyentes los hechos y pensamientos del conde, debe ser crimen de alta traición el falsificar la moneda del rey aunque sólo se trate de una moneda de doce ó de seis peniques, y no será crimen de alta traición, mayor aún, el corromper el espíritu de sus súbditos, imprimirles el sello de la esclavitud, imposibilitándoles de hacer nada en servicio del rey y del bien común? Querer destruir la Constitución del reino es considerado en todos los Estados como crimen de alta traición, y crimen cuya mancha no se limitaba á la vida de un hombre, sino que se extendía de unos tiempos á otros, de generación en generación. Se encuentran signos evidentes que acreditan que esta ley la tuvimos nosotros también en los tiempos primitivos de nuestra sociedad política; y aunque realmente hayan pasado doscientos cuarenta años sin haber sido aplicada, no es porque no existiera, sino porque no había habido ningún hombre bastante audaz para cometer tal delito.»

Sin embargo, cuanto más tiempo duraba el proceso, menos seguro era que los Lores pronunciasen el «culpable,» pues en su mayoría no sentían inclinación alguna á resolver la cuestión en tal sentido. Muchos tenían grandes simpatías por un acusado que hacía corto tiempo era tan poderoso, y otros á quienes hubiera alegrado su caída se veían retenidos por la cuestión de derecho. En la Cámara baja dominaba la opinión de que debía abandonarse la acusación y obrar contra el enemigo del bien público por medio de un *Bill of attainder* (1). Este peligroso medio, que en épocas anteriores se había empleado con bastante frecuencia, consistía, cuando determinados casos no se encontraban definidos en las leyes, en hacer expresamente una ley para declararlos comprendidos en ellas. Por medio de un procedimiento parlamentario se quería, pues, conseguir lo que encontraba obstáculos para obtenerse por el camino jurídico, sin pensar en el peligro de un conflicto entre la Cámara alta y la baja, que era inminente al discutirse este bill, y sin cuidarse de que era muy posible que el rey, cuyo consentimiento era necesario, se opusiera á sancionarlo. John Pym no participaba de esta opinión y creía firmemente que la acusación de alta traición conseguiría su objeto, pues decía que alta traición era el ataque, no sólo á la vida del rey, sino también al honor y á la voluntad del mismo, honor y voluntad contra los cuales se habría atentado al destruir la Constitución del país. Lo mismo que Pym pensaban Hampden, Strode y otros miembros de la oposición extrema, que estaban convencidos de que la falta de Strafford caía bajo el dominio de las leyes. Pero cuanto más tiempo se perdía en conferencias con los Lores, mayor era el número de los miembros de la Cámara baja que iban decidiéndose por el *Bill of attainder*, é inútilmente hacía notar Digby, uno de los más acérrimos enemigos de Strafford, que se iba á cometer un asesinato jurídico; Falk-

(1) *Attainder* (attinctura), literalmente mancha, y por consiguiente deshonor, degradación: las consecuencias de derecho de toda condena á muerte.

land con su lógica atrevida exclamaba: «No creo que nadie pueda decir cuántas pulgadas se necesitan para que un hombre aparezca pequeño ó grande, pero todo el mundo puede distinguir un hombre grande de uno pequeño cuando los ve. Así pasa en el caso presente. Cuántas acciones ilegales son necesarias para un crimen de alta traición nadie lo sabe, pero lo que es crimen de alta traición lo sabemos todos cuando lo vemos.» Por fin Pym, Hampden y sus compañeros se dejaron convencer de que se procediera por medio del *Bill of attainder*, y éste fué aprobado, en 21 de abril, por la Cámara baja por 204 votos contra 59, y en seguida se llevó á los Lores. En presencia del rey, de la reina y aun de Strafford desarrolló Oliver Saint John, en nombre de los Comunes, la peligrosa teoría de que el Parlamento tenía el derecho de inutilizar por medio de una ley especial al que había querido destruir todas las leyes.

El resultado dependía, pues, entonces de los Lores. Reinó durante mucho tiempo una gran excitación antes de decidirse entre aceptar el bill ó rechazarlo. Carlos I creyó alentar á los débiles con su intervención personal y apartar el peligro de Strafford. «Os doy mi palabra de rey, había hecho decir á Strafford en la cárcel, que no sufriréis ningún perjuicio en vuestra vida, honor ni hacienda.» Trató de influir en los Lores por medio de un mensaje á ambas Cámaras á fin de poder cumplir su palabra, á lo menos respecto de la vida de su más fiel servidor, pero esta intervención en un asunto dudoso aún, produjo mala impresión, aunque no temor, á pesar de algunos rumores esparcidos. Al día siguiente, que era domingo, desde todos los púlpitos de la capital se pidió con ardor puritano la caída del gran criminal, y el lunes 3 de mayo, miles de personas del pueblo se dirigieron á Westminster gritando «¡Justicia, justicia!» y deshaciéndose en grandes amenazas contra aquellos Lores que pasaban por straffordianos, esto es, contrarios al bill. Entretanto en la Cámara baja se dió cuenta de una comunicación de gran importancia. La sesión se había abierto, como de costumbre, empezando por un rezo, y todo el mundo permanecía silencioso en expectativa de lo que iba á suceder, siendo interrumpida con risas la lectura de un bill sin importancia. Por fin John Pym se levantó para descubrir á sus colegas, á puerta cerrada, un complot de la corte.

El jefe del partido del pueblo hacía tiempo que tenía motivos para vigilar las idas y venidas del rey, de la reina y de sus servidores. Durante cierto tiempo tuvo Carlos I la idea de salvar á Strafford ganando á los jefes de la oposición en ambas Cámaras. A hombres como Bedford, Kimbolton, Hampden, Holles, etcétera, se les había ofrecido altos puestos en la administración del Estado, y á Pym por su parte se trató de nombrarle canciller de la Tesorería. Este plan fracasó, no tanto por la enfermedad y muerte de Bedford, en quien fundaba principalmente sus esperanzas la corte, sino porque la oposición política hacía imposible una alianza de esta clase. Entonces se pensó en Whitehall en otro medio; el ejército real del Norte estaba aún reunido, y en él había motivos de descontento suficientes, pues las tropas estaban mal alimentadas y algunos oficiales,

miembros del Parlamento, creían que se podía disolver éste por medio de la fuerza, dar un golpe de Estado y restablecer la monarquía en su independencia. Con este objeto entraron en negociaciones con la corte, siendo principalmente la reina quien las llevaba. María Enriqueta se sentía herida como princesa y como católica por los procedimientos del Parlamento, y se había dirigido al Papa para obtener de él recursos en dinero, y por su conducto recibir auxilios de Francia. También había tenido la idea de ir ella misma á Francia para conseguir su apoyo, pero Richelieu la había disuadido de hacerlo. Acogió, pues, con gran entusiasmo la idea de realizar una reacción por medio del ejército poniendo al rey en el secreto: el plan era que mientras las tropas marchasen hacia Londres se hiciera huir á Strafford de la Torre. El peligro para los puritanos era tanto mayor, cuanto que la corte poseía además otro medio para lograr su objeto. El temido ejército irlandés, compuesto en su mayoría de católicos y utilizable para cualquier acto de fuerza, era una amenaza constante, y entre los escoceses de importancia, algunos de los hombres que ocupaban altas posiciones se separaban de los del Covenant para aliarse con el rey.

Muchas de estas cosas se supieron por el rumor público; pero el complot de los oficiales fué descubierto por la traición de uno de los conjurados, el cual dió tales pormenores, que la comunicación de Pym causó gran sensación. Tuvo la habilidad de hacer ver que también se esperaba un ataque de Francia á las costas inglesas, á pesar de que el rey de Francia estaba muy lejos de querer prestar ayuda á su hermana, sobre todo por medio de las armas; así fué que contra esta princesa de creencias católicas y contra las personas que la rodeaban se dirigieron los mayores cargos. El sentimiento de la pasión puritana, mezclado con el temor y la rabia, pasó del Parlamento á la ciudad, y mientras en el primero se hacía una protesta «en favor de la Iglesia protestante, del rey, de los privilegios del Parlamento, de los derechos y de las libertades del pueblo,» la multitud daba expansión á sus sentimientos en Westminster con manifestaciones tumultuosas, presentándose cada día armada, lanzando gritos salvajes y exaltada por nuevas noticias pavorosas. Unas veces se decía que se quería atacar la Torre, y otras que se iba á hacer volar el Parlamento, recordando la conjuración de la pólvora. Muchos de los Lores que eran conocidos como adversarios del *Bill of attainder* no se atrevían á ocupar sus sitios, y por su parte los jefes de la Cámara baja procuraban trabajar el hierro mientras estaba caliente, y así mandaron su protesta á los Lores y la esparcieron por todo el país con el pretexto de que se firmara. De acuerdo con la Cámara alta se dieron órdenes para que se fortificara la bahía de Portsmouth y las islas de Guernsey y Jersey, y se llamaron á las armas las milicias de varios condados. Por último, se dió fuerza de ley al acuerdo revolucionario de que aquel Parlamento no podía ser disuelto, prorrogado, ni suspendidas sus sesiones sin su propio consentimiento, pues se comprendía que obrando de otro modo no sería posible convencer á los capitalistas de que prestasen el dinero que se necesitaba con toda premura para dominar

el descontento de las tropas del Norte, y comprar la retirada de las tropas escocesas.

Bajo la impresión de estos sucesos, fué aprobado en 8 de mayo por la Cámara alta el *Bill of attainder*, si bien sólo obtuvo una mayoría de siete votos, á pesar de que muchos Lores que habían asistido al debate contra su voluntad faltaron el día de la votación. Este bill fué presentado al rey junto con el que prohibía que él por sí solo pudiese disolver el Parlamento. El palacio se hallaba rodeado constantemente por la multitud, y el rey pasó con gran intranquilidad de espíritu el día siguiente al de la votación, pues aprobar el *Bill of attainder* era lo mismo que firmar la sentencia de muerte de Strafford, y rechazarlo era desencadenar una tempestad de un furor extraordinario. El rey tenía derecho de negar su aprobación, con tanto mayor motivo, cuanto que había dado su palabra de que Strafford no moriría; pero el miedo le hizo faltar á su palabra de honor, siendo ayudado en su cobardía por el mismo Strafford, que le escribió una carta nobilísima suplicándole que le sacrificara á su propia seguridad. De los obispos que fueron citados á Whitehall, sólo uno se atrevió á aconsejar al monarca que siguiera los avisos de su conciencia; pero el monarca se dejó vencer de que tenía dos conciencias, una como hombre privado y otra como jefe de Estado, y firmó el bill. Cuando Strafford recibió la noticia, parece que exclamó con el Salmista: «No os fiéis de los príncipes, son hijos de los hombres y no encontraréis en ellos la salud.» Aún hizo el rey una vana tentativa para salvar la vida del conde, enviando á la Cámara de los Lores, por conducto de su hijo el príncipe de Gales, un mensaje en el cual preguntaba si no sería mejor cambiar la pena de muerte por prisión perpetua; pero en el mismo mensaje al final añadía: «Si mi pueblo quiere su muerte, debo decir: *fiat justitia*;» y ponía como posdata: «Si es que debe morir, sería para él un gran favor que se le concediera un plazo hasta el sábado.» Strafford, por su parte, se ocupaba sólo de la suerte de los suyos, despidiéndose de ellos en cartas conmovedoras, encontrándose desde entonces preparado para la partida. El 12 de mayo se le condujo al sitio del suplicio, y á su paso por delante de la prisión de Laud, éste le dió la bendición, cayendo desmayado. El por su parte no desfalleció ni un solo momento; dirigió un corto discurso á los que estaban presentes; puso su cabeza en el tajo sin el menor temblor, y dió al verdugo la señal para que diera el golpe.

Hasta que se hubo deshecho de su principal enemigo no estuvo tranquilo el Parlamento. Se hizo que los escoceses regresaran á su patria y se dió orden para que se disolvieran los regimientos reales en Inglaterra é Irlanda. Atacóse entonces de nuevo con energía la constitución de la Iglesia, y si bien durante algún tiempo pareció que la Cámara de los Comunes iba á contentarse con privar al clero de que se mezclase en los asuntos públicos y sobre todo con quitar á los obispos sus asientos en la Cámara alta, cuando los Pares rechazaron el bill en que se proponían estas modificaciones, el partido radical de la Cámara baja tomó la iniciativa. Se presentó en los Comunes un bill para la completa abolición de

todos los cargos de arzobispos, y obispos, cancilleres y comisarios, deanes y cabildos, diáconos, prebendados, cantores y canónigos y otros empleados de la Iglesia anglicana; bill que después de violentos debates fué aprobado en sus principales cláusulas. De llevarse á la práctica estas decisiones cambiaba por completo el modo de ser de la Iglesia anglicana y se establecía la completa secularización de los bienes espirituales. Los partidarios del presbiterianismo podían con esto darse por muy bien servidos, pero los más celosos directores de este plan eran Cromwell, Haselrig, Vane, y éstos no repugnaban menos las violencias del presbiterianismo que las del sistema episcopal. Henry Vane especialmente habló con el calor de la juventud y del convencimiento contra la continuación del episcopado y de las instituciones enlazadas con él. El hijo del secretario de Estado había mostrado gran firmeza de carácter desde muy joven, pues para no sacrificar sus convicciones republicanas y á pesar de que se le habían hecho ofrecimientos muy brillantes, había abandonado á Inglaterra para buscarse una nueva patria al otro lado del Océano. Desembarcó en Boston, y causó tal impresión entre los colonos del Massachussets, que en 1636 fué nombrado gobernador, y ocupando este lugar trató de establecer la tolerancia religiosa, aunque tuvo que luchar con gran resistencia. Rico en experiencia volvió á Inglaterra, resuelto, independiente é idealista exaltado, ante cuyos ojos se presentaba la brillante imagen de la independencia del Estado y de la Iglesia. «Los obispos, exclamaba, no sólo han atacado nuestros derechos espirituales, sino que han querido arrebatararnos la libertad política. Nos han querido sacar estos dos ojos, como los filisteos á Sansón, para que sirviéramos como esclavos en un molino. Dejados tomar venganza de estos filisteos. Estas plantas no han sido sembradas por la mano de Dios, sino que han nacido de la putrefacción y deben ser arrancadas.»

Si las ideas radicales de Vane y sus compañeros encontraban ya gran resistencia en los Comunes, no podía esperarse que triunfaran en los Lores, á lo menos mientras los obispos tuviesen voz y voto en la Cámara alta. Para ver si podían sacarlos de allí se presentó contra ellos una acusación por haber publicado los Cánones del año 1640, que tanta ira habían excitado; declarando que estas decisiones de la última Convocación eran ataques á las leyes fundamentales del Estado, y se pidió que se procediese jurídicamente contra sus autores. Entretanto John Pym en una conferencia con los Lores había presentado una serie de proposiciones que iban dirigidas á fortalecer el partido dominante en el Parlamento, siendo su objeto fundamental producir un cambio profundo en el personal del gobierno. Debía pedirse al rey que diese la dirección de los negocios, el mando de las milicias y la vigilancia de las costas á personas inteligentes que merecieran la confianza del Parlamento, y que alejara de la corte á las personas de creencias católicas. De toda esta serie de peticiones se desprendía una inmensa desconfianza hacia el rey y su esposa. Esta desconfianza tomó grande incremento cuando se oyó decir que el rey pensaba abandonar á Londres é irse

á Escocia, viaje tanto más amenazador cuanto que el ejército del Norte no estaba completamente licenciado. Pero Carlos I no se dejó disuadir de una resolución que había meditado mucho, y después de haber aprobado varios proyectos de ley, emprendió el 10 de agosto aquel viaje, al cual sirvió de pretexto la necesidad de arreglar los asuntos escoceses. Siguióle una comisión del Parlamento, en apariencia para defender los intereses de Inglaterra frente de los de Escocia, pero en realidad para espiar al rey paso á paso.

El Parlamento permaneció reunido todavía por algún tiempo; pero suspendió en seguida sus sesiones, porque la peste reinaba en Londres y su actividad se hallaba fatigada. La suspensión duró del 3 de septiembre al 30 de octubre, y durante el interregno parlamentario quedó nombrada una comisión permanente, con amplias facultades.

El primer acto de la historia del Parlamento largo había concluído. En el espacio de diez meses, no sólo había hecho expiar de un modo completo y sangriento los actos de arbitrariedad que se habían cometido, sino que había dado forma nueva á la Constitución inglesa. Las prerrogativas de la monarquía fueron anuladas una á una, convirtiéndose el Parlamento en el primer poder del Estado, asegurándose la facultad de fijar su duración, conmoviendo los cimientos de la Iglesia nacional, exigiendo que los empleos del Estado se diesen según su voluntad é intentando ya atacar el poder militar de la Corona. Carlos I había desempeñado un papel puramente pasivo desde que el afortunado descubrimiento de la temible tentativa de establecer una poderosa reacción había ayudado al Parlamento á vencer la fuerza de resistencia del rey. Pero éste, siguiendo su costumbre, consideraba su mala situación como pasajera y esperaba que podría reconquistar aún su antigua posición. Poseído de esta esperanza se dirigió á Escocia.

VI. — ROMPIMIENTO ENTRE EL REY Y EL PARLAMENTO

Cuando Carlos I meditó sobre el curso de los sucesos, debió decirse que su derrota había sido producida principalmente por el enlace íntimo de los asuntos escoceses con los ingleses, pues la invasión victoriosa de los escoceses le había obligado á convocar el Parlamento, y los jefes del Parlamento habían obrado de acuerdo con los escoceses del Covenant. Separar los intereses de la oposición en ambos reinos y ganarse la voluntad de los jefes de los escoceses era el principal objeto de su viaje; así fué que, al llegar á Edimburgo, reconoció los cambios más importantes verificados en el intermedio: las decisiones de la Asamblea general de la Iglesia y del Parlamento, la supresión del episcopado y la mayor autoridad de los Estados generales. Trataba especialmente de satisfacer á los más importantes miembros del Covenant, en primer lugar á Argyle, el orgulloso poseedor del condado de Argyle y de la parte Oeste de los Highlanders, «el rey Campbell,» como podía llamarse el severo é importante presbiteriano que á las pretensiones de un caudillo de clase alta unía la ambición de querer desempeñar un gran papel político. Aun el mismo Hamilton, el antiguo consejero del rey, que tanto tenía que temer de los del Covenant, no veía más salvación que ganarse su voluntad.

Pero la desconfianza por una y otra parte no había desaparecido por completo. Argyle y sus colegas habían descubierto, antes de la llegada del rey, un complot realista, y se habían apoderado de los principales conspiradores. Ninguno de ellos les era tan odioso como el joven conde de Montrose, el audaz rival de Argyle, cuya interesante figura es celebrada hasta las nubes en las poesías y en las novelas (1). De un temperamento de fuego, fantasía de poeta y dado á la imitación de los héroes de la antigüedad por la lectura de autores antiguos, se había lanzado de cabeza en la lucha de los partidos de su patria, figurando al principio, en primera línea, entre los partidarios del Covenant. Había sido el primero que cuando fueron á Inglaterra atravesó con su caballo el río Twed; pero pronto se sintió oprimido por la severidad del puritanismo y el orgullo de Argyle, empezando entonces una correspondencia con el rey y formando con otros nobles una alianza dirigida contra Argyle. El descubrimiento de este complot tuvo por resultado que Montrose y tres de sus partidarios fueran presos y encerrados en el castillo de Edimburgo. El rey empleó todos los medios para salvar á su fiel servidor de la venganza de sus enemigos, y éstos por su parte querían también perdonar á los conjurados; pero antes de que se llegase á un acuerdo desaparecieron de repente de Edimburgo Argyle, Hamilton y su hermano Lanark por hallarse amenazados de una nueva conspiración. Este

(1) Mark Napier. *Memoirs of the Marquis Montrose*, Edimburgo, 1856.

asunto misterioso causó la mayor sensación al otro lado de las fronteras de Escocia, y Carlos I se apresuró á presentarse ante el Parlamento escocés y á decla-



Lord Falkland. De un grabado de E. Scriven, según un cuadro de Van-Dyck

rar solemnemente que ninguna participación tenía en el asunto. Pronto volvieron los fugitivos viendo fortalecido su poder. Los presos fueron puestos en libertad, pero los cargos más importantes del Estado quedaron en poder de Argyll y sus compañeros, con la condición de que no se mezclarían en los asuntos de Inglaterra. La nación escocesa se hallaba completamente tranquila y el

clero usaba un lenguaje muy moderado; así fué que las bendiciones del pueblo acompañaron al monarca cuando abandonó en noviembre su país natal.

Algún tiempo antes había reanudado sus sesiones el Parlamento inglés, y mientras que continuaba los interrumpidos debates se hizo más y más evidente una escisión que ya había empezado á iniciarse antes de la suspensión de las sesiones. Del conjunto de la oposición, en un principio tan unida, se había separado un grupo de personas moderadas que veían con desagrado la manera como avanzaban sin recelo alguno Pym, Hampden, Haselrig, Cromwell, Vane y sus correligionarios políticos. Varios de los miembros de aquel grupo habían trabajado con gran celo para que pasara para siempre el tiempo de la arbitrariedad; habían sido los adversarios decididos de Strafford; querían poner freno al absolutismo y limitar el poder de los obispos; pero no deseaban que el Parlamento se sobrepusiese de un modo permanente á la Corona ni que se destruyera la constitución de la Iglesia hasta en sus cimientos. La aparición y aumento de las sectas religiosas en Londres los tenía intranquilos; así es que en la Cámara alta se habían aliado con los obispos y tenían gran mayoría sobre los Lores partidarios del puritanismo. En la Cámara baja contaban con un número importante de votos, siendo dirigidos en ella por lord Falkland, Hyde, Colepepper, Edmundo Waller y otros hombres de talento y abnegación, de los cuales algunos hicieron su nombre célebre en la historia de Inglaterra. Si Hyde alcanzó en época posterior su mayor gloria, con el nombre de lord Clarendon, una pronta muerte arrebató la brillante figura de Falkland del teatro de sus triunfos. Falkland era indudablemente el personaje más importante de aquel grupo: hombre de una amabilidad extraordinaria, protector de los sabios y de los escritores, estaba siempre pronto á acudir al auxilio de la desgracia y se hallaba libre de la estrechez de miras dogmáticas. La gran debilidad de este partido consistía en que carecía de programa fijo y en que no tenía apoyo ni arriba ni abajo. Sus miembros tuvieron que cambiar su papel de acusadores por el de defensores, viéndose obligados muchas veces á contradecir su pasado político, sin estar seguros del porvenir, pues la persona de Carlos I no ofrecía garantía alguna. Así fueron paso á paso avanzando hacia el campo de los amigos de la corte, llegando por último á un rompimiento completo con la mayoría parlamentaria.

La oposición extrema tenía en cambio la ventaja de que sabía lo que quería, pues luchaba por la supremacía del Parlamento sobre la Corona y por la separación de los obispos, que no eran más que empleados del rey. Tenía derecho completo á desconfiar del rey, y en esta desconfianza encontraba el principal motivo para ir siempre adelante. Los sucesos de Escocia produjeron gran irritación, pues se temía que la conjuración descubierta allí tuviese ramificaciones en Inglaterra: noticias de complots y de planes de asesinato parecieron confirmarse por ciertos indicios, como, por ejemplo, el haberse enviado un día á Pym una carta amenazadora, en la que iba incluido un pedazo de tela empapado en un tumor de un individuo atacado de la peste. Como de costumbre, todas es-

tas cosas se achacaban «á los papistas» y á tos que rodeaban á la reina, tomándose medidas de precaución de todas clases. Se reforzaron los cuerpos de guardia de la ciudad, y la entrada del Parlamento se puso bajo la custodia de la milicia.

En esta disposición tan excitable se recibieron las primeras noticias, inciertas aún, de la insurrección de Irlanda; pero pronto llegaron detalles completos que llenaron de ira á todos los corazones ingleses. Con la caída de Strafford había desaparecido el enérgico gobierno que él había establecido en la verde Erin; el ejército fué disuelto; se suprimieron los tribunales especiales y faltaba una dirección superior, pues que el nuevo regente, el conde de Leicester, no había ido aún á tomar posesión de su cargo. Así fué que en la masa de los indígenas celtocatólicos nació el espíritu de rebelión, sintiéndose libres del peso que les había oprimido, y creyeron poder tomar venganza del desprecio de su religión y del robo de sus campos. El ejemplo de las sublevaciones de Escocia é Inglaterra ejerció su influjo en ellos y dió lugar á escenas que apenas encuentran otras con que compararse en la historia contemporánea. La primera idea de una sublevación fermentó en la cabeza de un jefe procedente de la raza primitiva de Irlanda, el astuto Roger More, que consiguió atraerse á algunos católicos de origen inglés. El plan de los conjurados era apoderarse en un día del castillo de Dublín y de las demás plazas fortificadas, exterminar ó poner en fuga á los colonos ingleses protestantes y á los escoceses, volverse á apoderar de los terrenos que se les había arrebatado y establecer como única religión la católica. En el plazo antefijado, el 23 de octubre, estalló la revolución. Dublín pudo aún salvarse á última hora, pero en los demás puntos fueron vencidos los protestantes y arrojados de sus casas y de las poblaciones. Las masas, ávidas de sangre, siguieron sus instintos salvajes y sus jefes procuraron aún excitar su odio. El Norte y el Noroeste de la isla quedaron completamente en poder de los rebeldes, y únicamente dos plazas, además de Dublín, ofrecieron refugio y protección á los medio desnudos y hambrientos fugitivos.

Inglaterra recibió la noticia de tales acontecimientos con un grito de venganza. La relación de lo que había sucedido fué notablemente exagerada, y cada día se oían relatos de hombres asesinados, mujeres ahogadas y niños condenados á una muerte lenta; los puritanos habían extremado de tal suerte su odio contra los partidarios del papismo, que parecía entonces confirmarse todo lo que la fantasía puritana había inventado acerca de ellos. Los sucesos de Irlanda tuvieron su reacción en la marcha política de Inglaterra. Por el momento, lo que más interesaba era enviar tropas á Irlanda para combatir á los rebeldes y oponerse á la independencia de la isla; pero ¿debía concederse al rey esta fuerza cuando se temía que la empleara contra el Parlamento? Aún gozaban de su favor muchos católicos de los más principales; además, se creía saber que la facción española era aún poderosa en la corte, y en lo que concernía á la rebelión, los jefes irlandeses se cubrían con el nombre de Carlos I y de su esposa.

Uno de los caudillos más influyentes, Felim O'Neile, decía tener una orden del rey, fechada en Edimburgo, por medio de la cual autorizaba á sus fieles súbditos católicos á atacar á los colonos de nacionalidad inglesa y apoderarse de sus bienes, y el ejército de los rebeldes se llamaba unas veces «ejército del rey» y otras «ejército de la reina.» En verdad, Carlos I no tenía participación alguna en los acontecimientos de Irlanda, pero con tanto mayor motivo se culpó á la corte, cuanto más claramente se vió que el movimiento irlandés iba dirigido contra el poder creciente del puritanismo, y en este sentido lo interpretaba asimismo el rey, «Espero, hizo decir á uno de sus servidores en Escocia, que las malas noticias de Irlanda impedirán algunas locuras en Inglaterra.»

Los jefes del partido radical en el Parlamento supieron aprovecharse perfectamente de la situación de las cosas. Expusieron á los Lores que debía pedirse al rey que separase de su lado «á sus malos consejeros papistas,» y al mismo tiempo solicitaron el apoyo de la Cámara alta para en caso necesario poder disponer de las milicias de este lado del Trent por medio de una orden del Parlamento. El objeto de Pym y de sus correligionarios era formar un ministerio del seno de la mayoría y apoderarse de la dirección de la defensa del país, que hasta entonces había pertenecido exclusivamente á la Corona. Estos deseos fueron expuestos al rey como una amenaza directa por los comisarios del Parlamento, que como vigilantes le habían acompañado en su viaje, y al mismo tiempo se acordó dirigir un llamamiento al pueblo en forma de acta, cuya deliberación produjo debates muy apasionados en los Comunes. Era el «Manifiesto general,» que contenía al mismo tiempo la historia de las arbitrariedades cometidas y los medios de impedir que se repitieran; en junto unas 206 cláusulas. En él se mezclaban también los asuntos religiosos con los políticos; se pedía el cumplimiento riguroso de las leyes contra los católicos, la separación de los obispos de la Cámara alta, la convocación de un sínodo general para llevar á cabo la reforma de la Iglesia, y que se diesen los cargos públicos á hombres que poseyeran la confianza del Parlamento: este programa debía ser remitido al rey y expuesto ante el país. El partido medio de los moderados empleó todos sus esfuerzos en hacer que se desechase el manifiesto general, usando de la palabra los oradores más caracterizados, pero sus adversarios no mostraron menor tenacidad. «Si la exposición no se hubiera aprobado, dijo Cromwell, hubiera vendido todo lo que poseo para expatriarme.» Una mayoría de once votos aprobó la exposición en 22 de noviembre: cuando concluyó la votación era ya media noche, pues la sesión había durado de un modo extraordinario; así es que hubo nueva lucha sobre si la exposición debía imprimirse en seguida ó no. Los moderados amenazaron con hacer una protesta, y en el tumulto algunos de los diputados echaron mano á las espadas, hasta que la clara voz de Hampden restableció la calma, suspendiéndose la impresión momentáneamente.

Pocos días después de esta borrascosa sesión regresó el rey, quedando muy

contento del recibimiento que se le hizo, pues la City le recibió con todas las muestras de una lealtad satisfecha, y en Guildhalle se le dió una espléndida comida. Al regresar á Whitehall, á la luz de las antorchas, el pueblo le acompañó con gritos de alegría. Aumentóse con ello su confianza y exigió que fuese disuelta la guardia que se había dado el Parlamento, «pues su real presencia era protección suficiente para las Cámaras.» El 1.º de diciembre recibió en Hampton-Court una diputación de la Cámara baja que le presentó la exposición, leyéndole al mismo tiempo una petición en la que se trataba de los dos asuntos político-religiosos principales: separación de los obispos del Parlamento y dimisión de los malos consejeros. El rey hizo sólo algunas observaciones durante la lectura y se declaró pronto á contestar después, expresando el deseo de que se esperase hasta entonces la publicación del manifiesto. Todo se había verificado con las formas más cortesés; pero de sobra se observaba que la situación era tirante, habiendo ocurrido ya algunas escaramuzas entre el populacho excitado y la nueva guardia que el rey quería dar al Parlamento. Por otra parte, los primeros pasos del rey contribuyeron á aumentar la desconfianza general. Empezó quejándose al Parlamento de que se perdiese el tiempo y no se votasen los subsidios para combatir á los rebeldes irlandeses, publicó una proclama prohibiendo las modificaciones introducidas en el ritual eclesiástico por disposición del Parlamento y no se pasaron un par de días sin que promoviese un nuevo conflicto. La Cámara estaba discutiendo un bill acerca de la reunión de soldados para la campaña irlandesa, cuando Carlos I intervino en la discusión con la prematura declaración de que sólo aprobaría el bill en caso de que se le conservasen sus prerrogativas. El Parlamento protestó, y ante la protesta de ambas Cámaras tuvo el rey que presentar sus disculpas. El manifiesto general fué impreso contra la voluntad del rey, y su contestación, dejando traslucir cierta irritación, nada prometía en definitiva. En tales circunstancias no podía esperarse que la antigua idea, no abandonada por completo, de conceder los altos cargos del Estado á los jefes de la mayoría se realizase entonces; por el contrario, el rey adoptó el partido de tomar á su servicio á los individuos más notables de la minoría, atrayéndoles así á su causa de un modo duradero. Lord Digby, que había combatido con la mayor energía el bill *of attainder*, instituído contra Strafford, y el hijo de lord Bristol, que había recobrado el favor de su soberano, hombre ilustrado y enérgico, fueron los consejeros más escuchados de la real pareja. Falkland y Colepepper ocuparon los cargos de secretario de Estado y canciller de la tesorería, y Eduardo Hyde, aunque sin desempeñar aún cargo alguno, ponía al servicio del rey su talento y su influencia. Todos estos hombres se convirtieron en cómplices de sus actos, aunque no todos aprobaran por completo los golpes de Estado en que tomaron parte. Se presentía un peligro inminente; en la sala de conferencias de Westminster se oyeron palabras amargas contra Bristol y Digby, pero mayor aún era la excitación del pueblo que rodeaba el palacio.

Hacía largo tiempo que gran parte de la burguesía de Londres estaba descontenta de las autoridades de la ciudad, y se manifestaba intranquila respecto del porvenir. Para muchos el Lord-corregidor pertenecía al partido de la corte y el municipio mostraba poco celo puritano. Nuevas elecciones modificaron la corporación en sentido favorable á los amigos de reformas en la Iglesia; pero, á pesar de esto, los ánimos se hallaban poseídos de angustia y recelos en la clase media y en la baja. La numerosa clase de los aprendices, no siendo retenidos por sus patronos, era un buen elemento cuando se trataba de hacer presión en el gobierno. Este aumentó la desconfianza de los burgueses relevando al comandante de la Torre, hombre popular, y poniendo en su lugar al coronel Lundsford. Los antecedentes de éste no eran de los mejores, y además había tomado parte en el complot militar de la primavera, creyéndosele capaz de cualquier acto de fuerza. Los comerciantes temieron por las barras de oro y plata que se hallaban en la Torre; en la Cámara baja se redactó una petición en la que se indicaba el deseo de que se relevara á Lundsford, y veintidós individuos de la Cámara alta expresaron la misma opinión. El mismo Lord corregidor aconsejó al rey que dejara sin efecto tal medida; pero cuando esto se verificó era ya demasiado tarde para impedir escenas tumultuosas.

Era la época de Navidad, y las calles se hallaban llenas de gente que celebraba la fiesta á pesar del frío. Por otra parte, en el palacio de Whitehall había una guardia real, compuesta de cortesanos, oficiales y soldados licenciados, que no dejaron de excitar al pueblo; así es que el 27 de diciembre ocurrió una lucha sangrienta en los alrededores de Westminster: aprendices, obreros y marineros, riñeron con Lundsford y su gente, siendo heridos varios ciudadanos.

En estas escaramuzas es donde empezaron á usarse los apodos de «caballeros» y «cabezas redondas,» nombres que durante unos veinte años fueron tan célebres como después lo han sido los de «torys» y «whigs.» Bajo el nombre de caballeros se designaba á los partidarios de la corte, los hombres que iban siempre ataviados con la mayor elegancia; pero en cambio los retratos de aquel tiempo demuestran cuán poco fundado era el nombre de «cabezas redondas» como signo distintivo de partido, pues puritanos como Milton y Cromwell, por ejemplo, llevaban una cabellera de la que no hubiera tenido que avergonzarse el más celoso realista.

Durante estos tumultos, cuando los obispos se dirigían á la Cámara alta, oían los mayores insultos, pues hacía dos meses eran el blanco principal de los más violentos ataques, atribuyéndose á su influencia el que los Lores no hubiesen apoyado en su mayoría la protesta de la Cámara baja contra el nombramiento de Lundsford. A uno de los dignatarios de la Iglesia, Williams, nombrado recientemente arzobispo de York, le destrozaron el traje episcopal; por invitación suya, se reunieron en su casa once de sus colegas, y firmaron una protesta en la que declaraban que los ataques del pueblo les impedían ocupar regularmente su sitio en la Cámara de los Lores, y hacían constar que todas las decisiones que se

aprobasen desde el 27 de diciembre hasta que concluyese su ausencia, las tendrían por nulas y sin efecto. El día 30 de diciembre enviaron la protesta al rey



Eduardo Hyde. De un grabado de R. Cooper, según un cuadro de Pedro Lely

y á la Cámara alta, sin adivinar el efecto que produciría su atrevido escrito. Los Lores trasladaron la protesta á los Comunes, y éstos vieron en la resolución de declarar anticipadamente por nulas las disposiciones del Parlamento, un ataque á las leyes fundamentales del reino. Acusaron, pues, á los obispos ante los Lores del crimen de alta traición y reclamaron que se les pusiese presos. Se llamó á

los obispos, tuvieron que oír la acusación arrodillados en la barra, trataron inútilmente de disculparse y fueron reducidos á prisión. Lo que durante tanto tiempo no había podido obtenerse, se consiguió por un acto de precipitación de los obispos. Por fin se les había alejado de la Cámara alta, y no debía ya temerse su oposición al tratarse de reformar la Iglesia.

La mayoría de la Cámara baja no trató de ocultar su alegría por el paso en falso dado por sus adversarios, pero pronto volvió á su gravedad ante el anuncio que le hizo John Pym de un peligro inminente y extraordinario. Pym sabía de un modo cierto que el rey quería dar un gran golpe contra el Parlamento, aunque no estaba enterado de cuándo debía verificarse, limitándose sólo á dar noticias confusas, de las cuales quizá la condesa de Carlisle había sido la portadora, como otra vez, pues esta hermosa y discreta dama, admiradora en otro tiempo de Strafford, desde que el rey le había sacrificado, había dirigido todas las muestras de su afecto al jefe del partido del pueblo, y se había entretenido en establecer entre la corte y él un tejido de intrigas y secretos. La Cámara baja se contentó con pedir al rey una guardia de la City, bajo el mando del conde de Essex, y tomó por sí algunas medidas preventivas. El rey no dió su contestación hasta el 3 de enero, y en ella juró de nuevo «delante de Dios Todopoderoso» que no veía motivo alguno para tal temor, y aseguró bajo su «palabra de rey» que tan interesado estaba en proteger á los individuos del Parlamento contra un acto de fuerza, como en la conservación de su propia vida y la de sus hijos. Casi al mismo tiempo que la Cámara baja recibía esta respuesta, el procurador general Herbert entregaba á los Lores, en nombre del rey, una acusación de alta traición contra uno de sus miembros, Kimbolton, que según parece había estado en estrechas relaciones con los escoceses, y contra cinco miembros de la Cámara de los Comunes (1). Estos eran Pym, Hampden, Haselrig, Strode y Hollis, cinco hombres, no de la misma talla, pero sí igualmente odiados en la corte, porque, ó como los dos primeros, eran los jefes de la Cámara, ó como los tres últimos, en muchas ocasiones y aun recientemente, habían herido profundamente al gobierno.

El rey creía poder usar con buen resultado del mismo medio de que se había valido en otro tiempo la mayoría de la Cámara contra Strafford; así les acusó de haber intentado destruir las leyes fundamentales del reino y establecer en su lugar un gobierno tiránico, no comprendiendo que esta acusación no podía sostenerse ante los Lores en tal forma.

Los Lores oyeron la lectura del acta con creciente asombro, y en vez de conceder la prisión de los acusados como pedía el procurador general, consintieron que Kimbolton dijera en seguida dos palabras de contestación y nombraron una comisión para examinar si la acusación procedía con derecho. Digby, que estaba sentado al lado de Kimbolton, hízose el sorprendido, manifestando en voz

(1) Los sucesos que siguen son tratados con minuciosidad y con interés dramático en los estudios de John Forster: *Arrest of the five members*. 1860.

baja al hombre á quien más odiaba que S. M. estaba mal aconsejado, y abandonó la Cámara, según dijo, para impedir males mayores con sus consejos. En el entretanto los Comunes supieron por boca de Pym que servidores del rey habían entrado en su habitación, así como en las de Hampden y de Holles, para sellar sus papeles; sin vacilar declararon que este acto era una infracción de los privilegios parlamentarios, y añadieron que los miembros del Parlamento tenían derecho á defenderse contra la tentativa de apoderarse de sus personas si su prisión no había sido autorizada. Apenas acababa su discurso, se presentó á la barra el heraldo real y pidió que se le entregasen los cinco acusados. Se le hizo salir y se envió por medio de una comisión una contestación al rey, que, si bien muy moderada en la forma, no podía dejarle duda alguna acerca del espíritu que reinaba en la Cámara baja.

Se le hizo saber que su demanda atacaba los privilegios del Parlamento y que debía ser presentada de un modo formal; entretanto se comprometían á que los cinco miembros no rehuyesen una acusación legal, pues el presidente prometía por ellos que comparecerían á ocupar cada día su sitio. Lo que sucedió después demostró asimismo la presencia de espíritu y la energía de que se hallaban poseídos los representantes del país en aquellos críticos momentos. Ya se da á entender que se pusieron á conferenciar en seguida con los Lores; después se rompieron los sellos que se habían puesto en nombre del rey en los papeles de los acusados: los hombres que habían desempeñado el real mandato fueron reducidos á prisión, y se pidió por último á las autoridades de la ciudad que dieran al Parlamento una guardia sacada de las milicias.

Era indudable que el rey había sufrido una derrota, y si quería llevar adelante sus propósitos no le quedaba más recurso que echar mano de la fuerza; pero tampoco retrocedió. Las pretensiones del Parlamento habían ido creciendo paso á paso; en todos los círculos de la vida pública era desacatada la regia autoridad; la situación de la Iglesia había cambiado radicalmente, y los hombres que merecían la confianza del rey eran el blanco de ataques odiosos, y aun era de temer que su esposa fuese sometida á una acusación; pensó, pues, que era mejor romper con mano atrevida la red que le iba envolviendo antes que verse cada vez más encerrado en sus mallas. En la noche del 3 al 4 de enero se celebró consejo en Whitehall, ignorándose quiénes fueron los que tomaron parte en él; sólo se sabe que la intervención de la reina tuvo gran influencia. El Lord corregidor fué interrumpido en su sueño, se le prohibió en nombre del rey que diera á la Cámara de los Comunes la guardia que había pedido y se le dió orden de reprimir todo tumulto empleando para ello la fuerza. Se preparó la Torre para una enérgica resistencia; los caballeros y soldados que acostumbraban á estar en el castillo permanecieron sobre las armas, y se pidió el apoyo de los jóvenes estudiantes de los colegios de derecho, que siempre se habían distinguido por su gran lealtad.

En la mañana del 4 de enero se reunió la Cámara baja. Se tenía noticia de

los preparativos de la corte, de la presencia de hombres armados alrededor de Whitehall y de lo que pasaba en los colegios de derecho. También se advirtió á las autoridades de la ciudad el peligro que corría el Parlamento. Esto no impidió que se oyese uno tras otro á los cinco acusados y se determinase conferenciar con los Lores para buscar á los autores de la acusación, calificada de «escandaloso libelo.» A las doce se suspendió la sesión por una hora. En este intermedio el gran chambelán hizo saber secretamente á Pym y sus compañeros que el rey pensaba apoderarse de ellos. La sesión de la tarde acababa de abrirse y los cinco habían tomado apenas asiento cuando un capitán llamado Langres, probablemente enviado por el embajador francés, hizo llamar á uno de sus amigos de la Cámara y le comunicó la noticia de que el rey se dirigía hacia allí. En seguida la noticia fué comunicada al presidente Guillermo Leuthall, que la puso en conocimiento de la Cámara, resolviéndose que los cinco acusados se alejasen. Strode, que quería aguardar á pie firme los sucesos, fué obligado por la fuerza á seguir á los demás, entrando en una barca que les condujo río abajo hacia la City.

Era ya tiempo, pues el rey con unos doscientos hombres armados se hallaba en el gran patio de Westminster. Los mercaderes al por menor que vendían allí sus mercancías cerraron apresuradamente sus tiendas, asustados por la invasión de los soldados. Por mandato del rey, la mayor parte de su acompañamiento quedó fuera, y sólo unos pocos subieron con él la escalera que conducía á la capilla de San Esteban, punto donde verificaban sus sesiones los Comunes. Entró en la Cámara, acompañado sólo de su sobrino el príncipe heredero del Palatinado, y como las puertas permanecieron abiertas, se veían los que estaban fuera armados de espadas y pistolas. Saludando ligeramente atravesó el rey por en medio de la reunión, que se había levantado con la cabeza descubierta, miró de paso el sitio que debía ocupar Pym, y dirigiéndose al presidente dijo: «Señor presidente, debo rogaros que me cedáis vuestro sitio por corto tiempo.» Sin sentarse habló á la asamblea desde el estrado, y después de una larga pausa, en los siguientes términos: «Señores, deploro el motivo por el cual he venido; ayer envié un heraldo por una causa muy grave para reducir á prisión á algunos diputados que habían sido acusados de alta traición por mi mandato. Esperaba que obedeceríais mi orden y no que me mandaseis un mensaje. Y debo declararos ahora que, á pesar de que ningún rey inglés ha tenido mayor cuidado del que yo tengo en que se respeten vuestros privilegios, en caso de alta traición no hay privilegio alguno, y por lo tanto he venido para ver si hay aquí alguno de los acusados.» Durante un momento permaneció silencioso mirando á su alrededor. «No veo á ninguno y pienso, sin embargo, que deberíais conocerlos. Debo deciros, señores, que mientras estas personas acusadas, no de una ligera infracción, sino del crimen de alta traición, se hallen entre vosotros, no puedo esperar que esta Cámara siga el buen camino, como yo deseo de corazón. Por lo tanto, he venido para manifestaros que yo me apoderaré de ellos hállese

donde se hallen.» Entonces preguntó: «¿Está aquí Mr. Pym?» Nadie respondió. A la pregunta respecto de Holles siguió el mismo silencio. Entonces exigió contestación del presidente. «Con permiso de V. M., dijo Leuthall arrodillándose,



Lady Lucía Persy, condesa de Carlisle

De un grabado de Lombart, copia de un cuadro de Van-Dyck



ocupando este sitio no tengo ojos para ver ni lengua para hablar sin mandato de la Cámara cuyo servidor soy, y pido humildemente perdón á V. M. por no poderle contestar de otro modo. — Bueno, replicó Carlos, pienso que mi vista no es peor que la de cualquier otro.» Encontrándose en una situación embarazosa,

exclamó: «Veo que mis pájaros han volado; espero que me los enviéis cuando vuelvan.» Lo que añadió después consistió en asegurar «que no había pensado nunca en un acto de fuerza, sino en un procedimiento de derecho,» y en la amenaza de que si se negaban á entregar los cinco acusados, «sabría encontrarlos él mismo,» abandonando entonces el salón con cara sombría. De las filas de los reunidos salió la palabra «privilegios, privilegios.» Con inútil impaciencia habían esperado sus partidarios la señal para la invasión, y mientras se alejaba con ellos suspendía la Cámara la sesión hasta el día siguiente en medio de la mayor excitación.

También había salido fallida esta tentativa del rey, pero no le detuvo esto para proseguir en el camino emprendido. La misma noche se publicó una proclama real en la que se decía que, en el caso de que los cinco acusados intentasen huir, se establecería el bloqueo de las costas. Al día siguiente el rey en persona se dirigió á la City para exigir la entrega de los acusados. Allí, bajo la protección de la fiel burguesía, en una casa de la calle Coleman encontraron éstos un asilo seguro. Durante toda la noche cruzaron patrullas por las calles, las puertas permanecieron cerradas y pavorosos rumores se esparcieron por el espacio. Cuando el rey atravesó sin escolta á Temple-Bar, tuvo que oír de la multitud que estaba á uno y otro lado el odioso grito de «Privilegios del Parlamento,» y una tablilla con el lema «A tus tiendas, Israel» fué arrojada dentro de su coche. Al discurso que dirigió en Guildhall á las autoridades de la ciudad siguióse una gritería confusa. «Dios salve al rey,» se oía por un lado; «Privilegios del Parlamento,» por el otro. Entabláronse después verdaderas discusiones en las que intervino el rey. «Debe distinguirse, decía, entre el Parlamento y los culpables de alta traición que en él tienen asiento. Estoy pronto á observar los privilegios, pero no puedo creer que éstos protejan á los culpables de alta traición contra el castigo merecido.» Pero nada consiguió con estas explicaciones, y después que hubo comido en casa de uno de los jefes regresó á su palacio acompañado de los anteriores gritos. El mismo día mandó publicar una proclama en la cual mandaba á todos sus súbditos que se apoderasen de los cinco acusados donde los encontrasen.

La Cámara de los Comunes declaró entretanto, á pesar de la viva oposición del partido del rey, que lo que había sucedido era una infracción de sus privilegios; suspendió sus sesiones hasta el día 11, porque veía su seguridad amenazada, y eligió una comisión que debía celebrar las suyas en la City, haciéndose así aún más estrecha la alianza entre el Parlamento y la burguesía, y tomando parte los cinco miembros en las sesiones de la comisión. No parecía, sin embargo, que hubiese desaparecido todo peligro, pues se habló de una conspiración de Digby y de Lunsford, se cerraron varias veces los almacenes, la milicia ciudadana se puso sobre las armas y al Lord-corregidor le costó trabajo el vencer el pánico.

Cada día recibía el rey una nueva humillación. Enviados del municipio ves-

tidos con el traje de ceremonia se presentaban en Whitehall y le reprendían por sus últimos actos, aunque con toda cortesía. La comisión parlamentaria declaraba que su última proclama era un papelucho «escandaloso é ilegal.» El mando de la fuerza armada de la City fué entregado sin pedirle su consentimiento al popular y celoso puritano Skippon, que había servido en el continente empezando por soldado raso, y al ser escogido para aquel cargo tenía el título de mayor general, y al mismo tiempo se formó una guardia destinada á proteger el Parlamento cuando renovase sus sesiones en Westminster. Y no se contentaron con esto, sino que los arrabales de la poderosa ciudad quisieron tomar parte en el triunfo del Parlamento; de todas partes acudieron sinnúmero de forasteros y se mandó á la ciudad un escrito en obsequio de Pym, cubierto con millares de firmas. Del condado Buckingham llegó una considerable tropa de colonos á caballo que acudían para proteger á su célebre paisano John Hampden. El domingo, 9 de enero, eligieron los pastores como tema de su sermón el salmo 122: «Nuestros pies permanecerán ante tus puertas, Jerusalén. Jerusalén está edificada de tal modo, que es una ciudad á la que se debe ir juntos... Desead felicidades á Jerusalén. Irán bien los que te amen. Debe haber paz dentro de tus muros y felicidad en tus palacios.»

Al rey y la reina les pareció esto una ironía, pues no podían dejar de ver que la ciudad entera se había declarado contra ellos. Cuando Carlos I oyó que los marineros de los botes del Támesis habían ofrecido sus servicios al Parlamento, exclamó irritado: «Hasta estas ratas de agua me abandonan.» No quiso presenciar el triunfo de Pym y Hampden; así fué que el 10 de enero se marchó con los suyos á Hampton-Court, trasladándose después á Windsor. No volvió á ver el castillo de Whitehall hasta pasados muchos años y cuando la espada de la ley amenazaba su cabeza.

El día 11 de enero ofrecía el Támesis, plenamente iluminado por un sol de invierno, un espectáculo admirable. A ambos lados del río desde el puente de Londres á las escaleras de Westminster se extendía la milicia ciudadana con sus banderas é insignias y llevando prendida á sus sombreros y mosquetes la proclama del Parlamento en favor de sus libertades y de la religión protestante. La corriente misma se hallaba cubierta por dos líneas de barcos en parte ocupados por cañones, y junto á ellos estaban los artilleros con mechas encendidas. Por en medio de este cordón y navegando río arriba llevaba una barca muy adornada á los cinco miembros de la Cámara de los Comunes hacia Westminster, yendo acompañados de salvas y gritos de alegría. Cuando ocuparon de nuevo su sitio, levantóse el presidente junto con toda la asamblea, y John Pym en nombre de sus compañeros dió las más expresivas gracias á los ciudadanos de Londres por su hospitalidad; después fueron introducidos los jerifes, los capitanes de buques y el mayor general Skippon, á los cuales dió las gracias el presidente. Entonces se aceptó una petición de la gente del condado de Buckingham en la que se hablaba de un modo violento contra la permanencia de «los Lores

papistas y de los obispos» en el Parlamento, y se ordenó que una guardia de las milicias de la ciudad prestase servicio cada día en Westminster.

El golpe de Estado del rey había fracasado por completo: en lugar de embarazarse de los jefes de la oposición, éstos se le habían escapado y los vencedores dirigían golpe tras golpe contra su autoridad. Es verdad que en apariencia la dejaban intacta, asegurando que al mismo tiempo que por los privilegios del Parlamento combatían por su honor, y se le dirigían con la misma respetuosa deferencia que en lo pasado; pero la fórmula que se usaba algunas veces, «la voluntad del rey expresada por ambas Cámaras,» daba á comprender claramente que se estaba completamente decidido á obrar sin su aprobación en caso necesario. Tuvo que consentir en todo lo que pusieron por obra los jefes de los Comunes, convencidos de su dominación y apoyados en las muchas peticiones de las ciudades y del campo. El procurador general tuvo que disculparse de haber presentado una acusación contra miembros del Parlamento, y se publicó una declaración contra todos los que por vía de consejo ó de obra intervinieron en el atentado del 4 de enero, considerándolos como enemigos del Estado en tanto que no se presentasen. «Los papistas y los malos consejeros» se veían amenazados de nuevo con los más violentos ataques. Lord Digby tenía tantos motivos para temer, que sólo vió su salvación en la fuga al continente; el coronel Lunsford, que con sus soldados amenazaba á Kingston, fué hecho prisionero; las plazas fuertes de Hull y Portsmouth, por orden del Parlamento, fueron puestas á cubierto de un golpe de mano que se temía por parte del rey, y se dispuso que el reino entero se pusiese en estado de defensa en vista de que se hallaban amenazadas sus instituciones y la religión protestante.

Los Lores ofrecían sólo una débil resistencia á las exigencias de la Cámara de los Comunes; sin embargo, ya se decía en voz alta que vendría época en que se les consideraría como superfluos. La revolución continuaba su camino á pasos agigantados, y en una conferencia con la Cámara alta, dijo John Pym: «La Cámara de los Comunes se alegraría de poder contar con vuestro apoyo y ayuda para la salvación del reino; pero aunque les faltasen, no por esto desfallecería en el cumplimiento de su deber, y perezca el reino ó se salve — aunque yo espero que con la ayuda de Dios se salvará, — cuando se cuente la historia de este Parlamento á las generaciones futuras, sentirán que en tal peligro la Cámara de los Comunes se viese obligada á salvar el reino por sí sola.» Ante una declaración tan enérgica cedieron también los Lores en la importante cuestión de la expulsión perpetua de los obispos. Después que hombres de todas clases y posiciones hubieron expuesto al Parlamento en forma más ó menos violenta este deseo, tocó el turno á las damas, mujeres de los comerciantes y otros muchos individuos del sexo femenino de la ciudad ó de sus arrabales, de presentarse con peticiones, á pesar de las burlas de los caballeros. Se excusaban con el ejemplo de la «mujer de Thecua,» que no se había avergonzado de presentarse con una petición ante David, y expresaron el deseo de que Carlos I siguiese el

ejemplo del «bueno y piadoso rey Asá, que no toleró la idolatría ni de su propia madre.» «Tememos, decía una parte de esta característica petición, que si no se desbaratan los planes de la facción sedienta de sangre de los papistas y prelados, nos veremos obligadas, así en Inglaterra como en Irlanda, á sufrir una tiranía peor que la anterior, pues tendremos que soportar la ira, no de hombres, sino de diablos convertidos en hombres; y deberemos callar ante la esclavitud de nuestras creencias, que nos son más caras que todo.» Al día siguiente de haber sido presentada esta petición y recibida por Pym con corteses palabras de agradecimiento, aprobaron los Lores el bill que arrebataba á los obispos su sitio en la Cámara alta (5 de febrero).

Sin duda que influyó menos en la resolución de los Pares la presión exterior que las inteligencias secretas que tenían con la corte. En los primeros tiempos en que Carlos I abandonó la capital, confiaba mejorar su situación apoderándose de alguna plaza fuerte de las cercanías de Londres; y la reina, que estaba siempre por las medidas enérgicas, no había ocultado que su fuga de la capital había sido con tal objeto, al que tendían los movimientos de Lundsford y otros caballeros. Pero cuando las enérgicas medidas del Parlamento estorbaron estos planes, se determinó en Wíndsor obrar de otra manera, llevando á cabo la reina su proyecto de abandonar por algún tiempo á Inglaterra para obtener en el continente ayuda en favor de la amenazada monarquía. Para este fin quiso llevarse consigo parte de las joyas de la Corona, y venderlas ó empeñarlas para poder comprar con su producto gran número de armas y municiones. No fué difícil encontrar un pretexto para su viaje. La princesa María, muy niña aún, estaba comprometida con el príncipe de Orange, y no podía tomarse á mal en la madre que quisiese acompañar personalmente á su hija á su futura patria, aunque se tuviesen motivos para temer que la casa de Orange se convirtiera en protectora de la monarquía inglesa. El rey pensaba ir mientras tanto hacia el Norte, huyendo de la influencia directa del Parlamento, y reunir á su alrededor á sus parciales para entablar una lucha decisiva; pero la feliz realización de estos planes era imposible, si no se mantenía exteriormente por algún tiempo el acuerdo con el Parlamento. El rey se guardó, pues, de ofenderlo por una oposición brusca, y, por el contrario, levantó la persecución jurídica contra los miembros acusados, declarando que quería abandonar completamente el asunto. Consintió en que el comandante de la Torre fuese substituído por otro; aprobó un bill para el reclutamiento de soldados para la campaña de Irlanda, y firmó aquellos decretos que prohibían á todas las personas del estado eclesiástico el mezclarse en la justicia y la autoridad seglar y quitaban á los obispos voz y voto en la Cámara alta.

Aun esto no le pareció bastante para tranquilizar á los puritanos. Declaróse pronto á confiar á la sabiduría del Parlamento la resolución de la gran cuestión del cambio en la constitución de la Iglesia y en el ritual, y le suplicó que cuanto antes le presentase un proyecto completo. Prometió hacer cumplir con seve-

ridad y eficacia todas las leyes contra los católicos disidentes, desterrar algunos curas condenados por los tribunales y no permitir en adelante la presencia de sacerdotes católicos en la corte. Al parecer quería aventajar en celo para las reformas y en intolerancia extremada á los más radicales é intolerantes puritanos. El Parlamento no sabía cómo expresar su alegría por este mensaje.

Una semana después, el 23 de febrero, despidióse el rey en Dover de su esposa, que se embarcó con su hija. En su acompañamiento iba su sobrino, el príncipe Ruperto del Palatinado, cuyo ardiente deseo de desenvainar la espada contra el Parlamento tardó todavía algún tiempo en realizarse. Carlos I por su parte se dirigió con sus hijos, el príncipe de Gales y el duque de York, á Greenwich, tomando desde allí el camino del Norte. Cuanto más se alejaba de Londres, tanto más atrevido era su lenguaje respecto del Parlamento y tanto más enérgica fué su resistencia á la gran cuestión que ya hacía semanas se discutía: la cuestión de la milicia. El que no quisiera cerrar los ojos á la luz, debía convencerse de que era inevitable la lucha con las armas. El rompimiento entre el Parlamento y el rey se había verificado ya, aunque durante varios meses se trató de recomponer las diferencias; había empezado ya la guerra civil, aunque no se había disparado ningún cañonazo.

ALFREDO STERN.



Oliverio Cromwell, de un busto en mármol atribuido á Bernini

OLIVERIO CROMWELL

SU VIDA Y SU CARÁCTER

POR ARTURO PATERSON

CAPITULO PRIMERO

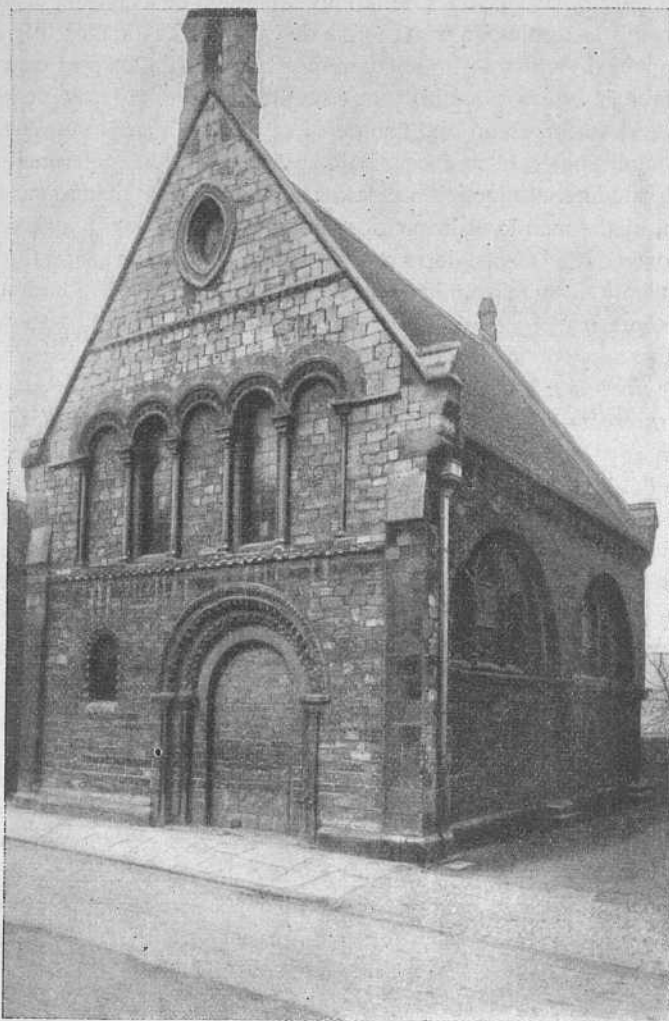
Ha sido inveterada costumbre de los biógrafos introducir á sus héroes en escena por una serie de anécdotas de su primera juventud, cuidadosamente elegidas, y que, auténticas ó no, contienen todas algún presagio notable de su futura grandeza. Buen ejemplo de ello es Cromwell, que por este concepto pudo quejarse con más motivo que muchos de los demás hombres notables, pues no solamente no son verdaderas ni favorables las historias que de él se refieren y que han sido transmitidas religiosamente hasta nosotros de generación en generación, sino que ni siquiera tienen la gracia de ser características. Y la explicación de esto es bien obvia: de todos los hombres públicos que inspiraron odio rencoroso entre las altas clases de la sociedad, Cromwell fué aquel á quien menos comprendieron sus amigos. Para el bien y para el mal, y sobre todo para este último,» sus hechos no han sido interpretados con acierto, ni aun por historiadores de reconocida imparcialidad. Era hombre incomprensible para sus contemporáneos; sus sucesores le calumniaron desapiadadamente, y á todos infundió recelo.

En tales circunstancias, toda tradición relativa á su juventud, á menos de estar apoyada por una evidencia incontestable, no puede aceptarse sino á beneficio de inventario, y como no hay recuerdos bastante fidedignos para probar la verdad de las historias que han circulado acerca del «cervecero de Huntingdon,» y atendido á que todas son por demás triviales cuando no evidentemente absurdas, no mancharemos la memoria de un gran hombre, ni cansaremos tampoco á nuestros lectores repitiéndolas (1).

Mejor es, á nuestro modo de ver, buscar en la infancia de Oliverio á la luz de los posteriores acontecimientos, y tomando los pocos hechos de que estamos seguros respecto á su hogar y su familia, imaginar cuál fué su juventud. Cromwell nació en Huntingdon el 25 de abril de 1599; su familia, entre cuyos antepasados se contaba el célebre ministro de Enrique VIII, el «martillo de los monjes,» era originaria del país de Gales, pero se hallaba establecida en el condado de Huntingdon desde la gran secularización de los conventos, y si bien los Cromwells no supieron adquirir una posición tan brillante como otros advenedizos de la época de los Tudores, eran muy considerados entre la nobleza campesina de los alrededores y tenían una posición regular. Roberto Cromwell, padre de Oliverio, se casó con Isabel Estuardo, cuyo árbol genealógico se enlazaba con el de la familia real de Escocia, y guiado por los consejos de su mujer aumentó considerablemente sus bienes de fortuna. Según era costumbre en aquellos tiempos, fabricaba él mismo la cerveza necesaria para los usos domésticos y para los criados, y esto fué bastante para que en las sátiras realistas se dijera que el Protector «Cabezudo de nariz roja» era «hijo de un cervecero.» El joven Oliverio fué criado, lo mismo que sus muchos hermanos, con severidad puritana. Debió ser un muchacho robusto, de una fuerza física superior á la ordinaria, y aficionada á servirse de ella; pero de carácter pacífico, bondadoso con los pequeños y los débiles, tolerante para todos, aunque suspicaz algunas veces, cuando se le provocaba á dejarse llevar de la cólera, que sus compañeros consideraban sin duda injusta. Era un muchacho de gran energía, capaz de aprender bien y pronto cuando se empeñaba en ello; pero probablemente no se podía

(1) Sólo en los escritos é investigaciones históricas del siglo XIX se hace justicia á Oliverio Cromwell. Hace pocos siglos que la idea general era que Cromwell no había sido más que un hipócrita y un tirano, dotado de algunas cualidades para el mando. Todo lo que sus enemigos habían dicho de él se aceptaba como cosa digna de crédito; torys y whigs se apartaban de su figura con desprecio ó miedo. A Tomás Carlyle se debe en gran parte la destrucción de estas antiguas preocupaciones: su obra en varios tomos *Oliver Cromwells, Letters and Speeches with elucidations*, publicada primero en 1845, pero de la que se han hecho posteriormente otras ediciones, si bien no está libre de cierto apasionamiento por el héroe y hace una impresión rara por el modo de exponer del autor y por la libertad poética que se toma de mezclar las declaraciones de su héroe con sus propios juicios, da á conocer por completo la importancia del general puritano y del hombre de Estado por medio de sus cartas y de sus discursos. Una colección de estos documentos, que David Hume profetizó sería «uno de los libros más insensatos del mundo,» ha sido, por el contrario, el más importante monumento levantado á la memoria del hombre por tanto tiempo desconocido. — (N. del T.)

confiar siempre en su aplicación al trabajo. Muy descuidado en su manera de vestir, tenía formas pesadas, facciones vulgares y ojos sin expresión. En rigor era



Escuela pública. Hospital de San Juan, fundado por el conde Huntlden
Aquí se educó Cromwell, bajo la dirección del Dr. Beard

un problema para el maestro de la escuela á que asistía, el reverendo doctor Beard, de Huntingdon.

Oliverio tuvo la ventaja de que su madre fuera una mujer excelente; nadie que sepa apreciar la importancia que esto tiene y que haya visto el magnífico retrato de la señora Cromwell, ahora en posesión de la señora Steward de

Leamington, tendrá dificultad en creer en la firmeza de principios de Cromwell y en la pureza de su vida privada.

En ese retrato, las facciones de la mujer, aunque de avanzada edad, revelan marcadamente la resolución y la energía de carácter, cualidades que heredó el hijo, en quien, sin embargo, no encontramos la viveza de los ojos de la anciana, que atenuaba la dureza que á primera vista ofrecía su mirada. La señora Cromwell era digna madre de un hijo que debía sostener la más pesada carga que recayó en ningún inglés de su época. Bajo la influencia de aquella mujer, á quien amaba tiernamente, el muchacho creció y se desarrolló; y cuando sus hermanas se casaron, abandonando el hogar doméstico, la anciana señora permaneció al lado del joven hasta la fecha de su muerte, acaecida en 16 de noviembre de 1654. Al día siguiente de su fallecimiento, el secretario de Cromwell, Thurloe, escribía:

«La señora madre de mi jefe murió anoche á la edad de noventa y cuatro años, y poco antes de expirar dió la bendición á su hijo con estas palabras: *Que el Señor te ilumine y te permita hacer grandes cosas para su mayor gloria y en beneficio de su pueblo. Querido hijo mío, mi corazón está contigo. ¡Adiós!*»

Hermosas palabras, dignas de ser meditadas si quisiéramos conocer el carácter íntimo del hijo. Su madre no era una mujer débil; su esposo, Roberto Cromwell, murió cuando el futuro Protector contaba sólo diez y ocho años, dejando una familia de ocho hijos, con un patrimonio de 300 libras en aquel tiempo, equivalentes hoy á 900, consistente sobre todo en tierras y que debió exigir una cuidadosa administración. No hay pruebas evidentes respecto á la manera como vivió la familia hasta que Oliverio, llegado á la edad de veintiún años, se casó y condujo á su esposa á Huntingdon; pero se sabe positivamente que todas sus hermanas se casaron bien, cosa sumamente difícil de conseguir en aquellos días, á menos de que las jóvenes tuvieran buen dote. También es indudable que siendo Isabel Bouchier, la joven esposa de Oliverio, hija de un magistrado, no habría obtenido de ningún modo la venia de su padre para unirse con un hombre que hubiera gastado su patrimonio en una vida de libertinaje y desenfreno.

Sin embargo, los antiguos biógrafos se permiten hacer insinuaciones malignas sobre este punto, y hasta algunos descienden á detalles repugnantes, que ni siquiera debemos recordar. Cuanto más de cerca se examinan las circunstancias de la juventud de Cromwell, más evidentemente absurdos resultan ser los cuentos sobre sus vicios y calaveradas. Se educó en una casa donde las costumbres eran morales y sanas, y bajo la dirección de una madre de carácter severo, pero afectuosa. A los diez y seis años ingresó en el colegio de Sussex, en Cambridge; pero al fallecer al cabo de poco tiempo, su padre hubo de volver á su casa por exigirlo así la conveniencia de su madre viuda y de sus hermanas, pues era el único varón de la familia. Semejantes crisis ponen á prueba las personas de carácter enérgico á la vez que afectuoso; y la suposición de que Cromwell se emancipó de la potestad materna para entregarse á la disipación, no tiene nada de probable. En el resto de su vida, nadie dijo la menor cosa contra su moralidad;



Casa solariega de la familia de Cromwell. Ahora residencia de los condes de Sandwich



Casa en donde nació Oliverio Cromwell el 25 de abril de 1599
Reedificada en parte y convertida actualmente en convento de los Agustinos de Huntingdon

y además, si no hubiera observado buena conducta, su madre se habría visto reducida á la pobreza, cosa que no sucedió á sus hermanas, como hemos dicho, que no habrían podido casarse nunca. Sin embargo, lo más significativo de todo es el hecho de haber contraído Cromwell matrimonio á los veintidós años, ingresando en una familia puritana que les conocía bien á él y á los suyos. Esto basta para refutar cuanto se diga en contrario, si hay alguien seriamente dispuesto á decirlo.

Por su posición social, Cromwell, como es bien sabido — aunque cuesta mucho desterrar una falsa tradición — pertenecía á lo que vulgarmente llamamos «la clase media superior,» si bien no le avergonzaba dedicarse á los trabajos de la agricultura en su propia tierra, ir al mercado para hacer sus compras, y hasta permitir cierto grado de intimidad á sus labradores, lo cual se le censuró desdeñosamente. Sin embargo, su padre era hijo menor de una antigua casa, y su escudo de armas, tan bueno como el de la más orgullosa familia de la actualidad. En Hinchinbrock, la antigua y majestuosa mansión, perteneciente hoy al conde de Sandwich, habitaba el tío y tocayo del futuro Protector, Sir Oliverio Cromwell, que vivía en la opulencia y era Caballero del Escudo; mientras que Roberto, el padre del joven Oliverio, parece haber sido un buen tipo del hidalgo puritano de la época. Era hombre de buen criterio, bastante instruído y de claro talento, pero sin ambición; muy metódico en sus costumbres, distinguíase por su carácter reservado y su altivez, pero mostrábase siempre digno.

Conocemos la fecha del matrimonio de Cromwell por haber leído en el registro de la iglesia de San Gil, en Cripple Gate, el asiento correspondiente al día 22 de agosto de 1620.

«Oliverio Cromwell casó con Isabel Bourchier el 22.» Acababa de cumplir precisamente la edad necesaria para casarse, pues había nacido el 25 de abril de 1599.

Los dos consortes eran muy jóvenes y tuvieron muchos hijos; y lo mismo en la riqueza que en la escasez, siempre fueron fieles uno para otro hasta la hora de su muerte.

Sin embargo, nos parece muy dudoso que la hija del magistrado fuese propia, por su carácter ó por sus ideas, para ser digna compañera de Cromwell y prestarle el apoyo y consuelo que, á pesar de su energía, tanto necesitaba como hombre afectuoso é impresionable. Indudablemente, la señora Cromwell era una mujer astuta, de ojos extremadamente vivos y espíritu suficiente para hacer observaciones á su esposo cuando éste no llenaba sus deberes á satisfacción suya; pero en punto á simpatía y á desinteresado afecto, su influencia parece haber sido limitada. Esto influyó tanto en el carácter de Cromwell, que bien vale la pena de reproducir una carta, típica entre otras, de las que se han encontrado y que su esposa le escribió en diciembre de 1650. La campaña de Escocia tocaba á su término; se había librado la batalla de Dunbar tres meses antes; el castillo de Edimburgo se había rendido una semana después, y en In-

glaterra circulaban por todas partes los relatos de las victorias del Lord general. Sin embargo, Cromwell estaba oprimido bajo el peso de sus inquietudes y se sentía enfermo. Carlos II tenía aún su corte en Stirling; la parte de Escocia que se extendía al Norte del Firth aún no estaba conquistada; los gastos para proveer al ejército inglés de todo lo necesario eran enormes y el dinero escasea-



Roberto Cromwell, padre de Oliverio Cromwell

De un cuadro de Roberto Walker, que se conserva en la colección del duque de Sandwich

ba mucho en todas partes. Lo peor de todo era que comenzaba á molestar mucho á Cromwell una calentura intermitente que más tarde estuvo á punto de costarle la vida. Ya en el mes de septiembre escribía á su esposa, diciéndole que «los achaques de la edad le agobiaban.» La señora Cromwell debió saber, por lo tanto, que la vida de su esposo distaba mucho de ser agradable y que la obra que había de llevar á cabo se prolongaba de día en día. Teniendo esto en cuenta, la carta suya que transcribimos quiere decir mucho (1).

(1) Carlyle, parte VI, pág. 247

«Cockpit, Londres, 27 de diciembre de 1650.

»Querido esposo: Me extraña que me censure por no escribirte más á menudo, siendo así que por cada tres cartas más recibo una tuya, lo cual me hace pensar que se han extraviado. Conozco muy bien mi corazón, y sé que me olvidaría de mí propia antes que dejar de consagrarte mi pensamiento, pues debo hacerlo así para corresponderte; pero cuando te escribo, amigo mío, rara vez recibo una contestación satisfactoria, lo cual me hace creer que mi carta no merece el aprecio que debiera.

»Me alegra saber que deseas verme; pero me someto á lo que la Providencia dispone, esperando que el Señor que nos separó y volvió á reunirnos varias veces, lo hará de nuevo cuando lo juzgue oportuno para que ensalcemos su nombre. Mi vida sólo es ciertamente media vida estando tú ausente.

»Quisiera que pensases en escribir algunas veces á tu buen amigo el Jefe de Justicia, á quien con frecuencia te he recordado; y á decir verdad, si te ocuparas un poco de lo que te recomiendo, escribirías algunas veces al Presidente y al *Speaker* (orador). No puedes imaginarte cuánto te perjudicas por no enviar una carta, aunque fuera sólo de cuando en cuando. Piensa en esto, y en tu fiel y afectuosa

»ISABEL CROMWELL.»

Esta es una buena carta á pesar de sus faltas gramaticales; pero debemos recordar que la mujer de aquella época, con muy raras excepciones, delectaba y escribía abominablemente el inglés. La misiva es digna de estudio para los que quieren comprender la conducta de Cromwell en su vida privada. Ciertamente se revela afecto en ese escrito; pero no se encuentra el menor indicio de ternura, ni nada de esa simpatía que el marido debía esperar.

Cromwell, como se ha dicho, estaba ocupado sin cesar en el cumplimiento de enojosos deberes y en el más duro trabajo, pues las dificultades y peligros, así políticos como militares, exigían su atención diariamente. Sin embargo, su esposa no piensa al parecer en ello, puesto que escribe la insolente observación: «Rara vez recibo una contestación satisfactoria, lo cual me hace creer que mi carta no merece el aprecio que debiera.» Esto es propio de una mujer de espíritu mezquino, buena, sincera é inteligente sin duda, pero poco cariñosa y de carácter frío. Para reconocer la diferencia entre su carácter y el de Cromwell basta leer una carta de éste, fechada el 3 de mayo, una de las dos que escribió en el intervalo de un mes.

«*A mi querida esposa Isabel Cromwell, en Cockpit.*

»Edimburgo, 3 mayo de 1651.

»Querida esposa: No he podido dejar pasar en blanco este correo, aunque poco tengo que decirte; pero me complace escribir á mi amada, á la mujer á

quien tengo en el corazón. Me alegra saber que el Señor te prodiga sus favores cada vez más, y lo mejor que puedes desear es que te ilumine, porque esto vale más que la vida. Dios te bendiga por todos tus buenos consejos, y por el sano ejemplo que das á los que te rodean, y escuche todas tus oraciones y las atienda siempre.

»Me satisfaze saber que nuestros hijos están contigo, y espero que sigas



Isabel Steward, madre de Oliverio Cromwell

De un cuadro de Roberto Valker, que se conserva en la colección del duque de Sandwich

guiándolos por el buen camino. Cariñosos afectos á mi madre y á toda la familia, y tú ruega por tu esposo

»OLIVERIO CROMWELL.»

El hombre que escribió esto encerraba en su corazón un tesoro de ternura y debió sufrir mucho al ver que no era correspondido.

Respecto á la vida de Cromwell en el primer tiempo de su matrimonio, nada sabemos en detalle; pero hay pruebas auténticas de que á los pocos años se vol-



vió hipocondríaco, y comenzó á sufrir accesos de profunda melancolía, que se reprodujeron varias veces durante su vida. Es muy posible que esto, así como la dureza é irascibilidad que se manifestó en su carácter en los últimos años, se debiera á la influencia de una sensación de aislamiento sobre un temperamento en alto grado impresionable. Y no fué meramente causa de ello la soledad de un hombre de genio, cuya compañera de toda la vida tenía un alma vulgar, sino la desgracia de aquel que en vano buscaba la simpatía, la penetración y la ternura que solamente se encuentran en ciertas mujeres. A pesar de la confianza que Cromwell tenía en sí propio en las grandes crisis de los asuntos públicos, ó en las batallas, era muchas veces el hombre en quien más poderosamente influían aquellos á quienes amaba y en quienes tenía confianza. Si le hubiese tocado en suerte una compañera de tan elevadas ideas como las suyas, una mujer que hubiera penetrado todos sus pensamientos, interesándose en todas sus dudas y apuros, siempre dispuesta á simpatizar con él, á consolarle en sus horas de tristeza, á regocijarse por sus triunfos, y al mismo tiempo á combatir con la energía de una mujer de buen criterio la extravagancia de sus perturbaciones, es muy probable que habría sido un hombre más grande y mejor de lo que fué, y que «Drogheda» y «Wexford» no habrían llegado á tener la temible significación que les relaciona con su nombre.

Cromwell trató siempre á sus hijos con la mayor ternura. Tuvo nueve: el mayor, Roberto, nacido en 1621, murió á los diez y ocho años de edad; el siguiente, Oliverio, que vió la luz un año después, llegó á ser capitán, pero falleció á consecuencia de la viruela, según se cree, antes de terminarse la guerra; Brígida, que fué más tarde esposa de Ireton, nació en 1624, y parece que era mujer de talento, aunque no de carácter bondadoso; asemejándose á su madre por este concepto, y á su padre por su inteligencia. Ricardo, el futuro Protector, tenía dos años menos que Brígida, y á juzgar por los datos que se tienen sobre su carácter y disposiciones, se diferenciaba mucho de su padre: Carlyle le tacha de «trivial y perezoso.» Cromwell le reprendía á menudo por su falta de actividad y por lo informal, y nunca le confió ningún cargo de importancia. Sin embargo, quería mucho al muchacho, sin duda por su carácter cariñoso á la par que enérgico; no era enemigo de nadie más que de sí propio, y á todos agradaba, excepto á los más severos puritanos. Ricardo vivió hasta los ochenta y seis años de edad. Enrique, el cuarto varón, nacido en enero de 1627 ó 1628, fué un Cromwell por algo más que por el nombre. Ingresó en el ejército á los quince años, y en 1657, dos antes de la muerte de su padre, fué elegido diputado por Irlanda. También vivió mucho tiempo después de haber recobrado el rey su corona; y con el resto de su familia sufrió muy poco al parecer, á pesar de ser el hijo de un regicida, hecho que debe recordarse haciendo justicia al buen nombre de Carlos II.

La flor de la familia, sin embargo, fué Isabel: no contaba más que trece años cuando se hizo ondear en Nottingham el estandarte real, en 1642; y cuan-

do se estableció el Protectorado, en 1654, hallábase á la flor de su edad. Su esposo, Juan Claypole, de Norborough, era hombre inofensivo, de carácter bondadoso, pero en nada se distinguía por su individualidad, ó por lo menos, no hay dato alguno que indique lo contrario. Casó con Isabel cuando ésta contaba tan sólo diez y seis años, y vivió en compañía de Cromwell en Whitehall después de haber sido éste nombrado Protector. En aquel género de vida, propio de una corte aunque no fuese tal, Isabel Claypole reinó como soberana joven, pero reconocida, y debió tener mucho de las buenas disposiciones y tolerancia de su padre, juntamente con algo de la viveza de carácter de su hermana Brígida.

En la casa del Protector la posición de las mujeres debió ser particularmente enojosa; mas, á pesar de algunos comentarios desfavorables, parece que se portaron perfectamente, gracias, sobre todo, á la conducta de Isabel, en cuyo carácter encontró Cromwell la espontánea simpatía que tanto necesitaba. Los informes que han llegado hasta nosotros respecto al profundo cariño y á la buena inteligencia que mediaron entre el padre y la hija, serán asunto de otro capítulo; pero entre las diversas pruebas que demuestran la incapacidad de la señora Cromwell para apreciar á su esposo, la más concluyente es el hecho de que á Isabel fué, y no á su mujer, á quien pidió consuelo y cariño cuando comenzaba á perder la salud y las fuerzas.



Oliverio Cromwell á la edad de dos años, de un cuadro original de la colección de Mrs. Frankland-Russell-Astley.

Después de Isabel nació un niño, Jaime, que sólo vivió algunos días; y cinco años después, María, en febrero de 1636 ó 1637; no tenía más que veintiuno al morir su padre, y dos años antes se había casado con lord Faucomburg, que dejó muchos descendientes. La última que nació, Francisca, tuvo por esposo á mister Rich, Lord Almirante, individuo del Parlamento é íntimo amigo de Cromwell. Existen algunas cartas muy curiosas respecto á este enlace, que Cromwell desaprobaba, alegando que el joven Rich tenía costumbres demasiado libres; pero sus hermanas se concertaron para probar que se había calumniado al pretendiente: así pudieron vencer la oposición del Protector y regocijarse en su triunfo. Lo esencial de esta historia es demostrar que aquel que había conquistado dos naciones valerosas y era el hombre más grande en otra, se quemó los dedos cuando quiso intervenir en los asuntos amorosos de una mujer.

Educar nueve hijos, de los cuales todos, excepto dos, llegaron á la mayoría de edad, y sostener una familia con recursos muy moderados, es cosa que difícil-

mente hubiera podido lograrse sin el auxilio de la madre de Cromwell; pero se logró, y ni aun los adversarios realistas del Protector hicieron la menor indicación respecto á que hubiese contraído deudas, como hubiera sucedido con un hombre de costumbres desarregladas, menos virtuoso que el Protector lo fué en su juventud.

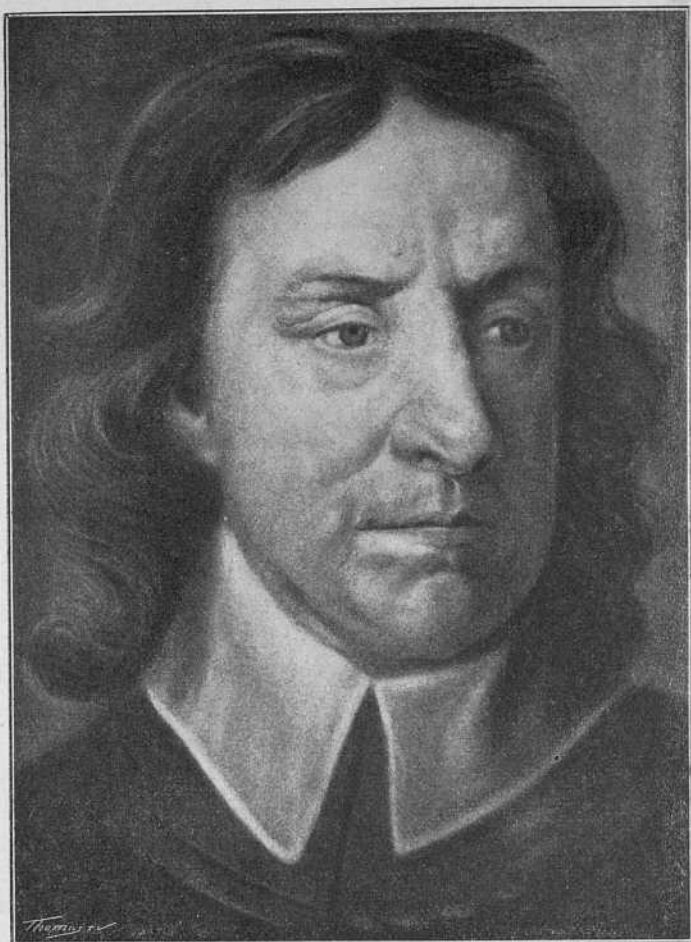
Los datos que tenemos acerca de Cromwell en aquella época nos le presentan como hombre á quien importaban poco las apariencias y que no se cuidaba tampoco de las opiniones de los demás. Hablaba poco, y dedicaba mucho tiempo, demasiado tal vez, cuando no trabajaba, á las meditaciones solitarias, y en particular al estudio de la Biblia. Cromwell leía este libro con la mayor fe y en la absoluta creencia de que sus enseñanzas y profecías eran aplicables á los asuntos públicos y á su vida privada, que ningún inglés moderno puede sin duda comprender por mucho que se empeñe en ello.

Para Cromwell, como para miles de sus contemporáneos, la Biblia era una guía segura en todos los pasos de su existencia; era la historia de las pruebas, de las creencias y de los pensamientos del pueblo más grande que el mundo ha conocido. Para un hombre como Cromwell, lanzado en las profundidades de la política del día y que se preparaba á tomar personalmente parte en sus luchas, las oraciones de los profetas hebreos y de los salmistas, sus gritos de angustia pidiendo auxilio á Dios en su desesperada situación, auxilio sin el cual no podrían vencer á sus enemigos y con el cual confiaban en recompensa de su sincera fe; todo esto, en opinión de Cromwell, tenía varios puntos de semejanza con su posición. A su manera de ver, el caso se repetía: Laud con sus comisiones eclesiásticas y leyes canónicas; las Cámaras; las condescendencias y empréstitos forzosos de Carlos; la corrupción en la corte y el despilfarro de los favoritos de la reina, eran motivos de una opresión ejercida sobre los buenos por los perversos, que Dios no tardaría en destruir y reducir á la nada.

Tal era, en pocas palabras, la creencia de los que se titulaban «puritanos,» y sus ideas sobre este punto explicaban su actitud. Los presbiterianos, los independientes, los anabaptistas y las demás sectas interpretaron cada cual á su manera los acontecimientos que ocurrieron después; y como es sabido, al fin se indispusieron unos con otros violentamente. Sin embargo, en los años en que Cromwell trabajaba con afán en Huntingdon y Saint Ives, entregándose diariamente á la oración con sus soldados, estudiando el mundo de Dios, estremeciéndose ante la perversidad de los hombres y adivinando, con una singular presciencia, las luchas que muy pronto debían empeñarse y continuar en los primeros treinta y cinco años del siglo xvii, los puritanos estaban todos de acuerdo entre sí y tenían un código de moral y un plan de vida que les era propio.

La vulgar suposición de que el «puritano» se conocía siempre por su aspecto sombrío y el corte particular de su traje es errónea, pues el individuo de una secta de aquella época era poco más ó menos lo que estamos acostumbrados á ver ahora; pero sus creencias, más tranquilas que las que se manifiestan hoy,

eran también más fervientes y concentradas. Hubo verdaderamente una atmósfera de guerra veinte años antes de que se desenvainara ningún acero, pues las nubes de las luchas intestinas se acumulan lentamente sobre un país antes de que la tempestad estalle.



Oliverio Cromwell

Cuadro original de Samuel Cooper, existente en el colegio Sidney Sussex, de Cambridge

En la vida de Cromwell, muy fatigosa y llena de ansiedades, ese constante afán de estudiar la Biblia y de asimilarse su espíritu, con el conocimiento práctico de las crisis que se producían en los asuntos públicos, debe considerarse como un ejemplo típico, que se hubiera podido encontrar por lo menos en la mitad de los hogares de Inglaterra.

Durante toda su vida, como el doctor Gardiner dice muy bien, Cromwell fué el verdadero tipo del inglés. En los primeros años de su existencia, sobre todo, mostrábase tranquilo y sereno exteriormente, pero siempre estaba agitado en su interior; se consagraba á sus tareas ordinarias con una resolución ejemplar, y preparábase, sin echarlo de ver, para el destino que debía conducirle, después de numerosas fatigas y vicisitudes, al cargo más elevado de la nación.

CAPITULO II

Cromwell ingresó en el Parlamento como diputado por Huntingdon en marzo de 1627 ó 1628, á los veintinueve años de edad. El hecho de habersele elegido tan joven, relativamente, para un cargo tan importante, á pesar de que no era rico y de que su familia no tenía la menor influencia, prueba que su ambición de servir á la patria en un cargo público, y su disposición para desempeñarle, eran cosas bien conocidas.

En el Parlamento, Cromwell no hizo al principio nada más que votar, formando parte de varias comisiones. Hasta febrero de 1628 ó 1629 no pronunció su primer discurso, del cual conservamos algún fragmento. Era individuo de un comité religioso, constituido para informar sobre el estado á que los obispos habían llevado la Iglesia y sus ceremonias; y en calidad de tal dijo en la Cámara: «que había oído contar por un Dr. Beard que el Dr. Alabaster había predicado en Paul's Cross llanamente en sentido papista y que el obispo de Winchester le había ordenado, como diocesano, que no predicara nada en contrario. Mannering, tan censurado en esta Cámara por su sermón, ha sido recompensado por el mismo obispo con una rica prebenda. Si este es el modo de alcanzar dignidades eclesiásticas, ¿qué podemos esperar?»

En aquel discurso no se encuentra nada notable; sin embargo, merece consignarse como dato muy significativo, que la religión y no la política fué lo que primero le indujo á lanzarse en la palestra. Aunque sus constantes relaciones con los hombres y su práctica en los asuntos públicos, así como la presión de las circunstancias en su época, le condujeron á ser inteligente administrador, y aún mejor soldado, la religión, tal como la consideraba, fué siempre para él preferente á todo. La repulsión que á los hombres inspiró y aún inspira la «hipocresía de Cromwell» se funda en la completa falta de comprensión del principio en que se inspiró, del eje sobre el cual giraron la vida y la conducta de aquel hombre.

Cromwell no fué nunca fanático; aborrecía la estrechez de ideas y consideraba que las prácticas inquisitoriales para sondear las conciencias de los demás hombres, prácticas á que se mostraban tanto ó más inclinados que los sacerdotes los llamados presbíteros escoceses, eran injustificables é inoportunas. Pero, á

decir verdad, el culto religioso libre, permitiendo la predicación del Evangelio de Jesucristo, ligaba tanto el corazón de Cromwell como el de un ministro de cualquiera creencia. Se asegura que en los últimos y peores días del poder de Laud la casa de Cromwell fué refugio para los predicadores perseguidos de todas las opiniones. Sabemos que como general, como individuo del Parlamento y como Protector, arriesgó el poder, su reputación y hasta su vida, por su firmeza en sostener la tolerancia hacia todas las religiones, el respeto á las «conciencias tiernas.»

Este fué el lado más digno de elogio de la creencia religiosa de Cromwell; pero ésta ofreció otro aspecto, indudablemente mal comprendido, al que se han atribuído las más funestas consecuencias cuando quiso llevarlo á la práctica. Interpretó la Biblia como todos los puritanos, es decir literalmente, y aunque nunca descendió á la extravagancia de ciertas sectas, cuando se persuadía de que tal ó cual manera de obrar estaba conforme con la voluntad de Dios, según se expresa en las Escrituras, ninguna consideración humanitaria, ni siquiera de simple justicia, podía hacerle retroceder. Esta tendencia se desarrolló en él con la edad, y cuando fué Protector, debilitó su política extranjera, y hasta obscureció su clara inteligencia en los asuntos domésticos, siendo causa de que se desconfiara de él y se le aborreciera donde hubiera podido ser amado. Sin embargo, sobre todo esto predominaba su sinceridad absoluta; y pocos hombres obtuvieron de la religión tanta fortaleza y consuelo como él. Tan sólo observando su conducta en días de apuro y de peligros se puede reconocer cuánto vale para un hombre la religión. En el caso de Cromwell, durante los seis fatigosos años de la guerra civil, y en los tiempos aún más penosos de la lucha en Irlanda y Escocia, hasta la suprema hora antes de la batalla de Dumburk, cuando le rodeaban tristes é inevitables desastres, su simple fe en Dios y su tranquilidad de espíritu, cuando todos cuantos le rodeaban desfallecían, le colocan en primera línea entre los hombres que *han creído*.

El Parlamento de 1628 á 1629 se disolvió por Real pragmática después de la famosa escena en que Denzil Holles obligó al presidente de la Cámara á permanecer por fuerza en su sillón, aprobándose á continuación enérgicas medidas contra el «arminianismo» en la Iglesia y contra los impuestos ilegales del rey. Aquel Parlamento fué el último que Carlos convocó en un período de once años.

Durante aquel tiempo Cromwell pasó por muchas vicisitudes. Hacia el año 1631 vendió su propiedad de Huntingdon para trasladarse á Saint Ives, donde arrendó tierras de pastos, dedicándose á la ganadería. Allí estuvo hasta 1636; mas habiendo fallecido en enero de aquel año su tío Sir Thomas Steward, hermano de su madre, dejándole heredero único de sus posesiones y de su casa de Ely, su familia se trasladó á este punto antes del verano, y fué á vivir en la casa granja que Sir Thomas había administrado durante muchos años, pues el heredero quiso continuar el negocio.

Esta casa, llamada «Casa de Cromwell,» se mantiene todavía en pie, siendo

la única morada auténtica que del Protector nos ha quedado; y gracias á la cortesía de su dueño actual, Mr. Stephen Coxon, hemos podido recorrerla y ver todas sus habitaciones una por una. Es un sencillo edificio de ladrillo, con tejado en caballete, de color pardusco, y da al camino principal que conduce desde Cambridge al Norte. A la izquierda de la puerta, según se entra, hay una habitación de regulares dimensiones, cuyas paredes están revestidas de tableros de roble que llegan hasta el techo: parece que este aposento estaba ocupado por la familia de Cromwell. A la derecha hay otra habitación que el actual propietario utiliza como despacho, pero que en tiempo de Cromwell era probablemente una antecámara: de ella parte un corredor estrecho y obscuro, que conduce á las demás piezas de la casa; y á la izquierda, una escalera muy empi-



Isabel Bourchier, esposa de Oliverio Cromwell
Copia del original de Samuel Cooper

nada y poco ancha se eleva en espiral hasta el piso superior, mientras que el pasadizo, arrancando en línea recta, se prolonga después, formando graciosas curvas irregulares, hasta las dependencias posteriores, las despensas, la cocina, etc. Antes de llegar á éstas se encuentra la habitación en que se supone que Cromwell tenía su despacho y biblioteca; ahora está destinada á laboratorio;

tiene una forma extraña, y en ella se ven varios armarios profundos practicados en las paredes. La prueba de que esta era la habitación particular de Cromwell se funda en el hecho de que hay una puerta excusada, con salida al exterior, por la cual entraban los labradores para pagar sus plazos de

Oliver Cromwell and

Elizabeth Bourchier 22. 2. 1651

Firmas autógrafas de los esposos Oliverio Cromwell
é Isabel Bourchier

arriendo. En la parte superior de la escalera se encuentra un reducido tramo y una puerta que conduce á dos habitaciones, donde se supone que la anciana madre de Cromwell tenía sus aposentos particulares; y al fin de la escalera hay otros seis bastante espaciosos; de modo que, teniendo en cuenta las necesidades de la época, la casa debía ser bastante grande para la familia de Cromwell.

De todos modos, era edificio por demás modesto para un hombre cuyas rentas, gracias á la herencia de su tío, no debían bajar mucho de 2.000 libras esterlinas al año; mas esto era sumamente característico de Cromwell en aquel tiempo. Aunque sus más crueles enemigos no le acusan de avaricia, debilidad de que no estuvo sin duda exenta su esposa, la verdad es que se demostraba del todo indiferente á las apariencias exteriores. Mientras una casa pudiera satisfacer las necesidades de su familia, nunca le hubiera ocurrido trasladarse á otra morada más lujosa por el afán de ostentación.

En aquella pequeña casa la familia de Cromwell vivió aproximadamente hasta 1647, libre de peligros, dentro de los límites de la Asociación de los Condados orientales, durante aquellos cinco angustiosos años de lucha. Nada sabemos de su género de vida en Ely: dos de sus hijas, María y Francisca, nacieron allí, y allí también murió el hijo mayor, Roberto; mientras que otras dos, Brígida y Betty, dejaron la casa con motivo de su casamiento. De Ely salió Cromwell en 1640 en dirección á Londres á fin de asistir al Parlamento Largo; y del mismo punto partió en 1642, á la cabeza de sus primeras tropas, para reunirse con lord Essex delante de Edgehill; en 1644 emprendió un viaje hacia el Norte desde Ely para encargarse del mando de la caballería y alcanzar gloria en Marston Moor.

La casa que hemos descrito, aunque insignificante y tranquila, está llena de recuerdos de aquella tempestuosa época; y si alguna vez llegase el día en que los ingleses comprendieran todo cuanto deben á Cromwell, esa morada alcanzaría el precio de una gran posesión nacional.

El 3 de noviembre de 1640 se reunió al fin el Parlamento Largo y Cromwell ocupó otra vez su lugar como individuo de la Cámara de los Comunes, representando entonces á la ciudad de Cambridge. Las nubes que se habían acumulado durante tanto tiempo en el horizonte político eran cada vez más amenazadoras, pues el rey necesitaba dinero á toda costa y estaba resuelto á obtenerle por cualesquiera medios; mientras que su Parlamento había decidido, por su parte, no votar un cuarto sin garantías de que se adoptarían reformas completas en la Iglesia y el Estado, y de que se extirparían todos los abusos.

Ante todo se fijó la atención en el asunto referente á la reforma de la Iglesia, y en esto comenzó á distinguirse Cromwell desde luego, por ser individuo de un comité formado para examinar los casos de Prynne, Bastwick y Burton, las víctimas más conocidas de los tribunales eclesiásticos. Entonces presentó á la Cámara varias peticiones en favor de otras personas, mutiladas por la feroz policía de Laud, que había hecho cortar las narices á unos y las orejas á otros, marcándolos después con un hierro candente. Semejantes infamias despertaron tan furiosa indignación en Cromwell, que muy pronto solicitó las más extremadas medidas contra la Prelacia, y no se detuvo en pensar qué consecuencias podría tener la derogación del ritual establecido, ó si lo pensó, no quiso que el temor á las dificultades del futuro fuera un obstáculo para llevar á cabo la reforma que

proyectaba. En 1641 preparó, con Vane el joven, una medida para la abolición del episcopado; y en el mismo año fué elegido para formar parte de un comité



Cromwell en su granja de Saint Ives, cuadro de Ford Madox Brown

encargado de estudiar los medios para mejorar la condición de los sacerdotes predicadores. Pero aunque Cromwell trabajaba de firme, pensaba mucho también, y con no poca frecuencia habló en el Parlamento. Sin embargo, no era jefe en modo alguno, ni siquiera de la sección á que pertenecía; aún estaba en su

aprendizaje, no obstante lo cual llamó la atención por la firmeza de sus convicciones, por su fuerza de voluntad y por la energía que manifestaba en sus discursos, más bien que por la elocuencia ó la originalidad de su palabra. Sencillamente, pero con el mayor empeño y decisión, hizo purificar la religión del país, tal como él la concebía, desterrando la superstición y la idolatría, para concluir después con el poder de los obispos y del alto partido clerical.

Esta cuestión era para Cromwell tan clara como la luz del sol. Pertenecía á la clase que más había sufrido por el despotismo de Laud; pero no tenía el menor interés en el mantenimiento de ninguna forma de culto establecida. Laud, después de oprimir gravemente á los puritanos, quiso oponerse á toda libertad del pensamiento y pretendió con medios violentos mantener el ritual y las observancias que muchos verdaderos cristianos aborrecían; pero al fin las víctimas se resistieron. Cromwell era simplemente un representante forzoso de ellas, y diferenciábase tan sólo de los hombres en cuyo favor luchaba por su fuerza de voluntad, por su claro talento para ver qué conducta se debía adoptar en una crisis y principalmente por su aptitud para aprovecharse de las lecciones de la experiencia y por su tolerancia con todas las ideas. No nos corresponde dar cuenta de las luchas entre Carlos y su pueblo, luchas que gradualmente condujeron á una contienda entre los que creían conservar la actual constitución de la Iglesia y del Estado después de introducidas ciertas reformas, y los hombres que no veían otro remedio que desarraigar todas las antiguas tradiciones y suprimir el episcopado «con todo cuanto de él dependiese.»

Muchos han supuesto que la guerra civil fué debida á la sublevación del pueblo contra Carlos á causa de los abusos de su poder constitucional; pero esto es un error. Como el Dr. Gardiner nos dice con la mayor claridad en su *Historia de la guerra civil*, no podía haber lucha sobre este punto, porque el rey hubiera sido juzgado por la nación unida, que le habría obligado á ceder á todas sus reclamaciones, ó bien á abdicar sin ningún derramamiento de sangre. Loes y Comunes, eclesiásticos, caballeros y puritanos estaban igualmente resueltos á conseguir que los empréstitos forzosos y los impuestos ilegales de toda especie se suprimieran de hecho, y que los gastos del país se sometieran á la intervención del Parlamento. La Inglaterra puritana no desenvainó el acero para combatir los abusos del poder civil, por evidentes que fueran, sino en defensa de sus convicciones religiosas.

«En la gran mayoría de los ingleses, escribe el Dr. Gardiner, la creencia religiosa fué el único alimento intelectual, y los libros religiosos la única literatura.»

La Biblia, últimamente traducida al inglés, fué leída con el mayor afán, con la más concentrada fe, y se rechazaron con indignación las peticiones del clero que reclamaba la «autoridad» divina. Por otra parte, los episcopalianos, aun aquellos que profesaban opiniones moderadas, por dispuestos que estuviesen á censurar las medidas extremas adoptadas por los prelados para conducir al redil á las ovejas descarriadas, se escandalizaron ante la imprevista rudeza con que

se pedía la libertad de conciencia, particularmente porque los que la reclamaban eran hombres de la clase media y hasta de las más humildes de la sociedad. La aristocracia también, alarmada ante aquellas señales de independencia del pensamiento y del espíritu por parte de los que consideraba como inferiores en posición, comenzó á agruparse lenta, pero continuamente, alrededor del rey.

Era seguro que Cromwell tomaría una parte importante en semejante lucha. De opiniones esencialmente democráticas, no vió peligro alguno en que el pueblo mirara por sus intereses. Con los ojos fijos en la tiranía eclesiástica del pasado, y deseando con toda su alma la libre tolerancia de las religiones, prosiguió



Casa de Cromwell en Ely, hoy propiedad de Mr. Stephen Coxon

su marcha resueltamente para reformar las condiciones de la Iglesia. Transcurrieron algunos meses de verdadera ansiedad, pasados los cuales y establecida una completa unión entre los parlamentarios, se envió á Strafford al cadalso y se obligó al rey á hacer varias concesiones, y por último, en enero de 1642, á trasladarse desde Whitehall á Hampton Court, y de aquí al condado de York, seguido tan sólo de su servidumbre y de «algunos centenares de caballeros.»

Sin embargo, el abismo abierto entre los episcopalianos y los disidentes, entre la aristocracia y la democracia, se había ensanchado cada vez más, hasta que la guerra fué al fin inevitable. Si Carlos hubiese comprendido el espíritu de la época, ó si no se hubiera casado con una mujer católica romana, habría podido salvar su corona, impidiendo la guerra civil, aún en la primavera de 1642. Una firme adhesión al episcopado moderado, la abstención de toda intriga con los católicos irlandeses, la fe en su pueblo y ante todo la rectitud, hubieran atraído á su favor á todos los ingleses amantes del orden y de la vida tranquila más bien que de las reformas en la ley y la religión. Pero no había de ser así: débil cuan-

do debió ser fuerte, orgulloso cuando debía inclinarse ante lo inevitable, falso en sus tratos con todos, Carlos se perdió como merecía perderse. Titulándose jefe de la Iglesia de Inglaterra, se descubrió que intrigaba tenebrosamente con los irlandeses católicos, solicitando la confianza de los Comunes y mostrándose dispuesto á concederles la dirección temporal de la milicia; y mientras por un lado acudía al príncipe de Orange para que enviase un ejército por el Canal á fin de acabar con los «traidores,» escribía por otro á los escoceses, á los «leales caballeros de York» y á todos cuantos consideraba buenos para realizar sus propósitos. Así probaba á sus más leales súbditos que la corona y su propio interés personal eran para él más preciosos que el bienestar de su país y más sagrados que la palabra empeñada.

En abril de 1642, la disidencia entre Carlos y su pueblo llegó á su colmo, y por las intimaciones del rey á la ciudad de Hull y la negativa de Sir John Hotham, su gobernador, á entregar la plaza sin anuencia del Parlamento, la guerra quedó virtualmente declarada.

Era llegado el tiempo de que los puritanos aunaran sus esfuerzos y adoptasen medidas para defender, no sólo sus personas, sino la causa que habían abrazado con el mayor ardimiento. El porvenir debía parecer muy tenebroso á hombres tales como Cromwell y Hampden; pero sus deberes estaban trazados claramente. Con tristeza, pero resueltamente, recogieron el guante arrojado por Carlos; la ruina les amenazaba, pero la aceptaron, y con ella la muerte misma, dispuestos á todo antes que ceder.

CAPITULO III

Uno de los primeros que salió de Londres á fin de comenzar los preparativos para hacer un llamamiento á las armas fué Oliverio Cromwell, diputado por Cambridge. En este punto comenzamos á encontrar en los periódicos, sobre todo en los *Diarios de los Comunes*, recuerdos de la época y también breves alusiones á los movimientos de Cromwell, que había salido ya de la obscuridad. En abril de 1642 se le cita como suscriptor por la cantidad de 500 libras esterlinas — más de la cuarta parte de sus rentas (1) — para formar un fondo de auxilios destinado á socorrer «á los pobres protestantes irlandeses;» y el 15 de julio propuso «que se permitiera á los ciudadanos de Cambridge organizar dos compañías de voluntarios, eligiendo sus capitanes (2).» En el mismo día se leyó en el *Diario de los Comunes*: «Como quiera que Mr. Cromwell ha enviado armas á Cambridge para la defensa del condado, se acuerda en el día de hoy (3) que las 100 libras empleadas con este objeto le sean algún día reintegradas.» Cromwell consideró sin duda este acuerdo como una autorización del Parlamento para proceder así, más bien que como una garantía de la devolución de su dinero, la cual no se sabe que se efectuara nunca.

Antes de esto se hallaba en su condado natal alistando sus primeras tropas y aprendiendo él mismo la instrucción militar para enseñar á sus hombres los primeros rudimentos. Lenta y enojosa tarea debió ser aquella, que sin duda exigía gran dosis de paciencia, de actividad y perseverancia por ambas partes. No eran figuras heroicas las de aquellos futuros soldados; no tenían uniforme alguno; su armadura se componía simplemente de coraza y casco, sin el menor adorno (4), y sus armas consistían en una larga espada recta, de mucho peso, y un par de pistolas. ¡Qué tormento debía ser para aquellos hombres, noveles en el oficio, usar un equipo tan pesado, sobre todo en los calurosos días de junio y julio, y aprender lenta y laboriosamente, por una práctica constante, el manejo

(1) Rushworth, lv. 564.

(2) D'Ewes MSS., f. 658-661.

(3) *Diario de los Comunes*, II, 674.

(4) Se ha dicho que los «Costillas de Hierro,» según los llamaron, eran coraceros, es decir, hombres que llevaban armadura completa; pero esto no es verdad. Iban equipados como hemos dicho, y se les dió el nombre de «arcabuceros.»

de las armas, así como el de los caballos, tan refractarios á cosas de guerra como ellos mismos! Pero estaban decididos, y tenían en Cromwell un jefe cuyo carácter enérgico era inflexible, y que conocía por instinto la manera de tratar á semejantes hombres, comunicándoles su indomable espíritu y voluntad. Sin embargo, Cromwell no tenía paciencia para ocuparse largo tiempo en semejantes preparativos. La universidad de Cambridge se agitaba ya, y á principios del verano comenzó á reunir armas y tesoros para el rey, mientras que á lo largo del camino real del Norte circulaban de continuo mensajeros entre Londres y York, portadores de importantes noticias. En el *Diario de los Comunes*, con fecha de 15 de agosto, se lee lo siguiente:

«Mr. Cromwell se ha apoderado de los almacenes del castillo en el condado de Cambridge, oponiéndose á que se saque de la Universidad la vajilla de plata, cuyo valor asciende, según aseguran algunos, á 20.000 libras esterlinas.»

En otros informes de origen realista se asegura que dicho valor era de 10.000 libras, ó de 7.000; pero poco importa la suma; la importancia del hecho está en que fué uno de los primeros actos agresivos de los parlamentarios en la guerra. Sin embargo, en todos los Condados Orientales y muchos de los Occidentales se armaban hombres, sometiéndose á la instrucción militar arrendatarios y dependientes; pero ninguno había pasado á las vías de hecho como Cromwell. La aprehensión de las municiones de guerra y de la vajilla y las celosas indagaciones practicadas respecto á las personas que pasaban por el camino de York, son los principales actos de Cromwell que nosotros conocemos hasta el tiempo en que ocurrieron los sucesos de Edgehill; pero sabido es cuál fué su género de vida durante aquel verano. Su familia, que estaba en Ely, no podía verle mucho, pues todo el día y gran parte de la noche tenía conferencias con amigos, ciudadanos y constituyentes de Cambridge, á quienes instaba de continuo á prepararse y abrir suscripciones para la compra de armas. Cromwell era hombre á quien los demás consultaban; su puerta no se cerraba nunca para los partidarios de la buena causa que pedían consejo ó auxilio; y habiendo tomado la iniciativa mientras otros vacilaban, llegó á ser pronto un jefe reconocido (1). Su espada fué la primera que se desenvainó y la última que dejó de prestar servicio.

El 22 de agosto, el real estandarte ondeó en Nottingham y se declaró formalmente la guerra al Parlamento, noticia que se propagó rápidamente por todo el país, produciendo en la mayoría de los habitantes el efecto de una sacudida semejante á la de la explosión de un polvorín. Inglaterra no estaba preparada para la lucha, y el pueblo, en su conjunto, no comprendió hasta aquel día que la guerra era casi inevitable. En el Sur los hombres confiaban en que Carlos cedería al Parlamento, y en el Norte se dió por seguro que los Comunes obedecerían al rey.

(1) Autobiografía de Sir John Bramston (Sociedad de Camden), 1845, página 86.



PRIMER DISCURSO DE OLIVERIO CROMWELL EN EL PARLAMENTO
PRONUNCIADO EN FEBRERO DE 1628

Pero ya no se podían abrigar dudas. La proclama real que se leyó en todas partes decía que todo hombre que tomase las armas contra Su Majestad, ó armase á otros, sería considerado como traidor ó rebelde, castigado con la muerte y confiscados sus bienes en favor de la corona.

El Parlamento contestó nombrando á Roberto Devereux, conde de Essex, «Lord General» y poniendo bajo sus órdenes todas las partidas armadas de Londres, así como las tropas y regimientos que los parlamentarios y otros habían organizado con este fin durante los tres últimos meses. Sin embargo, era grato para los hombres, y muy necesario cuando toda legalidad se apoyaba en el rey, suponer que la misión del ejército de aquel Parlamento no era combatir al monarca — de ningún modo, — sino simplemente librarle de sus perversos consejeros, que, como dice Carlyle, le extraviaron, perturbando su clara inteligencia y haciéndole perder *el juicio*. En su consecuencia, Essex fué nombrado «Lord General en servicio del rey y del Parlamento,» y se le dieron instrucciones precisas para proteger á Su Majestad después de dar muerte á sus enemigos, y devolverle sano y salvo á sus fieles Comunes en Westminster.

El contingente de Cromwell, al que había pasado revista el 29 de agosto, se reunió con el ejército al mes siguiente, y á las órdenes del coronel Stapleton recibió el bautismo de sangre en Edgehill. Los informes respecto á la conducta de Cromwell en aquel combate son muy diversos y contradictorios. Según cierta anécdota realista, parece que subió al campanario de una iglesia vecina para observar las peripecias de la batalla, y al ver que los parlamentarios llevaban la peor parte, bajó rápidamente por la cuerda de la campana y huyó; pero según una nota de Nataniel Fiennes, fué uno de aquellos que «no se apartó nunca de sus tropas, sino que se batió valerosamente hasta el último instante de la lucha.»

Baste decir que por informes fidedignos sabemos que estuvo allí y que no huyó. La batalla de Edgehill fué una de aquellas acciones de resultado indeciso en que cada bando se atribuye la victoria sin aducir prueba alguna que lo demuestre. Comenzó por un ataque de la caballería realista, al mando de Lord Wilmot, contra la derecha del ejército del Parlamento; á este ataque, que tuvo buen éxito para los realistas, siguió la famosa carga del príncipe Ruperto y sus coraceros contra el ala opuesta, carga en la cual aquella caballería arrolló cuanto se le opuso al paso, y que pudo haber terminado la batalla si el príncipe hubiera conseguido retener á sus hombres para atacar de flanco y á retaguardia á las fuerzas del Parlamento. Pero aquellos soldados cargaron desordenadamente, ocupándose sobre todo en saquear los carros de bagajes, con lo cual perdióse la mejor oportunidad. Entretanto el ejército del Parlamento, á pesar de éste primer desastre, pudo al fin reunirse y avanzó para concentrar su ataque contra el centro de la posición realista — defendido por un regimiento de infantería, con el estandarte real, á las órdenes de Lord Lindsey, — y atacó tan vigorosa y resueltamente, que estos valerosos soldados, aunque rechazando al enemigo con la mayor intrepidez, fueron derrotados, perdiendo su estandarte. La victoria parecía

declararse ya en favor de Lord Essex; pero cuando los jefes de su caballería se ocupaban en reorganizar su regimiento, en el cual se había introducido alguna confusión por causa del ataque, supose que volvía de Kineton con sus fuerzas el príncipe Ruperto, en vista de lo cual se desistió de continuar la lucha cuando ya la noche se acercaba. Aquel combate fué una decepción para todos los que habían creído que con él iba á terminar la guerra; mas para los soldados



Ruperto Devereux, conde de Essex, Lord General nombrado por el Parlamento

que tomaron parte en él la acción fué provechosa, por haber recibido en ella lecciones que jamás habían ya de olvidar.

Algunos años después, cuando Cromwell era Protector, recordó la impresión que le produjo en Edgehill el heroísmo de los guardias de Lindsey y la fácil victoria obtenida por los coraceros de Ruperto. Imposible es decir hasta qué punto el recuerdo de Edgehill le inspiró por sí solo las famosas palabras que pronunció referentes á Mr. Hampden; pero las reproduciremos aquí, porque aquí es donde mejor pueden aplicarse, dadas las circunstancias de tiempo y lugar. Estas palabras fueron dichas con intención de exponer qué clase de gente componía el ejército, y cuánto debieron á éste él y la nación, por sus buenos servicios: «Yo era un hombre (1) que en medio de mis primeras ocupaciones fuí preferido de pronto y elevado á una posición superior á la que ocupaba, por haberseme nombrado capitán de una fuerza de caballería. Como tal cumplí con mis

(1) Carlyle, parte X, discurso XI, pág. 249.

deberes lo mejor que me fué posible, y Dios guió mi conducta como le plugo. Y yo deseé ayudar á mis instrumentos en aquella obra procediendo con la mayor sencillez y la mejor buena fe, según lo reconocieron hombres notables, buenos y sabios. Yo tenía entonces un amigo — M. John Hampden, — persona muy digna, de noble corazón y cuyo recuerdo es grato para todos cuantos le conocieron. Cuando marché á Edgehill, y al ver que nuestras fuerzas eran batidas por todas partes, manifesté á mi amigo la conveniencia de agregar algunos nuevos regimientos al ejército de Lord Essex, y añadí que yo podría ser útil presentando hombres animados del mejor espíritu para contribuir al triunfo de la buena causa. *Vuestras tropas*, le dije, *se componen en su mayoría de gente gastada ya en el servicio, y en las del enemigo hay hijos de caballeros y personas de calidad. ¿Creéis que el espíritu de esa tropa sea suficiente para combatir á los caballeros que aprecian su honor, que son intrépidos y resueltos? Se necesitan soldados animosos, y no llevéis á mal que os lo diga; es preciso disponer de hombres capaces de llegar hasta donde alcance un caballero, ó de lo contrario la derrota es segura.* Esto le dije, porque me lo dictaba así la conciencia, y como era persona de talento y digna, me contestó que tenía razón, aunque creía difícil encontrar lo que yo deseaba. Sin embargo, reuní hombres que, temiendo á Dios, tenían conciencia de lo que hacían; desde entonces, nunca fueron batidos, y cuando luchaban contra el enemigo, le derrotaban siempre. Motivo hay en esto para elevar alabanzas á Dios, y también hay algo que puede servir de provechosa lección.»

Hemos reproducido este párrafo porque, leído atentamente, tiene una significación que no es la que en general se le atribuye — que Cromwell escogió «hombres religiosos» para formar sus regimientos después de instruirlos bien. — Ni á la elección que hizo, ni á la disciplina en que insistió, se ha de atribuir la heroica conducta de sus tropas y del ejército entero: todo se debió á la inspiración particular de Cromwell y á su proceder con todos aquellos que se batieron bajo sus ordenes. Solo, entre hombres de elevada cuna y de posición, poco le importaba esta última, y sólo atendía al carácter. Todos cuantos querían servir la causa voluntaria y lealmente, cualquiera que fuese la religión que profesaran, eran tratados por Cromwell de igual manera; y hasta hizo más: si un soldado de las filas demostraba capacidad, era ascendido al punto, no tan sólo á cabo ó sargento, sino á oficial.

«Os ruego, escribía al comisionado de Suffolk en septiembre de 1643 (1), que tengáis mucho cuidado respecto á los soldados y los oficiales que elijáis: algunos hombres de buena fe valen más que muchos que carezcan de ella. Si escogéis buenos oficiales, los hombres honrados les seguirán y sabrán cumplir con su deber.» Después, para demostrar la conveniencia de sus consejos, añadía: «El rey tiene muchas fuerzas en el Oeste; y si conseguís batir á la primera que envíe contra vos, alcanzaréis gloria, lo cual será una gran ventaja para nuestros asuntos. Dios nos ha concedido esta gloria (á su propio regimiento) y es ne-

(1) Carlyle, parte II, carta XVII, página 134.

cesario que procuremos conservarla. Prefiero un capitán de pobre aspecto que sepa por qué se bate y sienta amor por la causa que defiende, que uno de esos que se titulan *caballeros* y no son otra cosa. Y sin embargo, también yo respeto á esos caballeros.»

Y todo esto no provenía de la política, ni de la milagrosa intuición que debía salvar la causa de los puritanos, sino simplemente del carácter del futuro Protector. Cuando se censura á Cromwell, acusándole unas veces de actos infames que no cometió, ó atribuyéndole una sagacidad sobrehumana que jamás



Una emboscada en la batalla de Edgehill, fragmento de un cuadro de Seymour Lucas
Sección de infantería sorprendida por el enemigo al atravesar unos sembrados

tuvo, no se tiene en cuenta que su carácter, á pesar de sus muchos cambios y variaciones, era en el fondo notablemente honrado y sencillo, y que el principal factor de su elevación al poder fué la circunstancia de que las cualidades que poseía, así para el bien como para el mal, eran naturalmente apropiadas para vencer las dificultades y sobreponerse á los peligros de la época. Natural era que Cromwell, por ejemplo, simpatizara con un hombre honrado y odiara á los hipócritas é inútiles; que se mostrase indiferente á todas las apariencias y ceremonias exteriores; que trabajara con toda su voluntad; que estimulase con su ejemplo á imitarle á cuantos se hallaban bajo sus órdenes, y que escuchara con inagotable paciencia las opiniones de los demás, como hacía Abrahán Lincoln, reservándose la suya propia hasta que formaba su juicio, para no cambiarle ya. No co-

noció nunca el temor, no era avaricioso, ni ambicionaba el poder ó la gloria personal; el nombre y la posición que adquirió en el mundo los alcanzó gradualmente. Cuando se necesitaba hacer algo y ningún otro hombre osaba emprenderlo, entonces, y no antes, Cromwell se ofrecía para ello; y como aquella era una época en que se habían de hacer muchas cosas á que pocos se atrevían, Cromwell estaba siempre atareado y se elevó rápidamente al poder. Nadie negó jamás que tenía facultades extraordinarias como hombre de inteligencia y pensador; pero pocos de sus biógrafos, comparativamente, nos atrevemos á decirlo, hicieron justicia á la rectitud y sencillez con que siempre obró en toda cuestión personal ó que á él se refiriese. Rara vez le inquietaron las críticas, ni se resintió mucho por ellas; y prosiguiendo impávido su marcha hacia el objeto deseado, dejó á los perros ladrar y á los lobos aullar cuanto quisieran, sin cuidarse de ellos. Tranquilo por la honradez de sus propósitos, hizo frente á todos los peligros y desastres, siempre animado de la fe de que todo cuanto Dios quería era justo y debía redundar en bien de todo el mundo.

CAPITULO IV

La batalla de Edgehill se libró el 23 de octubre.

Al día siguiente, Carlos se apoderó de Banbury, cuyo sitio había levantado para combatir á las fuerzas de Essex delante de Kineton; y después marchó á sus cuarteles de invierno en Oxford. Essex, viendo que probablemente no se intentaría nada contra Londres, licenció la mayor parte de su ejército juntamente con las tropas de Cromwell.

El país quedó tranquilo entonces, esperando los acontecimientos de la primavera. En algunos condados, el género de vida continuó siendo el de siempre; en otros, los hombres, poseídos de un pánico febril, oraban pidiendo la paz á toda costa; pero en muchas partes se hacían preparativos más ó menos sistemáticos para la lucha, que en concepto de todos debía ser larga y desastrosa. Los notables de algunos condados formaban juntas de defensa y levantaban tropas, buscando los fondos necesarios para comprar armas y equipos. En los Condados Orientales se preveía la lucha, aunque la idea no hubiese nacido en ellos, y se hacían preparativos más activamente que en ninguna otra parte de Inglaterra. Cromwell trabajó entonces con todas sus fuerzas, y comprendiendo que la defensa común era la única salvaguardia contra las depredaciones y destrozos de los soldados realistas, de los cuales habían dejado éstos varios recuerdos en las poblaciones del interior, recomendó la unión á todos. Cromwell vió también que un condado solo no podía hacer mucho, y que debía formarse una combinación entre varios para prestarse mutuo apoyo, aunque la dificultad de la empresa era enorme. Las envidias y las preocupaciones locales de toda especie eran ya de por sí un obstáculo; la falta de iniciativa por una parte, la excesiva irritabilidad por otra, la timidez de los hombres que tenían dinero que perder, y la ignorancia de aquellos que carecían de él, eran cosas que se debían tener en cuenta, y allanar lo más pronto posible para que se pudiera obtener un resultado satisfactorio. Además de esto, continuamente se tramaban conspiraciones en favor del rey; la Universidad de Cambridge era un foco de realismo, y forzoso fué registrar considerable número de casas particulares para recoger las armas, alhajas y dinero, pues de no hacerlo así, era seguro que todo iría á manos del rey. Muchos hombres, además de Cromwell, se ocuparon en tan penosa tarea; y los cin-

co Comités de los condados de Cambridge, Hertford, Norfolk, Suffolk y Essex trabajaban tan afanosamente como las abejas en su colmena; pero á la energía de Cromwell, á su inagotable paciencia y á su vigilancia se debió principalmente el buen resultado, que no se obtuvo en ninguna otra parte. Hubiérase dicho que durante aquellos meses de invierno estaba dotado del don de la ubicuidad. Dondequiera que se producía un tumulto ó amenazaba algún peligro, en los Condados Orientales, bien se tratara de un motín ó de cualquiera otra perturbación, Cromwell llegaba al punto y la dificultad desaparecía.

Nada podía ser más práctico y útil que todo este movimiento para el que debía ocupar un elevado puesto en lo porvenir. Diariamente debía poner á prueba su buen juicio y su tacto para tratar con los hombres; aprendió á trabajar sirviéndose de los demás, á economizar el tiempo y asegurar la obediencia de cuantos le rodeaban, siempre por la persuasión moral y los argumentos tranquilos más bien que por la fuerza. También aprendió á *conocerse á sí mismo*; sin echarlo de ver, se estaba midiendo con los otros como los hombres de acción y de negocios deben hacer continuamente; y una firme confianza en sus facultades para llevar á cabo todo cuanto emprendiese llegó á ser característica en él por aquel tiempo, desarrollándose después con mayor fuerza é intensidad á medida que sus responsabilidades aumentaban y que adquiría mayor importancia su situación en el ejército.

El problema de la defensa de la Asociación de los Condados no cesó después de la organización de éstos y de haberse convenido en el número de hombres armados que cada uno debía proporcionar. Esta fué una gran obra; pero no tan difícil y fatigosa como la de conservar en buen estado el ejército una vez formado, darle la instrucción militar y mantener en él la disciplina. La mayor parte de los soldados eran voluntarios que se habían costeadado el caballo, y muchos de ellos el armamento y las armaduras, habiendo hecho todos grandes sacrificios en favor de la causa. Por otra parte, el comercio comenzaba á resentirse, los pobres vivían con muchos apuros, y los ricos se guardaban su dinero. Este último escaseaba más que los hombres, y Cromwell y su comité resolvieron obtenerlo á toda costa. Además de esto, mientras Cromwell insistía en el pago puntual de las contribuciones, apremiando sin compasión á los que no satisfacían sus cuotas, tuvo el mayor cuidado para que nadie pudiera quejarse del proceder de las tropas que todos habían ayudado á poner en pie de guerra. La disciplina que mantuvo era realmente maravillosa, y ningún caso de saqueo ó de violencia dejó de castigarse rigurosamente cuando Cromwell tuvo noticia de él. Recomendaba continuamente á sus oficiales la urgente necesidad de tratar á sus hombres con moderación. No se recuerda el caso de que en el regimiento de Cromwell desertase ningún soldado, mientras que en el resto del ejército hubo con frecuencia deserciones y hasta conatos de motín. La única vez en que los soldados rehusaron obedecer á un jefe fué cuando se les envió á batirse bajo las órdenes de Sir Guillermo Waller en 1647. Se dió cuenta del hecho al

Parlamento, y éste envió á Cromwell para hacerles entrar en razón. No tenemos detalles del suceso; pero es bastante significativa la circunstancia de que Cromwell lo arreglase todo en tres días.

El secreto del poder de Cromwell estaba en su manera de proceder con los soldados. No se daba importancia entre ellos ni hacía alarde de autoridad; esperaba inmediata obediencia á sus órdenes; y cuando era posible suavizar la dis-



El príncipe Ruperto. De un grabado de S. Freeman, según un cuadro de Pedro Lely

ciplina en el campamento ó durante la marcha, trataba á sus hombres como amigos y compañeros. Comía del mismo rancho que ellos, compartía sus fatigas, y era tan justo como imparcial en su disciplina. Ningún oficial escapó al castigo por efecto de su grado, ni tampoco se aplicó correctivo á soldado alguno sin haberse probado bien su falta. Algún tiempo después, cuando en todo el ejército comenzó á predominar un peligroso espíritu de inquietud y desconfianza, que en dos regimientos se tradujo por un verdadero motín, solamente Cromwell pudo apaciguar la tormenta, y esto se debió principalmente al hecho de creer los soldados que era un hombre justo.

En aquellos dos primeros años de la guerra, los más duros de la vida de Cromwell desde el punto de vista de la labor física, comenzaron á cimentarse, sin que él lo sospechara, su poder y su influencia futuros. No hay la menor prueba de que en aquella época aspirase á la grandeza ni á una elevada posición, ni la ambicionaba tampoco; pero cumplió sus deberes con un vigor que no hubieran podido igualar otros hombres.

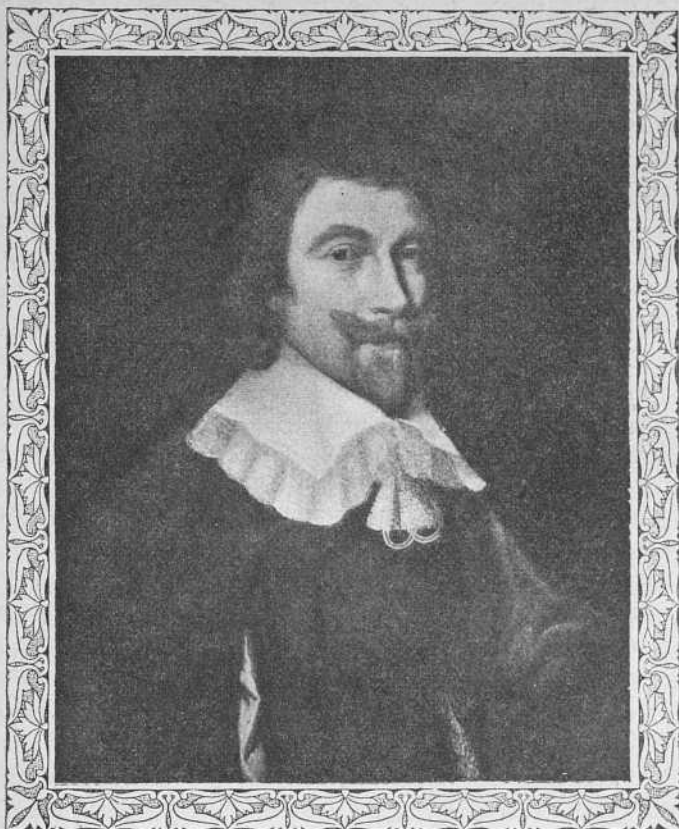
En enero de 1643 recibió el nombramiento de coronel y se encargó del mando de un regimiento de voluntarios del Este, compuesto de catorce compañías completas (1), ó sean mil ciento veinte hombres. La campaña de la primavera se acercaba, y hacia fines de febrero se comprendió que los recursos de la Asociación de los Condados Orientales deberían sufrir una ruda prueba. Se recibieron noticias de que el príncipe Ruperto asolaba los condados de Gloucester, Wilts y Hamp; y en la misma fecha se aseguró que lord Capel, á la cabeza de veinte mil hombres, preparaba una incursión en el condado de Cambridge. Apenas se dió la voz de alarma, se expidieron rápidamente órdenes á todas las ciudades, pueblos y caseríos para que enviaran sus contingentes armados; y á los pocos días, tan pronta fué la respuesta y tan excelente era la organización de los condados, doce mil hombres se hallaban ya reunidos en Cambridge para rechazar al enemigo. Lord Grey de Wark mandaba el ejército, siendo segundo jefe el coronel Cromwell; pero no hubo lucha. El ejército de lord Capel no era propio para atacar impunemente á semejante fuerza, y después de un breve intervalo la mayor parte de los voluntarios regresaron á sus casas, con orden de estar preparados para emprender otra vez la marcha á las veinticuatro horas de haber recibido nuevo aviso. Sin embargo, el regimiento de Cromwell y uno ó dos más quedaron intactos, y se les ocupó en fortificar á Cambridge. El coste de esta obra fué de dos mil libras esterlinas (2), suma que se procuró reunir apelando á todos cuantos podían coadyuvar é imponiendo contribuciones á los colegios. El llamamiento, del cual tomamos el dato del coste total de aquellas obras, sólo produjo 1 libra 19 shillings y 2 dineros, lo cual demuestra cuán difícil era proporcionarse dinero.

Después de esto, uno de los primeros actos de Cromwell fué apoderarse de la persona del sherif supremo del condado de Hertford, que había convocado al pueblo en la plaza mercado de Saint Albans, excitándole á que se alzara en armas en favor del rey. Después de una vigorosa resistencia por parte del populacho, aquel funcionario fué hecho prisionero por los soldados de Cromwell y enviado á Londres. A los pocos días (marzo de 1643), el futuro Protector se hallaba en Norfolk con motivo de un asunto más grave. No solamente se habían encontrado en Norwich armas sospechosas y equipos, sino que circularon rumores de que se había cambiado dinero extranjero en la ciudad, y se aseguró también

(1) En aquella época cada compañía del regimiento de Cromwell se componía de ochenta hombres.

(2) «Carta á los habitantes de Fen Drayton.» Carlyle parte II, pág. 105.

que Lowestoft, pequeño puerto de mar, se fortificaba contra la Asociación de los Condados. Tan sólo la idea de lo que podría suceder hacía temblar á todo el mundo, y hasta llegó á temerse la próxima invasión de un ejército de Holanda reunido por la reina. El país en masa puso su pensamiento en Cromwell, y éste, según su costumbre, se presentó muy pronto, dispuesto á obrar con energía.



Sir Guillermo Waller

Copia de un cuadro existente en la Galería Nacional de retratos en Londres

«A la mañana siguiente, dice el informe (1), el coronel emprendió la marcha hacia Lowestoft al frente de cinco de sus compañías (300 ó 400 hombres) con los capitanes Fountain y Rich y ochenta de nuestros voluntarios de Norwich: allí debían agregársele los voluntarios de Yarmouth con cuatro ó cinco cañones. La ciudad se había parapetado en todas partes, excepto en el sitio donde se hallaban tres cañones, delante de los cuales se tendió una cadena para

(1) Carta de John Cory, Carlyle, parte II, página 108.

impedir el paso de la caballería. El coronel hizo la primera intimación á los defensores, preguntando si querían entregar los extranjeros, la ciudad y su guarnición, prometiendo tener consideraciones si lo hacían así, pero no guardarles ninguna en caso contrario. Los habitantes de Lowestoft accedieron á entregar los extranjeros, pero no á lo demás que se les exigía. En vista de ello los dragones de Norwich pasaron por debajo de las cadenas á pie, acercándose á un tiro de pistola de los cañones para hacer fuego contra los artilleros; mas como éstos huieran, apoderáronse de aquella escasa artillería, rompieron la cadena, montaron en su caballos y entraron en la ciudad sin más resistencia.»

Como detalle minucioso y probablemente verídico que caracteriza el modo de ser de Cromwell, diremos que intervino en muchos ligeros combates y reprimió movimientos que tenían en sí mismos poca importancia, pero que hubieran podido llegar á tenerla grande si no se hubiesen sofocado prontamente y con decisión á la vez que con un espíritu de tolerancia. En el caso que acabamos de referir, como en todos los demás, tan sólo se impuso á los delincuentes una multa proporcionada á su fortuna, dejándoles libres bajo la promesa formal de conducirse en lo sucesivo honradamente.

Sin embargo, no sabemos que Cromwell fuera un hombre popular en ningún sentido, aunque indudablemente se le respetaba mucho. Algunos aseguran que adquirió autoridad, antes de que comenzase la guerra, apadrinando las violencias y agitaciones de la multitud; pero no hay ninguna prueba satisfactoria que sirva de apoyo á semejante aserto. La mejor refutación está en la circunstancia de que desde el día en que ejerció algún mando sacrificó cuanto pudiera reclamar del afecto de la multitud, porque respetaba ante todo el deber público. El hombre que reprimía el desorden entre sus vecinos tan resueltamente como Cromwell, esperando siempre mucho del patriotismo de los habitantes por cuya seguridad velaba, no podía apadrinar ni consentir ningún género de violencias contra la propiedad. La confusión de ideas sobre este punto se debe á las simpatías que Cromwell manifestaba á todas las personas pobres y oprimidas, lo cual era tan propio de su carácter como su respeto al orden. Siendo todavía joven, tomó parte muy activa en una agitación que se promovió con motivo de un cambio de gobierno en Huntingdon. Esta ciudad se había gobernado hasta entonces por un consejo comunal elegido anualmente por los ciudadanos; pero en 1630, gracias á influencias de la corte, este gobierno fué substituído por una junta oligárquica compuesta de doce magistrados cuyo cargo era vitalicio. En 1638, esta junta incurrió en el desagrado de los aristócratas de la localidad por haber defendido enérgicamente á los que trabajaban en los pantanos, los cuales se hallaban expuestos á ser expulsados de sus reducidas viviendas, libres de pago, por haber dispuesto el rey que se acotaran unos terrenos de una extensión de ciento cincuenta y dos mil acres. Como resultado de la acción de Cromwell y de las poderosas razones que expuso, se renunció á tal proyecto; y en 1641, siendo individuo del Parlamento, se aventuró á manifestarse adversario del hombre más

influyente de su condado, el conde de Manchester, de una manera que debió resentir gravemente al noble, y que enajenó á Cromwell la probabilidad de obtener nunca el menor auxilio de las altas esferas para mejorar sus intereses en el Parlamento.

La actitud de Cromwell en aquel asunto fué tan característica, que no estará de más referir el incidente.

La reina tenía ciertos derechos señoriales sobre una propiedad situada cerca de Saint Ives, que vendió al conde de Manchester, y en ella estaba comprendido un terreno llamado «Soke de Somersham,» lo cual ocasionó grandes perjuicios á un considerable número de campesinos que ganaban la subsistencia cortando leña y cazando en los pantanos allí existentes: era la cuestión tan familiar de los «derechos comunales.» Sin duda, después de consultar con Cromwell, se envió una petición á la Cámara de diputados, que habían elegido ya un comité para informar sobre un *bill* respecto á la cesión de semejantes terrenos por parte del rey á la reina, habiéndose nombrado á Cromwell individuo de dicho comité. Mientras los Comunes discutían aún sobre el asunto, los Lores, obrando por su propia cuenta, pusieron al conde de Manchester en posesión del «Soke de Somersham.» En su consecuencia, los campesinos, considerando su causa perdida y tal vez sufriendo hambre, se amotinaron y cometieron muchos destrozos. Sus jefes debieron comparecer ante el comité como responsables de los daños causados; Cromwell fué su campeón, y Clarendon nos dice, con muchos visos de verdad, aunque siempre es preciso tomar con reserva sus palabras, que el futuro Protector *no se mordió la lengua* para hablar á sus Señorías. El desenlace de aquel asunto no se ha puesto en claro; pero sabemos que Cromwell experimentó uno de esos accesos de cólera que tan raros eran en él. La autoridad que tenía sobre el pueblo era debida principalmente á su odio á la injusticia y la opresión, contra las cuales se rebelaba siempre, aunque respetando el principio de autoridad.

Si en la primera parte de su vida pública Cromwell se propuso adquirir popularidad, como algunos de sus críticos presumen, juzgando por los incidentes de que hemos hecho mención, debía tener una idea muy extraña acerca de los medios más oportunos para conseguirla. No solamente multó sin compasión á las personas «mal intencionadas» en los Condados Orientales cuando se trataba de recoger dinero, sino que, al hacer un llamamiento á los hombres de buena voluntad, no se mostró siempre cortés. La persona que se negaba á dar algo de su tiempo y de su dinero en favor de la causa y del país, lo pasaba mal si Cromwell llegaba á tener noticia de ello. Este último, trabajando sin cesar, empleaba todas sus ganancias en pro de la causa común y consideraba como traidores á la misma á los que escatimaban el dinero. En cuanto á los nobles, la opinión que tenía de ellos era muy sencilla y no del todo desposeída de razón: decía que ellos y sus amigos ayudaban á los consejeros del rey para restablecer la tiranía religiosa y oprimir al pueblo, proceder que era necesario castigar de un

modo ó de otro. Si se mantenían tranquilos, no les molestaba; pero á la menor cosa que hicieran contra el Parlamento, su mano pesaba sobre ellos, imponiéndoles multas y haciéndolas efectivas sin contemplaciones.

Esto era muy duro y sumamente desagradable para Cromwell, que á nadie perdonaba, tanto que ni los lazos de familia, ni las antiguas amistades le hacían cambiar de conducta. La causa común era para él lo primero, y quería servirla fielmente.

De este modo pasaron los meses de invierno de 1642 á 1643, hasta que en el Norte y en el Oeste comenzaron á desarrollarse acontecimientos que exigían los servicios de Cromwell y de sus tropas. La primavera de 1643 fué muy triste para los puritanos: el príncipe Ruperto hacía incursiones en varios condados; Sir Ralf Hopton acosaba de cerca en el Oeste á Lord Stamford; y el marqués de Newcastle hacía retroceder á los Fairfax en el Norte lentamente, pero con seguridad. La balanza no se hubiera inclinado, sin embargo, de tal suerte en favor del rey si no hubiese sido por la falta de actividad del comandante en jefe elegido por el Parlamento, el conde de Essex, que estaba en Wíndsor con un considerable ejército sin hacer nada. En vano los individuos del Parlamento, conducidos por John Hampden, instaron para que dicho jefe avanzara sin pérdida de tiempo contra Ruperto para combatirle y poner término á sus incursiones; Essex no quiso escuchar tal consejo, y se empeñó en mantenerse á la defensiva en Wíndsor, guardando la ciudad de Londres, á la manera del perro guardián que se contenta con ladrar delante de su garita mientras los ladrones saquean la casa. Sin embargo, no era cobarde; pero creyó que la acción agresiva por su parte hubiera malogrado ciertas negociaciones para la paz con Carlos, que entonces se seguían lentamente en Oxford.

Cualesquiera que fuesen las razones particulares de Essex para proceder así, el caso es que su conducta tuvo desastrosas consecuencias. En todas partes, excepto en los Condados Orientales, los realistas recobraron nuevos bríos, comenzando á considerarse como dueños de la situación. Los parlamentarios empezaban á perder la fe y la esperanza; y cuando llegó el verano, los acontecimientos que se siguieron rápidamente produjeron una crisis, obligando á Cromwell á salir del campo de acción en que hasta entonces se había mantenido, y poniéndole frente á frente de todos los peligros de la situación y ante los caballeros de Newark, de Stamford en Lincoln, y por último ante el magnífico ejército de Newcastle, contra todos los cuales había de combatir.

CAPITULO V

El peligro que amenazaba á la causa del Parlamento en la primavera del 1643 se extendía como el incendio de una pradera, que no habiendo sido cortado cuando era de reducidas proporciones, se propagaba más allá de sus límites. En el Norte era donde la conflagración parecía más temible, y hacia aquel punto fué enviado Cromwell.

Llevaba á sus órdenes su propio regimiento de arcabuceros, algunas piezas de artillería y otras tropas obtenidas de las levas de Lincoln. El total de sus fuerzas era de mil á mil quinientos hombres.

En rigor, aquellos regimientos estaban bajo las órdenes de Lord Grey de Wark, jefe del ejército de la Asociación Oriental; pero en la práctica Cromwell dirigía sus propios asuntos, y aunque trató de cooperar lealmente con su jefe superior cuando se ofrecía oportunidad para ello, y aconsejaba siempre la concentración de fuerzas, nunca operaron los dos juntos y á la vez, y todas cuantas acciones allí se libraron contra los partidarios del rey fueron obra de la acción independiente de Cromwell.

La misión de Cromwell, que tenía por objeto arrojar á los realistas del condado de Lincoln y unirlo con los Condados Orientales, fué de imposible realización durante muchos meses; mas en los medios que puso en práctica para llevarla á cabo, en la experiencia que adquirió y en la reputación que obtuvo como jefe de caballería se debe buscar la explicación del último triunfo de la causa puritana.

En aquellas regiones era muy alarmante la situación á fines de abril de 1643. El marqués de Newcastle, buen militar aunque hombre indolente, había burlado los esfuerzos de los Fairfax, que mandaban el ejército del Parlamento en el condado de York; después introdujo considerables fuerzas en Lincoln y puso una fuerte guarnición en Newark, centro desde el cual las partidas de caballeros recorrían el país en todas direcciones, hasta que sólo le quedaron al Parlamento algunas ciudades fortificadas en todo el condado de Lincoln. Para mayor disgusto de los puritanos, la reina, que había comprado grandes cantidades de municiones empeñando en Holanda las joyas de la corona, había desembarcado en el Norte, donde hacía prosélitos para el rey, despertando el entusiasmo entre los

católicos. En toda la parte del país más inmediata á la campiña era muy numeroso el partido realista, y Newcastle esperaba tan sólo al parecer un movimiento definitivo por parte del rey y una victoria decisiva sobre los Fairfax, para marchar á Londres, atravesando los Condados Orientales.

El problema que debía resolverse, como lo reconoció la Asociación al enviar á Cromwell con su puñado de hombres á reforzar los diseminados regimientos y la guarnición del abatido condado de Lincoln, se reducía á retardar el avance de Newcastle, ó por lo menos simular un vigoroso ataque para aliviar la crítica situación de Lord Fairfax. Cromwell vió desde luego que la única manera de hacerlo con buen éxito consistía en apoderarse de Newark á toda costa. Mientras esta ciudad pudiera conservar su guarnición de más de mil hombres con abundantes víveres y municiones, sería una amenaza para todos los habitantes pacíficos, pues en una extensión de treinta millas á la redonda no había medio de establecer ninguna línea defensiva en Lincoln para evitar el avance de Newcastle por los Condados Orientales. Las demás ciudades podían tomarse y volverse á perder, pero ninguna era tan importante como Newark, ni ofrecía tan buena base para los abastecimientos, así como ninguna otra plaza fuerte era tan propia para tener en ella un considerable número de tropas.

Los deseos de Cromwell en este punto y las dificultades con que tropezó para satisfacerlos se indican claramente en una carta que dirigió «Al honorable Comité de Lincoln,» con fecha 3 de mayo de 1643. Digamos de paso que este Comité tenía la misma organización que el de los Condados Orientales; mas por falta de medios y por causa de la dificultad que significaba el estar en poder de los realistas la ciudad de Newark, fuéle imposible mantener el condado libre de enemigos, aunque no por esto dejó de trabajar organizando algunas tropas que utilizó después Cromwell con ventaja en sus campañas. He aquí la carta:

«Señores y caballeros: Apenas debéis pensar en mí, porque aún soy mensajero de malas noticias al anunciaros nuevas dilaciones, por más que estoy deseando auxiliaros con toda la prontitud posible.

»Lord Grey me ha faltado de nuevo á la cita en Stamford, aunque así él como yo recibimos cartas de Su Excelencia, lord Essex, ordenándonos que acudiéramos á dicho punto, y juntamente con las fuerzas de Sir John Gell y de Nottingham nos reuniéramos con vosotros. Lord Grey me envió á Sir Edward Hartop para decirme que no podía verme en Stamford según habíamos convenido, porque temía dejar á Leicéster expuesto á los ataques del enemigo.

»En mi concepto, más provechoso sería, antes de ocuparse de Leicéster, operar desde luego en el campo con nuestras fuerzas para llevar á cabo los fines comunes. En su consecuencia, cuando vea á lord Grey, se lo diré así; le he indicado otro punto para la conferencia, que ha de ser mañana mismo, y creo que no faltará. Si juzgáis oportuno enviar un mensajero que tome parte en la entre-

vista, podrá influir mucho para que se adopte mi plan, que consiste en avanzar rápidamente sin vacilación, con Sir John Gell y las demás fuerzas, para que nos encontremos todos en un punto de reunión general á fin de realizar el objetivo que ya sabéis (el sitio de Newark). Entonces quedaréis del todo satisfechos de



Guillermo Cavendish de Newcastle

mi integridad; pero si ningún hombre os ayuda, yo no dejaré de hacerlo, mediante el auxilio de Dios.

»Si pudiéramos concentrar todas las fuerzas, marchando con la mayor rapidez posible á Grantham, que sería el punto de reunión general, creo que obtendríamos buen resultado. Yo me dirigiré hacia allí, y vuestro concurso podrá apresurar probablemente el resultado, sobre todo obrando yo bajo las órdenes de mi jefe principal. Nuestras fuerzas de Norfolk, que no serán tantas como

imagináis, es decir, seiscientos ó setecientos hombres, estarán convenientemente situadas en Spalding, y conffo en poder hallarmé en Grantham para la reunión general.

»No necesito molestaros más; pero rogando á Dios que haga desaparecer las dificultades que se oponen á nuestra concentración, y que favorezca nuestros designios, se ofrece de vosotros vuestro fiel servidor

»OLIVERIO CROMWELL.»

Los primeros días de mayo fueron muy angustiosos para Cromewll, pues una y otra vez trató de inducir á los demás jefes del ejército del Parlamento á ir á Lincoln á fin de hacer un supremo esfuerzo para anonadar á su poderoso enemigo; pero jamás pudo conseguir su objeto. La verdad es que los coroneles de aquellos regimientos temían demasiado los ataques de los merodeadores realistas contra sus propias casas si se alejaban mucho de ellas; no podían comprender el hecho, tan patente para Cromwell, de que un ataque resuelto y de buen éxito contra Newark purgaría toda una parte del país de aquellos molestos huéspedes.

Mientras tanto, los mismos habitantes de Newark, habiendo tenido noticia de las vacilaciones de sus enemigos y de su escasa fuerza, pensaron que algunos vigorosos ataques aislados contra los jefes del Parlamento bastarían para ahuyentarlos de Lincoln y dejar expedito hacia el Sur un ancho camino para el ejército de Newcastle. Aquellos soldados realistas estaban bien montados y se distinguían por su bravura, tanto que sus enemigos no habían podido resistir su empuje en campo abierto.

El 13 de mayo, numerosas fuerzas procedentes de Newark emprendieron la marcha para apoderarse de Grantham, y probablemente creían seguro su triunfo, tanto más, cuanto que las tropas estacionadas allí eran inferiores en número y se hallaban al mando de un jefe natural de Cambridge, de quien aquellos realistas no habían oído hablar nunca.

A dos millas de Grantham, los caballeros se detuvieron para formarse en línea de batalla, pues á los últimos fulgores del crepúsculo divisaron un regimiento que avanzaba hacia ellos.

A medida que las filas de los puritanos se aproximaban, los de Newark perdían mucha de su confianza al reconocer, por su aspecto decidido y la energía de sus movimientos, que aquellos hombres, dueños de sí, estaban ansiosos de batirse. Los caballeros, sin embargo, no tuvieron tiempo para hacer observaciones; siempre acostumbraban atacar los primeros; pero aquella tarde sus contrarios tomaron la ofensiva. Comenzó el combate por ambas partes con una descarga de los dragones (infantería montada, cuyas armas eran mosquetes cortos), y después Cromwell dió orden de atacar. La caballería entreabrió sus filas, situándose á un lado; los infantes, desenvainando sus pesados aceros, cargaron resueltamente contra el enemigo, y sobre la compacta línea de los caballeros el regi-

miento de Cromwell cayó denodadamente, arrollando todo cuanto se oponía á su paso. Este fué un hermoso triunfo para aquellas tropas inexpertas, pues los de Newark, además de ser dobles en número, eran todos hombres aguerridos. Bien recompensada quedó con esto la solicitud y paciencia con que Cromwell y sus oficiales instruyeron á sus soldados. El mismo Cromwell hace el relato del combate en una de sus breves y modestas cartas á sus jefes, cartas únicas entre todos los partes militares, y que llevan el sello indeleble de la personalidad del autor. La que reproducimos, primera que se publicó en los diarios del día, es digna de atención, tanto por lo que representa en sí, cuanto porque da idea de la sencillez y rectitud de carácter de Cromwell.

«Grantham, 13 mayo de 1643 (1).

»Señor: Dios nos ha concedido esta noche pasada una gloriosa victoria sobre nuestros enemigos. Según nos han dicho, llevaban veintiuna banderas y la caballería contaba tres ó cuatro escuadrones.

»Era ya tarde cuando salimos; el enemigo llegó y situóse frente á nosotros á dos millas de la ciudad. Entonces, sabedores de esto, avanzamos con nuestras fuerzas, consistentes en unos doce batallones, algunos de ellos muy quebrantados á causa de su fatigoso viaje por caminos infernales. Sin embargo, con este puñado de valientes se ha conseguido el triunfo: después de haber permanecido breve rato á la distancia de un tiro de fusil de nuestros enemigos, y cuando los dragones hubieron hecho fuego por espacio de más de media hora, viendo que no avanzaban, resolvimos atacar. Después de cruzarse muchos tiros por ambas partes, nuestras tropas se adelantaron á la carrera; el enemigo permanecía firme para recibirnos; pero nuestros soldados atacaron con tal furia, que aquél no pudo resistir; por la providencia de Dios fué derrotado al punto, y todos huyeron á la desbandada, persiguiéndoles los nuestros en el espacio de dos ó tres millas.

»Creo que algunos de nuestros soldados mataron dos ó tres hombres cada uno en la persecución; mas ignoro cuál fué el total de bajas. Hicimos cuarenta y cinco prisioneros, y rescatamos muchos de los nuestros, apoderándonos de cuatro ó cinco banderas.

»OLIVERIO CROMWELL.»

Esta victoria fué completa y muy importante, porque los de Newark no pudieron ya recorrer el país impunemente y apoderarse de lo que se les antojaba. Aquel encuentro é innumerables y ligeras escaramuzas, de las que apenas nos quedan ligeros indicios, prueban que el éxito con que Cromwell supo impedir las correrías del enemigo fué tan grande, que los Caballeros comenzaron á experimentar la misma inquietud y desaliento que hicieron sufrir á sus adversarios antes de la llegada de Cromwell. Para este último, sin embargo, aquellas operaciones militares fueron por demás desagradables; las emprendió porque no podía

(1) Carlyle, carta X, parte II, pág. 118.

hacer otra cosa, y todo lo llevó á cabo felizmente. Sus continuos é inútiles esfuerzos tendían sobre todo á persuadir á los demás á que le prestaran auxilio para destruir de una vez el avispero de donde salían las avispas que él debía aniquilar paulatinamente. Además de la decepción que sufrió al ver que no podía conseguir una combinación de las diferentes fuerzas para ejecutar las operaciones militares, Cromwell llegó á verse muy apurado por la falta de dinero y de víveres, dificultad que era mayor á medida que avanzaba el tiempo, hasta que al fin la situación llegó á ser casi desesperada. La verdad es que en aquel tiempo, reconociendo su falta de influencia, el retraimiento de sus amigos, lo escaso de sus propios recursos y el triste aspecto de la causa del Parlamento en toda Inglaterra, Cromwell hubiera desesperado de su buen éxito á no ser por su fe en que la mano de Dios estaba de su parte.

La siguiente carta dirigida al Comité de la Asociación de los Condados en Colchester da clara idea del estado de ánimo de Cromwell en aquel tiempo y su manera de juzgar á los hombres á quienes consideraba más responsables de sus desgracias. Con esta carta terminaremos nuestros informes acerca de la empresa acometida por el futuro Protector delante de Newark.

«Al Mayor, etc., en Colchester.

»Lincoln, 28 de mayo de 1643.

»Señores: He creído de mi deber escribiros una vez más para pedir os refuerzos, que es preciso que se me envíen prontamente para el mejor servicio de la causa.

»Supongo que habréis oído hablar de la gran derrota sufrida por las tropas de Newcastle, gracias á los esfuerzos de Lord Fairfax en Wakefield (derrota muy oportuna y en poco tiempo conseguida). Fué una gran merced que Dios nos dispensó, y á no ser por esto, Lord Fairfax no habría sabido cómo salir del paso. Os aseguro que si las fuerzas que tenemos se diseminaran, nada se podría esperar sino una rápida marcha del enemigo contra vosotros.

»¿Por qué no nos habéis de enviar auxilios para que podamos sostenernos? ¡Juzgad hasta qué punto sería peligroso el descuido, y cuán perjudicial resultaría para vosotros mismos! Yo escribiré siempre lo que pienso y lo que siento, y no me cansaré de repetiros que os importa mucho convencer os de la veracidad de mis palabras. Lord Newcastle tiene cerca de seis mil infantes y unos sesenta escuadrones; Lord Fairfax cuenta con tres mil hombres de infantería y nueve escuadrones, y nosotros disponemos de veinticuatro de estos últimos, incluso los dragones. El enemigo se acerca más á Lord Fairfax, y de consiguiente nuestros movimientos y los vuestros deben ser sumamente rápidos, pues de lo contrario no se hará nada bueno.

»Si enviáis refuerzos, que vayan á Boston, y os suplico que apresuréis los auxilios, sin olvidar el dinero. En esto último no insisto con urgencia, aunque os

aseguro que lo necesito mucho, pues la infantería y los dragones están dispuestos á sublevarse. No apuréis mucho á un pobre caballero que sin hacer ruido desea dar su vida y derramar su sangre hasta la última gota para servir á la causa y serviros también á vosotros. No os pido dinero para mí, ni reclamo siquiera el pago de mis honorarios, pues si se tratara de esto, ni siquiera desplegaría los labios; no pienso en esto, pero con los demás no sucede lo mismo. Os ruego que apresuréis los envíos. No olvidéis vuestras oraciones.

»Soy, señores, vuestro affmo.

»OLIVERIO CROMWELL.»



CAPITULO VI

Los llamamientos de Cromwell no fueron ineficaces; poco á poco recibió refuerzos y fondos; pero las promesas excedieron siempre en mucho á la realidad. La misma seguridad de que disfrutaban los Condados Orientales en cuanto al saqueo y las contribuciones forzosas, contribuía á que la tarea de los comités fuera más difícil de cumplir. Los hombres tenían el aguijón de la pobreza para lo porvenir, y no llegaban á comprender que las depredaciones de los hambrientos caballeros en aquel tiempo eran lo peor de todo. Al considerar la posición de los jefes en los primeros años de la guerra civil, se debe recordar que los principales gastos de los ejércitos se satisfacían por ambas partes mediante contribuciones voluntarias. En cuanto á los realistas, las cargas más pesadas recaían sobre unos pocos nobles que ayudaban á su augusto señor con la mayor generosidad; mas por lo que hace al Parlamento, las sumas con que contribuían los individuos eran mucho más reducidas, y esto obligaba á hacer llamamientos en mucha mayor escala. Además, mientras los ejércitos realistas obtenían gran parte de lo que necesitaban — á menudo por absoluta necesidad á causa de la falta de medios — apelando al saqueo, los generales del Parlamento procuraron desde un principio pagar á su manera. Por lo que toca á Cromwell, sus esfuerzos tuvieron buen resultado, y su tropa no fué una carga para el país, como no fuera el hecho de servirse algunas veces libremente de los caballos de particulares. Lo más enojoso de su misión en aquel tiempo fué reunir suficientes medios para mantener á sus tropas unidas y á su disposición. Los recursos que con su energía y sus razones había obtenido de varias personas cuando estaba en su casa, dejaron de recibirse cuando se puso al frente de las operaciones; sus únicos recursos se reducían á sus cartas de protesta y á las que escribía para poner á los demás en guardia y para hacer llamamientos á los suyos; esto, en medio de todo, ha sido una suerte para la posteridad, pues muchas de esas cartas que se han conservado nos permiten comprender bien aquella época palpitante, lo cual no hubiera sido posible de otro modo. Su lectura nos produce verdadera excitación cuando consideramos las circunstancias bajo las cuales fueron escritas, y los sentimientos, las esperanzas y temores de su autor. Sus soldados se morían casi de hambre, y su número disminuía continuamente; los

reclutas que se le enviaban no podían substituir convenientemente á los que se marchaban ó morían; diariamente era preciso rechazar á un enemigo activo, nada escrupuloso; y por último, no pasaba semana sin que se recibieran noticias de algún desastre ó derrota. En el mes de junio, Guillermo Waller fué aniquilado en el Oeste; Bristol, la gran plaza fuerte de aquella región, fué tomada por Ruperto; y en el Norte, Newcastle y Atherton Moor batieron á los Fairfax rechazándolos hasta Hull. Peor que todas estas desgracias fué aún, al menos para Cromwell, la noticia de que Hampden había sido muerto en una escaramuza en Chalgrove. Con Hampden se perdió uno de los hombres más resueltos entre los del Parlamento en el Sur, que como Cromwell había comprendido desde un principio que la guerra debía ser vigorosa y breve. No había que pensar en hacer proposiciones al rey hasta que se le hubiese vencido completamente en el campo de batalla; ante todo, la victoria por las armas, puesto que á ellas se había apelado, y después un arreglo basado en verdaderas reformas religiosas y garantías de buen gobierno para lo futuro, juntamente con una amnistía general. Con este objeto tomó Hampden parte en la guerra, y este objeto fué también el que persiguió Cromwell. En 1643, precisamente cuando el Parlamento necesitaba más hombres de acción y buenas cabezas, murió Hampden, y Cromwell quedó completamente solo. En su alma, la impresión del aislamiento debió mezclarse con el pesar causado por la pérdida de un antiguo y querido amigo.

En el Parlamento, varios hombres comenzaban ya á hablar de la paz con Carlos á toda costa; y aunque la mayoría de ellos se mantenían firmes, estaban como artilleros que, hallándose al pie de las piezas, carecían de verdadero jefe. Además, á medida que el tiempo avanzaba, todos, movidos por algún mezquino interés, comenzaron á manifestar una fatal inclinación á pensar en sí mismos más que en el bienestar de la nación. El valor, el sufrimiento y la sinceridad de aquellos parlamentarios se demostraron claramente; pero tan sólo Cromwell y Hampden poseyeron el enérgico vigor necesario para devolver la paz á la nación perturbada, y sólo ellos perseguían elevados fines y sentían de veras el deseo de que se uniesen todos los hombres honrados, fuera cual fuese su credo ú opinión política, primera condición de aquellos que quieren crear una República.

No tenemos medios para saber hasta qué punto Cromwell comprendió todo cuanto significaba la muerte de Hampden. No era su costumbre interrogar el porvenir más allá de lo que él podía ver, rasgo que, según su más notable biógrafo, el doctor Gardiner, fué causa de la mayor parte de los errores en que incurrió más tarde y de la falta de perseverancia en su obra regeneradora. Esto es verdad y no admite duda; pero falta saber si semejante limitación, permitiéndole concentrar todas sus ideas en los deberes de hoy, no comunicó á Cromwell una fuerza hercúlea en las casi innumerables crisis por que en aquel verano de 1643 y durante los diez años siguientes atravesó la causa puritana, crisis que tan sólo por su maravillosa presencia de ánimo pudieron ser vencidas.

En aquel tiempo, después de lamentar dolorosamente la pérdida que el país y él mismo acababan de sufrir por la muerte de Hampden, que no dejaba de inspirarle también inquietud por la ventaja que con esto obtendrían los traidores de Westminster para continuar su política de paz á toda costa, Cromwell volvió á proseguir tranquilamente su obra y trabajó con todas sus fuerzas. Newark era inexpugnable; Fairfax había sido derrotado en Hull, y entre el victorioso ejército de Newcastle y los Condados Orientales no había más que algunas fuerzas diseminadas que el mismo Cromwell pudo reunir. Como si esto no fuera bastante, á pesar de todo cuanto le era posible hacer, los Caballeros iban ganando terreno y acercándose mucho á él. Se habían apoderado de Stamford, ciudad situada en el punto de confluencia de tres condados, Lincoln, Rutland y Northampton, y acosaban vivamente á lord Willoughby en Gainsborough, única plaza importante al Norte de Lincoln, que aún estaba en poder del Parlamento.

Semejante crisis para un hombre acostumbrado á buscar en el porvenir guía y esperanza más bien que á fijar sus ideas únicamente en la necesidad del momento, habría sido en realidad lúgubre y terrible; para Cromwell no fué más que un poderoso estímulo, y á medida que los otros desfallecían, su genio se elevaba. Al recibir noticia de la capitulación de Stamford, reunió todos los hombres disponibles, marchó hacia allí y recobró la plaza. Después, habiendo sabido que mil caballeros de Newark andaban por las cercanías, los buscó y derrotó, obligándoles á refugiarse en Burleigh House, especie de fortaleza capaz de resistir, según sus dueños, á todo, menos á la artillería de sitio. Cromwell, sin embargo, intimó al punto la rendición, y como el enemigo vacilase, se lanzó al asalto tan vigorosamente, que la guarnición se rindió á discreción: á todos se perdonó la vida, pero no se pudo evitar el saqueo. Después Cromwell fijó su atención en Gainsborough; dejó á sus soldados descansar una noche, y al rayar la aurora los condujo á Grantham con tal rapidez, que antes de que anocheciera habían franqueado la distancia, unas veinte millas, que les separaba de aquel punto. Cromwell detalla los movimientos que practicó después de esto en una carta dirigida al comité de la Asociación de los Condados Orientales en Cambridge. De todas las cartas de Cromwell, ésta es la que contiene la más clara y animada narración de los acontecimientos, descritos con bastante sencillez; no hay exageración para dar color á los incidentes, ni tampoco supresiones, sino que modestamente y con la mayor precisión refiere la historia de uno de los más notables hechos de armas de la guerra civil. Para comprender cuán notable fué, hay que recordar que el sitio de Burleigh House comenzó á las tres de la madrugada de un martes y no terminó hasta ponerse el sol; que la marcha á Gainsborough, cincuenta y cinco millas, dió principio al despuntar el alba el miércoles, terminándose en cuarenta y ocho horas, es decir, á las cuatro de la mañana del viernes; que las tropas se habían batido y derrotado á un enemigo superior en número, marchando después á Gainsborough; que por la tarde hicie-

ron frente y batieron á todo el ejército de Newcastle; y por último, que saliendo de aquel punto recorrieron aún muchas millas hacia el Sur antes de que se les permitiera tomar algún descanso.

Y todo esto se hizo en los abrasadores días de julio, por hombres que montaban malos caballos, sufriendo el peso de sus armaduras, coraza, casco y espadas, que exigían todo el vigor del brazo y del hombro para su manejo.

He aquí el informe de Cromwell (1):

«*A mis nobles amigos, etc. (el comité de la Asociación establecido en Cambridge).*

»Huntingdon, 31 de julio de 1643.

»Señores: Nadie desea más que yo presentarse animado ante vosotros en recompensa de la rectitud de que dais pruebas para favorecer la gran causa. Y á fe que Dios nos protege, colmándonos de bendiciones, por lo cual os suplico que no le olvidéis, teniendo en cuenta que la protección divina no podía ser más oportuna. Parece que el Señor nos dice: *¡Adelante: continuad vuestra obra, que yo estaré de vuestra parte y os ayudaré!*

»No debemos temer más que nuestros propios pecados y nuestra indolencia.

»El Altísimo quiso conceder á vuestro servidor y soldado una notable victoria en Gainsborough. Después de apoderarme de Burleigh House el miércoles, me dirigí á Grantham, donde encontré unos 300 caballos y dragones de Nottingham; con éstos agregué á mis fuerzas en la tarde del jueves algunas de Lincoln que estaban en North Scarle, punto situado á unas diez millas de Gainsborough; y después me dirigí con toda mi gente á este último punto.

»Como á milla y media de la ciudad, encontramos una avanzada enemiga de cerca de cien caballos; nuestros dragones trataron de hacerla retroceder, aunque sin echar pie á tierra; pero el enemigo les dió una carga y desmontó á cuatro ó cinco de los nuestros. Sin embargo, muy pronto los nuestros cargaron á su vez, obligando al enemigo á incorporarse con el cuerpo principal.

»Entonces avanzamos, y á poco llegábamos al pie de una empinada colina, adonde no se podía subir bien sino por algunos senderos, y mientras nuestros hombres trataban de ascender á aquella altura, algunas fuerzas enemigas quisieron oponerse á su paso; pero al fin consiguieron llegar á la cumbre los voluntarios de Lincoln, que formaban la vanguardia.

»Cuando todos estuvimos en la cima, divisamos frente á nosotros un numeroso cuerpo de caballería enemiga, detrás de la cual estaba formado un regimiento completo de caballería. Tratamos de situar á nuestros hombres de la mejor manera posible, y entretanto los realistas avanzaron hacia nosotros para sorprendernos con ventaja; pero en el mismo orden en que nos encontrábamos, y á pesar de la inferioridad de nuestras fuerzas, dimos una carga dirigiendo yo

(1) Carlyle, carta XII, parte II, pág. 123.

el ala derecha. Los caballos de una y otra parte llegaron á tocarse con las cabezas, y el terreno fué largo tiempo disputado palmo á palmo con pistolas y espadas, manteniendo siempre el orden posible. Al fin nuestros contrarios retrocedieron un poco, y al notarlo mis soldados, atacaron con redoblado vigor, derrotando por último á todo aquel numeroso cuerpo, que se dispersó en todas direcciones, huyendo cada cual por su lado; mis tropas persiguieron al enemigo en una extensión de cinco ó seis millas.

»Al notar yo que la reserva realista aún permanecía intacta, ordené al Mayor Whalley que no la persiguiera, y con mis propias tropas y parte de un regimiento, formando un total de tres batallones (240 hombres), organicé una columna de ataque. El jefe de la reserva enemiga era el general Cavendish, que tan pronto me hacía frente á mí como á las tropas de Lincoln, único refuerzo que me quedaba en el terreno, pues los demás se ocupaban en la persecución de los fugitivos. Al fin el general Cavendish dió una carga á los de Lincoln y los derrotó; pero yo caí sobre su retaguardia con mis tres batallones, lo cual le sorprendió de tal modo que renunció á perseguir á los de Lincoln y se esforzó por librarse de mí. Sin embargo, acosando de cerca al enemigo, le obligué á bajar por una colina, más allá de la cual Cavendish se detuvo en unos pantanos con algunos de sus soldados, y allí fué muerto por uno de mis capitanes, que le atravesó con su espada de parte á parte. De las fuerzas enemigas, completamente derrotadas, no quedó ni un solo hombre en el terreno donde se librara el combate.

»Después de obtener este triunfo, abastecimos la ciudad con las municiones y víveres que llevábamos; y hecho esto, nos anunciaron que al otro lado de la población, como á una milla de nosotros, se veían seis escuadrones y 300 infantes. Con 400 hombres de esta arma y nuestra caballería marchamos hacia el enemigo, y al acercarnos á él, mis tropas rechazaron á dos ó tres de sus batallones, que se retiraron á un pueblecillo situado al pie de la colina. Al ocupar ésta, divisamos en el fondo, á cosa de un cuarto de milla de nosotros, un regimiento de infantería; poco más lejos otro, y en último término, el del marqués de Newcastle y un numeroso cuerpo de caballería; estas fuerzas llevaban cincuenta banderas, é indudablemente constituían todo el ejército del marqués, que llegando tan de improviso, nos obligó á reunir consejo. Lord Willoughby y yo, que nos hallábamos en la ciudad, acordamos llamar á nuestra infantería, y yo fuí á buscarla; pero antes de que regresase, parte de nuestras fuerzas habían trabado ya el combate, pues el enemigo avanzaba con todas las suyas. Nuestra infantería hubo de retirarse en desorden, y no sin sufrir pérdidas se refugió en la ciudad, donde ahora se halla. También la caballería volvió algo desbaratada, rendida por tan prolongada lucha y con los animales cansados; pero hizo frente á los escuadrones de refresco del enemigo, y gracias á varias hábiles maniobras salió del paso sin perder un solo hombre, mientras los realistas seguían de cerca á la retaguardia. El honor de esta retirada se debe á Dios, como todo lo demás. El Mayor Whalley dió pruebas de bravura, conduciéndose como caballero y cristiano.

»Este es el verdadero relato de lo ocurrido, tan breve como me ha sido posible redactarlo, y sobre él deberéis acordar ahora lo que mejor convenga hacer. Si yo pudiera decir palabras que penetraran en vuestros corazones, para haceros comprender bien vuestra posición y la mía, las oiríais. Si queréis proporcionar ahora 2.000 hombres de infantería para obligar al ejército de Newcastle á levantar el sitio y batirle después, no dudo que, por la gracia de Dios, podremos librar la ciudad, rechazando al enemigo hasta el otro lado de Trent. Como quiera que sea, si no se hace nada en esto, veréis al ejército de Newcastle marchar sobre vosotros, puesto que ahora se halla en la parte de acá de Trent. Sé que será difícil reunir dicho número de hombres en tan breve tiempo, pero os aseguro que es necesario, y de consiguiente se ha de hacer. De todas maneras, lo que se haga, que sea con toda la actividad posible. Quisiera tener la dicha de hablar con uno de vosotros; verdaderamente, yo no puedo ir, pues debo permanecer aquí, porque el enemigo no se descuida. ¡El Señor os guíe en cuanto hagáis!

»Soy, señores, vuestro fiel servidor,

»OLIVERIO CROMWELL.»

«¡El Señor os guíe en lo que hagáis!» Estas palabras eran como una exclamación de súplica. Cromwell sabía muy bien que proporcionarle el auxilio que necesitaba con tanta urgencia no estaba en manos de los hombres á quienes se dirigía y que la única probabilidad de éxito respecto á su demanda hubiera sido presentarse ante ellos. «Quisiera tener la dicha de hablar con uno de vosotros, dice; verdaderamente, yo no puedo ir, pues debo permanecer aquí, porque el enemigo no se descuida.» Y hubiera podido añadir: «Mis amigos son débiles ó poco celosos.»

Inútil fué su severa advertencia: «Si no se hace nada en esto, veréis al ejército de Newcastle marchar sobre vosotros.»

Mientras el ejército de Cromwell se retiraba á Huntingdon en espera de los acontecimientos, y su jefe calculaba adonde dirigiría su primer ataque cuando recibiera los auxilios que la Asociación debía reunir para él, las tropas de Newcastle recorrían el país en todas direcciones como un torrente desbordado. Gainsborough hubo de ceder; Lincoln se rindió; y el 5 de agosto, nueve días después del hecho de armas de Cromwell, Lord Willoughby escribía con tristeza desde Boston, adonde se había retirado apresuradamente (1):

«Desde la acción de Gainsborough, nuestros soldados desfallecieron de tal modo que la mayor parte de ellos desertaron, por lo cual me fué forzoso abandonar Lincoln de improviso, pues si no lo hubiera hecho así, me habría quedado completamente solo. Por eso me hallo ahora en Boston con muy pocas fuerzas, tanto que, á no recibir prontamente auxilio, temo que no podamos permanecer aquí tampoco.

(1) Carlyle, parte II, página 128.

»Sé que mi Lord General os ha escrito para que reunáis todas las fuerzas que os sea posible, y yo me alegraría que así lo hicierais, porque de lo contrario nada bueno puede esperarse. Si queréis hacer un esfuerzo para detener á Lord Newcastle en su marcha, será preciso que le atacéis desde luego; pues mientras no seamos dueños del campo nos estirarán las orejas de continuo.

»Si la infantería quiere venir, puede marchar con toda seguridad hasta Boston, lo cual será muy importante para vuestra asociación, porque si el enemigo se apodera de esta ciudad, muy débil ahora por falta de hombres que la defendan, creo que no tardará mucho en salir de Norfolk y Suffolk.

»No puedo decir más, y rogándoos que os apresuréis, me ofrezco vuestro servidor

»FRANCISCO WILLOUGHBY.»

Hemos reproducido esta carta íntegra, porque no sólo da idea de la situación, sino que hace ver qué clase de hombres tenía Cromwell para ayudarle en aquella crisis tremenda. A continuación copiamos las observaciones que aquél hizo á los comisionados de Cambridge y que se comunicaron al Parlamento. Están contenidas en una carta muy característica, llena de fuego y animación, y que dice así:

«Por la adjunta podéis ver cuán triste es el estado de vuestros negocios. No hay tiempo para discutir; es preciso que se reúnan al punto cuantas fuerzas sea posible encontrar para enviarlas á Huntingdon; búsquense voluntarios, y prepárese cuanta caballería se halle en disposición de prestar servicio.

»Enviense estas cartas sin dilación á Norfolk, Suffolk y Essex; y os suplico que no perdáis un instante. Casi toda nuestra infantería ha salido de Stamford, y para detener las considerables fuerzas del enemigo no tenemos más que la caballería. Se ha de obrar con toda actividad, sin perder momento, y sobre todo no descuidéis medio alguno.

»Soy vuestro fiel servidor

»OLIVERIO CROMWELL.»

Este llamamiento produjo efecto al fin, y pocos días después escribía Cromwell desde Peterborough:

«Sería muy conveniente que apresuraseis el envío de la caballería á Huntingdon, y las otras fuerzas que se puedan reunir, á Cambridge... Os ruego que activéis las levadas cuanto sea posible, especialmente para organizar la infantería.»

Aunque bajo la presión de la necesidad los condados reclutaban gente, los fondos aún no habían llegado.

«El dinero que yo he traído, escribió Cromwell, resulta tan insuficiente cuando se comienza á distribuir entre todas mis tropas, que no habrá bastante ni

para uniformar á la mitad de los hombres, y si no recibo muy pronto más recursos, todos quedarán sumamente desalentados... ¡Señores, haced todo lo posible para que vivan y subsistan los que desean derramar su sangre por vosotros!»

La posición comenzaba á ser desesperada, y Cromwell, ahora jefe reconocido de todas las operaciones de aquella región, apeló á todos los medios para concentrar fuerzas.

No se podía hacer nada más que esto y esperar; y en tanto el horizonte se presentaba cada vez más obscuro.

El Sur, el Oeste y el Norte estaban en poder del rey; Gloucéster, la única ciudad de importancia, resistía aun; pero una concentración de las fuerzas realistas y una marcha rápida y resuelta conducirían al fin al rey á las puertas de Londres si Essex no oponía resistencia.



CAPITULO VII

En los primeros días de septiembre de 1643, la causa del Parlamento parecía perdida; pero antes de terminar el mes volvió á cobrar alientos.

Carlos, que había aplazado su marcha á Londres hasta que pudiera apoderarse de Gloucéster, vió que la empresa era más difícil de lo que esperaba. Aunque escasa de víveres, la ciudad resistió valerosamente, enviando mensajes con urgencia á Londres para que se proporcionaran auxilios. Aquel supremo apuro despertó al fin á Essex, haciéndole salir de su indolencia; con varias partidas de Londres, instruídas ya, y los restos de su primer ejército, tomó la ofensiva, y marchando rápidamente hacia el Oeste, el 5 de septiembre llegó á la vista de Gloucéster, que aún se resistía. El rey se retiró al acercarse el enemigo, y la valerosa ciudad fué auxiliada sin disparar un tiro.

En el viaje de regreso á Londres se riñó la primera batalla de Newbury entre Essex y Carlos, batalla que fué tan indecisa como la de Edgehill; pero la presencia de Essex delante de Gloucéster no había sido inútil, pues probó al país que ninguna influencia existía entre los puritanos para inducirles á que aceptasen una paz innoble.

Había, sin embargo, otra razón, además de la energía y recursos de los comerciantes de Londres, para que el Parlamento inspirase de nuevo confianza. Durante algún tiempo habían mediado negociaciones con los escoceses respecto á la unión de las diferentes fuerzas, y en septiembre aquellas negociaciones tuvieron feliz término. En aquel entonces Escocia era presbiteriana; sus sacerdotes tenían el ejército y el pueblo de las Tierras bajas á su favor; ejercían una influencia enorme en los asuntos de Estado, y eran prácticamente dictadores en materia de religión. Los montañeses (highlanders) y muchos de los altos nobles rehusaban reconocer esta supremacía; pero á los ojos de la mayoría de la nación, particularmente de la poderosa clase media, los presbíteros representaban la autoridad superior del país. Aunque en aquella época no hubieran desaparecido las simpatías entre Inglaterra y Escocia, ni hubiese tampoco «unión» en la verdadera acepción de la palabra, los dos países se hallaban demasiado próximos para que una crisis política en cualquiera de ellos no afectase profundamente al otro. Todos los hombres de Estado escoceses sabían que el carácter

del gobierno que al fin se estableciera en Westminster era de vital importancia para ellos. En un principio se limitaron á observar tranquilos la marcha de los acontecimientos; pero á medida que la lucha se hacía más desesperada, comenzaron á urdir poco á poco activas intrigas. Los dos partidos de Inglaterra solicitaban su apoyo; pero tan sólo el Parlamento podía ofrecer lo que el partido escocés dominante necesitaba, es decir, una promesa de apoyo en favor de la religión presbiteriana. Carlos, dicho sea en honor suyo, no quería entrar en tratos sobre la base de una forma de religión que aborrecía, y los escoceses, por su



Carlos I en el sitio de Gloucestér recibiendo á los delegados que en nombre de la corporación se niegan á entregar la ciudad al rey

parte preciso es hacerles también justicia, no querían prestar su apoyo á un rey que no profesase su misma fe. Con los parlamentarios no era difícil encontrar la base de un convenio, pues sus jefes eran presbiterianos; pero los escoceses deseaban que todos los puritanos ingleses se comprometieran á convertirse en presbiterianos antes de que un ejército traspasase la frontera, y esto no querían aquéllos aceptarlo. Largo tiempo y ansiosamente debieron trabajar en Escocia los comisionados parlamentarios antes de estipular un acuerdo (septiembre 1643) que no ofendiera la conciencia puritana y contentase á los escoceses. Al fin se estipuló en 25 del citado mes, y la «Solemne Liga y Convenio» fué firmada por todos los individuos de la Cámara de los Comunes entonces presentes en Westminster, distribuyéndose copias en todo el país.

Aquel acto fué trascendental, y atendidas las diferencias que después surgieron entre los dos países, muy funesto. Cromwell, que firmó el Convenio como

los demás, después se arrepintió siempre de ello, y apenas es dudoso que si hubiera podido prever lo que sucedería, no lo habría firmado. El perjuicio que contra él resultó fué debido á la absoluta imposibilidad de que ningún hombre de aquel tiempo, y mucho menos el que tenía la imaginación ocupada en tan graves negocios, pudiera presumir en modo alguno los sucesos que al fin produjeron el rompimiento entre el ejército y el Parlamento, y fueron causa de la ejecución del rey. En aquella época, 1643, era cosa corriente prometer, en la forma que prevenía el Convenio, «defender y conservar la persona del rey y su autoridad para el mantenimiento de la religión y de las libertades.» Entonces se suponía que el monarca se había equivocado, dejándose ganar por malos consejeros, y que cuando éstos desaparecieran, el rey, rodeado de un partido puritano unido, llegaría á ser, bajo su salvaguardia, el soberano de un pueblo leal. Este estado de cosas, nótese bien, fué el que Cromwell se esforzó para conseguir cinco años después.

Respecto á la primera y más importante cláusula de todas, interpretada por Cromwell literalmente, que era como debían interpretarla los hombres de su opinión, no había contradicción alguna entre la promesa que hizo en 1645 de «conservar la religión reformada de Escocia, y proceder á la reforma de Inglaterra, según la palabra de Dios y los ejemplos de las iglesias mejor reformadas, efectuando así la uniformidad de fe, de culto y disciplina en los tres reinos,» y su acción contra Escocia en 1650.

Cromwell no deseó nunca combatir el presbiterianismo en Escocia, y el texto del Convenio, gracias á los esfuerzos de los comisionados ingleses, no implicaba necesariamente que sus firmantes se comprometieran á establecer dicha religión en Inglaterra. «La uniformidad de fe, de culto y de disciplina» significaba para Cromwell la adopción de precauciones razonables á fin de que se predicaran en los púlpitos las doctrinas de la religión cristiana, «según la palabra de Dios,» y nada más.

Se podrá argüir que los escoceses no perdonaron esfuerzo alguno para que se supiera bien que la principal condición de su auxilio era el establecimiento del presbiterianismo en Inglaterra; y que Cromwell, que no fué nunca presbiteriano ni tuvo intenciones de llegar á serlo, no tenía necesidad de prestarse á semejante política. Los que juzguen así no pueden darse cuenta de la desesperada situación de los negocios, ni tampoco imaginar la terrible responsabilidad en que hubiera incurrido un hombre de la posición de Cromwell si por excesiva delicadeza de conciencia hubiera rehusado las condiciones de los escoceses, empleando todo el peso de su influencia para acentuar las disensiones intestinas que amenazaban ya al partido puritano. Cromwell no era ya simplemente un coronel de regimiento; realistas y puritanos conocían su nombre como el de un soldado que había ejercido mando independiente contra fuerzas superiores en distintas ocasiones, y que, una vez en la batalla, no dejaba nunca de obtener ventajas sobre el enemigo. Aunque sus fuerzas fuesen reducidas en número, se ha-

cían formidables por su calidad y por la manera de conducir las suyas; de modo que este último era un hombre notable y de importancia. ¿Cuál era, pues, su deber? Creía, y con razón, que la única probabilidad de éxito para la causa de los puritanos ingleses estaba en que éstos se unieran con los escoceses: Cromwell fué siempre un idealista en su creencia sobre la unión de los pueblos. Allí había oportunidad para unir, por los sagrados lazos del matrimonio, dos naciones que de este modo tendrían grandes intereses comunes. Cromwell, que era sobre todo un hombre tolerante, opinaba que las diferencias entre ambas desaparecerían por el contacto amistoso y las relaciones frecuentes, y que la unión de la verdadera religión «reformada,» agradable á Dios, sería un hecho y una bendición para la humanidad. No vemos motivo para dudar de que Cromwell firmara el Convenio por tales razones y con semejante espíritu, ateniéndose lealmente á él hasta que los presbiterianos ingleses y sus aliados escoceses lo violaron marcadamente por su manera de tratar al ejército; hasta la conducta y política de Carlos convertían en una burla la cláusula que á él se refería. Es cierto que el hecho de firmar un convenio no conduce por sí solo á la unión de pueblos; pero no se puede censurar á Cromwell por no haberlo entendido así, como tampoco lo entendieron los hombres más notables de su época.

Mientras se firmaba el Convenio, cambiaba poco á poco el aspecto de los asuntos de los Condados Orientales por la parte del Norte. Durante todo el mes de septiembre, Cromwell trabajó en la enojosa tarea de convertir á los reclutas en soldados aptos para la lucha, esforzándose al mismo tiempo para inducir á los habitantes del Anglia Oriental á que le enviaran lo necesario para vestir y alimentar á sus hombres. Esto último fué lo más trabajoso. El genio de Cromwell nunca fué á propósito para descender á minuciosidades; pero si se trataba de realizar un propósito determinado, teniendo que arrostrar para ello grandes dificultades, como en el caso en que fué preciso buscar hombres y armas para defender los Condados Orientales, y más tarde cuando organizó el ejército que conquistó el Norte de Inglaterra para el Parlamento, manifestábase toda su energía.

Durante el mes de septiembre escribió muy á menudo á sus diversos Comités con creciente énfasis. A los de Suffolk les dirigió una carta en que decía: «¡Creedme, dentro de pocos días oiréis hablar de alguna tempestad! No tenéis una infantería numerosa, y debéis apresuraros á reunir caballería, pues de lo contrario, en pocas horas podríais perderlo todo.....» Y como posdata añadía: «Si enviáis hombres como los que me proporcionó Essex, de poco servirán; tened cuidado de que los oficiales encargados de conducirlos sean capaces de llegar con ellos hasta donde se halla el grueso de nuestras fuerzas, y de este modo no dudo que los conservaremos, haciendo buen uso de ellos (1).» Con esto parece indicar que era más fácil alistar hombres que no impedir su desertión mientras no se hallasen á la vista de Cromwell.

Esto se confirma en la siguiente carta á su primo, Oliverio Saint John, el abo-

(1) Carlyle, parte II, carta XVI, pág. 134.

gado que defendió á Hampden cuando éste fué juzgado por falta de pago de ciertos derechos sobre navíos; y también podemos citar la alusión que hizo respecto á sus propios soldados, demasiado característica é importante para omitirla, por más que se haya citado tan á menudo. De todas las cartas de Cromwell, en ésta es en la que usa un lenguaje menos comedido. Escribía confidencialmente á un amigo suyo y decíale (1):

«Muy señor mío: No os molestaría sobre asuntos de dinero si no pesara sobre mí demasiado la necesidad en que mis tropas se hallan. ¡Es demasiado el olvido en que me tienen!

• »Estoy dispuesto ahora á marchar contra el enemigo, que se ha atrincherado otra vez sobre Hull, por haber sitiado la ciudad lord Newcastle. Muchas de las tropas de lord Manchester se me han presentado, pero en muy mala condición y dispuestas á sublevarse, por lo cual no se puede confiar en ellas, aunque *se les pagó* casi hasta la última semana; las *mías* no han sido atendidas para su sostenimiento, como no sea por los pobres auxilios del condado de Huntingdon. Sin embargo, mis fuerzas van en aumento; tengo buenos soldados y los respetaría si los vierais. ¡No son anabaptistas, sino honrados y buenos cristianos, y esperan que se les utilice como hombres!

»Si fuese aficionado á escribir á la Cámara cosas amargas, motivo tengo para hacerlo ahora. De las 3.000 libras que se me concedieron, no puedo recoger la parte de Norfolk ni la del condado de Hertford, pues ambas desaparecieron antes de que llegaran á mis manos. Me he cuidado de los servicios de los demás, olvidando el mío propio y las necesidades de mi gente. Yo no puedo ocuparme en buscar; tengo poco dinero mío para ayudar á mis tropas, y los bienes que poseo son reducidos. Os aseguro que el negocio de Irlanda é Inglaterra me ha costado de mil ciento á mil doscientas libras, y por lo tanto, de poco puede servir mi peculio para ayudar á los demás. Vos recibisteis mi dinero. ¡Bien sabe Dios que deseo aventurar la vida, así como también mis soldados; pero no se debe poner demasiado á prueba su paciencia, ni apurarla tampoco! Pensad en lo que pueda ser un verdadero auxilio. Yo creo que se necesitarán 5.000 libras.

»Si os olvidáis de mí y dejáis mi carta á un lado, no espero auxilio de nadie. Rogad por vuestro verdadero amigo y servidor

»OLIVERIO CROMWELL.»

«No se adoptan medidas á fin de mantener las fuerzas de caballería é infantería organizadas para lord Manchester, que no tiene gente disponible (actívese esto cuanto se pueda). Si no se recibe ningún socorro, nos quedaremos sin esas tropas, y todo se habrá perdido, si Dios no lo remedia. Los malos consejos y los actos débiles nos dejarán sin fuerzas. Acordaos de quien os lo dice.»

Así escribió Cromwell el 11 de septiembre, con la amargura del hombre que

(1) Carlyle, parte II, carta XVII, pág. 136.

habla severamente y que comienza á sospechar la falta de formalidad en sus superiores. El 28 escribió de nuevo al Comité de Suffolk; pero esta vez para darle algunas buenas noticias. Aunque Newcastle había encerrado á los Fairfax en Hull, no podía hacer nada por mar: el 20 de septiembre, Cromwell y lord Willoughby, según parece, llegaron en un bote hasta Hull, y allí convinieron en que el hijo de lord Fairfax, Sir Thomas, cruzaría el Humber con la caballería, veinte batallones — de 1.200 á 1.600 hombres, — para ir á reunirse con el ejército que se formaba en el condado de Lincoln bajo las órdenes del conde de Manchester.

Así se efectuó realmente el mismo día, no sin algunas dificultades, y las fuerzas se incorporaron al grueso del ejército, á pesar de la tentativa de los realistas para evitarlo.

Esto permitió llevar á cabo el plan que se proyectaba hacía tanto tiempo para purgar á Lincoln de realistas y avanzar seriamente contra Newcastle. No era demasiado pronto: había comenzado octubre; dos meses más y el invierno pondría fin á la campaña, y si no se hacía algo antes de la primavera, Fairfax podría verse obligado á entregar Hull, lo cual dejaría á Newcastle libre para lanzar todas sus fuerzas contra los Condados Orientales.

Hacía ya mucho tiempo que Cromwell había previsto todas estas posibilidades; si hubiera podido hacer lo que él quería, habría conseguido algo en agosto; pero mediaban los «malos consejos y los actos débiles,» dificultades que no podía dominar. Por esta razón, bien á pesar suyo, debió esperar hasta que el conde de Manchester y Willoughby tuvieron á bien ponerse en marcha y avanzar, lo cual hicieron en octubre. Las ciudades occidentales de Lincoln — Lynn y las demás — habían sido tomadas de nuevo, y el 10 de octubre Manchester «dió orden para que todas las fuerzas, caballería é infantería, fueran conducidas hasta Bolingbroke Hill, donde esperaría al enemigo, porque este era el único terreno conveniente para batirse contra él. Sin embargo, el coronel Cromwell no era partidario de que se trabase la batalla, porque nuestra caballería estaba sumamente cansada por el rudo trabajo de dos ó tres días.»

Difícil es saber con exactitud los detalles de un encuentro de importancia relativamente escasa; mas apenas se puede dudar que la batalla librada al siguiente día (la de Winceby) fué, como operación estratégica, un combate torpemente combinado, aunque, gracias á la hábil táctica de Cromwell, tuvo excelente éxito. Los dos ejércitos cayeron uno sobre otro sin ningún plan de ataque preconcebido; y por lo que dicen las crónicas parlamentarias, «hasta creo que así como nosotros no teníamos noticia de la llegada del enemigo, éste ignoraba también nuestros preparativos de combate.»

En la víspera del encuentro, por la noche, la caballería de Manchester se cansó en escaramuzas que la fatigaron hasta el punto de que no se hallara en condiciones de batirse en aquella ruda jornada. En cuanto á la infantería, llegó al terreno de la lucha cuando la batalla casi había terminado.

En aquel encuentro se dieron grandes pruebas de valor y de la «fuerza de

las armas;» caballería contra caballería, contándose de cuatro á cinco mil hombres por cada parte.

El ejército del Parlamento avanzó «cantando salmos,» siendo su santo y seña «Religión;» mientras que el de los Caballeros era «Cavendish.» Según costumbre, los dragones de ambas partes hicieron una descarga cuando la infantería avanzaba para coomenzar el ataque. Cromwell con su propio regimiento iba á la vanguardia, y habiendo hecho los realistas una segunda descarga, le mataron el caballo; antes de que pudiera montar otro, el ataque de un grupo de caballeros le hizo rodar por tierra y debió quedar gravemente magullado. Cuando se levantó, sus soldados le rodeaban; uno de ellos le dió un caballo y volvió á ocupar su puesto en el regimiento. La carga de este último fué tan vigorosa y bien dirigida, que rompió la primera línea del enemigo, rechazándola hasta la retaguardia y sembrando en ella la confusión. En aquel ataque se vió la diferencia que había entre Cromwell y los demás jefes del Parlamento, en general, respecto á su manera de conducirse en el campo de batalla. Siempre había sido costumbre de aquéllos hacer una suspensión después del primer ataque y dejar al enemigo retirarse en buen orden; pero Cromwell no procedía así. Aunque vió á sus hombres cansados, y aunque él mismo estaba rendido, apenas notó la ventaja obtenida, quiso aprovecharla; durante algunas horas alentó á sus hombres en la persecución del enemigo, y los batallones de éste que intentaban rehacerse eran acosados con tal empeño, que al fin se veían obligados á dispersarse. Se hicieron mil prisioneros y se cogieron treinta y cinco estandartes y dos mil caballos; en el campo de batalla quedaron mil hombres entre muertos y heridos. No todo lo hizo el regimiento de Cromwell, pues éste fué noblemente secundado por Fairfax; pero la vigorosa carga de Cromwell fué la que rompió la línea de los realistas, y su ejemplo convirtió una simple victoria en un completo aniquilamiento del ejército realista.

Aquel mismo día, lord Fairfax hizo una salida de Hull y batió rudamente á Newcastle, siendo el resultado de esto que el marqués, al tener noticia del desastre sufrido en Winceby, mandase levantar el sitio de la plaza, retirándose con su ejército. De este modo el condado de Lincoln, gracias á un golpe oportuno y bien dirigido, quedó libre de enemigos.

CAPITULO VIII

Con la batalla de Winceby y la retirada de Newcastle después de levantar el sitio de Hull, terminó en el Norte la campaña de otoño. Los Condados Orientales quedaban ya tranquilos para todo el invierno; y en la primavera debía llegar el ejército escocés, compuesto de 21.000 hombres, al mando de Lesley, lord Leven. El marqués de Newcastle tendría, por lo tanto, bastante que hacer, y durante tres meses Cromwell estaría relativamente muy desahogado. Pero el Parlamento había reconocido ya la justicia de conferir á un hombre tan útil alguna autoridad y posición oficial, y en el mes de agosto le nombró gobernador de la isla de Ely. Después de Winceby volvió á establecerse en su propia casa y ocupóse en asuntos locales, por supuesto sin abandonar el cuidado de sus soldados, que estaban en cuarteles de invierno, y preparándose para la campaña de la primavera. El principal incidente que conocemos acerca de su vida en aquel invierno de 1643 á 1644 nos revela algo muy diferente de la ordinaria rutina de allegar recursos para la futura lucha y de continuar alentando á la Asociación de los Condados Orientales y de sus comités.

Ely era, como aún lo es ahora, una ciudad con catedral, y su clero fanático partidario de los principios y prácticas de la alta Iglesia, es decir, de un episcopalismo exagerado. A los reverendos varones que le componían les desagradaba mucho que residiera entre ellos el más poderoso abogado de la «Iglesia Reformada,» hombre que no conocía el temor ni el favor cuando obraba según los dictados de su conciencia, y cuya autoridad en su propio condado era absoluta.

Bajo tales circunstancias, interesa y es instructivo considerar un momento la figura del Cromwell á quien sus detractores se complacen, al parecer, en presentar como un severo y lúgubre fanático, consumido por el odio y el espíritu de venganza contra la dignidad de la Iglesia, deseoso de aprovecharse de todas las oportunidades para aniquilar su autoridad y destruir sus posesiones, insultando y oprimiendo á sus ministros, estimulando siempre á sus soldados para que destruyeran sus hermosos y antiguos monumentos, sus esculturas, sus ventanales, etcétera, y constituyéndose, en fin, en el mayor enemigo de la Iglesia en un tiempo en que los enemigos de ésta eran tan numerosos.

Tal era Cromwell según lo concibieron los ortodoxos y según siguen considerándolo todavía. Los peregrinos van á la catedral de Ely, á Peterborough y á muchas iglesias de menor importancia, y cuando ven los ángeles, los santos y las vírgenes sin cabeza, y oyen decir que las preciosas obras de arte que adoraron respetuosamente durante tantos siglos han sido destruídas por los arcabuces de la soldadesca puritana, alzan al cielo las manos estremeciéndose y exclaman: «¡He aquí la obra de Cromwell!» Para sus imaginaciones estimuladas por una infinidad de leyendas, leídas con afán y estimadas como artículo de fe, como sucede con todas aquellas que se avienen con nuestras ideas preconcebidas, Cromwell es el jefe de ignorantes fanáticos, apreciado por los predicadores laicos que subían á los púlpitos con colete y coraza, y predicador él mismo en algunas ocasiones; es el regicida, el tirano, el hombre para el cual no hay calificativos bastante duros. Es más que ningún otro ha de ser aborrecido y execrado por todos los buenos ministros amantes de su Iglesia.

¡Ciertamente que el «juicio de la posteridad» es una extraña y admirable cosa!

¿Cuáles son los hechos? En primer lugar, podemos decir desde luego que á Cromwell toca una parte de responsabilidad en la reacción contra el «laudismo» y contra toda autoridad eclesiástica, reacción que indudablemente llegó hasta el exceso é hizo muchas cosas que no debió hacer. No se sabe hasta qué punto Cromwell pudo impedir la destrucción de esculturas y obras de arte que los celosos puritanos, soldados ó no, creyeron que debían destruir en cumplimiento de un deber sagrado; pero puede argüirse con razón que si lo hubiera intentado, habría impedido muchos de los actos reprobables que se cometieron; y no hay prueba alguna de que en los primeros días de la guerra juzgara que dicha destrucción era censurable; al paso que no se puede negar que estaba firmemente convencido de que la tiranía de la Iglesia establecida por Laud y sus discípulos antes de 1640, debía desaparecer por completo, y de que allí donde él pusiera la mano, haría sentir su peso.

Todo esto se puede reconocer muy bien; aunque falta por averiguar si las provocaciones de que fueron objeto Cromwell y los demás puritanos no justificaban mayores excesos todavía de los que cometieron destruyendo imágenes y obras artísticas, en el caso de que hubieran querido vengarse de las penalidades y falta de respeto y de las crueles injurias á que se vieron sometidos en los primeros tiempos. El punto principal para probar la acusación dirigida contra Cromwell, es demostrar que persiguió al clero episcopaliano con ideas de venganza y sin razón alguna; que lo expulsó de sus iglesias y de sus casas, como Laud expulsó á los ministros predicadores; y que desde el día en que fué elevado al poder, no hasta entonces, aquellos eclesiásticos sufrieron injurias é insultos de toda especie, siendo perseguidos como los monjes lo fueron por Enrique VIII.

Jamás se ha aducido, que sepamos, prueba alguna de que en ningún caso



BATALLA DE WINCEBY

Cromwell fuera personalmente responsable de semejantes malos tratamientos á los sacerdotes, ni pronunciara en público la menor palabra que indujese á otros á inferírselos, ó diera orden á sus soldados para profanar una iglesia, ó interviniera personalmente en algún acto de estos como no fuera en Peterborough, y aun de esto no hay ninguna prueba concluyente.

Cierto que, como gobernador de la isla de Ely y como hombre sometido á una «autoridad» que había expedido repetidas órdenes prohibiendo toda especie de culto de la alta Iglesia, debió intervenir, probablemente en muchas ocasiones, para que tal culto no se practicara; pero esto es asunto muy distinto.

En la catedral de Ely, por ejemplo, un cierto reverendo Hitch, aunque vecino de Cromwell y á pesar de repetidas advertencias, seguía practicando los servicios de la Iglesia de Inglaterra en una forma muy *ritualística* (1643), en cumplimiento de lo que estimaba como deber suyo y en menosprecio de las «órdenes» de los parlamentarios. Probablemente había obrado así durante los meses en que Cromwell se ocupaba en organizar su regimiento, cuando los puritanos ejercían el mando en su localidad y por espacio de cinco meses después de haber sido nombrado Cromwell gobernador, y sin embargo de esto, no se le molestó nunca. Este hecho bien merece ser tomado en consideración.

En enero de 1643, el escándalo promovido por la desconfianza del Parlamento llegó á ser demasiado ruidoso para tolerarle, y Cromwell pudo entonces desahogar su resentimiento contra la Iglesia, si tenía alguno, de la manera que le pareciese más oportuna. Detrás de él estaba la autoridad del Parlamento, autoridad suprema en aquellos lugares, y en torno suyo sus propios soldados, ansiosos de aprovecharse de la menor indicación por la cual comprendieran que «un eclesiástico» estaba á merced suya.

El día 10 de enero escribió la siguiente carta:

«Al reverendo Sr. Hitch, en Ely.»

»Sr. Hitch (1): A fin de evitar que los soldados traten de reformar la iglesia catedral tumultuosamente ó con violencia, os requiero para que suspendáis vuestros servicios religiosos, tan poco edificantes y tan ofensivos. Seréis responsable de cualquier desorden que se produzca por la falta de cumplimiento en lo que se os previene.

»Os aconsejo que catequicéis, leáis y expliquéis las Escrituras al pueblo, con lo cual no dudo que el Parlamento, por consejo de la Asamblea de Teólogos, os dirá cómo debéis proceder en adelante. Deseo que vuestros sermones sean como de costumbre, pero más frecuentes.

»Vuestro atento amigo

»OLIVERIO CROMWELL.»

(1) Carlyle, parte II, carta XIX, pág. 145.

Sin duda que esta carta fué poco «edificante» y muy «ofensiva» para el señor Hitch, y seguramente, con tales diferencias de opinión, no podía haber paz ni buena voluntad entre dos hombres, tratándose de asuntos que los dos consideraban como sagrados. Si hubiera sido posible averiguar cuál era el honrado parecer del Sr. Hitch respecto á Cromwell, dejando á un lado esas diferencias, probablemente habríamos sabido que aquel soldado «no conformista» no era un hombre odiado y temible como pretenden hacer creer los autores de *Sufrimientos del clero*, por Walker, y otros libros análogos.

Cromwell era ciertamente «no conformista,» y nada tenía de creyente en la Iglesia establecida; era un vigoroso defensor, dentro de límites razonables, del credo de los puritanos de aquel entonces; opinaba que los actos del culto de los sacerdotes anglicanos eran «monumentos de superstición é idolatría,» y que por lo tanto debían desaparecer. Pero no fué de ningún modo perseguidor de los hombres cuyas opiniones diferían de la suya en estas materias, y demostró ser esencialmente contrario, desde el principio hasta el fin de su vida, á todo género de violencias contra cualquier ministro de cualquiera religión. Así debió creerlo Hitch, pues sin hacer caso de la carta de Cromwell, siguió practicando los actos de su culto como antes, y esperó tranquilamente las consecuencias.

Cierto domingo, sin embargo, parece que Cromwell entró en la catedral, en cuya nave había algunos soldados dispuestos á prestarle apoyo, y con voz sonora y tranquilo ademán dijo al reverendo Hitch:

«Vengo aquí revestido de mi autoridad, y os ordeno que disolváis esta asamblea (1).»

Dicho lo cual se retiró algunos pasos. El reverendo, que se había interrumpido, continuó otra vez su discurso, y en el mismo instante se oyeron de nuevo pesados pasos, y el gobernador de Ely, esta vez con voz estentórea que resonó en todo el templo, dijo:

«Dejad vuestras necedades y bajad, caballero.»

El reverendo no deseaba al parecer la corona del martirio, pues obedeció al punto la orden y con esto terminó el incidente.

Dos palabras más podemos decir sobre la profanación de edificios sagrados atribuida á Cromwell. Toleró muchas indignas y sensibles irreverencias, hijas de la ignorancia, y algunas violencias reaccionarias contra los símbolos y ceremonias cuyo carácter sagrado se exageró indebidamente en otros tiempos, lo cual habla poco en favor suyo; pero no es verdad en modo alguno que procediera siempre así. Una anécdota, que á juzgar por su origen episcopal se puede considerar razonablemente exacta, nos ofrece una prueba de ello.

En Cambridge, ó cerca de este condado, allá por el año de 1646 – las fechas importan poco en puntos de tradición, – cierto individuo monománfaco, á quien le daba por destroz los ventanales y arrancar las cabezas de las estatuas de piedra, distraíase en este pasatiempo con mucha actividad en las capillas del cole-

(1) *Sufrimientos del clero*, por Walker, parte II, pág. 23.

gio á presencia del populacho y de la soldadesca. Nadie se atrevía á increparle, y poco á poco iba destruyendo tesoros de arte, cuando cierto día las autoridades del Colegio del Rey supieron que en una noche determinada se proyectaba destruir los magníficos ventanales de la capilla. Esto produjo dolorosa impresión; pero el rector, recordando su amistad con Cromwell, y aunque la cosa era muy delicada, pues asegurábase que los soldados de éste contribuirían á la destrucción, fué á verle.

Después de meditar un poco, según afirma el que esto refiere, Cromwell prometió hacer cuanto pudiera y dispuso que una compañía de mosqueteros se alojara en la capilla aquella noche. Nada dijo acerca de proteger los ventanales; pero aconsejó la calma y recomendó que dejaran obrar á su gente. Llegada la noche, la multitud se agrupó para dar principio á su acostumbrada diversión; pero antes de que comenzara su obra vió aparecer una fila de hombres armados, que intimaron la orden de retirarse á todo el mundo. La multitud protestó, y el individuo que la dirigía dijo que había sido nombrado particularmente por el Parlamento y la Asamblea de Teólogos de Westminster para buscar y destruir todas «las cosas que recordasen el Papa y el diablo en la capilla del rey.» Sin embargo, estos argumentos no produjeron la menor impresión en los mosqueteros, los cuales contestaron que habían recibido sus órdenes de Cromwell y que, á pesar del Parlamento y de los Teólogos, no obedecerían más que á su jefe, por lo que la multitud debía retirarse sin alborotar, dejando la capilla del rey y cuanto contenía tal como estaba.

De este modo, así lo dice esta historia, se conservaron los ventanales de la capilla del rey, y en prueba de ello, aún se pueden ver aquéllos en Cambridge, siendo los únicos que se conservan anteriores á la época de Cromwell.

No garantizamos esta leyenda, cuyo origen hemos procurado indagar; pero es muy característica y puede esperarse piadosamente que se popularizará.

Sin embargo, la reputación de Cromwell, en cuanto á tener ideas más avanzadas que la mayor parte de los puritanos de su tiempo respecto á su tolerancia para con las diferentes religiosas, no se apoya en ninguna tradición ó anécdota. Era una época en que las opiniones sobre este asunto en todo hombre notable se analizaban muy detenidamente y podían ser criticadas con severidad. Los hombres de más influencia en el Parlamento, y la gran mayoría de la Asamblea de Teólogos de Westminster, elegida para plantear una nueva Iglesia «reformada» y una forma de culto que substituyese al antiguo, eran presbiterianos celosos. Habían sido los primeros en ofrecer una mano amistosa á los escoceses, y firmaron el Convenio resueltos á exigir que las enseñanzas de todo el clero y el culto de todos los cristianos estuviesen conformes con la misma letra de la «verdadera fe.» Aquellos teólogos eran hombres de bien; religiosos en el sentido más literal de la palabra, virtuosos en su vida privada, é incorruptibles en sus funciones públicas. Muchos de ellos eran verdaderos sabios y todos tan dignos, como pueda serlo el que más, de sobrellevar la tremenda responsabilidad de resolver cuál era

la verdadera religión, qué libro de oraciones sería el más conveniente para un país, y qué catecismo se debía enseñar. El mal estaba en que no eran más que hombres. Entre Laud y los preladados, entre los cardenales y los sacerdotes de la Iglesia católica romana se hubieran podido encontrar también hombres honrados, virtuosos y sabios; mas ahora eran condenados por los presbiterianos como embusteros, emisarios del ángel malo y enemigos de Jesucristo.

Y lo más grave de la cuestión era que aquellos hombres religiosos, de estrechas miras, ocupaban el primer lugar en la nación de Escocia, hallábanse representados en la frontera por un ejército de 21.000 hombres, y eran casi omnipotentes en el Parlamento que gobernaba al partido puritano inglés; pero aunque tan poderosos, no eran omnipotentes, ni debían serlo nunca, y este hecho, que libró de infinitos disgustos y humillaciones á centenares de miles de ingleses, se debió tan sólo á Cromwell. Ciertamente se contaban muchos de su opinión, muchos que defendieron también la causa de la tolerancia, luchando noblemente por ella; pero sin Cromwell, los esfuerzos de los otros no hubieran servido de nada. A no ser por sus vigorosas campañas y por la energía con que rechazó la hipócrita política de los principales hombres de su partido en un tiempo en que pensar como él pensaba significaba la completa ruina política para quien no fuera muy fuerte y un peligro para quien lo fuera, la causa de la tolerancia y de la libertad religiosa hubiera fracasado para mucho tiempo.

Pero á Cromwell le arredraba poco el poder de los políticos, y no temía en modo alguno el peligro personal cuando se trataba de un asunto de conciencia. Apenas la influencia de los teólogos en Westminster y la aparición de los generales escoceses en el ejército comenzaron á pesar sobre todos los puritanos que no profesaban la fe presbiteriana, Cromwell se lanzó á la lucha con toda su alma.

Los que creen que era un hombre cauteloso y prudente, juzgándole por su actitud respecto á la religión, no han estudiado nunca este período de su vida.

Desde el punto de vista político, nada podía haber sido más inoportuno que su famosa carta al Mayor General Crawford, censurando su conducta por haber destituido al teniente coronel Packer bajo el pretexto de no ser muy celoso en sus creencias religiosas. La carta ofendió á Crawford mortalmente; puso en evidencia á Cromwell á los ojos de todos los presbiterianos como apologista de «sectarios,» ó algo peor, y desde aquel momento tuvo en contra suya á toda la nación escocesa. Pero aunque debió prever bien la tempestad que aquel acto atraería sobre su cabeza, no vaciló en atacar así á los jefes de su partido por la actitud que habían adoptado y á sus poderosos aliados. Hasta pareció que se alegraba de que se le ofreciera aquella oportunidad. He aquí el contenido de la carta (1):

(1) Carlyle, parte II, carta XX, pág. 147.

«*Al Mayor General Crawford.*»

»Cambridge, 13 marzo de 1643.

»Señor: Las quejas que habéis dado á lord Manchester contra el teniente coronel Packer, por conducto de Mr. Lee y por vuestras propias cartas, han sido causa de que el primero permaneciera aquí, pues teniendo muchas cosas á que atender, le ha faltado el tiempo para oír la propia defensa del coronel, á la cual éste tiene derecho, como cualquier otro hombre, antes de que se le juzgue.

»Durante la permanencia del coronel y vuestra ausencia de esta ciudad, me ha manifestado cuán sensible era para él haber cesado en el desempeño de su servicio, sobre todo cuando el regimiento debe entrar en acción; y habiéndome preguntado mi parecer sobre este punto, le aconsejé que se presentara á vos. Seguramente no estuvisteis acertado al separar de su empleo á una persona tan fiel á la causa y tan capaz de serviros como lo es el coronel. Permitidme decir que no puedo pensar como vos: si un hombre reconocidamente perverso, perjuro, borracho, merece vuestro afecto tanto como el que teme la blasfemia y siente horror por el pecado, ¡vaya un modo que tenéis de escoger los hombres que han de ser instrumentos para el triunfo de nuestra causa!

»¡Ah! Pero este hombre es *anabaptista*. ¿Estáis seguro de ello? Admitamos que lo sea. ¿No podrá tener por eso capacidad suficiente para el servicio? Decís que es *indiscreto*: tal vez lo sea en algunas cosas; pero todos tenemos defectos.

»Os aseguro que si no tuvierais á vuestro servicio más que hombres indiscretos de este género y los emplearais con acierto, tendríais tan buenos defensores como los mejores que hayáis podido escoger.

»Señor, cuando el gobierno elige hombres para servirle, no tiene en cuenta sus opiniones; y si saben cumplir con sus deberes, esto le basta. Ya os aconsejé en otro tiempo que tuvieseis tolerancia con aquellos que no pensarán como vos; y si lo hubieseis hecho así, creo que no habríais hallado tantas dificultades en vuestro camino. Tal vez penséis de distinto modo, pero yo os manifiesto mi opinión. Deseo que recibáis á ese hombre, devolviéndole vuestro favor; y me parece que si atiende á mis advertencias, no merecerá de vos más que respeto. No tratéis con dureza ni os dejéis llevar de prevenciones contra aquellos que profesan en materias de religión ideas distintas de las vuestras. Si se trata de alguna falta en el servicio, justo es que se aplique el correctivo. Sé muy bien que no aprobaríais que el jefe separara de su servicio á un oficial en el campamento sin proceder de una manera regular: creo que ni vos ni yo hemos visto ningún precedente de ello.

»Sin molestaros más, soy vuestro humilde servidor

»OLIVERIO CROMWELL.»

Cromwell era entonces teniente general, y por este concepto, superior á Crawford en categoría. Ignoramos cuál sería para Packer el resultado de aque-

lla carta; mas para Cromwell las consecuencias de este y otros actos semejantes tuvieron gran importancia. Este fué el principio de la batalla más ruda que debió librar luego durante muchos años, la batalla en defensa de la tolerancia contra el celo exagerado y la preocupación; la batalla de la cristiandad libre contra «el clero opresor.»

CAPITULO IX

Cromwell comenzó sus operaciones de campaña en febrero del nuevo año, encargándose del mando de una expedición para llevar municiones á Gloucéster, empresa que se llevó á cabo con el mejor éxito. A su regreso asaltó Hillesden House, apoderóse de Banbury y auxilió á Sleaford. Estos triunfos, obtenidos en un tiempo en que el pueblo no estaba acostumbrado á la rápida acción decisiva por parte de los jefes parlamentarios, produjeron honda impresión en el público, aunque tenían poca importancia en sí mismos. El principal incidente ocurrido entonces fué cierto discurso pronunciado por Cromwell en la Cámara de los Comunes en el mes de enero. Fué el principio de una campaña de otra especie, la cual tuvo consecuencias que ni remotamente podían soñar los que escucharon el discurso, y mucho menos el que lo pronunció.

El 22 de enero Cromwell habló en el Parlamento, y después presentó una proposición pidiendo que lord Willoughby, que había ejercido el mando de las fuerzas del condado de Lincoln, cesara en este cargo y no se le enviara más allí, nombrándose en su lugar al conde de Manchester jefe de aquel condado y de los demás de la Asociación.

Ya se comprenderá que esto produjo una escena ruidosa en la Cámara. En primer lugar, Cromwell había estado en Lincoln más ó menos bajo la autoridad de lord Willoughby, y en segundo, que un simple diputado quisiera imponerse á un Par del reino como si éste fuese un ciudadano ordinario, era un proceder sumamente audaz.

Pero Cromwell tenía razones poderosas para obrar así, y las expuso. «Lord Willoughby, dijo en medio de los murmullos de la Cámara irritada, salió de Gainsborough cuando yo estaba ya cerca con fuerzas para auxiliarle, y abandonó la ciudad de Lincoln, dejando allí pólvora, armas y siete grandes cañones montados, que el enemigo utilizó contra las fuerzas del Parlamento. Además de esto, los oficiales que estaban bajo sus órdenes eran en general hombres flojos y profanos, y no se podía esperar mucho de ellos.» Esto era ya de por sí una grave acusación; pero Cromwell no se dió aún por satisfecho, y estimulado sin duda por las exclamaciones de incredulidad de los amigos de Su Señoría, se refirió de nuevo á los oficiales del lord, descendiendo á detalles que no gustaría leer.

Cuando Cromwell, terminado el discurso, volvió á sentarse, hubo gritos y ruidosas protestas, y si esto hubiera inducido á la Cámara á no dar crédito á las acusaciones del orador y á desechar su proposición, Cromwell se habría visto gravemente comprometido; pero ni las miradas amenazadoras, ni el escepticismo ni el rencor de los hombres parciales podían hacerle retroceder; y después de una acalorada discusión de una ó dos horas, los amigos de lord Willoughby quedaron en minoría, acordándose que el conde de Essex transfiriera su mando á lord Manchester.

Este fué un rudo golpe, bien dirigido, y su buen éxito tuvo mayor significación de la que hubieran podido imaginar los más entusiastas defensores de lord Willoughby. Las enojosas luchas del verano y del otoño últimos habían abierto á Cromwell los ojos, induciéndole á emplear todas sus fuerzas y toda su energía contra los jefes del ejército del Parlamento. Con la mayor claridad vió que, si estos jefes continuaban en el mando supremo, la causa estaría muy expuesta á sufrir un fracaso, ó cuando menos á dar muy escasos resultados. La falta de resolución, las envidias personales, la debilidad de carácter y la carencia de iniciativa que se notaban en los principales hombres del ejército parlamentario disgustaban á Cromwell, desanimándole en sumo grado. Comprendía que á toda costa era preciso que no continuase aquel abuso del poder; pero aún no era llegado el momento de proceder resueltamente contra otros jefes, como había hecho con lord Willoughby. En marzo, después de la expedición á Gloucestér, Cromwell recibió orden de volver á Lincoln, y ciertamente que su presencia allí era ya necesaria. Sir John Meldrum había intentado apoderarse de Newark; pero la empresa había sido tan mal combinada y tan inoportuna, que no solamente no pudo tomar la plaza, sino que, atacado de improviso por Ruperto, éste se apoderó de todas sus fuerzas, las desarmó y dispersólas. El resultado de este desastre fué que Lincoln y Gainsborough quedaran otra vez en manos de los realistas.

Sin embargo, esta ventaja no fué más que pasajera, pues los escoceses habían cruzado el Tweed en enero y avanzaban rápidamente por el Sur para reunirse con Fairfax; mientras que Manchester, acompañado de Cromwell, adelantándose á marchas forzadas para buscar el desquite, se apoderó de todas las ciudades situadas al Sur de Trent, excepto de Newark. El príncipe Ruperto, que tan sólo llevaba una escasa fuerza de caballería, se retiró, por lo tanto, á Lancashire.

En el Norte las cosas comenzaban á ponerse graves para el rey. El ejército de Newcastle, diezmado y rendido por las enfermedades y por la continua lucha, se retiró á York, y en junio fué bloqueado allí por los escoceses al mando de lord Leven, ayudado por un contingente de tropas de York á las órdenes de Fairfax y por el ejército de Manchester, en el que Cromwell era teniente coronel. El número de fuerzas de los aliados era de 24.000 á 27.000 hombres (1) y

(1) «Marston Moor:» C. H. Firth, *Memorias de la Real Sociedad Histórica*, 1898.

el ejército de Newcastle de menos de 5.000; de modo que era evidente que, á menos de recibir un pronto socorro, estas últimas fuerzas enemigas serían copadas. Pero el auxilio llegó: el príncipe Ruperto, con la característica rapidez que distinguía todos sus movimientos, reunió todas las fuerzas que pudo obtener en Lancashire y marchó sobre York con unos 14.000 hombres. Llegó á la ciudad y la socorrió en 1.º de julio, adelantándose en un día á los ejércitos aliados, gracias á una hábil maniobra. Los generales parlamentarios, considerando que sería inútil poner sitio á aquella plaza, tomaron sus disposiciones para retirarse hacia el Sur; pernoctaron el 1.º de julio en el pueblo de Long Marston, á ocho millas de York, y á primera hora de la mañana siguiente la infantería marchó hacia Tadcaster; pero la caballería, al mando de Fairfax y de Cromwell, permaneció en la loma cubierta de bosque que hay más arriba de Marston, para prevenir cualquier ataque repentino de Ruperto. Antes de la tarde vieron al enemigo avanzar con fuerzas considerables, y entonces enviaron un mensajero á escape para comunicar á la infantería orden de que volviera. A eso de las cuatro, los ejércitos estaban uno frente á otro, dispuestos en orden de batalla y vacilando ambos en hacer el primer movimiento, como si cada cual esperase á que el contrario atacara. En cuanto al número de fuerzas, los ejércitos aliados tenían la ventaja, pues solamente los escoceses contaban con 13.500 hombres; Fairfax, de 3.000 á 4.000, y Manchester 8.000, ó sea un total de unos 25.000 combatientes. Los realistas, por otra parte, contaban á lo sumo con 17.000, de los cuales pertenecían de 14.000 á 15.000 al ejército de Ruperto, siendo las fuerzas Newcastle de unos 3.000 hombres.

No entra en el plan de esta obra describir en detalle ninguna de las batallas de la guerra civil, tanto más, cuanto que esto se ha hecho ya por manos más hábiles; pero una biografía de Cromwell no sería completa ni digna de este nombre sin una descripción, aunque sea ligera, de la acción de Marston Moor. La significación de aquel combate y de la parte que en él tomó Cromwell no se puede apreciar lo bastante. Era segundo en el mando de uno de los tres ejércitos, y sus regimientos, compuestos de 3.000 á 4.000 hombres, formaban menos de una sexta parte de las fuerzas á que estaban agregados. No debe olvidarse además que en aquel tiempo Cromwell, como independiente y llamado *jefe de sectarios*, no estaba en buena inteligencia con los generales escoceses, y que además su influencia sobre su jefe inmediato iba ya disminuyendo. De aquí que su autoridad en el ejército fuera la que correspondía á su grado, pero nada más. Por otra parte, para que su posición fuera tan difícil como podía serlo, tenía á su frente la flor y nata del ejército realista, es decir, las fuerzas mandadas por el príncipe Ruperto en persona. Aquello era por todos conceptos una crisis en la carrera militar de Cromwell, crisis en la que debía sufrir la prueba del fuego.

Sin embargo, tenía dos ventajas: la primera era que los hombres á sus órdenes habían recibido su instrucción directamente de él y habían dejado un recuerdo tan bueno, si no tan famoso, como el de la gente de Ruperto; y la otra,



MUERTE DEL SOBRINO DE CROMWELL
EN LA BATALLA DE MARSTON MOOR, LIBRADA EL 2 DE JULIO DE 1644.

que su segundo en el mando era el Mayor General David Leslie, militar de más experiencia que él mismo. Leslie no era responsable más que de tres regimientos de caballería escocesa; pero Mr. Firth (1) le atribuye el segundo lugar en la gran victoria. Probablemente mandaba la segunda línea de Cromwell á la vez que su propio regimiento, que constituía la reserva del ala izquierda.

La batalla comenzó entre seis y siete de la tarde. A la derecha de la caballería de Cromwell estaba la infantería del ejército de Manchester; los regimientos escoceses de infantería de Baillie formaban el centro, y el ejército de Fairfax el ala derecha. En cuanto al terreno, los realistas tenían una gran ventaja. Frente á su primera línea corría una profunda zanja en la que Ruperto colocó á sus mosqueteros, y que seguramente ocasionaría confusión en la caballería parlamentaria cuando intentase franquearla. En cuanto á Cromwell, su posición era particularmente crítica; pues mientras Ruperto tenía ancho espacio para maniobrar como le conviniese, Cromwell, después de cruzar la zanja, debía avanzar á toda costa para que sus tropas no fuesen rechazadas y batidas (2).

El ataque comenzó por un avance simultáneo de toda la línea de las fuerzas del Parlamento. Watson, general de batidores del ejército de Manchester, hace una animada descripción del mismo, la mejor que hasta nosotros ha llegado. Dice así:

«Bajamos de la colina en el orden más belicoso y más resuelto que imaginarse pueda (me refiero al ala izquierda de nuestra caballería, conducida por Cromwell). Las divisiones montadas de nuestro frente atacaron al frente del enemigo; la del teniente general Cromwell, compuesta de 300 hombres, cargó contra la primera división del príncipe Ruperto; una y otra iban mandadas personalmente por dichos jefes. Las demás fuerzas nuestras cayeron sobre otras divisiones, y con tan admirable valor, que todos los veteranos del ejército no pudieron menos de manifestar su admiración. Las fuerzas de Cromwell se vieron bastante apuradas, por haberlas atacado en el centro y de flanco las tropas más aguerridas del príncipe Ruperto. Durante largo rato estuvieron batiéndose cuerpo á cuerpo.»

Esto servirá para dar idea del primer ataque: Ruperto no estaba presente en el de su primera línea; pero cuando ésta quedó rota, lo cual sucedió muy pronto según parece, condujo sus reservas en persona, y entonces la gente de Cromwell se encontró en situación apurada. Aunque su defensa fué tenaz, el ataque era tan enérgico y resuelto, que la primera línea de Cromwell retrocedió; este último fué herido, y durante un rato el resultado pareció dudoso; pero no tardó en cambiar el aspecto de las cosas. Ruperto hacía uso de todas sus fuerzas, mientras que Cromwell conservaba aún su segunda línea intacta al mando de Leslie, con los tres regimientos de caballería escocesa. Esta segunda línea atacó la retaguardia y el flanco derecho del príncipe; entretanto Cromwell reunió sus tropas, que se retiraban lentamente, y tan perfecta era su disciplina, que se lanzaron

1) «Marston Moor.» *Memorias de la Real Sociedad Histórica*, 1898.

(2) «Marston Moor.» *Memorias de la Real Sociedad Histórica*, 1898, pág. 44.

de nuevo al ataque; de modo que con ayuda de Leslie rechazaron á los Caballeros, que huyeron en desorden.

Con esto no hubo que temer ya nada del ala izquierda de los realistas; pero Cromwell, al contrario de Ruperto, no quiso cansar á sus hombres permitiéndoles perseguir á los regimientos vencidos en el campo de batalla. Una vez seguro de que había derrotado al príncipe, concentró sus fuerzas de nuevo y las reorganizó, enviando después su reserva, es decir, los tres escuadrones de caballería es-



Lord Goring, copia de una miniatura

cocesa, para vigilar al príncipe á fin de impedir que reuniera otra vez sus tropas.

Así las cosas, era necesario ver qué había sucedido con el resto del ejército: la rápida y perspicaz mirada de Cromwell recorrió la parte del Este, donde habían estado el centro y el ala izquierda del ejército enemigo, y después siguió la dirección Sur, para examinar el punto donde se hallaban antes los aliados. Lo que entonces observó debió producir en él profunda ansiedad: las tropas parlamentarias habían sido batidas en todas direcciones; la caballería de Fairfax, después de obtener una ligera ventaja, había sido destrozada por los generales Goring y Lucas, que mandaban la izquierda realista, y en su consecuencia la infantería, desordenada por una parte de los jinetes fugitivos, emprendió la fuga también. Esto desbarató el centro, y á excepción de la caballería de Cromwell,

todo el ejército estuvo muy á punto de ser derrotado irremisiblemente. Pero unos cinco regimientos escoceses situados en el centro, aunque se vieron muy acosados, conservaron su terreno tenazmente; mientras que dos de la derecha, de los de Lindsay y de Maitland, se mantuvieron firmes resistiendo á las cargas de caballería y á los rudos ataques de la infantería realista.

Tal era el estado del combate cuando Cromwell llegó con su caballería y Manchester con su infantería mandada por Crawford. De estos dos últimos jefes dependió el éxito, y á Cromwell se debe atribuir el mérito de su acción. En esta batalla fué donde su genio en la táctica militar se demostró en vasta escala, como se había demostrado antes en escala más pequeña delante de Gainsboroug.

Era evidente que lo primero que debía hacerse — y no cabe duda alguna que se insistió para que Cromwell procediese así — era atacar con todas sus fuerzas el centro realista, que se ensañaba contra la media docena de regimientos, únicos que habían podido resistir sus ataques; cualquier jefe lo hubiera hecho así; pero Cromwell, reprimiendo su propia impetuosidad, mostrándose sordo á las observaciones de sus oficiales, y conservando su calma en medio del clamor general, vió que no convenía maniobrar de aquel modo. Envió entonces su infantería á las órdenes de Crawford en auxilio de los regimientos escoceses, y poniéndose al frente de su caballería pasó por delante de la confusa masa de combatientes del centro, cruzando el pantano del Este y atravesando el terreno situado al Norte de la zanja donde había permanecido el ejército real, hacia el sitio en donde los Caballeros al mando de Goring y Lucas habían derrotado á Fairfax. Al acercarse Cromwell, aquellas fuerzas enemigas, que según su costumbre se ocupaban en saquear los vagones de bagajes de los parlamentarios, reformaron al punto su línea para hacer frente á sus nuevos adversarios; pero probablemente les faltó tiempo para ponerse en buen orden. Como quiera que sea, fueron rechazados al primer ataque hasta las puertas de York. Entonces, y sólo entonces, Cromwell volvió con todas sus fuerzas para cargar contra el centro, y aunque sus tropas debían estar muy cansadas, era tal su disciplina, que se batieron rudamente hasta el obscurecer, cuando ya no quedaba en el campo de batalla ni un solo regimiento realista.

Tal fué la acción de Marston Moor. En cuanto al valor y energía, tanto elogio merecieron los regimientos escoceses, que se mantuvieron firmes, mientras por todas partes sus aliados huían poseídos de pánico, como la caballería de Cromwell, que dispersó sucesivamente á las dos alas del ejército realista, incluso á Ruperto y á sus hasta entonces invencibles Caballeros. Pero, prescindiendo del valor del ejército, la victoria se debió á la buena táctica de Cromwell, y solamente á él. Ciertamente le ayudó poderosamente David Leslie, y cierto también que le prestó auxilio lo más selecto de las fuerzas aliadas; pero la firmeza de los «Cromwell Ironside» (*costillas de hierro de Cromwell*) contribuyó por mucho al buen éxito de la jornada. En fin, la resolución adoptada en la ho-

ra suprema, cuando el ejército del Parlamento estaba casi aniquilado, que consistió en atacar á Goring y su caballería antes de caer sobre el centro de los realistas, fué obra de Cromwell, que convirtió en primera derrota completa de éstos lo que sin él habría sido seguramente una victoria tan dudosa como la de Edgehill ó una repetición de la jornada de Newbury.

CAPITULO X

La jornada de Marston Moor puso el Norte de Inglaterra á merced del Parlamento. Mucho más se habría conseguido si el ejército victorioso hubiera estado á las órdenes de un solo hombre de carácter enérgico, ó si los generales que compartían la autoridad se hubieran unido en un plan común; pero tales como estaban las cosas, apenas Newcastle hubo marchado al destierro y Ruperto huído á Lancashire con un puñado de hombres, comenzaron á surgir entre los jefes parlamentarios disensiones que amenazaban perjudicar de un modo irreparable la causa puritana.

La cuestión religiosa era la roca contra la cual se estrellaba todo. Los escoceses se habían escandalizado hacía tiempo al ver que en los ejércitos de sus aliados, particularmente en el de Manchester, había muchos individuos cuyas ideas religiosas eran muy opuestas al presbiterianismo; y que aquellos hombres, buenos combatientes, sobrios y obedientes á la disciplina, eran estimulados en su modo de pensar por el mismo Cromwell, según lo demostraba de una manera concluyente su carta á Crawford. En opinión de los escoceses, esto era violar directamente el convenio, y era preciso que el Parlamento pusiera término á tal situación.

Fairfax y Manchester eran, aunque moderados, presbiterianos, y en una conferencia privada con Lord Leven y sus ministros escoceses se les indujo sin dificultad á firmar una carta, con fecha 18 de julio, dirigida «al Comité de defensa de ambos reinos,» pidiendo al Parlamento que «edificara la Casa de Dios y estableciera el gobierno de la Iglesia en sus principales ideas.»

Esto equivalía á pedir el establecimiento del presbiterianismo como religión oficial del país; y el Dr. Gardiner lo consideró «realmente como una declaración de guerra contra el teniente general Cromwell (1).»

Sin embargo, Cromwell no hizo caso por el pronto de esta significativa indirecta. Preocupado tan sólo con la idea de proseguir vigorosamente la lucha, propuso como primera medida que se pusiera sitio á Newark; pero su parecer fué desechado. Los otros jefes pensaron que lo mejor que se podía hacer era entablar negociaciones de paz con el rey. En vano insistió Cromwell sobre la vital

(1) *La guerra civil*, de Gardiner. Vol. II, pág. 3.

necesidad de obligar más á Su Majestad á aceptar un arreglo con sus «fieles Comunes,» derrotándole completamente en el campo de batalla; su proposición no fué apoyada más que por una escasa minoría. A decir verdad, los generales comenzaban á temerle más que al rey. Era entonces lo que llamaban «la causa» á toda creencia religiosa particular, al mismo Convenio y á toda persona. Manchester, aquel hombre «de carácter dulce;» Leven, el previsor escocés; y hasta Fairfax, como presbiteriano, veían en Cromwell al «favorecedor de los sectarios,» al que sostenía abiertamente que ninguna categoría, riqueza ó posición excusaba la conducta «licenciosa y profana» de un hombre que por ello merecía ser mirado con desconfianza y, en caso necesario, severamente castigado. El hecho de que Cromwell hubiese prestado un gran servicio á la causa sólo sirvió para que



Retrato y sello de Lord Fairfax, sir Thomas

se le creyese más peligroso á los ojos de los demás jefes, que no expresaron francamente sus sentimientos. En cuanto á Cromwell, cuando vió que no se aceptaban sus consejos, expuso amarga y claramente lo que pensaba, y luego se entregó á una sombría desesperación (1) y esperó el curso de los acontecimientos. Sus oficiales participaron de su disgusto, y el descontento mal disimulado comenzó á cundir en el ejército parlamentario. La causa puritana, triunfante en Marston, comenzó muy pronto á decaer de nuevo. En el Norte, la presencia del ejército escocés evitó graves daños; pero en el Sur se efectuaba lenta, aunque continuamente, una insidiosa disgregación de las fuerzas del Parlamento, á causa del cansancio producido por una guerra cuyo fin no se veía, y también por la creciente desconfianza en unos jefes que parecían incapaces de alcanzar una victoria decisiva, aun suponiendo que la desearan. En el mes de agosto se enviaron dos ejércitos contra el rey, uno á las órdenes de Sir William Walter y el otro al mando de Essex. En el primero hubo tantas desertiones, que no fué posible intentar nada con él; el segundo, llevado imprudentemente por su jefe á Cornwall, condado leal al rey y por ende hostil á los parlamentarios, quedó muy pronto

(1) *La guerra civil*, de Gardiner. Vol. II, pag. 36.

sin víveres, y cercado por las tropas de Carlos, debió rendirse á discreción; el mismo Essex escapó á duras penas en un bote, que le condujo á Southampton.

En este dilema, el Parlamento envió órdenes urgentes al ejército de los Condados Orientales para que marchase hacia el Oeste á buscar el desquite. Parece que Cromwell tuvo noticia de esto también particularmente, por conducto de su cuñado el coronel Valentín Walton, á quien contestó desde luego, con ese lenguaje tan mordaz y significativo, que no podía usar sino en una carta dirigida á un amigo de confianza. Esta carta indica bien claramente la tirantez cada vez mayor que se producía entre los jefes del Parlamento por causa de sus disensiones intestinas, y pone de relieve la actitud personal de Cromwell.

«Sleaford, 6 (ó 5) septiembre de 1644 (1).

»Señor: Profundo pesar me causa la triste condición de nuestro ejército en el Oeste y el estado de los asuntos en aquella región. Ciertamente que si tuviéramos alas volaríamos allí. Apenas Lord Manchester me deje libre, no será necesario hostigarme para que me apresure á prestar mis servicios.

»Es preciso dejar á un lado todas las consideraciones para atender en particular á nuestra causa, que es lo más importante. Confío en que el reino podrá ver que tratamos de servirle sin disputas, olvidando nuestras necesidades, que son muy grandes y á las cuales se atiende poco, y deseo referir las muchas calumnias que contra nosotros han lanzado malas lenguas, apelando de ellas ante Dios, el cual oportunamente hará ver que hemos trabajado por su gloria y por el honor y la libertad del Parlamento, en pro del que luchamos unánimes sin atender á nuestros propios intereses.

»A decir verdad, nunca se ve á nuestros soldados tan contentos como cuando tienen que trabajar, y me parece que siempre oiréis decir lo mismo de ellos. El Señor es nuestra fuerza, y en Dios están todas nuestras esperanzas. Rogad por nosotros...

»Hay entre nosotros algunos que tienen demasiada calma; si todos miráramos menos por nuestros propios fines y atendiésemos menos á nuestras comodidades, nuestros asuntos en el ejército irían como sobre ruedas, por la rapidez de su marcha. Porque algunos de nosotros somos enemigos de la rapiña y de otras perversidades, se nos dice que somos «facciosos» y que «tratamos de mantener nuestras opiniones religiosas por la fuerza,» cosa que aborrecemos. Pienso que nunca me explicaría la justicia de esta guerra si no creyese al Parlamento autorizado para mantener sus derechos; y en esta causa me precio de ser hombre honrado y de buen corazón.

»Dispensad, amigo mío, que moleste tanto vuestra atención; rara vez escribo, y me alivia un poco explayar mi pensamiento, á pesar de las calumnias, en el seno de un amigo.»

(1) Carlyle, parte II, carta XXIII, pág. 156.

Mientras Cromwell escribía esta carta, se recibieron del Parlamento varios pliegos urgentes para el conde de Manchester, mandándole que marchara al punto, lo más rápidamente que le fuera posible, para socorrer á Waller, el cual, á causa de haber sido aniquilado el ejército de Essex, temía ver llegar de un momento á otro las tropas triunfantes del rey; y como sus soldados desertaban diariamente, su situación era desesperada. ¡Pobre Valler! Era hombre digno y valeroso, de no escasas disposiciones, pero no servía para mandar soldados. Ningún ejército de los que él organizó sirvió mucho tiempo á sus órdenes, y cuando más tarde se dispuso que se pusiera bajo sus órdenes el mismo regimiento de Cromwell, compuesto de hombres leales y muy sufridos, todos se amotinaron pasivamente y se negaron á marchar á batirse hasta que volviera su verdadero jefe, á quien el Parlamento hubo de enviar más que de prisa á reunirse con sus soldados.

Pero haciendo justicia á Valler, digamos, por lo menos, que él fué el primero en reconocer que el ejército del Parlamento, tal como estaba, se debía reorganizar sobre bases completamente distintas si se quería que en lo futuro respondiese á su objeto y fuera útil. Hasta entonces se había formado por medio de levás locales, pagándose por los diversos condados los reclutas que á cada cual pertenecían; pero este sistema, bastante adecuado por lo que hace á la defensa, era desastroso cuando se necesitaba un ejército considerable á larga distancia de los pueblos ó ciudades en donde tenían los soldados sus hogares. Los hombres excepcionales como Cromwell, con su poderosa influencia podían comunicar entusiasmo á los mejores soldados, reanimando á los más débiles; pero á los jefes ordinarios no les era posible conseguir esto, y debían ir adonde sus hombres quisieran, ó perder la mayor parte de ellos por la deserción.

Este defecto fatal de organización comenzaba á reconocerse ahora por todos los que formaban parte del ejército del Parlamento; pero además había otra cosa peor. «Hay entre nosotros algunos que tienen demasiada calma,» escribió Cromwell á Walton; estas palabras y las siguientes se referían al conde de Manchester, y Walton lo comprendió muy bien. A pesar del mensaje del Parlamento ordenando que se enviasen rápidamente auxilios á Sir William Waller, Manchester encontró siempre excusas para retardar la marcha, tratando el asunto con desdén y mostrándose sordo á todos los argumentos y observaciones de Cromwell y de otros individuos importantes de su consejo de guerra. Cuando al fin llegó con sus fuerzas en auxilio de Waller, hallábase éste en Newbury. Allí el rey, que desde el Oeste marchaba sobre Oxford y Londres, les presentó la batalla, que fué indecisa, aunque se luchó obstinadamente. Parece que los realistas llevaron la peor parte; pero pudieron emprender la retirada aquella noche sin ser molestados. Las discusiones sobre la conducta de Cromwell en Newbury parece que fueron muy acaloradas, pues se le acusó en voz alta de cobardía y de algo peor. La verdad parece ser, según se desprende del examen de muchas pruebas evidentes, que su posición como jefe de caballería en un país muy cortado

por setos y zarzales, que ocultaban numerosos mosqueteros (1), era demasiado desfavorable para poder hacer nada de provecho, y que de su impotencia en aquella ocasión eran responsables más bien los que le habían colocado en aquella posición que él mismo y sus hombres.

Sin embargo, también pudo suceder que no tomara parte en la acción con su acostumbrada energía. Hallábase muy disgustado de toda la campaña, y después de haber tenido la costumbre de mandar independientemente, no podía ser un buen subordinado á las órdenes de un hombre á quien despreciaba, considerándole casi como traidor á la causa. Por otra parte, justo es decir que un testigo digno de crédito (informe de Johnstone al Comité de Ambos Reinos, en 28 de octubre de 1644) aseguró que «había prestado muy buen servicio.» Además, cuando á la mañana siguiente se vió que Carlos había emprendido la retirada, Cromwell y Waller pidieron con insistencia que se les permitiera perseguir al enemigo y trabar una segunda batalla; pero Manchester no consintió en ello, lo cual aumentó el resentimiento de Cromwell y le confirmó más aún en sus sospechas. Entretanto el rey llegó á Oxford sin dificultad, y allí se reunió con él Ruperto al frente de 5.000 hombres. Una semana después, envalentonado por las continuas disputas de los jefes parlamentarios, el rey emprendió casi á la vista de éstos la marcha para llevar auxilios al castillo de Donnington, importante fortaleza situada cerca de Newbury, que Manchester, por efecto de sus vacilaciones y debilidades, no había tomado aún al enemigo. Todo cuanto Manchester hizo, cuando se anunció la aproximación del ejército de Carlos, se redujo á ordenar á Cromwell que le cerrase el paso con su caballería. La contestación del teniente coronel, muy repetida por sus enemigos, que la califican de falta de insubordinación, revela tristemente el estado á que se veía reducido, por la incompetencia de su general, el ejército que en Marston Moor había derrotado á las tropas del príncipe Ruperto.

«Señor, contestó Cromwell, vuestros caballos se hallan tan fatigados, tan rendidos por el exceso de trabajo, que se caerán bajo sus jinetes si se les obliga á salir ahora para desempeñar ese servicio.»

Si esto fuese verdad, y parece que debe de serlo, pues nadie lo ha desmentido, hubo grave falta de previsión y conocimiento por parte del general en jefe.

Las relaciones entre Cromwell y Manchester amenazaban terminar pronto por un rompimiento; mas, por lo pronto, el primero sostuvo su negativa respecto á su salida con la caballería; y mientras el ejército del Parlamento permanecía inactivo, Carlos con 11.000 hombres abasteció de víveres el castillo de Donnington sin la menor dificultad.

Los generales del Parlamento celebraron otro consejo de guerra; y Cromwell, á pesar de comprender lo peligroso que era batirse con tropas cansadas y faltas de recursos, insistió enérgicamente en la necesidad de emprender un ataque inmediato, viendo su opinión apoyada por otros jefes. Al fin Manchester, que estaba

(1) *La guerra civil*, de Gardiner, vol. II, pág. 50.

en un rincón, pronunció aquellas famosas palabras que en concepto de Cromwell equivalían á declararse culpable de tibieza en la defensa de la causa:

«Si derrotamos al rey noventa y nueve veces, dijo, aún será rey y como tal le reconocerá la posteridad; al paso que si él nos bate una vez sola, todos seremos ahorcados y nuestros hijos serán esclavos.»

A estas palabras, que como ya se comprenderá permitían ver claramente cuál era en el fondo el estado de cosas, Cromwell dió una contestación característica.

«Señor conde, dijo, siendo esto así, ¿para qué hemos tomado las armas desde un principio? ¡Inútil es batirse en adelante, y en tal caso, firmemos la paz por vil que sea!»

Cromwell no solamente estaba ciego de ira, sino desesperado. Conocía las dificultades y peligros de la situación de los parlamentarios tan bien como el mismo Manchester, y comprendió claramente que el único remedio era una acción vigorosa. Hallábanse los dos como viajeros en medio de una inundación creciente; aún podían salvarse si avanzaban con valor; pero se perdían si arrostraban el peligro permaneciendo inactivos. Sin embargo, no debemos juzgar á Manchester por el modelo de Cromwell. El conde no era cobarde, ni variable en cuanto á la causa que defendía; pero los ideales de aquellos dos hombres eran distintos, y más distintos eran aún sus caracteres.

El deseo de Manchester, sencillamente explicado por el doctor Gardiner, era este: «Paz y gobierno puritano bajo el rey.» Cromwell quería «la guerra hasta que Carlos estuviese á sus pies.»

Ahora había de verse cuál de estos dos caminos se recomendaba por sí mismo al Parlamento. Nunca había sido tan crítica la situación de éste como en aquella ocasión. Cierta que sus ejércitos se habían batido últimamente tan bien que nada debía temerse por este concepto; pero si continuaba la desorganización en los cuarteles generales, pronto se perdería la fuerza material de los hombres. En muchos de aquéllos, el primer entusiasmo por la libertad, las leyes justas y la religión reformada, se extinguía rápidamente, substituyéndole una marcada apatía.

Lo que ahora se necesitaba, si todo el país no quería reconciliarse con Car-



Armadura de Carlos I



los aceptando cualesquiera condiciones que éste impusiese, era un ejército «regular,» pagado por el Parlamento, con fondos reunidos en todo el país en nombre de aquél, y no dependientes del esfuerzo ó del patriotismo locales, sino proporcionados por todos según los medios de cada cual. Semejante ejército había de estar bajo la inspección directa del Parlamento, el cual debía elegir sus jefes, buscando hombres que considerasen al rey y á sus oficiales como enemigos.

La primera idea de organizar semejante fuerza se debe atribuir á Sir Guillermo Waller; pero el hombre que principalmente lo llevó todo al terreno de la práctica política fué Cromwell. No era costumbre de éste permanecer largo tiempo en un estado de oposición pasiva ó de descontento. Mientras estaba en campaña, no podía hacer cosa alguna sin promover un motín contra Manchester, cosa de que se hubiera guardado muy bien; pero cuando aquélla terminó, y Carlos se hubo retirado á sus cuarteles de invierno en Oxford, Cromwell, aliviado de sus deberes militares, llegó á ser, no sólo individuo del Parlamento, sino también del «Comité para la defensa de ambos reinos,» que fué, por lo menos de nombre, responsable de la dirección de la guerra. Entonces comenzaron á convertirse en palabras y en actos las ideas que poco á poco habíanse ido depositando en su cerebro y que permanecían en éste como dormidas. Después de vacilar largo tiempo y de pensar mucho, habló al fin, expresando su pensamiento con la claridad y la firmeza que acostumbraba.

CAPITULO XI

La conducta de Cromwell en la Cámara de los Comunes después de la campaña de 1644 demostró que creía llegado el momento de tomar una parte activa en la causa para conducirla á buen fin. Si se exceptúan los ataques que dirigió contra lord Willoughby, en el mes de enero, vemos que hasta el memorable día del 25 de noviembre, en el que se levantó de su asiento para dirigir un cargo al conde de Manchester, había intervenido muy poco personalmente en los debates de la Cámara; y á decir verdad, raras veces asistió á ellos. Su reputación allí y en todo el país era debida principalmente á sus hechos militares en el condado de Lincoln, y sobre todo al servicio que prestó en Marston Moor. Hasta que osó acusar de tibieza y negligencia al conde de Manchester, que era uno de los más influyentes y más queridos nobles del Parlamento, sin duda nadie vió en Cromwell más que un vigoroso soldado dependiente de sus jefes; pero ahora, los que tenían alguna penetración debieron admirar, fuera cual fuese el juicio que ello les mereciera, la energía y suprema audacia de aquel hombre que sin vacilaciones ni excusas citaba ante el tribunal de la nación á una persona que por su posición social y su categoría era tan superior á él. Cierto que en el ejército todos comparaban la indecisión de Manchester y su poco éxito en Newbury y otras partes con la resolución de Cromwell en Marston Moor; pero esto lo hicieron principalmente los oficiales de graduación inferior, mientras que en el ejército escocés, con ciertas excepciones, de las cuales la más notable era David Leslie, era odiado y más temido que ningún otro puritano inglés aquel á quien llamaban «jefe de sectarios.» La posición de Cromwell, por lo tanto, á pesar de sus buenos servicios, no era muy firme en el Parlamento, y la acusación contra Manchester fué inoportuna para sus propios intereses.

Sin embargo, para los que estudien cuidadosamente la carrera de Cromwell, esto no tendrá nada de sorprendente.

No nos cansaremos de repetir que la opinión tan generalizada respecto á la profunda presciencia de Cromwell sobre los acontecimientos futuros es errónea. Para ser un hombre de tan reconocido genio, no preveía mucho lo que pudiera suceder; si se trataba de una crisis, demostraba tener mucha penetración; rara

vez se engañaba en su juicio sobre lo mejor que se podría hacer en caso de apuro; y lo más importante en él era la fuerza de su personalidad, tan poderosa siempre, que solamente por la energía de sus convicciones, expresadas con vigoroso lenguaje, atraía á su favor los hombres, vencía á sus contrarios y abríase camino en medio de la más empeñada oposición. Pero aunque mejor que nadie supiera Cromwell cuáles eran las necesidades del presente, las posibilidades del futuro le inquietaban poco y muy rara vez. En su consecuencia, decir, como muchos historiadores han dicho, que Cromwell atacó á Manchester para engrandecerse él mismo, es, prescindiendo de todas las demás consideraciones, suponer en el futuro Protector una cualidad que no tenía. En el Parlamento no había en aquel tiempo ningún hombre que hubiera tolerado semejante intención. Otro error cometido por esos historiadores se debe á su poca penetración para reconocer en Cromwell una virtud que brilló en los más sombríos períodos de la guerra civil, haciéndose más patente después de sus grandes victorias, y que aun en medio de las pruebas y tentaciones del Protectorado se mantuvo pura sobre todos sus errores y debilidades, como un rayo de luz sobre el abismo: esta virtud fué su patriotismo y su generosa abnegación en favor de la causa á que había consagrado su vida.

El día 25 de noviembre de 1644, Cromwell habló en la Cámara para dirigir varios cargos al conde de Manchester. Su ataque no sorprendió á nadie, pues la cuestión surgida entre aquellos jefes parlamentarios había dado mucho que hablar, y Cromwell había anunciado á la Cámara su propósito; pero todo esto sólo servía para excitar más aún á hombres cuyos nervios se hallaban en un estado de tensión por efecto de una atmósfera llena de electricidad. Había comenzado ya la prolongada lucha entre el Presbiterianismo y la Independencia; la lucha entre las mezquinas ideas de una Iglesia demasiado fanática y la libertad del culto religioso y de la conciencia; entre los hombres que estaban dispuestos á aceptar al rey á cualquier precio con tal que pusiera al presbiteriano en vez del sacerdote, y aquellos que no le querían de ningún modo á menos de que renunciara para siempre á sus pretensiones á la soberanía monárquica absoluta. Por entonces, al menos, Manchester y Cromwell eran los campeones de estos bandos opuestos.

Cromwell formuló sus cargos detenidamente, sin vacilaciones, al imputar al conde actos que para los hombres formales de la Cámara de los Comunes eran culpables, aunque no lo pareciesen para la mayoría de los Lores.

Dijo que el conde de Manchester se había mostrado siempre reacto á los encuentros con el enemigo y á terminar la guerra por la espada; pareciendo en cambio dispuesto á consentir en una paz que sería desventajosa aun después de una completa victoria; y añadió que así lo había demostrado con sus ideas y propósitos y hasta con sus actos.

Este era el cargo principal; después siguió la enumeración de los hechos que justificaban la acusación.

Cromwell dijo «que desde la retirada del enemigo á York, á consecuencia

de la victoria de Marston Moor, y como si el Parlamento debiera contentarse con esto, el conde había rehusado tomar parte en todo movimiento por el cual se hubieran podido obtener mayores ventajas sobre el enemigo; y que dejó de aprovechar intencionalmente cuantas oportunidades se le ofrecieron para obtener dicho fin, como si creyera que el rey estaba ya demasiado humillado y el Parlamento sobradamente enaltecido.»

Dijo también «que Manchester había dejado al ejército inactivo y en una posición tal que permitió al enemigo lograr nuevas ventajas, antes de su unión con las otras fuerzas, procediendo así por su propia voluntad absoluta y en contra del parecer del Consejo de Guerra y de las órdenes del Comité de ambos reinos; que después no hizo aprecio de las órdenes que recibía; que algunas veces indujo á dicho Consejo á descuidar una oportunidad, pretendiendo buscar otra mejor; y que al fin le persuadió de que no era conveniente trabar la lucha.»

Este notable discurso produjo gran tumulto y ruidosas protestas, como Cromwell lo deseaba. El conde de Manchester contestó una semana después, y los Lores, prestándole todo su apoyo, nombraron una comisión de seis individuos para oír á las dos partes, invitando á los Comunes á unirse á ellos; pero los Comunes, celosos de sus derechos y privilegios, rehusaron.

La contestación de Manchester fué importante y de estilo altanero. Negó que jamás hubiera obrado sin consentimiento de su consejo de oficiales; sostuvo que los más de sus actos habían merecido la aprobación del mismo Cromwell, y declaró que la conducta de éste había sido cualquier cosa menos ejemplar.

Aquella era la hora oportuna para que los enemigos de Cromwell le hicieran todo el daño posible. El efecto de la defensa de Manchester fué inclinar á los Lores y á los que pensaban más en su seguridad personal y en su dinero que en la causa que se habían comprometido á defender, á mirar á Cromwell como enemigo de toda propiedad. Su antagonismo contra toda forma sectaria de culto religioso, demasiado estrecha, bien fuese la del presbítero ó del sacerdote, se exageró hasta el punto de considerársele como la aprobación de toda licencia ó extravagancia en que los anabaptistas y otros quisieran incurrir. Hasta entonces, ni en el Parlamento ni en el ejército se había formado ningún partido fuerte que se comprometiera á defender la tolerancia religiosa.

La hostilidad de los sentimientos contra Cromwell se demostró en una conferencia particular celebrada el 3 de diciembre, el día después de haber entregado Manchester su contestación en casa del conde de Essex. Los que concurrieron á la reunión eran los principales representantes de la nación escocesa; también asistieron dos eminentes abogados ingleses, Whitelock y Maynard, pero sólo con el carácter de invitados. El objeto del debate fué buscar el mejor medio de someter á Cromwell á un proceso. Los escoceses indicaron que se le podía acusar de «incendiario entre las dos naciones;» pero aunque por la ley de Escocia (1) se podía haber justificado este cargo, los abogados ingleses movie-

(1) Gardiner, *Guerra Civil*, vol. II, pág. 87.

ron la cabeza al oír esta proposición, diciendo que no había suficientes pruebas. «Además, dijo Maynard, el teniente general Cromwell es persona que goza de mucho favor en la Cámara de los Comunes, y que tiene también influencia cerca de algunos Pares.»

Con mucha claridad, los astutos abogados hicieron ver que, si bien algunas de las opiniones del general eran censurables, todos los puritanos ingleses sabían que mientras su causa necesitase campeones no se podía prescindir de Cromwell, por lo cual era preciso respetarle. Si tenía enemigos, á éstos correspondía preservarse de él.

Después de esta conferencia que no tuvo ningún resultado definitivo y en la que, según se dice, el conde de Essex no tomó parte, los escoceses acordaron no dar paso alguno hasta que Cromwell les proporcionara mejor oportunidad; pero trataban con un hombre nada fácil de manejar. Cromwell tuvo conocimiento, según se cree, por conducto de Whitelock, del peligro que le amenazaba, y arrojando la situación de frente, se defendió en la Cámara con tanto vigor y tan bien, que los Comunes, ofendidos ya con los Lores por haber obrado sin consultar antes con ellos, le prestaron todo su apoyo, nombrando una comisión para que estudiara si no se habrían menospreciado sus privilegios. Hasta aquí, Cromwell había librado el combate personalmente, obteniendo la victoria; pero no era hombre que pudiera consentir que ninguna cuestión particular suya perjudicase la causa que defendía, y vió claramente que si llegaba á agravarse el antagonismo entre las dos Cámaras, podría ocurrir un rompimiento entre los hombres que pensaban como él y los presbiterianos, siendo posible que todo el partido se dividiera, con lo cual el rey tendría oportunidad para deshacer por la intriga todo cuanto se había llevado á cabo á costa de tanta sangre y dinero. Su principal deseo ante este peligro fué dejar á un lado todo sentimiento personal y buscar, en medio de aquella situación desesperada, un remedio que, siendo aceptable para la mayoría de los individuos del Parlamento, no despertara una oposición fatal por parte de los Lores.

El día 9 de diciembre, quince días después de su primera acusación contra Manchester, Cromwell habló en la Cámara para hacer una aclaración. Esto fué después de haber dado su informe el presidente de la comisión nombrada para resolver sobre las diferencias entre los generales, informe en que se opinaba «que las principales causas de la división eran el orgullo y la codicia.»

El discurso de Cromwell no fué largo, y le reproducimos entero porque es uno de los más enérgicos que en su vida pronunció (1).

«Ya es tiempo, dijo, de hablar ó de callar para siempre. Lo más importante ahora es salvar á una nación exhausta y casi moribunda á consecuencia de la larga duración de la guerra; de modo que, si no se continúa la lucha con más vigor y rapidez, si no se deja á un lado toda clase de contemplanones, á fin de

(1) Carlyle, parte II, pág 131.

poner término á la guerra cuanto antes, el reino será enemigo nuestro y hasta aborrecerá el nombre del Parlamento.

»¿Qué dicen nuestros enemigos? ¿Qué dicen muchos de los que eran al principio amigos del Parlamento? Dicen que los individuos de ambas Cámaras ejercen altos cargos, así en lo civil como en lo militar, y que por su interés en el Parlamento y su poder en el ejército conservaran siempre sus puestos, sin permitir que la guerra termine pronto, por temor de perder con esto la posición que ocupan. Lo que digo aquí, á la cara de todos, no es más que lo que otros murmuran á nuestra espalda. No es mi ánimo fijarme en ninguno; sé lo que valen esos jefes, individuos de ambas Cámaras, que aún están en el poder; pero si he de hablar y decir lo que siento, sin referirme á nadie, sostendré que si el ejército no se organiza de otro modo y no se prosigue la guerra más vigorosamente, el pueblo no podrá soportarla más tiempo y os obligará á firmar una paz deshonrosa.

»Esto es lo que recomendaría á vuestra prudencia, sin ánimo de insistir más respecto á los errores de ningún comandante en jefe, pues yo mismo puedo incurrir en ellos y sé que rara vez es posible evitarlos en asuntos militares. En su consecuencia, dejemos á un lado toda minuciosa información acerca de los motivos de tales cosas, y ocupémonos ante todo del remedio que se ha de buscar, que es lo más necesario. Confío en que tenemos corazones verdaderamente ingleses y en que amamos lo bastante el bienestar de la madre patria para que ningún individuo de las Cámaras deje de coadyuvar, atendiendo á sus propios intereses, á la causa del bien público, sin que nadie tome como una ofensa lo que el Parlamento acuerde sobre el importante asunto de que tratamos.»

El discurso fué seguido de un caluroso debate sobre el «remedio» que debía aplicarse, aprobándose al fin una proposición de Zouch Tate, apoyada por Vane el joven, en la cual se decía:

«Que durante el tiempo de aquella guerra ningún individuo de cualquiera de ambas Cámaras ejercería mando alguno, militar ó civil, conferido por las dos Cámaras juntas ó por una sola.»

Los Comunes enviaron al punto este acuerdo á los Lores, pero éstos lo desecharon desde luego. Se ha discutido muy seriamente sobre la sinceridad de Cromwell al prestar su apoyo á la proposición; mas por cuanto puede juzgarse del estado de su ánimo en aquellos días, no se debe dudar de ella. He aquí las palabras que pronunció, según dicen, durante el debate, palabras verdaderamente difíciles de conciliar con ningún secreto designio ó esperanza de que se siguieran utilizando sus servicios:

«Señor presidente, dijo, no pienso que la acción de los individuos del Parlamento dentro de las Cámaras pueda conducir á la disolución ó diseminación de nuestros ejércitos. Puedo decir esto por mis soldados, que no se batan por mí, sino por vosotros, mostrándose dispuestos á luchar y morir por vuestra causa; y si los demás hacen lo mismo, nada debéis temer de ellos. A mí no me miran como un ídolo; tan sólo se fijan en la causa que defienden, y en servicio de ésta

podéis darles las órdenes que gustéis, con la seguridad de que las obedecerán.»

Desechado por los lores el citado acuerdo de los Comunes, á pesar de los propósitos conciliadores de Cromwell, las dos Cámaras se pusieron en pugna, aunque sin que se produjera abiertamente ningún rompimiento. El 7 de enero los Pares contestaron que, prescindiendo de los perjuicios que les irrogaría semejante ley después de haber hecho tanto por la causa, era mala política dejar sin destino á tantos oficiales del ejército sin formar una lista de los individuos que deberían substituirles y someterla á la aprobación. Esto comunicó nuevo impulso al movimiento, y el Comité para la defensa de ambos reinos presentó desde luego una larga lista de nombres, en la que figuraban Fairfax (presbiteriano) como comandante en jefe, y Skippon (presbiteriano también) como Mayor General de infantería, quedando al parecer vacante la plaza de teniente general de la caballería. Al recibir esta contestación terminante á sus observaciones, los Pares comenzaron á ceder, y en enero aprobaron por mayoría de un voto el segundo acuerdo propuesto por los Comunes, aunque con una modificación muy importante que disponía que se pudiera conferir un mando á un individuo de cualquiera de las Cámaras á elección de la comisión nombrada por el Parlamento para inspeccionar los movimientos del nuevo ejército.

Esta alteración, con la que nada tenía que ver Cromwell, dispensa á éste del cargo que contra él se formuló al decirse que había intrigado para derribar á Manchester y Essex á fin de obtener un buen destino para sí propio.

Por el primer «acuerdo,» al que prestó su más vigoroso apoyo, no hubiera tenido excusa para retener mando alguno; pero alterada la proposición, por conveniencia de los Lores, el asunto quedaba tan sólo á discreción de los hombres responsables del éxito de la guerra; y en este caso no era posible admitir dudas sobre lo que aquéllos harían.

El único soldado que había batido á Ruperto en el campo de batalla no era hombre del que se pudiera prescindir si había algún medio para conservarle en su destino. Su nombre entre amigos y enemigos figuraba en primer término, considerándose á Cromwell como el más hábil jefe de caballería de los parlamentarios; y por lo tanto, su elección para la vacante de teniente general en la «nueva organización» no podía ser más que cuestión de tiempo en el curso natural de los sucesos.

CAPITULO XII

La reorganización del ejército del Parlamento, después de aprobado el acuerdo, vino á ser la reconstitución de todas las fuerzas sobre nuevas bases.

Hasta entonces, es decir, hasta la primavera de 1645, las tropas del Parlamento, según hemos dicho ya, se habían reclutado localmente. Contábase con las partidas armadas de Londres, con el ejército de la Asociación de los Condados Orientales, con las levas de York bajo la dirección de Fairfax, y con otras fuerzas, siendo numerosos los voluntarios que en el ejército había. El resultado de esto fué una gran falta de uniformidad en la disciplina y de eficacia en la acción. Bajo las órdenes de Cromwell y de Fairfax, los soldados se conducían perfectamente; pero bajo las de Waller desertaban en masa. En algunos puntos se les pagaba con regularidad; pero en otros recibían poco ó nada.

A medida que el país se empobrecía, la condición del ejército empeoraba más y más, y la disminución de víveres debilitaba las fuerzas de los soldados para combatir. Nunca se conocerán exactamente, ni apreciarán del modo debido los historiadores, las fatigas y miserias que soportaron sin quejarse las tropas que componían el ejército del Parlamento; pero al fin los soldados eran hombres y los oficiales de todas clases y categorías participaban de las convicciones de Cromwell en cuanto al hecho de que si no se organizaba el ejército bajo otro pie, la guerra se extinguiría pronto por falta de combatientes.

Sin embargo, apenas se hubo arreglado la cuestión de los jefes, se pensó seriamente en reorganizar el ejército sobre una nueva base, lo cual permitió á los generales dar á sus nuevas fuerzas la dirección que creyeron más conveniente.

En adelante todas las tropas deberían ser pagadas por el Parlamento, abonándose á cada soldado una cantidad fija (1). El antiguo sistema de las suscripciones locales desapareció por completo y se convino en recaudar el dinero por medio de impuestos y empréstitos que pesaran sobre el país en general. De este modo se aseguraba por lo menos la subsistencia para los soldados mientras la guerra durase; y hallándose éstos bajo las órdenes inmediatas del Parlamento, fueron en adelante servidores, no de una mera autoridad local, sino del Estado.

(1) Los soldados de infantería debían recibir ocho peniques diarios, y los de caballería dos shillings, pero con esta cantidad estaban obligados á mantener el caballo.

Lo primero que se necesitaba era el dinero, y como primer fondo la ciudad prestó 80.000 libras esterlinas; lo segundo era establecer un sistema de severa disciplina, y de esto se encargó Sir Thomas Fairfax, nuevo general en jefe, hombre de carácter enérgico, celoso de sus deberes y soldado metódico, que llevó á cabo su cometido con tanto vigor como buen tacto. Fairfax no ha sido tratado por la posteridad tan bien como merecía; cierto que no era un genio, ni tuvo la poderosa energía personal de Cromwell; pero se distinguió como valeroso combatiente, buen organizador y trabajador infatigable, sin hablar de su patriotismo y de su conducta intachable.

Bajo la dirección de Fairfax el nuevo ejército «modelo» prosperó rápidamente; Skippon trabajó también mucho en el mismo sentido, compartiendo la tarea con aquel jefe; Cromwell estaba en el Sudoeste, prestando sus servicios con Sir Guillermo Waller. Este último resignó su mando en abril, y Cromwell, libre de sus deberes allí, obtuvo un mando independiente durante breve tiempo para hostigar á los realistas en las comarcas del interior.

Algún tiempo después, también renunció á su mando; pero se le dijo que no se podría prescindir de él, hecho evidente para todos. Sin embargo, ni Cromwell ni Fairfax podían de momento hacer gran cosa. El Parlamento, que había resuelto enmendar el error de haber consentido que generales incompetentes obrasen á su antojo con los ejércitos que mandaban, incurrió ahora en la no menos fatal torpeza de confiar toda la dirección de la guerra á un Comité formado con individuos de su seno, y de este modo ató las manos de hombres que sabían muy bien lo que debían hacer. Como consecuencia de ello, la suerte de la causa puritana estaba aún indecisa, y si Carlos hubiera sabido asegurarse el auxilio de los mejores hombres para conducir su ejército, ó tratarlos del modo debido cuando los encontraba, aún hubiera podido vencer á sus enemigos y reconquistar su trono.

El principal error cometido por el «Comité de Derby House,» al que se había confiado la dirección de la guerra en nombre del Parlamento, fué insistir en que Fairfax se apoderase de todas las fortalezas realistas, en vez de permitirle buscar el ejército del rey en el campo para desbaratarle, como se había hecho con el de Ruperto en Marston Moor. La operación de batir al rey fué confiada vagamente á los escoceses en el Norte. Fairfax hizo lo que se le mandó, y el 10 de mayo se había apoderado de Taunton; hecho lo cual puso sitio á Oxford. Entretanto el rey había salido de esta ciudad y combinaba sus planes con Ruperto sin que nadie se lo impidiera, pues los escoceses rehusaban terminantemente ir en busca del rey. Montrose en las comarcas montañosas de Escocia estaba en el apogeo de sus triunfos, y la presencia de las fuerzas escocesas era necesaria cerca de su patria. A lo único que se avinieron los aliados fué á prometer que interceptarían el paso del ejército real si éste marchaba en dirección al Norte para reunirse con Montrose.

Esta contestación inquietó al Parlamento, instándose entonces al Comité para que dejara á Fairfax en libertad de obrar; pero se recibieron buenas noti-



MONTROSE

Copia de un grabado de J. Honbracken, según un cuadro de Van-Dyck

cias del Oeste, donde se hizo fracasar una tentativa de Goring, que trataba de enviar un ejército para que se incorporase con Carlos, y á causa de esto los comités perdieron el tiempo manteniendo á Fairfax todavía en Oxford. Después se recibieron noticias algo graves: Ruperto había reunido un ejército formidable para el rey, y asegurábase que avanzaba sobre los Condados Orientales. Cromwell fué enviado desde luego á Ely, y Londres comenzó á temblar. Entretanto, Carlos, que había marchado á través del condado de Stafford, atacó y ocupó Leicéster, que era una importante plaza del Parlamento, saqueando la ciudad completamente. Según dicen las crónicas de aquella época, «ciento cincuenta carros salieron para Newark cargados de despojos.»

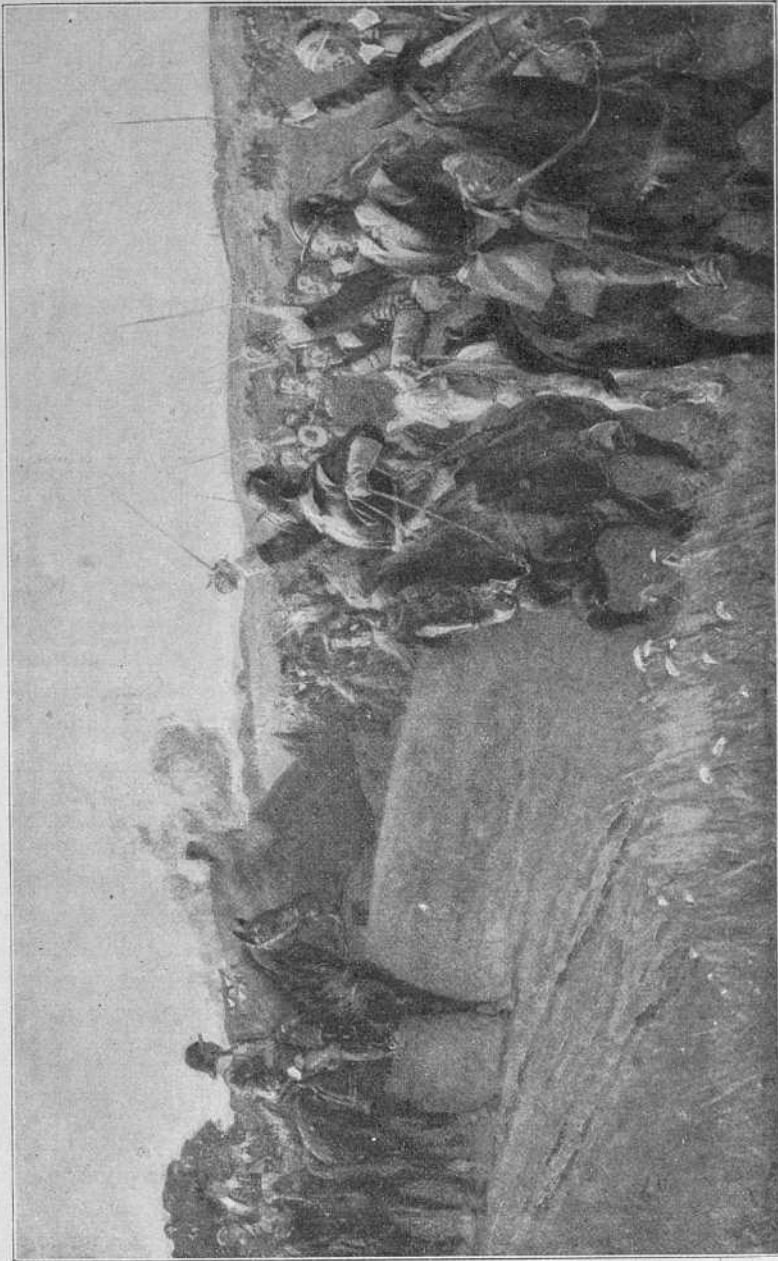
Este desastre hizo comprender bien al Parlamento la torpeza de la política del Comité. El 2 de junio, Fairfax recibió orden de salir á campaña; seis días después había descubierto dónde se hallaba el rey, y entonces reunió el consejo de guerra para decidir qué se debía hacer. Este consejo emitió su opinión sin vacilar, «declarando por unanimidad que era preciso buscar al enemigo y batirle donde se le encontrara (1).»

Este acuerdo demostró que ya comenzaba á manifestarse en el ejército el espíritu que tanto deseaba Cromwell que en el reinase. Una cosa sólo faltaba para completar la organización del ejército modelo para la última gran campaña y ponerlo en condiciones de poder hacer frente sin desventaja al ejército real mandado por Carlos y el príncipe Ruperto, y era el nombramiento, durante tanto tiempo aplazado, de un teniente general. Todos los oficiales del consejo comprendían que esto era indispensable, y una petición firmada por todos anunció al Parlamento que el ejército había elegido á Cromwell para dicho cargo. El que llevó la petición á Londres, el coronel Hammond, no encontró dificultades, pues el comité de Derby House había cesado en sus funciones, y el Parlamento dejó á Fairfax hacer lo que le pareciese, sin más limitación que celebrar consejo con sus propios oficiales.

Entretanto Cromwell había trabajado activamente, según su costumbre, para desempeñar la misión que se le encomendara. Al llegar á Ely, en 26 de mayo, vió que reinaban allí la mayor confusión en los asuntos y el mayor pánico; pero le bastaron dos semanas para poner la ciudad en estado de defensa, y después pudo reunir 3.000 hombres de infantería y 1.000 caballos para enviarlos al ejército de Fairfax. En medio de tales preparativos supo que este caudillo iba á los alcances del rey, y que era inminente una batalla. En su consecuencia, salió al punto de Ely con un regimiento escogido de 600 caballos, y el 13 de junio, el ejército, que esperaba de un momento á otro atacar al enemigo, vió con gran satisfacción la familiar figura del antiguo *Ironsíde* dirigirse al cuartel general y le recibió con aclamaciones, dándole la bienvenida.

Las fuerzas del Parlamento ascendían á 13.600 hombres, y las de los realistas tan sólo á 7.000; pero la desproporción del número se compensaba con la

(1) *La guerra civil*, por Gardiner, vol. II, pág. 237.



DESPUÉS DE LA BATALLA DE NASEBY



superioridad de los caballeros, que eran en su mayoría hombres avezados á la guerra; mientras que las tropas del Parlamento, aunque reforzadas por algunos regimientos de veteranos, se componían de reclutas incorporados después de la reorganización del «nuevo ejército modelo.» La verdadera fuerza del ejército del Parlamento no estaba en el número, sino en su disciplina y en la táctica y resolución de sus jefes.

Al día siguiente de haberse incorporado Cromwell al ejército, el rey presentó batalla á Fairfax á milla y media del pueblo de Naseby; aquella acción fué una de las más sangrientas y decisivas de toda la guerra. En algunas de sus principales fases se asemejó á la de Marston Moor; pero en sus resultados tuvo infinitamente mucho más alcance, y demostró de una vez para siempre la superioridad de los generales parlamentarios sobre sus enemigos.

Como en Marston Moor, Ruperto mandaba la caballería realista y Cromwell la otra; pero esta vez no se encontraron personalmente. Mientras Cromwell, en el ala izquierda del ejército del Parlamento, derrotaba en su primer ataque á Sir Marmaduke Langdale, que le hacía frente con la caballería de York y de Newark, Ruperto, en el ala opuesta, arrollaba á Ireton y á sus regimientos, haciéndolos retroceder hasta los vagones de bagajes en la retaguardia. Otra vez la infantería realista, demostrando la superioridad de sus soldados, rompió la primera línea de las fuerzas del Parlamento con la furia de su embestida, y si la hubiese apoyado la caballería con una carga de flanco, es probable que hubieran desbaratado también la segunda, llegando hasta las reservas, con lo cual habrían ganado la batalla. Mas Ruperto se desanimó de pronto, perdiendo el dominio sobre sus tropas, y en el momento crítico se le vió retroceder; mientras Cromwell, ordenando á sus tropas un cambio de frente después de su victorioso ataque, y en una línea bien ordenada, se precipitó sin descanso sobre la retaguardia de la infantería realista, cuyo flanco había quedado sin defensa por la derrota de la caballería de Langdale. Entretanto, la segunda línea de la infantería del Parlamento, aunque enérgicamente atacada, se mantuvo en su terreno con la mayor tenacidad, hasta que la carga de la caballería de Cromwell le permitió tomar de nuevo la ofensiva. Desde aquel momento, la batalla quedó de hecho decidida. Hubo un momento en que la reserva de la infantería de Carlos, mandada por éste en persona, se mostró dispuesta á interceptar el paso á Cromwell y á morir como los guardias de Lindsey lo habían hecho delante de su estandarte en Edgehill. Si los realistas hubiesen procedido así, dando tiempo á Ruperto para volver, aún se hubiera podido obtener la victoria; pero las tropas necesitaban un buen jefe para dirigir las, y aunque Carlos, dando prueba de su valor, se puso á su frente á fin de cumplir su deber como soldado y como rey, un oficial de su estado mayor cogió la brida de su caballo y le hizo algunas observaciones. Carlos vaciló, y cediendo débilmente á las advertencias, volvió grupas y huyó, determinando con esto la completa derrota del ejército. Con Cromwell á la retaguardia, la infantería enemiga enfrente y Ruperto lejos, la

infantería realista del centro, comprendiendo que la resistencia sería desesperada, rindió las armas por regimiento. Y cuando Ruperto volvió al fin á la colina, pudo ver que todo había terminado, y en su consecuencia siguió al rey; pero sus soldados no pudieron escapar. La caballería del Parlamento, relativamente fresca todavía, recibió orden de emprender la persecución, y en el espacio de ca-



Sir Marmaduke Langdale

torce millas, hasta las puertas de Leicéster, los jinetes fugitivos de Ruperto fueron acuchillados sin piedad.

La derrota de los realistas fué completa é irreparable: toda la infantería quedó destrozada ó prisionera; el número de prisioneros elevóse á 4.000, entre ellos 500 oficiales; los parlamentarios se apoderaron además de todo un tren de artillería, cuarenta barriles de pólvora y armas para 8.000 soldados. Pero aún hubo una presa mejor, la mayor de todas desde el punto de vista político, y fué la correspondencia del rey, con copias de sus cartas privadas á la reina, y las contestaciones de ésta.

Esta correspondencia demostró que Carlos no tenía ningún escrúpulo moral

en cuanto se refería á reconquistar su corona. Había tratado de alistar gente extranjera de la más perdida, sin tener en cuenta los indecibles sufrimientos que esto hubiera ocasionado á su pueblo; había negociado también para que desembarcara un ejército de papistas procedentes de Irlanda; y mientras engañaba á los presbiterianos por una parte, prometía á todos los católicos romanos que aboliría todas las leyes contra ellos si le ayudaban á recobrar el poder.

Un descubrimiento como este era más fatal para la influencia de Carlos sobre su pueblo de lo que hubiera podido ser la mayor de las derrotas en el campo de batalla. Entonces comenzaron á preguntarse hasta los mismos realistas qué clase de hombre era aquel por quien habían sacrificado sus vidas y haciendas. Ningún verdadero inglés, pensaban, podía consentir en la devastación de su país por mercenarios extranjeros; ningún hombre honrado podía prometer, ni aun «bajo la palabra de un rey,» lo que sabía que no le era dado cumplir.

«La correspondencia del rey, escribió alguien, ha puesto en claro el misterio de los primeros tratados, sirviéndonos esto para estar prevenidos en lo futuro.»

Pero el más notable resultado de la victoria de Naseby, á nuestro modo de ver, fué el estímulo que produjo en Cromwell para apelar al Parlamento á fin de que hiciera justicia á los hombres á quienes mandaba, á pesar de que muchos de ellos no habían aceptado el Convenio ni estaban dispuestos á aceptarlo, contándose no pocos que eran «sectarios,» y de los que el clero presbiteriano llamaba «blasfemadores de la religión.» La cuestión de tolerancia era siempre para Cromwell, aun en medio de sus luchas, tal vez la cosa que más de corazón sentía; nunca dejó de recomendar su importancia cuando se le presentaba una oportunidad, y consideró que ninguna mejor para ello que la que se le ofrecía al día siguiente de una victoria.

«Señor, escribió al presidente después de un informe muy breve sobre la batalla (1), en esto no se ha de ver más que la mano de Dios, y solamente á Dios se debe la gloria del triunfo. El general os ha servido fielmente, y el mayor elogio que puedo hacer de él es que, sin duda, atribuye todo el éxito al Señor, y preferiría morir más bien que atribuirlo á sí propio. Esta es una idea muy digna; y en cuanto á la bravura del jefe, ha sido ejemplar en esta batalla. También los soldados os han servido leal y valerosamente; son hombres fieles, y yo os ruego en nombre de Dios que no los desalentéis. Quisiera que esta acción mereciera gracias para todos los que han tomado parte en ella. El que aventura su vida por la libertad de su país debe confiar en Dios para la libertad de su conciencia. Esto es lo que piensa vuestro humilde servidor.

»OLIVERIO CROMWELL.»

(1) Carlyle, parte II, carta XXIX, pág. 176.

CAPITULO XIII

Aunque la de Naseby fué la última batalla que se dió en campo abierto, el ejército del Parlamento debió llevar á cabo una larga y ardua tarea antes de que en Inglaterra llegase á reinar la paz.

Había importantes ciudades fuertes en poder de los realistas, tales como Newark y Bristol; fortalezas como Basing House y Raglan, que hasta entonces habían sido inexpugnables á todo asalto; y además de esto, al avanzar Fairfax hacia el Oeste, observó que la gente del campo se hallaba en un estado tumultuoso y de efervescencia, como las abejas perturbadas en su colmena.

Como fuerza armada estos campesinos no eran formidables, pero causaban gran trastorno por causa de los abastecimientos; y como ahora se trataba más bien de pacificar el país que de vencer á un enemigo, la manera de tratar con ellos llegó á ser una verdadera dificultad.

Los «hombres de la clava,» según los llamaron por la rudeza de sus armas, tenían verdaderos motivos de queja; en muchas localidades sufrieron graves pérdidas por la supuesta fraternidad de los dos ejércitos, que los saquearon, y al fin habían resuelto formarse en partidas para proteger sus familias y sus bienes; pero en otras localidades estaba probado que los agitadores realistas impulsaban el movimiento de aquella gente.

En el condado de Dorset ocasionaron al comisariado del ejército del Parlamento tales perjuicios, que Fairfax resolvió al fin enviar á Cromwell para que reprimiese la agitación con mano fuerte; y fué tan característica la manera de ejecutar la orden, que la daremos á conocer. Debe advertirse de paso, como contraste entre las ideas de los puritanos y de los caballeros, que allí donde los jefes realistas encontraban á los «hombres de la clava,» no tenían con ellos la menor consideración.

Cromwell, que se había puesto á la cabeza de una partida de soldados de caballería, encontró primero un grupo de aquellos hombres cerca de Shaftesbury. Los campesinos, organizados al parecer por algún agente de las inmediaciones, se hallaban reunidos en la cumbre de una alta colina llena de bosque y casi inaccesible. Al recibir noticia de esto, Cromwell envió un teniente con algunos hombres para preguntarles qué hacían en aquel lugar y anunciarles al mismo tiem-

po que él estaba allí en persona y deseaba conferenciar con su jefe. Un hombre — un tal Newman, según le llama Cromwell — bajó entonces de la colina y dijo que hacía algunos días Fairfax había cogido prisioneros á varios de sus jefes, y que deseaban que se les diera una satisfacción. Cromwell replicó que no le era posible dar ninguna, pero que los hombres así cogidos estaban acusados de promover «muchos tumultos, y de celebrar reuniones ilegales,» por lo cual se les debía juzgar con arreglo á la ley del país. Cuando Newman pidió permiso para volver á reunirse con los suyos, Cromwell se ofreció á ir con él, y acompañado tan sólo de algunos de sus hombres, llegó hasta la cumbre de la colina para repetir lo que había dicho á Newman. Al mismo tiempo aprovechó la oportunidad para dirigir la palabra á los campesinos, diciéndoles que se haría justicia si alguien atacaba á su propiedad ó hacía algún daño á sus familias; pero advirtiéndoles también que no se consentirían las reuniones de hombres tales como las de ellos, y terminó su discurso recomendándoles enérgicamente que volvieran á sus casas y asegurándoles que los jefes detenidos no serían juzgados «sino por las faltas de que se les acusase y por cosas que fuesen contrarias á la ley y á la paz del reino.»

Estas seguridades, y probablemente la confianza que inspiró á los campesinos, permitieron á Cromwell conseguir su objeto. Los hombres, satisfechos al parecer, prometieron volver á sus casas y así lo hicieron.

Pero no siempre sucedía así: otra vez, cerca de Shrawton, más de cuatro mil campesinos se habían reunido en actitud muy belicosa. He aquí cómo describe Cromwell lo que sucedió, en una carta á Fairfax; y siendo su relato una información exacta de los hechos, creemos oportuno reproducirlo.

«Envié un destacamento, dice, compuesto de unos cincuenta caballos; aunque mis soldados se acercaron cortésmente, fueron recibidos á tiros; y habiendo propuesto el jefe de mi tropa á los revoltosos que enviaran algunos hombres para entenderse conmigo, se negaron á ello desdeñosamente. Se hallaban en uno de los antiguos campos, en una colina muy alta, y allí envié como embajador á un tal Lee, para asegurarles que mis intenciones eran pacíficas y recomendarles al mismo tiempo que depusieran su actitud y se sometieran al Parlamento. También rehusaron y nos hicieron fuego, por lo cual les envié otra vez mi embajador para decirles que si querían rendir las armas no se les haría ningún daño. Excitados por sus jefes, y particularmente por dos sacerdotes, se negaron también á aceptar mis proposiciones, y entonces mandé á un teniente capitán que se acercara á ellos y se preparase para darles una carga; pero que si al atacarlos se rendían, se les respetara. Cuando estuvimos muy cerca de los revoltosos, persistieron éstos en su negativa é hicieron fuego otra vez, matándonos dos hombres y cuatro caballos. Como no estaba lejos el paso para subir á la colina, ordené al Mayor Desborow que fuera á colocarse á retaguardia de los insurrectos, y que los desalojara de su posición. Así lo hizo el oficial, ocasionando algunas bajas á sus contrarios; creo que nuestros soldados mataron diez ó doce hombres tan sólo, pero hirieron á muchos. Hemos cogido unos trescientos prisioneros; los más



CARLOS I DE INGLATERRA, COPIA DEL RETRATO HECHO POR VAN-DYCK

son unos infelices idiotas, y si lo tenéis á bien, los enviaré á sus casas, porque han jurado que consentirán en dejarse ahorcar antes que amotinarse de nuevo.

»Me propongo presentaros los prisioneros que tengo. Estos campesinos habían cogido prisioneros á varios soldados del Parlamento, apoderándose también del coronel Fiennes y de algunos de sus hombres, á quienes trataban bárbaramente. Según he sabido, esperaban á Lord Hopton para que los mandase, y según parece, debían recibir de Wilts muchos víveres y municiones. Hemos cogido muchas de sus armas, y pocas son las que se han llevado consigo. Me hallo á la distancia de diez millas de vuestro cuartel general, y me propongo acercarme más mañana.»

Esta operación, «aunque desgraciada,» como los cronistas la calificaron, debía realizarse á toda costa, y se hizo bien.

Después de la dispersión de los «hombres de la clava,» en agosto de 1645, vino una larga serie de sitios de fortalezas realistas, que fueron tomadas á una, aunque no sin porfiada lucha, cuyo peso recayó todo en Cromwell.

Durante los meses de septiembre y octubre estuvo trabajando día y noche. Winchester cayó el 28 de septiembre; Basing House, la antigua y lúgubre fortaleza, que había resistido fácilmente todos los anteriores ataques, se tomó el 13 de octubre; y Langford House, cerca de Salisbury, cinco días después. Terminadas estas operaciones militares, Cromwell se dirigió al Oeste y fué á reunirse con Fairfax en Cornuailles.

Pero mientras Cromwell empleaba su actividad en destruir por el fuego y el hierro los últimos baluartes defensivos de Carlos en el Sur, su pensamiento se inquietaba ya por el porvenir respecto al «arreglo» de las diferencias, no entre caballeros y puritanos, sino entre presbiterianos é independientes, entre los que deseaban un sistema uniforme de culto religioso y los hombres — en número escaso todavía, pero cada vez mayor — que, habiendo derramado su sangre por la libertad de conciencia y contra la tiranía del Episcopado, no estaban dispuestos á tolerar un yugo religioso peor aún que el de Laud para los ingleses. Como una prueba de la profunda ansiedad de Cromwell y de sus convicciones en este punto, podemos reproducir parte de una carta escrita por él en septiembre al presidente de la Cámara de los Comunes después del sitio de Bristol, donde Ruperto sufrió su última y más amarga derrota, causada por aquellos hombres á quienes en otro tiempo había tratado con tanto desprecio.

«El general ha tenido á bien, comenzaba diciendo Cromwell (1), encargarme que os dé cuenta detallada de la toma de Bristol, lo cual hago con el mayor gusto.» Después escribe el informe, y añade algo que como expresión de sus creencias y pensamientos en aquella época vale mucho, aunque el Parlamento, probablemente escandalizado del lenguaje libre y nada ortodoxo de su «humilde servidor,» se cuidó de suprimir el párrafo antes de dar la carta á la imprenta para su publicación.

(1) Carlyle, parte II, carta XXXI, pág. 182-187.



ENRIQUETA MARÍA, ESPOSA DE CARLOS I DE INGLATERRA

Copia de un grabado de Pedro de Jades, según el cuadro original pintado por Van-Dyck.

«Os he dado cuenta exacta, pero no completa, de este grave asunto, en el que se puede ver que todo es obra de Dios, y muy ateo debe ser quien no lo reconozca así.

»Podrá creerse, y con razón, que algunos elogios merecen esos hombres intrépidos de cuyo valor se habla tanto; son dignos de la mayor consideración por su celo y lealtad en favor de la buena causa, y justo es que no se les olvide. Para ellos es una alegría ser los instrumentos de la gloria de Dios y del bien de su país, y también una honra que el Señor los haya elegido para prestar este servicio, sobre todo ahora, cuando la fe y la oración nos han permitido conquistar una ciudad como lo haría el pueblo de Dios. Nuestro deseo es que el Señor sea glorificado por el mismo espíritu y la misma fe. Presbiterianos é independientes piensan aquí de igual manera, en todo convienen y no reconocen diferencias. ¡Qué lástima que no sea así en todas partes! Todos los que creen, conservan la verdadera unidad, que es más gloriosa porque es íntima, espiritual, porque está en el cuerpo y en la cabeza. Para que la unidad exista en las formas, para que haya lo que comúnmente se llama uniformidad, los cristianos harán, aunque sólo sea por amor á la paz, cuanto su conciencia les permita, y tratándose de hermanos, en cosas que afectan al espíritu, buscaremos, no la violencia, sino la luz y la razón. En otras cosas, Dios ha puesto la espada en manos del Parlamento para terror de los perversos y defensa de los que obran bien. Aquel que no lo crea así, es porque no conoce el Evangelio, y si alguno tiene la pretensión de cambiar nuestras creencias, espero que lo intentará en vano. Que Dios las conserve en vuestro corazón para obrar con arreglo á ellas, es lo que suplica vuestro humilde servidor

»OLIVERIO CROMWELL.»

Durante el invierno de 1645 á 1646, Cromwell estuvo muy ocupado en Cornuailles, Devon y en el condado de Somersets, y en marzo la autoridad del rey no existía ya en aquellos territorios. En el Norte, los asuntos se habían puesto cada vez peor para Carlos, y antes de terminar el otoño debió perder las esperanzas. Montrose, que había tenido la Escocia á merced suya durante algún tiempo, fué derrotado por David Leslie en Philiphaugh, cerca de Selkirk y desde las murallas de Chéster, el mismo Carlos vió los últimos restos de su ejército inglés derrotado en Rowton Heath. El último encuentro de la guerra fué con Sir Jacob Astley, que marchaba con 3.000 hombres en auxilio de Oxford, donde el rey se había retirado, y que fué atacado y derrotado en Stow el 22 de marzo.

«Habéis llevado á cabo vuestra tarea, dijo el veterano, según se asegura á los que le habían cogido, y ahora ya podréis hacer cuanto queráis á menos de indisponeros entre vosotros mismos.»

Estas palabras fueron bastante proféticas. Las disensiones comenzaron en seguida.

Quando la situación militar empezaba á ser más desahogada, la temperatura

política se elevó; y Carlos, aunque batido en el campo, salió de Oxford disfrazado para refugiarse en el ejército escocés, en el que encontró un centro de intrigas. Todo el invierno había habido conspiraciones. Los escoceses, desesperando de todo arreglo satisfactorio de la nación inglesa sobre la base del brespiterianismo, mientras hombres como Cromwell y Vane tuvieran influen-



Los hijos del rey Carlos I de Inglaterra. Copia de un cuadro de Van-Dyck

cia en el ejército y el Parlamento, comenzaron á pensar en algún arreglo provechoso con Carlos, ahora que estaba suficientemente humillado por la derrota para escuchar sus proposiciones. Los presbiterianos ingleses, por su parte, temían unirse con sus correligionarios escoceses por su desconfianza en el rey, acrecentada desde el descubrimiento de su correspondencia con la reina. Si estos dos partidos hubieran conocido bien á Carlos, se habrían librado de muchas perturbaciones é inquietudes, y el rey de una dolorosa tribulación y de no pocas penalidades.

Carlos era, en cuanto él entendía la significación de la palabra, un hombre

sincero en punto á religión, y un celoso creyente de la Iglesia episcopal; de modo que bien podían reverenciar su nombre los que á ella pertenecían. Si hubiese renunciado á su fe en aquel tiempo, podía haber recobrado su corona casi con sus propias condiciones. La nación escocesa hubiera sacrificado por él hasta su último hombre, y con ella se hubiera unido un partido muy importante en Inglaterra; pero en este punto Carlos no vaciló jamás, y cuando se le apuró para que tomase el asunto en consideración, dijo: «Preferiría perder mi corona antes que mi alma.» Sin embargo, escuchó con aparente favor las proposiciones de los comisionados escoceses, y esto fué en alto grado característico. Nunca le pareció á Carlos que hubiese nada deshonoroso en oír, al parecer con interés, proposiciones que no tenía la menor intención de aceptar; pero en aquel caso obró así por haber creído sinceramente que con el tiempo otras consideraciones inducirían á los escoceses á renunciar á una condición tan imposible de aceptar como el convenio.

El rey conocía tan poco á los hombres con quienes trataba, como éstos á él. Las ideas de Carlos sobre esta cuestión de su fe religiosa, y las consecuencias que en su concepto podían seguirse de la lealtad con que se atenía á ellas, se expresan en una carta escrita á Ruperto dos meses después de Naseby. He aquí su contenido:

«Como cristiano debo deciros que Dios no permitirá que los rebeldes y traidores prosperen, y sea cual fuere el castigo que el Señor me imponga, no me hará desfallecer, ni mucho menos renunciar á la contienda. No es dudoso que un arreglo con ellos ahora no sería más que una sumisión, que por la gracia de Dios no aceptaré jamás, cueste lo que cueste, porque sé que mi obligación, por mi honor y mi conciencia, es no abandonar la causa del Todopoderoso, ni perjudicar á mis sucesores, ni abandonar á mis amigos. Verdaderamente, no puedo lisonjearme con la esperanza de un triunfo; pero acabaré mis días como hombre de honor y con la conciencia tranquila. Por eso persistiré en mis esfuerzos, sin perder la esperanza de que Dios vuelva al fin por su propia causa; pero debo asegurar á todos mis amigos que aquel que se quede á mi lado debe resolverse á morir por la buena causa ó — lo que es peor — á vivir sufriendo las violencias é injurias de los rebeldes, si trata de mantenerla.»

Curioso contraste ofrecen estos pensamientos del rey derrotado si se comparan con los enérgicos esfuerzos y las pacientes, pero repetidas súplicas de Cromwell entre los jefes de su propio partido para que dejaran á un lado las diferencias de creencia religiosa, extendieran la tolerancia tanto como la ley civil lo permitiera respecto á los «sectarios» más violentos; y combinando en unión fraternal el mejor elemento del partido puritano, trataran de cerrar las heridas de la nación ensangrentada y exhausta. Con semejante acto Cromwell se expuso á ser blanco de mordaces murmuraciones y malas inteligencias. Por valerosos y honrados que indudablemente fueran los «sectarios» por quienes abogaba, pesaban sobre ellos graves faltas, y más tarde Cromwell debió sufrir más que ningún

otro las consecuencias de su fanatismo é ignorancia. Mientras observaba estas debilidades, reconoció también que el más deplorable error que las autoridades del Parlamento podían cometer era adoptar una política de dura represión y persecución de los hombres de conciencias timoratas. En su consecuencia, aunque se hizo blanco de los más apasionados ataques personales por parte de los ortodoxos, insistió resueltamente en que se resolviera de una vez la cuestión sobre la libertad de conciencia. El mismo conocimiento que tenía de las faltas de sus soldados le hizo desear con más afán que los mejores de sus hombres, que formaban una gran mayoría, fuesen generosamente tratados por el Parlamento. Sabía muy bien, cosa que aquél debía reconocer muy pronto á su costa, que los



Medalla de Carlos I y de Enriqueta María su esposa

soldados comenzaban á ser por necesidad ardientes políticos, pues había alternado con ellos como amigo y como jefe; no ignoraba sus creencias, y veía que un extraño «espíritu democrático,» como el Dr. Gardiner le llama muy propiamente, se arraigaba en el espíritu de los que ejercían influencia en los regimientos. También echaba de ver, según dice aquel mismo autor, que la nación, en su mayoría, no pensaba del mismo modo que el ejército. Por lo tanto deseaba ardientemente como lo indica con claridad la carta que escribió después de la toma de Bristol, que el Parlamento, á la vez que concediendo la libertad de conciencia, se mantuviera firme en la dirección de todos los asuntos, incluso los militares.

Tal era la posición de Cromwell entonces. Conservando una actitud firme entre la autoridad, que entonces ejercía el poder por la ley, y los hombres que, aguijoneados por la injusticia, serían capaces de erigirse en gobierno sirviéndose de la espada, ofreció su alianza al Parlamento, y éste podía contar con su eficaz apoyo.

El Parlamento había depuesto á Carlos por su tiranía y sus injusticias; y el derecho divino de los reyes para gobernar mal no se debía reconocer ya más en Inglaterra.

Faltaba saber ahora si los hombres en quienes recaía la ardua misión de dirigir la nave del Estado se aprovecharían de la lección que ellos mismos acababan de dar. Si no, aún quedaban en el país otros que creían que la libertad y el derecho eran cosas de más valor que un gobierno viciado – aunque se titulase el «Parlamento libre de Inglaterra,» – y esos otros eran los que empuñaban la espada.

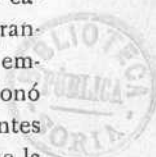
CAPITULO XIV

La primera guerra civil terminó con la rendición de Oxford el 28 de junio de 1646. Cinco días antes se había celebrado el primer casamiento en la familia de Cromwell, el de su hija mayor Brígida. Su esposo era Enrique Ireton, en aquel tiempo Comisario general á las órdenes de Fairfax y el más celoso de todos los partidarios de Cromwell. Hasta se dice que la admiración del joven por el padre fué en parte el motivo que le indujo á desear su unión con la hija, que tenía catorce años menos que él. Como quiera que sea, la señorita Brígida Cromwell participaba lo bastante de la energía de carácter de su padre y de su inteligencia para ser digna esposa hasta del más aventajado de los hombres de la República.

Ireton era persona de buena educación; se había graduado en el colegio de la Trinidad, en Oxford, y estudió leyes con objeto de consagrarse al foro; pero al estallar la guerra tomó las armas, y muy pronto llamó la atención de Cromwell, el cual formó tan buen concepto de sus disposiciones que, según se dice, por su particular recomendación Fairfax le nombró Comisario general. En el sitio de Oxford formó parte del Comité encargado de estipular las condiciones de la rendición; y más tarde se reunió con su suegro en el Parlamento, como diputado por Appleby. Desde entonces comenzó á progresar hasta llegar á ser una potencia en el mundo político, posición que debía á sus propios méritos. Cromwell no hizo más que ayudarle para que tuviese oportunidad de hacer carrera.

En el mismo año de 1646, la segunda hija de Cromwell, Isabel, dejó también el hogar paterno para casarse con un tal Juan Claypole, que ofrecía un contraste singular con Enrique Ireton. Claypole, hijo de un hidalgo rural, era muy amable, pero no se distinguía por una inteligencia superior ni por su carácter enérgico, y no tomó parte, que nosotros sepamos, en ninguno de los grandes acontecimientos de la época, ni entonces ni después. Se recuerda, sin embargo, que Claypole, después de la muerte de su padre político, proporcionó una casa á la señora Cromwell, acto muy caballeroso, si se considera que antes de haber transcurrido dos años la «Señora Protectora» no era ya más que la viuda del «sanguinario Regicida.»

Los últimos meses de 1646 fueron un período comparativamente tranquilo



en la vida de Cromwell. En este año se trasladó á Londres, donde se proponía residir en adelante, y tomó una casa en las inmediaciones de Drury Lane, barrio muy á la moda en aquel entonces. Los días de fatiga y de continuos quebrantos habían terminado por el pronto; pero no podía disfrutar de mucho reposo mentalmente. Había vuelto al desempeño de sus deberes como individuo activo del Parlamento, y asistía con regularidad á los debates del Parlamento, que muy pronto comenzaron á inspirarle la más viva inquietud.

A decir verdad, durante algún tiempo el partido independiente de los Comunes parecía haber dirigido todos los asuntos á su manera. Los escoceses, creyendo que Carlos, que ahora era de hecho su prisionero, aceptaría el Convenio, dejaron de hacer proposiciones á los presbiterianos ingleses, mostrándose inclinados á tomar el partido del rey. Este peligro, juntamente con la presencia del ejército escocés en el Norte de Inglaterra, indujo á todos los ingleses, así presbiterianos como independientes, á prestar su apoyo al partido que tenía á Cromwell entre sus jefes y que se oponía resueltamente á toda paz con Carlos, á menos de que se rindiera sin condiciones. A fines del año, no obstante, las negociaciones entre el rey y los escoceses se rompieron, y entonces Carlos reanudó las relaciones amistosas que tenía con sus aliados ingleses, sobre la base de su religión común. Esto hizo que los votos de los Comunes se volvieran contra los independientes y que se presentaran proposiciones para disolver el ejército.

Haremos una digresión para decir dos palabras acerca de los escoceses, que han sido objeto de inmerecidas censuras, porque después de muchos alardes de lealtad á la persona del rey, le entregaron á sus enemigos, según se supone; mediante el pago de 200.000 libras esterlinas, á lo cual se llamó el «Acto de Judas.»

Por lo pronto es evidente que, siendo Carlos tan tenaz en punto á religión, los escoceses no podían razonablemente hacer sino lo que hicieron. Desde un principio, sus comisionados significaron claramente á Carlos que el apoyo de su nación dependía únicamente de que Su Majestad aceptase el Convenio, pues anteponían éste á la corona; y si hubo engaño, fué por parte de Carlos. Siendo sus principios lo que eran, no debió escuchar á los comisionados. Ciertamente, ninguna de las dos partes calculó bien la profundidad de las convicciones religiosas de la otra; y cada una creyó que la contraria cedería al fin cuando se llegase á una solución. Ambas partes se engañaron; y siendo así, nada podían hacer ya los escoceses más que abandonar á Carlos á su suerte. Por supuesto que hubieran podido ayudarle á escapar á Francia en vez de entregarle á los ingleses pero ¿por qué habían de crearse mortales enemigos de sus primeros aliados en Inglaterra tan sólo por favorecer al rey? Este último no había hecho en ningún tiempo nada para merecer tal consideración. El Parlamento inglés había luchado largo tiempo y desesperadamente para librarse de la tiranía que los Estuardos le habían impuesto; no había, por lo tanto, razón para privarle de los frutos de su victoria, facilitando á Carlos el medio de pasar á Francia y levantar tal

vez un ejército de invasión con ayuda de los países católicos, para aniquilar después á los presbiterianos que aún se conservaran fieles á su fe. En cuanto al donativo de 200.000 libras esterlinas, esto fué el pago de una justa deuda,



El general Enrique Ireton, yerno de Oliverio Cromwell
Copia de un cuadro de Roberto Walker

el precio de los pasados servicios del ejército escocés al Parlamento de Inglaterra.

Este arreglo se hizo en enero de 1647; el 11 de febrero, el rey estaba en poder del Parlamento, en Holmby House, y no quedaba un solo soldado escocés en terreno de Inglaterra.

Los partidos políticos de Westminster sufrieron entonces un importante cambio. Toda resistencia armada al Parlamento había terminado; el rey estaba prisionero, y el trabajo del ejército parecía concluído. Esto era lo que debía ser en teoría; pero desgraciadamente el Parlamento, tal como estaba constituido entonces, representaba el peor en vez de los mejores elementos de la reacción puritana contra el episcopado; y á menos de que hubiese fuera de Westminster una fuerza capaz de imponerse, Inglaterra debería gemir pronto bajo un gobierno casi tan viciado y mucho más riguroso que el de Laud y Carlos.

En vano los independientes trataron de modificar los decretos que se habían aprobado para vigorizar el Convenio, decretos que perjudicaban particularmente al ejército; siempre fueron derrotados, y al fin se vieron reducidos á la impotencia.

¿Qué se podía hacer? Para Cromwell la situación parecía no tener remedio, y se ha supuesto que durante la primavera de 1647 comenzó á intrigar con mucha actividad para promover la desafección en el ejército, siendo el principal autor, aunque secretamente, de la agitación que se produjo; pero un detenido estudio de los acontecimientos ha demostrado que esto no es verdad. En aquella época y mucho tiempo después, Cromwell había dejado de influir políticamente sobre una parte de las tropas; había abogado por sus justas reclamaciones respecto á la ciudadanía y á la tolerancia religiosa, lo cual hizo apasionadamente y con persistencia; había tratado de que sus colegas en la Cámara reconocieran la injusticia y la estupidez de perseguir á todos los hombres simplemente por el hecho de que no pensarán como ellos en materias de culto religioso; pero no hizo más, y cuando llegaron peticiones de varios condados solicitando la disolución del ejército, por ser muy pesadas las contribuciones que su mantenimiento exigía, no pronunció una sola palabra de protesta.

Ciertamente que el ejército mismo no tenía, como se ha supuesto, empeño alguno en no ser disuelto, ni tampoco la agitación que pronto debía ser tan peligrosa fué debida á escrúpulos religiosos contra el Convenio. Tuvo un origen mucho más mundano, cual fué los atrasos en las pagas. Si el Parlamento hubiera hecho entonces un poderoso esfuerzo para satisfacer lo que se debía á sus soldados, es casi seguro que el ejército, en su conjunto, no hubiera ocasionado la menor perturbación.

Es un hecho que en todo cuanto sucedió á partir de aquel entonces, el Parlamento ó los presbiterianos fueron los verdaderos agresores, puesto que propusieron, no solamente eludir el pago, disolviendo el ejército, sino hacer éste sin dar ninguna garantía respecto á la deuda contraída con las tropas, que, según se dijo, ascendía á 331.000 libras esterlinas, pues la infantería no había percibido cantidad ninguna en diez y ocho semanas, y á la caballería se le adeudaban cuarenta y tres. Para impedir que aquellos hombres descontentos promovieran tumultos, se acordó instarles á que se hicieran voluntarios para el servicio en Irlanda, donde se necesitaba un ejército. Y no se redujo todo á esto. En el Parlamento,

los presbiterianos se consideraban ahora bastante fuertes para desahogar antiguos resentimientos; nunca habían olvidado ni perdonado las supuestas herejías de Cromwell respecto á la cuestión religiosa; y en 8 de marzo de 1647 se acordó formalmente, por unanimidad, invitar á todos los militares de coronel para arriba, excepto Fairfax, á que resignaran sus mandos, y elegir como jefes del ejército de Irlanda á presbiterianos bien conocidos como Skippon y Massey. Casi á raíz de estas medidas, se adoptó la más significativa de todas, que fué aprobada por 136 votos contra 108, y en la cual se prevenía que en lo sucesivo todos los oficiales se debían conformar con la Iglesia establecida por el Parlamento.

Esto fué el último aguijón para Cromwell.

«¡Triste cosa es, dijo á Ludlow, después de terminar el debate, servir á un Parlamento que así se conduce con hombres que le han servido fielmente y á quienes olvida cuando más consideración debería dispensarles (1)!»

Sin embargo, Cromwell no se prestó, ni con sus palabras ni con acto alguno, á rebelarse contra el Parlamento que tan mal le trataba. Pocos hombres han existido que hicieran menos aprecio que él de las afrentas personales. Lo que mejor prueba la nobleza de su actitud en aquella ocasión fué el hecho de que á fines de aquel mes (marzo) pensaba seriamente en abandonar Inglaterra para servir bajo las órdenes del Elector palatino en Alemania, donde parecía probable que se negase á los calvinistas la tolerancia religiosa.

«Cromwell podía muy bien estar preparado, dice Gardiner, si la opresión de los calvinistas era cierta, á esgrimir su espada victoriosa en la causa de la tolerancia en Alemania, ya que le era preciso envainarla en Inglaterra (2).»

Pero no debía ser así. Mientras Cromwell luchaba inútilmente en Westminster, en Saffron Walden, donde el ejército estaba concentrado entonces, había hombres tan convencidos como él de que la tolerancia religiosa sería la base de un gobierno reformado en Inglaterra, hombres que, protestando de la injusticia cometida, tenían la vista fija en Cromwell, esperando que los auxiliase en su apuro.

El día 2 de marzo el Parlamento envió una diputación al ejército á fin de alistar oficiales y soldados para Irlanda. Los comisionados no prevenían dificultades de ninguna especie, pues habían sido suprema autoridad demasiado tiempo para imaginar que nadie, excepto el rey, se atrevería á disputar sus decretos. Cuarenta y tres oficiales se reunieron en la iglesia de Saffron Walden para celebrar una conferencia con los comisionados, bajo la presidencia de Fairfax.

Los oficiales prometieron muy cortésmente invitar á sus soldados al alistamiento para el ejército de Irlanda; pero en cuanto á ellos mismos, no consentían en ir allí hasta que se contestase á las siguientes preguntas:

- 1.ª ¿Qué regimientos debían quedar en Inglaterra?
- 2.ª ¿Quién mandaría el ejército de Irlanda?

(1) Memorias de Ludlow, edición 4.ª, pág. 145.

(2) *Guerra civil*, de Gardiner, vol III, pág. 222.

3.^a ¿Qué garantía estaba el Parlamento dispuesto á dar para el pago del ejército irlandés?

4.^a ¿Qué se proponía hacer el Parlamento «respecto á los atrasos y á la indemnización por los pasados servicios prestados en Inglaterra?»

Las dos primeras preguntas – las menos importantes – fueron hechas por los oficiales con tono vacilante; pero las últimas, y de verdadera trascendencia, lo fueron resuelta y enérgicamente.

Los comisionados se dieron por muy ofendidos al ver cómo eran acogidas sus proposiciones, y apelaron á Fairfax para que se valiese de su autoridad é hiciera retirar las preguntas. El presidente trató de resolver la cuestión con suavidad, y al fin pudo conseguir que veintinueve oficiales consintieran en retirar las preguntas; pero los demás insistieron en que fueran contestadas.

La actitud de los oficiales dió el ejemplo á los soldados, los cuales resolvieron inmediatamente elevar al Parlamento una petición, de estilo severo y enérgica en el fondo; pero después la suavizaron un poco, y en vez de enviarla á aquél entregáronla á Fairfax. Con las enmiendas, la petición era bastante moderada y razonable: en ella se pedía indemnización por servicios de guerra, pago de atrasos, y exención de las levas en lo futuro. Se solicitaba también que se concediesen pensiones á las viudas y huérfanos de militares muertos en el servicio; que se recompensase á los soldados que habían sufrido pérdidas por su fidelidad al Parlamento; y últimamente, que se diera á las tropas desde luego, así en Inglaterra como en Irlanda, bastante dinero para que los individuos pudieran atender á sus gastos corrientes. Esta última petición demostraba el estado á que se veían reducidas las tropas; no tenían con qué comprar el alimento ni lo más necesario para vestirse, y les era preciso apelar á sus recursos privados, empeñar sus efectos, ó morir de hambre.

La petición de los soldados fué remitida á la Cámara por Fairfax, y los comisionados regresaron á Westminster para dar cuenta del resultado de su misión. Todo dependía ahora del espíritu con que los individuos del Parlamento, que debían su actual posición á aquellos hombres, contestarían á su reclamación. Una respuesta razonable y conciliadora, y la necesaria actividad para reunir el dinero que justamente se debía, hubieran remediado aquella situación, pues ningún hombre de influencia había intervenido hasta entonces en la cuestión surgida con las tropas. Fairfax contuvo á éstas cuanto le fué posible, y Cromwell, aunque sensible á las quejas de los soldados, con los cuales simpatizaba, como ellos sabían muy bien, llegó hasta condenar la petición, considerándola como «una tentativa para imponerse al Parlamento con las armas en la mano (1).»

El Parlamento no hubiera necesitado en aquella ocasión más que un poco de sentido común y el honrado deseo de dispensar justicia; pero, por desgracia para sus dignos miembros, éstos se cuidaban mucho más de sus sagradas prerrogativas y de las cuestiones de forma y de etiqueta, que del bien de la nación

(1) *Guerra civil*, de Gardiner, vol. III, pág. 226.

y de las necesidades de sus soldados. La petición promovió una tempestad de gritos y protestas en la Cámara, y fué retirada al punto, lo cual suponía que el Parlamento no se dignaba ni siquiera tomarla en consideración. Después, ha-



Oliverio Cromwell, copia de un cuadro pintado por Roberto Walker

biendo llegado á conocimiento de sus individuos vagos informes asegurando que el enojoso documento llevaba las firmas de los soldados; que una comisión de oficiales tenía el asunto entre manos, y que cierto coronel Pride había amenazado con expulsar de su regimiento á los que no firmaran, los parlamentarios perdieron la serenidad y calificaron de «rebeldes» á los soldados que protestaban. Luego se mandó comparecer ante la Cámara á cuatro oficiales para que se explicaran y hasta alguien aconsejó que se arrestase á Cromwell.

Al cabo de una larga discusión que exasperó más y más los ánimos, Holles, el más encarnizado enemigo de los independientes, redactó una *proposición* que la Cámara aprobó desde luego.

Era literalmente una declaración de guerra á todo el ejército; pero tan enardecidos estaban los presbiterianos, y tan ciegos al no ver que atraían sobre sí con toda seguridad su pérdida, que esta declaración se publicó como un manifiesto aprobado por unanimidad por ambas Cámaras.

Después de calificar la protesta de los soldados de «petición peligrosa, que tendía á introducir la indisciplina y el desorden en el ejército,» se decía que «todos aquellos que persistieran en su actitud y trataran de promover la petición serían considerados como enemigos del Estado y perturbadores de la paz pública, procediéndose por lo tanto contra ellos (1).»

Semejantes palabras no permitían á Cromwell mantenerse más tiempo en actitud pasiva. Había llegado para él el momento de elegir entre perder la confianza y el afecto de los hombres á quienes había conducido á la victoria, á cuyo lado oró, ayunó y se batió un año tras otro y que nunca le habían faltado, ó volverse contra el Parlamento, al que había jurado alianza y del que él mismo era individuo, y aniquilar, en caso necesario, la misma autoridad por quien había derramado su sangre para elevarla al poder.

Terrible crisis fué aquella, y Cromwell no tomó una resolución hasta después de haber reflexionado mucho, interrogando detenidamente su conciencia. Por el pronto no dijo nada, se limitó á esperar los acontecimientos, y no perdió de vista el horizonte político. Entretanto, la tempestad arreciaba con más furia y vigor que nunca. En el mes de abril, el Parlamento, viendo que las amenazas no servían de nada, envió de nuevo comisionados al ejército, los cuales fueron recibidos por los oficiales con las mismas preguntas que la vez primera, y habiéndose negado á contestar, se les interrogó con mayor energía, á fin de saber qué generales habían sido elegidos para Irlanda. Después varios oficiales comenzaron á decir en voz baja que Skippon y Massey eran los nombrados, y al oír esto, uno de aquéllos exclamó: «¿Por qué no han sido designados nuestros antiguos generales?» A esto contestaron varios gritos que decían: «¡Todos, todos, Fairfax y Cromwell, y ningún hombre dejará de seguirlos!» Con esto, los comisionados se retiraron burlados otra vez y sin conseguir nada.

(1) *Guerra civil*, de Gardiner, vol. III, pág. 229.

CAPITULO XV

En aquel tiempo había una diferencia esencial entre Cromwell y la mayoría de los hombres que le rodeaban, diferencia que, si bien le daba la facultad, que otros no tenían, de ver hasta el fondo mismo de una crisis, era causa de que nadie le comprendiera bien. Mientras que á aquéllos les preocupaban tan sólo su reputación personal ó los intereses de su clase, Cromwell no pensaba más que en los mejores medios de obtener una solución de los complicados asuntos públicos á fin de salvar el Estado en su conjunto: esto último era lo que más le preocupaba. Estaba resuelto á buscar un arreglo conveniente y duradero, una *vía media* entre el mezquino presbiterianismo y la democracia avanzada que veía desarrollarse en el ejército, y esto fué lo que le hizo vacilar tanto en volver á ocupar su puesto como jefe de los hombres cuyo bienestar y cuyas legítimas aspiraciones eran ahora para él cosas más caras que nunca.

Era inevitable que su actitud no fuera bien comprendida ó rectamente interpretada. Cuando las pasiones de los hombres se excitan, de una parte por verse injustamente tratados y de otra por lo que consideran una provocación atentatoria á sus derechos como autoridad de la nación, aquel que se queda á medio camino, no queriendo seguir adelante ni retroceder, natural es que inspire desconfianza y odio. Esta debía ser la suerte de Cromwell en adelante, suerte muy triste por cierto para quien apreciaba en mucho el afecto de sus amigos; pero muy noble también para el hombre que por cumplir con su deber arrojaba deliberadamente las malas voluntades y el menosprecio de los demás, sufriendolo todo con resignación en su aislamiento. Y no se tome esto por sentimentalismo: Cromwell no se compadeció nunca de sí propio, y hasta despreciaba á los que se mostraban demasiado sensibles á las opiniones de los otros, lo cual no impidió que algunas veces sufriera mucho. Siempre el pueblo creyó que le consumía la ambición; pero esto se debió á que muy pocos se tomaron la molestia de analizar sus actos en relación con los acontecimientos.

Es evidente, por ejemplo, que si á Cromwell le hubiera resentido tanto la conducta observada con él, habría aprovechado con avidez, en vez de rehuirla cuidadosamente, la oportunidad de promover un choque entre los hombres turbulentos é impacientes del ejército y los ciegos parlamentarios. Fairfax era co-

mandante en jefe; pero Cromwell tenía sobre oficiales y soldados una influencia que aquél no podía alcanzar.

El ejército, conducido y mandado por él, era un arma que bastaba esgrimir, como Cromwell lo hubiera hecho seguramente, para elevar á éste á una posición en que hubiera podido dictar al Parlamento las condiciones que se le hubiese antojado, y tener así en sus manos el gobierno de Inglaterra. Nadie puede dudar de que Cromwell tenía suficiente capacidad para esto si hubiera querido hacerlo; pero no quiso, y ni siquiera tuvo nunca semejante pensamiento. El poder alcanzado así no tenía atractivos para él, y solamente la fuerza de las circunstancias le obligó á cometer actos que dieron cierta apariencia de verdad á la acusación de que era *un emperador mal disfrazado*. Más adelante veremos hasta qué punto era fundada esta acusación. Por ahora tan sólo queremos demostrar el hecho de que en cualquier día, durante los meses de marzo y abril, y las tres primeras semanas de mayo de 1647, si Cromwell se hubiera ofrecido al ejército, habría podido alcanzar la posición más envidiada por un hombre ambicioso. Pero lejos de hacerlo así, se mantuvo en actitud pasiva, lo cual le hizo perder cada día algo de su reputación, disgustó á sus amigos, y hasta dió lugar á que sus soldados le tildaran de hombre de corazón frío, que sin querer arriesgar nada por su parte, estaba dispuesto á recoger el fruto del trabajo de los demás cuando estuviese maduro. John Lilburn le llamó «independiente sedoso,» llegando hasta el punto de atribuir su moderada actitud al hecho de haberle señalado el Parlamento un sueldo de 2.500 libras al año después de la batalla de Naseby.

El antagonismo entre el ejército y el Parlamento iba tomando un carácter cada vez más grave. Lo más que los comisionados de éste pudieron hacer, después del grito de los oficiales pidiendo que Fairfax y Cromwell los condujeran á Irlanda, fué alistar, valiéndose de promesas y amenazas, una fuerza de 2.320 hombres, siendo así que se necesitaban 12.480. Entretanto, los soldados comenzaban á ser peligrosos, particularmente porque no se les pagaba. A fines de abril, cuando los comisionados volvieron muy descorazonados á Westminster, ciento cincuenta y un oficiales enviaron á la Cámara un escrito justificando su proceder respecto á la petición de los soldados; pero los Comunes ni siquiera consintieron en que se leyera. Se reconoció, sin embargo, que se debía hacer algo para remediar el mal, y se votó la paga de seis semanas para las tropas. ¡Seis semanas, cuando la infantería necesitaba que se le pagasen cuando menos cuatro meses, y la caballería diez! Tantos circunloquios y vacilaciones en una cuestión vital obligaron al ejército á proceder activamente por su propia cuenta. De cada regimiento se eligieron dos comisionados, á quienes se llamó agitadores ó agentes (1), formando un total de diez y seis, para que escribieran á Fairfax, á Cromwell y á Skippon, tres de los suyos, y se enviaron además á Londres á Sexby, Allen y Shephard, á fin de que entregaran las cartas á los generales, cartas cuyo contenido venía á decir en resumen:

(1) Gardiner, *Guerra civil*, vol III, pág 243.



VUELTA DE LOS TRES COMISIONADOS

«Enviar el ejército á Irlanda no tiene más objeto que arruinarle y disolverle por completo; es un ardid de los que han probado últimamente la soberanía, y que tratan de llegar á ser amos para degenerar en tiranos (1).»

Esta fraseología era como una hoja de acero cortante, y los individuos del Parlamento habrían debido pensar que habían pisado un terreno muy peligroso al excitar la irritación de tales hombres; pero todavía no lo vieron así. Las cartas fueron leídas en la Cámara, ante la cual mandó comparecer á los tres agitadores. Figurémonos tres individuos de aspecto grave, de formas atléticas, con su colete de búfalo y su coraza, y se tendrá una idea de aquellos comisionados. Por su actitud fueron respetuosos; pero miraron á sus irritados señores con la frialdad de hombres que han sufrido el fuego y algo más duro que las palabras. En su lenguaje fueron lacónicos: cuando se les preguntó por qué habían escrito las cartas y qué significaban, contestaron que eran obra de los regimientos y que éstos las explicarían; y no dijeron más. Al fin la Cámara, viendo que no querían hablar, los despidió, y salieron como habían entrado, modestos y sin temor, taciturnos y resueltos.

No podríamos decir si fué el aspecto de los hombres con quienes debían tratar, ó el franco lenguaje de las cartas que entregaron, lo que comenzó á ilustrar á los Comunes; pero el caso es que el primer debate sobre la cuestión tomó un giro razonable. Skippon, Ireton, Fleetwood y Cromwell fueron elegidos comisionados para avistarse de nuevo con el ejército, y se les autorizó para acceder, si lo juzgaban conveniente, á la principal reclamación de los soldados, otorgando una indemnización por actos ilegales cometidos durante la guerra, pago inmediato de una parte de los atrasos y segura garantía para lo demás que restase.

La posición de Cromwell como comisionado era muy delicada, y de difícil desempeño su misión; el hecho de aceptarla demostró su vivo deseo de conseguir la paz. Hasta entonces no había hecho manifestación alguna en apoyo de la agitación del ejército; pero bien conocidas eran sus opiniones sobre la falta de pago á las tropas y sobre las graves consecuencias que de ello podrían originarse. Sin embargo, habló á los soldados como representante de aquel Parlamento en cuyo seno se había propuesto arrestarle, sin que nadie protestase ó reprobase tal proposición.

Cada palabra suya podía ser mal interpretada; si manifestaba simpatía por los soldados, en la Cámara se le acusaría de traidor; y si instaba al ejército para que se sometiera, sus amigos y antiguos compañeros le considerarían como un vil desertor de su causa.

Las pruebas que han llegado hasta nosotros nos demuestran la lealtad y firmeza con que procedió. Su mayor enemigo (2) no pudo censurarlo más que diciendo que se le había oído manifestar á los soldados que el Parlamento había

(1) Gardiner, *Guerra civil*, vol. III, pág. 244.

(2) Cierta Mayor Huntingdon, entonces oficial de su regimiento.

procedido «últimamente con mucha crueldad é injusticia respecto á ellos.» En cuanto á los oficiales, parece que les dijo (1):

«Verdaderamente, señores, será muy conveniente para vosotros que procuréis sacar el mejor partido posible de las votaciones y de lo que se os ha dicho en estos últimos días, interesándoos por vuestros regimientos respectivos, es decir, induciéndoles á formar buena opinión de la autoridad que está sobre todos nosotros, pues si ésta queda reducida á la nada, es inevitable la confusión.»

En estas últimas palabras halló Cromwell la clave de su política. Un Parlamento injusto para con él y para con los demás, y animado por sentimientos de intolerancia religiosa, era bastante malo; pero la anarquía que apelara á la espada había de ser aún cosa mucho peor. En su consecuencia, si habló sin vacilaciones de los perjuicios que los soldados sufrieron, fué porque creía que los Comunes, habiendo reconocido su error, cederían á todas las demandas razonables; pero se engañó. La pasajera irritabilidad ocasionada por la resuelta actitud de los agitadores fué seguida de una reacción de cólera, bajo cuya influencia los presbiterianos dieron un paso fatal é irrevocable. Los hombres que tenían la fuerza de la bolsa, es decir, los hombres del dinero, como los comerciantes, se habían pronunciado enérgicamente contra la independencia; con su apoyo los presbiterianos se consideraban fuertes, y confiados en esto, comenzaron á prepararse para la guerra contra el ejército.

El 4 de mayo, ambas Cámaras aprobaron un decreto dando autorización para formar un nuevo comité de milicias de Londres, comité compuesto de presbiterianos, que inmediatamente comenzaron á trabajar en la reorganización de compañías de ciudadanos, cuyas fuerzas ascendían á 18.000 hombres.

Este acto de las Cámaras tuvo una importancia vital, porque en ellas recaía la responsabilidad del primer llamamiento á las armas. El proceder de las tropas después de esto no fué más que la defensa natural; de modo que el Parlamento y no el ejército fué el agresor.

Muy pronto recibió noticia el ejército de lo que sucedía; se supo que los independientes eran eliminados de las guarniciones de las ciudades, y que los Comunes, sin hacer ya la menor alusión á los atrasos de las pagas, habían votado el nombramiento de una Comisión (2) para disolver «todas las fuerzas que no fueran á Irlanda.» Por último, se anunció que los Lores habían invitado al rey á dejar Holmby House para residir en Oatlands, lugar próximo á Londres; y este rumor despertó en el ejército la sospecha de que la intención de sus señorías era reponer á Carlos en el trono, sin tomar respecto de su futura conducta más garantías que las que con ellos mismos se relacionaban.

Del espíritu de resistencia que prevalecía en el ejército y de su modo de pensar respecto á la disolución de las fuerzas, se puede formar idea por la circular enviada á los diversos regimientos por los agitadores. Decía así:

(1) *Documentos de Clarke*, tomo I, pág. 72.

(2) *Diario de los Comunes*, vol. 876.

«Soldados y compañeros: si permanecéis firmes, sin aceptar cosa alguna ni hacer nada sin el consentimiento de todo el ejército, haréis bien para vosotros mismos, para vuestros oficiales y para todo el reino (1).»

Esta fué la contestación al decreto sobre el comité de la Nueva Milicia en Londres.

En este punto, Cromwell se presentó como emisario de paz por última vez. Durante un debate en la Cámara, el 21 de mayo, para considerar las reclamaciones de los soldados, dijo que si se atendía pronto á las razonables demandas de las tropas, «seguramente se disolverían» y que «una gran parte del ejército se pondría bajo las órdenes del Parlamento.»

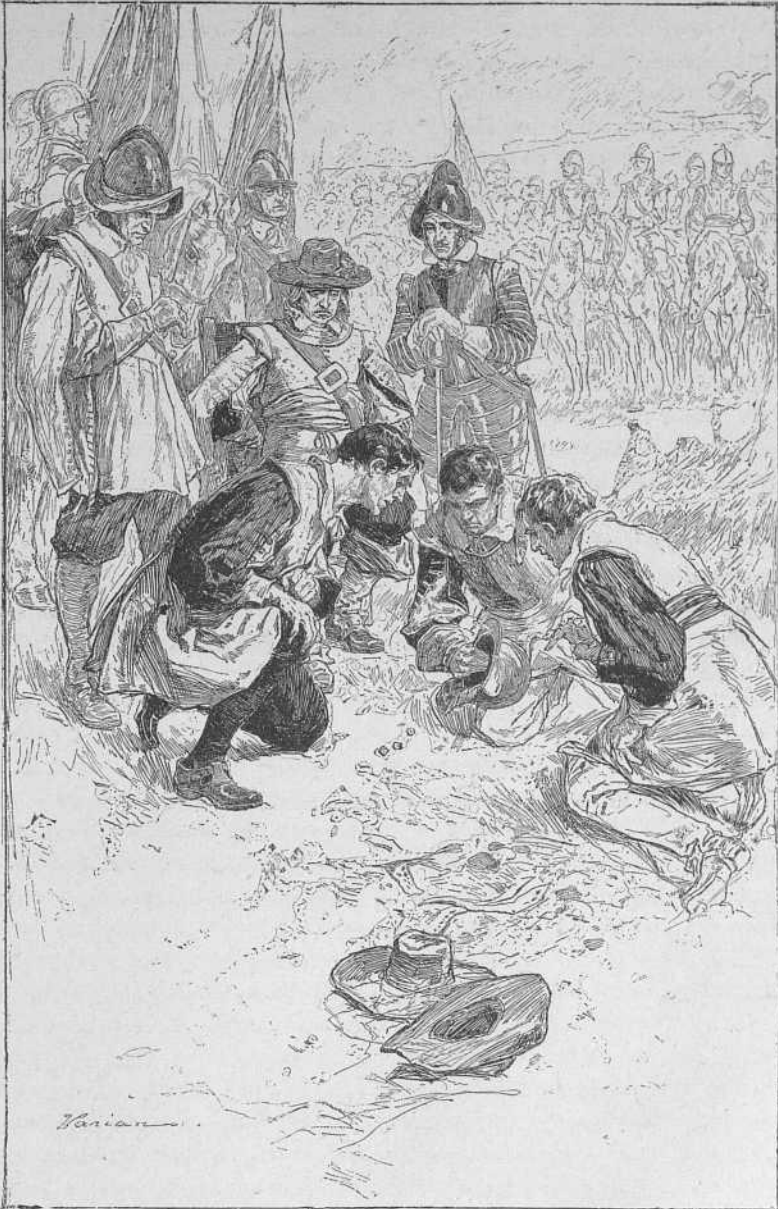
En contestación á esto se dió una orden del día, asegurando que los soldados recibirían los atrasos que se les debían, y que al disolverse las fuerzas, se abonaría á cada individuo, en metálico, la paga de ocho semanas en vez de seis. Esto se consideró como una medida acertada; pero el efecto de ella quedó anulado por haber descubierto los independientes que los presbiterianos estaban intrigando con los escoceses, y por haberse confirmado el rumor de que Carlos debía dejar su residencia de Holmby. En esto llegó, en 25 de mayo, la noticia de que el ejército sería disuelto inmediatamente aunque no se le había dado dinero alguno.

Ante semejante falta de buena fe se desvaneció la última esperanza de paz hasta en el ánimo de Cromwell. El ejército estaba furioso, y cuando los enviados del Parlamento llegaron al cuartel general, encontraron á las tropas en la mayor indisciplina. En Londres, Cromwell se vió obligado al fin á obrar activamente. Apenas supo la intriga de los presbiterianos para reponer al rey, dejó á un lado su política conciliadora, resolviendo seguir la suerte del ejército. Un Parlamento capaz de meditar la unión de los realistas con los presbiterianos para aniquilar la independencia y destruir con ella la libertad religiosa, por la cual se había desnudado la espada cinco años antes, no era ya una corporación leal ni digna de respeto. El ejército tenía sus faltas y estaba lleno de peligrosos elementos; pero pedía lo que era justo, y Cromwell se unió con él sin reserva.

La agitación del ejército había llegado ya á su punto culminante. Hasta entonces había realizado tan sólo un movimiento espontáneo, reprimido y dominado con energía, aunque de una manera algo desordenada, por algunos hombres inteligentes; pero el día en que Cromwell se puso á su lado con decisión, comenzó á ser una fuerza bien organizada, conducida por una mano maestra.

El día 31 de mayo, Cromwell celebró una conferencia en su casa; y un tal Cornet Joyce, cuyo nombre debía ser conocido muy pronto en toda Inglaterra, recibió instrucciones y fué autorizado por el teniente general para desempeñar una misión en las inmediaciones de Holmby House. Se ha discutido mucho sobre la autoridad que se dió al emisario y las instrucciones que llevaba: Joyce declaró más tarde que Cromwell le dijo definitivamente que debía sacar de allí

(1) *Documentos de Clarke*, vol. I, pág. 87.



LA REBELDÍA AL LADO DE LA GUERRA
TRES SOLDADOS JUGÁNDOSE LA VIDA Á LOS DADOS

al rey; pero Cromwell lo negó de la manera más categórica. Lo que mayores visos de verdad ofrece es que Cromwell encargó á Joyce que impidiese, por la fuerza si era necesario, toda tentativa de los presbiterianos para llevarse al rey á Escocia ó á cualquier otro punto; pero, si no se hacía ninguna tentativa en este sentido, su intención era que Carlos se quedase donde estaba. Sea de ello lo que fuere, el 1.º de junio de 1647 el rey se vió con gran sorpresa suya, pero sin disgusto, en manos de un regimiento de soldados de Cromwell; supo que su primer carcelero había huído, y se le comunicó lacónica, pero respetuosamente, que sería conducido á Newmarket bajo la protección del ejército.

El primer efecto que la noticia produjo en el Parlamento fué de pánico; los presbiterianos despertaron sobresaltados de sus sueños de autoridad, y por el pronto, reconociendo su importancia, aprobaron varias órdenes para el pago de los atrasos al ejército; pero esto no duró más que dos días. Al cabo de este tiempo, Massey, el soldado presbiteriano, paseó á caballo las calles de la ciudad, atestadas de gente, gritando á todos que se defendieran contra el ejército, que trataba de matar á los mejores hombres de Londres y del Parlamento.

La guerra quedaba, pues, formalmente declarada entre los dos partidos, y la primera idea de los presbiterianos fué apoderarse de Cromwell, por considerársele como el más peligroso enemigo. La idea fué feliz; pero su ejecución llegó demasiado tarde. Cromwell se había escapado: prevenido á tiempo, acababa de reunirse con el ejército y estaba en consulta con Fairfax para acordar lo que se debía hacer.

CAPITULO XVI

Cuando se reunió con el ejército, Cromwell vió que lo primero que procedía era apaciguar los ánimos, particularmente de los oficiales; y por cierto que llegó muy á tiempo. Los agitadores lo atropellaban todo, y con sus llamamientos y maldiciones ponían en grave peligro la disciplina de las tropas, las cuales no solamente pedían ahora el pago de todos sus atrasos, sino que exigían que salieran del Parlamento todos los presbiterianos que más daño podían hacer.

Cuando Cromwell llegó, se acababa de redactar un «solemne compromiso del ejército,» que todos los oficiales y soldados debían firmar. Cromwell empezó por enmendar algo el escrito, moderando su tono altanero é introduciendo ciertas cláusulas, por las cuales hubieran podido comprender los más avanzados que, estando á su lado aquel hombre, la «libertad,» como ellos la llamaban, ó la anarquía, como diríamos nosotros, no ganaría terreno mientras Cromwell pudiera evitarlo.

El primer artículo del «compromiso» disponía que se formase un centro gubernativo para el ejército. Este artículo es de la mayor importancia, y en él se reconoce la influencia de Cromwell.

Los asuntos de las tropas, se decía, debían administrarse en adelante por un «Consejo del Ejército,» compuesto de «aquellos oficiales generales que se hubiesen mantenido en favor de los soldados,» juntamente con los oficiales no comisionados y otros dos especiales de cada regimiento; el ejército no debía aceptar nada de los parlamentarios sin aprobación de dicho Consejo, y la autoridad de éste debía ser absoluta hasta que terminase la crisis. Por el segundo artículo se prevenía que ningún individuo del ejército atacaría á las personas por el hecho de ser presbiterianos; y por el tercero se disponía que se enviase una «vindicación» al Parlamento, contestando así á las odiosas indicaciones que se habían hecho respecto á que los soldados «tenían propósitos de atentar contra la magistratura, suprimir ó dificultar el funcionamiento del Presbiterio, establecer el gobierno independiente, apoyar la licencia general en materias de religión, bajo el pretexto de la libertad de conciencia.»

De este modo consiguió Cromwell desvanecer las impresiones que los presbiterianos procuraban producir en el ánimo del público, pintándole al ejército

como un cuerpo de peligrosos innovadores que á la menor provocación estarían dispuestos á infringir las leyes del país. Pero, por otra parte, Cromwell tenía que decir algo, y la segunda cosa que hizo después de salir de Londres fué firmar, y hasta escribir de su propio puño y letra, según se cree, un «manifiesto» dirigido á aquella ciudad. No es seguro que lo escribiera él; pero es indudable que los sentimientos que expresaba eran suyos, así como también el estilo característico del documento.

Las Cámaras habían dirigido un golpe tremendo al ejército, y la City se había unido á ellas; de modo que, si se había de conservar la paz, era necesario advertir claramente á los notables londinenses los males que iban á seguirse para ellos si persistían en su locura.

Tal era la esencia del manifiesto: lo firmaban trece oficiales, Fairfax el primero y Harrison el último; el individuo de menor graduación entre los firmantes era coronel. El documento era digno del más detenido examen. Escrito apresuradamente y según le ocurrían las ideas al autor, expresa de una manera que ningún otro documento muy concienzudo pudiera hacerlo el espíritu de los hombres que firmaban y de los «pobres soldados hambrientos» en cuyo favor se había escrito.

«Al honorable Lord Corregidor, á los aldermen, etc.

»Royston, 10 de junio de 1647.

»Honorables y dignos amigos (1): Por nuestras cartas y varios informes dirigidos á la Cámara de los Comunes hemos tratado de hacer evidentes nuestras justas demandas, así como en escritos publicados por nosotros se ha procurado explicar los motivos de nuestro proceder. Como todo esto se ha publicado por la prensa, confiamos en que estaréis al corriente del asunto.

»Todos nuestros deseos como soldados se reducen á esto: satisfacción á nuestras justas reclamaciones como militares, y la debida reparación de parte de aquellos que han aprovechado cuanto les era posible todas las oportunidades, con falsas sugerencias y engaños, para la disolución de este ejército, haciendo recaer en él un padrón de ignominia. No apreciaríamos esto si tan sólo interesase á nuestras personas en particular, porque estamos dispuestos á sacrificarnos, lo mismo en este caso que en otros, en bien del reino; pero en la cuestión presente vemos amenazados los privilegios del Parlamento y del pueblo; y antes que permitir á nuestros enemigos realizar sus planes, antes que renunciar á lo que á los ojos de todos los hombres honrados nos pertenece por justo derecho, preferiremos una nueva guerra.

»..... Y esto simplemente por causa de aquellos que..., para substraerse á los interrogatorios y al castigo, no ven más medio que hacer derramar sangre bajo el pretexto de su honor y de su afecto al Parlamento. ¡Como si éste fuera más

(1) Cartas de Carlyle, parte III, pág. 228.

querido de ellos que de nosotros, ó como si hubiesen dado mayores pruebas de fidelidad que las que nosotros hemos dado!

»Pero vemos que bajo sus aparentes pretensiones tratan de interesar en sus proyectos á la ciudad de Londres. ¡Como si ésta hubiese de hacer buenos sus errores y prefiriera satisfacer las miras de algunos hombres interesados en vez de atender al bienestar público! Y á decir verdad, hemos visto que esos hombres se muestran muy activos para llevar á cabo todos sus planes, debiendo temerse que induzcan á muchos á error, haciendo así prosélitos para su causa.

»En lo que insistimos como ingleses, y lo que deseamos sobre todo, es obtener un arreglo para la paz del país, con las debidas libertades para el súbdito, según las declaraciones del Parlamento, hechas *antes* de tomar nosotros las armas, y que nos indujeron á emprender la guerra, en la cual dejaron sus vidas algunos de nuestros amigos. Esta ha terminado, á Dios gracias, y ahora creemos tener tanto derecho para pedir y desear un feliz arreglo, como para esperar que se nos abone lo que se nos debe, atendiéndose á los demás intereses comunes de los soldados...

»Hemos dicho antes, y lo repetimos ahora, que no deseamos ninguna alteración en el Gobierno civil, ni menos mezclarnos ni intervenir con el Gobierno presbiteriano. Tampoco fué nunca nuestro objeto abrir un camino á la libertad licenciosa bajo el pretexto de satisfacer á todas las conciencias. En cuestiones de religión pensamos ahora como siempre; y cuando el Estado se haya instituído y dicte sus leyes, no nos quedará más remedio que someternos á ellas ó soportarlas. Sin embargo, podemos desear que todos los buenos ciudadanos, y los que son útiles para la República, tengan la suficiente libertad, lo cual está conforme con la verdadera política de todos los gobiernos, siendo también justo para todos.

»Tales son, en breves palabras, nuestros deseos, y las ideas que nos proponemos defender, fuera de las cuales no aceptaremos nada. Para el logro de nuestros propósitos nos acercamos á vuestra ciudad, sinceramente resueltos á no causar daño alguno, y declarando formalmente que si no os pronunciáis contra nosotros en nuestras justas aspiraciones y no ayudáis al perverso partido que nos perturbaría, trastornando el reino, ni nosotros ni nuestras tropas os inferirán la menor ofensa. No venimos á cometer acto alguno contra el Parlamento, ni hacer nada que se oponga al arreglo definitivo del reino. Buscamos el bien de todos, y permaneceremos aquí, ó nos iremos más lejos, para esperar el arreglo definitivo de los asuntos. Conseguido esto, todos nosotros, ó solamente las fuerzas del ejército que el Parlamento creyese necesarias, estaremos dispuestos á disolvernó ó á ir á Irlanda.

»Y aunque podéis suponer que una ciudad rica tiene demasiados atractivos para que los pobres soldados hambrientos consientan en alejarse de ella, estad seguros que, á menos de ser provocados por vosotros, nada debéis temer del ejército. Para vuestra mayor tranquilidad, os diremos que éste aprecia en tan poco

el valor de sus pagas en comparación de los más altos intereses del bien público, que antes de que se dude de su honradez é integridad, preferirá perderlo todo con tal que se obtenga el arreglo y la paz del reino, con las libertades individuales aseguradas.....

»Si después de todo esto algunos ó todos vosotros tomáis las armas para oponeros á nuestra justa empresa, por lo menos nos quedará el consuelo de haberos avisado fraternalmente. A Dios ponemos por testigo de la sinceridad de nuestro proceder, y no será nuestra la responsabilidad de lo que pueda ocurrir, pues desde ahora nos lavamos las manos.

»Vuestros afectísimos amigos y servidores.»

Esta carta fué entregada al Lord Corregidor el 11 de junio. El día antes de recibirse, el Parlamento estaba muy belicoso y se adoptaban medidas para organizar un ejército en Londres á fin de hacer frente al denominado *New Model* (1); pero las advertencias de los oficiales enfriaron muy pronto el ardimiento guerrero de los dignos señores del Parlamento, y más aún el de los aldermen. En vista de ello, se enviaron inmediatamente comisionados á Fairfax, juntamente con una diputación de ciudadanos, que con muy buenas palabras debían pedir detalles circunstanciados sobre las reclamaciones de las tropas; pero Fairfax no quiso escuchar palabras; y á poco llegó á Londres la noticia de que el ejército había emprendido la marcha hacia el Sur. Entonces se oyó el redoble de tambores en la ciudad; se hizo un llamamiento á las compañías de ciudadanos, y dióse orden á los comerciantes para que cerrasen sus tiendas; mas sólo se presentó un regimiento, y en cuanto á los comerciantes, dijeron que no cerrarían sus establecimientos á menos de mandarlo el Lord Corregidor personalmente. Sin embargo, el peligro de un ataque no era inminente, pues Fairfax y Cromwell se habían propuesto tan sólo intimidar á fin de obtener mejores condiciones. El ejército acampó en Saint Albans, y desde allí envió un bien escrito manifiesto que contenía las recomendaciones de los jefes para establecer el gobierno más conveniente á la nación.

La agitación de los soldados no reconoció ya por única causa los «perjuicios» propios: para el ejército era obvio que el asunto de los atrasos en las pagas no era más que un síntoma de la ineptitud del actual Parlamento para gobernar, por lo que el primer paso que debía darse para obtener un estado de cosas satisfactorio era la disolución del mismo.

En el citado manifiesto, titulado «Declaración del Ejército,» escrito, según se cree, por Ireton (2), después de pedir que saliesen del Parlamento los individuos que más actividad habían demostrado en su oposición contra el ejército (3)

(1) *Diario de los Comunes*, vol. 207.

(2) Gardiner, *Guerra civil*, vol. III, pág. 295.

(3) Holles, Stapleton, Lewis, Clotworthy, Waller, Maynard, Glyn, Long, Hatley, Nicholls y Massey.

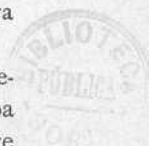
se exigía á la Cámara que fijase una fecha para la elección de un nuevo Parlamento, previniéndose además que se debía garantizar la completa tolerancia religiosa.

Como ya se comprenderá, ningún presbiteriano hubiera querido escuchar nada sobre tales reformas á menos de verse obligado á ello por la fuerza. La contestación de los Comunes indicaba que había intrigas con el rey y con los escoceses.

El ejército, sin embargo, fijaba ahora sus pensamientos en el rey, y Carlos, cautivo como estaba, sin tropas ni medios para levantarlas, llegó á ser hasta cierto punto el dueño de la situación. Era bastante hábil para ver esto; pero incurrió en el fatal error de no apreciar como debía la oportunidad ni las fuerzas de los hombres con quienes trataba. No penetró las intenciones de aquellos graves soldados puritanos; su celo religioso era para él devoción hipócrita ó blasfemia; pensó que sus proposiciones eran dictadas tan sólo por el egoísmo de gentes que podía comprar y vender, y consideró todo el asunto como cuestión del jugador que, teniendo los mejores triunfos de la baraja, está seguro de ganar la partida.

Cromwell y los oficiales que personalmente actuaron con él en las negociaciones con Carlos no comprendieron á éste mucho mejor que él á ellos, por lo menos en algunas cosas. Sabiendo que por un concepto — el de la religión — podían ofrecerle infinitamente mejores condiciones que los presbiterianos, cerraron los ojos ante el punto de vista desde el cual Carlos consideraba los deberes y derechos de un rey, y tal vez muchos no le comprendieron. Para Su Majestad la corona era un don de Dios, y si renunciaba á su título y sus prerrogativas, como no fuera temporalmente y por necesidad, incurriría en el delito de alta traición contra sí propio, contra sus antecesores y su posteridad. La «monarquía constitucional,» tal como la conocemos hoy, hubiera sido para Carlos un anacronismo inconcebible; en su opinión, el pueblo que él gobernaba no tenía derecho alguno para discutir su autoridad; y mientras como hombre de mundo, muy astuto por cierto, se mostraba deseoso de escuchar proposiciones, hacer medias promesas y dar vagas seguridades de buena voluntad, detrás de todo estaba la convicción respecto al carácter sagrado de su persona y de su causa. Siempre estaba dispuesto á prevaricar, á ofrecer recompensas, á sonreír y cumplimentar á los hombres que más aborrecía; pero rendirse ante poderes inconstitucionales, en virtud de los cuales la nación le había derribado del trono, y que ningún monarca de Inglaterra debía conocer de nuevo jamás, esto era cosa imposible para Carlos.

Por otra parte, había razones muy poderosas para llegar á un arreglo, al menos por algún tiempo, con los jefes del ejército. La fuerza de la espada estaba con ellos, y después de una ruinoso guerra civil esta fuerza debía resolver sobre todas las reclamaciones, y el mismo Carlos debió al fin reconocerlo así. Además, los hombres de influencia en el ejército, Cromwell é Ireton, comprendían que el



gobierno con una monarquía de poderes limitados, pero claramente definidos, era la única verdadera solución en la presente crisis de los negocios.

Si esto no podía ser, preveían que, ó bien habría otra guerra entre independientes y presbiterianos, ayudados éstos por elementos malignos, ó sería necesario que el Estado estuviese bajo el dominio del ejército. Cualquiera de estas alternativas era desastrosa en concepto de los jefes; y para evitarlas estaban dispuestos, después de preservar cuidadosamente á la nación del régimen autocrático, á ofrecer al rey las condiciones más razonables que se podían pedir.

CAPITULO XVII

Hasta la publicación de los *Documentos de Clarke*, editados por C. H. Firth, poco se supo relativamente respecto á la verdadera naturaleza de las negociaciones entre los jefes del ejército y el rey. Las memorias de Sir John Berkeley dieron muchos informes de valor; pero aunque escritas de buena fe, se resienten inevitablemente de las preocupaciones del autor contra las preocupaciones de los puritanos y de Cromwell, y sobre todo de Ireton. Solamente después de saber cuáles eran los sentimientos de los hombres que rodeaban á Cromwell, tales como aquellos documentos nos los han puesto de manifiesto, y de ver las fuerzas con que aquél debió luchar, comenzamos á comprender lo que las negociaciones con Carlos significaban para Cromwell y á costa de cuántos riesgos se proseguían.

Desde un principio, el asunto estuvo principalmente en manos de Cromwell é Ireton; Fairfax estaba sin duda al corriente de todo lo que pasaba, y de cuando en cuando se consultaba al Consejo del ejército; pero sobre aquellos dos hombres recaía todo el trabajo para conseguir un «arreglo» que mejorase la situación, encargándose cada uno de ellos de una parte especial de la obra que llevaban entre manos. Ireton, abogado distinguido, pensador y lógico, redactó con el título de «Primeras proposiciones» un proyecto de Gobierno nacional para que Carlos lo aceptase, y de haberlo éste hecho así, habría sido el primer monarca constitucional de Inglaterra; Cromwell dirigía personalmente las negociaciones, conteniendo los ánimos impacientes del ejército y sufriendo con inagotable paciencia los continuos subterfugios del monarca. Tres obstáculos se oponían al deseado arreglo.

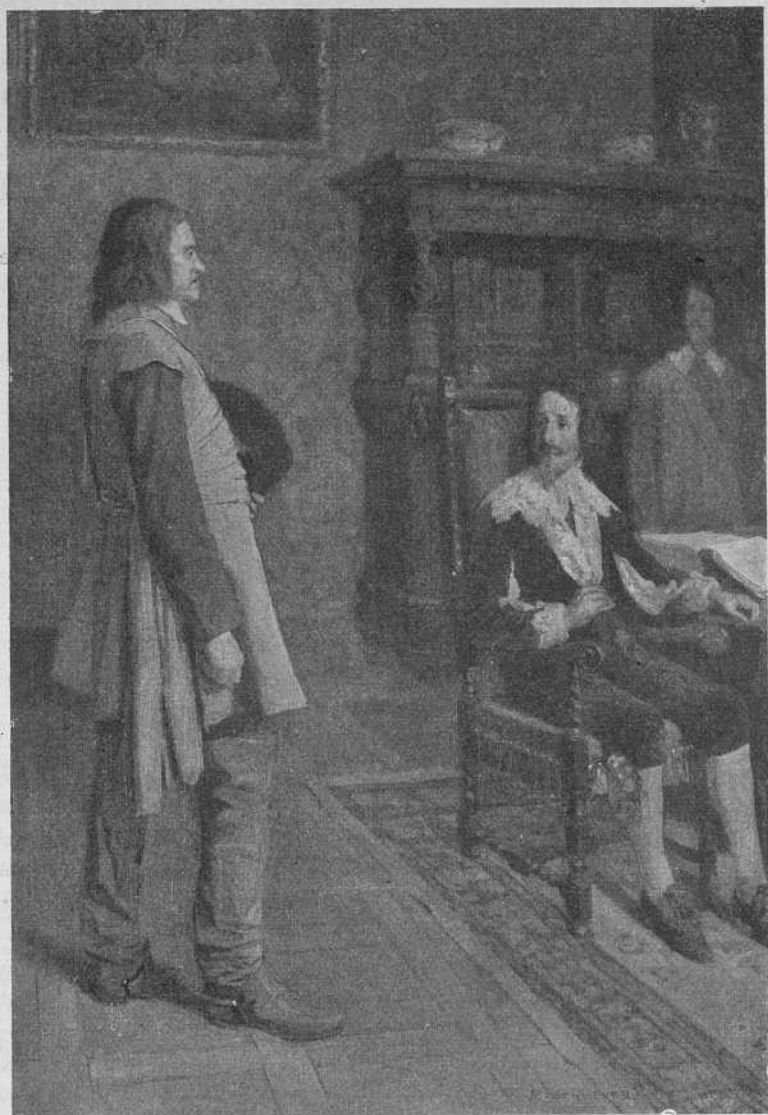
El primero era el mismo Carlos; el segundo, la repugnancia de los «agitadores» del ejército á entrar en negociaciones con el hombre á quien consideraban personalmente responsable de toda la sangre derramada en la guerra civil; y la tercera, el estado caótico del gobierno de Westminster, así como la negativa del Parlamento, á pesar de todas las promesas, á satisfacer á los soldados una parte razonable de sus pagas atrasadas. En resumen, Cromwell llevó las negociaciones con el rey en medio de un verdadero *pandemonium* de furiosos agitadores, parlamentarios que intrigaban y ciudadanos de mala fe.

Cromwell conferenció con Carlos un día tras otro; los dos hablaron siempre en los términos más amistosos, y el rey fué tratado con todas las consideraciones y respeto que podía esperar. El Parlamento había prohibido á sus sacerdotes que se acercaran á Carlos desde que éste se hallaba prisionero; pero Fairfax y Cromwell enviaron á buscarlos y los protegieron. Deliberadamente se había separado el rey de sus hijos; mas los generales dieron orden para que éstos se reuniesen con su padre, y asegúrase que al verse todos juntos, se produjo una escena que arrancó lágrimas á Cromwell. Este exceso de sentimiento, comparado con la implacable resolución de condenar á muerte al rey diez y ocho meses después, se ha considerado como una cruel hipocresía; pero esto es injusto. Todos los informes de aquella época, así de origen realista como puritano, demuestran que, sea lo que quiera lo que Cromwell pensara de Carlos como rey, le respetaba como hombre, y esta fué la razón, entre otras, por la cual, cuando los demás habían renunciado del todo á obtener nada del rey, Cromwell esperara todavía vencer las diferencias entre ellos existentes.

No hay prueba alguna de que á Carlos le agradase nunca Cromwell, ni de que agradeciera sus bondades, ó apreciara la concesión que hizo en sus «Proposiciones,» como por ejemplo la de otorgar completa libertad de culto religioso á todos los episcopalianos. El pensamiento del rey y sus ideas se habían extraviado; imputaba á los oficiales los peores proyectos; y fijándose poco en las «Proposiciones» mismas, solicitaba el apoyo de Cromwell ofreciéndole títulos y propiedades.

Así continuaron las cosas entre ellos por espacio de cuatro meses; Cromwell é Ireton insistían por todos los medios posibles para que el rey aceptase sus proposiciones, ayudándoles lealmente en esto Sir John Berkeley, consejero de Carlos, el cual vió que, si se negaba su señor á aceptar el presbiterianismo, no podría recobrar el trono bajo ninguna otra condición. Por indicación de Su Majestad se hicieron varias modificaciones en las «Proposiciones» originales, y más de una vez el rey recibió tan bondadosamente á la oficialidad, que pareció al fin que habría avenencia; pero no fué nunca así, y en ocasiones, cuando el rey creía que los escoceses y los presbiterianos se inclinaban menos á insistir en el Convenio, recibía á los representantes del ejército con tanta altivez y reserva, que todos, excepto Cromwell, perdieron la paciencia y la esperanza.

Entretanto, Cromwell no encontraba menos dificultades dentro de su propio partido. Desde un principio, muchos agitadores influyentes se oponían á todo arreglo con Carlos; y estos hombres elegidos por sus compañeros en vista de sus dotes como oradores y escritores, así como por su celo para exigir reparación de los perjuicios pasados, comenzaban á ser demócratas agresivos. No respetaban la persona del rey; juzgábanle como á cualquiera de ellos mismos, y naturalmente, encontraron en él muchos defectos. Por otra parte, no veían la necesidad de tener rey; su panacea para las enfermedades del Estado era la in-



PRIMERA ENTREVISTA DE CRÓMWELL Y CARLOS I

mediata disolución del Parlamento actual y la elección de una nueva Cámara de los Comunes por sufragio: de la Cámara de los Lores y del rey hubieran podido prescindir. Cromwell se opuso á tales sueños impracticables, así como también Fairfax y la mayoría de los oficiales del Consejo; pero una cosa era desaprobar, y otra mantener en obediencia á los hombres audaces y turbulentos que adquirirían diariamente mayor influencia en el ejército y no vacilaban en expresar sus opiniones á su mismo general. Cromwell debió trabajar mucho para contenerlos, pues nada faltaba para que se tradujesen en hechos su cólera y desconfianza. A principios de julio circuló el grave rumor de que desde el Norte se proyectaba una invasión de escoceses al mando del duque de Hamilton, y además se recibió noticia de haber recibido el Parlamento una petición de los aprendices de Londres solicitando la «supresión de los conventículos, el restablecimiento del rey, el respeto al convenio y la disolución del ejército.»

Estas últimas noticias eran ya demasiado para el Consejo del Ejército. Se celebró una conferencia el 16 de julio, y escuchóse favorablemente una proposición que tenía por objeto marchar desde luego á Londres y acabar de una vez con los aprendices y sus peticiones.

Pero Cromwell é Ireton, que esperaban entonces convencer al fin á Carlos obteniendo el consentimiento de los Comunes, y que sabían muy bien que la entrada del ejército en Londres, dada la exasperación de los ánimos, iría seguida de la efusión de sangre, se valieron de toda su influencia y energía para hacer prevalecer la moderación y la paciencia. Cromwell, después de argüir que el Parlamento no había cerrado aún la puerta á las negociaciones amistosas, hizo una advertencia que demuestra hasta qué punto debieron llegar las cosas después para que al fin se resolviese á desnudar la espada (1).

«Realmente, dijo, podréis tener lo que os plazca; pero lo que obtengáis será por la fuerza, y para mí no valdrá nada. No entiendo que se haya de emplear la violencia sino en el caso de no poder conseguir lo que es un bien para el reino... Quisiera que suspendiéramos nuestra marcha á Londres hasta ver qué giro toman las cosas... La cuestión se reduce á esto: saber si podremos ó no obtener contestación del rey respecto á nuestros asuntos antes de emprender la marcha hacia Londres: esta es la esencia de la cuestión»

Las palabras de Cromwell produjeron el efecto apetecido, y lo que ocurrió vino á justificar su consejo, pues el Parlamento volvió á perder sus ánimos, y los once individuos cuya expulsión se deseaba huyeron. Sin embargo, las ventajas para el ejército no fueron más que pasajeras. La mísera asamblea de Westminster que se titulaba Parlamento había perdido toda su fuerza y autoridad, ó por lo menos, así parecía. El 27 de julio, los aprendices, apoyados por algunos revolucionarios y en connivencia oculta con la ciudad, invadieron el edificio de Westminster, penetraron en la Cámara misma é indujeron á los Comunes á dar un voto de censura contra el ejército.

(1) *Documentos de Clarke*, vol. I, pág. 202.

No se podía permitir que ocurriera semejante escándalo otra vez; mejor era el gobierno militar que permitir á la plebe tales abusos: muchos de los individuos moderados de la Cámara eran de la misma opinión, y ni el mismo Cromwell dejó de reconocerlo así. En su consecuencia, el ejército marchó inmediatamente en dirección á Londres.



Carlos I despidiéndose de sus hijos el duque de Gloucéster y la princesa Isabel

En varios puntos de la ciudad, donde los presbiterianos mandaban, se hicieron débiles preparativos, y Poynter y Massey, que no debían esperar merced de los soldados, realizaron todos los esfuerzos posibles para levantar el espíritu de resistencia; pero nada consiguieron, y cuando los veteranos de Naseby llegaron á Temple Bar, vieron á la ciudad rendida á sus pies. La entrada en Londres se verificó el 6 de agosto: el corregidor y los aldermen, así como los individuos del Parlamento que no juzgaron seguro huir del alcance de las tropas, dieron la «bienvenida» á Fairfax y Cromwell, y después de cruzarse muchos cumplidos, el ejército paseó por las principales calles de Westminster y



de la ciudad con ramos de laurel en sus cascos; Cromwell mandaba la caballería, y Fairfax, que estaba enfermo, iba en un coche.

Así concluyó el asunto: desde aquella hora el gobierno de la ciudad, y prácticamente el de la nación, pasaron á manos del Consejo del Ejército en el que Cromwell tenía mucha influencia. El Parlamento continuó sus sesiones en Westminster, y aunque no se mostraba muy tratable ni transigente, el Consejo le tenía bajo su poder, y cuando la paciencia de éste se agotara, estaría dispuesto á obrar.

Faltaba tan sólo el rey; y aquí debe notarse que si Cromwell hubiera tenido esa sed de engrandecimiento personal que muchos le han censurado, habría encontrado no pocas y buenas razones para romper su tratado con Carlos y consagrar toda su energía á constituirse en primera autoridad. En 28 de julio, nueve días antes de que el ejército entrara en Londres, Carlos, con gran sorpresa y desaliento de sus mejores amigos, rehusó en definitiva las condiciones de todos los principales puntos sobre la proposición del ejército, dando á entender que se hallaba en posición de dictar sus propias condiciones. Este fué el más grave desaire que Cromwell y Fairfax habían recibido, desaire que hizo subir de punto la cólera de los ánimos más exaltados del ejército, de los hombres que consideraban inútiles las negociaciones. Pero Cromwell no se dió aún por vencido, y cuanto más observaba los elementos de que el ejército se componía, más temor le inspiraba que pudieran llegar á tener ascendiente en el Estado. Esperaba que la ocupación de la ciudad abriría los ojos á Carlos respecto á la fuerza de los hombres que mandaba, tanto más, cuanto que el Parlamento carecía ya de todo prestigio. En vez de hacer todo lo posible para que se olvidaran los pasados resentimientos y para atraerse la buena voluntad del ejército, votando el pago de los atrasos que aún se le debían, los Comunes, recobrando otra vez una buena parte de su dignidad, llegaron hasta el punto de mostrarse inclinados á intrigar directamente con el rey. Esto hizo perder la paciencia á Cromwell, el cual de tal modo intimidó á la Cámara situando un regimiento de caballería cerca de Westminster, que la mayoría presbiteriana se retiró, y el 20 de agosto los independientes establecieron otra vez el equilibrio entre los Comunes.

Pero estas cosas no dejaron de producir impresión en el rey.

Este último estaba muy desanimado por la fácil victoria del ejército en Londres, pero sabía que los asuntos andaban muy perturbados en Escocia; la reina trabajaba mucho para él en Francia, hasta el punto de apelar también al Papa; y por último, Carlos no creía que aquellos soldados pudieran mantenerse unidos largo tiempo. En su consecuencia, no quiso ceder á las condiciones de Cromwell, por muy modificadas que estuvieran en los detalles, y resolvió ser rey como él lo entendía, ó nada.

Rara vez nos ha presentado la historia un conjunto de circunstancias más extrañas. Si Cromwell hubiera querido volver la espalda á Carlos, todo el ejército habría estado de su parte, casi hasta el último hombre, y en toda la Gran



LOS MIEMBROS DEL PARLAMENTO ARROJANDO AL POPULACHO
DE LA CÁMARA DE LOS COMUNES

Bretaña é Irlanda no había fuerza que pudiera resistirse al ejército; pero Cromwell no hizo tal cosa; aunque sus amigos disminuían diariamente, aumentando el número de sus adversarios, y por más que no se fiara ya de Carlos, trabajó aún para ver si podía conseguir un «arreglo.»

Su impopularidad no le inquietaba mucho: un oficial se quejó cierto día amargamente, de modo que él lo oyera, al hacer mención de los escandalosos libelos que circulaban acerca de su persona.

«¿Será cosa de pegar á todos los perros que nos ladran en la calle, y consentir que el reino se pierda con su caprichoso monarca tan sólo porque algunos están inquietos?»

En otra ocasión dijo: «Aunque tan sólo sea por ahora, puede haber una nube que oculte nuestros actos, impidiendo que los reconozcan aquellos que no están al corriente de las causas que los motivan; pero no dudamos que Dios pondrá en claro nuestra integridad é inocencia, sabiendo que no aspiramos más que á su gloria y al bien público.»

Animado por su fe y tranquila la conciencia, prosiguió impávido su camino mientras la tempestad rugía furiosamente en torno suyo y la calumnia se ensañaba contra él.

Cromwell pudo haberse equivocado en lo que se propuso obtener del rey sin conseguirlo; pero en el corazón de semejante hombre, que arriesgaba la vida, el honor y la reputación para conducir por la vía del sentido común y de la rectitud á un rey extraviado, tan sólo para obtener la paz de su país, había un patriotismo más noble y desinteresado que el que pudiéramos encontrar en ningún otro hombre público de aquella época.

CAPITULO XVIII

No debe extrañarse que nadie comprendiera la posición de Cromwell, excepto aquellos que le conocían íntimamente. Prescindiendo de su indiferencia respecto de los abusos de sus enemigos, y su empeño en no querer justificarse de las acusaciones que libremente lanzaban contra él, así los agitadores como los presbiterianos, sus actos, vistos tan sólo exteriormente, eran á menudo contradictorios. Aconsejaba la prudencia al Consejo del Ejército, pero inclinábase á su favor cuando los presbiterianos no querían escuchar razones, y decía á Ludlow algunas veces: «A esos muchachos será preciso estirarles las orejas si no proceden con mayor cuidado, y habrá que reducirlos á la obediencia con un regimiento de caballería.» Hablaba amargamente de la falta de fe de estos presbiterianos, justificando su proceder contra ellos por la conducta por los mismos observada. Sin embargo, aún persistía en mantener las negociaciones con Carlos, que desde un principio había hecho doble juego.

Cromwell fué de hecho un hombre incomprensible para todos sus contemporáneos, excepto para Ireton, y por esta causa casi todos ellos fueron enemigos, ó por lo menos detractores suyos. Demostrado queda que insistió en lo que consideraba como el único medio de conservar la paz, es decir, en la creación de un gobierno con el rey y el Parlamento reformados. No lo consiguió porque los elementos con que trabajaba eran del todo impropios para su propósito; pero su objeto es claro para nosotros, y en la persecución del mismo se dirigió al rey, al Parlamento y al ejército, estimulándolos ó conteniéndolos según lo exigían las circunstancias. Si perdió su crédito con los tres partidos, fué porque ninguno de ellos estaba realmente en favor de lo que él creía ser la única solución del problema. Sin embargo, para dominar á los hombres, con ó sin su voluntad, en ningún tiempo fué el genio de Cromwell tan brillante como en el otoño de 1647, cuando fué excluído de la votación en el Parlamento y apostroado por el público en general, que le tachaba de vividor é hipócrita.

La misma virulencia del abuso de que fué víctima prueba el temor y la ansiedad con que eran vigilados todos sus movimientos. Hasta algunos republicanos fanáticos atentaron contra su vida, pensando, sin duda, que una vez libres

de Cromwell, no estaría muy lejos la «libertad» con que soñaban. De suerte que le fué preciso vigilar mucho para librarse de sus enemigos (1).

Llegó, al fin, el tiempo en que se agotó por completo la paciencia de Cromwell respecto de Carlos. En 11 de octubre se tuvo noticia de que los comisionados escoceses se hallaban en Londres y trataban de ser recibidos en audiencia por el rey. Por otra parte, circuló el rumor de que se hacían preparativos para una invasión de Inglaterra. Cromwell comenzó entonces á sospechar que el rey trataba de impulsarle completamente en favor de los escoceses. Entonces se dirigió á los presbiterianos, tratando de arrancarles promesas respecto á la tolerancia religiosa; pero se mostraron tenaces; tenían ante sí el temor de los «sectarios,» y como todos los hombres débiles, creían que una concesión razonable á la libertad sería un estímulo para la licencia sin freno. Sus temores no eran del todo infundados: el ejército comenzaba á ser cada vez más fanático y violento; el 18 de octubre envióse á Cromwell y á Fairfax un manifiesto en el que los agitadores expresaban definitivamente su opinión sobre la necesidad de disolver el presente Parlamento y elegir uno nuevo por sufragio, suprimiéndose la Cámara de los Lores y el rey. Esto aguijoneó á Cromwell para intentar un último esfuerzo á fin de ver si conseguía alguna avenencia entre Carlos y el Parlamento. El 20 de octubre pidió la palabra en la Cámara de los Comunes y habló durante tres horas, rechazando toda participación en el manifiesto y sosteniendo terminantemente que él y Fairfax no deseaban más que vigorizar la monarquía, no destruirla.

Esta era la verdad, aunque pocos lo creyeron entonces. Para Cromwell, una monarquía con las debidas garantías era la única forma de gobierno que parecía propia para arraigarse en el pueblo inglés; su opinión era por demás acertada; pero los puritanos no supieron apreciarlo así hasta después de su muerte, pagando bien cara entonces su obcecación. Sin embargo, la monarquía que deseaba Cromwell no era tal como Carlos I entendía, sino la monarquía constitucional de los tiempos modernos.

Cuando Cromwell salió de la Cámara después del debate, había dicho su última palabra en favor de la paz; había hecho por ella todo lo posible; pero nada consiguió.

Poco tiempo antes se había visto obligado á elegir entre el Parlamento presbiteriano y el ejército; ahora, la alternativa estaba entre decidirse por un rey mal intencionado, que, á pesar de haber él tratado honradamente de convertir en «Padre de la Patria,» demostró siempre por sus actos que tan sólo era un tirano débil y egoísta, ó permanecer junto á los «sectarios» y «santos» del ejército, y los republicanos de la Cámara de los Comunes. No había término medio posible, y detrás de todo estaba la nación tan indiferente á la preocupación religiosa como al ideal republicano, pidiendo con insistencia la paz, pero impotente para obtenerla, ni contra los presbiterianos, ni contra el ejército. En la nación

(1) *Memorias de Berkeley*, pág. 44.

había pensado Cromwell cuando trató de ajustar condiciones con el rey y el Parlamento, y en la nación pensó también cuando volvió la espalda á Carlos.

Resuelta y deliberadamente hizo su elección, y una vez hecha, á ella se atuvo hasta el fin.

«El pueblo, Señor, el pueblo; nada de coronas ó tronos, sino *hombres*.»

El primer paso de Cromwell en este sentido fué reunir el Consejo del Ejército, al que asistieron todos los jefes del partido «nivelador.» El asunto que debía discutirse era el manifiesto de los agitadores, y Cromwell ocupó la tribuna.

Su discurso, que ha llegado hasta nosotros (1), es muy característico. Admitió que en el manifiesto había verdades indiscutibles, pero que era impracticable lo que en él se proponía, y por lo tanto peligroso.

«Permitidme aseguraros, dijo, que habrá grandes montañas por ese camino; no basta proponer cosas que son buenas por el fin que se persigue; nuestro deber, como hombres y cristianos, es considerar las consecuencias.»

Terminó su discurso indicando que se debía insistir cerca del Parlamento para arreglar de una vez la cuestión del pago de los atrasos y de las indemnizaciones, y en último caso apelar á la nación, pero solamente para remediar los perjuicios que se ocasionaban. «Después de esto, añadió, procúrese hacer por el bien público lo que se crea más conveniente.»

Promoviése un tempestuoso debate, y después señalóse un aplazamiento para consagrarse á la oración. Las últimas palabras de Cromwell fueron para aconsejar á todos la unión, evitando en cuanto fuera posible que los resentimientos separasen á unos de otros. Después de la sesión destinada al rezo, los debates continuaron con más ardimiento que nunca; y cuando los oradores hubieron agotado sus fuerzas, Cromwell indicó la conveniencia de someter el asunto á un Comité. Se extendió un acta, que fué aprobada y que difería muy poco, en su esencia, de las «Primeras Proposiciones» de Ireton, pues se dejaba lugar para el rey en la forma de gobierno propuesta. Sin embargo, aunque Cromwell consintió en la enmienda, nada prueba que se inclinase á entablar más negociaciones con Carlos. Su principal objeto en estas discusiones era hacer vacilar á los hombres, como él mismo vacilaba, y pensar mucho antes de obrar resueltamente. Ante todo, advirtió con mucha insistencia que no se atacara el poder del Parlamento. «O es ó no es Parlamento; si no lo fuese, no sería nada, y nada seríamos tampoco nosotros.»

Frases como estas, que á menudo se oyeron en los debates del ejército, indicaban el espíritu conservador del carácter de Cromwell y ponen de relieve la gravedad de la crisis que siguió y á través de la cual se abrió camino al fin con la punta de la espada.

Por lo tanto, con la ayuda de Ireton, conservó sujeto al ejército. En contestación á los fanáticos, que declaraban «que el rey era culpable de la efusión de sangre...; que el hambre había sido ocasionada por la guerra..., y que una voz

(1) *Documentos de Clarke*, vol. 1, pág. 238.

del cielo les decía que pecaban contra el Señor,» dijo brevemente: «Ningún hombre recibe cosa alguna en nombre del Señor sino lo que la luz de su conciencia aprueba;» pero los asuntos avanzaban rápidamente á su desenlace, y no faltaban indicios de que no tardaría en estallar un motín contra Fairfax. La cólera que á los soldados inspiraba el rey llegaba á su punto máximo; y hasta el Parlamento, que había tenido graves noticias acerca de las reuniones de realistas en Escocia, comenzó á sospechar que tenía bajo sus pies una mina que podría estallar de un momento á otro. En confirmación de esto, se recibió la sorprendente noticia de que los comisionados escoceses, con una partida de jinetes, habían aconsejado á Carlos con insistencia que huyera con ellos al Norte, pero que el rey rehusó diciendo que tenía empeñada su palabra; y la verdad es que en todos los asuntos referentes á su honor privado, Carlos era un hombre muy digno. Sin embargo, algunos días después retiró aquella palabra, al mismo tiempo que se recibió una carta de dichos comisionados pidiendo que el rey fuese conducido á Londres á fin de dar principio á una negociación personal con los Lores y los Comunes. Esta petición, dada la actitud marcadamente agresiva de la ciudad contra el ejército, indicaba tan claramente una profunda inspiración para reponer á Carlos en el trono, que los agitadores perdieron completamente la cabeza. Muchos de ellos pensaron que Fairfax y Cromwell eran los cómplices, si no los principales promovedores de una trama que tenía por objeto aniquilar á las tropas en beneficio de la ciudad y del Parlamento; y aun aquellos que no dieron crédito á semejante absurdo, opinaban que los generales constituían el principal obstáculo para realizar sus sueños de una nueva era democrática. En su consecuencia, resolvieron apelar á los soldados contra el Consejo del Ejército, y Cromwell recibió un parte confidencial advirtiéndole que en una revista del ejército que debía celebrarse el 15 de noviembre en Corkbush Field, cerca de Ware, el partido llamado de los «Niveladores» trataba de dar un golpe decisivo contra Fairfax y contra él mismo.

Esto le indujo á obrar rápida y severamente, y por lo pronto redactóse un manifiesto en nombre de Fairfax, declarando que á menos de restablecerse la disciplina, resignaría su autoridad; pero que si los soldados querían someterse, insistiría para que el Parlamento se disolviera y eligiese otro que realmente fuera representante del pueblo. Como reconocimiento de esta concesión de Fairfax, cada soldado debía firmar un papel en el que jurara respetar la autoridad de dicho jefe.

Al día siguiente de publicarse el manifiesto, seis regimientos, cuatro de caballería y dos de infantería, se reunieron en virtud de órdenes recibidas; eran tropas leales, y firmaron sin vacilar el papel de Fairfax, haciéndose sordas á las instigaciones de ciertos oficiales que trataban de retraerlas; pero con estos regimientos se presentaron otros dos que habían acudido por su propia iniciativa, acto de evidente rebelión, pues tenían orden de ir á otra parte. Cromwell y Fairfax, saliendo al encuentro de aquellos hombres, vieron que llevaban sujetas

en sus sombreros copias del manifiesto original, con la divisa: «¡libertad de Inglaterra, ¡derechos de los soldados!» Uno de los regimientos, al que Fairfax dirigió la palabra, sometióse al punto; pero el otro, al mando de Lilburn, contestó con gritos de desconfianza; los soldados habían hecho retirar á sus oficiales y no se les podía dominar.

La escena que se siguió debió producir una impresión profunda en los corazones de los oficiales que la presenciaron. Fairfax hubiera querido hablar otra vez; pero Cromwell vió que las palabras eran inútiles, y separándose del general se dirigió á las filas, dando orden á los soldados de que retiraran los papeles que llevaban en los sombreros, y en vista de que se negaban á obedecer, desenvainó su espada y se precipitó contra aquella tropa. Semejante acto por parte de otro cualquiera le habría sido fatal; pero Cromwell sabía muy bien lo que hacía. La mirada de aquel hombre que antes habían visto en Marston Moor y en Naseby y que ahora se dirigía contra ellos amenazando sus pechos con la espada, era demasiado enérgica para que lo resistieran. No podían herir al jefe que tantas veces les condujo á la victoria, ni hacer frente á la indomable fuerza y resolución con que había derrotado á sus enemigos; al verle avanzar con los ojos brillantes y en ademán amenazador, retrocedieron ante él, y primero un soldado, después una compañía, y por último todo el regimiento, arrancaron los papeles de sus sombreros y pidieron perdón. Este les fué concedido, pero los cabezas del motín fueron reducidos á prisión, siendo tres de ellos condenados á muerte y uno ejecutado. De este modo, la rebelión fué sofocada de un golpe, con pérdida de una sola vida. Cromwell recibió las gracias del Parlamento, y desde aquel día, aunque aborrecido, como aún lo era, comenzó á ser respetado, hasta por sus enemigos, como el hombre más valeroso de la nación.

Entretanto, Carlos había escapado de Hampton Court, dando por excusa el peligro en que estaba su vida por causa de los agitadores; pero ante las seguridades del jefe de su guardia, coronel Whalley, la excusa era muy pobre. Como prueba del cuidado que tenían los jefes del ejército para proteger á Carlos contra toda violencia, tenemos las bien conocidas líneas escritas por Cromwell á Whalley:

«Circulan rumores de alguna tentativa contra la persona de Su Majestad, y por lo tanto os ruego que cuidéis de vuestros guardias, porque si algo sucediera se consideraría como un acto horrendo.»

Es probable que el rey comenzara á pensar que nada se podía hacer con aquellos puritanos, y como sus planes para que aquéllos se indispusieran con los presbiterianos habían fracasado, la posición de Carlos en Inglaterra comenzaba á ser sumamente equívoca. Disfrazado, y á caballo, marchó á la costa y buscó un buque que esperaba que iría á recogerle para conducirlo á Francia; pero como el barco no llegaba, se entregó á Roberto Hammond, gobernador del castillo de Carisbrooke, en la isla de Wight, hombre á quien esperaba ganar si la situación llegase á ser crítica. Desde aquel retiro escribió al Parlamento, ofre-



ciendo condiciones que, si hubieran llegado antes, podían haber sido aceptadas; pero ya era demasiado tarde, porque nadie quería fiarse de él. Las Cámaras no hicieron caso de su carta, y Cromwell y otros oficiales, muy recelosos de su propósito de escapar, comenzaron á ejercer la mayor vigilancia para descubrir indicios de algún tratado definitivo con los escoceses. No se tardó en obtener una prueba; pero no sabemos como llegó á conocimiento de Cromwell. Tenemos la bien conocida historia de la carta interceptada en Blue Boar, en Holborn, carta de Carlos á la reina, en la que decía que ambas facciones le solicitaban, los presbiterianos escoceses y el ejército, y que optaría por el que le hiciese mejores proposiciones, pero que pensaba cerrar tratos con los escoceses. Merced á la noticia recibida de algunos espías, Cromwell interceptó otra carta de la reina á Carlos, en la que le comunicaba que los escoceses levantaban un ejército en su favor. Cromwell selló la carta después de leerla, y según se dice, la envió al rey como si hubiera seguido su curso ordinario; más tarde preguntó á Su Majestad si sabía algo de la formación de un ejército en Escocia, y el rey contestó negativamente.

Como quiera que fuere, lo cierto es que Cromwell reconoció que Carlos, mientras declaraba al Parlamento inglés que estaba del todo dispuesto á satisfacer sus condiciones á medias, prometía más aún á los escoceses. Desde aquel día Cromwell comprendió que no debía pensarse en más negociaciones con Carlos, y apenas se puede negar que su actitud era justificada. Cromwell no obró desde luego; pero los acontecimientos se acumulaban en el horizonte político, y esto podía llevarle muy lejos. No había luchado enérgicamente durante tantos meses á fin de obtener la paz, para ver ahora con calma, muy cerca de sí, el más terrible azote que podía empobrecer á la nación exhausta ya, la guerra civil. En su opinión, así como en la de otros muchos, todo hombre á quien se probara que había fomentado semejante calamidad sobre el pueblo de Inglaterra, era culpable de un crimen capital; y cuando este hombre era un rey y, diciéndose «padre de su patria,» acuchillaba á su país, cometía un asesinato y merecía la muerte.

CAPITULO XIX

La noticia de que un ejército de Escocia, al mando del duque de Hamilton, reconocido realista, debía invadir Inglaterra, y de que los hombres «malig-nos» del país se preparaban para hacer otra revolución, produjo en el ejército inglés una crisis más terrible que ninguna de las conocidas hasta entonces. A menos de que se pudieran zanjar las diferencias entre los agitadores y los prin-cipales jefes, uniéndose todos contra el enemigo común, todos debían quedar aniquilados muy pronto, porque estaban solos, sin amigos, sin víveres ni dinero.

La posición de Cromwell y de los otros jefes del ejército en la primavera de 1648 la pinta Carlyle en un párrafo muy sentido, con tal fuerza y claridad, que le reproducimos íntegro. Dice así:

«Los elementos de destrucción se hallaban en todas partes y debían vencer ó morir ignominiosamente. Un rey con quien no se podía tratar, custodiado en Carisbrooke, centro de todas las esperanzas de las facciones y también de las grandes intrigas, era uno de esos elementos; un considerable partido realista, so-metido con dificultad y dispuesto á levantarse de nuevo en la hora menos pen-sada, era otro. Añádase á esto un gran partido presbiteriano á cuya cabeza esta-ba la ciudad de Londres, la que corría con los gastos de la causa, muy descon-tenta del curso que las cosas habían tomado y ansiando desesperadamente que se formaran nuevas combinaciones y que se entablara una nueva lucha.... Y por último, existía el partido republicano, siempre preparado para el motín, mientras la Cámara de los Comunes estaba dividida en multitud de fracciones, favora-bles unas á los partidos combatientes y esperando otras el curso de los sucesos. ¡Y entretanto, el ejército escocés en marcha hacia Londres!»

En semejante crisis, el ejército, y Cromwell como jefe del mismo, tan sólo vieron un camino. Era necesario que todos, agitadores, partidarios de una mo-narquía constitucional, republicanos, demócratas, sectarios y presbiterianos, se reunieran para pedir á Dios un guía, para emitir sinceramente sus opiniones, para hablar con claridad respecto á sus mutuos errores, y después procurar con humildad y de buena fe, como cristianos y hermanos de armas, hallar el medio de estrechase las manos una vez más, para hacer frente al peligro, bien unidos todos y dispuestos á morir uno por otro en la causa común.

«El teniente general Cromwell — escribió un veterano algunos años después — aconsejó á todos muy severamente que consideraran sus actos como soldados y particularmente como cristianos, para ver si se habían hecho culpables de alguna iniquidad y cuál era, á fin de redimirla en cuanto fuera posible (1).»

Para nosotros, los hombres de este siglo, este detalle es muy grotesco, y para muchos puede ser una hipocresía; mas para aquellos que así obraron era una confesión á Dios, una penitencia por las faltas cometidas, y lo que es más importante, una resolución para conducirse mejor en lo futuro.

«Y por este paso el Señor nos guió, no solamente para ver nuestro pecado, sino para señalarnos la senda del deber: tan arraigado estaba esto en el corazón de todos, que apenas podían dirigirse una palabra sin llorar.»

«¡Noten bien esto los lectores modernos!, exclama Carlyle. ¡Cuántos habrá hoy que lloren por tal causa!»

Lo que harán es sonreirse ó encogerse de hombros con desdeñoso ademán, sin comprender nada. No les vituperaremos por esto; pero antes de reirse de aquellos hombres que lloraban, que lean la historia de la segunda guerra civil.

«Temblando y temerosos, nos refugiábamos en el Señor....., que cuando nos tuvo á sus pies..... dirigió nuestros pasos hasta que nos condujo á entendernos claramente, sin que ninguno disintiera, y á reconocer que con nuestras fuerzas debíamos salir á batirnos contra los poderosos enemigos que en aquel año nos salían al encuentro por todas partes, confiados en que en el nombre del Señor los aniquilaríamos. Y después de fijar seriamente nuestros pensamientos en el Todopoderoso, adoptamos todos unidos una resolución..... Era nuestro deber, si Dios nos permitía volver en paz, llamar á Carlos Estuardo, el hombre sanguinario, para que diera cuenta de la sangre derramada y del mal que había hecho contra la causa del Señor y el pueblo en esta pobre nación.»

La esperanza de Cromwell se realizó, pues el ejército volvió á quedar unido otra vez y dispuesto á batirse con el mejor espíritu á pesar de las más duras fatigas, de las privaciones y hasta de la muerte, con la esperanza de vencer á sus enemigos.

Bueno fué para la causa puritana que el ejército adoptara esta resolución. Los soldados estaban mal vestidos, aún se les debían las pagas atrasadas, y los enemigos les rodeaban por todas partes. Cuando las tropas marcharon hacia el Norte al mando de Cromwell, para sofocar el levantamiento que se había iniciado ya en Gales, dejaron á la ciudad de Londres muy inquieta. Aunque temporalmente pacificada con la oportuna moderación y diplomacia desplegadas por Fairfax y Cromwell, é incapaz de tomar su partido á favor de Carlos, la ciudad rehusó lisa y llanamente adelantar ni un cuarto para auxiliar á las tropas, que en realidad eran el único baluarte contra el hambre de Hamilton y el merodeo de los caballeros escoceses que ya se acercaban á la frontera.

El ejército debió dividirse: Kent se había levantado, y Essex y Fairfax mar-

(1) Carlyle, parte II, página 264.

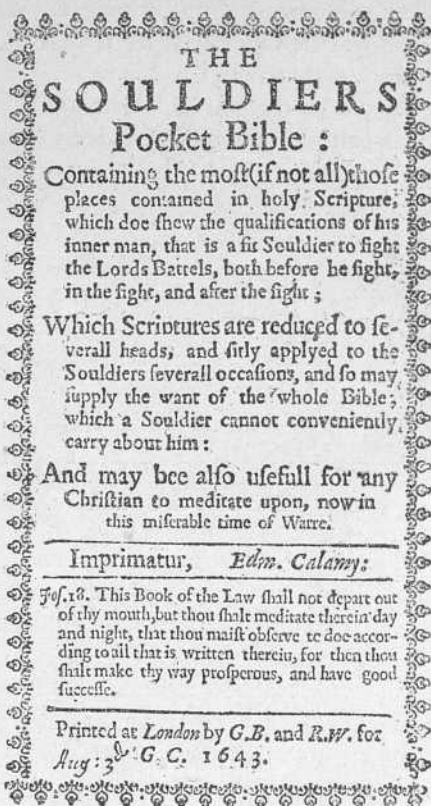
charron allí, mientras Cromwell se dirigió á Gales para sitiar el castillo de Pembroke, centro de perturbaciones. La guerra no comenzó con buen éxito para el ejército: aunque Fairfax se apoderó muy pronto de Kent y puso sitio resueltamente á Colchester, Cromwell se vió rechazado delante de Pembroke, y pareció probable que los escoceses atravesarían la frontera antes de que aquél quedara libre para salirles al encuentro. Las únicas fuerzas que se hallaban disponibles en el Norte, además de las de Cromwell, se reducían á un cuerpo de caballería poco numeroso al mando de Lambert, suficiente para vigilar y entorpecer á los escoceses, pero no para atacarlos.

Durante los meses de mayo y junio, las esperanzas de los caballeros se acrecentaron. Una carta de Cromwell á Fairfax, fechada el 28 de junio, expresa algunas de sus dificultades.

«Desde que nos hemos situado frente á esta plaza (Pembroke), el país ha promovido dos ó tres insurrecciones y está dispuesto á repetir las diariamente. Así es que, prescindiendo de esto, siempre hemos de ocupar nuestra caballería para buscar víveres, sin los cuales nos moriríamos de hambre, porque este país es muy pobre y mísero y nosotros no tenemos dinero para abastecernos de provisiones. Verdaderamente es un milagro que hayamos podido conservar nuestra gente en medio de tanta escasez. El alimento diario suele ser generalmente pan y agua (1).»

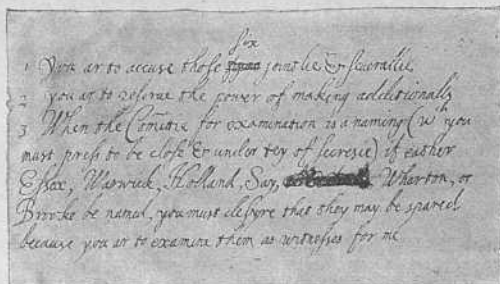
El 8 de julio, el ejército escocés, compuesto de 15 á 20.000 hombres, cruzó la frontera. Cromwell, que aún estaba delante de Pembroke, no contaba más que con 6 ó 7.000 soldados andrajosos, sin zapatos y medio muertos de hambre; y seguramente, jamás había parecido tan desesperada la causa de los puritanos; pero en aquellos hombres harapientos se mantenía una resolución inflexible, y sobre todo un *conocimiento de la guerra* que les hacía más formidables de lo que podían imaginar los que juzgaban por las apariencias.

(1) Carlyle, parte IV, carta LXI, pág. 275.



Portada de la Biblia de bolsillo, de la que cada soldado del ejército de Cromwell llevaba un ejemplar.

El 11 de julio Pembroke se rindió, y entonces Cromwell quedó ya libre. A marchas forzadas — 287 millas en 13 días (1) — pudo reunirse con Lambert en York, y en el camino proporcionó á su tropa botas y medias. Desde esta fecha, 27 de julio, hasta que se encontró con Hamilton en Preston, el 17 de agosto, Cromwell consiguió con tan consumada destreza y estrategia ocultar sus movimientos al enemigo, que cuando el primer ataque comenzó, los caballeros creyeron que su vanguardia no tenía que habérselas más que con una fuerza de 3.000 presbiterianos. Cuando reconocieron su error, Cromwell había atacado ya, y aunque los realistas se batieron valerosamente y bien, se vieron rechazados en todas partes. Sorprendido por semejante acometida, Hamilton, aunque intrépido,



Facsímile de Carlos I

no tuvo la suficiente auto-
ridad, ni bastante experiencia para dominar á sus oficiales subalternos y oponer una resistencia efectiva, y su ejército se diseminó. Si éste hubiera tenido tiempo para concentrarse, la calidad de las tropas, que en muchos casos eran excelentes, le hubiera hecho formidable; pero Cromwell no dejó tiempo para nada; sus soldados, que á pesar de su cansancio estaban en las mejores condiciones para batirse, iban dirigidos por oficiales enérgicos y hábiles, y desde un principio se comprendió que los realistas serían derrotados.

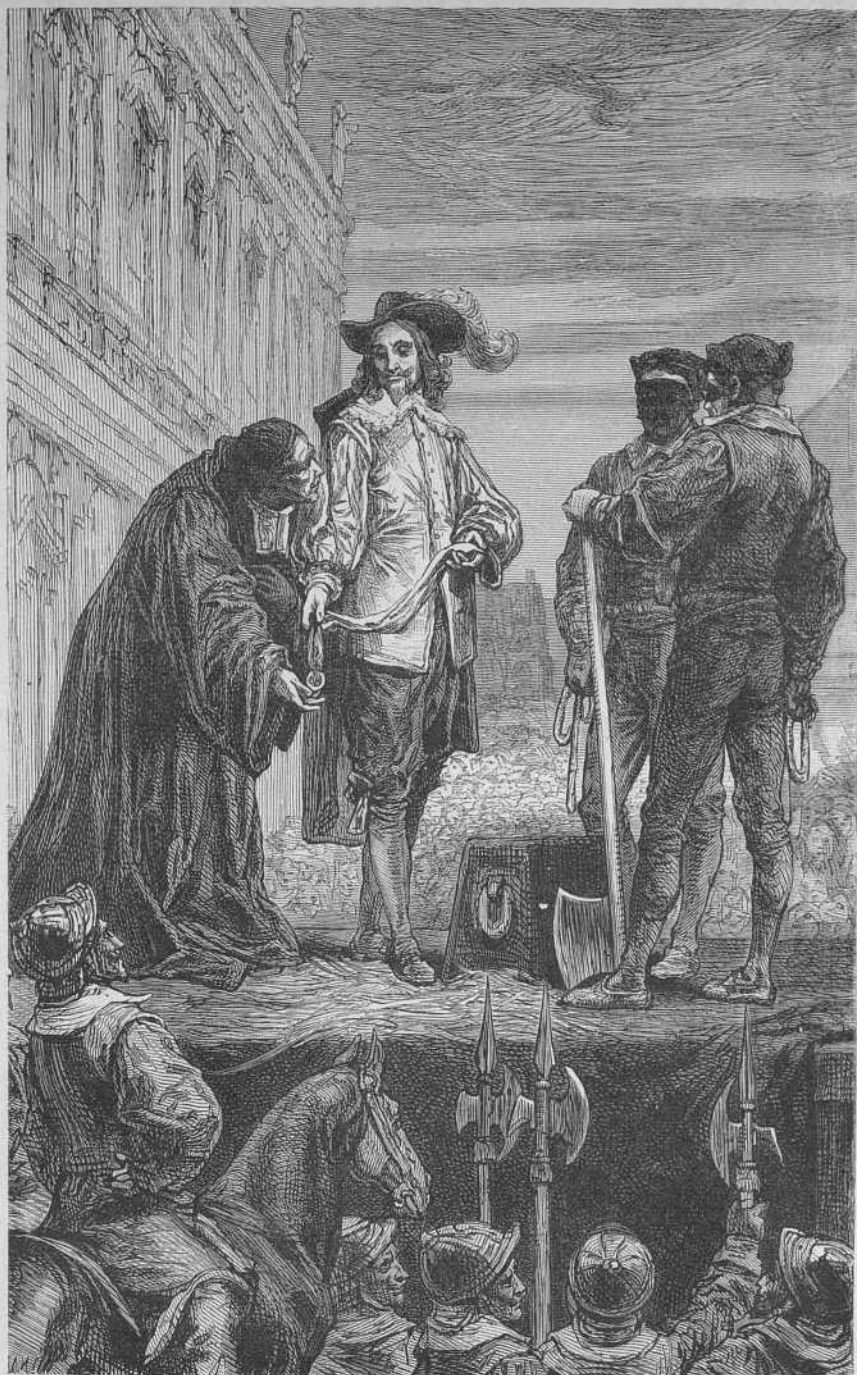
El principal objeto de Cromwell era obtener una victoria tan completa que apenas volviera á Escocia un solo hombre, y llevó á cabo su obra de una manera que ha excitado la admiración de los militares. El 25 de agosto, una semana después de haber comenzado la primera batalla, el mismo Hamilton fué cogido prisionero en Uttoxeter, en el Staffordshire.

Preston fué el golpe de muerte para la guerra.

En 28 de agosto, Colchester, que había hecho valerosamente una obstinada resistencia á Fairfax y que era la gran fortaleza del realismo en el Sur, se rindió incondicionalmente, é Inglaterra quedó una vez más en paz bajo el régimen puritano.

Era preciso entonces que pagaran el coste de la guerra los que la habían comenzado. Se cuentan cosas muy serias sobre la severidad del ejército después de la batalla de Preston, no por la opresión del pueblo en general, sino por las serias y justas reclamaciones que se hicieron á los jefes. Debe tenerse presente

(1) Los detalles sobre la campaña de Preston están tomados principalmente de la traducción de la obra *Oliverio Cromwell*, de Hoenig, publicada en el *Journal of United Service Institution*, vol. XLII, núm. 245.



CARLOS I EN EL CADALSO

que aquella guerra fué para el ejército una cosa inicua, porque no la había provocado ni merecido. Desde Naseby, no se habían vengado de las correrías de Rupert y de los crímenes de Goring; y los soldados no habían recibido la menor recompensa, en ninguna forma, por sus fatigas y peligros y por las pérdidas de sus casas y amigos, que habían sufrido desde Edgehill, en 1642, hasta la caída de Oxford, en 1646.

Hasta los jefes, á quienes se acusó públicamente de haber tomado parte de las haciendas y fortunas de los caballeros derrotados, habían hecho poco uso, si es que le hicieron, de las recompensas que el Parlamento votó para ellos profusamente alguna que otra vez. Cromwell devolvió todo lo que había recibido, ó lo que se supuso que recibió (1).

En vez de tratar de lucrarse á costa de los hombres á quienes habían vencido, vivieron pobremente, ocupándose tan sólo en organizar el gobierno del país y deseosos muchos de que en él quedara Carlos con algunos de sus cortesanos, los cuales hubieran tenido mejor posición que antes de la guerra, desde el punto de vista financiero. Los títulos de propiedad, después de pagados los impuestos, debían ser respetados religiosamente, y todo hombre, una vez sufrido el castigo de su traición á la república, podría volver á disfrutar de sus bienes. Y todo esto lo demostraron los vencedores, no con palabras, sino con hechos. En medio de sus luchas, los realistas habíanse complacido en conspirar y producir otra guerra; y esta era la peor traición al país de cuantas se habían cometido hasta entonces. Además de esto, los informes sobre la conducta del ejército de Hamilton en el Norte eran crueles: decíase que los más humildes labradores, no solamente habían sido despojados de cuanto tenían, sino que los soldados cogieron y se llevaron sus niños para exigir rescate, dándoles muerte cuando no recibían dinero.

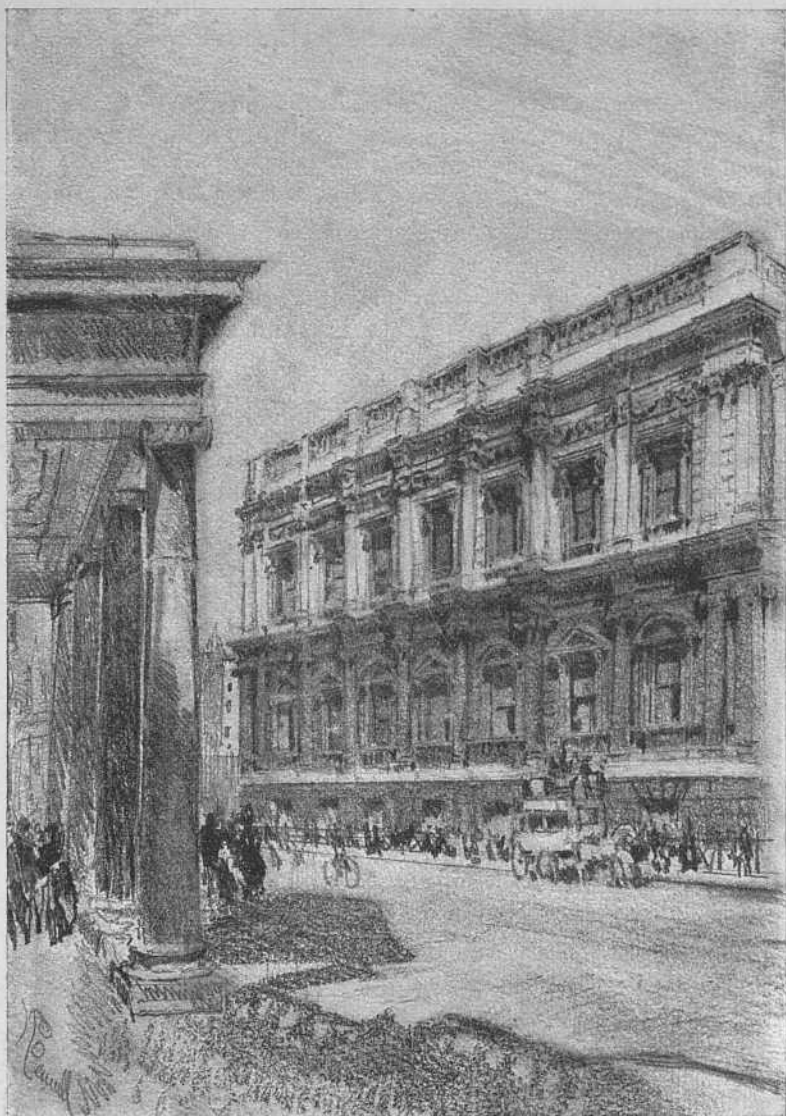
En opinión del ejército, el primero de los «delincuentes» era el mismo rey Carlos. En su nombre y por su autoridad se había derramado la sangre y se habían cometido tantos crímenes; y le hacían personalmente responsable de la indecible miseria, de la pérdida de vidas y de los espantosos padecimientos que el país había sufrido en aquellos terribles meses. Durante los días de miseria que se pasaron en el sitio de Pembroke y en la fatigosa marcha hacia el Norte, los soldados no dejaron de pensar un instante en el juramento que habían prestado en la reunión de Wíndsor.

«Si alguna vez el Señor nos permite volver en paz, llamaremos á Carlos Estuardo, el hombre sanguinario, para que dé cuenta de sus crímenes.»

Y cuando vieron morir de hambre á los campesinos que habían sido robados, y á sus compañeros perecer por causa de sus heridas, se dijeron: «Esta es su obra,» y su juramento se grabó en su corazón.

Y ahora, llegado el mes de octubre, terminada su tarea y vencidos sus enemigos, marcharon hacia Londres para cumplir su promesa y su juramento.

(1) Carlyle, parte III, pág. 254.



CASA DE LOS BANQUETES, WHITEHALL.

No es nuestra intención defender ni atacar á esos hombres, pues ya lo han hecho todos los historiadores ingleses desde el día en que Carlos fué juzgado. Nos limitamos tan sólo á consignar, á esta distancia de aquella época, los incidentes y la corriente de ideas que convenció al ejército de que á toda costa Carlos Estuardo debía morir.

La mayoría de los ingleses de la actualidad, ó tal vez de cualquiera época, no se convencerán nunca de que la ejecución del rey fué un acto justificable. Fué ilegal é inconstitucional, y lo que es peor aún, fué matar á sangre fría á un hombre verdaderamente de buenas intenciones, de raro valor y constancia, que había pagado ya bien caros sus errores con no pocos padecimientos y en cuya vida privada no había ni una sola mancha. Aun aquellos que más habían sufrido por la doblez de Carlos, y que sabían que si el rey recobraba su trono su primer acto sería firmar su sentencia de muerte, se estremecieron al oír el grito de «¡Justicia!» lanzado por el ejército cuando el rey fué juzgado, como les hubiera estremecido el rugido de una fiera. Aquellos realistas que en su ciega fe é ignorancia canonizaban como «santo» al pobre rey extraviado, ¿qué de extraño tiene que profesaran un odio mortal y eterno á los que se atrevieron á decir que Carlos era como los demás hombres y le castigaron con la muerte?

Todos estos elementos que aún agitan á la nación, predominaban en enero de 1649 con un ardimiento y una intensidad que algunas veces no nos explicamos al juzgar á los regicidas.

Cuando comenzó realmente el proceso del rey, y cuando Carlos, fiel á su sangre real y á su altivo carácter, permaneció en pie y desdeñoso ante sus acusadores, excitándoles á que «hicieran lo peor;» cuando de toda Inglaterra y de otras naciones llegó un grito universal de horror contra semejante acto, aquellos hombres del Parlamento y muchos oficiales que antes habían pedido la sangre del rey, se arrepintieron y estremeciéronse ante la tempestad que habían promovido. El cambio de sentimientos fué tal que, durante algunos días, la suerte del rey pareció indecisa en la balanza, y la sentencia de Carlos se hubiera tal vez conmutado por la de destierro ó prisión perpetua, á no haber sido por una parte la resolución que adoptaron el ejército y los oficiales subalternos, y por otra Oliverio Cromwell.

Este último, así como sus soldados, se habían propuesto que Carlos muriese. El futuro protector había vacilado mucho antes de decidirse; pero al fin se convenció de la necesidad de la muerte del rey, si bien su convicción dependía de otro orden de ideas diferentes de las del ejército. Fué el último en reconocer aquella necesidad, mas su resolución fué irrevocable. Había luchado como ningún otro hombre para librar á Carlos de sus enemigos y de sí propio, como ya hemos visto, pero no lo consiguió. ¿Por qué? Esta pregunta es la que Cromwell debió hacerse repetidas veces durante el tiempo transcurrido antes de que el ejército volviera triunfante á Londres. Pues bien: fué porque Carlos Estuardo había antepuesto, y lo hacía siempre así, su propio interés y su corona al bien-



ENTIERRO DE CARLOS I EN LA CAPILLA DE SAN JORGE, WINDSOR

estar de su pueblo; y nada le importaba al país mientras él ocupara el trono y pudiera dejarlo á sus herederos. De aquí se deducía, en concepto de Cromwell, que si Carlos seguía viviendo, Inglaterra, que estaba desangrándose ya, no estaría nunca segura. Carlos sería siempre un centro de intrigas en lo futuro, como lo había sido en el pasado, bien estuviera en el extranjero, ó ya se hallara en su país, ó encerrado en un torreón ó en su casa. Así, pues, en beneficio del país, el rey debía morir.

Una vez adoptada esta resolución, nada podía retraer á Cromwell. El rey debía morir; era el bien de la nación: *era la voluntad de Dios*.

Que Cromwell debía menospreciar todas las formas de la ley ó de los usos constitucionales; que despertaría incalculables odios y la execración de innumerables generaciones venideras; que debía sacrificar sus sentimientos personales por un hombre valeroso; todo esto no fué nada para Cromwell cuando se convenció de que Dios lo quería.

Por lo tanto, durante los días de ansiedad é incertidumbre que precedieron á la ejecución del rey, Cromwell trabajó firme en su propósito de conseguir el fin, apoyado por los hombres que tenían al reino sujeto. De este modo se vencieron todos los obstáculos, y Carlos fué ejecutado.

No podemos saber con certeza cuáles serían al fin los sentimientos personales de Cromwell cuando dejó de existir Carlos, *el hombre*, querido de su pueblo por su calma y heroísmo, y Carlos, *el rey*, cuyos errores se habían olvidado.

Los cuentos que han circulado sobre sus chistes y sus burlas al firmar la sentencia de muerte deben rechazarse con desprecio; lo único que lleva el sello de la verdad es lo referido por Herbert, capellán del rey, que dice así:

«La noche después de haber sido decapitado el rey Carlos, Lord Southampton, uno de sus amigos, obtuvo permiso para velar el cadáver en la Sala de los Banquetes en Whitehall... Poco después la puerta se abrió y un hombre entró, muy embozado en su capa y con el rostro casi oculto. Acercóse al cuerpo, y moviendo la cabeza murmuró estas palabras: *¡Cruel necesidad!* Después salió lenta y silenciosamente, como había entrado. Lord Southampton solía decir que no le había sido posible ver nada del semblante de aquel individuo, pero que por su voz y su aspecto pensó que era Oliverio Cromwell.»

CAPITULO XX

El rey fué ejecutado el 30 de enero de 1649. En 21 de febrero, el Parlamento nombró un Consejo de Estado, compuesto de cuarenta y un individuos, que llegó á ser la principal fuerza gubernativa de la nación. Era un cuerpo demasiado numeroso para hacer las veces de gabinete, y demasiado reducido para representar á la Cámara de los Comunes; pero el mejor que se podía organizar, dadas las circunstancias. Cromwell y Fairfax formaron parte de él, y también Ludlow con los republicanos.

Sin embargo, ningún consejo así organizado podía gobernar satisfactoriamente una gran nación despedazada por dos guerras civiles: los consejeros eran en su mayor parte hombres honrados y buenos, dispuestos á cumplir con su deber; pero entre ellos había muchos de cortos alcances, fanáticos y llenos de preocupaciones. La misión que se impusieron – constituir Inglaterra en una República ó Estado libre, que debía nombrar ministros y oficiales á sus órdenes, para el bien del pueblo, sin rey ni Cámara de los Loes – era cosa que los ingleses no habrían llegado á comprender nunca, ni aun en estado de paz.

Su primer objeto debió ser cicatrizar las antiguas heridas y alejar á los descontentos; mientras que, reprimiendo con mano fuerte toda rebelión, hiciera lo más posible para no producir nuevas divisiones. En resumen, una política de completa reforma interior era lo que el país pedía entonces á sus gobernantes, y no un nuevo Parlamento elegido por el pueblo que estuviese tembloroso aún por la humillación de la derrota, ó enorgullecido por la victoria, que en su concepto se debía al mismo Dios.

Sin embargo, prescindiendo de todas las cuestiones de política interior, el nuevo Gobierno de Inglaterra debía atender ante todo á inminentes peligros exteriores.

El realismo, arraigado en Inglaterra, se manifestaba ardiente y furioso en Irlanda, y muy pronto debía levantar la cabeza con más tenacidad que en Escocia. En Irlanda, los católicos y protestantes, divididos hasta entonces por sus diferencias religiosas y la vacilante política de Carlos, hicieron resueltamente una combinación bajo las órdenes del conde de Ormond, y clamaban contra los hombres que se habían atrevido á matar á su rey.

Los primeros debates del Consejo y de los Comunes fueron para tratar de los medios de enviar un ejército á Irlanda á fin de someter á los «rebeldes.»

Mas por grande que fuese el afán de todos para conquistar á Irlanda, proyecto siempre grato á los puritanos y particularmente á Cromwell, desde la matanza de los protestantes en 1641; y á pesar de lo urgente que el asunto podía llegar á ser si el ejército del Parlamento era derrotado en el Norte de Irlanda, convirtiéndose así aquel país en un territorio hostil, se oponían muchos obstáculos para conseguirlo, pareciendo probable que el Gobierno no tuviera fuerza suficiente para vencerlos. En primer lugar se presentaba la dificultad de siempre — la falta de dinero, — y en segundo, el espíritu de motín se despertaba de nuevo en el ejército, más peligroso y general que antes de la guerra.

El primer problema se resolvió después de empeñadas negociaciones, mediante un préstamo de la City de 120.000 libras esterlinas; el segundo era mucho más difícil, y hubiera sido la pérdida de la causa á no haber mediado Cromwell.

El ejército había llegado á ser un cuerpo de sutiles políticos; la prolongada lucha con el Parlamento y los presbiterianos había estimulado á todos sus hombres, enseñándoles á formar determinadas opiniones sobre los más profundos asuntos del Estado. Los soldados no eran indiferentes ni demagogos que se baten por una clase contra muchos, sino hombres graves de elevados ideales que en su concepto debían ponerse en práctica por los jefes del Estado sin perder un momento. Aquí estaba el error y el peligro para el Gobierno. Aquellos soldados, sencillos en su manera de pensar, por más que tuviesen la fuerza y la experiencia, creían que, estando Dios de su parte y habiéndoles concedido la victoria de una manera tan milagrosa, seguiría favoreciéndoles. El deber de los jefes de Estado, en su concepto, era trabajar desde luego para el establecimiento de una República ideal gobernada por un Parlamento libremente elegido por los ricos y por el pueblo; este Parlamento se encargaría de entender directamente en todos los asuntos del Estado y de nombrar los oficiales y empleados. Cuando vieron que los individuos del antiguo Parlamento no daban señales de abandonar sus puestos, y cuando los poderes ejecutivos pasaron á manos del Consejo, que no manifestaba mucho afán en la adopción de reformas radicales, el ejército comenzó á manifestarse receloso é inquieto; y cuando, al fin, en vez de la disolución y de formar un nuevo Gobierno, se comenzaron los preparativos para una expedición á Irlanda, el descontento de las tropas se hizo más evidente.

El 20 de abril de 1649, nombrado Cromwell general en jefe de las fuerzas destinadas á Irlanda y convenida la ciudad de Londres en proporcionar las 120.000 libras, el Consejo del Ejército se reunió para decidir qué regimientos debían salir á prestar su servicio.

«Después de un rezo solemne para invocar el auxilio de Dios,» se resolvió que los oficiales de todos los regimientos sacaran suertes por la mano de un niño, para mayor legalidad; y asegúrase que aquellos en quienes la elección recayó se mostraron muy contentos. Si fué así, era porque no habían contado con

los hombres que mandaban. El día 26 de abril, algunos soldados del regimiento del coronel Whalley se amotinaron, que no era de los que debían ir á Irlanda; Cromwell y Fairfax mandaron prenderlos, y un consejo de guerra los juzgó; cinco fueron condenados á muerte, pero se indultó á cuatro y el quinto, llamado Lockyer, joven muy intrépido que sólo contaba veintitrés años, fué fusilado, pues no se podía hacer otra cosa. Dejar que la rebelión quedara impune en aquella época, cuando la seguridad del Estado dependía del orden y la disciplina, hubiera equivalido á un suicidio. Se hizo lo menos que se podía hacer imponiendo el castigo de muerte á *un solo* hombre; pero el acto se consideró impopular. Por primera y última vez, los ciudadanos de Londres simpatizaron con los soldados; unos ciento, poco más ó menos, precedieron al cadáver de Lockyer en su entierro, y algunos miles de soldados siguieron al coche fúnebre: todos llevaban cintas verdes y negras atadas en sus sombreros y otras prendidas en el pecho; ésta era la divisa de los «Niveladores.»

Los motines eran un tormento para la libertad del pueblo, y se comenzó á considerar á Cromwell y Fairfax como tiranos de los más sanguinarios. La situación era muy grave; circulaban temibles rumores, según los cuales todos los regimientos del ejército estaban animados del espíritu de sedición, y asegurábase que el resentimiento era profundo por la ejecución del joven nivelador.

Cromwell obró con su acostumbrada prontitud, y ordenando una revista de las tropas en Hyde Park el 9 de mayo, las habló hasta cierto punto con mucha severidad. No era la ocasión propicia para hacer amenazas violentas, pues los soldados no se consideraban como simples servidores del Gobierno, sino como ciudadanos de una República, y como tales era preciso apelar á ellos con argumentos razonables. Nadie sabía hablar mejor que Cromwell en tales casos, y en ningún otro hombre, á pesar de cuanto hayan dicho los que no le conocían, hubieran tenido sus razones tanto peso. Les habló de los trabajos que el Parlamento había hecho desde el mes de enero; del castigo aplicado á los culpables; de la votación recientemente verificada, por la que los Comunes habían acordado al fin retirarse; de la mayor protección que se trataba de dispensar al comercio; del mejoramiento de la Armada; y por último, y esto era lo más importante, les recordó que ya se había satisfecho cuanto se debía al ejército, y que se harían puntualmente los futuros pagos. Después, demostrando que el Parlamento y su Consejo habían cumplido con su deber, recomendó á las tropas que cumplieran con los suyos ó que abandonaran el ejército, ofreciendo á todos cuantos estuvieran cansados del servicio de las armas permiso para retirarse, con su paga satisfecha hasta el día. Dicho esto, Cromwell se detuvo para ver qué efecto habían producido sus argumentos. Ni un solo hombre abandonó las filas; los que llevaban las cintas negras y verdes se las arrancaron; y así quedaron restablecidos el orden, la disciplina y la lealtad.

Esto era en Londres; pero fuera de aquella capital reinaba un descontento más profundo y unánime.

En Oxford, doscientos hombres, conducidos por un capitán llamado Thompson, se amotinaron resueltamente; pero fueron dispersados por el coronel del regimiento, y algunos escaparon. En Salisbury, unos mil hombres, con varios oficiales, abandonaron las filas y se pronunciaron contra los «asesinos de Loc-kyer.»

Los asuntos comenzaban á adquirir terrible gravedad. Fairfax y Cromwell, reuniendo alguna caballería, salieron en persecución de los amotinados; pero éstos, al saber que se acercaban, no se atrevieron á resistirles; no tenían jefes dignos de este título, y se retiraron apresuradamente, confiando en que los motines se propagaran. Así podría haber sucedido si se hubiera dejado tiempo para que el descontento se generalizase, pues en el ejército había mucha inquietud; pero Cromwell no dió lugar para ello. Día y noche persiguió á los amotinados, recorriendo sin tregua ni descanso cincuenta millas en la última jornada; y á media noche, cuando los sediciosos reposaban en sus camas, sin saber que él se hallase tan cerca, Cromwell los atacó vivamente en Burford. Opusieron alguna resistencia al teniente general, según se dice, pero se rindieron muy pronto y no se perdió ninguna vida.

Al otro día se decidió de su suerte; de cada diez hombres se condenó uno á muerte y se situó á los demás en el tejado de una iglesia para ver á sus compañeros morir entre las tumbas del cementerio. Tres fueron fusilados sucesivamente; el cuarto se mostró tan arrepentido, que se le perdonó, y los demás quedaron absueltos. El fúnebre servicio de la muerte terminó reuniéndose en la iglesia los amotinados sobrevivientes por mandato de Cromwell, que quiso hablarles.

El general les amonestó, censurando severamente su delito, y terminó diciéndoles: «¡Hombres extraviados, contribuiríais á perder la causa que, según nos ha demostrado la Providencia, es la causa de Dios! ¡Marchad, arrepentíos y no os rebeléis más, para que no os suceda algo que fuera peor (1)!»

Esto ó algo así les dijo, y era la voz de su corazón, porque amaba á sus hombres aunque se hubieran extraviado. Sentía en el alma castigarlos, y ellos no lo ignoraban. Al oír sus palabras, lloraron, y poco después marcharon á Irlanda con los demás, sin dar á Cromwell más motivos de queja.

Aquel incidente de Burford puso término á toda la cuestión; otra vez Cromwell había conjurado el peligro con mano fuerte, y nada se debía temer por el pronto. La opinión pública agradeció este servicio en todo el país, apreciándole en lo que valía. Había tardado en conocer al hombre, dando crédito á todas las falsedades que la malicia podía inventar; pero como ya se ha dicho, Cromwell no se cuidaba de la opinión pública. Hasta que hubo llegado á ser Protector no comprendió la importancia de atraérsela, y entonces aprendió su lección muy poco á poco. Por eso la clase inferior del pueblo, desechando la visión de un ejército considerable, trastornando el país en todos sentidos, experimentó de

(1) Carlyle, parte V, pág 28.

pronto un profundo agradecimiento á su poderoso campeón. En la Universidad de Oxford y en la City le festejaron; en todas partes se le felicitó; y los hombres que hasta hacía muy poco no podían pronunciar su nombre sin estremecerse ó maldecirle, buscaban ahora el honor de tratarle y le adulaban. Todo lo aceptó Cromwell tranquilamente y con paciencia; pero aquellas lisonjas no tenían ningún encanto para semejante hombre, pues sabía muy bien que, si en muchos casos son sinceras, ahora no se debían en realidad sino al alivio de un pueblo que encuentra una fuerza personal en que apoyarse. En otro tiempo se le había considerado como un peligroso demócrata; mas ahora era para todos un baluarte contra la anarquía y la licencia, una seguridad para las propiedades de todos y para la estabilidad del gobierno, y como tal, un protector del comercio, de la enseñanza y de las artes de la paz.

Los preparativos para la expedición á Irlanda seguían su curso. El 10 de julio Cromwell salió de Londres para la costa, y los diarios decían: «Cromwell ha salido...; su escolta se componía tan sólo de ochenta valerosos soldados, la más insignificante que podía acompañar á un comandante en jefe (1).

Sin embargo, esto no impedía que Cromwell fuese un gran hombre, el más notable del país; pero en su vida privada era lo que había sido siempre, un sencillo hidalgo campesino.

En las *Cartas y Discursos*, de Carlyle, hay una serie de las primeras, escritas por Cromwell al padre político de su hijo Ricardo, Mr. Mayor, de Hursley, que dan clara idea de las opiniones del general sobre lo que le es posible hacer para que los jóvenes se unan en matrimonio, y lo que espera que será la dote de la novia. Si hubiera sido el hombre que sus detractores han querido pintarnos, ninguna hija de un simple caballero, con ó sin influencia, ó grandes bienes de fortuna, hubiera satisfecho su ambición; pero Cromwell, por el contrario, se muestra deseoso de aquel enlace. Desde el principio hasta el fin no hay en esas cartas ni una palabra que indique que esperaba del país, á que había servido con tan buen éxito, que diera algo para él ó para los suyos; ni tampoco se encuentra una sola frase que induzca á creer que entendiera que, por la posición que había adquirido para sí y para su familia, la hija de Mr. Mayor alcanzaba grandes ventajas del matrimonio con su hijo.

Cromwell consideraba su vida pública como una cosa aparte. Lo que había hecho en favor del Estado lo hizo porque era su deber, su deber ineludible, y si aquél le recompensaba, era cuestión suya y no de él, pues él no pidió nunca recompensa ni la esperó tampoco, y hasta más de una vez la rehusó. Pocos de nuestros hombres públicos pueden presentar por tal concepto una página de su historia más limpia que la de Oliverio Cromwell.

Como un ejemplo de las muchas cartas que dirigió á sus parientes y á sus hijos, y que fueron escritas en aquella época, podemos dar una que envió á Dorothea Mayor cuando fué esposa de Ricardo. Es la última que Cromwell escribió

(1) Carlyle, parte V, pág. 30.



antes de marchar á Irlanda: tierna, sencilla y bondadosa, contenía algún párrafo serio, porque el viaje que iba á emprender era peligroso y aquella carta podía ser la última que la joven recibiese de su mano.

«*A bordo del Jhon.*

»13 de agosto de 1649.

»Mi querida hija: Recibí tu carta con mucho placer, pues me gusta ver cualquiera cosa que venga de tu mano, y no necesito detenerme en decirte cuánto te quiero. Por lo mismo, espero que un consejo no será mal recibido, ni tampoco estará de más.

»Deseo que los dos hagáis ante todo cuanto pueda ser agradable al Señor, invocándole y escuchando lo que os diga, pues sin duda os hablará al oído y al corazón: también espero que aconsejes á tu esposo en este sentido. En cuanto á los placeres de esta vida y á los negocios exteriores, dejadlos seguir su curso; pero haceos superiores á estas cosas por la fe en Jesucristo, y entonces tendréis el verdadero consuelo. Me complazco mucho en creer que tu pensamiento sigue este camino, y deseo que prosperes en la gracia de Nuestro Señor. Dios está muy cerca, como se ve por sus maravillosas obras, y quiere que los de nuestra generación se acerquen á El. Su última merced (una victoria de las tropas del Parlamento en Dublín) es una gran prueba de ello. Tu esposo te hablará de esto. Mucho necesitamos el espíritu de Jesucristo para poder ensalzar á Dios por tan admirable merced.

»El Señor te bendiga, querida hija.

»Tu cariñoso padre

»OLIVERIO CROMWELL (1).»

Esto lo escribió el 13 de agosto; el 15, el ejército llegó á Dublín, que Michael Jones ocupaba en nombre del Parlamento, siendo recibido allí «con grandes salvas.»

(1) Carlyle, parte V, carta CI, pág. 38.

CAPITULO XXI

Al estudiar la campaña de Irlanda, el capítulo más oscuro de la vida de Cromwell, es necesario, si se ha de mirar el asunto desapasionadamente, representarse en cuanto sea posible el espíritu con que el ejército puritano dió principio á la obra que se le encomendaba, y qué carácter debía tener esta empresa desde el punto de vista del ejército.

Tres elementos había en aquella «invasión» de Irlanda, que inevitablemente le comunicaban, aparte de los actos aislados de crueldad, un aspecto muy grave.

En primer lugar, así en el corazón de los oficiales como de los soldados, predominaba el sentimiento de que iban á vengar sangre derramada. La matanza de protestantes de 1641 no se había olvidado ni perdonado nunca, y estaba tan presente en el pensamiento de los soldados de Cromwell y en el de éste mismo, como en los tristes días antes de la guerra, cuando todos los ingleses se estremecían de cólera y de horror al leer los relatos que les llegaban dando cuenta de los ultrajes inferidos á mujeres y criaturas y del asesinato á sangre fría de hombres de todas las clases, simplemente por motivos de religión, según se aseguraba. Un historiador, cuyas palabras se leyeron con respeto en aquella época, había escrito:

«Los inocentes protestantes quedaron de pronto privados de sus bienes, y más de doscientas mil personas, entre hombres, mujeres y niños, fueron asesinadas, muchas de ellas en medio de horribles tormentos, y esto en el espacio de un mes (1).»

Creemos que estos detalles eran sumamente exagerados, y además no se hace mención de lo que los católicos debieron sufrir de parte de los protestantes antes de rebelarse; pero esto no lo sabían entonces los puritanos. Los más de los ingleses creían que los irlandeses eran bárbaros de la peor especie, alentados en sus atroces crímenes por un clero católico romano, nada escrupuloso y sediento de sangre.

Durante los ocho días que se siguieron á la matanza, esta opinión se había arraigado entre los puritanos, acentuándose más por el temor de que un ejército irlandés desembarcara en sus propias orillas en algún período crítico de la

(1) May, *Historia del Parlamento*, 1647, vol. II, pág. 4.



guerra y cometiese en el país enormidades análogas. Ese temor á una invasión irlandesa nos conduce al segundo elemento.

El ataque contra Irlanda no se entendía que fuese, propiamente hablando, un acto agresivo, sino una medida defensiva necesaria para preservar á los condados occidentales de Inglaterra y Gales de las incursiones de los merodeadores, y posiblemente á todo el país, de la invasión de los caballeros irlandeses. Cromwell se convenció al fin plenamente de la necesidad de la guerra desde este punto de vista, y desde un principio tuvo la intención deliberada de aniquilar tan completamente todas las inclinaciones perversas en la población armada del país, que nunca tuviera fuerza, si le animaba la voluntad, para molestar á sus vecinos. Si consideramos que los más de los irlandeses, por una causa ú otra, llevaban armas en aquel tiempo, y no parecían dispuestos á dejarlas, bien lo mandase el rey, los puritanos ó el mismo Papa, fácil es comprender que cualesquiera que fuesen las precauciones adoptadas por Cromwell para no seguir el ejemplo de los caballeros castigando á los inocentes junto con los culpables, no podría llevar á efecto el objeto principal de su misión sin cometer actos de los cuales se debe resentir un pueblo de gran valía mientras su raza exista.

Sin embargo, teniendo en cuenta las intrigas que el joven rey Carlos II comenzaba ya á fraguar en Irlanda, y el hecho bien conocido de que católicos y protestantes habían prescindido de sus diferencias á fin de hacer juntamente un esfuerzo en su apoyo, no dejaba de ser fundado el temor de que Irlanda, si no era prácticamente «anexionada,» sería un continuo peligro para la causa puritana, y á menos de someterla por completo, nada podía hacerse.

El tercer elemento que Cromwell, con su experiencia de soldado, debía tener en cuenta antes de comenzar la campaña, y que llegó á ser más tarde asunto de la mayor urgencia, fué la cuestión de su aislamiento en un país hostil, con una fuerza comparativamente escasa, rodeado de enemigos muy superiores en número y que acabarían por rendirle si la lucha se prolongaba. En su consecuencia, era esencial que cada victoria fuera decisiva y completa, necesidad que le parecía justificar, juntamente con el carácter, tal como le comprendía, del enemigo con quien debía habérselas, las matanzas de Wexford y de Drogheda.

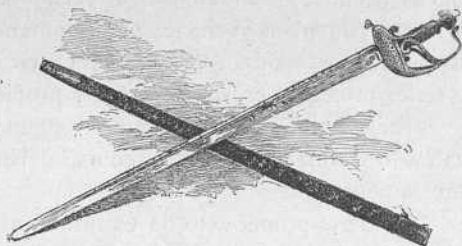
Pero detrás de todos los elementos positivos incidentales á la empresa particular de someter á Irlanda, había otra causa para que en todo esto se manifestase dureza, y la historia no puede perderla de vista.

Ningún hombre, por humano y compasivo que sea su carácter, y no se puede negar que Cromwell era naturalmente contrario á la efusión de sangre é inclinado á la gracia, puede conservar la sensibilidad que despierta el dolor ó la muerte después de haberse familiarizado largos años con la guerra. Este hecho no se ha tenido lo bastante en cuenta por los historiadores, que siendo en su mayor parte hombres de paz, no saben por experiencia personal cuán natural es en tales circunstancias tener en poco la vida, ó más bien, cuán imposible es proceder de otro modo después de pasado el primer horror.

Cromwell y su ejército eran soldados veteranos, y como tales poco les importaba arrostrar la muerte ó matar; y creyendo que lo hacían en defensa de una buena causa, compadecían tan poco á los irlandeses á quienes mataban, como nuestros soldados á los Sepoys después de los motines de la India, y como las tropas fronterizas de los Estados Unidos á los indios apaches después de haber éstos atacado una factoría.

Por último, no debe perderse de vista que el ejército sentía la misma hostilidad que le animara cuando combatía á sus antiguos enemigos los caballeros en Preston y Colchester. Desde el punto de vista de los puritanos, los ingleses de Irlanda no sólo se ocupaban en renovar la lucha, siendo por lo tanto criminales, sino que habían perdido todo derecho á ser tratados como compatriotas ó seres humanos civilizados, porque se habían unido con los «sanguinarios asesinos irlandeses» de 1641.

Por grotesca é injusta que esta idea pueda parecernos cuando se aplica á tan valerosos caballeros y patriotas como Ormond y Edmundo Verney, era una triste realidad para los puritanos, y cuando los azares de la guerra ponían las vidas de sus enemigos en su poder, sus corazones se cerraban á todo sentimiento de compasión.



Espada de Cromwell, copia de una fotografía del original que se conserva en el Real Instituto

Podía decirse sin embargo, y no sin motivo, que aunque entre rudos soldados las excepcionales circunstancias que mediaron en la guerra irlandesa excusaban, si no justificaban, las extremadas medidas de severidad, nada puede justificar la participación personal de Cromwell en la matanza de Drogheda.

Sin embargo, nos parecería igualmente injusto calificar sus actos con la dureza y hostilidad que manifiestan aun aquellos que le aprecian en el fondo; así como sería censurable, hasta en sus más entusiastas admiradores, ocultar la tristeza y el sentimiento que les causó el hecho de que hubiese infringido las leyes de la guerra entre pueblos civilizados. Esto es lo que hizo en Drogheda, y sin justificación; pero aunque esto se debe consignar claramente, no se ha de olvidar tampoco que aquello fué un caso aislado, y que la orden se dió en el calor del combate. No hubo plan determinado para exterminar á los irlandeses, y la actitud de Cromwell respecto de ellos, en general, se pone bastante en claro por las dos «Declaraciones» que dirigió al pueblo de Irlanda.

He aquí la primera, «dada en Dublín el 24 de agosto de 1649 (1):»

«Como quiera que se me haya informado de que durante la marcha de los ejércitos contra vosotros, ó por parte de las guarniciones, la soldadesca incurrió en el delito de abusar, robar y saquear, entregándose con demasiada frecuencia

(1) Carlyle, parte V, pág. 41.



á crueldades en grave perjuicio de la gente del país; y hallándome resuelto, por la gracia de Dios, á reprimir cuanto antes tales perversidades para lo futuro;

»Advierto por esta declaración á todos los oficiales, soldados y demás personal que esté bajo mis órdenes, que se abstengan de semejantes abusos y que no se permitan hacer daño alguno ó violencia contra la gente del país, á no ser que se trate de personas armadas que deban considerarse como enemigos. Se respetarán los bienes mientras no haya orden en contrario.»

Después de esto invita á los habitantes á llevar provisiones al ejército, asegurándoles «que no serán molestados en sus personas ni en sus bienes;» y que recibirán en dinero contante el valor de lo que presenten. Además, «si se conducen pacífica y tranquilamente, pagando las contribuciones proporcionalmente á lo que pagan sus vecinos... para mantener las fuerzas del Parlamento y otros usos públicos, tendrán libertad para vivir en sus casas con sus familias y bienes y se les protegerá en sus personas y propiedades.

»Exijo que todos los soldados y cuantos se hallen bajo mis órdenes se atengan á lo mandado y cumplan con su deber, pues de lo contrario se les castigará severamente.»

Tal fué el primer acto de Cromwell al desembarcar en Dublín, después de expulsar del ejército, que ya se batía en nombre del Parlamento, á los oficiales y soldados que por su carácter y costumbres no eran propios para pertenecer á una fuerza que no toleraba la inmoralidad en amigos ni en enemigos.

Inmediatamente después de esto comenzó la campaña, y en 9 de septiembre las baterías rompieron el fuego sobre Drogheda, plaza muy bien fortificada, cuya guarnición se componía de las mejores tropas de Irlanda, muchas de ellas inglesas, al mando de hombres expertos, como Arturo Ashton y Edmundo Verney, siendo los soldados muy aguerridos y de gran valor. Estos jefes, por supuesto, se negaron á dar oídos á las intimaciones de Cromwell para que se rindieran, y sus tropas, bien conducidas y disciplinadas, se batieron con la mayor tenacidad cuando la plaza fué asaltada.

«El martes 10 del corriente – escribió Cromwell á Leuthall, presidente de la Cámara de los Comunes, en su informe sobre la batalla, – á eso de las cinco de la tarde, y después de varios combates muy empeñados, penetramos en la plaza en número de 700 ú 800 hombres, disputándonos el enemigo el terreno palmo á palmo. A decir verdad, por las ventajas de la plaza y el valor que Dios quiso dar á los defensores, nuestros soldados debieron retroceder hasta fuera de la brecha, no sin sufrir considerables pérdidas... (1).»

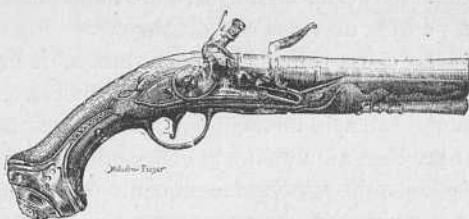
Los defensores hubieron de retroceder á su vez en confusión, á presencia de Cromwell. Imaginémos la escena: el momento era por demás crítico, y si el ataque fracasaba en aquel punto, todo se podía perder. Cromwell comprendió el peligro, y precipitándose él mismo personalmente en medio del combate, reunió sus hombres y los condujo por segunda vez al asalto. Su presencia cam-

(1) Carlyle, parte V, carta CV, pág. 52.

bió el aspecto de las cosas, y batiéndose con una furia y resolución que ningún ejército de los que entonces existían hubiera podido resistir, los puritanos rompieron las líneas de sus enemigos y les hicieron retroceder. Entonces fué cuando, embriagado por el ardor de la batalla, enloquecido al ver que sus mejores hombres yacían sin vida en torno suyo y en el paroxismo de su cólera contra aquellos «hombres malvados» que no podían dejar en paz á los buenos y habían abrazado ahora la causa de los «sanguinarios papistas» (1), dió la severa orden de pasar á cuchillo á todos cuantos fuesen encontrados en la ciudad «con las armas en la mano.»

La orden fué obedecida al pie de la letra, y por las calles de Drogheda corrió la sangre. «Creo que aquella noche, escribe Cromwell, pasaron á cuchillo unos dos mil hombres (2).

»Algunos se retiraron á una gran torre redonda, muy sólida; se les intimó á que se rindieran sin condiciones, pero se negaron á ello, y entonces se envió una fuerza para que los vigilara. Hicieron fuego desde la torre y mataron é hirieron á varios de nuestros hombres. Cuando se rindieron al fin, dióse muerte á los oficiales y se diezmó á los soldados, embarcándose á los demás para las Barbadas.»



Pistola de Cromwell

Copia del original propiedad de W. T. Stead

En la misma carta Cromwell se refiere á la matanza de este modo: «Estoy persuadido de que este es un justo juicio de Dios sobre esos míseros bárbaros que han empapado sus manos en tanta sangre inocente, y que lo hecho evitará que se derrame más en lo futuro: estas razones justifican el acto realizado y no pueden producir remordimientos ni pena.»

Estas últimas palabras se han citado á menudo por amigos y enemigos, añadiéndose que indican que el mismo Cromwell tuvo después remordimientos. Tal vez sea así; pero nos aventuramos á ponerlo en duda. Esto no era propio del carácter de Cromwell, y aunque en este caso ordenó la matanza en un momento de cólera y en «lo más recio de la pelea,» como él mismo dice, prescindiendo del sentimiento de que fuese necesaria tanta efusión de sangre, y hasta sintiendo que hubiera de derramarse la de los enemigos, nos parecería que pensó en la conveniencia de dar un «ejemplo terrible,» y que esta idea fué en él tan fuerte que no pensó en retroceder ante las consecuencias de su acción.

Sin duda obró mal y con demasiada precipitación. El horror producido por su severidad, aunque difundió el espanto en algunas partes, excitó más las iras

(1) Gardiner, *Historia de la República*, vol. I, pág. 133.

(2) Carlyle, carta CV, parte V, pág. 53.

de varios hombres de valor. Cromwell llegó á ser un monstruo á los ojos de sus enemigos, que le hicieron una guerra á muerte.

En Wexford, la segunda plaza y la última en la que se dió muerte sin cuartel á hombres vencidos, Cromwell no fué responsable de la carnicería. Acababa de escribir las condiciones para someterlas á la aprobación del gobernador de la plaza; pero antes de que el documento llegara á manos de éste las tropas penetraron en la ciudad, cuyas puertas les había abierto de improviso una mano amiga; y como los habitantes se resistieran enérgicamente, fueron muertos sin compasión. Sin embargo, aunque esto se hizo sin orden de Cromwell, y una vez comenzada la matanza nada podía contener á la soldadesca, debe notarse que el general en jefe, por el tono de su informe al Parlamento, no parece que desaprobaba aquel acto. Si se hubieran estipulado las condiciones con el gobernador, las habría respetado religiosamente, porque nunca faltó á su palabra, ora se tratara de amigos ó de enemigos; pero habiendo ocurrido el error, no sintió al parecer la pérdida de vidas que ocasionó.

La causa principal de esta dureza, que no se había manifestado antes, ni había de volver á manifestarse en lo sucesivo, se debe atribuir á la idea de que era «una sentencia merecida» por la sangre que los católicos habían derramado en 1641. Este argumento lo consignó Cromwell en la carta en que daba los detalles del sitio. «Y verdaderamente, el hecho nos ha causado honda impresión, pues no deseábamos para esta plaza tanta ruina, puesto que la ciudad podía ser útil para vosotros y el ejército; pero Dios no lo ha querido así. En su inflexible justicia, puso á los enemigos en poder de nuestros soldados, que en sus correrías se apoderaron de muchas familias, que así pagaron las crueldades ejercidas contra las personas de muchos pobres protestantes (1).»

Sin embargo, no hubo más matanzas. Todas las plazas aceptaron una tras otra las condiciones que se les impusieron y que no fueron violadas ni en un solo caso. El peor enemigo de Cromwell fué la enfermedad del país, una especie de fiebre debida sin duda á la humedad de la tierra en aquella época del año, octubre y noviembre. Perdió gran parte de sus tropas, y por lo mismo hubo de verse en grandes apuros; pero la obra quedaba terminada, y al cabo de nueve meses de mucho trabajo, de ansiedad y enfermedades, que, según se supone, fueron el principio de la que le condujo á la tumba, pudo dejar los asuntos en manos de otros hombres y volver apresuradamente á Inglaterra, donde nuevas perturbaciones amenazaban á la naciente República.

Tal fué la ardua tarea de Cromwell en Irlanda, tarea que tuvo por objeto aniquilar por la fuerza, y solamente por la fuerza, la anarquía que había reinado en el país durante una generación. Esto era bastante malo para Irlanda, pero algo peor era lo que debía venir. Cromwell sabía tan bien como cualquiera que dominar tan sólo la rebelión no era un remedio permanente, y hubo de concebir y sentar las bases de un nuevo sistema de gobierno. Solamente le ocurrió uno:

(1) Carlyle, carta CVII, parte V, pág. 69.

que los protestantes ingleses adquirieran ahora el predominio, conservándole, si era necesario, por los medios más rigurosos; que las familias puritanas inglesas se resignasen á emigrar á Irlanda, y que una vez allí tomaran tierras de los primitivos poseedores que hubieran hecho armas contra la República inglesa.

Esta era una mala política, una política desesperada, que nos ha dado el actual problema irlandés, y nadie puede decir cuándo cesarán los malos efectos de la obra de Cromwell.

Pero si, después de reconocer esto sinceramente, atribuímos á Cromwell el deseo deliberado de aniquilar á los irlandeses y exterminarlos para que desaparezcan de la faz de la tierra, cometeremos una injusticia. Cromwell no les tenía mala voluntad como raza, ni tampoco á los católicos, aunque aborrecía el catolicismo; no quería imponerles á los puritanos como dueños, sino tener á éstos en Irlanda como vecinos en quienes se podía confiar, para que vivieran en paz y amistad con los del país, y simplemente para que fueran una garantía contra las facciones perturbadas y la deslealtad al gobierno inglés.

En su contestación al manifiesto del Supremo Consejo de Kilkenny, cuerpo de nobles irlandeses y sacerdotes que le había atacado enérgicamente, demuestra esto con bastante claridad, y nótese que es un documento digno de atención. Revélase en él su completa ignorancia del pueblo con que trataba y del problema que se enunciaba á los hombres de Estado deseosos de crear un gobierno para aquel pobre país. También demuestra de una manera conveniente la rectitud de sus propias intenciones y el sincero asombro y disgusto que le causaron los pobres hombres extraviados que no pudieron ó no quisieron reconocer su absoluta buena fe y bondad de sentimientos respecto de la población irlandesa, sobre todo en asuntos religiosos.

«En cuanto al pueblo, ignoro cuáles son sus ideas religiosas; pero si se conduce leal y tranquilamente, consideraré como un deber no molestarle por causa de ellas (1).»

Respecto á las matanzas dice:

«Citadme el caso de un solo hombre que haya sido muerto sin habersele cogido con las armas en la mano, ó á quien se haya desterrado después de hallarme yo en Irlanda; decidme si no se ha hecho justicia ó, por lo menos, si no se ha tratado de hacerla.»

Por último, dirigiéndose él mismo al pueblo, le habló en estos términos:

«Y habiéndoos dicho esto, debo añadir dos palabras para *aquellos* que, teniendo haciendas y fortunas, necesitan saber en qué pueden confiar.

»Los que hicieron armas contra nosotros podrán, si se someten, presentar sus reclamaciones al Estado de Inglaterra, que sin duda tomará en consideración la naturaleza y calidad de sus actos, tratándolos con bondad.....; á los soldados que depongan las armas y quieran vivir tranquila y honradamente en sus casas, se les permitirá hacerlo así.... En cuanto á los nobles y comunes de Ir-

(1) Carlyle, parte V, pág. 113.

landa que no tomaron parte en la rebelión, serán respetados en sus bienes, libertades y vidas, así como en su comercio, su tráfico y sus fábricas.»

Sin embargo, terminó su discurso con una severa advertencia:

«Dicho esto — continuó, — y proponiéndome cumplirlo honradamente, si este pueblo persiste en su actitud hostil, dando oídos á los consejos de sus prelados, de su clero y de otros jefes, no seré responsable de la miseria, de la desolación y de la ruina que sobrevendrán, y me complaceré en ejercer la mayor severidad con los rebeldes.»

Ninguna promesa, acompañada de tales advertencias, pudo atraer á un solo irlandés fiel á su Iglesia, para quien todo cuanto tuviese forma de puritano era aborrecible, y que siempre «haría armas» en la guerra.

Cromwell no vió esto entonces; pero si hubiera permanecido en Irlanda, ¿quién podrá decir lo que habría realizado? Unico en su generación, Cromwell estaba siempre dispuesto á tomar lecciones de la experiencia, y á algunos años después su odio á los «sacerdotes y prelados» se modificó considerablemente, y se arraigó más y más su fe en toda especie de tolerancia.

Pero Cromwell no podía quedarse en Irlanda y la iniciativa de su severa política quedó en otras manos, hasta que el mismo nombre de Cromwell llegó á ser simbólico de todo cuanto es cruel, tiránico é injusto. Pero detengámonos antes de que nosotros también arrojemos nuestra piedra. Cuando nos hayamos formado idea del caos que Cromwell encontró allí, del terrible problema que le rodeaba por todas partes, de la lucha entre católicos y católicos, y entre protestantes y protestantes, y sobre todo de la necesidad de que el partido puritano predominase para la salvación de Inglaterra; cuando nos hayamos formado idea de todo esto y encontremos algún medio que hubiera sido mejor que el empleado por él para salvar la situación, entonces y sólo entonces podremos juzgar á ese hombre.

CAPITULO XXII

Cromwell volvió á Inglaterra en mayo de 1650, y en 31 de este mes llegó á Londres. Toda la población salió á recibirle: Fairfax, que aún era su jefe, le felicitó cordialmente; varios individuos del Parlamento, de todas opiniones, le presentaron sus respetos y cumplidos, y una multitud inmensa le aclamó en las calles.

Los tiempos habían cambiado para el hombre que dos años antes apenas tenía un amigo de quien pudiera fiarse. Ahora era un héroe nacional en el mundo puritano; sus menores indicaciones eran más poderosas que las órdenes del Gobierno y no se le hubiera rehusado ninguna recompensa ú honor que el Parlamento pudiese otorgar.

Pero los pensamientos de Cromwell, según costumbre, estaban fijos en otras cosas; consagró muy poco tiempo á su familia, alojada entonces en el Cockpit, en Whitehall; y después, como de todas partes llegaban noticias de carácter grave, entró de nuevo en el ejercicio de sus fatigosas funciones, cada vez más delicadas, é hizo un poderoso esfuerzo para seguir adelante y salvar la República del último y más temible peligro que debía amenazarla durante su existencia.

Muchas nubes se habían acumulado lenta, pero continuamente, en el Norte desde la triste ejecución del rey: por primera vez los caballeros y confederados en Escocia, siguiendo el ejemplo de los de Irlanda, que últimamente habían prescindido en cuanto era posible de sus diferencias, se aunaron para hacer causa común contra los regicidas. Si Carlos II hubiera tenido los principios de su padre, esto no podía haber sucedido nunca; pues ahora, como en tiempos pasados, era el presbiterianismo y no la monarquía lo que la mayor parte de la nación escocesa y sus gobernantes deseaban defender. Pero Carlos II no tenía más principio que el de la propia conservación, y después de negociaciones sin fin, viendo que por ellas no se le abría ningún camino, se rebajó vergonzosamente ante los hombres á quienes aborrecía y despreciaba, y llegó á ser «Rey confederado,» con lo cual tuvo de su parte á toda Escocia, convirtiéndola en activa enemiga de la República inglesa.

No era esto lo peor: los presbiterianos de Inglaterra, aunque no conservaban su preponderancia en el Estado, eran una gran potencia en el país y habían desaprobado muy seriamente la ejecución del rey. Si se hacía efectiva una combinación, lo cual parecía más que posible, entre los correligionarios de los dos países, la República estaba perdida.

En semejante crisis todos los hombres que creían en la tolerancia religiosa y en la tentativa de gobernar Inglaterra con un Parlamento sin rey, se volvieron hacia Cromwell, viendo en él un jefe y un firmísimo punto de apoyo en el peligro nacional.

Es un comentario curioso de los muchos volúmenes que se han escrito sobre Cromwell tratándole de redomado hipócrita y de traidor, epítetos que le aplicaron más enérgicamente que nadie los republicanos y los librepensadores, el hecho de que apenas se producía una crisis ó una perturbación de cualquier especie, peligrosa para la libertad, todos apelaran siempre á Cromwell, pidiendo protección al mismo á quien acusaban de opresor. Y no hacían esto por debilidad ó falta de valor, sino tan sólo porque instintivamente buscaban apoyo en la única fuerza que podía resguardar las libertades conquistadas á tanta costa. Hacían bien al proceder así, y Cromwell justificó plenamente su fe. El error que cometieron, y que es muy difícil perdonarles, fué imaginar, apenas pasado el peligro, que Cromwell se había elevado al poder bajo el impulso de una ambición egoísta, y que se servía de ellos ahora, como lo haría después, con el propósito de engrandecerse personalmente.

Las dificultades con que tropezaba Cromwell en el desempeño de sus deberes eran múltiples, y se podía considerar á Fairfax como la primera.

Cuando el Parlamento ordenó que se equipase un ejército y se le enviara al Norte para rechazar una invasión de Escocia, se confirió su mando á Fairfax con entera aprobación de Cromwell; pero este nombramiento era meramente una formalidad; y cuando Fairfax — como lo esperaban muchos — se retiró obedeciendo á la influencia de su esposa, que era presbiteriana, Cromwell fué propuesto inmediatamente para reemplazarle. Sin embargo, el futuro Protector no quería esto; había habido un tiempo en que atacó sin escrúpulo á sus superiores; mas ahora se mostraba tan firmemente opuesto á toda preferencia en su favor, que sus más fervientes partidarios debieron renunciar á su acción hasta que el Parlamento envió por último una comisión de cuatro individuos — Lambert, Whitelock, Harrison y el mismo Cromwell — para demostrar á Fairfax la conveniencia de que se encargase del mando. No consiguieron nada, mas no fué por culpa de Cromwell, y hasta Ludlow aseguró después que aquél había insistido tan vivamente, que no se pudo dudar que deseaba que Fairfax se pusiera al frente de la expedición.

Y en efecto, Cromwell lo deseaba por dos razones: en primer lugar, respetaba á Fairfax y confiaba en él como militar; y en segundo, su política respecto á Escocia era persuadir á aquellos soldados presbiterianos, que tan valerosamente

se habían batido al lado de sus propios regimientos en Marston Moor, que debían envainar sus espadas, rehusando todo apoyo al hipócrita Carlos, para estrechar las manos á los puritanos de la República. Cromwell pensaba que esto lo podía conseguir, más bien que él mismo, un jefe presbiteriano á la cabeza del ejército, y por eso instó á Fairfax con empeño; pero todo fué inútil. Fairfax, aunque incapaz de un pensamiento traidor respecto á la República que tanto había contribuído á establecer, había resuelto terminantemente no ayudarla más. No solamente rehusó ir á Escocia, sino que resignó su mando, acto que dejó la suerte del puritanismo en manos de los independientes.

Fairfax se retiró definitivamente el 26 de junio de 1650, y sin pérdida de un solo día, el Parlamento nombró á Cromwell capitán general y comandante en jefe de todas las fuerzas organizadas ó que se organizaran dentro de la República de Inglaterra. El 28, tal era la urgencia del caso, salió para Escocia. La concentración de las fuerzas necesarias ocupó tres semanas, y hasta el 19 de julio no estuvo en disposición de cruzar el Tweed, con un ejército de 15.000 hombres: 9.500 infantes y 5.500 caballos.

El ejército escocés, al mando de lord Leven como general, y David Leslie (el antiguo compañero de Cromwell en Marston) como teniente general, componíase de unos 26.000 hombres, según se decía. Había mucha diferencia en el número; pero el ejército inglés se componía de veteranos muy prácticos y disciplinados, y los escoceses eran una fuerza formada por bisoños.

Extraño espectáculo ofrecía aquel ejército escocés, y su condición reflejaba la confusión política del país: allí había presbiterianos nobles y muchos que no pertenecían á la secta sino de nombre, con Argyle á su cabeza. Hablaban mucho del Convenio, pero le maldecían de todo corazón y deseaban que sus condiciones perjudicasen lo menos posible al joven rey; también se contaban antiguos compañeros y amigos de Carlos I, y una considerable fuerza de caballeros partidarios del realismo y buenos soldados. Contábanse además los hombres de Iglesia y sus fieles devotos como centro del ejército, los burgueses de Escocia, que no tenían compromiso alguno respecto al Convenio y que odiaban á sus aliados caballeros poco menos de lo que aborrecían á los independientes de Cromwell. Aquella gente vigilaba de cerca al mismo Carlos, y estaba dispuesta, apenas notase la menor tentativa del joven rey para ejercer autoridad sobre las fuerzas que se batían en su nombre, á «purgar» al punto el ejército de todos los que estuviesen más dispuestos á ser leales á su persona que al presbiterianismo. En los primeros meses de la campaña se hizo eso con tal vigor, que fueron expulsados del ejército 80 oficiales y 3.000 soldados (1).

Ya se puede imaginar cuáles serían los sentimientos particulares de Carlos respecto al Comité de los Estados; pero era hombre poco escrupuloso y vividor. Los partidarios del Convenio se podían considerar como dueños de la situación, y cualesquiera que fuesen sus ideas ó pensamientos, les permitió que le llevaran

(1) Balfour, IV, pág. 89.

donde quisieran. Sin embargo, los presbiterianos no tenían poco que hacer. Cromwell, prescindiendo de sus proezas militares, era un enemigo muy peligroso: su celo religioso, su maravillosa paciencia, su golpe de vista en las más intrincadas crisis políticas y su íntimo conocimiento de la naturaleza y preocupaciones de la soldadesca escocesa, le enseñaban con la mayor precisión á qué argumentos y actos debía apelar para dominarla.

Apenas cruzó las fronteras, publicó manifiestos para el clero y el pueblo de Escocia, procurando demostrar con el lenguaje más persuasivo que la verdadera pacificación del pueblo y el establecimiento de la religión no se realizarían á menos de arreglar sus diferencias los escoceses y los puritanos ingleses expulsando á Carlos Estuardo y sus caballeros. Cromwell hacía notar, sobre todo, su repugnancia á luchar contra ningún «servidor sincero de Dios.»

Estos llamamientos no produjeron efecto al principio. El clero, desde lo que consideraban como el inexpugnable castillo de Edimburgo, dió una contestación en tono de burla, calificando á los ingleses de «ejército de sectarios y blasfemadores;» mientras que Leslie, como verdadero soldado y nada más, consideró aquellos manifiestos como pura palabrería que tenía por objeto echarle polvo en los ojos y evitar que estuviese alerta. Por lo tanto, se mantuvo á la defensiva, y confiando en el valor de sus soldados y en su facilidad para obtener víveres, esperó con calma á la caballería inglesa.

Cromwell, rechazado por el pronto, comenzó á practicar una serie de maniobras para atraer á su adversario fuera de su posición en las alturas de Edimburgo y provocar una batalla. Entretanto escribió más proclamas como réplica á las contestaciones que había recibido. Esos documentos no son notables por su lógica, ni tampoco se distinguen por su estilo literario; pero, como todos los escritos de Cromwell, son interesantes por la profundidad de sus convicciones: revelan el alma del hombre y dan clara idea de su actitud, así en la parte religiosa como política del problema que le presentaba Escocia. La contestación de los ministros al primer manifiesto demostraba que las palabras de Cromwell habían inspirado profundo desprecio. El 3 de agosto escribió (1):

«Os empeñáis en juzgarnos en las cosas de nuestro Dios, aunque no nos conocéis y aunque en lo que os hemos dicho, en lo que se titula la Declaración del ejército, hablábamos con el corazón, como en presencia del Señor, que nos ha probado. Y por vuestras duras y sutiles palabras habéis hecho daño á los que son muy mirados en asuntos de conciencia, porque cada cual ha de dar cuenta de sus actos á Dios. Algunos os han seguido ya, y otros van por el camino por donde les conducís, mucho lo tememos, á su ruina.

»Y no es maravilla que nos tratéis de tal modo si os lo dicta así vuestro corazón, ocultando á los vuestros los escritos que os envié, por los cuales podrían comprender cuánto afecto les profesamos, particularmente á los que temen al Señor. Enviadnos vuestros papeles, tantos como queráis, y aquí tendrán libre

(1) Carlyle, parte VI, pág. 167.

curso, porque no los temo: cuanto haya en ellos de Dios, será bien recibido.»

Y añade muy tranquilamente: «No nos inspira temor... vuestro número... Hemos dado... algunas pruebas de que tal sentimiento no prevalece entre nosotros.»

Después dice como en tono de súplica: «En nombre de Jesucristo, pensad que es posible que os engañéis...; es posible que haya una plenitud espiritual



Oliverio Cromwell

Copia del cuadro de Roberto Walker, que se conserva en la colección del conde de Spencer

que el mundo podría llamar embriaguez (alude á la adhesión de sus contrarios al estricto presbiterianismo); puede haber una confianza carnal en preceptos mal comprendidos y mal aplicados; puede haber un *pacto* con la Muerte y el Infierno.

»No quiero decir que le hayáis hecho – continúa diciendo; – pero juzgad si tales cosas pueden tener un fin político; ved si evitarán una calamidad y la realización de intereses mundanos. Y si os habéis confederado con hombres perversos y carnales (los caballeros), y los respetáis..., ¿puede ser éste un Convenio de Dios? ¡Pensad lo que hacéis!»

El caso era importante, y los argumentos poderosos. ¿Cómo era posible que



la «verdadera religión» y la «causa de hombres piadosos» se pudiera llevar á buen fin si se luchaba en favor de un joven rey, evidentemente poco religioso, de muy escasa capacidad, que se había sometido al Convenio porque necesitaba auxilio, pero que, una vez en el trono de Inglaterra, lo arrollaría todo, enviando más que de prisa á la frontera á cuantos le habían ayudado?

El gobierno escocés, sin embargo, había ido demasiado lejos para retroceder, y ningún prelado escocés permitiría que se diera la razón á un «sectario y blasfemador;» de manera que los resultados inmediatos de los escritos de Cromwell se redujeron á que recayeran sobre él toda especie de recriminaciones. Entretanto, David Leslie «permanecía firme junto á sus cañones.»

Los asuntos comenzaron á tomar pronto muy mal aspecto para el ejército inglés: no se encontraban víveres en ninguna parte, pues Leslie había tenido muy buen cuidado de apoderarse de todo anticipadamente, de tal manera que los pobres habitantes se hallaban por este concepto más apurados que los ingleses, que recibían provisiones de sus buques, tanto que Cromwell pudo repartir al pueblo trigo por valor de 240 libras esterlinas. Este fué un acto bondadoso y político á la vez, para demostrar que no había venido con el objeto de oprimir á la nación escocesa ni hacerla daño.

Durante todo el mes de agosto, Cromwell, que se hallaba en las colinas de Pentland, continuó tratando de inducir á Leslie á batirse, pero sin resultado. Al fin, viendo que sus soldados comenzaban á morir rápidamente por efecto de la disentería y á causa del rigor del clima, pues el invierno era muy frío, se retiró muy poco á poco á Dunbar, en la costa, donde se podía fortificar, tomando cuarteles de invierno cerca de la flota que le abastecería de víveres.

Su situación era casi desesperada; cada día aumentaba el número de enfermos; y entretanto el enemigo, gracias á la excelente estrategia de Leslie, estaba siempre preparado. El jefe escocés, al ver que los ingleses se retiraban á Dunbar, los siguió silenciosa y rápidamente para bloquear todos los pasos que conducían á Inglaterra; de modo que Cromwell parecía haber quedado cogido en una trampa. Ciertamente allí estaban los barcos; pero, en primer lugar, el ejército no hubiera podido trasladarse á bordo, y en segundo, cuando entrase de lleno el invierno, no siempre sería posible desembarcar víveres. Además, si en este caso extremo se diese una batalla, la diferencia en el número era ahora mucho mayor que al principio. Según el cálculo más bajo, después de purgar el ejército de la gente que se creía perjudicial, las fuerzas de Leslie ascendían á 20.000 hombres, mientras que Cromwell no contaba más que con 10.500. Los escoceses, pues, estaban muy confiados y en excelente situación de ánimo para batirse, al paso que en los ingleses predominaba el desaliento, sin contar que estaban debilitados por las enfermedades y la mala alimentación. Sabían que tenían cortada su retirada á Inglaterra y confiaban poco en la fuerza de sus barcos para ayudarles.

En tales circunstancias es cuando se puede apreciar el carácter del hombre

que es responsable de la crisis, y sobre el cual recaerán la desgracia y la miseria en el caso de una derrota ó un desastre.

El estado de ánimo de Cromwell en aquella crítica situación se pinta vivamente en su carta á Sir Arthur Haselrig, gobernador de Newcastle. Fué escrita en 2 de septiembre, víspera de la batalla de Dunbar, y no necesita comentarios: la fortaleza, la fe en Dios, la confianza en sí mismo y la seguridad de que todos contribuirían en lo posible al mejor éxito, junto con las advertencias y los consejos que se leen al fin de la carta, dicen lo bastante para formar juicio de Cromwell.

«Estamos en una situación muy comprometida: el enemigo ha bloqueado el paso del sendero de Coppers, por el cual no podemos salir á menos de realizarse un milagro, pues se halla tan dominado por las colinas, que sería muy difícil franquearle; y por otra parte, permaneciendo aquí, perdemos muchos hombres por las enfermedades..... Pero Dios, en su sabiduría, sabe lo que es mejor y todos trabajarán por él. Aunque nos hallemos en esta situación, confiamos mucho en el Todopoderoso, de cuya protección hemos tenido ya muchas pruebas.....

»Procurad reunir cuantas fuerzas sea posible, y avisad á los amigos del Sur para que ayuden. Que sepa H. Vane lo que escribo; yo no lo hago público por temor de que ocurra un peligro. Ya sabéis qué uso se debe hacer de esto. Enviadme noticias.

»Soy vuestro servidor

»OLIVERIO CROMWELL (1).»

Pocas horas después de haber escrito esta carta, Cromwell observó el famoso movimiento de Leslie, que descendía por la colina de Doon hacia la llanura, lo cual le hizo comprender que al fin los escoceses iban á presentarle la batalla. Es probable que diese gracias á Dios en el fondo de su corazón, si no en voz alta, como la tradición refiere; no sabía lo mal disciplinados que estaban los escoceses, pero tenía completa confianza en sus soldados.

Lo que siguió fué lo que debe suceder siempre cuando un gran capitán, el más notable que existía entonces en cuanto á táctica militar, y unas tropas con las que puede contarse, se encuentran ante un enemigo que tan sólo tiene el valor natural y la fuerza del número.

Los escoceses se batieron bien y valerosamente aquel día en favor del Convenio que les había conducido á la muerte. Pero la caballería de Lambert atacándoles de frente, y Cromwell de flanco con tres regimientos escogidos de infantería y un escuadrón, cargando como solamente la gente de Cromwell, conducida por éste, sabía hacerlo, aseguraron la victoria. La caballería escocesa, que dirigía el ataque, retrocedió después de un rudo combate, dispersándose y desbaratando á su paso á la infantería que avanzaba para prestarle apoyo, y con esto el enemigo perdió toda esperanza de reponerse.

(1) Carlyle, parte VI, carta CXXXIX, pág. 179.

Tres mil hombres quedaron en el campo de batalla, diez mil entregaron las armas, obteniendo cuartel, y los demás, con Leslie á la cabeza, huyeron. El ejército escocés quedó aniquilado.

La batalla de Dunbar terminó la lucha entre el puritanismo inglés y el presbiterianismo escocés, que había tomado la defensa de Carlos para sus propios fines. Y aun cuando los trabajos de Cromwell no habían concluído todavía y se hacía precisa otra campaña, de todos modos los partidarios del Convenio no volvieron á levantar cabeza.

Fué aquel un acontecimiento notable, y grande fué también el regocijo del Parlamento inglés, bajo cuya autoridad había combatido Cromwell; pero nos podríamos preguntar si algún individuo de la digna Cámara, al oír la lectura de la carta en que se detallaba el combate, tomó nota de algunas palabras que, á la luz de los futuros acontecimientos, encerraban un significativo consejo de Cromwell.

«Os rogamos que respetéis al pueblo cada día más..., que renunciéis á vosotros mismos, pero reclaméis vuestra autoridad y la utilicéis para humillar á los insolentes que pueden perturbar la tranquilidad de Inglaterra, aunque sólo sea con pretensiones especiosas. Aliviad á los oprimidos; escuchad las quejas de los pobres prisioneros en Inglaterra; reformad los abusos de todas las profesiones, y si hay alguno que empobrece á muchos para que unos pocos sean ricos, considerad que esto no conviene á la República (1)»

Los abusos no se reformaron; los pocos se enriquecieron más, y los muchos llegaron á ser más pobres. Los dignos individuos de la Cámara de los Comunes eran «hombres de una pobre raza.»

(1) Carlyle, parte VI, pág 193

CAPITULO XXIII

Se ha dicho que el llamamiento y el manifiesto de Cromwell al ejército escocés no produjeron inmediato efecto. Sin embargo, no habían resultado inútiles; pero se necesitaba la derrota de Dunbar para que sus argumentos fuesen bien conocidos.

Después de aquella batalla, todos los escoceses, hasta los más graves é inflexibles, comprendieron en su interior que era preciso optar por una de esas dos soluciones: deponer las armas y pactar las mejores condiciones posibles con los puritanos ingleses, ó admitir en las filas, no solamente á los hombres á quienes se había expulsado, sino á cuantos pudiesen tomar las armas y quisieran servir como voluntarios. Este último medio fué rehusado por los más celosos partidarios del Convenio, y hasta hubo quien dijo, con la mano en la empuñadura de su espada: «Antes me juntaría con Cromwell que con esa gente.» Aunque semejante sentimiento no encontró eco en la mayoría de los escoceses, produjo impresión en muchos de los más aguerridos soldados y apresuró la inevitable caída del estandarte de los defensores del Convenio, preparando el camino para que predominase el carácter puramente realista del movimiento que había de causar su pérdida completa.

En favor de este cambio en el ejército escocés Carlos y Cromwell trabajaron activamente, cada cual con sus propios fines.

Carlos vió en semejante cambio el único camino para llegar á ser rey algo más que de nombre y librarse del intolerable yugo de los presbiterianos.

Cromwell confiaba que en Escocia los «piadosos» perderían gradualmente el interés y la fe en una causa que para los más debía tender evidentemente á satisfacer bienes «mundanales» y que, aun en el caso de obtener un buen éxito, colocaría al clero escocés y al presbiterianismo en una posición mucho peor que bajo el régimen puritano; mientras que, conociendo cuáles eran los sentimientos de Inglaterra, estaba convencido de que Carlos, sin el apoyo del presbiterianismo, no tendría allí ningún partido digno de este nombre.

Carlos y Cromwell tenían razón, y ambos á la vez estaban en un error: el primero debía saber que el Comité de los Estados se componía de hombres á quienes no intimidaba una derrota, aunque fuese como la de Dunbar, y que



para el logro de sus fines aceptaría una humillación aún mayor que la que ya había sufrido; mientras que Cromwell no calculó bien, como le había sucedido en Irlanda, la fuerza y el fervor del orgullo nacional escocés, ni las preocupaciones que había contra él como «sectario.» Si hubiera sido escocés, el clero se habría visto abandonado de sus mejores hombres; si hubiera sido presbiteriano, los mismos preladados podían haber renunciado á su alianza con Carlos; pero Cromwell era inglés é independiente.

Los esfuerzos de aquellos dos hombres para mejorar sus posiciones dieron origen á los principales incidentes de la campaña escocesa durante los primeros seis meses que siguieron á la jornada de Dunbar.

Apenas Carlos tuvo noticia del resultado de aquella batalla, que, según se dice, le produjo el mayor regocijo, se puso en comunicación con sus partidarios realistas en la Alta Escocia, y viendo que el clero seguía oponiéndose — un mes después de la derrota — á que se admitiese á los «malignos» en las filas del ejército, intentó un golpe para obtener su entera libertad de acción. Marchó de pronto á dicho país, é hizo un llamamiento á todos los escoceses leales, confederados ó no, para que se reuniesen alrededor de su bandera. Su plan podía haber tenido buen éxito; pero, desgraciadamente para él, se lo comunicó á Buckingham, y éste le hizo traición muy pronto, revelándose al Comité de los Estados. Esto tuvo por consecuencia que se adoptaran disposiciones para retirar hasta de su acompañamiento personal á todos aquellos individuos á quienes se consideró como consejeros dudosos. Aguijoneado así por la severidad de las restricciones á su libertad y por el insulto que se hacía á sus amigos, Carlos huyó á caballo, acompañado tan sólo de uno ó dos servidores, para reunirse con sus partidarios en las montañas más allá de Perth; pero no pudo llegar hasta allí. La primera jornada de su viaje agotó sus fuerzas físicas, y cuando fué alcanzado, al día siguiente, consintió en volver á ocupar su primera posición. Aún hizo más: para recobrar el favor de los ministros, declaró que «le habían extrañado los malos consejos...» y... que esperaba de Dios que esto serviría de eterna lección. Más tarde, cuando el Parlamento escocés se reunió en Perth, el 27 de noviembre, reiteró con frases más fervientes que nunca su creencia en el favor del Todopoderoso respecto á él como rey confederado.

Entretanto la organización de las fuerzas escocesas cambiaba gradualmente. Un partido nacional substituía al partido clerical en el Parlamento escocés, y marcábase cada vez más la tendencia á aceptar todos los ofrecimientos de auxilio sin entrar en averiguaciones sobre las creencias ú opiniones políticas de los hombres que los hicieran. En vano el partido clerical gritó y protestó contra los «malignos» en todos los tonos y formas; mas no consiguió nada porque el elemento laico en la sociedad escocesa se emancipaba poco á poco, pero con seguridad, del dominio clerical que tan largo tiempo había sufrido.

En los últimos días del año, Carlos, convencido ya de que la hipocresía era después de todo la única política que debía observar en aquellas circunstancias,

apuró hasta las heces la copa de la humillación en que había bebido desde su llegada á Escocia, declarando públicamente que reconocía sus propios pecados, los de su padre y de su abuelo por haber abjurado de la verdadera fe presbiteriana.

Con esta concesión logró el clero, siquiera fuese en apariencia, lo que deseaba, y en 1.º de enero Carlos fué coronado en Escocia con gran pompa y ceremonia; y tan bien llevó Su Majestad la falsedad hasta el fin, que á los ojos de los ministros «se condujo devotamente, tanto que nadie dudó de su sinceridad.» Era de temer que ya el más sincero confederado aliviaba su conciencia creyendo en un aparente convenio con Carlos, y no quería reconocer la verdad de los argumentos de Cromwell. Se había ido demasiado lejos para retroceder.



Sellos de uso particular de Oliverio Cromwell (tamaño natural)

De este modo, Carlos consiguió dominar la «alianza» de los hombres de Escocia. En cuanto á Cromwell, antes de comenzar una activa campaña contra lo que ahora podemos llamar el ejército realista, se consagró á la inútil tarea de exhortar al partido clerical escocés á reconocer que había cometido un error al aceptar á Carlos Estuardo en su seno, haciendo causa común con él contra los puritanos ingleses. Sus cartas no tuvieron ningún valor para obtener el menor resultado práctico; pero son demasiado características para que las pasemos por alto, y nos dan á conocer las opiniones personales de Cromwell respecto á la autoridad y prerrogativas de los ministros del altar, lo cual nos parece en extremo interesante.

El 9 de septiembre, seis días después de la batalla de Dunbar, hallándose Cromwell en Edimburgo y los sacerdotes resguardados en el castillo, envió al gobernador de éste un mensaje por conducto de su comisario general, Whalley, diciendo que el domingo «podrían los prelados predicar en sus iglesias con entera libertad y sin ningún temor, si querían tomarse la molestia de hacerlo (1).»

Los sacerdotes rehusaron bajo el pretexto de que no se ofrecía suficiente seguridad á sus personas, é indicaron que ellos eran el principal objeto de la invasión.

En el mismo día, Cromwell envió una pertinente respuesta al gobernador, diciendo:

«El ofrecimiento que se hizo á los sacerdotes por vuestro conducto fué sin-

(1) Carlyle, parte VI, pág. 204.

cero, creyéndose que sería bien recibido. Me complacerá que les digáis que, si tuvieran en algo el servicio de su Señor, la idea del sufrimiento no les dictaría semejante contestación...

»A ningún hombre se le ha molestado en Inglaterra ni en Irlanda por predicar el Evangelio, ni tampoco á ningún sacerdote en Escocia desde que el ejército se presentó en este país. ¡Predicar la verdad sienta bien á los ministros del Señor (1)!»

En otra carta los prelados aseguran que ha habido persecuciones contra el clero; pero no las especifican. Cromwell toma la pluma de nuevo y ataca atrevidamente á los presbiterianos «que presumen ser los intérpretes infalibles del Convenio.»

Está en su terreno familiar, y su lenguaje y argumentos son puramente *cromwellianos*.

«¿Dónde encontraréis en la Escritura algo que confirme el aserto de que la predicación es exclusivamente propia de vuestras funciones (2)?»

»La ordenación es un acto de conveniencia respecto al orden; pero no una necesidad para que el sacerdote pueda predicar el Evangelio. Vuestro pretendido temor, á menos de que en él haya algo de error, es comparable con el de un hombre que quisiera tener todo el vino fuera del país para que nadie se emborrachase. Sería una injusticia y un celo desacertado privar al hombre de su libertad natural bajo la suposición de que puede abusar de ella. Si realmente abusa, juzgadle... Cerradle la boca con buenas razones que no se puedan refutar; si blasfema ó dice cosas que puedan perturbar la paz pública, que le castigue el magistrado; y si habla la verdad, regocijaos en ella...

»Para concluir (se refiere á la batalla de Dunbar, con su característico estilo), podríamos desear que la ceguedad no hubiera cerrado vuestros ojos ante todas esas maravillosas dispensaciones con que Dios ha favorecido últimamente á Inglaterra. ¿No deberíais, y nosotros también, temer y temblar pensando en la mano del Altísimo y en su poderosa intervención, en vez de calificar eso de *acontecimiento*? ¿No renacían vuestras esperanzas de vez en cuando, y también las nuestras, mientras aguardábamos para ver cómo respondería Dios á nuestras súplicas? Y después de tantas oraciones, de tantos ayunos y lágrimas, de tantas esperanzas y ruegos, ¿llamaremos á todas esas cosas simples acontecimientos? — ¡El Señor os compadezca!»

El fin de esta carta es una serie de preguntas á las que los prelados rehusan contestar, y á la verdad sería muy difícil hacerlo á una sola de ellas.

«Si vuestra Reforma es tan perfecta y espiritual, si es el reino de Jesús, ¿dónde están vuestra sana política y vuestra sinceridad? ¿Cómo pretendéis protestar contra los «malinos,» siendo así que admitís al jefe de ellos y le eleváis, invocando el nombre de Jesucristo? ¿Cómo osáis publicar un documento falso

(1) Carlyle, parte VI, pág. 205.

(2) Carlyle, parte VI, pág. 211.

(se refiere á la declaración de Carlos contra los pecados de su padre), que extravía la opinión de todos los hombres piadosos en Inglaterra, en Irlanda y Escocia? ¿No os dicen vuestras conciencias que aquel acto fué del todo contrario á su voluntad, que se le obligó á consentir en él con importunidades y amenazas, y que aun hoy día se lamenta de ello? ¿Y no es una provocación apartarse así de la ley de Dios y de su pueblo?» Esta fué la última palabra de Cromwell á los presbiterianos. Poco después, habiendo proclamado «á son de trompeta y redoble de tambor» á todos los habitantes de Leith y de Edimburgo que todos aquellos que no hicieran armas serían protegidos en el ejercicio de sus acostumbradas ocupaciones, marchó hacia el Norte para ver si podría desalojar á Carlos de Stirling. Encontró al ejército escocés en una posición demasiado fuerte, y á Leslie resuelto á no batirse en la llanura; y como ya cerraba el invierno, volvió á Edimburgo, donde hizo sus preparativos para tomar el castillo. En diciembre tenía montadas sus baterías para el bombardeo, en vista de lo cual y después de algunas negociaciones la guarnición capituló en condiciones favorables para ella.

En la primavera, la salud de Cromwell comenzó á decaer. Cansado del excesivo trabajo, resentido del rigor del clima, y probablemente de lo que padeció antes de Dunbar, su constitución se resentía seriamente de los últimos diez laboriosos años de constante esfuerzo mental y de rudas campañas.

«Te aseguro — escribió á su esposa después de Dunbar — que me estoy haciendo muy viejo, y que los achaques de la edad ya me agobian.»

Verdaderamente debía tener una constitución de hierro para haber sufrido tanto. Las campañas activas de cualquiera especie, cuando se comienzan á los cuarenta años de edad, exigen un poderoso esfuerzo; pero la del siglo XVII, durante aquella guerra, fué peor de lo que puede hoy imaginarse, particularmente para un hombre cuyos pensamientos estaban siempre fijos en los asuntos del momento más bien que en ninguna comodidad de la vida. A esto debe agregarse la gran sencillez de su vida ordinaria y la rudeza de la existencia de un caballero campesino en aquella época. Cromwell no se quejó nunca de sus fatigas, y rara vez hizo mención de ellas en sus cartas.

En marzo, después de inspirar mucha ansiedad á sus amigos, se restableció, pero tuvo una ó dos recaídas antes de llegar al verano.

Ahora era más que nunca un héroe en su país. El Parlamento mandó acuñar una medalla conmemorativa de Dunbar, con la «efigie» de Cromwell en una de sus caras; pero se hizo contra la voluntad de éste.

«Os aseguro que estaré muy agradecido — dijo — si no se pone mi efigie en la medalla.»

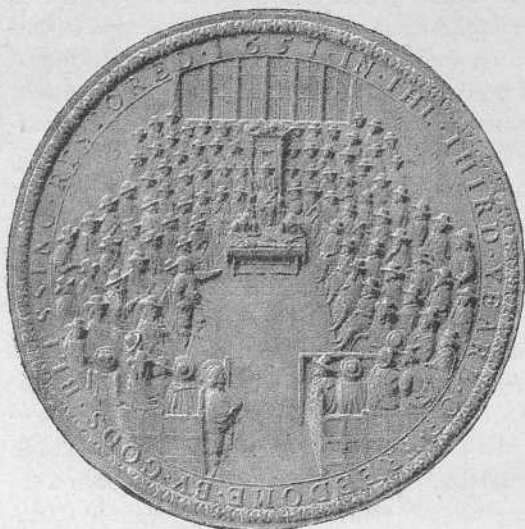
Esto no le fué concedido.

También se le hizo el honor de elegirle para la cancillería de la Universidad de Oxford, distinción que aceptó con agradecimiento, aunque con mucha modestia.

«Confieso que erais dueños de elegir...; pero permitidme advertiros (por más que lo haga tarde) que no soy propio para llenar los deberes de tan importante servicio (1).

»El honor de semejante cargo es tal, que cometería un desaire á vuestro favor y vuestra libertad de elegirme, si por pretendida modestia discutiera la aceptación del mismo; mas espero que no se me hará responsable si no puedo servirlos en la medida que deseo.»

En abril, apenas Cromwell estuvo bastante bien para montar á caballo, co-



Medalla distribuída entre los oficiales y soldados que tomaron parte en la batalla de Dunbar

comenzó de nuevo la campaña del Norte. No dió gran resultado hasta julio, mes en que ocurrió un encuentro entre Lambert, con tres regimientos de caballería y otros tantos de infantería, contra nueve regimientos de realistas al mando de Sir John Browne. Los puritanos obtuvieron la victoria, y Cromwell, muy ocupado con el proyecto de obtener un resultado decisivo, marchó hacia el Norte de Stirling con todo su ejército é impidió el envío de víveres y municiones á Carlos desde la Alta Escocia. De este modo se alejaron todos los obstáculos que entonces se oponían para una marcha del ejército real en dirección al Sur. El camino de Inglaterra estaba abierto.

Por este tiempo, es decir, á fines de julio, había cesado la desunión entre los «malignos» y los partidarios del Convenio. Los primeros y los presbiterianos, los montañeses con sus arcos y flechas y los mosqueteros de la Baja Escocia, se unieron todos, animados del espíritu nacional, y comprometieron á elevar á Carlos á todo evento al trono de Inglaterra. Este fué un convenio impío, hecho, no ante una invasión extranjera — como el clero escocés supuso, — sino por su propia mezquina y estrecha política de adherirse con su Convenio al partido de un rey hipócrita. Si hubieran despreciado á Carlos, Cromwell habría dejado á Escocia prácticamente autónoma; y la soldadesca independiente no hubiera puesto nunca el pie sobre el cuello de los orgullosos presbiterianos.

El objeto de Cromwell consistía en evitar en lo posible la conquista de Escocia; pero de todos modos, en su propia defensa, debía extirpar de allí el rea-

(1) Carlyle, parte VI, carta CLXVI, pág 257.

lismo. El país quiso sostener á Carlos, á pesar de las advertencias que se le hicieron, y por lo tanto, debía atenerse á las consecuencias.

El 2 de agosto, la ciudad de Perth, que Cromwell sitiaba, se rindió. Antes de esto, había oído asegurar que Carlos, jugando su última carta «para ganarlo ó perderlo todo,» había salido de Stirling y marchaba directamente sobre Inglaterra. Cromwell hizo entonces cuidadosamente todos sus preparativos para dejar guarnición en Perth y marchó hacia el Sur en seguimiento de los realistas.

Hubo un tiempo en que se acostumbraba á creer que Carlos fué bastante hábil para burlar á Cromwell, pero ahora sabemos mejor á qué atenernos sobre este particular. Cromwell fué, por el contrario, quien deliberadamente ofreció á Carlos una oportunidad para emprender la marcha en aquella dirección (1). «Ciertamente — escribía el 4 de agosto al presidente de la Cámara de los Comunes, — nuestro consuelo es haber procedido del mejor modo que se podía, sabiendo que si no se dejaba alguna salida para este asunto, ocasionaría otra guerra civil.... Es dado suponer que podíamos haber cortado el paso al enemigo, situándonos entre él é Inglaterra. Verdaderamente, creo que era fácil; pero no veo claro cómo habríamos podido alejarle de este lugar sin hacer lo que hemos hecho, á no haber tenido un ejército dominando en ambas orillas de río Forth.»

Faltaba saber ahora si Cromwell tenía razón, ó si, como Carlos esperaba confiadamente, sería éste recibido con los brazos abiertos por una población cansada de los adustos puritanos y dispuesta á morir por el hijo del «mártir» asesinado.

El resultado no se hizo esperar mucho. Cuanto más avanzaba Carlos, más difícil era su posición. Se detuvo en las casas de sus partidarios, y esto ofendió mucho á los presbiterianos; suscitáronse envidias de toda especie; y además, su ejército escocés fué tratado como una fuerza extranjera y odiada como tal.

Los elogios á la Restauración, y el sentimiento de horror á los regicidas, que aún hoy día subsisten y que algunos quisieran hacernos creer que animaron á la nación inglesa durante algunos años después del «asesinato,» se prestan á



El gran sello de Inglaterra, 1651

(1) Carlyle, parte VI, carta CLXXX, pág. 285

tristes comentarios si se tiene en cuenta que cuando el ejército real entró en Worcester, el 22 de agosto de 1651, los refuerzos que recibió se redujeron á unos pocos centenares de hombres.

Es cosa bien sabida que el sentido común de la nación inglesa se inclinaba en favor de los puritanos, y que la previsión de Cromwell y la prontitud con que el Parlamento atendió á sus indicaciones fueron tales, que aunque el ejército escocés hubiera estado á las órdenes de un hombre mejor que Carlos, habría resultado siempre muy inferior al de sus adversarios.

Carlos se quedó en Worcester, esperando que sobreviniese algún incidente en su favor.

El 27 de agosto, Cromwell llegó á Evesham á la cabeza de 28.000 hombres, y procedió metódicamente á cercar al enemigo – en número de 16.000 soldados, – de tal modo que le fuera imposible escapar.

La batalla que se trabó el 3 de septiembre fué desesperada y sangrienta. Los escoceses se batieron con heroico valor, y Carlos dió una carga brillante á la cabeza de su caballería; pero ante los numerosos enemigos, mandados por Cromwell, no hubo ni podía haber más que una derrota, y al terminar el día, todos los realistas hubieran muerto probablemente si Cromwell, con riesgo de su persona, no se hubiera adelantado hasta las líneas enemigas para ofrecer cuartel.

La batalla de Worcester puso término á la guerra. El estandarte real levantado en Nottingham nueve años antes yacía en el polvo por última vez, y el puritanismo había alcanzado su triunfo final.

La ejecución de Carlos I mató la monarquía absoluta en Inglaterra. Después de Worcester no debió temerse ya ninguna invasión extranjera, y los enemigos de la República quedaban aniquilados. Faltaba ver ahora cómo serían tratados los vencedores por el Parlamento, en cuyo nombre Cromwell había alcanzado su más decisiva victoria.

CAPITULO XXIV

La batalla de Worcester terminó un importante capítulo en la vida de Cromwell; fué la última en que tomó parte; su carrera militar había concluído.

¿Cuál debía ser en adelante su situación dentro del gobierno de la República?

Algunos de los más hábiles hombres del Parlamento se hicieron sin duda esta pregunta con no poca ansiedad. Figuraba no solamente como primer soldado de la causa puritana, sino como único individuo del Parlamento que había insistido enérgicamente para que la Cámara de los Comunes introdujera reformas, observando una política activa en la completa organización del país.

Lo había indicado así claramente en su carta escrita después de Dunbar, así como en varios discursos pronunciados antes de la segunda guerra civil; y ahora, en la que dirigió al Presidente desde Worcester expuso sus opiniones desde un nuevo punto de vista y más enérgicamente que nunca. He aquí un párrafo de dicha carta (1):

«Humildemente pido que todos los pensamientos tiendan á ensalzar al Señor, á quien debemos la salvación, esperando que sus continuas mercedes no produzcan orgullo y depravación, y que el temor á Dios se mantenga en la autoridad y en el pueblo, para que prosperen y sean bendecidos. De Vuestra Señoría deben emanar la justicia, la rectitud y la verdad, en agradecimiento al Todopoderoso.»

Cromwell esperaba que se manifestasen estas cualidades en el gobierno del puritanísimo inglés. En este caso, sería su más fiel y leal servidor; pero de lo contrario...

Los más entusiastas admiradores del Parlamento Largo, como se le llamó en 1651, no pueden decir en su favor sino que sus jefes, fueran cuales fuesen sus faltas, estaban animados del deseo de hacer cuanto fuese posible en interés de la República.

Por desgracia, la reputación de un Parlamento no depende de los que al frente de él figuran y como la mayoría de los individuos, después de la jornada de Worcester, se ocuparon afanosamente en acaparar los despojos de los realis-

(1) Carlyle, parte VI, pág. 296.



tas vencidos, el deseo de elevarse al poder predominó naturalmente en todos sobre los demás pensamientos. Esta circunstancia ocasionó una colisión fatal entre ellos y Cromwell, que siendo conservador respecto á toda autoridad debidamente constituida, no quiso reconocer como tal á ninguna corporación que deliberadamente perjudicase al Estado ó al pueblo para favorecer sus intereses particulares. No fué la «ambición» de Cromwell, sino la «corrupción» de los partidos lo que produjo su ruina.

Ahora, y por muchos meses, aunque la legislación doméstica por parte del Parlamento, ó la falta de ella, no dejaron nunca de preocupar á Cromwell y á los oficiales del ejército, todas sus energías se dedicaron á los asuntos extranjeros.

En julio de 1652, después de inútiles negociaciones, se declaró la guerra entre Inglaterra y Holanda. No nos corresponde decir aquí de parte de quién estaba la razón y el derecho; pero hay motivos para creer que Inglaterra, á quien costó muy cara esta lucha, mereció más censuras que su adversaria.

Cromwell desaprobó enérgicamente aquella guerra, en parte porque los holandeses eran protestantes, y aunque estuvo dominado temporalmente, ayudó con todas sus fuerzas para poner término á ella apenas llegó á un período en que la paz era posible. Estando ya la cuestión en vías de arreglo, comenzó á concentrar todo su pensamiento en los asuntos de su país.

A los ojos de la nación y de todo el ejército hacíanse necesarias las reformas de todas clases; pero la que se consideraba como la más urgente era la del Parlamento.

Los individuos de la actual Cámara de los Comunes habían ocupado su puesto once años; no representaban á nadie más que á sí propios, y en su mayor parte habían dejado de ocuparse casi de los asuntos de la nación.

Aunque los mejores de ellos estaban inquietos y comprendían que algo debía hacerse, mostrándose hasta dispuestos á reconocer que la actual Cámara, compuesta de menos de doscientos individuos, no representaba debidamente al país, cuando se presentó una proposición para que dimitieran sus cargos á fin de proceder á nuevas elecciones, se retrajeron, y haciendo causa común con los que eran egoístas y viciosos, opusieron á toda reforma. Dicha proposición, sin embargo, por desagradable que fuese para algunos, había sido presentada por hombres que no estaban dispuestos á que se rechazase.

Los oficiales del ejército habían patrocinado la causa del pueblo, así de los realistas oprimidos como de los puritanos descontentos, y en el verano de 1652 comenzó un atrevido y enérgico ataque contra el Parlamento. En un principio, Cromwell no tomó cartas en el asunto aunque dejó comprender claramente que simpatizaba con el principal objeto de la campaña, es decir, con que se convocara un nuevo Parlamento. Hasta aconsejó á varios oficiales que moderasen su impaciencia y su lenguaje; pero al mismo tiempo hizo todo lo posible para inducir á los individuos del Parlamento á reconocer la falsa y peligrosa posición en

que se hallaban. En realidad, Cromwell procedió como mediador entre los más avanzados de ambos partidos, como lo había hecho en otras ocasiones, y se valió de toda su influencia y de su fuerza para reconciliar los intereses que estaban en pugna, conducta que le valió perder otra vez su reputación y su popularidad. Se dirigió á un partido primero, y después al otro, y pidió á cada cual que presentase un plan factible que, poniendo término á las actuales diferencias, permitiera en lo porvenir un desarrollo gradual, preparando el camino para un arreglo permanente. Cuando vió que no obtenía ninguna contestación satisfactoria, rehusó prestar su apoyo á ningún partido, y entonces todos opinaron que había cometido una falta. La mediación de Cromwell no obtuvo éxito porque ningún poder de la tierra podía reconciliar á las tres facciones en que se habían dividido los hombres de la República. La primera de ellas era el Parlamento: los jefes, con su fidelidad á las formas constitucionales, estaban resueltos á no resignar sus cargos ni á permitir que su autoridad para votar pasara á otras manos por efecto de la elección de nuevos individuos. Venían después los hombres moderados del ejército, dirigidos



Sello del Parlamento de la República inglesa en 1651 (tamaño natural)

por Lambert, que pedían simplemente la elección de un nuevo Parlamento, por un procedimiento regular y una política puritana, asegurada por restricciones respecto á los individuos realistas; y por último, debía contarse con los hombres avanzados del ejército cuyo jefe era Harrison, quien pedía la abolición de los Parlamentos y un gobierno de «santos,» para combatir con mano fuerte la corrupción del actual Gobierno, buscando una reforma inmediata para corregir los abusos é injusticias que afligían al país.

Entre políticas tan diferentes había un abismo que ninguno de los partidos quería esforzarse para allanar. A no ser por Cromwell, la cuestión se habría resuelto por la «espada más larga» meses antes del memorable 20 de abril de 1653; pero Cromwell impidió que el ejército interviniese por la fuerza, y en septiembre de 1652 se dió principio á una serie de conferencias en su misma casa, á las cuales asistieron los principales hombres del Parlamento y los oficiales. Allí se discutió el asunto tan amistosa y tranquilamente como lo permitían los sentimientos que animaban á los que á tales conferencias concurren.

«Creo – dijo después el futuro protector – que celebramos por lo menos diez ó doce sesiones.»

Dudoso es que Cromwell esperase nunca reconciliar á los partidos. Lo más probable es que su principal objeto, en esas conferencias, fuera inducir á todos los que á ellas asistían á darse bien cuenta de lo que deseaban, y á reflexionar detenidamente antes de apelar á una medida revolucionaria.

La principal diferencia estaba entre el cuerpo principal de oficiales por un lado, el cual sostenía que el antiguo Parlamento debía cesar de un modo ú otro, resignando el poder supremo, y en este punto coincidían Harrison y Lambert, y por otro los Comunes, quienes argüían que esto pondría en peligro la estabilidad del gobierno. Cuando se pidió á estos últimos una contraproposición, contestaron que sería factible un sistema de elecciones parciales, ó en otros términos, el nombramiento de nuevos individuos para llenar las vacantes. Los oficiales comprendieron que esto equivalía á decir que, sucediera lo que sucediese, no habría Parlamento nuevo, sino tan sólo el antiguo ampliado, y así lo dijeron clara y terminantemente.

Al fin, en febrero de 1652, el ejército se exasperó de tal modo, que rogó á Cromwell que tomara la iniciativa para disolver el Parlamento; pero el general rehusó dar semejante paso.

«Dos partidos – dijo á un oficial – me impulsan á que lo dé; mas al reflexionar sobre las consecuencias que podrían seguirse, se me erizan los cabellos.»

Hay muchas razones para creer que esta contestación, considerada por algunos como una satánica hipocresía, fué del todo sincera. Cromwell no creía entonces que fuera necesario disolver el Parlamento por la fuerza, ni lo creyó hasta que llegó el momento de hacerlo él mismo. Sin embargo, es muy probable que durante algún tiempo pensara seriamente que incurría en una grave responsabilidad, y que previese que en una forma ú otra se vería precisado á empuñar él mismo las riendas del gobierno.

En noviembre medió una conversación entre Cromwell y Bulstrode Whitelock, publicada después por éste último en su diario. En aquella ocasión Cromwell se expresó libremente respecto á los individuos del Parlamento; habló de su orgullo y egoísmo; dijo «que acaparaban para sí y para sus amigos los mejores empleos; que trataban de perpetuarse en sus cargos; que intervenían en los asuntos particulares entre partido y partido, contrariamente á la institución del Parlamento; que eran injustos y parciales; y que algunos de los más distinguidos llevaban una vida escandalosa.»

Después, dejándose llevar sin duda del disgusto que todo ello le causaba en aquel momento, hizo observaciones que erizaron los cabellos del pobre Whitelock.

«A menos – dijo Cromwell – de que haya una autoridad bastante alta y poderosa para reprimir abusos y conservar el orden, será humanamente imposible evitar nuestra ruina.»

Whitelock contestó, manifestando la esperanza de que los individuos del Parlamento mejorarían; pero Cromwell, que había llegado ya al colmo de la indignación, respondió: «Se ha de buscar el medio de someterlos y doblegar su voluntad para que no nos pierdan.»

A lo cual Whitelock contestó, ó se dice que contestó, que habiendo sido el Parlamento reconocido por Cromwell y por todos los oficiales como «poder supremo,» recibiendo éstos de aquél sus nombramientos, «sería difícil hallar un medio para reprimir ó someter á sus individuos.»

Pero esta contestación no hizo sino irritar más á Cromwell: en su pensamiento bullía una idea, y la expuso de pronto con la rapidez del rayo.

«¿Y qué sucedería si un hombre se empeñase en ser rey?» – exclamó.

A primera vista parece que fué una indiscreción decir esto; pero probablemente Cromwell tenía razón para decirlo. El conflicto era temible; se debía de buscar á toda costa un medio de solucionarlo; y por otra parte, los abogados, entre los cuales figuraba Whitelock, se quejaban de la dificultad de trabajar con la ley inglesa sin monarca. Esto era una idea que Whitelock podía completar con otra mejor, si la había; pero su contestación fué indicar á Carlos II como el hombre más propio para el caso. Tal solución era inadmisibile en vista de las circunstancias, y naturalmente, Cromwell no volvió á consultar á aquel personaje.

El hecho que se debe reconocer es que nadie sino Cromwell veía todo lo que la situación significaba; y aún no lo vió claramente. Los abogados querían de nuevo la antigua constitución, con el rey, los Lores y los Comunes; Harrison y los «santos» deseaban una constitución enteramente nueva; y Lambert se hubiera contentado con otro Parlamento sobre el mismo pie que el presente. Nadie sospechaba que Cromwell veía cada vez más claro en estos asuntos: en su opinión, ningún Parlamento ni sistema de gobierno sacaría el Estado de la mala situación en que se hallaba, á menos de que se confriese el poder á hombres que supiesen gobernar.

La cuestión era encontrar estos hombres. Excepto Cromwell, no había nin-



Estatua de Cromwell, por Jhon Bell



guno; si hubieran vivido Hampden, Sir John Eliot ú otros como ellos, todo habría cambiado; pero no quedaba ninguno. Cromwell estaba solo, y siendo así, su deber era, si se presentaba oportunidad, adoptar cualquiera medida que le permitiera salvar al país y su causa, preservándole de la ruina á que se acercaba en manos del presente gobierno.

Creemos que esas serían las reflexiones de Cromwell durante algunos meses, en medio de vacilaciones é inútiles esfuerzos para encontrar algún remedio. Aunque esto pruebe también que tenía gran confianza en su poder, no se le puede censurar de que tratara de arrogarse la autoridad, elevándose en su posición. Lo evitó largo tiempo, procurando inducir á los hombres que estaban en el poder á gobernar bien; y si obró como lo hizo, fué porque no pudo conseguir nada y porque no había otros hombres capaces de substituirlos sin que su mano los guiara. Veía el Estado vacilante por falta de la fuerza que solamente él poseía; y si hubiera dejado de cargar con el peso del gobierno, habría sido un traidor á su causa y á su país.

En la primavera de 1653 ocurrieron acontecimientos que amenazaron con hacer estallar una crisis. En marzo, los soldados predicaron abiertamente en las iglesias y en otras partes, con aprobación del pueblo, la doctrina de que el Parlamento debía ser expulsado forzosamente. Tan sólo Cromwell se atrevió á reprenderles por ello; pero su autoridad no sirvió en aquella ocasión.

«Antes que tolerar este Parlamento – dijo uno de ellos, – traeremos á los «Caballeros» para que formen otro, porque tienen mucho más honor y honradez que los que ahora gobiernan.»

«Nuestros soldados – dijo un escritor – quieren tener muy pronto nuevos representantes, y el Parlamento se empeña en lo contrario. El general (Cromwell) está por la Cámara, por lo cual le censura diariamente el partido de Harrison, que dice que es preciso elegir Parlamento y general nuevos antes de que se concluya la obra.»

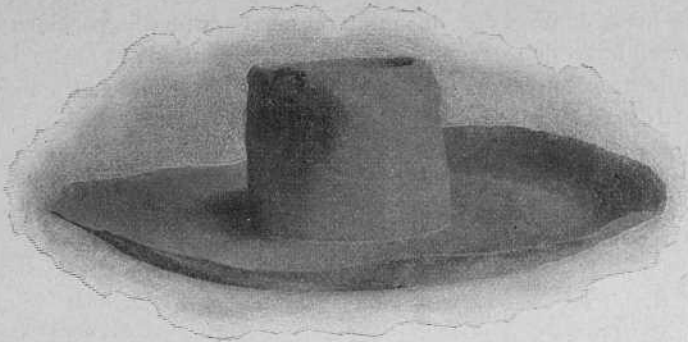
Todo esto prueba que Cromwell estaba resuelto á toda costa á impedir la anarquía militar.

Por parte del Parlamento se dice que algunas semanas antes de esto se preguntó á Fairfax y á Lambert si alguno de ellos ocuparía el lugar de Cromwell como comandante en jefe del ejército, si se relevara á éste de su cargo. Los individuos del Parlamento dijeron que necesitaban un general «que obedeciera sus órdenes y no que se las diese.» Asegúrase que esto disgustó tanto á Cromwell, que no quiso asistir á las sesiones de la Cámara durante un mes.

El 15 de abril, sin embargo, ocupó su puesto para hacer una elocuente protesta contra el bill que los jefes parlamentarios apadrinaban, bill que se consideraba como obra de Sir Enrique Vane y que tenía por objeto convertir en ley el principio de las «Elecciones parciales.» En su parte esencial se proponía que los actuales individuos del Parlamento conservaran sus puestos, nombrándose un comité que eligiera entre los candidatos los que debían ocupar las vacantes.

Las elecciones generales del Parlamento debían ser abolidas. Cuando el bill se aprobase, se suspenderían las sesiones durante algunos meses, y el gobierno del país se confiaría entretanto á un Consejo de Estado en el que los hombres del Parlamento tendrían mayoría.

Cromwell pidió con insistencia una elección general de individuos; pero no fué apoyado, y en respuesta á su observación de que ya era hora de tener nue-



Sombrero usado por Cromwell en el Parlamento Largo. (Colección del Rdo. T. Cromwell.)

vo Parlamento, se le replicó vivamente que ya era hora de que el Parlamento eligiera nuevo general.

Con este motivo se promovió una tumultuosa escena, y tan hostil había llegado á ser la opinión contra Cromwell, porque había rehusado identificarse con ningún partido, que varios oficiales se unieron á Marten y Vane, y hasta Harrison apoyó una proposición pidiendo que Cromwell fuera destituido. Esto irritó tanto al general, que en el mismo instante ofreció su dimisión; pero nadie se atrevió á aceptársela.

Esto no era más que el principio del fin: Cromwell vió que, á menos de emprenderse una acción decisiva, sólo una revolución purgaría al gobierno de los hombres que no servían sino para perpetuarse en sus puestos. Reunió á sus oficiales, incluso á Harrison y á todos los descontentos, y les hizo una indicación exclusivamente suya: que indujeran al Parlamento á nombrar un Consejo de «hombres temerosos de Dios y de reconocida integridad» para gobernar provisionalmente hasta que el país estuviera en disposición de hacer libremente unas elecciones generales; y que el nuevo Parlamento comenzara á desempeñar inmediatamente las funciones del poder supremo de la nación, cesando desde aquel momento en las suyas el referido Consejo.

Esta indicación fué aceptada al punto por los oficiales, quienes de tal modo deseaban derribar el actual Parlamento, que habrían aceptado casi cualquiera solución; de manera que su alegría era una prueba de la satisfacción que les producía tener á Cromwell de su parte. Ahora era preciso conseguir que el Par-



lamento consintiese en dejar sin efecto el bill de elecciones parciales, y para preparar el camino, Cromwell invitó á las dos partes á conferenciar con él en Whitehall.

Sin embargo, esta conferencia resultó tan inútil como todo cuanto se había hecho antes, pues todos los parlamentarios se declararon en contra de semejante proposición. Los abogados, excepto Saint John, primo de Cromwell, pidieron que se mantuviese á toda costa la vigente constitución parlamentaria, y después de muchas horas de discusión, los militares comenzaron á impacientarse tanto, que Cromwell hubo de reprimirlos. Al fin, ya muy entrada la noche, se acordó aplazar el debate. Entretanto, los individuos del Parlamento aseguraron que se aplazaría la discusión sobre el bill para llenar las vacantes.

La conferencia se dió entonces por terminada, con intención de proseguirla al día siguiente.

No hay prueba de que ninguno de los que asistían á ella tuviese conocimiento de lo que iba á suceder diez ó doce horas después, y Cromwell menos que todos.

CAPITULO XXV

En la mañana del 20 de abril de 1653, Cromwell no fué, según su costumbre, á la Cámara; pero, vestido de negro y con medias grises, traje que solía usar en casa – lo cual prueba hasta cierto punto que ni siquiera sospechaba lo que iba á suceder, – felicitó á los individuos que tomaron parte en la última conferencia á medida que iban entrando para continuarla. La mayoría de los presentes eran oficiales; pero también se contaban allí algunos parlamentarios. A poco se recibió noticia de que el Parlamento estaba en sesión, y al oír esto, todos los individuos de la Cámara se retiraron excepto Cromwell, viendo con sorpresa que el bill de las elecciones parciales, tan combatido por toda la oficialidad, se estaba discutiendo otra vez y tan rápidamente, que muy pronto iba á ser ley. En vano los que le combatían levantaron sus voces para protestar, pidiendo que se aplazara el debate; y no se tardó en comprender que la mayoría de la Cámara, poseída de un pánico, creía que su única salvación estaba en aprobar aquella disposición. Los jefes parlamentarios, al parecer, no consideraban su aprobación tan urgente; mas como era natural, Cromwell los hizo después responsables de lo que sucedió. Más verosímil es que los militares que por sus especulaciones con los fondos públicos tenían más motivo para temer la investigación y pérdida de sus cargos, rehusaran someterse á toda inspección, tratando de substraerse á ella por todos los medios posibles. Cuando los pocos oficiales presentes vieron lo que ocurría, enviaron un mensajero á Cromwell, quien al saber que el Parlamento había faltado á la palabra que así á él como á los oficiales les diera, se dejó llevar de la más furiosa indignación y resolvió prescindir de consideraciones y compromisos. ¿Qué respeto ú obediencia merecían los hombres que faltaban así traidoramente á una palabra de honor solemne, empeñándose en aprobar un bill que, si llegaba á ser ley, había de perpetuar á un Parlamento moribundo á pesar de sus abusos, concediendo facultades absolutas á la facción presbiteriana para que reinaran de nuevo la intolerancia religiosa y los males del pasado?

Los intereses de todos los hombres honrados estaban en inminente peligro; Cromwell ya no vaciló más, y cuando algunos minutos después entró en la Cámara, una compañía de mosqueteros de su propio regimiento esperó sus órde-



nes fuera del edificio. Vestido con su traje de casa, tomó asiento tranquilamente y durante algún tiempo escuchó el debate. Al fin, cuando fué evidente que el bill se aprobaría y que los jefes parlamentarios habían faltado á su promesa, se volvió á Harrison y díjole al oído que el Parlamento *debía* ser disuelto; pero Harrison, aunque intrépido y fanático, se estremeció ante la idea de suprimir por la fuerza el «poder supremo,» y aconsejó un poco de paciencia. Cromwell se reprimió y permaneció silencioso un rato más; transcurrieron algunos minutos, y una vez sentado el último individuo que tenía algo que decir, el presidente se levantó para hacer la pregunta: «¿Se aprueba este bill?» Entonces Cromwell volvióse hacia Harrison y murmuró á su oído: «Este es el momento: debo hacerlo.» Y levantándose, descubrióse y habló.

«Al principio – dicen las antiguas memorias – elogió al Parlamento por su solitud en favor del bien público; pero después cambió completamente de estilo.»

Con el cuerpo erguido, la cabeza echada hacia atrás, con el rostro encendido por efecto de su cólera, y los ojos brillantes y amenazadores, dejó oír su voz áspera y resonante, cuyo diapason se elevaba de tal modo, que retumbó en toda la sala. De este modo les habló de sus injusticias, de su egoísmo y de otras faltas cometidas, hasta que al fin un parlamentario le interrumpió, diciendo:

«Extraño lenguaje es ese en el salón del Parlamento y en boca de un criado (esta última palabra fué pronunciada sin duda con énfasis), un criado á quien se colmó de honores y que.....» No pudo decir más.

Cromwell, en el colmo de la cólera, le separó á un lado.

«¡Ea!, exclamó. ¡Ya acabaré yo con vuestra charla! ¡No sois Parlamento, os digo que no lo sois, y os aseguro que pondré término á vuestras sesiones.»

Y volviéndose á Harrison, le señaló la puerta.

«¡Llamadlos y que entren!»

Siguióse un movimiento rápido del oficial para obedecer la orden; hubo un instante de silencio y de espectación por parte de la Cámara, que estaba como paralizada y aturdida ante aquel acto imprevisto de un hombre tan moderado hasta entonces; y después se oyó el rumor de los pasos acompasados de los mosqueteros, que penetraban en el salón. Al ver esto Sir Henry Vane, el verdadero jefe de la Cámara, exclamó, poseído de indignación:

«Esto no es propio de un hombre honrado, y es en todo contrario á la moralidad.»

A lo cual Cromwell replicó con diferentes tonos, pues Vane era uno de los que habían prometido aplazar la discusión del bill: «¡Oh Sir Henry Vane, Sir Henry Vane! ¡Dios me libre de Sir Henry Vane!»

Después invitó á todos á retirarse; y como el presidente permaneciera en su sitio, Cromwell gritó á Harrison: «Hacedle bajar,» orden á la cual obedeció el oficial cortésmente. Cuando todos se levantaron para retirarse, Cromwell miró la maza y preguntó al capitán de la compañía:

«¿Qué haremos con ese juguete? ¡Vamos, lleváoslo!»

Y mientras que los individuos de la Cámara salían silenciosamente, les gritó con voz sonora, casi de queja:

«Vosotros sois los que me habéis obligado á proceder así. He buscado el



Carlos II de Inglaterra

Copia de un grabado de G. Vertne, 1736. Cuadro original de Pedro Lely

consejo del Señor noche y día, pidiéndole que me llamase á Sí antes que dejar á mi cargo este acto.»

A lo cual uno de los individuos, el alderman Allen, le contestó que aún podría deshacer lo que había hecho. Cromwell replicó haciendo la observación de

que Allen debía al Estado 700.000 libras, y ordenando su detención; pero al día siguiente se le puso en libertad. Cuando todos se hubieron marchado, Cromwell pidió al secretario el bill de las elecciones, mandó cerrar las puertas y volvió á Whitehall.

Por la tarde disolvió el Consejo de Estado, al que encontró reunido en sesión según costumbre, diciendo á sus individuos que aquel lugar no les correspondía ya, puesto que no había Parlamento.

De este modo puso fin Cromwell á lo que había llegado á ser un vergonzoso remedo de Cámara de representantes.

Fueran cuales fuesen los motivos que le impulsaron á proceder así, tan sólo podían resultar de ello beneficios, pues la existencia de aquel Parlamento no estaba ya justificada bajo ningún concepto.

La posición de Cromwell después de realizar aquel acto de energía fué muy particular. Se ha dicho que entonces fué cuando empuñó todas las riendas del gobierno, conservándolas bajo el título de Protector hasta su muerte; pero no fué así. Ciertamente que nadie sino Cromwell hubiera podido disolver el Parlamento tan sumariamente, y que si después hubiera apelado inmediatamente al ejército en su conjunto y por último á la nación, para que le eligieran soberano, podría haber conseguido serlo; pero no hizo nada de esto. Ni un solo día trató de gobernar *personalmente*, sino que, convocando un consejo de oficiales, les expuso las necesidades y problemas del momento y obró apoyado en su autoridad, nunca sin ella. La noción de que aquellos hombres eran sus «hechuras» es también errónea: algunos de ellos, individuos del Parlamento, eran hombres honrados de carácter independiente, cuya debilidad estaba en su adhesión tenaz á sus propias ideas, sin reconocer la conveniencia de las de otro, aunque este otro fuera Cromwell. Ninguno se declaró nunca en su favor contra sus propias convicciones.

Por otra parte, siendo militares, todos comprendían la importancia de subordinar sus principales fines en semejante crisis nacional, y de agruparse alrededor del hombre que había hecho por su cuenta y riesgo lo que ellos deseaban tanto, pero que no pudieron efectuar sin su auxilio.

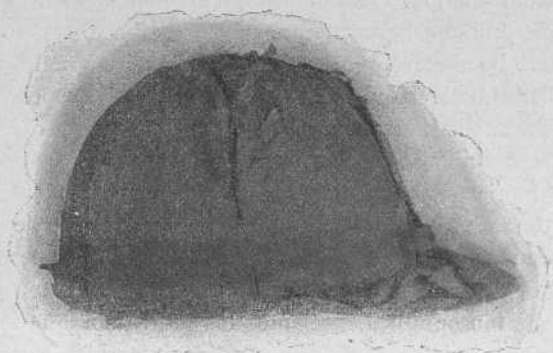
Por indicación de Cromwell, al día siguiente de la disolución del Parlamento, ellos mismos formaron un Consejo de Estado provisional para administrar los asuntos del país hasta que se pudiera elegir un nuevo Parlamento y rehacer la constitución, comunicándole una forma permanente.

Todas las proclamas y órdenes del Consejo se expidieron en nombre de Cromwell; pero importa recordar que las opiniones de aquél, y no las de éste, eran las que se formulaban en dichos documentos.

La mejor prueba de la debilidad del Parlamento suprimido fué la indiferencia con que el pueblo inglés de todas las clases vió su disolución. Nadie hizo la menor protesta; «y ni siquiera se oyó algo como el ladrido de un perro,» según observó Cromwell después (1). Los magistrados, jueces y funcionarios pú-

(1) Carlyle, parte VIII, pág. 43.

blicos de todas categorías manifestaron que estaban dispuestos á servir al nuevo gobierno y se les conservó en sus empleos. La vida en Inglaterra continuó siendo la misma á través de este y otros cambios que se siguieron; la paz quedó asegurada y las leyes y el orden mantenidos. Se podían cometer errores – y se cometieron – por aquellos hombres que antes no eran más que militares, y que ahora tenían á su cargo la ímproba tarea de organizar el nuevo estado de cosas que debía substituir al antiguo; pero desde el día en que desapareció el Parla-

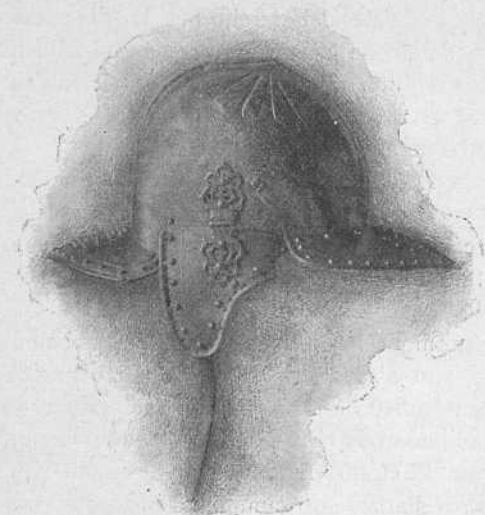


Yelmo de Cromwell en la batalla de Naseby
(De la colección del Rdo. T. Cromwell.)

mento, suprimido por Cromwell, la situación del país mejoró mucho. Cesaron las extorsiones de los desgraciados caballeros «delinquentes,» y los hombres de to-

dos los credos religiosos, excepto los episcopalianos, comenzaron á disfrutar de mayor libertad que en ninguna época anterior, aunque no en la extensión que Cromwell estaba dispuesto á tolerar. Si la Iglesia – la establecida – se resintió aún, debe recordarse que era tanto un cuerpo religioso cuanto político, que había sido resuelta-mente «maligno» en sus principios y en sus prácticas.

El gobierno de Inglaterra por el Consejo de Oficiales duró hasta el 4 de julio siguiente, después de la disolución del Parlamento Largo. En dicho día, ciento veinte personas, designadas por el Consejo para formar el primer Parlamento de la República, se reunie-



Yelmo de Cromwell
Propiedad de la condesa de Warwick

ron en la Cámara del Consejo en Whitehall, en virtud de un aviso en que se notificaba á cada cual «que debía formar parte del gobierno del reino, sirviendo como representante de tal ó cual condado.»

Ciento cuarenta comunicaciones se enviaron, y pocas de las personas que las recibieron dejaron de presentarse. Era la primera y última tentativa de Cromwell para formar un Parlamento con hombres elegidos, aunque no con los suyos, pero que probablemente merecieron su aprobación. Sin embargo, aquella tentativa no tuvo buen éxito. No estaba destinado Cromwell á resolver el problema del gobierno parlamentario, difícil en todos los tiempos, y cuya solución él tanto deseaba. Hizo otras dos tentativas, por elección del pueblo una, y basada la otra en la convicción de la mayoría de su Consejo y la de él mismo de que la mejor garantía del buen gobierno para la nación era elegir puritanos incorruptibles, celosos de su religión, libres de preocupaciones de partido y enemigos de las especulaciones y de las leyes, por antiguas que fuesen, que tendían «á dejar pobres á muchos para hacer á algunos ricos.»

Eran hombres excelentes los individuos que formaron el «pequeño» Parlamento, «piadosos y de reconocida integridad;» los más pertenecían á la clase media y representaban por su elevado código de moral, por su vida ejemplar y por su desprecio á los honores y á los intereses la parte de la nación que había sostenido más fielmente la política adoptada por Cromwell al principio de su carrera.

En su primera sesión, Cromwell les dirigió un discurso que duró algunas horas. Era una ocasión oportuna para él, y colocado junto á la ventana, frente al centro de la mesa, rodeado de todos los oficiales del ejército que la sala podía contener, hizo la historia de la guerra; habló de las circunstancias que habían conducido á la crisis parlamentaria de abril último; de las razones que le habían inducido, en nombre de su Consejo, á citar á los que se hallaban presentes; y por último, dijo qué era lo que esperaba de ellos y en lo que confiaba.

El discurso es demasiado largo para reproducirlo aquí; pero si se ha de comprender el proceder de Cromwell en los años futuros y darse cuenta de su debilidad y de sus esfuerzos como Protector, bueno será conocer una parte de la peroración que escucharon aquellos hombres una mañana de verano, doscientos cuarenta y seis años hace.

Pero es preciso imaginarse en cierto modo la escena. Cromwell hablaba en tono solemne, y en su lenguaje no hubo ni falsedades ni hipocresía; había cumplido con su deber, favorecido por la voluntad de Dios, y ahora deseaba entregar lo que había ganado — es decir, la libertad de la nación — á los que supieran cómo conservarla y extenderla. En cuanto á él, no tenía intención de seguir siendo autoridad ni un solo día; «que *aquel* Parlamento cumpliera su deber con Dios y con los hombres, y él sería su humilde servidor,» como lo había sido del precedente hasta que su conducta fué tal que no se le pudo tolerar más tiempo. Sus oyentes, ó la mayoría de ellos, estaban dispuestos á seguir sus indicaciones, le escucharon con gusto y mostráronse resueltos á ser dignos del ideal que el orador evocaba; pero ¡ay!, este ideal no podía ser realizado por aquellos hombres, ni tampoco por ninguno de aquella época.

«Señores, comenzó diciendo (1), supongo que las comunicaciones en virtud de las cuales os halláis reunidos aquí os habrán hecho comprender la causa de vuestra convocación en este sitio; pero además debo daros cuenta de un escrito redactado con el consentimiento y consejo de los principales oficiales del ejército... Le tenemos aquí para leerle, y también para deciros algo en descargo nuestro, lo cual creemos que será una satisfacción para vosotros.»

Este es el preámbulo, después entra en consideraciones sobre «la serie de hechos providenciales en que se ha reconocido la mano del Señor dispensando gracias maravillosas en favor del país, desde el principio de las perturbaciones hasta aquel día...»

«En el trastorno de los negocios públicos y en los triunfos alcanzados, que Dios se dignó conceder al ejército y al gobierno que entonces había, se realizaron grandes cosas... Los delinquentes, entre ellos el principal, fueron sometidos á la acción de la justicia; convirtiéndose el Estado (por lo menos de nombre) en una república; el rey fué destituido y juzgado con otros muchos grandes; la Cámara de los Pares quedó descartada, y la Cámara de los Comunes, representación del pueblo, fué disuelta

y reducida después, como recordaréis muy bien, á un puñado de hombres.

»Y verdaderamente, Dios no se limitó esto...: tantas insurrecciones, invasiones, secretos designios, atentados encubiertos ó públicos, todo vencido y dominado en tan corto tiempo..., lo cual espero que no se olvidará nunca... También sabéis lo que Dios nos concedió en Irlanda y en Escocia, hasta que terminaron nuestros trastornos..., y su maravillosa intercesión nos salvó en Worcester... Yo digo que ni en una sola de esas cosas se deja de ver la mano de la Providencia...



John Bradshaw.

A handwritten signature in cursive script that reads "Jo: Bradshawe Esq:". Below the signature is a horizontal line with several small vertical strokes underneath it.

His Autograph from an Original in the Possession of
John Thorne

John Bradshaw, reproducido de la *Historia de la Guerra civil*, de Clarendon, con permiso de la Universidad de Oxford.

(1) Carlyle, parte VII, pág. 336.

».... Ahora comenzaré á recordaros un poco los hechos ocurridos después de Worcester. Al regresar de allí con el resto de mis oficiales y soldados, confiábamos en que las mercedes que Dios nos había hecho y las esperanzas que abrigaban nuestros corazones, así como los de todos los hombres buenos, habrían inducido á los que eran autoridad á poner por obra todas esas buenas cosas que los hombres honrados hubieran considerado propias de Dios y dignas de sus mercedes.»

Después refiere cómo los oficiales comenzaron á trabajar para conseguir que el Parlamento cumpliera con sus deberes.

«A decir verdad, desde que nos pusimos de acuerdo con los señores oficiales, siempre estuvo en nuestros pensamientos y propósitos valernos de todos los medios legales y equitativos posibles para que la nación recogiese el fruto de toda la sangre derramada y de los tesoros gastados en esta causa... Pero no se nos correspondió satisfactoriamente, se nos hicieron algunas promesas, y se nos dijo que las proposiciones que habíamos presentado, ó las más de ellas, «se habían tomado en consideración.» Después, al ver que reinaba el descontento en todo el país y que no se cumplía nada de lo prometido, como era un deber hacerlo, nos creímos obligados á obrar por nosotros mismos, si queríamos, como corresponde á hombres de honor, conservar la reputación de honradez en el mundo.»

Por eso conferenciaron con el Parlamento y le disolvieron al fin, aunque «la idea de cometer un acto de violencia era para nosotros más desagradable que ninguna de las batallas en que habíamos tomado parte, exponiendo nuestras vidas....»

«.... Fáltanos ahora daros á conocer lo que os incumbe en el desempeño de vuestro cargo, después de haber hecho nosotros lo que hicimos obligados por la necesidad, según declaramos.. Con este motivo podemos probar al mundo la sencillez de nuestros corazones y la integridad con que hemos procedido. No ha sido nuestro ánimo arrogarnos el poder ó conservarle en manos de militares ni un solo día, sino transmitirlo á personas propias para ejercerlo, que puedan venir de diversos puntos de la nación. Esta necesidad es la que nos ha impulsado á confiaros la enojosa misión de gobernar, que ahora pesará sobre vuestros hombros... Y aunque mis palabras parezcan ser un buen consejo, es muy humilde, y aquel que se propone ser un servidor vuestro, y que ahora os ha llamado para que ejerzáis el poder supremo, delegando lo que considera un deber para vosotros, confía en que lo aceptaréis con gusto (1).»

A esto siguió una especie de llamamiento á todos, muy extenso y desapasionado, que Cromwell, cuyo corazón estaba animado de grandes esperanzas para el porvenir, hizo para complacer á sus oyentes. Para un auditorio moderno, la simple idea de escuchar semejante discurso en el mes de julio hubiera sido espantosa; pero debemos recordar que en aquella época las oraciones, los discursos

(1) Carlyle, parte VII, pág. 348.

sos y los sermones eran sumamente largos. Lo que querían todos aquellos hombres era que el orador hablase más, y Cromwell complació á los que le escuchaban. La falta de espacio nos impide hacer muchas citas de un discurso lleno de levantados pensamientos y de excelentes consejos.

Exhortóles á practicar siempre el principio de la verdad..... «La pureza – dijo, – el espíritu imparcial y la sinceridad son los efectos de la sabiduría, y os ayudarán á ser fieles á ese principio, moviéndooos á ser justos con los creyentes y con los que no lo son, como es deber nuestro..... Más bien haré incurrir en error á un creyente que á uno que no lo sea.

»Yo os suplico....., aunque no lo creo necesario....., que tengáis cuidado de todo el rebaño; amad á las ovejas y también á los corderos; amad todas las cosas buenas; y si el más pobre cristiano, el más extraviado, desea vivir tranquilamente bajo vuestro gobierno, que sea protegido.....»

Concluye dando á conocer sus intenciones y las de sus oficiales respecto á ellos.

«.....Estaremos dispuestos, en cuanto la Providencia nos lo permita, á contribuir á la obra de Dios y del Gobierno, considerando que el Señor nos lo impone.

».....Y habiendo dicho esto, no os molestaremos más; pero si deseáis que se os lea este documento, que yo he firmado por consejo de los oficiales, os dejaremos entregados á vuestros propios pensamientos y á la guía de Dios.»

CAPITULO XXVI

El documento que Cromwell y sus oficiales habían extendido, y que se leyó al fin de su discurso, era una especie de programa de los poderes y atribuciones del Parlamento. Disponía que la «suprema autoridad» quedaba en manos del Parlamento desde el 4 de julio de 1653 hasta el 3 de noviembre de 1654; tres meses antes de esta última fecha, el mismo Parlamento debía elegir sucesor, que gobernaría un año; y después se proveerá (no se decía cómo) para la elección del futuro gobierno.

Este era en resumen el plan de Cromwell y de sus oficiales para la gobernación de Inglaterra en aquel entonces; pero no pasaba de ser un expediente provisional, á fin de preparar el terreno para un gobierno genuinamente «popular,» como lo indica explícitamente en su discurso (1).

«Si fuese tiempo para comparar vuestra posición con la de los que han sido llamados por los sufragios del pueblo, ¿quién puede decir cuándo Dios preparará al pueblo para semejante cosa? Nadie puede desearlo más que yo. Si todos fueran hijos del pueblo del Señor, como se dijo, serían todos profetas, es decir, capaces de elegir un Parlamento entendido. Yo quisiera que todos pudiesen ser llamados, y debe ser el deseo de nuestros corazones que los hombres reconozcan los intereses de Jesucristo. Permitidme decir que si yo sé algo del mundo, no hay nada más propio para ganarse la buena voluntad del pueblo en favor de los intereses de Jesucristo, que amar la bondad, y por tanto, nuestro más riguroso deber es la humildad. ¿No será ésta el medio más directo para que todos reconozcan sus libertades?»

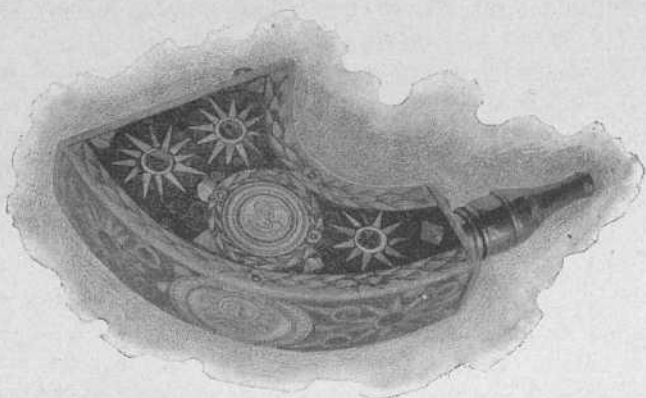
Aquel Parlamento, por lo tanto, según las intenciones de Cromwell, debía ser puramente transitorio y durar sólo hasta que el pueblo de Inglaterra se hallase en buenas condiciones para elegir sus propios representantes. Y Cromwell pensó que si los deberes del gobierno se cumplían «con pureza, imparcial y sinceramente,» no estaría lejos el día de tener un «Parlamento libre.»

Pero se engañó, no en sus ideales, sino en suponer que los instrumentos que había elegido eran propios para dirigir el gobierno de un país, y mucho menos para sentar las bases de uno nuevo. Aquellos hombres no tenían experiencia par-

(1) Carlyle, parte VII, pág. 355.

lamentaria, ni tacto, ni conocimiento de los asuntos que debían tratar. Un ejemplo demostrará el estado en que se hallaban las cosas. El mal que con más urgencia exigía remedio era la condición de la Cancillería, asunto erizado de dificultades; y el Pequeño Parlamento consideró que debía arreglarlo de una vez, sin tener un abogado práctico en la Cámara.

Y aunque aquel Parlamento se hubiera compuesto de personas expertas en todos los asuntos que se les presentasen, muy pocas hubieran sido las probabilidades de que diera buen resultado. Hasta los ingleses de aquellos días se que-



Polvorera de Cromwell. (De la colección del Rdo. T. Cromwell.)

jaron de que les gobernase un Parlamento de «empleados,» y algunos chuscos llegaron á decir que aquellos señores eran mudos y estaban colocados en sus asientos por Cromwell y sus «satélites» y obligados á hacer lo que se les mandaba, ó á marcharse. ¿Qué derecho tiene un hombre para nombrar un Parlamento?

La contestación á esto se hallaba en el discurso de Cromwell: era preciso hacerlo y no había nadie más que lo hiciese.

Y decían también los descontentos: ¿Por qué no apelaba al país? A lo cual contestó Cromwell que el país, en su actual estado de inquietud, no estaba en disposición de saber bien lo que pensaba, y que cuando se hallase tranquilo no tardaría en tener un Parlamento de su libre elección. Este era también un argumento sólido y razonable; pero tenía un evidente defecto á los ojos de los hombres prácticos. ¿Qué garantías existían de que Cromwell, su Consejo y sus parlamentarios por él elegidos llegasen á conocer por sí solos cuándo el país, que habían tomado bajo su protección, se hallaría en estado de saber bien lo que pensaba? La única contestación á esto era apelar á la confianza en sus buenas intenciones. «He hecho lo mejor que me era posible – dijo Cromwell – transmitiendo el poder á buenas manos en vez de conservarle en las mías; exhorté al Parlamento á hacer todo cuanto pudiera para serviros bien, y á mí no me es dado hacer más.»

El Parlamento ocupó su lugar, hizo cuanto le era posible, y fracasó.

Sin embargo, sería un grave error imaginar que aquel pequeño Parlamento se componía de puritanos, fanáticos y demagogos ignorantes, como los informes realistas quisieran dar á entender. Ludlow, testigo muy desfavorable y persona que aborrecía á los demagogos, dice lo siguiente:

«Esta Asamblea, por lo tanto, compuesta en su mayor parte de hombres honrados que, teniendo buenas intenciones, estaban menos dispuestos á sospechar malos designios en los demás, se creyó estar en plena posesión del poder y de la autoridad del país, y en su consecuencia procedió á hacer leyes referentes al pueblo.»

La censura contenida en este informe está en las palabras: «*Se creyó* estar en plena posesión del poder y de la autoridad.» Ludlow era uno de aquellos que nunca habían perdonado á Cromwell la disolución del Parlamento anterior; mas en los procedimientos del que ahora ocupaba su lugar no hay nada que justifique la sospecha de que Cromwell interviniera en sus actos; antes al contrario, todo tiende á demostrar que mientras estuvo reunido cumplió éste su palabra, á pesar de la presión que sobre él se ejercía, y lo dejó obrar á su antojo. Si aquella asamblea hubiera trabajado conforme á las inspiraciones de Cromwell, muy distinta hubiese sido su suerte.

Durante toda la carrera de Cromwell, su política fué, y esto era propio de su carácter, proceder con mucha lentitud en las reformas; en cambio, el Pequeño Parlamento lo hacía todo apresuradamente. Se nombró desde luego una comisión para reorganizar las oficinas del Tesoro público; otra para introducir reformas en la ley; una tercera para tratar la cuestión, muy vital después de la guerra civil, sobre el mejor modo de atender á las necesidades de los muy pobres, y una cuarta para resolver sobre la conservación del ministerio. Estos eran los asuntos más importantes y exigían que se procediese con mucha prudencia; pero no se hizo así. Los individuos de la Cámara eran hombres de la «Iglesia Libre;» muchos de ellos deseaban abolir desde luego los diezmos, y hasta los más moderados se limitaron á pedir que se otorgara alguna compensación á los más perjudicados, proporcionando algún beneficio á los que tuvieran una familia numerosa.

La acción del Parlamento respecto á esta cuestión y la sorprendente noticia de que se había votado y aprobado en un solo día una proposición que tenía por objeto abolir la Cancillería, sobresaltó al país, inspirándole verdadera alarma.

Sobre todas estas cuestiones se necesitaban reformas urgentes, y si el Parlamento hubiera atacado un abuso de una vez, prescindiendo de los demás hasta haber resuelto sobre el primero, como Cromwell hubiera hecho, se habría conseguido mucho bueno; pero aquellos hombres no eran capaces de proceder así.

Así como el Parlamento anterior había excitado el desprecio por no haber hecho nada, el que ahora ocupaba el poder despertó preocupaciones é inquietudes en todas partes por hacer demasiado. Era costumbre de sus individuos

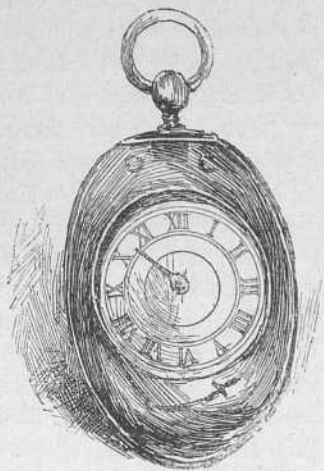
preguntarse únicamente: «¿Es la voluntad de Dios que estas cosas sean?» Y cuando la contestación era negativa, decían al punto: «¡Pues suprimidlas!» Y se procedía así en el acto.

Nada extraño tiene que comenzara á suscitarse una tempestad, que fué para Cromwell motivo de gran inquietud y muchas ansiedades. Los abogados, el clero, en una palabra, todos cuantos tenían alguna hacienda de cualquier clase se creyeron ya poco seguros bajo el gobierno de semejantes hombres.

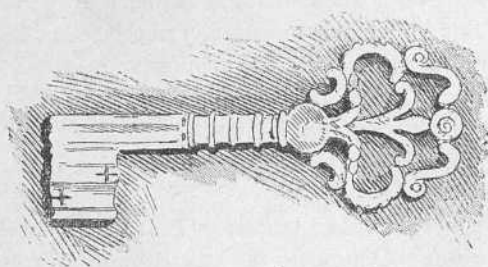
Un Parlamento que se enriquecía á expensas de la comunidad ó de una parte de ella era bastante malo; pero un Parlamento que imaginaba estar elegido por mediación divina para reformar todo cuanto le parecía malo, y que no vacilaba en atacar las instituciones más fundamentales del reino, no se podía tolerar.

Todos los errores de aquel Parlamento recayeron en la cabeza de Cromwell, porque él lo había elegido y, por lo tanto, era responsable de sus actos. Así razonaban los comerciantes, los presbiterianos moderados, los abogados constitucionales y todas las clases más resentidas por

aquella mal aconsejada legislación: hasta en el ejército comenzó á cundir la alarma. En medio de esta confusión, Cromwell se mantuvo constantemente impávido; pero su desengaño era muy amargo. El 22 de agosto, siete semanas después de abrirse el Parlamento, escribió á Fleetwood, entonces diputado en Irlanda, diciéndole (1): «Verdaderamente, nunca como ahora necesité el auxilio de mis amigos cristianos. Bien quisiera que los «Santos» aceptasen mis servicios, si el Señor lo concediera; pero no es así. Siendo los juicios diferentes, y tratando cada cual de propagar sus ideas, el espíritu de bondad de todos, apenas es aceptado por otros.»



Reloj de Cromwell, copiado del original que posee B. Astley



Llave usada por Cromwell

Aquí alude, no sólo á las indiscreciones del Parlamento, sino que también á las amargas recriminaciones que se hacían por hombres de opiniones distintas hasta en su propio Consejo. No obstante, á pesar del sentimiento público, á pesar de que él mismo desaprobaba los actos de los gobernantes, se mantuvo fiel

(1) Carlyle, parte VII, pág. 363.

á su compromiso con los hombres á quienes había conferido la autoridad, y no quiso escuchar la proposición de Lambert, apoyada por los oficiales moderados en el Parlamento, de que disolviera por la fuerza aquella asamblea.

El pensamiento de Lambert iba mucho más lejos, según parece. Hay indicaciones que nos parecen concluyentes sobre el hecho de que en aquellos días, noviembre de 1653, Lambert, después de presidir una numerosa reunión de oficiales, propuso formalmente á Cromwell que aceptara el título de rey. Las razones de esto las expone el Dr. Gardiner, y apóyanse en parte en un escrito hecho por Cromwell un año después y en documentos en que se consignan todas las pruebas que han llegado hasta nosotros (1).

He aquí lo que decía Cromwell (2):

«Me aseguraron que á no encargarme yo del gobierno, creían que los asuntos serían muy difíciles de arreglar y que habría sangre y confusión. Rehusé una y otra vez, sin rodeos, como ellos saben y Dios también.»

Dícese que la negativa apesadumbró de tal modo á Lambert, que salió de Londres, y Harrison, que dirigía el partido extremo de los «Santos,» esperó obtener de nuevo el apoyo de Cromwell, pero se engañó, pues aquél, según su costumbre, buscaba resueltamente un término medio. Por una parte veía, con Lambert, que era esencial un gobierno sólido, y por otra, esperaba aún poder organizarlo con hombres del partido de los «piadosos,» eludiendo empuñar las riendas él mismo, á menos de que fuera absolutamente imprescindible. Sin embargo, ninguno supo esto. Sus motivos fueron mal interpretados, como había sucedido siempre. Ahora más que nunca se le acusó de estar preparando el camino para su propio engrandecimiento y para alcanzar un poder despótico.

Los «Santos» estaban tan indignados contra él como los moderados, á pesar de que sólo él les libró de ser violentamente arrancados de sus asientos. Los predicadores renegaron de él, acusándole claramente que «asumía un poder exorbitante.» Los había invitado á una conferencia amistosa, y uno de ellos, llamado Freake, había comenzado piadosamente su discurso manifestando esperanzas de que las palabras de Cromwell y su propia contestación serían oídas en el cielo. Esto era demasiado para la ecuanimidad de Cromwell.

«Al oírlos comenzar — replicó, — no esperaba que, recordando el cielo, hubierais dicho semejante mentira en la tierra.»

Pero los días del Parlamento Pequeño estaban contados. En su seno había un partido moderado muy fuerte, que el sentimiento del país robustecía; y en 12 de diciembre de 1653 los individuos de este partido propusieron «que no siendo conveniente la continuación del Parlamento así constituido para el bien de la República, se deberían entregar al Lord General Cromwell los poderes recibidos de sus manos.»

La Cámara no estaba completa cuando se presentó la proposición; pero la

(1) *La República*, por Gardiner, vol. II.

(2) Carlyle, parte VIII, pág. 47.

mayoría se declaró en favor de ella y, con su presidente á la cabeza, fué á ver á Cromwell. La minoría, que estaba en contra, permaneció en la sala, y hallábase ocupada en formular una protesta, cuando varios soldados – que no iban de orden de Cromwell, sino probablemente de la de Lambert, bajo su responsabilidad – les mandaron salir.

Cromwell manifestó sorpresa al oír la petición que tan repentinamente se le hacía. Aunque es probable que supiese que se tramaba algo, no hay prueba de que tuviera noticia del paso que se daba. Después de quejarse de la pesada tarea que se hacía recaer en él, prometió usar el poder que resignaban en sus manos «para protección de la gente honrada.»

Cromwell era ahora mucho más que antes, Dictador de Inglaterra. Esta posición, con sus responsabilidades y cuidados, le fué creada por otros; ningún acto suyo, ni directo ni indirecto, para elevarse á semejante cargo, se le puede atribuir por nadie, como no sea por los biógrafos y cronistas de la época, interesados todos, por varios motivos, en probar que era un hipócrita y un tirano.

Todos sabemos cuál fué su resolución: aceptó francamente la posición que se le ofrecía, no porque se lisonjeara de que la nación le había elegido por sufragio popular protector, primer magistrado, gobernador ó rey, llámese como se quiera, ni acaso tampoco porque confiara en los hombres que le rogaron que fuera su jefe, sino porque comprendía que no quedaba otro medio para librar al país de sus múltiples apuros y de su difícil situación.

CAPITULO XXVII

Cromwell fué reconocido como «Lord Protector de la República de Inglaterra, Escocia é Irlanda» el 16 de diciembre de 1654, tan sólo cuatro días después de haber cesado el Parlamento Pequeño. Este breve plazo induce á suponer que la presión ejercida sobre Cromwell para ponerle á la cabeza del gobierno ya venía preparada por Lambert y sus partidarios desde algún tiempo antes, y que Cromwell rehusó ceder hasta que el Parlamento hizo la petición en su favor.

Esta aceptación del Protectorado fué el último paso que Cromwell debía dar en su carrera de servicios públicos á la nación; pudo dar otro tres años después, pero rehusó hacerlo por razones de que hablaremos en otro capítulo. Si hubiera optado por ser rey, la autoridad que hubiera tenido durante el resto de su vida apenas habría llegado á ser mayor de lo que entonces era; y el número de sus enemigos, si disminuía por una parte, hubiera aumentado por otra. Para los realistas hubiera pasado por un vil usurpador, y para los republicanos se habría hundido más aún en la infamia; y por otra parte, habrían tenido que transcurrir muchos años para que el público en general reconociese su título á la monarquía hereditaria.

Podemos detenernos, pues, en este punto para considerar á Cromwell desde el punto de vista en que debía presentarse á la nación en lo sucesivo, como «Lord Protector de la República.»

Primeramente una ojeada sobre el personaje, un breve bosquejo de su más notable biógrafo nos facilitará esta tarea (1):

«Su Alteza vestía un traje rico, aunque sencillo, de terciopelo negro, con capa de lo mismo, y en el sombrero llevaba un ancho galón de oro. Su estatura era de cinco pies diez pulgadas; hombre de fuerza y aspecto militar, revelábanse en él, así el valor como la inteligencia, la energía, y al mismo tiempo la sencillez. De cincuenta y cuatro años de edad, cumplidos en abril último, era de tez rubicunda, bronceada por las fatigas y la acción del tiempo; los cabellos eran de color castaño claro, y su mostacho comenzaba á ser gris. Su figura no dejaba de producir impresión, pero no era simpática: aventajada estatura, cabeza

(1) Carlyle, parte VII, pág. 370.

voluminosa, en cierto modo de aspecto leonino; una berruga sobre la ceja derecha; nariz grande y aguileña; labios gruesos, que podían indicar la sensibilidad y también la altivez, y ojos de mirada profunda, grave y serena á menudo bajo sus espesas cejas, ó triste y melancólica; en fin, tenía una verdadera faz de león, así como también de héroe, y un conjunto que no carecía de cierta majestad.»

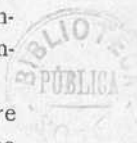
Pero ¿qué había detrás de aquel semblante? Cuando leemos las memorias, diarios y biografías escritos acerca de él por los hombres de su época, no se puede formar otro juicio sino el de que Cromwell era uno de los más detestables seres humanos. Verdadero déspota, era hombre que no reconocía más Dios que



Medalla conmemorativa del Protectorado, 1653 (tamaño natural.)

el poder, y que para obtenerle persiguió á sus enemigos, sacrificó á sus amigos y oprimió con mano de hierro á un país atribulado. No obstante, las opiniones acerca de su carácter diferían antes de que llegase á ser Protector, y hay una notable diferencia sobre este punto entre sus contemporáneos; pero todos estuvieron unánimes en su parecer cuando empuñó las riendas del gobierno. En resumen, el que estudia la vida de Cromwell se encuentra con una serie de los más severos juicios sobre ese hombre público; pero cuando se pasa á estudiar los sucesos de la época y los actos de que se hizo verdaderamente culpable aquel «usurpador y tirano,» y sobre todo, cuando se consideran los motivos en que se inspiraban los hombres que escribieron acerca de él, comienza á germinar en el pensamiento la sospecha, más acentuada cuanto más lee, de que sería desacertado basar sobre aquellos escritos un juicio sobre el carácter de Cromwell. Apenas se encuentra una de esas memorias que no esté escrita por un enemigo político, ó cuando menos, por alguno que tuviera un resentimiento, justo ó injusto, contra el Protectorado, y viera por lo tanto con prevención cuanto Cromwell hacía.

Cuando, después de estudiar, comparar y analizar estos informes, el hombre estudioso examina la relación de los hechos, no las opiniones, y por último toma nota de las propias quejas de Cromwell, la cuestión comienza á tomar un nuevo aspecto.



En realidad, hubo completa armonía entre el Protector en Whitehall, el teniente general en el campo de batalla y el antiguo individuo del Parlamento Largo.

Cromwell seguía siendo, como siempre había sido, enérgico y activo una vez adoptada una resolución; pero hasta que estaba completamente seguro de que tenía razón, mostrábase paciente y tolerante. Su alma estaba llena de elevados ideales, de generosos pensamientos y puras intenciones; pero en la acción parecía cruel, y su política dura y errónea. Cuando fué Protector, mostróse tolerante y magnánimo con todos los que le engañaron ó le atacaron por medio de la prensa ó por violencia; pero tratándose de aquellos que osaban poner la mano sobre lo que él pensaba que Dios y su pueblo le habían dado, era inexorable, como lo había sido con los amotinadores en otro tiempo, cuando desenvainó su espada contra el regimiento en el campo de Corkbush.

Sin embargo, la causa de los más virulentos ataques contra Cromwell fué el inflexible rigor y energía con que sostuvo el gobierno del Protectorado, y particularmente el lugar que él ocupaba en el mismo como virtual soberano del país. Ludlow, la señora Hutchinson y una veintena de cronistas de la época, antiguos compañeros y amigos probados de Cromwell en otro tiempo, insistieron enérgicamente en este punto, atribuyéndolo todo á su indomable arrogancia y á su amor al poder absoluto. «Por su afán de alcanzar el poder — dicen, — se perdieron todos los beneficios que sus luchas combinadas habían producido á Inglaterra y su pueblo, encerrando al país, como en una prensa, entre los brazos de un régimen más vigoroso y arbitrario de lo que había sido jamás el de los Estuardos.»

No es contestar á esta acusación decir que en conjunto hizo buen uso del poder y que los castigos que aplicó á los que se rebelaban fueron tan ligeros como las circunstancias lo permitían. «Siempre quedará el hecho — arguyen — de que asumió el poder despótico, y de que apreciaba infinitamente más su elevado cargo que las libertades de Inglaterra que había jurado mantener.»

Esta acusación interesa muy de cerca al carácter de Cromwell, y de la respuesta á ella depende la justificación, ó lo contrario, de sus principales actos mientras fué Protector de la República; de modo que debemos examinar la cuestión muy de cerca.

Aparentemente ésta se funda en dos suposiciones muy corrientes en aquella época. La primera es que por la ley de la espada, que él y sus oficiales habían establecido en el país, se hizo jefe de un poder casi absoluto; y la segunda, que sus motivos para no permitir que su autoridad se discutiese eran realmente egoístas y sórdidos.

Para formar opinión sobre el primero de estos puntos, es necesario examinar las condiciones de su «Programa de Gobierno,» que Lambert y otros oficiales redactaron, sin ayuda de Cromwell, en diciembre de 1654, y que aquél se comprometió á cumplir estrictamente.

El gobierno del reino debía estar constituido por «una persona sola y un Parlamento;» á la persona se le daría el título de Protector y sería elegida con



Oliverio Cromwell

Escultura modelada por F. W. Pomeroy, del monumento erigido en Saint-Ives

carácter de perpetuidad por el Consejo de Estado. Este Consejo no debería de componerse de menos de trece individuos ni de más de veintiuno; en el programa se nombraban quince, y los demás serían elegidos por el Parlamento,

debiendo ser el cargo de estos últimos perpetuo, á menos de hacerse culpables de corrupción. El primer Parlamento comenzaría sus sesiones en 3 de septiembre de 1655 y sería elegido por el pueblo. Todos los que poseyesen verdadera hacienda ó dominio personal cuyo valor ascendiese por lo menos á 200 libras esterlinas tendrían derecho á votar. Las leyes hechas por el Parlamento debían ser enviadas al Protector para su aprobación; y en el caso de que éste opusiera su veto, serían devueltas á la Cámara para que nuevamente las discutiera; pero si á pesar de sus objeciones el Parlamento quería que la medida se aprobara sería ley á los veinte días, aun cuando el Protector no las sancionara. Las proclamas, nombramientos, etc., se expedirían en nombre del Protector, pero era preciso que los sancionase el Consejo antes de entregarlos. Sin embargo, los más elevados cargos, después del Protectorado, sólo se podían conferir con la sanción del Parlamento: tales eran los de guardasellos, tesorero, almirante, gobernadores de Irlanda y Escocia y el lord jefe de Justicia.

Desde luego se ve que la «suprema autoridad de la nación no era el Protector,» sino el Consejo de Estado y el Parlamento, el primero en los poderes administrativos, el segundo en hacer nuevas leyes y reformar las antiguas. El argumento de que Cromwell era realmente el Consejo no se puede aceptar, pues aquellos hombres no conocían el temor, siendo militares resueltos y expertos políticos. Algunos de ellos únicamente reconocían á Cromwell como jefe por su influencia dominante en el ejército: pocos ó ninguno le seguían ciegamente, y existen sospechas algo fundadas de que uno de ellos por lo menos, Lambert, tenía envidioso al Protector y probablemente no era el único que tal sentimiento abrigaba. Es indudable que Cromwell dominaba la opinión, y que cuando él pensaba que cualquiera medida era de todo punto vital para la seguridad del Estado, podía obtener una mayoría de su Consejo para que la apoyase; pero no osaba llevar su autoridad demasiado lejos. Una vez aceptada la posición de representante del Consejo, no habría sido propio de Cromwell hacer la menor indicación fuera de una división de opiniones que pudiera haberse presentado. Además de esto, estaba convencido de que la seguridad del Estado dependía de una firme unión entre él y sus consejeros.

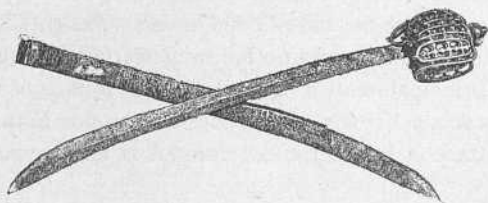
Respecto de la política observada por Cromwell y su Consejo, cuyos principales rasgos han sido atacados duramente por sus contemporáneos, así realistas como republicanos, apenas es posible, dado el tiempo que nos separa de aquella época, formar un juicio verídico y exacto. Ciertamente que algunas de sus medidas parecen por demás arbitrarias, sobre todo el nombramiento de Mayores Generales; mientras que otras, como la supresión de las carreras de caballos, riñas de gallos y ciertas festividades, parecen absurdas y crueles; pero no debemos pasar por alto las condiciones peculiares de la época. ¿Sabemos, como Cromwell y el Consejo sabían, los ocultos peligros para la paz pública que podían ocultarse bajo diversiones al parecer inofensivas? ¿Conocemos el estado de conspiración crónica contra el gobierno que animaba á la gente del campo en aquel

tiempo? Después de la guerra civil, la ley del país se había debilitado tanto y los hombres estaban tan empobrecidos, que había miles de personas errantes, bastante desesperadas para cometer cualquiera fechoría ó tomar parte en algún levantamiento con tal que pudiesen obtener dinero ó mejorar su situación. Aque-



Sellos que usaba Cromwell como particular y como Lord Teniente de Irlanda
(De la colección del Rdo. T. Cromwell.)

llas personas, que con los Caballeros, batidos ó no, formaban todavía una considerable parte de la población, particularmente en el campo, eran un continuo peligro y un motivo de inquietud para el gobierno del Protectorado. El remedio de Cromwell, después de pensarlo mucho, fué la famosa y aborrecida creación de los Mayores Generales. Estos últimos estaban encargados de «mirar por el bien de la República,» vigilando á todas las personas de carácter sospechoso é imponiendo la contribución de un diez por ciento sobre las rentas de todos los realistas conocidos que percibirían más de 100 libras esterlinas anuales ó cuya fortuna personal excediera de 1.500.



Espada que llevaba Cromwell en Marston Moor

Cada general tenía un distrito, eran en número de doce y podían elegir diputados. Todos eran oficiales del ejército cuidadosamente escogidos.

Semejante medida debía ser necesariamente impopular, y á menos de estar justificada por un peligro excepcional para el Estado, era muy censurable. Se suprimió dos años después, lo cual se indica como una prueba positiva de su inutilidad; pero Cromwell no la reconoció nunca como tal, como en otros casos lo hacía. Esto puede haber sido en parte porque comenzaba á ser insensible á la necesidad de valerse de la fuerza para obtener la paz y la sumisión á su auto-



ridad; pero no es menos probable que el peligro de los continuos levantamientos y de la renovación de la lucha en los distritos del campo era mayor de lo que creemos, y que los realistas le inspiraban más recelos que nunca. No se debe olvidar que todos nuestros informes provienen de personas, ó de descendientes de ellas, que nunca se convencieron del derecho del gobierno del Protectorado á exigir obediencia.

El principio del gobierno doméstico de Cromwell era bastante sencillo: en primer lugar, orden y obediencia en todos, y castigos sin consideración á las personas que no demostrasen la lealtad debida. Además de esto, leyes buenas y justas y un régimen liberal sin excepciones. En los servicios públicos púsose remedio á la corrupción y se simplificaron los procedimientos legales; la religión se reformó sobre una base que fué considerada entonces como de tolerancia. Durante el Protectorado, las Universidades florecieron como no habían florecido bajo el gobierno de los Estuardos y como nunca más volvieron á florecer, y los hombres de verdadero talento fueron estimulados y auxiliados. También se permitió á los judíos establecerse en Londres, y es indudable que si Cromwell hubiera vivido más tiempo, hasta los católicos romanos habrían mejorado poco á poco de situación.

Los católicos y los episcopalianos, no obstante, padecieron mucho en aquella época, pero no por ningún odio fanático de Cromwell contra su fe, sino principalmente por la cuestión política. De los católicos y de los sacerdotes de las iglesias episcopalianas habían recibido los Estuardos más apoyo que de ninguna otra clase de la sociedad; y por lo tanto, con razón ó sin ella, Cromwell, obligado á deducir de sus actos que aquellos hombres eran enemigos del Estado por causa de su fe política y religiosa, no tuvo compasión para ellos. Naturalmente, de esto provino el más censurable y triste abuso del Protector.

La política extranjera de Cromwell ha sido tratada por sus críticos con más indulgencia de la que merecía; pocos son los que dejan de dedicarle una palabra de elogio y muchos los que la aprueban del todo. Y sin embargo, es de suponer que la política internacional del Protectorado no fué muy acertada y que sus buenos resultados se debieron principalmente á la debilidad de las naciones continentales y á la lucha entre Francia y España, que indujo á estos dos Estados á desear ansiosamente la alianza con Inglaterra, así como á la excelencia de la armada inglesa.

Cuando son militares los que disponen de los destinos de una nación naturalmente belicosa y nunca demasiado sensible en cuanto á los derechos del extranjero, y cuando esos gobernantes tienen un ejército sin ocupación y tienen al propio tiempo la mejor armada del mundo, pueden mirar la conquista como un derecho natural.

Apenas se puede dudar que esto era el fondo de la política de Cromwell y que deseaba hallar un pretexto para hacer la guerra á España: tal fué la causa principal de la expedición secreta á las Indias Occidentales en 1665. Cromwell

abhorrecía la Inquisición, es verdad, y estaba indignado por las atrocidades que los españoles habían cometido algunas veces contra ingleses; pero esto solo no podía justificar la conducta adoptada respecto de España. Gardiner trata el asunto con bastante precisión (1).

«Si Oliverio hubiera expuesto claramente sus quejas en Madrid, y después de insistir en que se reconociera un tratado por el cual se limitaba el dominio español al territorio ocupado por los españoles, hubiese declarado la guerra al recibir una contestación negativa, nadie hubiera podido censurarle razonablemente. Pero lo que hizo fué evitar toda demanda terminante acompañada de una amenaza de guerra, mientras preparaba una expedición secreta para apoderarse de las colonias españolas sin ninguna declaración de guerra preliminar y sin hacer la menor indicación de que trataba de romper la paz.»

Parece que nunca le ocurrió á Cromwell que en el caso de que pudiera asegurar la protección de los súbditos ingleses fuera de su país, manteniendo una actitud de firme neutralidad, haría mucho más en favor de Inglaterra que con ninguna lucha, aunque tuviese buen resultado. Tampoco echó de ver, sin duda, que no era un ejemplo de elevada moralidad internacional atacar las posesiones españolas de las Indias Occidentales antes de haber declarado la guerra. Parecería, á juzgar por sus discursos (2), que había heredado algo del antiguo espíritu del reinado de Isabel, persuadiéndose de que «España era la enemiga natural de Inglaterra.»

Con Francia se conservó en paz, y aunque la que se había firmado con Holanda tenía una cláusula secreta, por virtud de la que se había de excluir al príncipe de Orange como gobernante, mejor era esto que la guerra fratricida que Cromwell había heredado del Parlamento Largo.

En todas estas cuestiones, sin embargo, extranjeras y nacionales, el Consejo de Estado tenía el voto preponderante, del que usó él en todos los casos.

Cromwell no era ni por el «Programa de Gobierno,» ni tampoco en la práctica, el gobernante absoluto de Inglaterra.

(1) *Cromwell's Place in History*, págs. 93-94.

(2) Carlyle, parte IX, pág. 161.

CAPITULO XXVIII

Debemos considerar ahora la segunda suposición, sobre la que los enemigos de Cromwell basaron sus más severas críticas, es decir, que en todo cuanto hizo estaba animado de mezquinos motivos personales. Uno de los más notables de sus biógrafos extranjeros, M. Guizot, aunque reconociendo francamente el genio del Protector, apenas ve sino egoísmo en sus más benéficas medidas (1).

Esta acusación, muy dura, no se puede justificar sino por la más firme é irrecusable prueba, que, según creemos, no ha sido nunca aducida por los críticos de Cromwell. Guizot llegó á formar su juicio sobre la conducta y vida privada del Protector tomando sus datos de los escritos de todos los enemigos políticos de Cromwell, y también copió fragmentos de carácter escandaloso que los escritores satíricos realistas publicaron entonces ó escribieron después en favor de Carlos II. Este método se continuó *ad nauseam* por otros; pero ninguno juzgó que valía la pena estudiar seriamente las justificaciones de Cromwell, en las cuales manifiesta con la mayor claridad por qué llegó á ser Protector y qué significaba esto para él.

La fuerza que permitió á Cromwell, aunque era uno de los hombres más odiados de su época, conservar el primer puesto en Inglaterra, se debía á la realidad de sus convicciones; sin esto, de nada le habría servido ser sagaz. Creía, y por lo tanto descargaba sus golpes sin temor; sufrió con paciencia la enemistad y malas voluntades de amigos y enemigos, y nunca quiso separarse ni una línea de la conducta que se había trazado. Todo esto lo hizo con una fuerza, una energía en los propósitos y una vigilancia tan infatigable, que bastó para reducir á la nada todas las tramas urdidas contra él, preservándole hasta el fin de los peligros que le rodeaban.

¿Qué era lo que creía aquel hombre y cuál su propósito cuando llegó á ser Protector? Esto es lo que debemos probar hasta la evidencia para conocer á Oliverio Cromwell tal como era realmente, y no como en general se le pinta.

Y podemos probarlo con sólo quererlo. Léanse los discursos del primer Parlamento del Protectorado con pleno conocimiento de lo que había sido y de lo que había hecho el hombre que hablaba; y á medida que se lea, recuérdese

(1) Guizot, vol. II, pág. 166.

que en las cartas reunidas por Carlyle, muchas de ellas tratando de incidentes que tan sólo un hombre sincero describiría con exactitud, no se encuentra ninguna falsedad ni exageración.

Aquellos discursos, aunque confusos con frecuencia, de estilo torpe á veces, y llenos de expresiones que para los oídos modernos serían grotescas, así como faltos de sentido en ocasiones, son, sin embargo, verdaderos. Estaban dictados por el corazón del orador, del hombre que sabía que en sus manos y en las de su Consejo estaba la suerte de Inglaterra. Todas sus frases demostraban que lo creía así en el fondo de su alma y que, de haber dependido de él, todos los demás hombres lo habrían creído igualmente, reconociendo también cómo pensaba desempeñar el cargo que se le había confiado.

En esta convicción damos algunos extractos de los discursos pronunciados en el primer Parlamento del Protectorado.

Sus frases distan mucho de ser las de un hombre perfecto ó las de uno que se hubiera penetrado bien de la tarea que se había impuesto, es decir, la de convencer á hombres profundamente resentidos contra él por haberse arrogado

la autoridad, de que ésta era un resultado natural de las pasadas dificultades y un hecho inevitable, indiscutible. Creemos que no se puede dar mejor prueba que las propias palabras de Cromwell respecto á lo que éste quería dar á entender realmente con todo lo que hizo y mandó hacer.

Comenzó su discurso en la primera sesión del Parlamento del Protectorado, elegido según el «Programa de Gobierno,» que se reunió en 3 de septiembre de 1655, recordando á sus oyentes que en manos de éstos y en las suyas propias estaba la suerte, no solamente de Inglaterra, sino «de todo el pueblo cristiano del mundo (1).»

Y después, para demostrar que no era su intención elevarse por las alturas de la retórica, sino hablarles sobre lo que consideraba como hechos claros y concisos, prosiguió:

«Por mi manera de hablaros comprenderéis que me expreso con el lenguaje de la verdad; que os digo lo que siente mi corazón y lo que en cierto modo se refiere á los grandes intereses.»

(1) Carlyle, parte VIII, discurso II, pág. 18.



Sello privado del Protectorado inglés
(Tamaño natural)

Con esta introducción, y después de recordar las «providencias de Dios y sus favores,» entró de lleno en el asunto.

«Pienso que el objeto de vuestra reunión, el gran objeto, es remediar los males del país y extirparlos, pues muchas de las medidas adoptadas antes, en vez de curar el daño, al menos para muchos de vosotros, podrían no ser buenas más que para abrir de nuevo las heridas. ¡Debo haceros comprender, sea cual fuere mi pensamiento, que si este día, si esta reunión no sirve para poner remedio, no sé que haremos!»



Sello de Inglaterra después del establecimiento del Protectorado (anverso)

Para substanciar este argumento, que sin duda previó no sería para los oyentes tan obvio como para él, hizo una pintura del estado á que había conducido los negocios el partido fanático del Pequeño Parlamento, contra el cual se había al fin declarado, antes de establecerse el Protectorado en diciembre anterior.

«.... ¿No había llegado á ser todo casi arbitrario?...»
 ¿Qué hombre miraba por nuestros asuntos y por el interés de la nación? ¿Qué era de la autoridad del gobierno, qué de la magistratura y de las clases

y órdenes de hombres por las que Inglaterra fué conocida durante centenares de años?

»La magistratura de la nación estaba casi hollada bajo los pies de hombres que profesaban el principio de igualdad, que tendía á nivelarlo todo... ¿Y qué resultado dió esto más que poner al arrendador al nivel de propietario? Yo creo que si se lograra esto no duraría mucho. ¡Los hombres que profesan ese principio hubieran gritado después de tocar las consecuencias, pidiendo que se restablecieran las cosas como antes estaban!»

De esta manera Cromwell daba á conocer las tendencias conservadoras de su carácter, procurando persuadir á los graves puritanos de que era urgente comenzar con prudencia la obra de las reformas.

Después declara que le son antipáticas las rudas formas de licencia religiosa que comenzaban á prevalecer en aquel tiempo.

«La libertad de conciencia y la libertad del individuo son también cosas sublimes, como todas las que vienen de Dios, por las que se puede luchar; mas de estas dos cosas se abusa, patrocinando villanías.»

Pero Cromwell se cuida muy bien de que nadie pueda creer que sufriría la intolerancia que no toleró en otro tiempo.

«Deseo que no se pueda decir con demasiada justicia que hubo severidad y rigor en nuestro antiguo sistema. Imponerse demasiado sobre el espíritu en materias de conciencia, es negar la libertad de la misma á hombres que la compraron con su sangre, alcanzando la libertad civil y religiosa para los demás.» Aquí se revelaba el antiguo Cromwell.

Después trata de los hombres de la quinta Monarquía y de sus extravagantes nociones, y aunque los condena, tiene una palabra de bondad para ellos.

«Sin embargo, dice, cómo muchos de ellos tenían buenas intenciones, será justo reconocer su carácter de cristianos ejemplares... y compadecerlos.»

Después de esto, hace una breve referencia al último peligro de una guerra con Francia, de otra con los holandeses y portugueses y de nuevas rebeliones en Escocia á causa de la pobreza de la nación, y señala la necesidad de poner «remedio» á ello.

«Ya hemos aplicado uno, continúa, y es el establecimiento de este Gobierno. Este remedio es bien conocido y visible para todos, y por lo tanto no hablaré de él.»

Cromwell habla después del «Programa,» según el cual el Consejo, el Parlamento y él deben gobernar el país; y con este motivo trata de ciertas cosas que el Consejo había hecho después de terminar el Pequeño Parlamento, como la reforma de la ley de Cancillería, la autorización para expulsar á los sacerdotes inmorales y favorecer á los hombres buenos sin distinción de opiniones religiosas.

«Otra cosa ha hecho además este Gobierno, y ha sido convocar un Parlamento libre que, á Dios gracias, vemos aquí reunido hoy. Digo Parlamento libre, y creo que el deseo de todos los buenos ingleses es que continúe siéndolo, salvo los descontentos á que ya me he referido.»

A continuación habla de los resultados de la política extranjera del Consejo y de lo que todavía se hará, concluyendo con unas pocas y varoniles palabras.



Sello de Inglaterra después del establecimiento del Protectorado (reverso)

«Dicho esto, y omitiendo tal vez tras muchas cosas materiales por la fragilidad de mi memoria, seré franco con vosotros, declarándoos que no os he hablado como hombre que presume dominaros, sino como el que desea serviros en interés de los grandes asuntos y del pueblo de esta nación.»

Tal fué el primer discurso de Cromwell en su primer Parlamento «libre.» En cuanto á su espíritu é intención, expresados por sus palabras, no necesita comentarios. Deseaba que se le aprobase, y estaba resuelto á prestar sus servicios como un compañero. El Parlamento fué el que no lo quiso así, pues no se ocupó en la reforma de las leyes, ni en mantener la hacienda del país en su debido estado, sino que comenzó á discutir sobre si el «Programa de Gobierno,» tal como lo habían establecido los oficiales, era ó no satisfactorio. No era extraño que hombres cuya única concepción de un «Parlamento» era que solamente la Cámara de los Comunes debía tener la «autoridad suprema del Estado,» opusieran dificultades á compartirla con un Consejo cuya mayoría no podían destituir: esta condición era un golpe directo contra sus justas prerrogativas. ¡Un Parlamento libre! El calificativo era una burla; así es que, después de elegir presidente la Cámara, se ocupó en hacer enmiendas al «Programa.»

Esto produjo un conflicto directo con Cromwell y el Consejo. Los oficiales pensaron que habían hecho hartas concesiones al Gobierno popular, y que no podían hacer más, atendido el estado del país. Opinaban que el Parlamento no debía haber pedido más concesiones y que los que insistieran en formular mayores exigencias no eran capaces de ser individuos del Parlamento.

En tales circunstancias debió adoptarse una pronta medida. Durante ocho días el Parlamento se reunió y discutió desde las «ocho de la mañana hasta las ocho de la noche,» sin más que una hora de descanso; y el martes, 12 de septiembre, se convocó á sus individuos para que dieran cuenta de lo resuelto.

En el discurso que Cromwell pronunció aquel día (1), su objeto fué demostrar que el Protectorado no se había establecido porque él deseara arrogarse el poder arbitrario, sino porque el Parlamento no podía administrar los asuntos de la nación sin auxilio, y que, siendo así, él no debía volver á la confusión de antes. En una palabra, que llegó á ser Protector porque no quedaba otro medio para librar á la nación de la anarquía y de la efusión de sangre, y que mientras él viviera sería Protector por la misma razón. Debe confesarse que Cromwell habló sinceramente, deseando con toda su alma convencer por sus argumentos, sin verse reducido á valerse de la fuerza.

«En nuestra primera sesión os manifesté cuál era el principio del Gobierno que os ha llamado aquí y por cuya autoridad estáis reunidos en este sitio. Entre otras cosas, dije que erais un Parlamento libre, y lo sois, en efecto, mientras reconocáis este Gobierno y su autoridad, que os llamó aquí. Pero, seguramente, la denominación de Parlamento libre implicaba una reciprocidad, ó no implicaba nada. A decir verdad, lo expresé así, y creo que vuestros actos deben

(1) Carlyle, parte VIII, pág. 40

amoldarse á ello; pero veo que será necesario que yo haga aclaraciones sobre mi cargo, para lo cual aún no he tenido tiempo. Siempre pensé, desde que comencé á ejercer mis funciones, que si Dios no quiere conservarme en mi



Estatua de Cromwell, por W. Harris Thornycroft

puesto, al que yo no he aspirado, me obligará á dejarle. El Señor es testigo de que digo la verdad...

»Por mi nacimiento soy caballero, y no he vivido con mucha ostentación ni tampoco en la obscuridad; he desempeñado varios empleos en la nación..., y para no ser enojoso, diré que he procurado cumplir con mis deberes honradamente.

».... Después de la batalla de Worcester vine á Londres para cumplir con mis deberes cerca del Parlamento que entonces había, esperando que todos estarían dispuestos á corresponder á lo que parecía ser la voluntad de Dios, es decir, á proporcionar paz y reposo á su pueblo, y sobre todo á los que habían derramado más sangre que los demás en los campos de batalla; pero mi desengaño fué grande.

».... Puedo decir con toda la sencillez de mi alma que no aprecio mi cargo, que lo rehusé, indicándolo así en mi primer discurso; no me agrada excitar resentimientos ni descubrir la desnudez....»

Pronunció luego algunas palabras acerca del Parlamento anterior y añadió:

«Confieso aquí francamente, y á satisfacción de varias personas que vieron que no se podía obrar de otro modo, que aquel Parlamento fué disuelto, y deseando ver nosotros si algunos hombres reunidos por corto tiempo serían capaces de introducir cierto orden en la nación, llamamos á esos caballeros (el Parlamento Pequeño) de diversos puntos del país....»

»Y.... digo que, como el principal objeto al reunir esa asamblea era normalizar el estado de la nación, mis fines se reducían á transmitir el poder que tenía en mis manos. Os lo digo en presencia del Dios que me amparó en todas mis adversidades, favoreciéndome en mis triunfos. Ese era para mí el más importante y principal objeto.

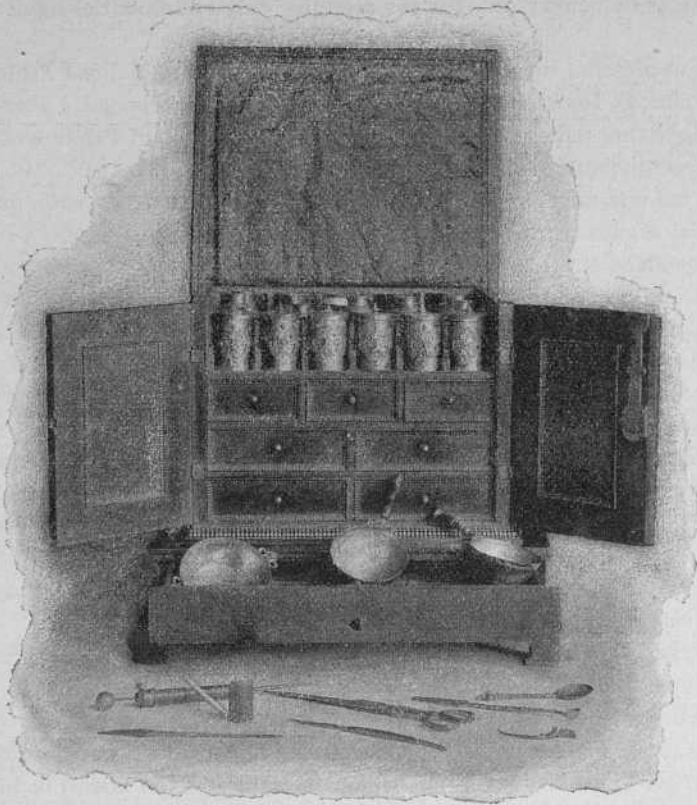
».... Podemos recordar tristemente cuál fué el desenlace de aquella reducida asamblea, que nos ofreció grandes enseñanzas, de las cuales podéis aprovecharos para lo futuro....»

Después habló de la resignación con que el Pequeño Parlamento dimitió, é hizo notar el hecho de que esa circunstancia puso otra vez el poder supremo en sus manos. Luego dijo cómo sus oficiales, después de haber redactado (sin conocimiento suyo) el «Programa de Gobierno,» fueron á verle.

«Me dijeron que, á no encargarme yo de gobernar, opinaban que difícilmente podrían entrar en orden los asuntos, y que habría trastorno y efusión de sangre. Rehusé de nuevo....; mas confieso que fué á fuerza de argumentos. No se me ofrecía nada que me confiriera *mayor* autoridad de la que ya tenía, y muy por el contrario, se me *limitaba*, atándome las manos para que no hiciera nada sin anuencia de un Consejo y hasta que hubiese Parlamento, que limitaría después mi autoridad, según lo prevenido en el Programa.... Acepté.... á ruego de diversas personas de honor y calidad...., acepté el cargo y el título de Protector.»

Prosigue después diciendo que todos los funcionarios públicos han reconocido su autoridad para conceder empleos y los debidos poderes para concluir con su cometido, y que ellos mismos (los individuos del Parlamento que le escuchaban) habían obtenido sus cargos en virtud de nombramientos expedidos en su nombre.» Añadió «que las personas así elegidas no tenían facultades para alterar el gobierno tal como se había establecido, es decir, representado por una sola persona y un Parlamento.»

Había sido conciliador, confiando en el buen sentido, en la verdad obvia de cuanto había dicho para explicar su situación. Después protesta contra el hecho de que pueda haber razón alguna para que su autoridad como Protector, dadas las circunstancias en que le fué otorgada, no «equilibre esta providencia, á los ojos de Dios, con *ningún* interés hereditario, como cosa menos sujeta á esos tu-



Botiquín de Cromwell. (De la colección del Rdo. T. Cromwell.)

multos y alborotos que suelen ser incidentales y que tanta sangre costaron en otros tiempos á la nación.»

La idea de que tiene buen derecho á ejercer el cargo que ocupa prevalece en él y le hace cambiar de tono.

«No reconocer la autoridad del Gobierno, mientras que vosotros ejercéis la vuestra como Parlamento, es contrario á las cosas más fundamentales; reuniros en este sitio y desconocer á los que os autorizaron para estar aquí, es un hecho que asombraría, no solamente á mí, sino á muchos hombres, y que introduciría un desorden peligroso en la nación, tanto como lo peor que inventase nuestro mayor enemigo para privarnos de nuestra paz y bienestar.»



En este punto se detuvo Cromwell: estaba convencido de que el actual estado de cosas, no solamente era justo, sino necesario para la paz de la nación y la conveniente marcha de los negocios, y que, por lo tanto, nadie debía discutirlo. Era preciso enseñar ahora al Parlamento á cumplir su deber, ya que no había sabido hacerlo antes. En su consecuencia, todos los individuos del Parlamento, antes de ocupar otra vez sus asientos, debieron firmar el siguiente convenio:

«Por el presente me comprometo á ser sincero y fiel al Lord Protector y á la República de Inglaterra, Escocia é Irlanda; y no me propondré alterar la forma de Gobierno, representado por una «sola persona» y un Parlamento, ni daré mi consentimiento para que otros lo hagan.»

Esta fué una medida vilolenta que, en concepto de muchos, nada puede justificar. Tal vez sea así: Cromwell la realizó muy á pesar suyo; pero á su entender, no quedaba otro remedio.

«Quisiera que no me hubiera sido forzoso, dijo, llamaros aquí para deciros estas cosas y para decirlas en la forma en que lo hago; pero la necesidad carece de ley. Las necesidades imaginarias son el mayor engaño de que el hombre puede valerse para excusar su desacato á las leyes establecidas; pero sería una estupidez creer que no hay otras que son evidentes y no fingidas.... ¡Derribar este Gobierno tal como está organizado, reconocido por Dios, aprobado por los hombres y constituido sobre una base sólida para el bien de esta nación y su porvenir! Mejor quisiera que me sepultaran en mi tumba, cubierto de oprobio, antes que consentir en semejante cosa.»

Y dicho esto, despidió á los individuos del Parlamento con las siguientes significativas palabras:

«Tenéis poder legislativo absoluto en todo cuanto pueda relacionarse con el interés y el bien públicos, y yo creo que podéis hacer á esta nación feliz tal como estáis constituidos. En cuanto á mí, me interesaré con la mejor voluntad en todo aquello que, en mi sentir, redunde en beneficio del pueblo ó que tienda á proteger la causa y los intereses por que tanto tiempo hemos luchado.»

De esta manera tan acertada defendió Cromwell su posición, limitando ahora la libertad del Parlamento, como restringió después la de los súbditos por medio de los Mayores Generales.

No era su deseo servirse de la fuerza contra el Parlamento, ni autorizar impuestos arbitrarios; pero las circunstancias hicieron la medida «necesaria» é inevitable.

En toda la vida de Cromwell no se encuentra ni un acto ni una palabra que indiquen de modo alguno que Cromwell era por naturaleza un hombre dado á las arbitrariedades.

Las opiniones pueden diferir en cuanto á si sus «necesidades» eran verdaderas ó «fingidas;» pero lo que sí es cosa probada es que sólo apeló á los remedios extremos cuando no pudo apelar á otros recursos.

Por otra parte, Cromwell era un soldado á quien rodeaba un Consejo de soldados; y por lo tanto, los ingleses de todas clases, sin distinción de opiniones políticas, que entonces como ahora odiaban la coerción y la disciplina, condenaron aquel sistema de gobierno. Pero antes de censurarle nosotros á él y á su Consejo, debemos prepararnos para demostrar que ningún gobierno hubiera podido entonces subsistir en Inglaterra sin contar con una espada dispuesta á salir en su defensa cuando fuese necesario.

Así lo creemos, y mientras no veamos alguna prueba más concluyente que las conocidas de que tal cosa era posible, nos parecerá que Cromwell y sus oficiales tenían razón.

CAPITULO XXIX

No debía esperarse que los críticos, que tanto le censuraron como Protector, se mostraran indulgentes con Cromwell en cuanto á su vida privada se refería. Pero, cosa extraña, aunque los críticos realistas apuraron sus vocabularios para pintar el desenfreno del «usurpador» en su primera juventud, apenas hablan de sus irregularidades en los días de su poder; y esta «evidencia negativa» es tal vez la mayor prueba de que Cromwell era uno de los hombres más juiciosos y sobrios de aquella época. No deja de haber, por supuesto, varias historias en que se habla de sus asiduas atenciones con esta ó aquella dama, de lo cual estaba celosa la señora de Cromwell; pero no hubo escándalos, ó por lo menos, las personas inteligentes de la época no dieron crédito á tal cosa. Si Noble y otros cronistas de la historia privada de Cromwell insistieron en tales minucias fué porque los escritores no podían comprender que un hombre se hiciera superior á semejantes debilidades.

Ya hemos hablado de la juventud de Cromwell y del cariño fiel que profesaba á su esposa. Como padre, se distinguía por su ternura y solicitud, tratando á todos sus hijos con justicia y afecto, pero sin cerrar nunca los ojos ante sus locuras y faltas. Sus cartas de amonestación á Ricardo Cromwell, el futuro Protector, son bien conocidas. A este joven no le agradaban los asuntos serios; de alma sencilla y con las sanas aficiones de un campesino, nadie podía quejarse de él moralmente; pero no tenía capacidad para gobernar á los hombres y dirigir los negocios públicos. Cromwell trató de hacerle comprender la gravedad de la vida, y confirióle varios cargos políticos de confianza; pero no oímos decir nada de él más que como hijo de Cromwell, hasta que llegó á ser Protector. La señora Hutchinson le califica en sus *Memorias* de «campesino por naturaleza, aunque amable y virtuoso, pero sin ninguna grandeza.» Gran elogio, en verdad, de aquella buena, pero sumamente parcial señora.

Enrique, el segundo hijo de los que entonces vivían y que llegó á ser diputado por Irlanda, fué tratado con la misma solicitud y afecto por su padre, quien le aconsejó con dulzura, á la vez que firmeza, censurando sus debilidades y tentaciones. Copiamos una carta, escogida entre varias, escrita durante el Protectorado, que es típica y que el joven recibió cuando era Mayor General en el

ejército de Irlanda, posición que había adquirido por su habilidad y fuerza de carácter. Sin embargo, sufrió mucho por causa de sus difamadores, que le acusaban de escándalos, lo cual llegó sin duda á oídos de su padre y fué comentado. La señora Hutchinson trata á Enrique de «caballero libertino;» pero no hay ninguna prueba directa de esto, y es muy significativo que los enemigos políticos del joven Cromwell no hagan mención de ello. De todas maneras, el padre de Enrique Cromwell no era hombre que se pudiera engañar fácilmente sobre tales asuntos.

«Para mi hijo Enrique Cromwell (1).

»Whitehall, 21 abril 1656.

»Enrique: He recibido tus cartas y he visto también varias que has dirigido á otras personas. Estoy satisfecho de tu trabajo; pero si el Señor no te ayuda á soportarle, te hallarás en muy triste situación.

»Me alegro de oír lo que se dice sobre tu conducta; estudia para que ésta sea siempre ejemplar, sirviendo á Dios para que te conserve en su gracia. No seas demasiado celoso, á menos que tus inquietudes respecto á los demás te inspiren recelo; y piensa que la rectitud te preservará contra los hombres.

»Creo que los anabaptistas son censurables por no estar satisfechos de ti, pero esto es culpa suya, y nada te perjudicará mientras tengas por objeto la gloria de Dios. Debes ser religioso sin violencia, y esto te enseñará á amar á los que son la semejanza de Jesucristo. No trates con demasiada dureza á los hombres que luchan contra ti, porque esto te puede ocasionar un disgusto; á mí me cuesta mucho gobernarlos, á pesar de mi práctica. Sé que los hombres son débiles, porque juzgan demasiado ligeramente á los demás, y yo no riño con ellos sino cuando tratan de suplantar á sus semejantes.

»No tengas cuidado por los últimos asuntos, pues ya conocemos á los hombres, ni temas si te envió algunos de éstos, pues todos serán personas piadosas, amantes de la justicia. Finalmente, no estudies el medio de fundar para ti un gran dominio, porque serías objeto de burla. Te vigilarían y los hombres te tacharían de codicioso, defecto que Dios aborrece. Te ruego que te acuerdes de mí en esto.

»Si el Señor no me sostuviese, ya estaría inútil; pero vivo y viviré hasta que el Todopoderoso me llame á sí. Dios te conserve en su gracia.

»Tu cariñoso padre

»OLIVERIO P.»

Las últimas frases de esta carta nos hacen volver á la persona de Cromwell. Había desempeñado una extraña serie de cargos en su vida; pero el de Protector fué el más singular de todos. Primeramente labrador y hacendado, juez de

(1) Carlyle, parte IX, pág. 138.



paz é individuo del Parlamento, capitán de una compañía, coronel de un regimiento, jefe de un reducido ejército y principal organizador de un complicado sistema de defensa local voluntaria. Después, teniente general y reconocida autoridad en todos los asuntos referentes á la fuerza de caballería, activo jefe político y al mismo tiempo campeón de la causa impopular de la libertad religiosa. Más tarde, general con mando absoluto sobre quince mil hombres, con los cuales sometió á un enemigo resuelto que luchaba en su propio país; luego, único poder en la nación capaz de impedir por una parte la anarquía militar, y la corrupción é intolerancia por otra; y últimamente, por todos los derechos naturales que un hombre puede reunir, elegido Lord Protector de la República de Inglaterra.

No es fácil obtener una verdadera descripción de la vida privada de Cromwell; los informes abundan, pero los más de ellos contienen necedades de carácter hostil. Acá y allá, sin embargo, algún artículo de un diario antiguo, el párrafo de alguna carta particular ó el breve bosquejo de un embajador á su corte, nos permiten fijar una rápida mirada en el círculo de familia y en el trabajo diario de aquel hombre que tantos cargos desempeñó en los últimos y más memorables días de su vida.

La primera impresión que nos produce lo que leemos es que con el cambio de residencia varió el sistema de vida de Cromwell. El labrador de Ely, cuya familia probablemente tenía una sala común á todos, en 1646, durmiendo dos personas en una habitación, aceptó del Consejo de Estado, en marzo de 1654, la mansión de Hampton Court, con todos sus parques y tierras; y como vivienda en la ciudad, el real palacio de Whitehall. En diciembre de 1651 se otorgaron á Cromwell, para el caso de que quisiera cambiar de residencia, Saint James's House con su parque, el castillo de Wíndsor, Mews, Somerset House, Greenwich House con su parque y el castillo de York; y aunque nunca habitó más que en Whitehall y Hampton, el hecho de haber cambiado dos veces de morada en el espacio de ocho años después de salir de su pequeña casa, es muy extraño tratándose de un soldado puritano. Aquellos palacios suponían una numerosa servidumbre, grandes recepciones, bailes y un sistema de vida semejante al de un monarca del reino por derecho hereditario en vez del de un hombre elegido para desempeñar un cargo vitalicio.

La cantidad que se le asignó para sus gastos fué primero 64.000 libras esterlinas al año; después llegó á 100.000, y de esta suma, aunque tan considerable, no hay prueba de que Cromwell ó su familia ahorraran ni un céntimo.

Fácilmente puede imaginarse lo que los republicanos murmurarían ante aquel estado de cosas, y ya se comprenderá que aquella grandeza fué señalada como una prueba concluyente de que Cromwell había sido egoísta y ambicioso, animado del deseo de llegar á ser Protector y que ahora estaba disfrutando codiciosamente del fruto de sus intrigas.

Mr. C. H. Firth, en un bien escrito artículo titulado «La Corte de Crom-

well (1),» nos presenta uno al lado de otro dos informes sobre este particular, uno realista y republicano el otro.

«Ahora, escribe Sir Philip Warwick, está arreglando su casa para que se parezca un poco á una corte, y sus lacayos y guardias son bien conocidos por sus libreas y sus uniformes.»

La señora Hutchinson dice: «Su corte estaba llena de pecados y de vanidad, y esto era tanto más abominable cuanto que no habían desechado el nombre de Dios del todo y le profanaban con su conducta.»

Figuraban en aquella corte un Lord Chamberlain, Sir Gilbert Pickering, un superintendente y un caballero, Mr. Claypole, que era el esposo de Lady Betty, hija segunda de Cromwell. En el ceremonial de corte se desplegaba extraordinario fausto.

En marzo de 1654, cuando el embajador de Francia, Bordeaux, se alojó en Tower Wharf, se le condujo en el lujoso coche del Lord Protector, acompañado de Sir Oliver Fleming (maestro de ceremonias) y de diez de los pajes de Su

Firma de Oliverio Cromwell. Copia de una carta fechada en Westminster el 13 de junio de 1656 y dirigida á Federico Guillermo, príncipe elector de Brandeburgo.

Alteza, ostentando el cochero y el lacayo las libreas del supremo magistrado.

Las recepciones de los embajadores por Cromwell en persona eran muy fastuosas. «Si Cromwell hubiese sido rey, observa Mr. Firth, apenas hubiera podido darse mayor ostentación. Algunas veces se celebraban grandes banquetes. En 2 de febrero de 1657, Cromwell invitó á todo el Parlamento, pues era día en que se debían dar públicamente gracias á Dios por haber librado al Protector de una conspiración que tenía por objeto asesinarle.

»Después de los sermones, el presidente y los individuos del Parlamento se presentaron en Whitehall para comer con Su Alteza, que los trató como un príncipe, trasladándose todos después de comer al Cok-pit, donde se obsequió á los convidados con un escogido concierto de orquesta y canto, que se prolongó hasta la noche.»

Este relato, y los detalles sobre las festividades con motivo de las bodas de las hijas del Protector, Francisca y María, contrastan con la fría formalidad y rigidez del período puritano.

Cromwell cazaba cuando le quedaba tiempo para ello; era apasionado por la buena música, y tenía á sueldo en su morada á los más hábiles artistas. Sobre este punto se cita un hecho interesante, pero que no hace mucho favor á la profesión.

«Un distinguido músico, dice Mr. Firth, fué nombrado organista del Pro-

(1) *Cornhill*, septiembre de 1897.

tector y maestro de música de sus hijas, con un sueldo de cien libras esterlinas anuales.»

Pero la música no era el único recreo en Whitehall ó en la residencia de campo. «En la boda de Francisca Cromwell, que casó con el nieto del conde de Warwick, hubo cuarenta y ocho violines, y gran broma y algazara, además de mucho baile (diversión que hasta entonces se había considerado como cosa profana). Entre los bailarines figuraba el conde de Newport, que bailó con la esposa del Protector.»

Hasta la pobre señora Cromwell debió desempeñar su papel en aquellas diversiones, lo cual escandalizó, por supuesto, á muchos puritanos; pero está fuera de toda duda que Cromwell no se quejó personalmente de aquellos pasatiempos inofensivos.

De este modo se conducía la «corte» del Protector; pero no se hace mención de escándalo alguno respecto á Cromwell, á su familia ó á sus «cortesanos,» como los republicanos llamaban á los partidarios del Protector. Además, cuando se examina de cerca la vida de Oliverio, pronto se reconoce que la grandeza y ostentación, los lacayos, los pajes, los coches y todo los demás, tenían un objeto determinado, el de aparentar; pero no eran cosas de su gusto. Cuando no había necesidad de dar ningún banquete, Cromwell vivía sencillamente, comía poco, y no era difícil de contentar... «En su mesa muy raras veces ó nunca se servían platos caprichosos, como los de los franceses al gusto moderno.»

Se asegura también que su bebida favorita era una cerveza de siete shillings seis peniques el barril, bien cocida y condimentada, conocida con el nombre de *Rocio de la mañana*.

En su trato con los hombres procedía con la misma cuidadosa formalidad que en público, y privadamente observaba la sencillez y cortesía de un caballero.

Sagredo, embajador de Venecia, citando los detalles de una entrevista particular con el Protector, dice: «Me recibió en el centro de la habitación y al salir me acompañó hasta la puerta.»

Whitelock, en su diario, describe así á Cromwell cuando estaba reunido con varios amigos y consejeros: «Algunas veces se mostraba muy alegre con nosotros, y dejando á un lado su grandeza, nos trataba con mucha familiaridad, haciendo versos para que cada cual diese muestras de su inspiración. Generalmente pedía tabaco, pipas y una bujía, y á veces fumaba con nosotros. Después volvía á recobrar su gravedad.»

Cuando Cromwell aceptó el cargo que le ofreció su Consejo, pensaba que si Inglaterra quería seguir siendo una gran potencia entre las naciones continentales, el que la representase debía ostentar «pompa y ceremonia» en toda su vida pública, en las relaciones con el Parlamento y con los oficiales, y sobre todo con los embajadores de los países extranjeros, quienes harían una comparación favorable con las cortes de los otros soberanos. A este objeto no perdonó gas-

tos y despreció las burlas de enemigos y las murmuraciones de amigos; habíase trazado esta conducta como la más conveniente, y por lo tanto persistió en ella hasta el fin.

Un comentador, después de criticar tales gastos de la «corte,» dice:

«Encuentro otros que, conociendo lo que es la grandeza de las almas más elevadas y viviendo más cerca de ella, dicen que no se hace nada que se aparte de lo que de ordinario suele hacerse entre personas nobles, y que los gastos no son ni la décima parte de lo que en otro tiempo fueron y se limitan á lo más indispensable para el honor de la nación inglesa.»

Creemos que este será el sobrio juicio de la historia. Cromwell no llegó nunca á ser rey; fué instado á ello vivamente por el Parlamento, sobre todo por los abogados constitucionales; pero la mayoría de los oficiales del Consejo de Estado y del ejército se declararon en contra del proyecto, y después de largas vacilaciones, Oliverio rehusó la corona. Tal vez no se conozcan nunca las verdaderas razones que tuvo para ello; pero es absurdo creer que no aceptó por causa de temor personal á



Monedas inglesas acuñadas en 1658

sus oficiales. Su posición era demasiado segura para que pudiese considerar el apoyo de aquéllos como vitalmente necesario, y además había demostrado antes, con bastante frecuencia, que cuando creía que debía proceder de tal ó cual manera, se atenía á ella, arrostrándolo todo. La verdad parece ser que, viendo que los hombres en quienes más confiaba y que habían sido sus mejores amigos, se declaraban completamente contrarios á la idea, resolvió que, á menos de una necesidad apremiante, no valía la pena de dar semejante paso.

«Pero puedo añadir una palabra, dijo Cromwell, sobre otra cosa que me aguijonea un poco, ó sea la de que mi deber es aceptar el título. Sin embargo, creo que no puede existir deber alguno más que entre Dios y el hombre, si éste reconoce sus propios achaques y sus debilidades, comprendiendo que tal vez no es capaz de llevar á cabo su misión (1).»

En la cuestión de monarquía, Cromwell buscaba en vano el «deber» que justificara su separación de Desborow, Fleetwood y otros; y no encontrando tal justificación, acabó por desechar la idea.

«Todo hombre, dijo, que debe dar cuenta á Dios de sus actos, ha de justificar hasta cierto punto su propia obra y obtener en su conciencia la aprobación de lo que ha de hacer ó soportar....»

».... Pero verdaderamente, esta es mi contestación.....: que yo no sería hombre honrado si no os dijese que no puedo aceptar del Gobierno semejante título

(1) Carlyle, parte X, págs. 261, 300.

ni desempeñar tales funciones, pues teniendo un poco más de práctica que los demás, conozco bien los disgustos y las dificultades que los hombres sufren cuando ocupan tan elevado puesto y se encargan de tan ardua empresa. Estoy persuadido de que no me es posible desempeñar el Gobierno con el título de Rey. Y he aquí mi contestación sobre este grave é importante asunto.»

En el año 1658 comenzaron los disgustos y las aflicciones en la casa de Cromwell. Francisca, casada hacía cuatro meses, perdió á su esposo, Mr. Rich, en febrero; y el 6 de agosto, Isabel Claypole, «Betty,» la hija favorita de Cromwell, murió después de una terrible enfermedad, en medio de los mayores sufrimientos. Su padre apenas se separó de ella desde que cayó enferma.

«En estos últimos catorce días, escribió Thurloe, Su Alteza ha permanecido junto á la cabecera de su lecho, en Hampton Court, sin poder cuidarse de los asuntos públicos (1).»

Se supone que la vista de los padecimientos de Betty produjo una sacudida en el sistema nervioso de Cromwell, debilitado ya por muchos años de excesivo trabajo é inquietudes que no pudo desechar. Poco tiempo después, Jorge Fox, el cuáquero, recuerda en su diario lo siguiente:

«Le encontré paseando á caballo en el parque de Hampton Court, á la cabeza de sus guardias. Antes de acercarme, observé en su rostro el sello de la muerte, y cuando estuve próximo á él me pareció un difunto.»

El sábado, 21 de agosto, Cromwell comenzó á enfermar á consecuencia de una fiebre terciana aguda, su antigua enemiga, y fué empeorando de día en día. Los médicos menudeaban sus visitas, haciendo cuanto les era posible, y los sacerdotes oraron en público pidiendo á Dios que salvase al enfermo y creyendo que lo conseguirían; pero todo fué en vano. El Protector de la Inglaterra puritana, aquel baluarte de la causa, estaba moribundo, y el 3 de septiembre, á las tres de la tarde, falleció.

Aquel día murió también el poder de la República que Cromwell había sustentado en sus robustos brazos. Nació con él y con él debía sucumbir aunque hubiese vivido muchos años.

Acosado de continuo, contrariado por su Consejo de mil maneras que nunca conoceremos y que tan sólo podemos imaginar, la verdad es que su mano condujo la nación en las horas de peligro. Su indomable voluntad, su acertado juicio y su incansable paciencia mantuvieron unidos como con un círculo de hierro á los elementos discordantes que había en el país. Cuando este círculo se rompió, el gobierno del reino cayó hecho pedazos.

No había en la nación nadie que pudiese encargarse de él, ni ocupar el lugar de Oliverio Cromwell.

(1) Thurloe, VII, 295.

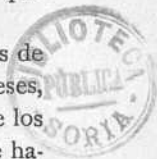
APÉNDICE (1)

EL FIN DE CROMWELL

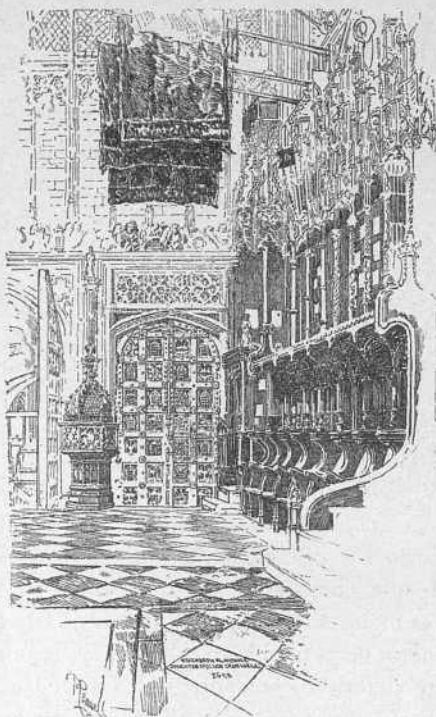
Un rayo de esplendor brilló en el cielo cubierto de nubes: Cromwell, en conformidad con el tratado hecho con Francia en marzo de 1658, había enviado seis mil hombres y un contingente naval como auxiliares de aquella potencia en un ataque por mar y tierra contra Dunquerque. El famoso Turenna tenía el mando general de las fuerzas aliadas con Lockhart á sus órdenes, como jefe de los seis mil ingleses. No faltaban los elementos dramáticos: el cardenal Mazarino estaba en el terreno, y Luis XIV, joven entonces de veinte años, tomaba las primeras lecciones en el arte de la guerra. En las fuerzas españolas que hacían frente al rey de Francia hallábanse sus primos, los duques de York y de Gloucester, los dos hijos de Carlos I, que, como el mismo Luis, eran nietos de Enrique de Navarra. Con los príncipes ingleses estaban las brigadas de Irlanda é Inglaterra que habían seguido la suerte de la familia desterrada, y que una vez más debían luchar con los siempre victoriosos soldados de Cromwell. El Protector envió á Fauconberg, su nuevo cuñado, á Calais con cartas afectuosas en las que saludaba y cumplimentaba al rey francés, acompañando sus misivas con un magnífico regalo de caballos ingleses. El mensajero fué recibido con extraordinaria ceremonia, así por parte del monarca como del cardenal, y este último le condujo él mismo cogido de la mano hasta la puerta exterior, cumplido que jamás había otorgado al embajador de ninguna testa coronada.

La batalla de las Dunas (14 de junio) se dió entre las colinas arenosas de Dunquerque, terminando con la derrota del ejército español. «Los ingleses, dice un testigo ocular francés, lanza en mano, cargaron con tal vigor sobre los ocho batallones españoles apostados en el terreno alto de las Dunas, que haciendo frente al fuego de mosquetería, y á pesar de una obstinada resistencia,

(1) Como complemento de la obra de Arturo Paterson hemos creído de interés añadir á modo de apéndice el presente capítulo con que el escritor norteamericano John Morley termina su estudio *Oliver Cromwell*, que vio la luz en *The Century Illustrated*, de Nueva York, el año 1900. (*N. de los E.*)



desalojaron al enemigo de su posición.» Esta última era tan fuerte, que Lockhart la creyó al principio inexpugnable; y cuando concluyó la lucha, dijo que había sido el más empeñado combate que jamás viera. La victoria de Turena fué completa, y al cabo de una semana Dunquerque se rindió. Después llegó un momento amargo para los franceses, pues el rey recibió la plaza de Dunquerque de los españoles solamente para



Tumba de Isabel Cromwell (Mrs. Claypole) en la capilla de Enrique VII en Westminster. (Dibujo de José Pennell.)

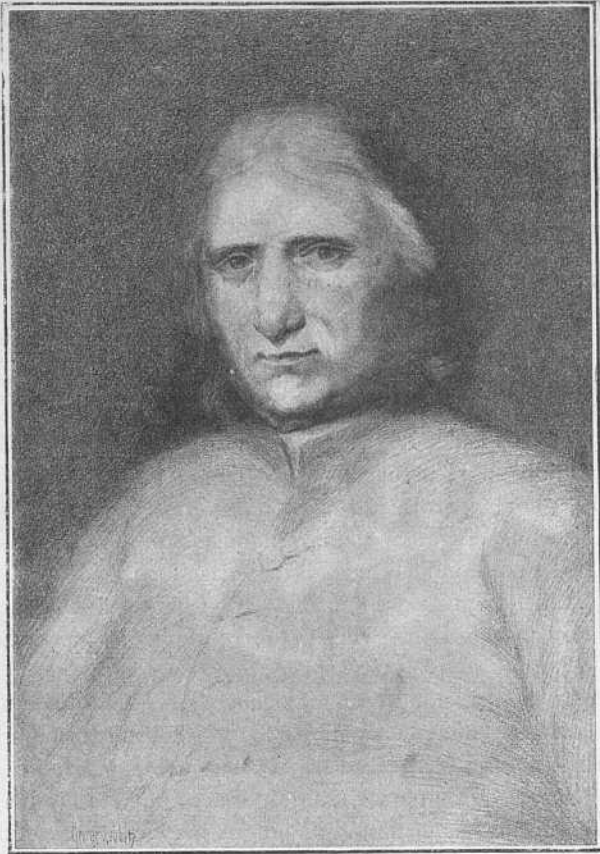
entregar las llaves á los ingleses, según el tratado, y Lockhart tomó desde luego posesión en nombre del Protector. Mazarino sabía muy bien que el precio que aquello le costaba era inmenso. Los historiadores franceses creen que preveía que las contiendas de los ingleses permitirían alguna vez á Francia recobrar lo perdido por la espada ó la bolsa, y así sucedió en efecto. Entretanto, los soldados de Cromwell dieron al valeroso Lockhart mucho que hacer por su curiosidad respecto á las iglesias, é insistieron en permanecer con la cabeza cubierta en los templos; algunos vieron en los sagrados tesoros un rico botín; y uno de ellos estuvo á punto de ocasionar un gran trastorno al encender su pipa en un cirio del altar donde el sacerdote celebraba el oficio divino; pero Lockhart fué severo, y la disciplina prevaleció. Luis XIV envió una comisión de mucha magnificencia al Protector para regalarle una espada cuya

empuñadura estaba guarnecida de piedras preciosas; pero más tarde, cuando Luis llegó á ser perseguidor y brillante campeón del derecho divino, el orgullo del rey cristianísimo debió resentirse al recordar los cumplidos que una vez había dispensado al impío regicida.

La gloria de su gobernante en Europa halagaba el orgullo de los ingleses; pero no dió ningún buen resultado en la confusión que entonces reinaba, sino que más bien sirvió para robustecer la raíz del mal.

«El Señor se complace en favorecer á Su Alteza, dijo Thurloe después de Dunquerque, bendiciéndole de una manera extraordinaria en todos sus asuntos;» pero pronto reconoció la urgente necesidad de poner sus negocios bajo un pie más seguro. Los hombres que reflexionaban fríamente echaron de ver

que si bien las adquisiciones continentales podían vigorizarnos en cierto modo, en cambio su inmenso coste pesaría mucho sobre las cargas financieras que constitúan la principal debilidad del Protectorado, impidiendo el establecimiento de un sistema de gobierno. Para el mismo Cromwell, las dificultades civiles contra las cuales había luchado durante siete años con una fe tan varonil



Jorge Fox. Dibujo de Jorge T. Tobín, del retrato hecho por Sir Pedro Lely existente en el Colegio de Swarthmore

y tan heroica persistencia, debían llegar muy pronto á su fin. Por eso dijo á su último Parlamento que se consideraba como hombre colocado en una torre para vigilar, que veía lo que podía ser bueno para las naciones y lo que debía hacerse para impedir el mal. Pero pronto sonó la hora del descanso para el audaz centinela. La muerte había visitado ya en aquel año su casa, descargando en ella más de un golpe con su inexorable guadaña. Ricardo, casado con Francisca Cromwell en noviembre, murió en febrero; Isabel Claypole perdió su hijo

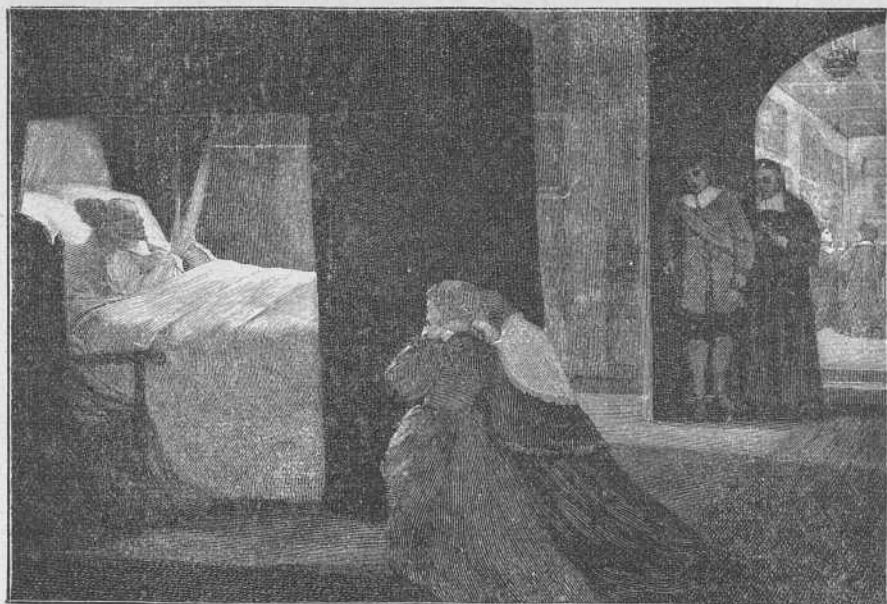
más joven en junio; y durante el verano, ella misma, atacada de una cruel enfermedad, falleció en agosto. Por espacio de muchos días su padre, insensible á los asuntos públicos, veló sin cesar á la cabecera del lecho de la más querida de sus hijas. El mismo Cromwell padecía gota y otros achaques; su estado se agravó por las vigiliias y su profunda aficción; sobrecogióle una fiebre lenta y ésta tomó un carácter peligroso. No veía á su Consejo sino de vez en cuando, y se cuidó de los negocios mientras le fué posible. En aquellos días (20 de agosto) fué cuando Jorge Fox le encontró paseando á caballo en Hampton Court, «y antes de acercarme á él, dice el cuáquero, al verle á la cabeza de sus guardias, me pareció observar en su rostro el sello de la muerte.» Poco después fué conducido á Londres, y mientras se preparaba el palacio de Saint James para recibirle, permaneció en Whitehall. Ya no salió de aquí. Durante su enfermedad «tuvo grandes revelaciones del Señor, en las cuales se le aseguraba que se restablecería para ser otra vez útil en su obra. Por ningún hombre se había orado nunca tanto como por él, y á decir verdad, hubo una consternación general así entre los buenos como entre los malos, temiéndose lo que sucedería si el Señor le llamaba á sí esta vez.» Cuando el gran guerrero supo que su fin era seguro, lo arrojó con la confiada resignación de la fe. Demasiado á menudo había visto la muerte de cerca para temerla ahora en los últimos momentos de mortal angustia. Los capellanes, los predicadores, todas las personas notables se habían reunido en la habitación inmediata, y entraban y salían á medida que pasaban las horas, para leerle la Biblia ó rezar con él. A uno de los que le visitaban le hizo una pregunta conmovedora, tan profunda en su significación como patética en su humildad, cual si recordase los pasados días brillantes de su vida. «Decidme, preguntó, ¿es posible perder la gracia del Señor? — No, contestó el ministro, es imposible. — Pues entonces, replicó el moribundo Cromwell, estoy salvado, porque sé que una vez la tuve.»

Con frecuentes repeticiones y mucha vehemencia de espíritu citó los textos que han consolado á tantas generaciones de creyentes. Murmurando oraciones entrecortadas imploró el favor del cielo para su pueblo, pidiéndole para éste firmeza en sus juicios y mutuo amor, á fin de que se pudiera llevar á cabo la obra de la reforma. «Me habéis hecho, dijo, aunque muy indigno y débil instrumento, capaz de hacer algún bien en servicio del Señor, y muchos me han atribuído demasiado valor, mientras que otros se hubieran alegrado de mi muerte. Perdonad, Dios mío, á los que desean hollar el polvo de un pobre gusano, porque también son hijos de tu pueblo.»

Toda la noche del 2 de septiembre estuvo muy inquieto, y habiéndosele ofrecido alguna bebida para que tratase de dormir, contestó: «No es mi objeto beber ni dormir; lo único que deseo es acabar cuanto antes.» El lunes, 30 de agosto, estalló una furiosa tempestad en mar y tierra, y mientras Cromwell moría lentamente, la aurora iluminó casas destruídas, árboles arrancados de cuajo, barcos naufragos y hombres que se ahogaban.

El viernes, 3 de septiembre, era aniversario de dos de sus más famosas victorias. En esta fecha, siete años antes, se dió la batalla de Worcester, y hacía ocho días que con alegres ojos vió salir el sol sobre las brillantes aguas de Dunbar, mientras los enemigos del Señor se diseminaban. Ahora estaba en brazos de la muerte inexorable, y á eso de las cuatro de la tarde dejó de existir.

Sus restos fueron sepultados en la capilla de Enrique VII tres semanas después, y durante dos meses se exhibió en la casa de Somerset una efigie de cera con el traje oficial, la corona y el cetro. En 23 de noviembre se celebraron los



Muerte de Cromwell

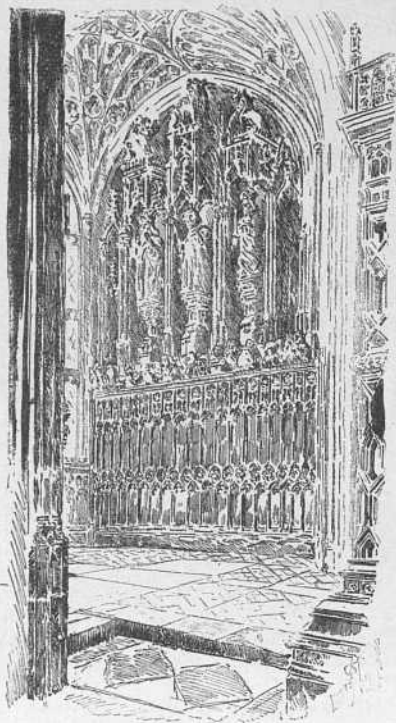
fúnebres públicos con solemne pompa; y entre los sepulcros de los príncipes y guerreros que contribuyeron á la gloria de Inglaterra, el polvo de Oliverio Cromwell reposó algún tiempo en su majestuosa urna.

Dos años más tarde sonó la hora de la venganza. Por acuerdo unánime de la Casa de los Comunes, se dispuso el terrible ceremonial en la fecha que era aniversario (30 enero de 1661) de la ejecución del rey Carlos, doce años antes. «Considerándose este día como de solemne ayuno y de oración, por la mañana, los ataúdes con los esqueletos de Cromwell, Ireton y Bradshaw fueron colocados en un furgón y conducidos á Tyburn (á un tiro de piedra del sitio donde ahora se eleva el Arco de Mármol); después se sacaron de aquéllos, y con sus sudarios se les colgó del cuello, quedando expuestos hasta que se puso el sol; luego se cortaron las cuerdas, y una vez separadas las cabezas, sepultáronse los cuer-

pos en una tumba debajo de las horcas. El ataúd donde estaba el cuerpo de Cromwell era muy rico, con resortes y clavos dorados.» Las tres cabezas se fijaron en pértigas que fueron colocadas en la extremidad occidental de Westminster Hall, donde Pepys las vió cuatro días después en el mismo sitio donde los regicidas habían juzgado al monarca.

Comprender á Cromwell en la línea de los dictadores europeos, con Carlos V,

Luis XIV ó Napoleón, es una hipérbole que no le hace justicia del todo. Guizot se acerca más á la verdad cuando considera á Cromwell, Guillermo III y Wáshington como jefes y representantes de las crisis soberanas que han puesto remedio á los destinos de las naciones. Cuando preguntamos cuál fué la participación especial de Cromwell en una misión tan suprema, la contestación, si se busca entre las preocupaciones de la moderna controversia, se deduce fácilmente. Por su genio militar, por el poder de las legiones que creó y condujo de una victoria en otra; por las que alcanzó en Marston, en Naseby, en Preston, en Worcester, en Irlanda y en Dunbar, Cromwell fijó su sello en los destinos de Inglaterra tal como eran en aquel vasto dominio en que el reino debía transformarse en el transcurso de las edades. Cromwell era jefe de un partido que secundaba completamente sus opiniones muy arraigadas, creyendo que ni la libertad civil ni la política se podrían afianzar sin recurrir á la espada; y por cierto que el Protector demostró ser muy hábil y práctico para servirse de este medio. Por su



Capilla de Enrique VII en Westminster, donde están enterrados Cromwell y algunos de los generales é individuos de su familia. (Dibujo de José Pennell.)

actividad y vigor, por su arrojo y prudencia, en sitios, marchas, largas campañas y combates; como hombre de gran táctica cuando era jefe de la caballería, y como estratégico, los prácticos modernos consideran á Cromwell verdadero maestro en el rudo arte de la guerra.

En el medio siglo próximo á terminar, así en la Europa occidental como á través del Atlántico, la antorcha de la guerra se encendió más bien por la unidad de raza que por las libertades. Cromwell buscaba ambas cosas: con su diestra armada aniquiló las pretensiones absolutistas, así del trono como de la nobleza,

y después obligó á los tres reinos á unirse para formar un solo Estado. En aquellos momentos decisivos, cuando la balanza del destino vacilaba, el invencible capitán la hizo inclinarse como quería. Después de discutir sobre los aspectos de su política especial en las diversas ocasiones; después de haber examinado todos los caracteres secundarios de su Gobierno, lo dicho basta para definir el verdadero lugar de Cromwell en nuestra historia.

El Protector supo conservar una forma de paz provisional, librando á la nación de la anarquía en que así el orden como la libertad hubieran sucumbido; hizo lo que alguno de los mejores de sus contemporáneos consideraron como un error; y la elección de sus medios le sirvió para vencer las dificultades que



Mascarilla de Oliverio Cromwell, de la colección de la Sra. Frankland-Russell-Astley

él mismo se había creado, sin que nunca le faltara la persistencia. En la más difícil tarea de establecer la base de un orden de cosas que continuara después de su imperioso dominio, fué derrotado. «He hecho por necesidad, dijo entonces, en ese asunto cuanto me dictaba mi conciencia, no tanto con la esperanza de practicar un bien, como con el deseo de evitar un mal.» No le parecía bastante fuerte ningún baluarte para contener á la facción revolucionaria ni á los esfuerzos de la reacción que debían llegar después. «¿No depende de la vida de Su Alteza, como dijo Enrique Cromwell, de su especial habilidad y de su interés por el ejército, vuestra paz y bienestar?» Esto quiere decir que el Protectorado no era un sistema, sino tan sólo un expediente de supremacía individual.

Cierto es que Ricardo Cromwell accedió á todo sin oposición; durante algunos meses ejerció el poder supremo, pero no fué real y verdadero ni un solo día. El tesoro estaba tan exhausto, que hubo de pasar por la humillación de rogar á Mazarino que le prestara cincuenta mil libras. La mayoría del nuevo Parlamento era indudablemente favorable al principio á Ricardo y á su Gobierno; pero una constitución que dependiera de las fluctuaciones de la mayoría y la



minoría divididas siempre en la Casa de los Comunes, no podía ser estable. La autoridad estaba minada, mientras que el déficit en la hacienda y los abusos en la administración eran otros dos grandes males. Dunquerque, Jamaica y las glorias de Blake no fueron ya nada comparadas con las pérdidas del comercio. La lucha entre el Parlamento y el ejército, tanto tiempo reprimida por la mano de hierro de Cromwell, que no pudo, sin embargo, sofocarla, estalló al fin en ardiente llama. Ricardo Cromwell, hombre de honor y de buen sentido, pero sin el prestigio del soldado, sucumbió y desapareció (mayo de 1659). La antigua lucha entre el poder militar y el civil continuó hasta el fin en medio de mezquinas intrigas, de egoísmo, de mutuas quejas y de impotencia política, esos elementos en que tantas revoluciones espiraron después; más afortunadamente no



Medalla conmemorativa del entierro de Oliverio Cromwell

se derramó sangre. No se tardó en llamar á los Caballeros, que enfurecidos por sus pasadas derrotas y su ruina actual, procedieron esta vez con mano enérgica; mientras que los Obispos, por otra parte, se mostraron ansiosos de recobrar otra vez sus tronos. El nuevo rey tenía á su lado á Clarendon; pero catorce años de destierro, con todas sus privaciones y esperanzas que siempre se dife-

rían, le habían hecho olvidar los principios y aspiraciones de los pasados días cuando estaba al lado de Pym y Hampden contra Laud y Strafford. Indudablemente la monarquía volvió con sus alas recogidas, después que la espada de Cromwell lo había asegurado todo.

Apenas se puede refutar la idea de que la revolución de Cromwell fué el fin de la Edad media, más bien que el principio de la era moderna. Ciertamente hubo poco de esa fe en el progreso que fué más tarde la inspiración de otra época. En cierto sentido, Cromwell no era demócrata, pues según hemos visto, declaró que no se ha de hacer lo que agrada al pueblo, sino lo que es para su bien. Las palabras de Carlos en el patíbulo expresaron que la libertad del pueblo estaba en las leyes, «y no en tener una participación en el gobierno.»

Por otra parte, persistía en que las cosas obtenidas por fuerza, nunca buenas en sí, no honran al gobernante, ni es probable que duren. «Lo que ganamos por la libre voluntad es mejor que lo adquirido por la fuerza, decía; y se verá que es injusto y poco acertado privar á un hombre de su libertad por el hecho de suponer que puede abusar de ella.»

Al decir que Cromwell tenía el espíritu previsor, deduciendo de esto que poseía lo bastante para ejercer el poder en los más importantes asuntos, tan sólo repetimos que tenía el instinto de gobierno, lo cual difiere mucho de tener afinidad á las ideas abstractas de los políticos, ó el amor á la libertad. El instinto de orden ha sido á menudo tan propio de un tirano como de un héroe, tan común á varios de los peores hombres de la historia humana, como de los mejo-



RICARDO CROMWELL

res que se han conocido. Cromwell no era un Federico *el Grande*, que hablaba de la humanidad considerándola como una tribu maldita; pertenecía al tipo más raro y noble de los hombres de gobierno que obran por su fe, su compasión y esperanza, no menos que por los consejos de la sabiduría práctica y que para su fuerza política han de buscar una base moral: esto debe ser motivo de admiración para los hombres. Sus ideales eran elevados y su fidelidad á ellos, aunque confusa á veces, constante; mientras que su ambición fué siempre pura. Sin em-



Tomás, conde de Strafford

bargo, apenas se puede admitir que la casualidad se convirtió en uno de los ídolos de la escuela que sostenía, tímidamente en Inglaterra, pero sin rebozo en Alemania, que el poder es una condición del derecho, y que éste y la fuerza del Estado justifican todos los medios.

Cuando se proclama que ningún gobernante inglés hizo más que Cromwell para mejorar el porvenir del país en que mandaba, nos exponemos á alterar la historia solamente para realzar los ideales retrógrados. Muchos discutirían que Tomás Cromwell, al decidir del futuro de una de las más poderosas instituciones del país, ejerció una influencia más profunda que la de Oliverio. Si Cromwell hizo poco para dar forma á la futura Iglesia de Inglaterra, lo mismo se podría decir respecto á su Parlamento. En la organización constitucional, el lugar más importante corresponde al sabio aunque menos heroico Walpole. El desarrollo de la constitución inglesa se siguió bajo principios que desagradaban mucho á Cromwell; la idea de un Parlamento siempre en sesión, inspeccionando los detalles administrativos, era, á su modo de ver, un mal intolerable. Este era casi el único sistema contra el cual, aunque tan indiferente á todas las formas constitucionales, se mostró siempre inflexible. Sin embargo, para bien ó

para mal, este es nuestro sistema de hoy, así como el de todas las grandes comunidades políticas que se han atenido á nuestro modelo parlamentario. Por otra parte, cuando se dice que á causa de Cromwell la falta de conformidad pudo propagarse lo bastante para desafiar la tormenta de la Restauración, ¿no se olvida la primitiva fuerza de aquellos grandes puritanos, de los que nacieron así la rebelión como el mismo Cromwell? No fué un hombre, ni siquiera como Oliverio, quien hizo la Revolución resistiéndose contra la Restauración; fueron



Retrato de John Milton á la edad de 62 años
(Grabado de Guillermo Faithane, según un dibujo original)

las mismas fuerzas espirituales ocultas, aunque podemos decir que Cromwell fué el promovedor.

Se ha llamado un error común de nuestro tiempo atribuir demasiado á los designios y á la influencia de hombres eminentes, de gobernantes y gobernados. La queja es justa y debemos fijarnos en ella. El ímpetu de los pasados acontecimientos, los espontáneos impulsos de la masa de una nación ó una raza, la presión de las esperanzas y temores en general, las nuevas cosas que se aprendían en las «nuevas esferas del pensamiento,» todo tiene más relación con el progreso de los asuntos humanos que las deliberadas opiniones de los más resueltos y previsores jefes individuales. Treinta días después de la muerte del Protector se produjo una revolución más provechosa. Hiciéronse leyes más justas, los tribunales se purificaron; la prensa comenzó á disfrutar de una libertad, á la que Milton había hecho un glorioso llamamiento, pero que Cromwell se atrevió á rehusar; y los derechos de conciencia fueron reconocidos al fin parcial-

mente. Sin embargo, la «Declaración del Derecho» y el «Acta de Tolerancia,» hijas de una corriente de ideas, máximas y métodos, no eran puritanas. Nuevos tributarios habían cambiado ya las corrientes de esa gran confluencia de maneras, de morales y de opiniones que el tiempo guía en los viajes de la humanidad: había comenzado la época del racionalismo con sus brillantes luces y sus sombras. Unos noventa años después, en 1688, otra revolución se siguió en Inglaterra á través del Atlántico; y el golfo que mediaba entre Cromwell y Jefferson es la medida de la vasta distancia que el pensamiento de los hombres había recorrido. Con la muerte de Cromwell terminó la breve vida de la teocracia puritana en Inglaterra. Fué la fase de un movimiento que dejó una herencia de varios nobles pensamientos, el recuerdo de una valerosa lucha en beneficio de la libertad humana, y una serie de poderosos talentos con Milton, y Cromwell á su cabeza. Los fines políticos engañan: nuestra verdadera sabiduría consiste en aprender á combinar hábilmente los razonables y equitativos veredictos de la historia, con el justo precio que encierran esas eternas cualidades, adquiridas á costa de grandes esfuerzos y que son la esperanza del mundo.

FIN

ÍNDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN ESTE TOMO

	<u>Páginas</u>
Prólogo de los editores.	5
El reinado de Carlos I hasta el principio de la guerra civil, por el Dr. Alfredo Stern.	7
Oliverio Cromwell, su vida y su carácter, por Arturo Paterson.	111
Apéndice. — El fin de Cromwell, por John Morley.	343

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO

	Páginas
El rey Enrique VIII de Inglaterra. Cuadro de Juan Holbein, propiedad del conde de Yarborough.	9
Medalla con el retrato de María Tudor (tamaño original).	11
Medalla de la coronación de Isabel de Inglaterra (mitad del tamaño natural). . .	13
Isabel de Inglaterra. Copia de un retrato pintado por Franz Forbus de Aelteren, 1540-1580.	15
El rey Jacobo I. Copia de un grabado de la época.	21
Carlos I de Inglaterra. Copia de un grabado de la época, según el retrato original hecho por Wan-Dyck.	33
Jorge Williers, duque de Buckingham.	35
John Eliot. Copia de un grabado de la época por W. Holl.	37
Firma de Carlos I. Copia de una carta fechada en 22 de agosto de 1626 y dirigida al príncipe elector de Brandeburgo Jorge Guillermo.	41
El arzobispo Guillermo Laud. De un grabado al agua fuerte de J. Watson, según un cuadro de Van-Dyck.	55
John Hampden. Copia de un retrato existente en la galería del duque de San Germán en Port-Eliot.	61
Escudo y firma de John Hampden.	63
John Milton, secretario que fué de Cromwell.	65
La firma del Covenant en Edimburgo.	71
John Pym. Copia de una miniatura pintada en cobre por Finden.	75
Escudo y firma de John Pym.	77
Tomás Wentworth, conde de Strafford. Copia de un cuadro original de Van-Dyck. .	79
Lord Falkland. De un grabado de E. Scriven, según un cuadro de Van-Dyck. . .	95
Eduardo Hyde. De un grabado de R. Cooper, según un cuadro de Pedro Lely. . .	101
Lady Lucía Persy, condesa de Carlisle. De un grabado de Lombart, copia de un cuadro de Van-Dyck.	105
Oliverio Cromwell. De un busto en mármol atribuido á Bernini.	111
Escuela pública. Hospital de San Juan, fundado por el conde Hunulden. Aquí se educó Cromwell, bajo la dirección del Dr. Beard.	113
Casa solariega de la familia de Cromwell. Ahora residencia de los condes de Sandwich.	115
Casa en donde nació Oliverio Cromwell el 25 de abril de 1599. Reedificada en parte y convertida actualmente en convento de los Agustinos de Huntingdon. . . .	115
Roberto Cromwell, padre de Oliverio Cromwell. De un cuadro de Roberto Walker, que se conserva en la colección del duque de Sandwich.	117
Isabel Steward, madre de Oliverio Cromwell. De un cuadro de Roberto Walker, que se conserva en la colección del duque de Sandwich.	119
Oliverio Cromwell á la edad de dos años. De un cuadro original de la colección de Mrs. Frankland-Russell-Astley.	121
Oliverio Cromwell. Cuadro original de Samuel Cooper, existente en el colegio Sidney Sussex, de Cambridge.	123

Isabel Bouchier, esposa de Oliverio Cromwell. Copia del original de Samuel Cooper	127
Firmas autógrafas de los esposos Oliverio Cromwell é Isabel Bouchier.	127
Cromwell en su granja de Saint-Ives. Cuadro de Ford Madox Brown.	129
Casa de Cromwell en Ely, hoy propiedad de Mr. Stephen Coxon.	131
Primer discurso de Oliverio Cromwell en el Parlamento, pronunciado en febrero de 1628.	135
Ruperto Devereux, conde de Essex, Lord General nombrado por el Parlamento. . .	137
Una emboscada en la batalla de Edgehill. Fragmento de un cuadro de Seymour Lucas.	
Sección de infantería sorprendida por el enemigo al atravesar unos sembrados.	139
El príncipe Ruperto. De un grabado de S. Freeman, según un cuadro de Pedro Lely.	143
Sir Guillermo Waller. Copia de un cuadro existente en la Galería Nacional de retratos en Londres.	145
Guillermo Cavendish de Newcastle.	151
Carlos I en el sitio de Gloucester recibiendo á los delegados que en nombre de la corporación se niegan á entregar la ciudad al rey.	165
Batalla de Winceby.	173
Muerte del sobrino de Cromwell en la batalla de Marston Moor, librada el 2 de julio de 1644.	183
Lord Goring. Copia de una miniatura.	185
Retrato y sello de Lord Fairfax, sir Thomas.	189
Armadura de Carlos I.	193
Montrose. Copia de un grabado de J. Honbracken, según un cuadro de Van-Dyck.	203
Después de la batalla de Naseby.	205
Sir Marmaduke Langdale.	207
Carlos I de Inglaterra. Copia del retrato hecho por Van-Dyck.	211
Enriqueta María, esposa de Carlos I de Inglaterra. Copia de un grabado de Pedro de Jader, según el cuadro original pintado por Van-Dyck.	213
Los hijos del rey Carlos I de Inglaterra. Copia de un cuadro de Van-Dyck. . . .	215
Medalla de Carlos I y de Enriqueta María su esposa	217
El general Enrique Ireton, yerno de Oliverio Cromwell. Copia de un cuadro de Roberto Walker.	221
Oliverio Cromwell. Copia de un cuadro pintado por Roberto Walker.	225
Vuelta de los tres comisionados.	229
La rebeldía al lado de la guerra, tres soldados jugándose la vida á los dados. . .	233
Primera entrevista de Cromwell y Carlos I.	243
Carlos I despidiéndose de sus hijos el duque de Gloucester y la princesa Isabel. .	245
Los miembros del Parlamento arrojando al populacho de la Cámara de los Comunes.	247
Portada de la Biblia de bolsillo, de la que cada soldado del ejército de Cromwell llevaba un ejemplar.	257
Facsimile de Carlos I.	258
Carlos I en el cadalso.	259
Casa de los Banquetes, Whitehall.	261
Entierro de Carlos I en la capilla de San Jorge, Windsor	263
Espada de Cromwell. Copia de una fotografía del original que se conserva en el Real Instituto	273
Pistola de Cromwell. Copia del original propiedad de W. T. Stead.	275
Oliverio Cromwell. Copia del cuadro de Roberto Walker, que se conserva en la colección del conde de Spencer.	283
Sellos de uso particular de Oliverio Cromwell (tamaño natural).	289
Medalla distribuída entre los oficiales y soldados que tomaron parte en la batalla de Dunbar.	292
El gran sello de Inglaterra, 1651.	293
Sello del Parlamento de la República inglesa en 1651.	297
Estatua de Cromwell, por John Bell.	299

	<u>Páginas</u>
Sombrero usado por Cromwell en el Parlamento Largo. Colección del reverendo T. Cromwell.	301
Carlos II de Inglaterra. Copia de un grabado de G. Vertne, 1736 Cuadro original de Pedro Lely.	305
Yelmo de Cromwell en la batalla de Naseby. De la colección del Rdo. T. Cromwell. .	307
Yelmo de Cromwell. Propiedad de la condesa de Warwick.	307
John Bradshaw. Reproducido de la <i>Historia de la Guerra civil</i> , de Clarendon, con permiso de la Universidad de Oxford.	309
Polvorera de Cromwell. De la colección del Rdo. T. Cromwell.	313
Reloj de Cromwell. Copiado del original que posee B. Astley.	315
Llave usada por Cromwell.	315
Medalla conmemorativa del Protectorado, 1653 (tamaño natural).	319
Oliverio Cromwell. Escultura modelada por F. W. Pomeroy del monumento erigido en Saint-Ives	321
Sellos que usaba Cromwell como particular y como Lord Teniente de Irlanda. De la colección del Rdo. T. Cromwell.	323
Espada que llevaba Cromwell en Marston Moor.	323
Sello privado del Protectorado inglés (tamaño natural).	327
Sello de Inglaterra después del establecimiento del Protectorado (anverso).	328
Sello de Inglaterra después del establecimiento del Protectorado (reverso).	329
Estatua de Cromwell, por W. Harris Thornycroft.	331
Botiquín de Cromwell. De la colección del Rdo. T. Cromwell.	333
Firma de Oliverio Cromwell. Copia de una carta fechada en Westminster el 13 de junio de 1656 y dirigida á Federico Guillermo, príncipe elector de Brandeburgo. .	339
Monedas inglesas acuñadas en 1658.	341
Tumba de Isabel Cromwell (Mrs. Claypole) en la capilla de Enrique VII en Westminster. Dibujo de José Pennell.	344
Jorge Fox. Dibujo de Jorge T. Tobin, del retrato hecho por Sir Pedro Lely existente en el Colegio de Swarthmore.	345
Muerte de Cromwell.	347
Capilla de Enrique VII en Westminster, donde están enterrados Cromwell y algunos de los generales é individuos de su familia Dibujo de José Pennell	348
Mascarilla de Oliverio Cromwell. De la colección de la Sra. Frankland-Russell-Astley	349
Medalla conmemorativa del entierro de Oliverio Cromwell	350
Ricardo Cromwell.	351
Tomás, conde de Strafford.	352
Retrato de John Milton á la edad de 62 años. Grabado de Guillermo Faithane, según un dibujo original.	353

CATÁLOGO

DE OBRAS PUBLICADAS POR LA CASA EDITORIAL

DE MONTANER Y SIMÓN. — BARCELONA

SECCION DE HISTORIA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE, ARQUITECTURA, PINTURA, ESCULTURA, MOBILIARIO, CERÁMICA, METALISTERÍA, GLÍPTICA, INDUMENTARIA, TEJIDOS. — Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno y se envían prospectos á quien los solicite.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII, por *D. Modesto Lafuente*, continuada hasta nuestros días por *D. Juan Valera*, con la colaboración de *D. Andrés Borrego* y *D. Antonio Pirala*. — Notable edición ilustrada con más de 6.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección *numismática española*. — Seis magníficos tomos en tamaño folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino, y canto dorado. — Su precio, 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — *Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro, distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, á 5 pesetas uno.*

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA. — EL CONSULADO Y EL IMPERIO, obras escritas por *M. A. Thiers* con un juicio crítico de la Revolución y sus hombres por *D. Emilio Castelar*. — Edición ilustrada con grabados intercalados en el texto y láminas tiradas aparte. — El precio total de los cinco tomos, que constituyen el completo de la obra, es de 120 pesetas, pagadas en plazos mensuales.

HISTORIA DE LA AMÉRICA ANTECOLOMBINA, escrita por *D. Francisco Pí y Margall*. — Magnífica edición ilustrada con cromolitografías y grabados que representan monumentos, vistas, retratos, ídolos, antigüedades de toda clase, etc., etc. — Se vende encuadernada en dos tomos, de unas 1.000 páginas cada uno, al precio de 85 pesetas.

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA (SAVONAROLA-LUTERO-CALVINO Y SAN IGNACIO DE LOYOLA), por *D. Emilio Castelar*. — Edición ilustrada con láminas en colores y grabados en acero. — Esta obra consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados ricamente con tapas alegóricas, y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales.

HISTORIA UNIVERSAL, escrita parcialmente por veintidós profesores alemanes bajo la dirección del eminente historiador *Guillermo Oncken*. — Historias generales de los grandes pueblos. — Estudios de las grandes épocas. — Monografías de los grandes hechos. — Biografías de los grandes hombres. — Traducción directa del alemán por reputados escritores, revisada por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Edición ilustrada espléndidamente con grabados intercalados, mapas, facsímiles rarísimos, monedas, armas, y el completo de las cromolitografías que constituyen la magnífica obra *Historia del traje en la antigüedad y en nuestros días*, publicada en alemán por el profesor FEDERICO HOTTENROT. — Consta de 16 tomos y se venden al precio de 317 pesetas, pagadas en plazos mensuales.

HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS, desde su primer período hasta la administración de Jacobo Buchanan, por *J. A. Spencer*, continuada hasta nuestros días por *Horacio Greeley*, traducida por D. E. Leopoldo de Verneuil. — Tres tomos ilustrados, que se venden encuadernados al precio de 90 pesetas, pagadas en plazos mensuales.

GRAN DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO, de CIENCIAS, ARTE Y LITERATURA, escrito por los más renombrados *hombres de ciencia y artistas de España y América*. — Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas; monedas y medallas de todos los tiempos, etc., etc., etc. La obra consta de 25 tomos (26 volúmenes) encuadernados, y se vende al precio de 711 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales.

SECCIÓN DE OBRAS CIENTÍFICAS

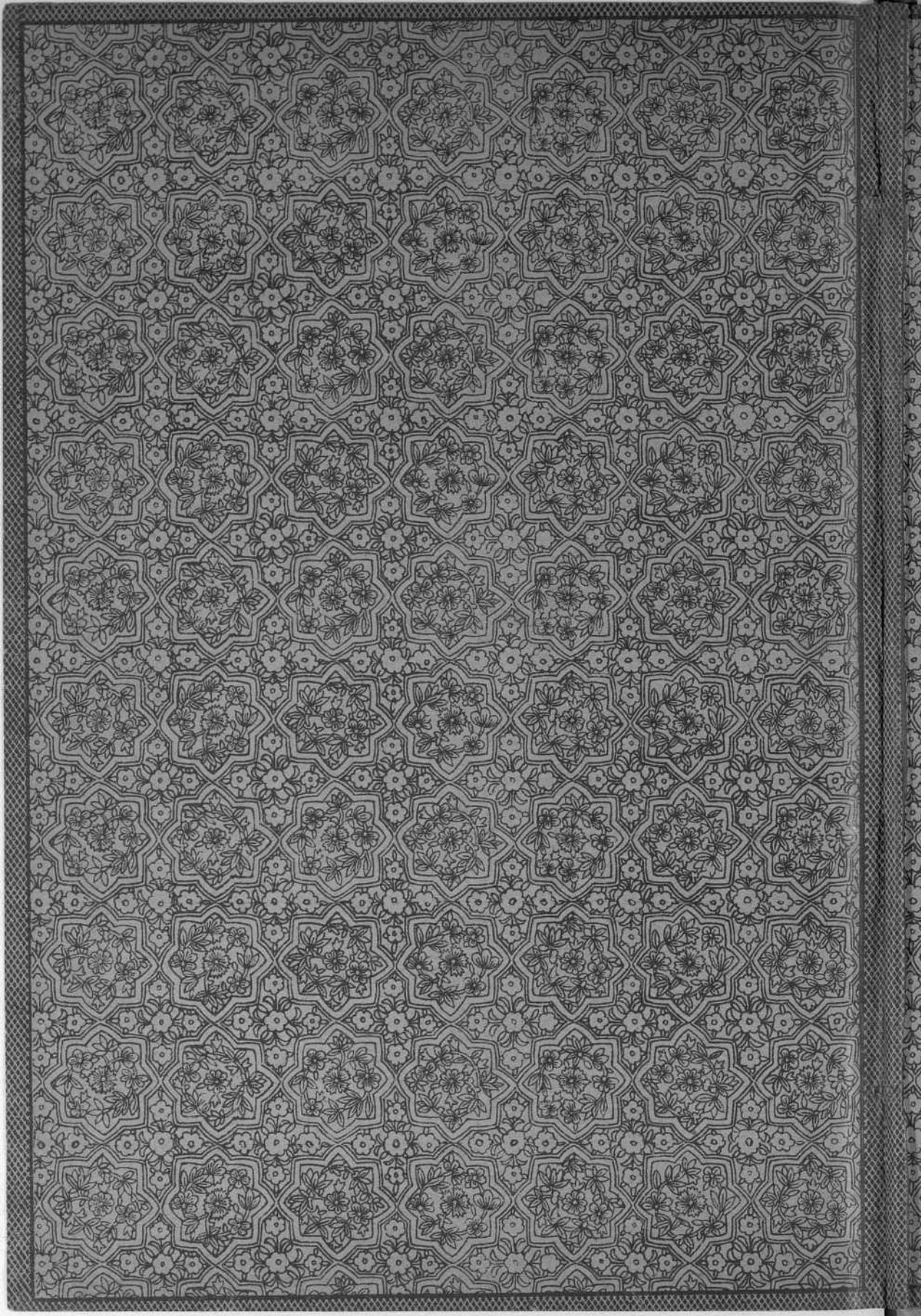
EL MUNDO FÍSICO, por *Amadeo Guillemin*, traducción de *D. Manuel Aranda y Sanjuán*. — GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, LUZ, CALOR, ELECTRICIDAD, MAGNETISMO, METEOROLOGÍA y FÍSICA MOLECULAR. — Ilustrada con numerosas viñetas intercaladas en el texto. — Esta lujosa edición consta de cinco tomos ricamente encuadernados y se venden al precio de 60 pesetas.

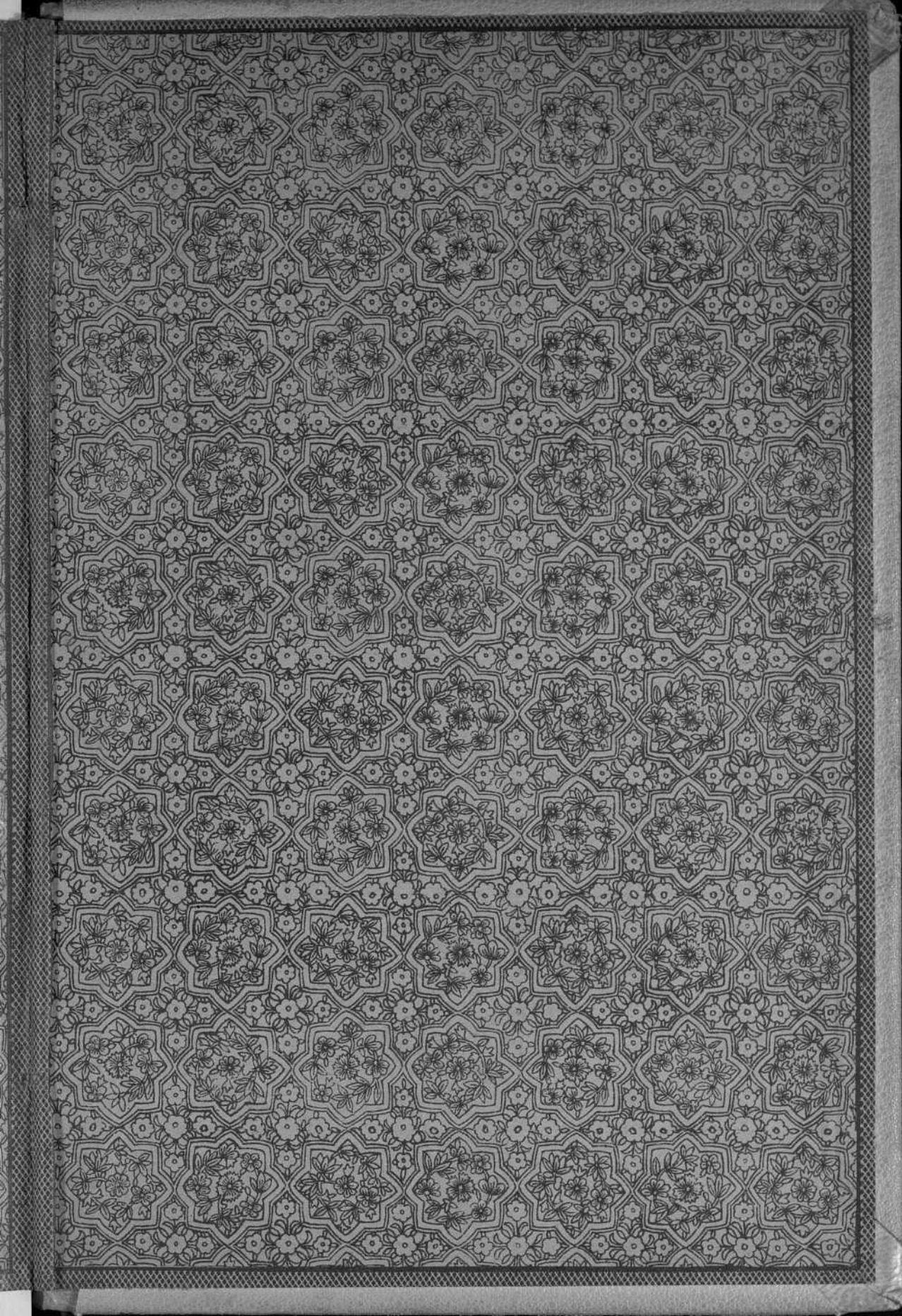
EL MUNDO ANTES DE LA CREACIÓN DEL HOMBRE. — ORIGEN DEL HOMBRE — PROBLEMAS Y MARAVILLAS DE LA NATURALEZA Ó FORMACIÓN DEL UNIVERSO. — HISTORIAS POPULARES DE LA CREACIÓN Y TRANSFORMACIONES DEL GLOBO. — Obras escritas por *L. Figuier* y *W. F. A. Zimmermann*, traducidas por *Enrique Leopoldo de Verneuil*. — Esta interesante obra está dividida en dos abultados tomos profusamente ilustrados. — Su precio es de 60 pesetas el ejemplar encuadernado, pagadas en doce plazos mensuales.

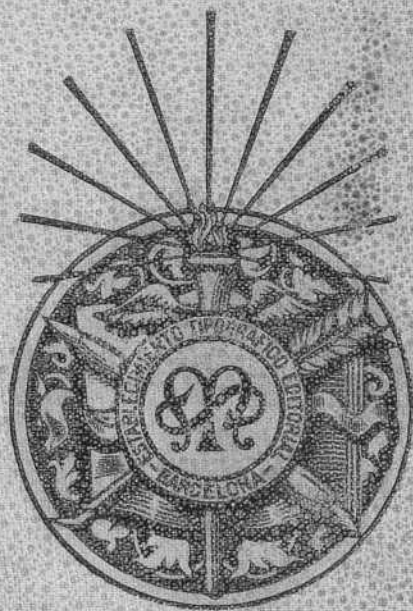
HISTORIA NATURAL, novísima edición cuidadosamente corregida y profusamente ilustrada. — División de la obra: *Antropología*, por el doctor *P. Topinard*; *Zoología*, por el doctor *C. Claus*, catedrático de Zoología y Anatomía comparada de la Universidad de Viena; *Botánica*, escrita por el catedrático de la Universidad de Barcelona *D. Odón de Buen*; *Mineralogía*, por el *Dr. Gustavo Tschermak*, profesor ordinario de Mineralogía y Petrografía en la Universidad de Viena; *Geología*, por *Archibaldo Geikie* *Ll. D., F. R. S.*, Director general de la Comisión geológica de Inglaterra é Irlanda. — Lujosa edición, la más notable, completa y económica de cuantas en su género han visto la luz en Europa, ilustrada con MILES de preciosos grabados: la obra consta de 13 tomos, que se venden al ínfimo precio de cinco pesetas en toda España.





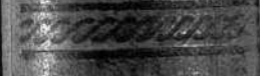




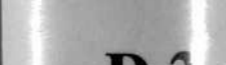




OLIVER
 PRIME
 SUGAR
 SUPERIOR



MANUFACTURED
 BY
 JAMES
 WILSON



D-2
 18249